

---

VLADIMIR NABOKOV

## *Ada o el ardor*

---

Publicada por Nabokov al cumplir sus setenta años, *Ada o el ardor* supone el felicísimo apogeo de su larga y brillante carrera literaria. Al mismo tiempo que crónica familiar e historia de amor (incestuoso), *Ada* es un tratado filosófico sobre la naturaleza del tiempo, una paródica historia del género novelesco, una novela erótica, un canto al placer y una reivindicación del Paraíso entendido como algo que no hay que buscar en el más allá, sino en la Tierra.

En este libro preñado de nostalgia hay de todo: desde copiosas complicaciones de la intriga y los personajes —irónica imitación de las sagas decimonónicas— hasta la construcción de un mundo hipotético, Antiterra, en el que Nabokov recrea a su aire las referencias geográficas, históricas, culturales y lingüísticas que siempre le habían apasionado, y en donde se mueve a sus anchas sin sentirse jamás condicionado por ninguna «realidad». Pues *Ada* proclama la aplastante victoria de la realidad del pasado sobre la dudosa realidad del presente, y la victoria final de la imaginación sobre cualquier clase de limitaciones.

Más allá, sin embargo, de todos los anacronismos y travesuras diversas preparadas por Nabokov destaca por encima de todo la historia de los encuentros y desencuentros entre los principales protagonistas, Van Veen y *Ada*, los dos hermanos que, creyéndose sólo primos, se enamoraron pasionalmente con motivo de su encuentro adolescente en la finca familiar de Ardis (el Jardín del Edén), y que ahora, con motivo del noventa y siete cumpleaños de Van, inmersos en la más placentera nostalgia, contemplan los distintos avatares de su amor convencidos de que la felicidad y el éxtasis más ardoroso están al alcance de la mano de todo aquel que conserve el arte de la memoria.

«*Ada o el ardor* es el apogeo de la obra de Nabokov... Una de las más bellas e imaginativas visiones de la pasión amorosa que haya dado la literatura moderna.» (Laurie Clancy, *The Novels of V. N.*)

«Como ficción o invención, es la obra más alegremente lunática que haya sido escrita desde Alicia.»  
(Alfred Kazin, *Saturday Review*)

«Para los auténticos nabokovianos será su obra maestra, por mucho que refunfuñen los destripaterrones.» (*Times Literary Supplement*)

«Hay pocos libros de nuestra época que proporcionen tanto placer.» (Robert Alter, *Commentary*)



Vladimir Nabokov (1899-1977) nació en San Petersburgo, de acomodada familia aristocrática. En 1919, a consecuencia de la revolución rusa, abandonó su país para siempre. Tras estudiar en Cambridge, se instaló en Berlín, donde empezó a publicar sus novelas en ruso con el pseudónimo de V. Sirin. En 1937 se trasladó a París y en 1940 a los Estados Unidos, donde fue profesor de literatura en varias universidades. En 1960, gracias al gran éxito comercial de *Lolita* pudo abandonar la docencia y poco después se trasladó a Montreux, donde residió, junto con su esposa Vera, hasta su muerte. Resulta imposible resumir en un breve espacio la extraordinaria figura de Vladimir Nabokov, brillantísimo estilista tanto en ruso como en inglés, traductor excepcional (destaquemos la traducción al ruso de *Alicia en el país de las maravillas*, la mejor en cualquier lengua, y la traducción al inglés, copiosamente anotada, de *Eugenio Onieguin*), crítico literario, dramaturgo, poeta, especialista en mariposas (una de sus grandes pasiones), cuentista y, en especial, autor de 17 novelas de fulgor incomparable. Para limitarnos tan sólo a estos ejemplos, *Lolita*, *Pálido Fuego*, *Ada o el ardor* y *La dádiva* figuran sin discusión entre las obras maestras de la literatura universal y

justifican plenamente la afirmación del mesurado Diccionario Penguin: «Vladimir Nabokov es uno de los novelistas más grandes del siglo XX». En el marco de Panorama de Narrativas se ha creado esta Biblioteca Nabokov para reunir en un sello editorial las obras más significativas de este autor.

A VÉRA

## PRIMERA PARTE

### I

«Todas las familias felices son más o menos diferentes; todas las familias desdichadas son más o menos parecidas», dice un gran escritor ruso al comienzo de una famosa novela (*Anna Arkadievitsh Karenina*, transfigurada en inglés por R. G. Stonelower, editorial Mount Tabor Ltd., 1880). Tal aserto tiene muy escasa relación con la historia que aquí va a contarse, una crónica de familia, cuya primera parte sin duda queda más próxima a otra obra de Tolstoi, *Detstvo Otrochestvo (Infancia y Patria*, Ediciones Poncio, 1858).

La abuela materna de Van, Daría («Dolly») Durmanov, era hija del príncipe Peter Zemski, gobernador de Bras d'Or, provincia americana del nordeste de nuestro extenso y multiforme país. El príncipe Zemski se había casado, en 1824, con Mary O'Reilly, una irlandesa del gran mundo. Dolly, hija única, nacida en Bras, se casó en 1840, a la tierna y fantasiosa edad de quince años, con el general Ivan Durmanov, comandante de la fortaleza de Yukón y pacífico aristócrata rural que poseía tierras en los Severn Tories (*Severniya Territorii*), ese protectorado dividido en escaques al que todavía se llama la Estocia «rusa», que se confunde, orgánica y granoblásticamente, con esa Canadia «rusa», también llamada Estocia «francesa», cuya población, compuesta no solamente de colonos franceses, sino también de macedonios y bávaros, disfruta todo el año de un clima apacible bajo las barras y estrellas de nuestra bandera.

Pero la residencia favorita de los Durmanov era su propiedad de Raduga, situada cerca del pueblo del mismo nombre, más allá de la Estocilandia propiamente dicha, en el panel atlántico del políptico continental, entre la elegante Kaluga (New Cheshire, U.S.A.) y la no menos elegante Ladoga, de Mayne, en la cual tenían su residencia urbana y donde habían nacido sus tres hijos: un muchacho, que murió joven y famoso, y un par de difíciles gemelas. Dolly había heredado la belleza y el temperamento de su madre, pero también un rasgo racial más antiguo, atávico, consistente en un gusto arbitrario, y a menudo deplorable, que se refleja perfectamente, por ejemplo, en los nombres que puso a sus dos hijas: Aqua y Marina. (¿Por qué no «Tofana»? preguntaba el bueno del general —que llevaba airoosamente sus cuernos—, con una risa contenida que parecía salirle del vientre y que concluía en una tosecilla falsamente despreocupada; el general temía los estallidos de mal humor de su esposa.)

El 23 de abril de 1869, en una verde Kaluga velada por una tibia llovizna, Aqua, ya con veinticinco años de edad y afligida con su acostumbrada jaqueca primaveral, se casó con Walter D. Veen, un banquero de Manhattan, de vieja familia angloirlandesa, que había sido, durante mucho tiempo, amante de Marina, y que pronto iba a volver a serlo, al menos de modo intermitente. Marina, por su parte, se casó cierto día del año 1871 con el primo hermano de su primer amante, otro Walter D. Veen, no menos afortunado pero bastante menos divertido.

La D. que figuraba en el nombre del marido de Aqua significaba Demon (variante de Demian o Dementáis). Así se le llamaba en familia. En sociedad se le conocía generalmente por Raven Veen, o simplemente por Walter el Negro, para distinguirlo del marido de Marina, Walter Durak o, simplemente, Veen el Rojo. Demon tenía una doble manía: coleccionaba viejos maestros y jóvenes amantes. También le gustaban los equívocos de mediana edad.

Daniel Veen descendía por su madre del clan de los Trumbell. Siempre estaba dispuesto a explicar con todo detalle (a menos que algún atrevido aguafiestas no le obligase a apartarse del tema) cómo, durante la historia de los Estados Unidos, un «Bull» (toro) inglés se había convertido en una «Bell» (campana) de Nueva Inglaterra. Mal que bien, a poco de cumplir los veinte años se había «dedicado a los negocios» y prosperado, con rapidez sospechosa, como *marchand* de objetos de arte en Manhattan. No tenía, en principio, ninguna afición a la pintura ni la menor aptitud para cualquier clase de comercio, ni tampoco necesidades que le obligasen a exponer a los vaivenes de un «trabajo» azaroso la sólida fortuna que le había legado una estirpe de Veens mucho más competentes y emprendedores que él.

Dan Veen reconocía no tener una particular inclinación hacia el campo y sólo pasaba algunos fines de semana estivales, cuidadosamente refugiado bajo la umbría, en su espléndida casa de Ardis, próxima a Ladore. Desde su infancia había vuelto pocas veces a otra finca que poseía en el Norte, a orillas del lago Kitej, cerca de Luga, y que contenía... será mejor decir que consistía en una extensión de agua de forma (extrañamente rectangular para una obra en la que sólo había intervenido la naturaleza) que, para atravesarla en diagonal, cierta perca, cuya velocidad cronometraba el joven Daniel, había empleado una media hora. Daniel y su primo, gran pescador en su juventud, eran conjuntamente los propietarios de esta finca.

La carrera erótica del pobre Dan no fue ni complicada ni bonita. Sin embargo (quién sabe cómo ocurrió, pues él mismo había olvidado muy pronto las circunstancias precisas del acontecimiento, del mismo modo que se olvidan las medidas y el precio de un abrigo cortado con esmero, pero que se ha usado de cuando en cuando durante dos temporadas), sin embargo, decíamos, se convirtió fácilmente en un enamorado de Marina, a cuyos padres había conocido cuando todavía tenían su casa de Raduga (vendida después a Mr. Eliot, un hombre de negocios judío). Una tarde de la primavera de 1871, subiendo en el ascensor de los primeros grandes almacenes de diez pisos que se construyeron en Manhattan, pidió a Marina que se casase con él. Pero como su proposición fue rechazada con indignación en el séptimo piso (planta de juguetes), hubo de descender solo. Y, para refrescar sus pensamientos, emprendió un triple periplo alrededor del mundo, en sentido opuesto al de Phileas Fogg, haciendo cada vez, como un paralelo viviente, el mismo itinerario que la vez anterior. Un día de noviembre de 1871, cuando se ocupaba en trazar sus planes para pasar aquella noche en compañía de un *cicerone* de traje café con leche, hombre encantador, a pesar de su

perfume un poco fuerte, cuyos servicios ya había contratado antes dos veces en el mismo hotel de Genova, recibió de su oficina de Manhattan un telegrama de Marina (transmitido con una semana larga de retraso a consecuencia del descuido de una secretaria novata que lo había relegado a un fichero rotulado RE AMOR). Por este pliego urgente, presentado en bandeja de plata, supo Dan que Marina estaba dispuesta a casarse con él en cuanto regresase a América.

En el desván del castillo de Ardis, bajo un montón de papeles viejos, dormía al abrigo del tiempo el suplemento dominical de un periódico que acababa de dar entrada en sus columnas de la página de amenidades a los héroes ya hacía tiempo difuntos de «Buenas noches, pequeños» (Nicky y Pimpernelle, dulce pareja que compartía una angosta camita). Según este ajado testigo, el matrimonio Veen-Durmanov se celebró el día de Santa Adelaida de 1871. Unos doce años y ocho meses más tarde, dos niños desnudos, moreno él y morena ella, con la tez mate y bronceada él y blanca como la leche ella, inclinados sobre unos cartapacios polvorientos bajo el rayo de sol abrasador que descendía oblicuamente del tragaluz, comparaban esta fecha (16 de diciembre de 1871) con otra fecha (16 de agosto del mismo año) anacrónicamente garrapateada por Marina en la esquina de una fotografía «oficial» que estaba, enmarcada en felpa frambuesa, sobre el escritorio de la biblioteca de su esposo y que era idéntica hasta en los menores detalles (incluido el inevitable flamear del velo ectoplásmico de la novia que el vientecillo del atrio había enredado al pantalón rayado del novio) a la fotografía del periódico. El 21 de julio de 1872, una niña vino al mundo en el castillo de Ardis, residencia de su padre putativo; por alguna oscura razón mnemónica, se le dio el nombre de Adelaida. El 3 de enero de 1876, Marina dio a luz otra niña... esta vez la verdadera hija de su padre.

Además de este fragmento ilustrado de la *Gaceta de Kaluga* (todavía viva, aunque ya algo chocha), nuestros traviosos amigos Nicolette y Pimpernot descubrieron en el mismo desván una caja metálica cuyo misterioso contenido, al decir de Kim, el pinche de cocina (del que hablaremos más adelante), consistía en una colección de microfilms de una longitud prodigiosa que el *globe trotter* de la familia había traído de sus tres viajes alrededor del mundo. Extraños bazares, angelotes pintarrajeados y el homúnculo que orina aparecían allí por tres veces en diferentes registros del espectro heliocrómico. No hay que decir que, cuando se está a punto de fundar una familia, es preferible no exhibir ciertas escenas de interior (con aquellos grupos de Damasco, donde, junto a Veen, se reconocía a su amigo el arqueólogo, de Arkansas, que no soltaba nunca los dientes de su cigarro y que llevaba la cicatriz de una operación del hígado, y las tres obesas hetairas, y la eyaculación prematura del «geiser arkansiano», como decía jocosamente el tercer varón de la asamblea, un tipo británico muy divertido). No obstante, la mayor parte del film, acompañada de notas puramente documentales (que él encontraba difícilmente, porque los registros se habían perdido o no estaban en su lugar en las cintas esparcidas a su alrededor), fue proyectada con frecuencia por Dan para su joven esposa durante la instructiva luna de miel que pasaron en Manhattan.

Pero fue de un estrato más profundo del pasado de donde exhumaron los dos niños la caja de cartón que contenía su más bello hallazgo: un pequeño álbum de cubierta verde en el que Marina había pegado cuidadosamente las flores cogidas por ella (u obtenidas de algún otro modo) en Ex, un

lugar de veraneo montañoso próximo a Brig, en Helvecia, donde había vivido, en un chalet alquilado, bastante antes de su matrimonio.

Las veinte primeras páginas estaban repletas de toda clase de pequeñas plantas recogidas al azar, en agosto de 1869, en las herbosas pendientes que ascendían junto al chalet, o en el parque del hotel Florey, o bien en el jardín del sanatorio vecino («mi Nusshaus», como le llamaba la pobre Anna, jugando con la palabra «nuts», demente; Marina, en sus notas de localización, lo denominaba, con más discreción, «el Hogar»). Estas hojitas preliminares ofrecían escaso interés para el botánico y para el psicólogo, y las últimas páginas habían quedado en blanco; pero la parte central, caracterizada por una sensible disminución del número de especímenes coleccionados, ocultaba un auténtico pequeño melodrama cuyos intérpretes eran los espectros de las flores muertas. Los vegetales estaban pegados en las páginas de la derecha, y en las de la izquierda figuraban los comentarios de Marina Dourmanoff (*sic*):

Ancolia azul de los Alpes, Ex-en-Valais, I-IX-69. Recibida de un inglés del hotel. «Colombina alpina, color de tus ojos».

Vellosilla aurícula, 25-X-69, *ex horto doctoris* Lapiner. Cogida en los muros de su jardín alpino.

Hoja de oro (ginkgo), caída de un libro, *La verdad acerca de Terra*, que me dio Aqua antes de regresar al «Hogar». 14-XII-69.

Edelweiss o pie de león artificial traído por mi nueva enfermera con una nota de Aqua en la que me decía que provenía del árbol de Navidad «miserable y extraño» que adorna el «Hogar» 25-XII-69.

Pétalo de orquídea, una de las 99 orquídeas (si se prefiere) que he recibido ayer por correo especial (nunca mejor dicho) desde Villa Armina, Alpes Marítimos. Aparto diez para Aqua, para hacer que se las lleven a su «Hogar». Ex-en-Valais, Suiza. «Nieve en la bola de cristal del destino», como él decía. Fecha borrada.

Genciana de Koch, especie rara, traída por ese *lapotchka* (adorable) Papiner, de su «*gentiarium mudo*». 5-1-1870.

Mancha de tinta azul con forma de flor; puro accidente o raspadura embellecida con un difumino. *Complicaria complicata*, Var. *aquamarina*. Ex, 15-1-1870.

Flor imaginaria de papel hallada en el bolso de Aqua. Ex, 16-XI-1870. Confeccionada por un coconvaleciente del «Hogar», que ya no es el suyo.

*Gentiana verna* (primaveral). Ex, 28-11-1870. Sobre el césped del chalet de mi enfermera. Último día aquí.

Los dos niños que habían encontrado este tesoro tan desagradable como singular comentarían así su descubrimiento:

—Mis conclusiones tienen tres puntos —dijo el chico—. Marina, que todavía no estaba casada, y su hermana, que ya lo estaba, invernaban en el lugar de mi nacimiento; Marina tenía, por así decirlo, su propio doctor Krolik; y, finalmente, las orquídeas eran enviadas por Demon, que prefería quedarse a la orilla de la mar, su bisabuela «azul oscuro».

—Y yo —dijo la muchacha —puedo añadir que los pétalos pertenecen a la vulgar órquide papilionácea; que mi madre estaba todavía más loca que su hermana, y que la flor de papel tan bruscamente desdeñada es una reproducción perfectamente reconocible de la sanícula de primavera temprana que yo he visto abundantemente en las montañas costeras de California este último febrero. Nuestro naturalista local, el doctor Krolik, al que tú has aludido, Van, como habría podido hacerle Jane Austen para mayor rapidez del relato informativo (¿se acuerda usted de Brown, verdad, Smith?), identificó el ejemplar que yo traje de Sacramento como un Bear-Foot (pie de oso), B, E, A, R, cariño, y no B, A, R, E (desnudo), como lo están mi pie y el tuyo y el de la Muchacha Stabiana, Sembradora de Flores, una alusión que tu padre (que según Blanche es también el mío) entendería así de fácil —chasquido de dedos a la americana—. Tú sabrás agradecerme que silencie el nombre científico de esta planta. Tengamos en cuenta únicamente que el otro «pie» —el pie de león que provenía del anémico alerce de Navidad— seguramente fue fabricado por la misma mano, la de un joven chino de cerebro enfermo procedente de un lejano colegio: el Barkley de San Francisco.

—¡Muy bien, Pompeianella! Sospecho que has descubierto a la Sembradora de Flores en uno de los libros de arte del tío Dan; yo la he visto y admirado, el verano pasado, en un museo de Nápoles. ¿Pero no crees que ya es hora de que nos pongamos los *shorts* y las camisetas, y de que vayamos en seguida a enterrar o quemar este herbario? ¿No te parece?

—Sí —respondió Ada—. La consigna es: destruir y olvidar. Pero todavía nos queda una hora antes del té.

Volvamos al epíteto «azul oscuro», que antes dejamos pendiente.

Un antiguo virrey de Estoria, el príncipe Ivan Temnosiniyi, padre de la tatarabuela de los muchachos, la princesa Sofía Zemski (1755-1809), y descendiente directo de los soberanos de Iaroslav, anteriores al reinado de los tártaros, llevaba un nombre de diez siglos de antigüedad que quería decir, en ruso, «azul oscuro». Aunque Van fuese inaccesible a las emociones suntuosas del orgullo heráldico y no se preocupase apenas de los tontos que lo mismo ven esnobismo en el culto a los antepasados que en la indiferencia con respecto a ellos, no podía dejar de sentir un enternecimiento de esteta al contemplar el fondo aterciopelado que estaba siempre allí, como un consolador cielo de verano, entre las negras ramas del árbol genealógico. Más tarde, no pudo nunca releer a Proust (como tampoco pudo volver a encontrar el gusto de la pasta perfumada y viscosa de una golosina turca) sin que una oleada de hastío acre y áspero no sublevase su corazón. Y, no obstante, su gran fragmento favorito seguía siendo aquél en que se trataba del nombre malva de «Guermantes», cuyo matiz se aproximaba al de la faja ultramarina en el prisma de la mente de Van y cosquilleaba agradablemente en su vanidad artística.

«Prisma, mente. Asociación estrepitosa. Arréglame esto» (nota al margen de Ada Veen, escritura de época reciente).



## II

El idilio entre Marina y Demon Veen comenzó el día de su doble cumpleaños —que también era el cumpleaños de Daniel Veen —: el 5 de enero de 1868. Ella tenía veinticuatro años, y los Veen, treinta.

Como actriz, Marina estaba lejos de poseer ese asombroso don que hace del oficio de comediante, al menos mientras dura la representación, algo que vale más que la vigilia del insomnio, el juego de la imaginación o la arrogancia del arte. Sin embargo, aquella noche, mientras la nieve caía suavemente en la ciudad, más allá de los terciopelos y de los telones pintados, la Durmanska (que pagaba al gran Scott, su representante, siete mil dólares en oro semanales sólo para publicidad, más una pequeña prima por cada contrato) se había mostrado, desde el comienzo del espectáculo (una comedia norteamericana que un pretencioso escritorzuelo había sacado de una famosa novela rusa), tan semejante a una criatura de ensueño, tan adorable, tan turbadora, que Demon (que no era precisamente un caballero en asuntos amorosos) hizo una apuesta con el príncipe N., cuya butaca, en la fila cero, era la vecina a la suya; sobornó a las encargadas de guardar el saloncillo de los artistas y, finalmente, en el fondo de un *cabinet reculé* (un escritor francés de hace un siglo habría designado con este nombre misterioso a aquel minúsculo cuartito en que el azar había reunido la trompeta rota de un payaso olvidado, el aro de su caniche acróbata y un gran número de polvorientos potes llenos de ungüentos de diversos colores), se apresuró a poseer a la sílfide entre dos escenas (capítulos III y IV de la destrozada novela). En la primera de aquellas escenas se había visto a Marina desnudándose, sombra exquisita, detrás de un biombo translúcido, para reaparecer luego en camisión, incitante y vaporosa. Nuestra heroína pasaba el final de esta lamentable escena hablando de un terrateniente local, el barón de O., con una vieja nodriza calzada con botas de esquimal. Siguiendo el consejo de aquella campesina, señora de muy buen juicio, tomó una pluma de oca, se sentó en el borde de su cama y, apoyándose en una mesita de noche de patas torneadas, escribió al barón una carta de amor. Empleó sus buenos cinco minutos en releerla, lánguidamente pero con voz bien alta... no se sabe para quién, puesto que la nodriza, sentada en una especie de cofre de marino, se había sumido en el sueño, y los espectadores estaban más interesados por el reflejo de un claro de luna artificial sobre los brazos desnudos y el seno palpitante de la enamorada joven.

Aun antes de que la vieja esquimal hubiese salido, arrastrando sus botas, para llevar al barón el tierno mensaje, Demon Veen había abandonado su butaca de terciopelo rosa y se disponía a ganar su apuesta. Por lo demás, el éxito de la empresa estaba asegurado: Marina, tierna virgen loca, estaba enamorada de Demon desde su último vals en la noche de San Silvestre. Además, el claro de luna tropical en el que acababa de sumergirse, el agudo sentimiento de la propia belleza, las ardientes emociones de la ingenua imaginaria que encarnaba y el aplauso admirativo de una sala casi repleta la hacían particularmente vulnerable a los cosquilleos del bigote de Demon. Por otra parte, Marina tenía tiempo de sobra para cambiar de vestido: la escena siguiente se iniciaba con un intermedio más bien largo ejecutado por un grupo de bailarines rusos cuyos servicios había contratado Scott y que llegaron de Bielokonsk, Estocia occidental, amontonados en dos coches-cama. En medio de un magnífico jardín, unos jóvenes y alegres jardineros, que llevaban, por una razón poco clara, el traje

de las tribus georgianas, devoraban glotonamente frambuesas, mientras unas jóvenes sirvientas, no menos inverosímiles con sus resplandecientes «charovares» (evidentemente, alguien se había equivocado: tal vez se trataba de la palabra «samovares», desnaturalizada en el telegrama del representante), recogían diligentemente malvavisco y cacahuètes en las ramas de los árboles frutales. A una invisible señal de origen dionisiaco, todos se lanzaron a una danza frenética llamada la *kurva*, o «cinta de bulevar» según el desternillante programa cuyos errores de traducción hicieron que Demon Veen, al releerlo (con los riñones aligerados, todavía sacudido por hormigueos eléctricos y apretando en su bolsillo el rosado billete de banco del príncipe N.), estuvo a punto de caer de su asiento.

Su corazón dejó de latir de pronto (pero él no se preocupó de lamentar esta omisión exquisita) cuando la vio entrar corriendo en el jardín, vestida de rosa, con la mirada loca y las mejillas encendidas, apropiándose un buen tercio de las ovaciones que la *claque* en ejercicio prodigaba para saludar la dispersión instantánea de aquellos tontos, pero pintorescos, transfigurantes de Liaska... o del Cáucaso.

La conversación de la bella con el barón d'O, que apareció paseando tranquilamente por una alameda lateral, todo espuelas y levita verde, pasó casi sin que Demon reparase en ella, tan impresionado se sentía ante la maravilla de aquel breve abismo de realidad absoluta abierto entre dos falsas llamaradas de vida ficticia. Sin esperar al final de la escena, dejó precipitadamente el teatro, salió a la noche de cristal quebradizo, bajo los copos de nieve que cubrían de estrellas y lentejuelas su sombrero de copa, y, en un par de zancadas, alcanzó su casa, en la manzana siguiente, para preparar una cena magnífica. Cuando volvió a recoger a su amante en su cascabeleante trineo, el ballet del último acto —generales caucasianos y cenicientas metamorfoseadas— había llegado a un súbito final, y el barón d'O, ahora vestido de negro con guantes blancos, estaba arrodillado en el centro de un escenario desierto, sujetando con ambas manos la zapatilla de cristal que su veleidosa dama le había dejado al escapar de él, en castigo a sus tardíos requerimientos. Los componentes de la *chaque* empezaban a sentir cansancio y a mirar sus relojes, cuando Marina, cubierta por una capa negra, se deslizaba en los brazos de Demon y éste la recibía entre las alas de un trineo en forma de cisne.

Se regocijaron, viajaron, se pelearon, se separaron y se precipitaron otra vez el uno en brazos del otro. Al invierno siguiente, él empezó a sospechar que ella le era infiel, pero no pudo determinar la identidad de su rival. A mediados de marzo, durante una comida de negocios con un experto en objetos de arte, un tipo larguirucho, tranquilo y despreocupado que vestía un frac pasado de moda, Demon se ajustó su monóculo, abrió un estuche plano y oblongo, sacó del mismo un pequeño dibujo al lavado y sugirió (no dudaba, en realidad, pero le gustaba que su seguridad de juicio fuese admirada) que se trataba de un producto desconocido del delicado arte del Parmigianino. El dibujo representaba una muchacha desnuda, sentada de lado en un pedestal con guirnalda trepadora y que llevaba en la mano, ligeramente levantada, una manzana que parecía un melocotón. Aquella encantadora figura tenía para su descubridor el atractivo adicional de recordarle a Marina cuando, sacada del baño del hotel por la llamada del teléfono y apoyada en el brazo de un sillón, protegía con la mano el receptor telefónico para preguntar a su amante algo que él no podía descifrar, porque el ruido del grifo de la bañera ahogaba su susurro. El barón d'Onsky no necesitó más que

una ojeada a aquel hombro alzado, y a los efectos vermiculares de cierta delicada vegetación, para confirmar la conjetura de Demon. D'Onsky tenía fama de no dar muestras de la más mínima emoción estética ni aun en presencia de la obra maestra más exquisita; pero aquella vez dejó de lado su lupa como quien se quita una máscara y permitió a su mirada que acariciase directamente la aterciopelada manzana y las partes mullidas y musgosas del desnudo, con una mezcla de delicia y confusión en su sonrisa. ¿Estaba dispuesto el señor Veen a venderle sin más dilación aquella maravilla? Por favor, señor Veen! Pero el señor Veen no estaba dispuesto. Skonky (un apodo facilón, pero inadecuado, ya que deriva de *skonk*, nombre de un animal maloliente) habría de conformarse con el enorgullecedor pensamiento de que él y el feliz poseedor del maravilloso objeto habían sido hasta entonces los únicos que habían podido admirarlo *en connaissance de cause*. La ninfa fue de nuevo encerrada en su capullo. Pero, luego de terminar su cuarta copa de coñac, d'O, suplicó que se le permitiese echar una última ojeada. Los dos hombres estaban algo bebidos y Demon se preguntaba para sus adentros si el parecido (bastante escaso, después de todo) de aquella paradisíaca muchacha con una joven actriz, a la que su interlocutor habría visto sin duda en *Eugène y Lara* o en *Lenore Raven* (obras ambas despiadadamente juzgadas por un crítico novel «sórdidamente incorruptible»), debía poder ser objeto de algún comentario inmediato. No lo fue. Las ninfas de esa clase son, en verdad, parecidísimas a causa de su elemental diafanidad: las semejanzas entre esos cuerpos juveniles de naturaleza acuática se deben simplemente a murmullos de inocencia natural y equívocos de espejo... Éste es mi sombrero, el suyo es menos nuevo, pero los dos tenemos el mismo sombrerero en Londres.

Al día siguiente, Demon tomaba el té en su hotel favorito en compañía de una dama de Bohemia a la que nunca había visto ni nunca más iba a ver (ella buscaba una recomendación para obtener un empleo en el Departamento de Peces y Flores de Cristal de un museo de Boston). A mitad de su voluble soliloquio, la dama se interrumpió para indicar con un gesto hacia Marina y Aqua, que pasaban por el *hall* con el aire hosco y cansado que estaba de moda y con unas pieles azuladas no menos de moda. Con ellas iba Dan Veen y un perrito les seguía.

—Es sorprendente —dijo —lo que esa horrible actriz se parece a «Eva en el Clepsidrónico», de la famosa obra del Parmigianino.

—Esa obra es todo menos famosa —replicó tranquilamente Demon —y usted no puede haberla visto. Por lo demás, no la envidio a usted. El extraño que se da cuenta de que ha pisado en el barro de una vida ajena tiene que experimentar un sentimiento bastante angustioso. ¿Ha obtenido usted esa información chismorrera directamente de un tipo llamado d'Onsky, o, menos directamente, del amigo de un amigo?

—De un amigo de un amigo —balbuceó la desventurada dama de Bohemia.

Sometida a inquisitorial interrogatorio en la mazmorra de Demon, Marina, entre un gorjeo de risas, desplegó un pintoresco tejido de mentiras; pero acabó por derrumbarse, y confesó. Juró que todo estaba terminado; que el barón, una ruina física, aunque espiritualmente todo un samurai, se había ido para siempre al Japón. De una fuente más digna de crédito, Demon obtuvo la información de que el verdadero destino del samurai era el Vaticano, elegante balneario de las afueras de Roma, y que, una semana más tarde, iba a regresar a Aardvark, Massa. Prefiriendo, por prudencia, matar a su

hombre en Europa (se decía que un decrepito pero indestructible Gamaliel estaba haciendo todo lo posible para prohibir los duelos en el hemisferio occidental —un bulo o un capricho efímero de un presidente idealista, pues todo aquello quedaría en nada), Demon alquiló el más veloz de los petroleoplanos disponibles, alcanzó al barón (que parecía en muy buena forma) en Niza, le vio entrar en la Librería Gunter, entró tras él, y, en presencia del imperturbable pero bastante fastidiado tendero inglés, asestó un revés en la cara al asombrado barón con un guante que olía a lavanda. El desafío fue aceptado. Se eligieron dos padrinos nativos; el barón escogió como arma la espada y, luego de que una cierta cantidad de buena sangre (polaca e irlandesa; una especie de *bloody Mary*, para hablar en lenguaje de barman americano) hubo salpicado dos torsos velludos, la enjalbegada terraza, el tramo de escalones que descendía hacia el jardín vallado, en un divertido dispositivo escénico estilo Douglas d'Artagnan, el delantal de una lechera enteramente fortuita, y las mangas de las camisas de ambos padrinos, el encantador *monsieur* de Pastrouil y el coronel St. Alin, un bribón, estos dos últimos caballeros separaron a los jadeantes combatientes y Skonsky murió, no «de sus heridas» (como se creyó erróneamente), sino de una complicación gangrenosa que siguió a la más insignificante de aquéllas (posiblemente causada por él mismo): un pinchazo en la ingle, que provocó trastornos circulatorios, a pesar de algunas intervenciones quirúrgicas a lo largo de dos o tres años de prolongadas estancias en el Aarvark Hospital de Boston (ciudad en la que, dicho sea incidentalmente, se casó en 1869 con nuestra amiga la dama de Bohemia, ahora encargada de la Sala de Vidrios Biológicos en el museo local).

Marina llegó a Niza a los pocos días del duelo, y siguió la pista de Demon, hasta dar con él en su Villa Armina. En el éxtasis de la reconciliación, olvidaron precaverse de la procreación. Y ése fue el punto de partida del muy *interesnoe polozhenie* («estado interesante») sin el cual estas acongojadas notas no habrían podido salir a la luz.

(Van, yo confío en tu gusto y en tu talento; pero ¿estamos completamente *seguros*, Van, de que haya que volver con tanto deleite sobre aquel revuelto mundo que, después de todo, puede no haber existido más que oníricamente? Nota marginal escrita por Ada en 1965; ligeramente borrada por su mano vacilante algo más tarde.)

Aquel atolondrado episodio no fue el último de su aventura, pero sí el más corto: cuestión de cuatro o cinco días. Él la perdonó. La adoró. Estaba dispuesto a casarse con ella, a condición de que abandonase en seguida su «carrera» teatral. Le echó en cara su falta de talento, la vulgaridad del ambiente que la rodeaba. Ella replicó, con grandes gritos, que él era un bruto, un demonio cruel. Para el diez de abril, quien le cuidaba era Aqua. Marina había escapado de nuevo a sus ensayos de *Lucille*, otro drama execrable que se dirigía hacia un nuevo fracaso en el teatro de Ladore.

«*Adieu*. Quizás es mejor así», escribió Demon a Marina a mediados de abril de 1869 (¿se trata de la carta original, que no llegó a echarse al correo, o de una copia de propia mano de Demon?), «porque, cualquiera que fuera la felicidad que pudiese haber acompañado a nuestra vida de casados, y por mucho que esa vida feliz hubiera durado, hay una imagen que nunca habría podido olvidar y nunca habría querido perdonar. Deja que se grabe en ti, querida mía. Déjame que la repita en términos adecuados para una actriz. Tú habías ido a Boston para ver a una vieja tía, un lugar común de novela, pero que en esta ocasión es la verdad. Y yo había ido a ver a *mi* tía en su rancho, cerca de Lolita, Texas. Una mañana de febrero (ya cerca de mediodía donde tú estabas) te telefoneé

al hotel, desde una cabina de la carretera. El cristal estaba todavía salpicado de lágrimas, vestigio de una tremenda tormenta. Yo quería pedirte que tomases el avión sin perder un minuto y que volases hacia mí, porque yo, batiendo mis alas decaídas y maldiciendo el dorófono automático, me repetía que no podía vivir sin ti y porque deseaba que, protegida entre mis brazos, vieras las sorprendidas flores del desierto que la lluvia había hecho brotar. Tu voz era remota, pero dulce. Me dijiste que estabas en traje de Eva; no cuelgues, espera que me ponga un *penyuar*; pero, en vez de eso, bloqueando el receptor para que yo no oyese, hablaste, supongo, al hombre con quien habías pasado la noche (y a quien de buena gana yo habría despachado al otro mundo, aunque de lo que de verdad sentía deseos era de castrarle). Ése es precisamente el boceto hecho para el fresco de *nuestro* destino por un joven artista de Parma, en trance profético, el siglo XVI; un fresco que coincide, excepto en la funesta manzana del Saber, con una imagen repetida en la mente de dos hombres. A propósito, tu doncella fugitiva ha sido encontrada por la policía en un burdel de aquí. Te será reexpedida tan pronto como haya sido suficientemente cubierta de mercurio.»

### III

Los detalles del desastre «Ele» (y no me refiero al «Elevado»), que, justo a mitad del siglo pasado, tuvo el singular efecto de producir y maldecir a la vez la noción de *Terra*, son demasiado bien conocidos de los historiadores y demasiado obscenos desde el punto de vista religioso para ser tratados por extenso en un libro dirigido a aficionados jóvenes, y no a hombres graves.

Hoy, naturalmente, luego que los grandes años antiguos de fantasías reaccionarias han pasado (¡más o menos!), y nuestras maquinatas pizpiretas (¡Fragod las bendiga!) zumban de nuevo casi tan bien como lo hicieron en la primera mitad del siglo XIX, el aspecto puramente geográfico del asunto es parcialmente redimido por su lado cómico, como esas marqueterías de bronce y *bric-à-Braques*, esos horrores de similor que nuestros antepasados, tan desprovistos de humor, se atrevían a llamar «arte»; pues, en verdad, nadie puede negar la presencia de algo sumamente grotesco en la configuración de pequeñas manchas variopintas que fueron solemnemente propuestas a la credulidad general como una representación geográfica de *Terra*. *Ved'* (¿no es así?) desternillante imaginar que «Rusia», en lugar de ser un sinónimo desusado de Estocia, la provincia americana que se extiende desde el círculo ya no vicioso, sino simplemente polar, hasta los Estados Unidos propiamente dichos, se convirtiese, en *Terra*, en el nombre de un país transportado como por un ardid a través del ja-ja de un doble océano al hemisferio opuesto, para extenderse allí desahogadamente por toda nuestra moderna Tartaria, desde Curlandia a las Kuriles. Pero (lo que es aún más absurdo), si, en términos de espacio, a escala terrestre, la Amerrusia de Abraham Milton se escindió en sus componentes (con agua y hielo tangibles interpuestos entre las nociones, menos poéticas que políticas, de «América» y «Rusia»), en términos de tiempo la incongruencia es aún más irracional y ridícula, no sólo porque la historia de cada una de las dos partes no se adapta a la historia de la otra, sino porque entre ambas tierras existía un desajuste de hasta un centenar de años (en un sentido o en otro), un desajuste señalado por una rara confusión de indicadores en las encrucijadas del Tiempo Fluyente, donde los «aún no» de un mundo no siempre correspondían a los «ya no» del otro. Fue (entre otras razones) por ese concurso de divergencias «científicamente inasibles» por lo que las mentes *bien rangées*, poco hábiles en destrabar duendes, rechazaron «*Terra*», que les parecía una chifladura o un fantasma, mientras que las mentes desarregladas, prestas a sumergirse en cualquier abismo, la aceptaron como apoyo y prenda de su propia irracionalidad.

El propio Van Veen descubriría más tarde, en la época de su apasionada investigación en terrología (ciencia que era entonces una rama de la psiquiatría), que hasta los más profundos pensadores, los más puros filósofos, como Paar de Chose y Zapater de Aardvark, disentían en cuanto a la existencia hipotética de una especie de «cristal deformante de nuestra deformada tierra», según la expresión, ingeniosamente eufónica, de un sabio que desea guardar el anonimato. («¡Hum! *Kverikveri*, como la pobre *mademoiselle* L. decía a Gavronsky.» De puño y letra de Ada.)

Alguien sostenía que las discrepancias e incompatibilidades entre los dos mundos eran demasiado numerosas y estaban demasiado hondamente entretejidas en la trama del desarrollo de los acontecimientos para no convertir en una trivial fantasía la teoría de la esencial identidad. Pero otros redarguyeron que las

desemejanzas aducidas servían más bien para confirmar la viva realidad orgánica del «otro mundo», mientras que, por el contrario, la semejanza perfecta sugeriría un fenómeno especular y, por tanto, especulativo; y que dos partidas de ajedrez, iniciadas y acabadas con movimientos idénticos, pueden presentar, en un mismo tablero, pero en dos cerebros, un número infinito de variaciones en cualquier fase inter— media de su desarrollo, inexorablemente convergente.

Si este humilde narrador se siente obligado a recordar todo esto a quien ahora lo está releiendo es porque en abril (mi mes favorito) de 1869 (un año en modo alguno maravilloso), y el día de san Jorge (según las sensibleras memorias de Mlle. Larivière), Demon Veen se casó con Aqua Veen por despecho y compasión, una mezcla no infrecuente.

¿Hubo alguna otra sabrosa especia que entrase como ingrediente en aquella mezcla? Marina, con perversa vanagloria, declaraba en la cama que los sentidos de Demon se habían dejado cautivar por una curiosa especie de placer incestuoso, cualquiera que pueda ser el exacto sentido de ese término (y entiendo «placer» en el sentido del *plaisir* francés, con el estimulante suplemento de vibración espinal que produce el pronunciarlo en ese idioma). Y, mientras ella hablaba, él acariciaba, saboreaba, entreabría y profanaba delicadamente, de modos inconfesables pero fascinantes, una carne que era a la vez la de su mujer y la de su amante, los encantos gemelos de dos cuerpos confundidos y realzados por el mismo parentesco, un aguamarina al mismo tiempo única y doble, un espejismo en un emirato, dos gemas geminadas, una orgía de paronomasias epiteliales.

Verdaderamente, Aqua era menos guapa y estaba mucho más loca que su hermana Marina. Sus catorce años de matrimonio desdichado consistieron en una serie intermitente de estancias, cada vez más frecuentes y prolongadas, en sanatorios. Si tomásemos un pequeño mapa de la parte europea de la *Commonwealth* británica —digamos, desde Escoto-escandinavia hasta la Riviera, Libralta y Palermontovia —y la casi totalidad de los Estados Unidos de América —desde Estocia y Canadia hasta Argentina —y clavásemos en el mismo alfileritos con la bandera de la Cruz Roja esmaltada para señalar todos los lugares en que acampó Aqua en el curso de su Güera Mundial particular, el mapa quedaría cubierto por una espesa selva.

En una ocasión, Aqua proyectó recuperar una apariencia de salud («¡oh, un poco de gris, por candad, en vez de ese negro intenso!») en algún protectorado anglonorteamericano, como los Balcanes o las Indias. Tal vez habría probado incluso en esos dos continentes del hemisferio austral que van prosperando bajo nuestro dominio conjunto. Huelga decir que la Tartaria, infierno independiente cuyo territorio se extendía entonces desde los mares Báltico y Negro hasta el Océano Pacífico, era turísticamente impracticable, por más que los nombres de Yalta y Altyntagh tuviesen un sonido extrañamente atractivo... Pero el verdadero destino de Aqua era *Terra* la Bella, adonde sabía que iría volando, con largas alas de libélula, cuando muriese Las pobres cartitas que escribía a su esposo desde los hogares de la demencia iban a veces firmadas Madame Shchemyashchikh-Zvukov («Lamentaciones Desgarradoras»).

Después de haber sostenido su primer choque con la locura en Ex-en-Valais, regresó a América, donde la esperaba una cruel derrota. En aquellos días, Van estaba todavía siendo amamantado por una nodriza muy joven, casi una niña, Ruby Black (su apellido de soltera), la cual tampoco tardaría en perder la razón. Fatalmente, toda criatura afectiva y frágil que entrase en relación íntima con

Van Veen (como más tarde le ocurriría a Lucette) tendría que conocer la angustia y los desastres, a menos que por sus venas corriese algo de la sangre demoníaca de su padre.

Aqua no había cumplido aún los veinte años cuando su temperamento, exaltado por naturaleza, empezó a revelar los primeros síntomas de una alteración morbosa. Hablando en términos cronológicos, el estadio inicial de su enfermedad coincidió con la primera década de la Gran Revelación. Y, si bien podría haber encontrado con no menos facilidad cualquier otro tema para sus fantasmas, las estadísticas ponen de manifiesto que la Gran (y, para algunos, Intolerable) Revelación causó en el mundo más locura que incluso la obsesión religiosa en los tiempos medievales.

Una Revelación puede ser más peligrosa que una Revolución. Inteligencias débiles identificaron la noción de un planeta *Terra* con la de otro mundo, y ese otro mundo se confundió no solamente con el «Otro Mundo» (del Siglo Futuro), sino con el mundo real, tal como existe en su totalidad en nosotros y fuera de nosotros. *Nuestros* demonios, nuestros propios encantadores, son nobles criaturas iridiscentes de garras traslúcidas y vigoroso batir de alas; pero en la década de 1860, los Nuevos Creyentes le apremiaban a uno a imaginar una esfera en la que esos compañeros maravillosos se habían degradado y ya no eran más que monstruos perversos, diablos inmundos con los escritos negros de los carnívoros y los dientes de las serpientes, verdugos y ultrajadores del alma femenina. Mientras que, en la acera opuesta de la vía cósmica, bajo un nimbo de arco iris, un coro de espíritus angélicos, habitantes de la dulce *Terra*, se dedicaban a restaurar los mitos más rancios, aunque todavía poderosos, de los viejos credos, con arreglos para organillo de todas las cacofonías derramadas desde el origen de los tiempos por todos los dioses y todos los sacerdotes en todas las ciénagas de este nuestro suficiente mundo.

«Suficiente para lo que tú quieres de él, Van, seamos claros» (nota marginal).

La pobre Aqua, cuya imaginación era fácil presa de las chifladuras de maniáticos y cristianos, se representaba vívidamente un paraíso de salmista de segunda fila, una futura América de edificios de alabastro de un centenar de plantas, de ciudades como almacenes de muebles atestados de altos armarios roperos pintados de blanco y neveras de tamaño más modesto. Veía gigantescos tiburones voladores, con ojos laterales, que en menos de una noche podían transportar peregrinos por el negro éter a través de todo un continente inmenso, desde un mar en tinieblas hasta otro mar resplandeciente, antes de regresar con estruendo a Seattle o Wark. Oía mágicas cajas de música que hablaban y cantaban ahogando los terrores del pensamiento, subiendo con el ascensorista, hundiéndose en las profundidades con el minero, alabando la Belleza y la Piedad, a la Virgen y a Venus en las moradas del solitario y del pobre. El inconfesable poder magnético vilipendiado por los legisladores de este triste país —¿de cuál? ¡oh, de cualquiera! Estocia y Canadia, la Mark Kennensia «alemana» o el Manitobogan «sueco», el taller de los yukonitas de camisa roja o la cocina de los lyaskanka de pañuelo rojo, la Estocia «francesa», desde Bras d'Or a Ladore, y, pronto, nuestras dos Américas en toda su extensión, y todos los demás continentes estupefactos —era utilizado en *Terra* con tanta liberalidad como el agua y el aire, como las biblias y las escobas. De haber nacido dos o tres siglos antes, Aqua habría encontrado su puesto, con la mayor naturalidad, entre las brujas que debía consumir el fuego.



En sus excéntricos años de estudiante había dejado el Colegio Brown Hill, establecimiento de buen tono fundado por uno de sus menos recomendables antepasados, para colaborar, como también era de buen tono, en alguna obra de Promoción Social en los Severniya Territorii. Con la inestimable ayuda de Milton Abraham organizó una Farmacia Fraternalista en Bielokonsk y se enamoró lastimosamente de un hombre casado, el cual, después de administrarle durante todo un verano su pasión de advenedizo en la *garçonnière* rodante de su Camping Ford, prefirió abandonarla a arriesgar su posición social en una ciudad de tenderos en la que los pequeños burgueses pertenecían a logias y jugaban al golf los domingos. La terrible enfermedad, toscamente diagnosticada en su caso, y en el de otros desgraciados, como «una forma aguda de manía mística mitigada por la existencialización» (es decir, lo que antes se llamaba simple locura) fue apoderándose de ella de manera progresiva, con intervalos de paz extática, franjas discontinuas de cordura precaria y súbitos sueños de certidumbre en la eternidad, desgraciadamente más raros y más breves.

Después de la muerte de Aqua en 1883, Van calculó que, en el transcurso de trece años, contando todos los presumibles momentos de presencia personal, las lúgubres visitas que la había hecho de niño en los diversos hospitales o clínicas en que estuvo asilada, las apariciones súbitas y tumultosas de las que a veces había sido espectador en medio de la noche —en las que la desgraciada forcejeaba con su marido o con el aya inglesa, frágil pero ágil, hasta que la llevaban otra vez escaleras arriba, donde era acogida por los ladridos gozosos del *appenzeller* y acababa en el cuarto de los niños, sin la peluca, sin las zapatillas, y con las uñas teñidas de sangre—, la habría visto, o habría estado a su lado, durante un tiempo apenas superior al requerido para la gestación de una vida humana.

La rosada lejanía de Terra le fue pronto ocultada por brumas siniestras. La desintegración de su personalidad fue avanzando fase tras fase, cada una de ellas más atroz que la precedente, pues el cerebro humano puede llegar a constituir un gabinete de tortura más eficaz que los que él mismo ha inventado, establecido y experimentado desde hace millones de años, en millones de países, contra millones de víctimas aullantes.

La pobre Aqua desarrolló una morbosa sensibilidad al lenguaje del agua del grifo, la cual, a veces (cuando nos lavamos las manos después de tomar un *cocktail* con personas extrañas) nos devuelve el eco de un fragmento de habla humana que perdura en nuestro oído, algo así como la corriente sanguínea que se agita por los vasos capilares en la fase que precede al sueño. La primera vez que prestó atención a estas reformulaciones de frases recientemente oídas, reformulaciones espontáneas, coherentes, y, en el caso particular que nos ocupa, irónicas, hasta provocadoras, aunque en realidad perfectamente inofensivas, se divirtió bastante ante la idea de que ella, la pobre Aqua, había dado incidentalmente con un método sencillo de registro y transmisión del lenguaje, mientras que todos los tecnólogos del mundo, los llamados sabios, se esforzaban penosamente en demostrar la utilidad pública y el interés comercial de aparatos extremadamente complicados y costosos, como el teléfono hidrodinámico y otros miserables adminículos destinados a reemplazar a los que se habían ido al diablo (*k' chertyam sobach' im*) con el anatema de un inmencionable *lammer*.

Pronto, sin embargo, la facundia de los grifos, rítmicamente perfecta, pero más bien confusa todavía en cuanto a la precisión de los términos, empezó a adquirir una significación mucho más pertinente. La pureza de elocución del grifo hacía progresos proporcionales a la malignidad de sus insinuaciones. Su monólogo comenzaba generalmente poco después de que la desdichada Aqua hubiese oído, o escuchado, la voz de alguien que hablaba de modo imperioso y expresivo, no necesariamente dirigiéndose a ella; alguien que hablaba con una rapidez característica, con entonaciones muy personales o marcadas por un fuerte acento extranjero, el coercitivo parloteo de un narrador en alguna reunión detestable, un soliloquio líquido de una comedia mortalmente aburrida, o bien la voz adorable de Van, un fragmento de poema oído en una conferencia, el poeta Housman pidiendo compasión a un bello muchacho —niño mío, hermoso mío—, y especialmente el verso italiano, más fluido y *flo*, como aquella cancioncilla recitada entre golpéenos en la rodilla y toques en los párpados por un viejo doctor, medio ruso, medio cantor, doc, doc, doctor, canción, cantor, cancioncilla ballatetta, deboletta...tu, voce sbigottita...spigotty e diavoletta...de lo cor dolentc.con ballatetta va...va...della strutta, destruttamente... mente, mente... quita el disco, o el cicerone seguirá su cantinela, como en Florencia aquella misma mañana ante una estúpida estela que conmemoraba —según se nos dijo —el recuerdo de aquel «olmo» que se cubrió de verde al paso del cuerpo frío y tieso de san Zeus, cuando era llevado a través de la sombra que crece y crece, esa bruja de Arlington que no cesaba de hostigar a su callado marido, mientras pasaban rápidamente las viñas (e incluso en el túnel): «No pueden hacerte eso, Jack Black, habrá que decírselo, no habrá más remedio que decírselo...» El agua del baño (o de la ducha) parecía tener la naturaleza de un Calibán y no sabía hablar de un modo claro y distinto —o quizás estaba demasiado impaciente por vomitar el torrente que le hervía en las entrañas y librarse de sus ardores infernales— para preocuparse de vanas palabrerías. Pero el gluglú del agua resultaba cada día más ambicioso, más odioso. Hasta tal punto que una mañana, en su primer «hogar», al oír al más odiado —quizás —de los médicos que la visitaban cotidianamente (el que citaba a Cavalcanti) verter instrucciones infames en su aborrecido *bidet* (en una gárrula mezcla de alemán y ruso), Aqua tomó la resolución de no volver a dejar correr el agua.

Pero también esta fase pasó. Otros suplicios reemplazaron a la elocuencia líquida de su homónimo: cuando, en un intervalo de lucidez, ocurrió que abrió con su débil manita el grifo de un lavabo para beber un poco de agua fresca, la tibia linfa le respondió en su propio lenguaje, sin sombra de malicia ni de intención paródica: ¡*Finito!* Ahora, lo que la atormentaba terriblemente era el sentir, entre los relieves cada vez más rebajados del pensamiento y del recuerdo, blandas fosas negras (*yamy, yamischi*) en su mente. Un pánico mental y un dolor físico juntaban sus manos de rubí negro. La una le impulsaba a rezar por la salud de su mente, la otra abogaba por la muerte. Los objetos hechos por la mano del hombre perdían su significación o se cargaban de alusiones inquietantes. Las perchas de la ropa se convertían en los hombros de telúricos decapitados, la manta de múltiples pliegues que había hecho caer al suelo de un puntapié la miraba como ojos lúgubres de pupilas ensombrecidas por furúnculos y con un aire de reproche en la mueca de sus labios lívidos. El esfuerzo que necesitaba para interpretar las informaciones que la gente de mentalidad superior era capaz de obtener de algún modo en la posición de las agujas de un reloj, llegó a resultarle tan ineficaz, tan desesperado como si hubiese intentado comprender el lenguaje por signos de una sociedad secreta o la canción china de aquel estudiante de la guitarra no china a quien había conocido en los días en que ella —o su hermana —había dado a luz una criatura malva. Pero su

locura, la majestad de su locura, conservaba todavía la coquetería patética de una reina loca: «Sabe usted, doctor, creo que pronto necesitaré gafas. No entiendo... (risa altiva). No puedo entender lo que me dice mi reloj de pulsera... Por el amor de Dios, ayúdeme, ¿qué dice mi reloj? ¡Ah! Falta media hora... ¿para qué? No importa, no importa. «No», e «importa» son hermanos gemelos, yo tengo una hermana gemela, un hijo gemelo. Sé que quiere usted examinar mi *pudendron*, la *Rose moussue* de los Alpes, del álbum de ella, cogida hace ya diez años» (y al decirlo muestra sus diez dedos, contenta, orgullosa, ¡diez son diez!).

Luego su angustia creció hasta alcanzar la insoportable enormidad de la pesadilla, haciéndola gritar y vomitar. Pidió (y fue autorizada, gracias al peluquero del hospital, Bob Dean) que le cortasen sus bucles morenos de modo que no quedasen más largos que una punta de aguamarina, porque le crecían hacia *dentro* de su cráneo poroso y se retorcían en su interior. Pedazos de cielo, o de pared, serrados como piezas de *puzzle*, se desunían, por muy esmeradamente que pudieran haber estado compuestos en su anterior unidad: el más ligero choque, el codazo de una enfermera descuidada, bastaba para destruir la cohesión de aquellos fragmentos ingravidos, que se convertían en espacios vacíos incomprensibles de objetos anónimos, o en el envés en blanco de monedas o fichas de «Scrabble» a las que ella no podía dar la vuelta, porque un enfermero de ojos negros —los ojos de Demon— le había atado las manos. Pero, pronto, el pánico y el dolor, como un par de niños bulliciosos y turbulentos, emitieron una última risotada chillona y corrieron a ocultarse detrás de un arbusto para masturbarse mutuamente, como en *Anna Karenina* del conde León Tolstoi, una novela; y una vez más, por un momento, un momentito, todo quedó en la casa tranquilo y silencioso, y la madre de los niños tenía el mismo nombre de pila que su propia madre.

Durante algún tiempo, Aqua creyó que un niño nacido muerto, de seis meses y de sexo masculino, un pequeño feto sorprendido, un pescado de goma que le había salido en el baño, en un lugar de nacimiento señalado simplemente con una X en sus sueños, después de haber chocado, al esquiar a tumba abierta, con el tocón de un árbol, había sido resucitado de algún modo, y llevado a su «Hogar», con los cumplimientos de su hermana Marina, envuelto en algodón en rama empapado en sangre, pero perfectamente vivo y saludable, y había sido registrado como hijo suyo, con el nombre de Ivan Veen. En otros momentos se sentía convencida de que el niño era hijo ilegítimo de su hermana, y que había nacido durante una tempestad de nieve, agotadora, aunque tremendamente romántica, en un refugio alpino del Sex Rouge, donde un cierto doctor Alpiner, de medicina general, y muy amante de las gencianas, estaba sentado providencialmente ante una estufa roja y rústica, en espera de que se secasen sus botas. Una cierta confusión resultó de ello, menos de dos años más tarde (en septiembre de 1871: la mente de Aqua se enorgullecía de retener aún docenas de fechas) cuando escapó de un nuevo «hogar», y consiguió, Dios sabe cómo, volver a la inolvidable casa de campo de su esposo (imitación de un viajante extranjero: «*Signor Konduktor, ai vant go Lago di Luga, hier Geld*»). Aprovechó que Demon estaba sometándose a un masaje en el *solarium* para introducirse furtivamente en su antiguo dormitorio, y experimentó una deliciosa sorpresa: su polvera de cristal, llena a medias de su polvo de talco y pintorescamente rotulada «Algunas Flores» en letras polícromas, seguía aún en su mesilla de noche; su camisón preferido, color de llama, yacía, arrugado, sobre la alfombra de pie de cama. A los ojos de Aqua, aquello significaba que sólo un breve sueño, una negra pesadilla, había oscurecido la luminosa verdad de que ella había pasado todo aquel tiempo —desde el aniversario de Shakespeare, un día de abril verde y lluvioso—

acostada en brazos de su marido. Pero para la mayoría de las demás personas, ay, aquello significaba otra cosa: que Marina (a quien G. A. Vronski, el magnate del cine, había abandonado por otra *Khristosik*, Cristita, como él llamaba, en ruso, a todas las lindas *starlettes*; otra *Khristosik* de largas pestañas) había concebido, *c'est bien le cas de le dire*, la brillante idea de hacer que Demon se divorciase de Aqua la loca y se casase con ella; la cual creía (con placer y con razón) estar embarazada por segunda vez. Marina y Demon habían pasado juntos en Kitej un mes *rukuliruyushchiy*, pero cuando ella le reveló, en un tono compuesto y farisaico, el secreto de sus intenciones (justo antes de la llegada de Aqua) él la echó de su casa.

Más tarde, en el último capítulo de su inútil existencia, Aqua desechó todos aquellos recuerdos ambiguos y se reencontró en un lujoso sanatorio de Centaur, Arizona, leyendo y releyendo, atentamente, beatamente, las cartas de su hijo. Éste la escribía invariablemente en francés, la llamaba *petite maman*, y le describía la divertida escuela a la que iría a vivir cuando cumplierse los trece años. Y por la noche, cuando en sus oídos resonaban los nuevos insomnios, sus insomnios deliberados, sus últimos, últimos insomnios, Aqua oía la voz de su hijo, y encontraba en ella consuelo. Él la llamaba generalmente *mummy*, o *mama*, acentuando en inglés la última sílaba, y, en ruso, la primera. Alguien ha dicho que los triplets y los dracunculi heráldicos se encontraban frecuentemente en las familias trilingües; pero de lo que ahora no había duda *de ninguna clase* (excepto, tal vez, en el alma infernícola de la detestable Marina, muerta ya hacía tiempo) es de que Van era *suyo, cuyo*, de Aqua, su hijo bien amado.

Nada dispuesta a sufrir una nueva recaída después de aquel bendito estado de perfecto reposo mental, pero sabiendo al mismo tiempo que éste no podía durar, Aqua hizo lo que había hecho otra paciente en la lejana Francia, en un «hogar» mucho menos sonriente y cómodo. Un cierto doctor Froid, uno de los centauros administrativos de Aqua, y que era, tal vez, el hermano emigrado —con el apellido corrompido por la desgracia de un pasaporte— del doctor Froit de Signy Mondieu-Mondieu de las Ardenas, o, más probablemente, el mismo doctor Froit, puesto que ambos procedían de Vienne, Isère, y, además, eran hijos únicos (como lo era el hijo de Aqua), instauró, o, mejor, restauró un sistema terapéutico, destinado a revigorizar el sentimiento de «grupo» y consistente en hacer participar a los enfermos de más calidad en las actividades del servicio doméstico si se sentían inclinados a ello. Aqua repitió, pues, exactamente, la treta de la astuta Eléonore Bonvard, a saber: se encargó de hacer las camas y limpiar el polvo a los vasares. El *astorium* de san Taurus, o de santa Aura, o de como quiera que se llamase (¿qué importa?, las naderías de la existencia se olvidan muy a prisa cuando uno se sumerge en la nada absoluta) era quizá más moderno y más refinado (en cuanto a la elegante vista de que disponía sobre el desierto) que el hospicio sombrío de Mondefroid, pero, en uno y otro lugar, para un asilado demente no era sino un juego de niños el burlarse de un pedante imbécil.

En menos de una semana Aqua había acaparado más de doscientas píldoras y comprimidos de virtudes diversas. Las conocía casi sin excepción: los sedantes anodinos y los que le dejan a uno fuera de combate desde las ocho de la tarde hasta la medianoche; y las diversas variedades de soporíferos de mayor potencia, de los que se sale con los miembros nacidos y la cabeza pesada, tras ocho horas de no-existencia; y cierta droga, que era en sí misma deliciosa, pero que resultaba ligeramente mortal si se combina con un par de gotas de ese detergente conocido en el mercado

bajo el nombre de Idiotona; y una píldora de color de ciruela morada que hacía que la pobre Aqua (que no podía por menos de reírse al pensar en ello) se acordase de las que empleaba la gitanilla maga de un cuento español (muy del gusto de las escolares de Ladore) para dormir a todos los cazadores y a sus perros en cuanto se levantaba la veda. Temiendo que algún metomentodo se entrometiese a resucitarla en el prelude del gran viaje, Aqua juzgó necesario asegurarse un momento de estupor solitario tan prolongado como fuera posible, en un lugar que no fuese una indiscreta casa de cristal. La ejecución de esta segunda parte del proyecto fue simplificada y alentada por otro agente, o doble, del profesor de Isère, un tal doctor Sig Heiler a quien todo el mundo veneraba como un tío, un as, una especie de genio (en el sentido en que se dice una «especie de cerveza»). Los pacientes que testimoniaban, mediante ciertos espasmos de los párpados y otras partes semiprivadas sometidas a la observación de los estudiantes de medicina, que Sig (un buen tipo ligeramente deformado, pero no repelente) estaba empezando a ser soñado como un «papá Fig», gran azotador de traseros femeninos y valiente utilizador de escupideras, pasaban por estar en el camino de la curación, y eran autorizados, al despertar, a participar libremente en normales actividades al aire libre, como paseos y picnics. La astuta Aqua parpadeó, simuló un bostezo, entreabrió los ojos azul celeste (de tan sorprendente contraste con las pupilas de azabache, como el que también tenían los de Dolly, su madre), se puso un pantalón amarillo y un bolero negro, atravesó un bosquecillo de pinos, hizo auto-stop a un camión mejicano que la dejó en el cruce siguiente, encontró luego un barranco propicio en un chaparral, y allí, después de haber escrito una carta, se puso plácidamente a comer, en el hueco de la mano, el variopinto contenido de su bolso de mano, como cualquier joven campesina rusa *Lakomyachtchiasya yagodami* (dándose un banquete de frambuesas) recién recogidas en el bosque. Aqua sonreía, deleitándose soñadoramente con el pensamiento (de tono bastante «kareniano») de que su desaparición afectaría a sus conocidos más o menos como la interrupción súbita, misteriosa, nunca explicada, de una historieta que se viene leyendo durante años en un periódico ilustrado dominical. Aquélla fue su última sonrisa. Fue descubierta mucho antes de lo que estaba previsto, pero también había muerto mucho antes de lo esperado, y el sagaz Siggy, vestido aún con su mal hecho pantalón corto caqui informó de que la Hermana Aqua (como, por alguna razón, la llamaban todos) había sido encontrada en la posición *foetus in utero*, como los muertos de las sepulturas prehistóricas; un comentario que sus estudiantes estimaron oportuno, como quizás lo estimen los míos.

La última carta de Aqua, encontrada sobre el cuerpo de ésta, y dirigida a su marido y a su hijo, podía haber sido escrita por la persona más sensata de esta tierra o de otra.

*Aujourd'hui (heute-toityl)*, yo, juguete de pupilas giratorias, he conseguido el permiso psykista para disfrutar de un paseo en compañía de *herr Doktor Sieg*, de nuestra enfermera Joan la Terrible, y de varios «pacientes», en el *bor* (bosque de pinos) vecino. En éste he visto, querido Van, exactamente las mismas ardillas con aspecto de mofeta que tu abuela Azuloscuro importó en el parque de Ardis, por el que algún día, sin duda, te pasearás. Las agujas de un reloj de pared, aun cuando no funcione bien, deben saber, y hacer saber al más tonto de los relojitos de pulsera, dónde se encuentran. De no ser así, ya no hay reloj, ya no hay cuadrante; no hay más que una cara en blanco con unos falsos bigotes. Igualmente, *tchelovek* (el ser humano) debe saber dónde está y hacérselo saber a los

demás; y, de no ser así, no es ni siquiera un *klok* (pedazo) de *tchelovek*; no es ya un él, ni un ella, no es sino «una pizca de nada», como decía tu pobre ama Ruby, mi pequeño Van, cuando hablaba de su seno derecho estéril. Yo, pobre *Princesse lointaine, très lointaine* ya, no sé dónde estoy: así pues, es necesario que desaparezca. Así pues, *adieu*, querido, hijo mío querido, y adiós, pobre Demon. No conozco ni la fecha ni la estación, pero es un día razonablemente bello, y, sin duda, en sazón, con una gran cantidad de gentiles hormiguitas que hacen cola para probar mis lindas píldoras.

(Firmado) La hermana de mi hermana, que *teper'iz ada* («ahora ha salido del infierno»)

«Si queremos que el reloj de sol de la vida nos indique dónde estamos —comentó Van, que desarrolló la metáfora en la rosaleta de Ardis Manor a finales de agosto de 1884— es preciso que recordemos siempre que la fuerza, la dignidad y la delicia del hombre consiste en frustrar y despreciar las sombras y las estrellas que nos ocultan sus secretos. Sólo el poder ridículo del sufrimiento pudo obligarla a rendirse. Y muchas veces me digo que sería mucho más verosímil, estética, extática y estóticamente, que ella fuese verdaderamente mi madre.»

#### IV

Cuando, a mediados del siglo XX, Van emprendió la reconstitución de su más lejano pasado, no tardó en darse cuenta de que el modo más apropiado (y, frecuentemente, el *único* modo) de tratar los recuerdos de su infancia realmente significativos (en cuanto al objeto particular que se proponía dicha reconstitución) que reaparecían en diversos períodos de su adolescencia y de su juventud, era el de verlos en yuxtaposiciones imprevistas que, al reavivar los detalles, vivificaban el conjunto. Ésa es la razón de que su primer amor tenga aquí prioridad sobre su primera herida o su primera pesadilla.

Acababa de llegar a su decimocuarto cumpleaños. Hasta entonces, nunca había abandonado las comodidades del hogar paterno. Nunca se había dicho que esas «comodidades» podían ser cuestionables, y valer sólo como una metáfora preliminar y tópica en un libro sobre un muchacho y un colegio...

A pocas casas de distancia del edificio de la escuela en que Van estaba interno, una viuda, la señora Tapirov, que, aunque francesa, hablaba inglés, con acento ruso, tenía una tienda de objetos de arte y de muebles antiguos, o que pasaban por serlo. Un brillante día de invierno Van entró en aquella tienda. Vasos de cristal llenos de rosas de color carmesí y margaritas amarillas estaban dispuestos acá y allá: sobre una consola de madera dorada, sobre un cofre de laca, en el estante de una vitrina, y también en los bordes de una alfombra que tapizaba la escalerita que subía al entresuelo, donde altos armarios y aparadores pretenciosos rodeaban en semicírculo una singular asamblea de arpas. Van comprobó que las flores eran artificiales, y se preguntó, perplejo, por qué esa clase de imitaciones se proponían engañar exclusivamente a los ojos, en vez de reproducir también el contacto húmedo y carnal de los pétalos o las hojas vivas. Cuando al día siguiente se presentó de nuevo en busca del objeto (olvidado ya hoy, ochenta años más tarde) cuya reparación o copia había

encargado, el objeto no estaba dispuesto o la copia no estaba hecha. Al pasar, tocó una rosa a medias abierta; pero sus dedos no sintieron el previsto contacto de una epidermis estéril, sino el beso de la vida, de unos labios trémulos de frescor. La señora Tapirov observó su sorpresa y dijo: «Hija mía, pon siempre un ramo de rosas naturales entre las artificiales *pour attraper le client*. Has dado con el truco.» Ella entró justo cuando él se marchaba: era una colegiala que vestía un abrigo gris, y tenía un bonito rostro, y unos bucles morenos que le llegaban hasta los hombros. En otra ocasión (porque cierta parte del objeto, tal vez el marco, tardó un tiempo infinito antes de poder ser recogido, o tal vez porque el objeto entero resultó, finalmente, inhallable), Van la vio, con los libros de clase, acurrucada en una butaca, mueble doméstico entre los artículos de venta. Nunca le habló. La amó locamente. Su pasión debió durar por lo menos un trimestre.

Aquello era el amor, el amor normal, misterioso. Menos misteriosas, pero considerablemente más grotescas, eran las pasiones, esas pasiones que varias generaciones de buenos maestros no habían conseguido aún purgar de las costumbres escolares, y que, en fecha tan tardía como 1883, seguían extraordinariamente en boga en Riverlane. Cada dormitorio tenía su sodomizado. Un chico neurótico procedente de Upsala, de ojos bizqueantes y labios flojos, de miembros casi anormalmente desmañados, pero que tenía una textura de piel maravillosamente tierna y las encantadoras redondeces cremosas del Cupido del Bronzino (el grande, aquél que un sátiro entusiasmado descubre en el cenador de una dama), era objeto de crueles abusos por parte de una banda de muchachos extranjeros, griegos o ingleses en su mayor parte, cuyo jefe era Cheshire, el as del *rugby* del colegio. En parte por bravata, en parte por curiosidad, Van, sobreponiéndose a su propia repugnancia, asistía, con mirada fría, a sus groseras orgías. Por lo demás, no tardó en abandonar el sucedáneo en beneficio de diversiones más normales, aunque igualmente descorazonadoras.

La vieja que vendía bastones de azúcar y tebeos en la tiendecita de la esquina (la cual, por tradición, no estaba estrictamente vedada a los internos del colegio) contrató los servicios de una auxiliar, rechoncha y joven, y Cheshire, que era hijo de un lord aficionado a las economías, no tardó en descubrir que podía poseerla por un dólar ruso. Van fue uno de los primeros en aprovecharse de la ganga. La chica concedía sus favores en una semioscuridad, entre cajas y sacos amontonados en la trastienda, una vez cumplido su horario de trabajo. El haberse presentado a la chica como un libertino de dieciséis años, en vez de como un virginal chiquillo de catorce, hizo que el encuentro resultara muy embarazoso para nuestro calavera. Trató de paliar su inexperiencia mediante una acción expeditiva, y no logró otra cosa que derramar en el felpudo de la entrada lo que la chica le hubiera ayudado de buena gana a introducir de puertas adentro. Las cosas salieron mejor seis minutos más tarde, cuando Cheshire y Zographos estuvieron listos. Sin embargo, solamente en la segunda sesión comenzó Van verdaderamente a apreciar la dulzura de su amiga, el acucioso apretón de su sexo, la lealtad de su vaivén. Sabía que no era más que una putilla mal hecha, un cerdito rosa, y cada vez que, cuando había acabado, ella trataba de besarle, él le ponía el codo y apartaba la cara, al tiempo que, como había visto hacer a Cheshire, se aseguraba, con mano rápida, de que su cartera seguía en el bolsillo de su pantalón. Y sin embargo, quién sabe por qué, cuando su cuadragésimo y último orgasmo se había ya hundido en el tiempo pasado y Van se encontró solo en el tren que le llevaba a Ladore, entre campos negros y verdes, se sorprendió al ver cómo ornaba de una poesía imprevisible la imagen de la pobre chica, el olor a cocina de sus brazos, sus húmedos

párpados iluminándose con el brillo súbito del encendedor de Cheshire y hasta los pasos de la señora Gimber, la vieja sorda, que chirriaban sobre sus cabezas, en el dormitorio.

Instalado en un elegante compartimento de primera clase, con la mano enguantada descansando en el aterciopelado brazo del asiento y contemplando el amplio paisaje que pasa ante la ventanilla, uno se siente de veras como un hombre de mundo. Pero, de cuando en cuando, los ojos del viajero hacen una pausa en su ir y venir, y el viajero se introvierte y escucha el susurro de cierta comezón en sus zonas más bajas, que él considera (interpretación correcta, gracias a *Pieu*, como una simple irritación epitelial de carácter benigno).

## V

Hacia las tres de la tarde, Van descendió con sus dos maletas a la paz soleada de una pequeña estación rural. De allí partía un camino sinuoso que conducía hasta Ardis Hall, a donde Van acudía por primera vez en su vida. Su imaginación le había ofrecido, en una miniatura premonitoria, un caballo ensillado dispuesto para él. Pero allí no había ni siquiera una tartana. El jefe de estación, un hombre gordo y bronceado, con uniforme pardo, sabía de buena fuente que se esperaba al señor Van en el tren del anochecer, que era más lento, pero disponía de coche restaurante. Mientras saludaba con su gorra al impaciente conductor, dijo también que tardaría un minuto en telefonar a Ardis Hall. Pero, súbitamente, un coche de alquiler se detuvo al borde del andén y una dama pelirroja se apeó, llevando en la mano su sombrero de paja, y, riéndose de la propia prisa, se precipitó hacia el tren, y, en el último segundo, consiguió subir a él antes de que arrancara. Van se mostró conforme con aquel medio de transporte que había puesto a su disposición la casualidad y se instaló en la vieja calesa. El viaje duró una media hora; y no le resultó desagradable. Se vio transportado entre bosques de pinos y barrancos rocosos, llenos de pájaros y otros animales que cantaban entre la maleza salpicada de flores. Rayos de sol y encajes de sombra resbalaban sobre sus piernas y arrancaban destellos verdes del gran botón de cobre (cuyo hermano gemelo se había desprendido) de la cinturilla del sobretodo del cochero. Atravesaron Torfianka, una soñadora aldeíta que consistía en tres o cuatro isbas hechas de troncos rústicos, un pequeño establecimiento para la reparación de recipientes de leche y una herrería semioculta entre jazmines. El cochero saludó con la mano a un amigo invisible y el sensible cochecito hizo una ligera cabriola para asociarse a aquel gesto cortés. Ahora corrían por el campo libre, sobre un suelo lleno de polvo, en una carretera que descendía y volvía a ascender trepando por las colinas. A cada subida, el viejo taxímetro mecánico desaceleraba su carrera, como si estuviese a punto de dormirse y tuviese que violentarse para dominar su fatiga.

Pronto se encontraron saltando sobre la grava y los guijarros de Gamlet, un pueblecito semirruso, y el conductor hizo un nuevo saludo, dirigido esta vez a un chico subido a un cerezo. Los abedules se apartaron para dejarles paso y accedieron a un puente muy antiguo. Entonces apareció el Ladore — un río que Van vería muchas veces de nuevo durante su vida—, con las negras ruinas del castillo encaramadas en una roca escarpada, y, aguas abajo, los alegres techos multicolores.



La vegetación asumió un carácter más meridional cuando el camino comenzó a bordear el parque de Ardis. A la primera curva, Van descubrió la romántica mansión, situada sobre la «suave eminencia» de las viejas novelas. Era un edificio magnífico, de tres pisos de altura —ladrillo claro y piedra violácea—, cuyos matices y cuyos materiales parecían, según recibían la luz, intercambiar sus apariencias. A pesar de la diversidad, la amplitud y la vitalidad exuberante de los grandes árboles que, desde tiempo atrás, habían remplazado a las dos filas bien ordenadas de arbolitos estilizados (más proyectados como decoración de la casa en la mente del arquitecto que vistos por un ojo de pintor), Van reconoció inmediatamente Ardis Hall, tal como lo había visto representado en una acuarela dos veces centenaria que adornaba el vestidor de su padre: la casa reposaba sobre una altura que dominaba una pradera abstracta, en la que dos minúsculos personajes con sombreros de tres picos conversaban a escasa distancia de una vaca estilizada.

Ningún miembro de la familia se encontraba allí cuando llegó Van. Un distinguido criado tomó el caballo por la brida y desapareció. Van pasó bajo un porche gótico y penetró en el gran vestíbulo. Allí fue recibido, con gestos de alegría, por Bouteillan, el viejo mayordomo calvo, que lucía, en contra de las costumbres de su profesión, unos bigotes teñidos de un negro grasiento y que en otro tiempo había sido ayuda de cámara del padre de Van. «*Je parie —dijo— que Monsieur ne me reconnaît pas*». Y, para hacerse reconocer, procedió a recordar a Van lo que Van, sin su ayuda, ya había recordado: el *farmannikin* (especie de cometa que hoy sería vano buscar, incluso en los más ricos museos del juguete pretérito) que cierta mañana Bouteillan le había ayudado a hacer volar sobre un gran prado salpicado de ranúnculos. Ambos elevaron los ojos hacia el cénit: por un instante, el minúsculo rectángulo rojo se materializó en su recuerdo, suspendido oblicuamente en el azul de un cielo primaveral. El vestíbulo era famoso por sus cielorrasos pintados.

Era demasiado temprano para tomar el té. ¿Deseaba el joven señor que fuese alguna criada, o bien su humilde servidor, quien se encargase de abrir el equipaje? ¡Oh, una de las doncellas!, contestó Van, haciendo con presteza el inventario de los artículos contenidos en el equipaje de un escolar y preguntándose cuál de ellos sería el que podría impresionar a una muchacha de servicio. ¿La imagen desnuda de la modelo Ivory Revery? Pero, ¿qué importaba eso, ahora que él era un hombre?

Por sugerencia del mayordomo, Van salió a dar una vuelta por el jardín. Cuando avanzaba sin ruido sobre la arena rosada de una sinuosa senda, calzado con los zapatos de lona blanca y suela de goma negra de su uniforme escolar, fue a dar con una persona a la que reconoció, con disgusto, como su antigua institutriz francesa (¡aquel lugar parecía el dominio de un enjambre de fantasmas!). La dama estaba sentada en un banco pintado de verde, al pie de un bosquecillo de lilas de Persia, con una sombrilla en una mano, y un libro abierto en la otra. Leía en voz alta a una niña, mientras ésta se hurgaba en la nariz y se examinaba el dedo, con una satisfacción soñadora, antes de limpiárselo en el borde del banco. Van decidió que tenía que ser «Ardelia», la mayor de las dos primitas a las que se suponía venía a conocer. En realidad, se trataba de Lucette, la más joven, una criatura todavía más bien neutra, de ocho años, que tenía por nariz un botón rosa y pecoso, y una cabellera brillante de color castaño rojizo. Había sufrido una neumonía a principios de la primavera y tenía ese aire de extraña lejanía que conservan durante algún tiempo los niños que han escapado a la muerte (especialmente, los niños traviesos). *Mademoiselle* Larivière, mirando por encima de sus gafas verdes, vio de pronto a Van, el cual tuvo que prestarse a nuevas efusiones de bienvenida. A

diferencia del viejo Albert, *mademoiselle* Larivière no había cambiado en absoluto desde los días en que aparecía, tres veces por semana, en casa de Dark Veen, con un montón de libros y su caniche enano y tembloroso (ahora muerto), que no soportaba quedarse solo en casa. Van recordaba sus grandes ojos brillantes, como tristes aceitunas negras.

Tomaron el camino de regreso a la casa. La institutriz sacudía la cabeza —nariz grande, barbilla grande—, mientras caminaba bajo la seda de su sombrilla recordando alguna antigua pena. Lucette arrastraba por la arena una azada de jardinero que había encontrado. Y el joven Van, con su bonito traje gris y su corbata flotante, marchaba, con las manos a la espalda, mirándose los pies, que se movían con silenciosa destreza, y esforzándose, sin ninguna razón especial, en colocarlos concienzudamente uno detrás del otro, en la misma línea.

Ante el porche acababa de detenerse una victoria. Una señora, que se parecía a la madre de Van, y una muchachita de cabellos oscuros, de unos once o doce años descendían del coche, precedidas por un perrito que se les había escapado ágilmente. Ada llevaba en sus brazos un manojo desordenado de flores silvestres. Iba vestida de blanco, con una chaqueta negra, y llevaba un lazo blanco en sus largos cabellos. Van no la volvió a ver nunca vestida de aquel modo, y cada vez que, en evocación retrospectiva, hacía mención del atuendo, ella replicaba tenazmente que debía haberlo soñado, puesto que en su vida había vestido así, y que nunca se habría colocado una chaqueta oscura en un día tan caluroso. Pero él permaneció siempre aferrado a aquella imagen inicial.

Unos diez años antes (cuando él estaba a punto de cumplir cuatro, o tal vez a poco de haberlos cumplido, y hacia el final de una prolongada estancia de su madre en un sanatorio) «Tía» Marina se le había echado encima en un parque público donde había una gran jaula de faisanes, y, tras decirle a la niñera que se ocupase de sus propios asuntos, le había llevado a una caseta de madera, junto al quiosco de música. Allí le compró un bastón de caramelo de menta color de esmeralda y le dijo que, si su padre quería, ella reemplazaría a su madre, y que no se debía dar de comer a los faisanes sin el permiso de lady Amherst (eso fue, al menos, lo que él entendió).

Tomaron el té en un rincón coquetonamente amueblado (que contrastaba con la notable austeridad del resto del *hall*) de donde partía la gran escalera. Estaban sentados en sillas tapizadas de seda, en torno a una mesa encantadora. Ada había dejado su chaqueta negra y su ramillete rosa-amarillo-azul de anémonas, celidónias y colombinas, en un taburete de madera de encina. El perro Dack recogía más trozos de galleta de lo que tenía por costumbre. Price, el viejo criado tristón que trajo la crema para las fresas, recordó a Van a su profesor de Historia, «Jiji» Jones.

—Se parece a mi profesor de Historia —dijo Van, cuando Price se había retirado.

—Yo adoraba la Historia —dijo Marina—. Me encantaba identificarme con las mujeres famosas. Mira, Ivan, en tu plato hay una mariquita. Particularmente con las bellezas célebres. La segunda esposa de Lincoln, o la reina Josefina...

—Sí, lo he notado. ¡Qué bien dibujada está! En casa también tenemos platos así.

—¿*Slivok* (un proco de crema)? —preguntó Marina, mientras servía a Van una taza de té—. Hablas ruso, supongo.

—*Neokhotno no soverchenno svobodno* (de mala gana, pero con soltura) —replicó Van, *slegka ulibnuvshis* (con una ligera sonrisa)—. Sí, mucha crema y tres terrones de azúcar.

—Ada y yo compartimos tus gustos extravagantes. A Dostoievski le gustaba con jarabe de frambuesa. —¡Puah! —proclamó Ada.

Detrás de Marina, colgaba de la pared su propio retrato, hecho por Tresham. Era una tela bastante bella, que la representaba tocada con un gran sombrero romántico, con un ala irisada y una larga pluma caída, de plata con bandas negras; un sombrero que había llevado diez años antes, para el ensayo general de una escena de caza. Y Van, al acordarse de la jaula de los faisanes, y de su madre, encerrada en otra jaula, experimentó un extraño y súbito sentimiento de misterio, como si los comentaristas de su destino se hubieran puesto a cuchichear en un rincón. El rostro maquillado de Marina se esforzaba en imitar su antigua apariencia, pero la moda había cambiado: llevaba un vestido de algodón estampado con motivos campesinos; sus bucles de color castaño rojizo habían sido decolorados con agua oxigenada y ya no le caían sobre las sienes; no había nada, en su atavío o en su tocado, que recordase la elegancia con la que sostenía el bastón de caza o el deslumbrante plumaje que el talento de Tresham había plasmado con la minucia de un ornitólogo.

No hubo gran cosa digna de ser recordada en aquel primer té. Van advirtió cierta maña de Ada para no enseñar las uñas, una maña que consistía en mantener el puño cerrado o, cuando abría la mano para tomar un bizcocho, hacerlo con la palma vuelta hacia arriba. Todo cuanto su madre decía parecía aburrirla, incomodarla. Cuando Marina empezó a hablar del Tarn, también llamado el Nuevo Embalse, Van se dio cuenta de que Ada no seguía sentada a su lado. Estaba de pie, un poco apartada, ante una ventana abierta y de espaldas a los demás. El perro de cintura de avispa había saltado a una silla y, sobre sus patas abiertas, contemplaba también el jardín, mientras Ada le hablaba a la oreja para preguntarle qué era lo que olfateaba.

—Se ve el Tarn desde la ventana de la biblioteca —dijo Marina—. Ada te enseñará todas las habitaciones de la casa. ¿Ada...? —Marina pronunciaba esta palabra al modo ruso, con la vocal profunda y grave, lo que le daba un sonido parecido al de la palabra inglesa *ardor*.

—Desde aquí también se puede ver un poco de agua que brilla —dijo Ada, volviendo la cabeza desde su puesto de observación, y, *pollice verso*, indicó la vista a Van, el cual dejó en la mesa su taza, se secó los labios con una minúscula servilleta bordada que metió en el bolsillo de su pantalón y se aproximó a la morenita de los brazos pálidos.

Cuando se inclinaba hacia ella (entonces era unas tres pulgadas más alto, y unas seis cuando ella se casó con su ruso de rito ortodoxo, y la sombra de éste, tras ella, sostenía sobre su cabeza la pesada corona nupcial), Ada apartó la cabeza para permitirle que se colocara en el ángulo favorable y sus cabellos le rozaron el cuello. Las primeras veces que Ivan soñó con Ada, la reiteración de aquel contacto tan ligero, tan breve, resultaba siempre superior a sus fuerzas, y, como una espada blandida, desencadenaba la salva que le rendía honores.

—Termina tu té, preciosa —dijo Marina.

En seguida, como Marina había prometido, los dos chicos marcharon escaleras arriba. «¿Por qué crujirán tan furiosamente las escaleras cuando dos niños suben por ellas?», se preguntaba Marina, siguiendo con la mirada las dos manos izquierdas que se apoyaban en la barandilla para ayudarse en sus saltos. Hacían los mismos movimientos, como dos hermanos en su primera lección de baile. «Después de todo, nosotras éramos hermanas gemelas; todo el mundo lo sabe.» Con el mismo suave esfuerzo, Ada delante, Van detrás, los chicos saltaron sobre los dos últimos escalones y la escalera quedó de nuevo silenciosa. «Escrúpulos pasados de moda», dijo Marina.

## VI

Ada condujo a su tímido invitado a la gran biblioteca de la segunda planta, orgullo de Ardis, y su lugar favorito. Su madre no entraba jamás allí (ya tenía en su tocador su propia colección completa de *Las Mil y Una Mejores Comedias*). En cuanto a Daniel Veen, poltrón sentimental, evitaba incluso aproximarse a la misma porque no tenía ganas de encontrarse con el fantasma de su padre, muerto entre sus libros, víctima de un ataque de apoplejía. Por otra parte, nada le parecía tan deprimente como aquellas obras completas de autores completamente olvidados, si bien no le desagradaba que un visitante ocasional admirase las altas estanterías y las rechonchas vitrinas, los cuadros sombríos y los bustos pálidos, las diez sillas de nogal tallado y las dos nobles mesas con incrustaciones de ébano. En un haz oblicuo de estudiosos rayos de sol, un atlas botánico, abierto sobre un facistol, mostraba una plancha multicolor en la que se presentaban unas orquídeas. Una especie de diván o canapé, tapizado de terciopelo negro y con dos cojines amarillos, estaba adaptado a un nicho de la pared, bajo una ventana de un solo cristal que ofrecía una magnífica vista del parque, con su lago artificial. Un par de candelabros, puros espectos de bronce y cera, se apoyaban, o parecían apoyarse, en el amplio alféizar.

Un corredor que partía de la biblioteca hubiese conducido a nuestros silenciosos exploradores (si hubiesen proseguido sus investigaciones en esa dirección) hasta las habitaciones del señor y la señora Veen, situadas en el ala de poniente del edificio. Pero una pequeña escalera semisecreta, oculta tras una estantería rotatoria, les aspiró en su espiral ascendente, ella delante, él tres pasos más atrás, tres escalones más abajo, siguiendo las largas zancadas de la muchachita de muslos blancos como la leche.

Los dormitorios y las instalaciones adyacentes eran menos que modestos: Van no pudo por menos de lamentar el ser, por lo visto, demasiado joven para no poder pretender una de las dos habitaciones para invitados que estaban próximas a la biblioteca. Se acordó con nostalgia del lujo de su casa paterna, ante aquellos horribles objetos que iban a rodearle en la soledad de las noches de verano. Allí todo parecía destinado algún cretino servilmente conformista: el lecho desolador, como de asilo con su sencilla cabecera medieval de madera deslustrada; el armario ropero de quejumbrosos crujidos, la rechoncha cómoda de imitación de caoba, con sus tiradores de cadenilla (uno de los cuales faltaba); un cofre para las mantas (una oveja descarriada, escapada de la habitación del ajuar), y el viejo escritorio de persiana impracticable... clavada, encolada tal vez: en una de sus casillas inútiles, Van descubrió el tirador que faltaba en la cómoda y se lo ofreció a Ada, que lo tiró por la ventana. Hasta aquel día Van no había conocido un caballete-toallero, ni un lavabo

sin bañera. Encima de éste había un espejo redondo, adornado con racimos de uva de escayola dorada. Una serpiente satánica circundaba la jofaina de porcelana (réplica exacta de la del cuarto de aseo de las niñas, al otro lado del pasillo). Un sillón de brazos, de alto respaldo, y una mesita con un candelabro de bronce con asa y con platillo para recoger la cera (cuyo doble le parecía haber visto también reflejado en un espejo un instante antes; pero ¿dónde?, ¿dónde?), completaban la principal y peor parte del humilde mobiliario.

Regresaron al corredor. Ada sacudía la cabellera y Van se aclaraba la garganta. Un poco más allá, la puerta entreabierta de un cuarto infantil —quizás el cuarto de los juguetes— parecía moverse. La pequeña Lucette miraba por la rendija, al tiempo que dejaba ver una rodilla sonrosada. Luego, la puerta se abrió de par en par, pero Lucette corrió a perderse en el interior de sus apartamentos. Barquitos de vela azul cobalto adornaban los azulejos de una estufa de cerámica, y, cuando los chicos pasaban ante la puerta abierta, un órgano de juguete entonó, a modo de invitación, un pequeño minueto entrecortado. Ada y Van regresaron a la planta baja, esta vez por la suntuosa escalera.

Entre los múltiples antepasados que se sucedían a lo largo de los muros, Ada designó el que era su favorito: el viejo príncipe Vseslav Zemski (1699-1797), amigo de Linneo y autor de una *Flora Ladórica*, que había sido retratado al óleo en los tonos más brillantes. El príncipe estaba sentado, y en sus rodillas se apoyaban su prometida, apenas púber, y la rubia muñeca de ésta. Una ampliación fotográfica, sobriamente enmarcada colgaba (de un modo bastante incongruente, según pensó Van) junto al príncipe de la ropa bordada, amante de los capullos de rosa. El difunto Sumerechnikov, precursor americano de los hermanos Lumière, había captado el perfil, con el violín pegado a la mejilla, del tío Materno de Ada —un adolescente ya moribundo— después de su concierto de despedida.

En la planta baja, el salón amarillo, enteramente tapizado de damasco y amueblado en lo que los franceses llamaron en otros tiempos estilo imperio, daba directamente al jardín. En aquel momento, a media tarde, las anchas hojas de la sombra de una paulonia invadían el parquet, a través de la puerta vidriera.

—¡Pobres paulonias...! —Ada conocía la explicación y se disponía a darla—. Han recibido su nombre de un lingüista descuidado, que se inspiró en el patronímico (que él tomó por nombre de pila o nombre de familia) de una dama inocente, Anna Pavlovna Romanov, hija de Pavel, apodado Pablo-menos-Pedro (me pregunto por qué), y prima del botánico Zemski, del que era discípulo nuestro no-lingüista (creo que voy a morir de risa, pensó Van). Una vitrina que servía de jaula a todo un zoo de animalitos de porcelana (entre ellos el órix y el okapi), todos con su nombre latino, le fue especialmente recomendada por su encantadora pero pretenciosa acompañante. Igualmente, una mampara de fondo negro, cuyos cinco paneles estaban ornados con pinturas que reproducían los primeros mapamundis de cuatro continentes y medio. Pasamos ahora a la sala de música, con el piano abandonado, y a una habitación de esquina, llamada la Sala de los Fusiles, en la que había un poney disecado, (de raza Shetland), en otro tiempo montado por una tía de Dan Veen (¿su nombre?; olvidado, gracias a *Pieu*). Al otro lado (o, será mejor decir, *a otro* lado) de la vasta morada se encuentra el salón de baile, brillante desierto bordeado por una fila de sillas espectadoras. «Lector, pasa» («*mimo, chitatel*», como escribió Turgenev).

Lo que impropriamente se llamaba en el condado de Ladore las dependencias del servicio de la casa, eran de una arquitectura bastante confusa. Una galería enrejada miraba al jardín por encima de su hombro enguarnaldado y luego doblaba en ángulo recto hacia la entrada de coches. Ada, cuya lengua se había inmovilizado de pronto, y Van, que se sentía mortalmente aburrido, siguieron ahora por una elegante logia, iluminada por ventanas estrechas y altas, que les condujo a la Pérgola de Rocas, una gruta artificial a la que se adherían, sin vergüenza, helechos naturales. La cascada, igualmente artificial, que animaba el lugar, tenía su fuente no lejos de allí, en algún arroyo, si no era más bien en algún libro de sus lecturas bucólicas, o simplemente en la repleta vejiga del joven Van, (después de todo, aquel maldito té...).

Los criados, a excepción de dos doncellas pintadas y empolvadas, que tenían su habitación «en los pisos», se alojaban en la planta baja, del lado del patio. Ada dijo que un día había visitado aquellas habitaciones, en la etapa exploratoria de su niñez, pero que de lo único que se acordaba era de un canario y de un antiguo molinillo de café, con lo que se agotaba el tema.

Subieron otra vez, a toda prisa, la escalera. Van visitó el W.C. y volvió a salir de mucho mejor humor. Un Haydn enano volvió a tocar algunos compases cuando ellos pasaban.

La buhardilla. Esta es la buhardilla. Bienvenido a la buhardilla. Servía de almacén a un considerable número de baúles y cajas de cartón, dos literas oscuras, puestas una encima de otra, como escarabajos copulando, y cuadros pequeños y grandes, amontonados en los rincones o colocados en estantes, con la cara vuelta hacia la pared, como escolares castigados. Había también, enrollado en su estuche, un «jikker», o «mirón», una alfombra mágica color azul celeste, adornada con dibujos árabes de tonos descoloridos, pero todavía encantadores, que el padre del tío Dan había utilizado para volar en su infancia, y sobre la que, en su edad madura, había planeado, cuando estaba borracho. La policía del espacio había prohibido el uso de jikkers, alegando las múltiples colisiones, caídas y accidentes de toda clase a que se exponían, que eran especialmente numerosos en los cielos crepusculares y sobre los campos idílicos. Pero cuatro años más tarde, Van, deportista apasionado, sobornó a un mecánico local para que limpiase el chisme, volviese a cargar sus cilindros de milanos, y pusiese de nuevo el conjunto en su debido orden mágico; y cuántos días de verano pasaron, su Ada y él, balanceándose sobre arroyos y arboledas, o sobrevolando, a la prudente altura de diez pies, los caminos y los techos! Qué cómico resulta el ciclista zigzagueante que se hunde con su bici en una zanja! Qué ridículo el deshollinador con brazos de fantoche que resbala por la pendiente de un tejado!

Movida tal vez por el vago sentimiento de que mientras siguiesen explorando la casa estarían, por lo menos, haciendo *algo* (lo que les permitía conservar una apariencia de actividad consecuente) y que, a pesar de los dones brillantes con que ambos parecían dotados para la conversación, su paseo podía degenerar en cualquier momento en un vacío consternador, sin otros recursos que un rasgo de ingenio más o menos forzado, seguido de un largo lapso de silencio, Ada no ahorró a su compañero la visita a los sótanos. Allí, un robot ruidoso y ventruado infundía gallardamente su ardor en un sistema de tuberías cuyas arborescencias y meandros iban a desembocar en la inmensa cocina y en los dos lúgubres cuartos de baño, esforzándose lo mejor que podía en hacer la mansión habitable a los invitados en las festividades invernales.

—¡Y todavía no has visto nada! —exclamó Ada—. Aún queda el tejado.

«Bien, pero ésa va a ser la última escalada, por hoy», se dijo Van, con firmeza, a sí mismo.

Debido a una mezcla de imbricaciones de estilos y de tejas (difícilmente explicable en términos no técnicos a quien no sea un amante de los tejados), así como a un azaroso *continuum*, por así decirlo, de restauraciones y renovaciones alternadas, los tejados de Ardis ofrecían un laberinto indescriptible de ángulos, de volúmenes, de superficies verde-estaño o gris brillante, de aristas pintorescas y de escondrijos a prueba de viento. Allí era posible abrazarse y besarse, y, en los intervalos, contemplar el Embalse, los bosquecillos, los prados, la línea de tinta china del una hilera de alerces que marcaba, a millas de distancia, el límite de la propiedad vecina, y las feas formas menudas de algunas vacas más o menos desprovistas de patas que pastaban en una colina lejana. Uno podía también sustraerse, detrás de cualquier resalte, a las investigaciones indiscretas de un mirón, o de un señor en globo tomando fotos.

El bronce de un gong vibró sobre la terraza.

Por alguna extraña razón, Ada y Van se sintieron aliviados al enterarse de que iba a venir a cenar un desconocido. Era un arquitecto andaluz a quien el tío Dan pensaba encargar los planos de una piscina «artística» para Ardis Manor. El tío Dan se había propuesto venir también, junto con un intérprete, pero, entretanto, había cogido la khrip rusa (llamada aún gripe española), y había tenido que conformarse con telefonar a Marina para pedirle que estuviese simpática con el buen Alonso.

—¡Tenéis que ayudarme! —dijo Marina a los chicos, con frente preocupada.

Y Ada, volviéndose a Van:

—Quizá podría enseñarle la copia de una naturaleza muerta absolutamente, fantásticamente, exquisita, obra de Juan de Labrador, de Extremadura: racimos de uvas doradas y una extraña rosa sobre fondo negro. Dan se la vendió a Demon, y Demon ha prometido que me la regalará cuando cumpla los quince años.

—Nosotros también tenemos algunas frutas de Zurbarán —dijo Van, con aire de superioridad—. Mandarinas, según creo, y una especie de higo, con una avispa. Deslumbraremos al buen hombre con nuestra charla de entendidos.

Pero no deslumbraron al buen hombre. Alonso era un hombre pequeño y arrugado, vestido con un *smoking* cruzado, y sólo comprendía el español. Desdichadamente, el repertorio de palabras españolas a disposición de sus huéspedes no pasaba mucho de la media docena. Van conocía «canastilla» y «nubarrones», que había encontrado en la edición bilingüe de un bellissimo poema español citado en uno de sus libros de estudio. Ada recordaba, por supuesto, «mariposa», y dos o tres nombres de pájaros encontrados en las guías ornitológicas de Iberia, como «paloma» o «perdiz». Marina conocía «aroma», «hombre» y un término anatómico con una «j» en medio. En consecuencia, la conversación de la mesa consistió aquella noche en frases españolas, largas y pausadas, pronunciadas con fuerte voz por el voluble arquitecto, el cual creía que estaba tratando con personas muy sordas, más unas migajas de francés, inútil aunque deliberadamente

italianizadas por sus tres víctimas. Una vez terminada la difícil cena, Alonso exploró el terreno, escoltado por dos lacayos que llevaban tres antorchas, en busca de un lugar adecuado para la costosa piscina. Encontrado éste, volvió a meter el plano en su cartera y partió a toda prisa para tomar el último tren con destino a Méjico, no sin antes haber besado, en la oscuridad y por error, la mano de Ada.

## VII

Van, que se caía de sueño, se fue a acostar poco después del «té de la noche», una colación estival, prácticamente sin té, que se tomaba unas horas después de la cena, y que parecía a Marina tan natural e indispensable como la regular llegada del crepúsculo antes de la noche. En Ardis Manor, aquel tradicional ágape ruso consistía en la *prostokvasha*, que las institutrices inglesas traducían por *curds-and-whey* (cuajos y suero) y Mlle. Larivière por "*lait caillé*" (leche cuajada), cuya capa superficial, fina y cremosa, espumaba Ada delicada pero ávidamente (Ada: ¡cuántas acciones tuyas pueden ser calificadas con esos adverbios!) con la punta de la cuchara de plata, marcada con su monograma, que chupaba con deleite antes de atacar las profundidades más compactas del plato. Para acompañar la *prostokvasha* había pan negro de campesino, *klubnika* (*Fragaria elatior*) de un rojo oscuro, y grandes fresas de jardín de rojo brillante (resultado de un cruce de otras dos especies de *fragaria*).

Apenas había puesto Van la mejilla en su fría y escuálida almohada, cuando fue violentamente despertado por un concierto de clamores —gorjeos brillantes, dulces silbidos, trinos agudos, graznidos ásperos y tiernos susurros —que pensó, no sin cierta aprensión de profano, que Ada habría sabido disociar y atribuir a sus respectivos autores. Deslizó los pies en sus babuchas, tomó su jabón, su peine y su toalla y, cubriendo su desnudez con un albornoz, salió de su habitación con la intención de bañarse en el arroyo que había advertido la víspera. El reloj del pasillo tictaqueaba en el silencio auroral, roto únicamente, de puertas adentro, por un ronquido magistral que procedía de la habitación de la institutriz. Tras un instante de duda, Van hizo una visita al W.C. de los niños. Por el estrecho ventanillo abierto le asaltaron el loco estruendo de los pájaros y el brillo de un soberbio sol. Van se sentía bien, ¡muy bien! En la gran escalera, el padre del general Durmanov le saludó con una mirada grave y le pasó a su vecino, el viejo príncipe Zemski, quien a su vez le pasó al siguiente antepasado... y todos observaron a Van con la discreción atenta de esos guardianes de museo que vigilan al turista extranjero, visitante solitario de un viejo palacio tenebroso.

La puerta principal estaba cerrada, con cerrojos y cadena. Van probó en una puerta lateral, de cristal y enrejada, que daba a una galería decorada con guirnaldas azules. Vano esfuerzo. Desconocedor aún de que, bajo la escalera, un escondrijo poco visible guardaba un surtido de llaves de emergencia (entre ellas algunas muy antiguas y de ignorada atribución, que colgaban de clavos de bronce) y comunicaba con un cuartito para instrumentos, que se abría directamente sobre un rincón retirado del jardín, Van atravesó varios salones, en busca de alguna ventana complaciente. Por el camino, en una habitación de esquina, encontró, de pie ante una alta ventana, a una joven doncella a la que había visto el día anterior y a quien había prometido mentalmente futuras



investigaciones. La muchacha vestía lo que Demon llamaba, con una mirada de reojo sugeridora de sobreentendidos, «de negro vicetiple, con volante blanco». En sus cabellos castaños, una peina de carey reflejaba una luz ambarina. La contraventana estaba abierta sobre el jardín, y la muchacha, con una mano, en la que brillaba la estrella de un aguamarina, apoyada en alto sobre la jamba de la ventana, contemplaba un gorrión que se aproximaba saltarín a un pedacito de bizcocho que ella le había arrojado a las baldosas del camino. Su perfil de camafeo, su gentil nariz rosa, su largo cuello francés, blanco como los lirios, las curvas de su contorno (la concupiscencia masculina no llega más lejos en materia de hallazgos descriptivos), y, sobre todo, el instinto feroz de la ocasión favorable, emocionaron a Van de un modo tan vigoroso que no pudo por menos de coger por la muñeca el lindo brazo levantado, enfundado en una manga estrecha. La muchacha se soltó, e, indicando a su perseguidor, con su actitud flemática, que le había visto aproximarse, volvió hacia él un rostro atractivo, aunque casi desprovisto de cejas, y le preguntó si quería tomar una taza de té antes del desayuno. No, gracias... pero, ¿podía saber cómo se llamaba? Blanche, señor. Pero Mlle. Larivière la llamaba Cenicienta, porque sus medias tenían una marcada tendencia a caer en arrugas, ¿el señor entiende lo que quiero decir?, y porque lo rompía todo, lo perdía todo, y confundía las flores rojas con las azules. Van se aproximó aún más. Su vestidura suelta revelaba su deseo: un punto que no podía escapar a la atención de una chica, aunque fuese ciega para los colores. Y mientras la mirada de Van, deslizándose un poco por encima de la peina de carey, recorría el horizonte doméstico con la esperanza de que un lecho practicable apareciese en algún lugar de aquel castillo encantado (donde cualquier sitio, como en las *Memorias* de Casanova, podía convertirse, por la alquimia del sueño, en el rincón de un serrallo recóndito), ella se escabulló fuera de su alcance y, en su dulce francés de Ladore, moduló este monólogo:

—El señor tiene quince años, creo, y yo, eso sí lo sé, tengo diecinueve. El señor es un aristócrata; yo soy la hija de un pobre minero. El señor ha conocido, sin duda, a mujeres de la ciudad, mientras que yo soy virgen, o casi. Además, si me enamorase del señor —quiero decir, si me enamorase de verdad—, y eso podría muy bien ocurrir, ¡ay!, con que el señor me poseyese una sola vez, no habría para mí más que pena, llamas del infierno, desesperación e incluso la muerte. En fin, puedo añadir que tengo flujo blanco y he de consultar al doctor Cronic, quiero decir, Crolic, mi próximo día libre. Ahora tenemos que separarnos. El gorrión se ha marchado, ya ve usted, y *monsieur* Bouteillan, que acaba de entrar en la habitación de al lado, puede vernos la mar de bien en aquel espejo que hay encima del sofá, detrás del biombo de seda.

—Perdóname, chica —murmuró Van, a quien aquella voz extraña y trágica, que mezclaba el inglés y el francés, había turbado más de lo razonable, como si tuviera el papel principal en una comedia y sólo se acordase de aquella única escena. En el espejo, una mano de mayordomo hizo salir una garrafa de los márgenes de la no-existencia y desapareció de la vista. Van volvió a atarse el cordón del albornoz, franqueó la puerta y se hundió en la verde realidad del jardín.

## VIII

Aquella misma mañana, o un par de días más tarde, en la terraza, Mlle. Larivière decía:

—Anda, ve a jugar con él —y empujaba a Ada (cuyas caderas infantiles sufrieron una sacudida que estuvo a punto de desarticularlas)—. ¿Cómo puedes dejar que tu primo se aburra en una mañana tan bella? Cógele de la mano y ve a enseñarle tu alameda favorita, con la dama blanca, la montaña y la encina grande.

Ada se encogió de hombros y se acercó a Van. El contacto de sus dedos helados y su palma húmeda, y el modo ligeramente forzado con que se echaba la melena hacia atrás mientras descendían juntos la avenida principal del parque, hicieron que Van tampoco se sintiese demasiado cómodo y que, con el pretexto de recoger una pina, liberase su mano. Luego, no sabiendo qué hacer de la pina, la tiró contra una mujer de mármol inclinada sobre un *stamnos*, sin conseguir otra cosa que asustar a un pájaro que se había posado en el borde del cántaro roto.

—No hay nada más grosero en el mundo —dijo Ada —que tirar piedras a un piñonero.

—Lo siento —dijo Van—. No pretendía asustarlo. Es que no soy uno de esos muchachos del campo que saben distinguir una piña de una piedra. ¿A qué espera ella que juguemos?

—Lo ignoro. Verdaderamente, me preocupo poco de cómo trabaja su débil mente. Supongo que al escondite o a trepar a los árboles.

—Ah, eso sí lo sé hacer —dijo Van—. A decir verdad, hasta soy braquipodista. ¿Quieres ver...?

—No. Vamos a jugar a *mis* juegos, los que yo he inventado y que espero que la pobre Lucette pueda jugar conmigo el año que viene. Ven, vamos a empezar. La primera serie pertenece al grupo sombra-y-luz. Hoy te enseñaré dos.

—Ya entiendo —dijo Van.

—En seguida lo verás —replicó la presumidilla—. Ante todo hay que encontrar un buen bastoncito.

—Mira —dijo Van, todavía un poco escocido—. Ahí viene otro piñonero.

Por entonces habían llegado al *rond-point*, un no muy amplio espacio de arena rodeado de macizos de flores con arbustos de jazmines en flor. En las alturas, los brazos de un tilo se extendían hacia los de un roble, como una bella trapezista adornada de lentejuelas verdes que se lanzase al espacio al encuentro de su robusto padre, suspendido por los pies de un trapecio. Incluso entonces comprendíamos los dos esas cosas divinas. Sí, ya entonces...

—Hay algo bastante acrobático en esas ramas de ahí arriba, ¿verdad? —dijo Van, indicándolas con el dedo.

—Sí —contestó Ada—, hace tiempo que lo descubrí. El tilo es la sílfide italiana, y el viejo gigante es el que sufre, el viejo amante celoso. Pero, sin embargo, siempre la coge. (Es imposible reproducir a la vez la entonación exacta y el sentido completo de sus palabras —¡al cabo de ochenta años!—, pero mientras nuestras miradas se elevaban hacia el ramaje y volvían a descender a la tierra, ella dijo aquellas palabras extravagantes, enteramente desproporcionadas con la sencillez de su edad.)

Con los ojos bajos y blandiendo un palo de color verde, muy puntiagudo, que había sacado de un macizo de peonías, Ada explicó a su compañero las reglas del primer juego.

La sombra de las hojas sobre la arena quedaba diversamente entrecortada por pequeños círculos de luz intensa. Cada jugador debía elegir su circulito —el mejor hecho, el más brillante que pudiera encontrar— y marcar con trazo firme, con la punta de su varita, el contorno. Entonces, la mancha luminosa adquiría un aspecto de relieve, y parecía convexa, como la superficie de un vaso lleno hasta el borde de algún tinte dorado. A continuación, el jugador vaciaba delicadamente la arena en el interior del círculo de luz, valiéndose del bastón, o de sus dedos; el nivel de la mancha límpida, luminosa infusión de tila, disminuía como por arte de magia en su copa de arena hasta que no quedaba en su fondo más que una sola gota preciosa. Ganaba el jugador que había logrado hacer el mayor número de copas, en, digamos, veinte minutos. Van preguntó, con cierta desconfianza, si aquello era todo. No, no era todo. Ada trazó un circulito bien delimitado alrededor de una mancha de oro de las más bellas, y, mientras trabajaba, desplazándose en cuclillas, sus cabellos negros barrían sus móviles rodillas, pulidas como marfil, y sus manos y sus caderas se afanaban diligentes (con una mano sostenía la varita, con la otra apartaba de su cara los largos mechones inoportunos). De pronto una ligera brisa inoportuna eclipsó la mancha de oro. Aquel accidente hacía perder un punto al jugador, aun cuando la hoja o la nube se apresuraran a abrir de nuevo el paso al rayo de sol que había sido interceptado. Comprendido. ¿Y el otro juego?. El otro juego (esto, dicho con una voz lánguida) podía parecer un poco complicado. Para jugarlo correctamente había que esperar a que la tarde alargase las sombras. El jugador...

—Deja ya de decir «el jugador»... Es «tú», o «yo».

—Digamos tú. Tú dibujas el contorno de mi sombra, detrás de mí, en la arena. Yo me muevo. Tú dibujas la nueva sombra. Y luego la siguiente (le dio la varita). Y ahora, si yo retrocedo...

—Mira —dijo Van, tirando el palo—, si quieres saber mi opinión, creo que esos son los juegos más aburridos y tontos que nadie ha inventado, en cualquier parte y a cualquier hora, por la mañana o por la tarde.

Ella no contestó, pero las ventanas de su nariz se encogieron. Recogió el palo y lo clavó, furiosa, en el lugar de donde lo había recogido, junto a una flor inclinada, a cuyo tallo lo ató con un silencioso movimiento de cabeza. Tomó el camino de regreso a la casa y Van se preguntó si andaría con más gracia cuando fuera mayor.

—Soy un bruto, un grosero Perdóname —dijo.

Ella inclinó la cabeza, sin volverse a mirarle. En prenda de parcial reconciliación, le mostró dos robustos ganchos colgados de anillas de hierro en los troncos de dos tuliperos. Antes de que ella naciese, otro adolescente, que también se llamaba Van y que era hermano de su madre, tenía la costumbre de colgar de ellos una hamaca en el rigor del verano, cuando el calor de las noches se hacía realmente insoportable, y dormía allí —al fin y al cabo, aquélla era la misma latitud de Sicilia. —Espléndida idea —dijo Van—, Por cierto, ¿queman las luciérnagas si le tocan a uno con su luz? Es sólo una pregunta; una pregunta tonta, propia de un chico de ciudad.

Ada le enseñó el lugar donde se guardaba la hamaca (es decir, las hamacas, pues había un buen surtido, un saco de lona lleno de redes flexibles pero fuertes): estaba en el rincón del cuarto de herramientas del sótano, detrás de las lilas, y la llave se escondía en ese agujero, que el año pasado quedó obstruido por el nido de un pájaro... no importa cuál fuera su nombre. Una saeta de luz solar hacía más verde el verde de una caja alargada en la que se guardaba un juego de croquet; pero las pelotas se habían perdido colina abajo, con la complicidad de unos niños insoportables, los pequeños Erminin, que eran de la edad de Van, y que ahora, al crecer, se habían hecho más simpáticos y más tranquilos.

—Como todos lo somos a esta edad —dijo Van, y se detuvo para recoger una peina de carey, como las que suelen usar las chicas para recogerse el cabello sobre la nuca; él había visto una exactamente igual muy recientemente, pero ¿cuándo?, ¿en qué cabellera?

—En una de las doncellas —dijo Ada—. Y también debe ser de ella esta novelucha zarrapastrosa, *Les amours du Docteur Mertvago*, una historia mística contada por un obispo.

—Jugar contigo al croquet —dijo Van —sería un poco como servirse de flamencos y erizos.

—Nuestras lecturas no coinciden —replicó Ada—. Ese *Palace in Wonderland* es la clase de libro que todo el mundo me ha profetizado muchas veces que me encantaría, y eso ha desarrollado en mí un prejuicio insuperable en contra. ¿Has leído ya alguna de las historias de la Larivière? Bueno, ya las leerás. Ella cree que, en alguna forma de existencia anterior, más o menos hindú, ha sido una persona muy frecuentadora de los bulevares de París... y escribe de acuerdo con esa creencia. Desde aquí, dando algunas vueltas y revueltas, podríamos pasar al gran vestíbulo por un pasadizo secreto, pero creo que se supone que hemos de ir a ver la encina grande, que, en realidad, es un olmo.

¿Le gustaban a él los olmos? ¿Conocía el poema de Joyce sobre las dos lavanderas? Sí, desde luego. ¿Le gustaba? Sí, le gustaba. En realidad, lo que estaba empezando a gustarle eran los árboles, los ardores, las Adas. ¿Debía hacer esa observación?

—Y ahora... —dijo Ada. Y se detuvo, mirándole a los ojos.

—Sí —dijo él—. ¿Y ahora...?

—Bueno, quizá no debería tomarme el trabajo de procurarte diversiones, después de haber pisoteado mis círculos. Pero voy a ablandarme y a enseñarte la verdadera maravilla de Ardis Manor: mi larvario. Está en la habitación contigua a la mía.

Tan pronto como hubieron entrado en el santuario, Ada cerró cuidadosamente la puerta de comunicación. El larvario parecía una especie de conejera embeUecida y se encontraba al final de una antecámara con pavimento de mármol (al parecer, un cuarto de baño transformado). A pesar de que la pieza estaba bien ventilada (sus ventanas de vidrieras heráldicas estaban abiertas de par en par y dejaban penetrar los gritos agriados y las imprecaciones de toda una población de pájaros subalimentados y superfrustrados), el olor de las conejeras —tierra húmeda, raíces colmadas de savia, tufo de invernadero viejo y quizás hasta algo de chivo— no dejaba de ser espantoso. Antes de permitir a Van que se acercase, Ada manipuló toda clase de pequeños picaportes y alambradas, y la

pequeña llama voluptuosa que consumía a Van desde el comienzo de los juegos inocentes de aquel día fue reemplazada por un sentimiento de depresión y de profundo vacío.

—Estoy loca por todo lo que repta —dijo Ada.

Y Van:

—Personalmente, yo prefiero esas que se enrollan y se hacen una bola cuando se las toca..., esas que se ponen a dormir como los perros.

—Oh, no se ponen a *dormir*, ¡vaya una idea! ¡Se *desmayan*! Es como un pequeño síncope —explicó Ada frunciendo el entrecejo—. E imagino que las más jóvenes deben sufrir un verdadero *shock*.

—Sí, a mí tampoco me cuesta trabajo imaginármelo. Pero supongo que, a la larga, uno se acostumbra.

Pero sus dudas de profano dejaron pronto paso a la intuición estética. Muchas décadas más tarde, Van seguía recordando cómo le había maravillado una adorable oruga, desnuda, brillante, fastuosamente alunarada y veteada, tan venenosa como las flores de verbasco en que se abrigaba, o la larva de forma de cinta de una catocálida local, cuyas protuberancias grises y placas de color lila imitan el líquen y los nudos de las ramitas a las que se adhiere tan firmemente que prácticamente queda soldada a ellos; o, por supuesto, la pequeña *Orgya*, con su vestido negro, animado a todo lo largo de la espalda por copetes coloreados, rojos, azules, amarillos, de longitud desigual, como las barbas de un cepillo de dientes de fantasía, con colorido garantizado. Esa clase de comparaciones, con adornos especiales, me recuerdan hoy las anotaciones entomológicas del diario de Ada... que hemos de tener por aquí, en algún sitio, ¿verdad, amor mío? En ese cajón, ¿no? Pues, ¡sí!, ¡victoria! Espiguemos algunos ejemplos (tu letra redondeada como las mejillas, amor mío, era un poco más ancha; pero, por lo demás, nada ha cambiado, nada, nada):

«La cabeza retráctil y los diabólicos apéndices anales del monstruo de colores chillones que produce el humilde *Dicranuro* pertenecen a una oruga de lo menos oruga que existe. Sus segmentos frontales tienen forma de fuelles, y su aspecto recuerda al objetivo de un Kodakordeón. Si acaricias con delicadeza su cuerpo hinchado y lampiño, la sensación es perfectamente sedosa y agradable... hasta que la irritada criatura, desagradaída, te lanza un fluido de olor acre que sale de una grieta abierta en su garganta.»

«El Doctor Krolik ha recibido de Andalucía, y me ha regalado amablemente, cinco larvas jóvenes de una especie muy local y descrita hace muy poco: la *Tortuga Carmen*. Son unas criaturas deliciosas, de un bello color de jade con espigas de plata, y no se reproducen más que sobre un sauce de alta montaña de una especie casi extinguida (el bueno de Krolik me ha proporcionado también esa planta).»

(A los diez años, o más joven todavía, Ada había leído —lo mismo que Van— *Les Malheurs de Swann*, como revela el siguiente ejemplo:)

«Creo que Marina dejaría de refunfuñar contra mi *hobby* ("Es un poco inconveniente esa obstinación infantil de rodearse de unos pequeños favoritos tan asquerosos...", "las señoritas normales tienen horror a las serpientes, a los gusanos", etc.) si pudiese persuadirle de que superase sus repugnancias pasadas de moda y que se pusiese a la vez en la palma y en la muñeca (porque la mano no sería bastante grande) la noble larva de la esfinge de Catleya (sombras malvas de *monsieur* Proust) una gigante de seis pulgadas de largo, de color carne, con arabescos color turquesa, que levanta su cabeza de jacinto en una actitud "esfingiana".»

(¡Bonita descripción!, dijo Van. Pero reconozco que no la asimilé a fondo en mi juventud. Ni siquiera yo. Así, pues, no mosqueemos al moscón que atraviesa mi libro y repite de página en página: «¡Qué bromista es este viejo V.V.!»)

Al término de su tan remoto, tan cercano, verano de 1884, Van, antes de abandonar Ardis, quiso hacer una visita de despedida al larvario de Ada.

La larva, blanca como porcelana, de la Cogulla (¿o «el Tiburón»?), la alunarada, veteada y venenosa gema había llevado a buen fin su reciente metamorfosis. Pero el ejemplar único de *Catocala lorelei* había muerto, ¡ay!, paralizada por cierto icneumon al que no habían engañado sus astutos nudos ni sus manchas de liquen. El cepillo de dientes multicolor había entrado confortablemente en pupación en un capullo velludo: era la promesa de una Orgya de Persia para fines de otoño. En cuanto a las dos larvas de «Colas Bifurcadas», se habían vuelto todavía más feas, pero al mismo tiempo más vermiculares y, en cierto sentido, más venerables: sus colas flaccidas se arrastraban lamentablemente tras ellas, un flujo violáceo deslustraba el cubismo de su extravagante dibujo; no cesaban de moverse velozmente de un lado para otro en el fondo de su caja, en un ataque de locomoción preparatoria. También Aqua había marchado a través de un bosque y hasta de un barranco para realizar la misma cosa. Colgada de la tela metálica, en una mancha de sol, una *Nymphalis carmen* recién salida del capullo movía en abanico sus alas limón pálido y ámbar oscuro, cuando Ada, dichosa y cruel, la aplastó con un apretón experto de sus dedos. La Esfinge de Odette se había transformado graciosamente en una momia elefantoide, con una cómica trompa de tipo guermantoide. Y, en otro hemisferio, el doctor Krolik corría rápidamente sobre sus cortas piernas tras una Aurora muy especial, de alta montaña, mariposa conocida por el nombre de *Antocharis ada* Krolik (1884) hasta que la inexorable ley de la prioridad taxonómica no obligase a cambiarlo por el de *Antocharis prittwitzi* Stümper (1883).

—Pero, una vez que aparecen todos estos bichitos —preguntó Van—, ¿qué haces con ellos?

—Pues bien —dijo Ada—, se los llevo al ayudante del doctor Krolik y éste los coloca, los etiqueta y los clava en los cajones de cristal de un armario-vitrina de roble, muy limpio, que será mío cuando me case. Yo poseeré también una gran colección y continuaré criando toda clase de lepidópteros. Mi

sueño sería tener un Instituto Especial de fritilarias con sus orugas, y las diversas violetas de que éstas se nutren. Me expedirían, por correo aéreo urgente, huevos y larvas de toda la América del Norte, acompañadas de sus plantas-huésped: violeta de las secoyas de la costa oeste, violeta pálida de Montana, violeta de la pradera, violeta de Egglestone, que se encuentra en Kentucky, y esa violeta blanca rarísima que florece en un pantano escondido, al borde de un lago sin nombre, en una montaña ártica donde vuela la *Fritilaria minor* de Krolik. Naturalmente, cuando esas mariposas salen del capullo, es facilísimo acoplarlas a mano. Se las coge así, a veces durante un buen rato, de perfil, con las alas plegadas (Ada mostraba el método, olvidándose de disimular sus lamentables uñas), el macho con la mano izquierda y la hembra en la derecha o viceversa, procurando que se toquen las extremidades de los dos abdómenes. Pero, para que la cosa resulte, tienen que estar completamente frescos y embebidos en el vaho de su violeta preferida.

## IX

¿Era verdaderamente bonita, a los doce años? ¿Y tenía él ganas —tendría alguna vez ganas —de acariciarla verdaderamente? Su cabello negro le caía en cascada sobre la clavícula izquierda, y su modo de sacudir la cabeza para echarlo hacia atrás, y el hoyuelo de su mejilla pálida pertenecían a ese tipo de revelaciones a las que acompaña el sentimiento inmediato de una verdad reconocida. Su palidez era luz, y el negro de su pelo era una noche resplandeciente. Las faldas plisadas que preferían eran cortas y le sentaban perfectamente. Sus miembros descubiertos eran tan blancos, tan mínimamente bronceados, que la mirada que acariciaba sus pantorrillas y sus antebrazos podía seguir en ellos la pelusa oblicua y regular de su vello negro y sedoso de joven virgen. El iris castaño oscuro de sus ojos graves tenía la opacidad enigmática de la mirada de un hipnotizador oriental (en un anuncio de página anterior de una revista), y parecía situado a mayor altura de lo que es corriente, de tal modo que, entre su borde inferior y el húmedo párpado que lo subrayaba, se veía, cuando miraba frente a frente, un semicírculo blanco. Sus largas pestañas parecían ennegrecidas (y de hecho lo estaban). La gruesa línea de sus labios febriles evitaba a su rostro la gentileza afectada del elfo. Su nariz francamente irlandesa era, en pequeño, como la de Van. Sus dientes eran bastante blancos y no demasiado regulares.

¡Pero sus pobres manecitas! No había más remedio que apiadarse de ellas. Eran exageradamente rosas, en comparación con la blancura diáfana de los brazos, más rosas incluso que el codo, que parecía ruborizarse del estado lamentable de las uñas. Porque Ada se comía las uñas, se las comía tan despiadadamente que su margen había desaparecido por completo; en su lugar, un surco excavado en la carne como con un alambre añadía a los extremos desnudos de sus dedos el largo de una espátula adicional. Más tarde, cuando Van se aficionó tanto a cubrir de besos sus manos frías, ella le ofrecería siempre los puños cerrados, pero él, despiadadamente, la obligaría a extender los dedos para besar también aquellos almohadoncillos ciegos. (Pero, ah, qué bellos serían, en cambio, y qué largos, los lánguidos ónicos, pintados de rosa y plata, delicadamente puntiagudos, de sus años adolescentes y maduros!)

Lo que Van experimentó durante aquellos primeros días extraños en los que Ada le hizo descubrir la casa y sus rincones, los escondites donde pronto (¡tan pronto!) iban a hacer el amor, se combinaba en una amalgama de encanto y exasperación. Encanto, a causa de aquella piel prohibida, tan blanca, tan voluptuosa; a causa de sus cabellos, de sus piernas, de sus movimientos abruptos, de su olor a pasto de gacela, de la mirada negra y brusca de sus ojos espaciados, de su agreste desnudez bajo el ligero vestido. Exasperación, porque entre él, un escolar genial y desmañado, y aquella niña precoz, afectada, impenetrable, se extendían un vacío de luz y un velo de sombra que ningún esfuerzo podía superar o desgarrar. En la desesperanza de su lecho, juraba lamentablemente al tiempo que sus hinchidos sentidos se concentraban en la imagen de Ada, que él se había bebido con los ojos durante su segunda excursión a los altos del la casa. Ella se había subido sobre un cofre de marino para levantar una especie de claraboya por la cual se accedía al tejado (hasta el perro había trepado por allí en cierta ocasión). La falda se le enganchó en algún clavo y él vio —como el espectador de las chocantes metamorfosis de una falena, o como el testigo de un milagro angustioso en un episodio bíblico —el pelo negro que sombreaba el pubis de la chica. Van se dio cuenta de que ella parecía haberscdado cuenta de que él debía o podía haberse! dado cuenta (de aquello que no solamente había advertido, sino que iba a retener, con terror y ternura, hasta que —mucho más tarde —se liberase de aquella visión, y por extraño modo). Y una expresión curiosa, abatida y arrogante a la vez, pasó por el rostro de Ada: sus mejillas hundidas, sus labios gruesos y pálidos, se movieron como si estuviese masticando algo. Y, cuando Van, que acababa de deslizarse a su vez por la estrecha claraboya, tropezó en una teja y resbaló, con riesgo de caerse, la chica dejó oír una risa forzada y sin alegría. Y en aquel sol que les recibía bruscamente, el muchacho comprendió que, hasta aquel momento, él, el pequeño Van, no había sido sino un virginal ciego, puesto que las prisas, el polvo y la oscuridad, le habían ocultado siempre los pequeños encantos de su primera ramerilla, tantas veces poseída.

A partir de entonces su educación sentimental se aceleró. A la mañana siguiente la sorprendió lavándose la cara y los brazos en una jofaina antigua encajada en una mesa rococó, con los cabellos atados en moño en lo alto de la cabeza, el camisón enroscado al talle, como una corola mal trazada de la que brotaba la delgada espalda que dejaba ver la forma de las costillas. Una gruesa serpiente de porcelana se retorció alrededor de la jofaina. Y mientras ambos, el reptil y el muchacho, contemplaban inmóviles a Eva y el suave perfil tembloroso de sus senos apenas en flor, un gran pedazo de jabón de color morado resbaló entre sus manos, y su pie, enfundado en un calcetín negro, cerró la puerta, con un chasquido que era el eco del jabón al chocar en el mármol más bien que un signo de púdico desagrado.

## X

Comida de mediodía en Ardis Hall, un día cualquiera. Lucette, entre Marina y la institutriz; Van, entre Marina y Ada; Dack, la comadreja de color castaño dorado, bajo la mesa, o bien entre Ada y Mlle. Larivière, o bien entre Lucette y Marina. (A Van le disgustaban en secreto los perros, pero especialmente durante las comidas, y más aún aquel aborto pequeñajo y alargado, de aliento maloliente.) Grandilocuente y resabidilla, Ada podía contar un sueño, describir una curiosidad de Historia Natural, comentar los sabios artificios literarios de tal o cual autor —como el *monologue*



*intérieur* de Paul Bourget, copiado del viejo León—, o denunciar algún desatino grotesco de la última crónica de Elsie de Nord, una vulgar literata *demimondaine* que creía que Lyovin iba por Moscú con un *nagol'niy tulup*, «un gabán de *mujik* de piel de carnero, con el cuero al descubierto por la parte de fuera y forrado por dentro», según la definición de un diccionario que apareció en manos de nuestra comentarista como el conejo en las del prestidigitador; un diccionario que las Elsie no saben nunca procurarse.

La maestría espectacular que desplegaba Ada en el manejo de las oraciones subordinadas, sus digresiones entre paréntesis, la tensión sensual que sabía imprimir a los monosílabos contiguos («*Idiot Elsie simply CAN'T READ*»), todo eso acababa de un modo u otro por producir en Van el efecto de exóticas caricias —suplicio que le sacudían hacia la izquierda la parte excitada —una sensación que al mismo tiempo le irritaba y le causaba un deleite perverso.

Su madre la llamaba «tesoro mío», y punteaba sus discursos con breves exclamaciones: «¡Terriblemente divertido!», o «¡Adorable!». Pero no por ello dejaba de permitirse observaciones más críticas, como «¡siéntate un poco más derecha!», o «¡pero *come*, preciosa! (subrayando el «come» con un acento de incitación maternal muy diferente de los sarcasmos con ritmo de espondeo de su maliciosa hija).

Ada, unas veces sentada en su silla en posición bien erguida, con la flexible espalda bien adaptada al respaldo, y otras veces, cuando sus pensamientos o la aventura que estaba contando alcanzaban un grado de suprema intensidad, inclinándose sobre el plato (es decir, no: para entonces su plato ya había sido retirado por el previsor Price) e invadiendo la mesa, con los codos por delante, para volver luego a su posición anterior, haciendo gestos extravagantes. Había dicho «largo, largo, larguísimo», alzando a la vez las dos manos arriba, muy arriba, para apoyar la palabra con la mímica.

—Pero, tesoro, no has probado la... Price, ¿quiere usted traer la...?

¿La qué? ¿La cuerda que escala, en el ardiente azur, el niño del trasero al aire, ayudante del fakir?

—Era una especie de largo, largo... bueno, quiero decir... (una pequeña pausa) una especie de tentáculo... no, voy a ver si acierto... (sacudía la cabeza y contraía los rasgos, como en un intento de desenredar una madeja a tirones).

No. Enormes ciruelas de color rosa purpúreo, una de las cuales se había abierto de puro madura y exhibía el amarillo de su entraña.

—Y yo estaba allí... (los cabellos le caen sobre la cara, la mano vuela hacia las sienes, esbozando, sin acabarlo, el gesto de apartar el pelo; y luego, bruscamente, un estallido de risa ronca, terminado en una tosecilla húmeda).

—No, en serio, mamá, trata de imaginarte a tu pobre hija incapaz de pronunciar una palabra, pero *gritando*, gritando sin hablar, porque por fin comprende...

A la tercera o cuarta comida, también Van comprendió algo: lejos de corresponder a las exhibiciones de una criatura brillante que trata de deslumbrar al recién llegado, el comportamiento

de Ada debía interpretarse como una tentativa desesperada, y bastante inteligente, de impedir que Marina se apropiase de la conversación y la convirtiese en una conferencia sobre el teatro. Marina, por su parte, mientras acechaba su oportunidad de poner en marcha su *hobby*, experimentaba un cierto placer profesional al representar el papel bien trillado de la tierna madre orgullosa del encanto y el ingenio de su hija, y que a su vez da expresión a su propio encanto y a su propio ingenio en la indulgencia con que tolera la frondosa verbosidad de la niña. ¡Marina era quien estaba exhibiéndose, y no Ada! Y una vez que Van hubo comprendido la verdadera situación, aprendió a aprovechar una pausa (cuando Marina se aprestaba a rellenarla con algunas Stanislavskianas selectas) para lanzar a Ada a las revueltas aguas de la Bahía de la Botánica, un viaje que en otros momentos le había dado miedo, pero que en la sobremesa familiar resultaba ser el modo más seguro y más sencillo de echar una mano a su Ada. La táctica era especialmente importante a la hora de la cena, ya que Lucette y su institutriz cenaban antes en su habitación y entonces no era posible contar con mademoiselle Larivière para que relevase a Ada, en el momento crítico, con las pintorescas referencias a sus trabajos literarios (ahora estaba dando los últimos toques a su famoso *Collar de Diamantes*) o a sus recuerdos de la primera infancia de Van, como aquéllos, eminentemente gratos, en los que figuraba su amado preceptor ruso, que la cortejaba amablemente, que escribía en ruso versos «decadentes» de ritmos «libres» y bebía a la rusa en la soledad de su habitación.

Van: «Esa flor amarilla de ahí (indicando la florecilla delicadamente pintada en un plato de Ecker crown), ¿es un ranúnculo?»

Ada: «No. Esa flor amarilla es la vulgar "maravilla de los pantanos", la *Caltha palustris*. En nuestros campos, los campesinos la llaman impropriamente *cowslip* ("primavera"); pero, como todo el mundo sabe, la verdadera primavera, la *Primula veris*, es una planta completamente distinta.»

—Entiendo —dijo Van.

Marina (tomando la palabra):

—Sí, así es. Cuando yo hacía el papel de Ofelia, el hecho de haber coleccionado en otro tiempo flores...

Ada: «Te ayudaba, sin duda. Y el nombre ruso de esa *Caltha es kuroslep* (que los *mujiks* de Tartaria, pobres esclavos, aplican equivocadamente al ranúnculo) o también *kalujnitsa*, como se dice, correctamente, en Kaluga, USA.

—Entiendo —volvió a decir Van.

—Como sucede con otras muchas flores —prosiguió Ada, con la sonrisa tranquila de un sabio loco—, el desdichado nombre francés de esa planta, *souci d'eau*, ha sido traducido, o será mejor decir transfigurado...

—O bien «desflorado» —aventuró Van, probando también su juego de palabras.

—¡Por favor, hijos míos! —interrumpió Marina, que había seguido la conversación con dificultad, temía ahora, por una incompreensión secundaria, que las metáforas se hiciesen demasiado libres.

—Por suerte —continuó Ada, sin dignarse aliviar la preocupación de su madre— esta misma mañana nuestra erudita institutriz, que fue también la tuya, Van, y que...

(Por primera vez ella pronunciaba su nombre... ¡en una lección de botánica!)

—...y que es bastante severa con los traductores-traidores de lengua inglesa y sus disparates — aunque yo supongo que su celo procede más de la patriotería que de la honradez— ha llamado mi atención, mi mariposeante atención, hacia algunas soberbias «desfloraciones», como tú las llamas, Van, cometidas por un tal Mr. Fowlie en la traducción sedicentemente literal (y calificada por Elsie de «sensible» —sensible! —en un reciente artículo elogioso) del poema de Rimbaud *Mémoire*, que afortunadamente, y como por presciencia, me hizo aprender de memoria (aunque supongo que ella prefiere a Musset o Coppée).

—...*les robes vertes et déteintes des fillettes*... —citó Van, triunfalmente.

—Eg-sactamente (imitación de Dan). Por otra parte, Mlle. Larivière sólo me permite leer a Rimbaud en la antología Feuilletin (la misma que tú tienes, sin duda). Pero me propongo procurarme en seguida las obras completas; y he dicho bien, en seguida, mucho antes de lo que creéis. *Mademoiselle*, dicho sea de paso, va a bajar en cuanto deje bien arropada a nuestra querida, pelirroja, que a estas horas ya debe haberse puesto su camisón verde...

—*Angel moy* —alegó Marina—, estoy segura de que Van no se interesa por los camisonos de Lucette.

—...verde, como el verde de los sauces, y haber contado los borreguitos de su *ciel de lit*, que Fowlie traduce por «la cama del cielo», en vez de por «baldaquino», o «cielo de la cama». Pero volvamos a nuestra pobre flor. El falso louis d'or de esa antología de sucio francés, es la transformación de *souci-d'eau* en «preocupación del agua», a pesar de que Fowlie tenía a su disposición docenas de sinónimos, como *mollyblob*, *marybud*, *maybubble* y toda clase de sobrenombres asociados a las llamadas «fiestas de la fecundidad», sean éstas lo que sean.

—Y, al contrario —dijo Van—, es fácil imaginar una Miss River igualmente bilingüe cotejando con el original una versión francesa de, digamos, el *Garden*, de Marvell...

—¡Ah! —exclamó Ada—, yo puedo recitar *Le jardin* en mi transversión personal! A ver, un momento...

*En vain on s'amuse à gagner*

*L'Oka, la Baie du Palmier...*

—¡Oíd, niños! —interrumpió Marina, esta vez resueltamente, alzando ambas manos en un gesto pacificador—. Cuando yo tenía tu edad, Ada, y mi hermano tenía *tu* edad, Van, hablábamos de criquet, y de poneys, y de perritos, de la última fiesta infantil, del próximo pic-nic, y, ¡ah!, de un

millón de cosas bonitas y normales; pero nunca, nunca, de viejos botánicos franceses o de Dios sabe qué más...

—Pero hace un momento nos has dicho que coleccionabas flores —dijo Ada.

—Ah, sólo fue una temporada, en un lugar de Suiza, no recuerdo bien cuándo. Eso ahora no importa.

El aludido era Ivan Durmanov, muerto de cáncer de pulmón, años atrás, en un sanatorio (en algún lugar de Suiza, no lejos de Ex, donde Van había nacido ocho años más tarde). Marina hablaba a menudo de su hermano, que fue un violinista famoso a la edad de dieciocho años; pero lo hacía sin ninguna particular muestra de emoción, así que a Ada le sorprendió advertir que en esta ocasión la espesa capa de maquillaje de su madre había comenzado a fundirse bajo un súbito torrente de lágrimas (quizás alguna alergia a las viejas flores disecadas y aplastadas, o un ataque de fiebre del heno, o una crisis de gencianitis, como permitiría determinarlo retrospectivamente un diagnóstico algo posterior). Marina se sonó las narices, con su habitual ruido de elefante, como ella misma decía; y en aquel momento mademoiselle Larivière bajó para tomar el café y evocar sus recuerdos de Van, aquel *bambin angélique a neuf ans* que adoraba (¡qué rico!) a Gilberte Swann y a la Lesbia de Catulo, y que había aprendido, él solo, a dar libre salida a su adoración en cuanto la lámpara de petróleo salía de la habitación de la mano de Ruby, su aya negra.

## XI

Pocos días después de la llegada de Van, tío Dan se presentó en el tren matutino procedente de la ciudad, para pasar, como de costumbre, su fin de semana en familia.

Van, que no le esperaba, fue a dar de manos a boca con su tío cuando éste atravesaba el hall. El mayordomo tuvo la gentileza (según apreciación de Van) de hacer entender al señor quién era aquel muchacho tan alto al que él no reconocía. Primeramente alzó la mano izquierda en posición horizontal, a un metro del suelo, y la fue elevando gradualmente, pero aquel código altitudinal fue entendido únicamente por nuestro joven seis-pies. El pequeño caballero pelirrojo miró perplejo al viejo Bouteillan, el cual se apresuró a susurrar el nombre del irreconocido muchacho.

Mr. Daniel Veen tenía la curiosa costumbre, cuando se disponía a dar la bienvenida a un huésped, de hundir los cinco dedos de su mano extendida en el bolsillo de la chaqueta, en algo así como una operación purificadora, que duraba hasta el momento del apretón. Informó a su sobrino de que llovería dentro de algunos minutos, «porque había empezado a llover en Ladore y la lluvia tarda una media hora en llegar a Ardis». Van supuso que aquello era una agudeza, y sonrió cortésmente; pero tío Dan reasumió su aire de perplejidad y, fijando en Van sus pálidos ojos de pez, le preguntó si ya se había familiarizado con los alrededores, cuántos idiomas conocía y si le gustaría comprar por algunos kopeks un billete de lotería de la Cruz Roja.

—No, gracias —contestó Van graciosamente—. Me basta con mis propias loterías.

Su tío le miró una vez más con aire sorprendido, pero ahora empezó a dirigir su atención hacia otras direcciones.

La familia se reunió a tomar el té en el salón. Todo el mundo tuvo más bien silencioso y desanimado. Tío Dan se retiró pronto a estudio, sacando de un bolsillo interior un periódico cuidadosamente doblado. Apenas había salido del salón cuando una ventana se abrió violentamente y un fuerte aguacero empezó a tamborilear sobre las hojas del tulipero y del *imperialis*. La conversación se hizo repentinamente general y ruidosa.

La lluvia no duró mucho, sino que prosiguió su ruta prevista hacia Raduga, o Ladoga, o Kaluga, o Luga, olvidándose sobre el cielo de Ardis un fragmento de arco iris.

Tío Dan, sentado en una mullida butaca, trataba de leer (con ayuda de uno de esos diccionarios-liliput destinados a turistas poco exigentes, del que se servía para descifrar los catálogos de arte extranjeros) un artículo, aparentemente consagrado al cultivo de ostras, en una revista ilustrada holandesa que alguien había abandonado en el asiento contiguo de su departamento del tren, cuando un espantoso tumulto se propagó de habitación en habitación, a través de toda la casa.

El jugueteón Dack, con una oreja colgando y la otra vuelta hacia arriba, mostrando su interior rosa moteado de gris, movía nerviosamente sus cómicas patitas y patinaba sobre el parquet cada vez que hacía uno de sus bruscos virajes, entregado a la tarea de transportar a algún escondrijo adecuado, donde morderlo y sacudirlo a su gusto, un tampón de algodón empapado en sangre que había descubierto en algún lugar del piso de arriba. Ada, Marina y dos de las doncellas se habían lanzado en persecución del alegre animal, pero les era imposible arrinconarle entre todo aquel mobiliario barroco. Después de franquear como un ciclón innumerables puertas, el conjunto de la cacería pasó alrededor del asiento del tío Dan y se dirigió a otra parte.

—¡Dios mío! —exclamó Dan, al reparar en el sangrante trofeo—. Alguien se habrá cortado el pulgar!

Después, palpando los muslos y el asiento, buscó, y no tardó en encontrar bajo un escabel, su indispensable léxico de bolsillo y volvió a sumergirse en la lectura. Pero un segundo más tarde tenía que hojear el diccionario en busca de *groot*, la palabra que estaba buscando cuando se produjo la interrupción. Le contrarió comprobar la sencillez de la traducción: *great*, grande.

Dack escapó por una puerta vidriera llevándose tras él a sus perseguidores hasta el jardín. Allí, en el tercer cuadro de césped, Ada le ganó por velocidad, mediante la puesta en práctica de un salto tomado de la técnica del «fútbol americano», una especie de *rugby* practicado en cierto tiempo por los cadetes de la escuela militar sobre los campos de húmedo césped de las orillas del Goodson. En aquel mismo instante, mademoiselle Larivière se levantó del banco del jardín en el que estaba cortando las uñas a Lucette, y, apuntando con las tijeras a Blanche, que llegaba corriendo con una bolsa de papel en la mano, acusó a la descuidada muchacha de una negligencia escandalosa: haber dejado caer en la camita de Lucette una horquilla de pelo («un chisme así de largo que pudo herir los muslos de la niña»). Pero Marina, que tenía ese miedo enfermizo a «ofender a un inferior» tan propio de una gran dama rusa, declaró zanjado el incidente.

—*Nehoroshaya, nehoroshaya sobaka* —canturreaba Ada, acentuando los sonidos aspirados y sibilantes, mientras alzaba en brazos a su «perro malo», el cual, frustrado por la pérdida de su presa, no daba la menor muestra de vergüenza.

## XII

Hamacas y miel. Ochenta años más tarde, Van recordaba aún, con el frescor punzante de la primera alegría, cómo se había enamorado de Ada. Memoria e imaginación confluían en un mismo punto de partida: la hamaca de sus amaneceres de adolescente. A los noventa y cuatro años seguía encontrando placer en rememorar aquel primer verano de amor no como un mero ensueño, sino como una recapitulación de la conciencia que le ayudaba a vivir en las horas grises que separaban su frágil sueño de la primera píldora cotidiana. Y ahora te toca a ti, querida, sigue tú un ratito. Sigue, Ada, ¿quieres?

(Ella:) Millones, billones de muchachos. Escojamos un decenio no demasiado indecente. En el curso de ese decenio, billones de Bills, de gentiles, dulces, bien dotados y apasionados Bills, bien intencionados de espíritu y de cuerpo, han desnudado a sus jillones de Jills, no menos dulces y vivaces que ellos, en lugares y circunstancias que el investigador debería verificar y especificar, pues, de no hacerse así, existe un serio peligro de que la relación se pierda, en la maraña de las estadísticas y en las generalizaciones en que uno se extravía sin remedio. Poco provecho obtendríamos de nuestro trabajo si, por ejemplo, olvidásemos la pequeña cuestión de esos singulares prodigios de lucidez, de esos genios juveniles que, en algunos casos, convierten tal o cual caso particular en «un acontecimiento único e irrepetible» en el *continuum* de la vida, o, al menos, la anátesis temática de esa categoría de acontecimientos en una obra de arte o en los artículos de un periodista indignado. El detalle que transparece como un nimbo o como una sombra, el follaje del lugar a través de una piel diáfana, el sol verde en el ojo húmedo y negro, todo eso (*vsyo eto*), debe ser tenido en consideración. Y ahora prepárate a seguir tú (no, no, Ada, continúa, *ya zasluchalsya*, no me canso de escucharte)... si queremos poner de manifiesto el hecho, el hecho, el hecho... de que entre esos billones de parejas brillantes que es posible observar en un corte transversal de lo que, por las necesidades de mi razonamiento, me permitirás llamar el espacio-tiempo, se encuentra una pareja única, una pareja superimperial, *sverimperatorskaya cheta*, destinada a convertirse en objeto de investigaciones, a ser glorificada en cuadros y sinfonías, a los tormentos, a la tortura, incluso a la muerte (por poco que el decenio considerado arrastre tras de sí una cola de escorpión), a consecuencia de lo cual el modo particular de hacer el amor la mencionada pareja ejercerá una influencia única y peculiar sobre dos largas existencias, y sobre algunos de mis lectores, esas cañas pensantes pascalianas, así como sobre sus plumas o sus pinceles mentales. ¿Es eso Historia Natural? Al contrario, se trata de una historia de lo menos natural, puesto que esa exigente precisión de los sentidos y del sentido (significado) tiene que resultar desagradable y extraña al rústico, y puesto que aquí el detalle lo es todo: el canto de un reyezuelo en Toscana o el de un reyezuelo sitka en los cipreses de un cementerio, los efluvios de menta de la ajedrea de jardín o de la hierbabuena en una colina del litoral, la danza alada de un argiolo de Europa o del lago Echo, de California. *Eso* es lo que

hay que oír, oler y ver a través de la transparencia de la muerte y de la belleza ardiente. Y, más difícil aún, la Belleza en Sí, percibida en el espacio y en el instante. Los machos de nuestra luciérnaga... (bueno, Van, ahora sí que te toca seguir).

Los machos de la luciérnaga, pequeños escarabajos luminosos, más parecidos a estrellas errantes que a insectos alados, hicieron su aparición en las primeras noches cálidas y negras de Ardis, uno a uno, acá y allá, y luego en enjambres fantasmagóricos, para volver a disminuir hasta ser sólo unos cuantos individuos, una vez que sus búsquedas habían alcanzado su fin natural. Van los contemplaba con el solemne temor respetuoso que había experimentado una noche de su infancia, cuando se encontraba perdido en el crepúsculo, al fondo de un paseo de cipreses, en el jardín de un hotel de Italia. Se había imaginado ver silfos dorados, o las quimeras errantes del alma del jardín... Volaban silenciosamente en la noche, cruzándose y recruzándose en las tinieblas que le rodeaban, y, a intervalos de unos cinco segundos, cada uno de ellos emitía un relámpago de color amarillo pálido que permitía que su hembra, moradora de las hierbas, le identificase mediante su ritmo específico (enteramente diferente al de otra especie parecida que, según Ada, volaba en compañía del *Photinus ladorensis* en Lugano y en Luga). La hembra, tras concederse un instante de reflexión para comprobar el tipo de código luminoso empleado por el macho, le respondía con una pulsación fosforescente. La presencia de aquellos admirables insectos, las delicadas iluminaciones producidas por su paso en el seno de la noche fragante, llenaban a Van de un júbilo sutil raras veces suscitado en él por la ciencia entomológica de Ada (quizás como un resultado de la envidia que el intelectual abstracto experimenta a veces ante el saber inmediato y concreto del naturalista).

La hamaca de Van, nido oblongo y confortable, reticulaba su cuerpo desnudo, que se mecía bajo un cedro llorón cuyas ramas invadían el rincón de un parterre y proporcionaban cierto refugio durante un chaparrón, o que, en las noches serenas, colgaba entre dos tuliperos. (Allí, un huésped estival más antiguo, predecesor de Van, despertó en cierta ocasión con la camisa de dormir mojada y fría bajo la capa que le cubría, porque una bomba asfixiante había hecho explosión entre los violines del sueño, acabando con la sala de conciertos. Y, a la luz de una cerilla, tío Van había visto en su almohada una brillante mancha de sangre.

Las ventanas del castillo iban apagándose como en un tablero de ajedrez nocturno, con movimientos de torre, o de peón, o de caballo. El ocupante que más se demoraba en el WC del piso de arriba era mademoiselle Larivière, que se llevaba allí una lamparilla perfumada con esencia de rosas y su secante. En su hornacina que se había vuelto infinita, Van escuchaba la brisa entre las hojas: Venus brillaba en el cielo y se difuminaba en su carne.

Tal era el cuadro de las noches de Ardis poco antes de la invasión estacional de cierto mosquito de interesante primitivismo, cuya virulencia atribuían los poco amables miembros rusos de la población local a la dieta de los franceses de Ladore, viticultores y comedores de fresas de pantano. No obstante, incluso entonces, las fascinante luciérnagas, los multiplicados encantos del cosmos, de palideces lechosas que se filtraban entre el negro follaje, compensaban con nuevos tormentos el suplicio nocturno, el agotamiento de sudor y esperma producido por el calor sofocante de una habitación cerrada. Sin duda, a todo lo largo del siglo, o casi, que duró su vida, la noche fue siempre para Van una tortura (por muy somnoliento que pudiera sentirse, por muchos somníferos que se administrase cuando ya era un pobre viejo). Porque el genio no da solamente satisfacciones, ni

siquiera al sublime William, con su barbita puntiaguda y su estilizada cúpula calva; ni siquiera al sombrío Proust, que se deleitaba en decapitar ratas cuando no tenía ganas de dormir; ni siquiera a este brillante y oscuro V. V. (o dejemos que juzguen los lectores, pobres gentes también, cualesquiera que sean sus riquezas). Pero, en Ardis, la intensa vida del cielo, con su hueste de fantasmas siderales, turbaba la noche del adolescente hasta el punto de que acababa por acoger con un sentimiento de gratitud el mal tiempo, o el aún peor mosquito (el *kamargsky komar* de nuestros *mujiks*, o *moustique moscovite*, según le llaman a su vez, vengativamente, los campesinos francófonos) que le obligaban a volver a su oscilante cama.

No estamos dispuestos a embrollar con digresiones metafísicas este sobrio relato de los precoces (demasiado precoces) amores de Van Veen y Ada Veen. Sin embargo, debe permitírsenos hacer una observación (mientras lucen y palpitan los luciferes voladores y ulula el búho, con un ritmo no menos regular, en un árbol del parque). Aunque todavía desconocedor del Terror de Terra (que, cuando analizaba los suplicios de su querida e inolvidable Aqua, atribuía vagamente a chifladuras perniciosas y supersticiones populares) Van reconocía, ya a los catorce años, que los antiguos mitos, al conceder una existencia bienhechora y propicia a un torbellino de mundos (independientemente de lo místicos o absurdos que pudieran ser), y al asignarles como morada la sustancia gris del cielo estrellado, contenían quizás una chispa de extraña verdad. Unas noches que pasó en la hamaca (donde aquel otro desventurado adolescente había maldecido su tos sanguinolenta y se había sumergido en oscuros sueños donde rodaban amenazantes espumas negras, con su choque de símbolos desencadenados en una orgía orquestal, según le sugirieron médicos de carrera) estaban plagadas de fantasmas, que no procedían tanto de los delirios de su deseo de Ada cuanto del espacio desprovisto de significado que se extendía sobre él, y por debajo de él, y por todas partes, en un contrapunto demoníaco del Tiempo Divino que vibraba en su torno y le traspasaba, como seguiría vibrando, con algo más de sentido, felizmente, en las últimas noches de una vida de la que no me arrepiento, amor mío.

Se dormía en el instante mismo en que acababa de decirse que nunca volvería a dormir. Y sus sueños eran sueños juveniles. Cuando la primera llama del día llegaba a su hamaca, se despertaban y se sentía otro hombre (muy hombre, hemos de decirlo). Ada, nuestros ardores, nuestros árboles (*Ada, our ardors and arbors*), ese trímetro dactílico que sería la única contribución de Van Veen a la poesía angloamericana, le cantaba en el cerebro. ¡Malditas las Hespérides y benditas las estrellas del alba! Ya tenía catorce años y medio. Se sentía ardoroso y audaz. Algún día, ferozmente, la poseería.

Una de aquellas resurrecciones viriles quedó grabada en su memoria de un modo particularmente vívido. Acababa de ponerse el bañador y después de acomodar y ajustar al mismo la integridad del aparato múltiple, complejo recalcitrante, de su virilidad, se había dejado caer de su nido, con la intención de descubrir si las habitaciones de Ada presentaban ya signos de actividad. Y así era. Vio brillar un cristal, irradiar un color. Ada, a solas, tomaba su desayuno en su balcón particular. Van encontró sus sandalias —en una de ellas había un escarabajo, en la otra un pétalo de flor— y, por el cuarto de las herramientas, entró en la casa. Los niños del tipo de Ada son capaces de crear las más puras filosofías. Van fue considerado digno de ser iniciado en el pequeño sistema de sabiduría creado por Ada. Y en efecto lo fue, cuando apenas llevaba una semana en Ardis. Aquella filosofía



presentaba la vida del ser humano como compuesta por cierto número de elementos, o «cosas», clasificadas y jerarquizadas: las «cosas-verdaderas», poco frecuentes, y de un valor inestimable; las simples «cosas», que formaban el tejido rutinario de la vida; y las «cosas-fantasmas», también llamadas «nieblas», como la fiebre, el dolor de muelas, las horribles decepciones, la muerte. Si tres o cuatro «cosas» acontecían simultáneamente, formaban una «torre», y, si se sucedían de manera inmediata, constituían un «puente». Las «torres verdaderas» y los «puentes verdaderos» integraban la sustancia gozosa de la vida, y cuando las torres se presentaban en serie uno llegaba a experimentar el éxtasis supremo; pero esto no sucedía casi nunca. En determinadas circunstancias, y a una cierta luz, una simple «cosa» podía parecer, e incluso llegar a ser, una «cosa-verdadera». Y también, al contrario, podía coagularse en «niebla» fétida. Cuando la alegría y la ausencia de alegría formaban una mezcla (bien simultáneamente, bien escalonada en la pendiente de la duración), el resultado era una «torre en ruinas» o un «puente roto».

Los detalles pictóricos y arquitectónicos de aquella metafísica hacían las noches de Ada menos penosas que las de Van. Y aquella mañana (como la mayor parte de las mañanas) éste tuvo la impresión de que llegaba de un país infinitamente más lejano y lúgubre que aquél del cual salían Ada y el Sol.

Ella sonreía, con labios carnosos, almibarados y brillantes.

(Siempre que te beso, *ahí*, —la decía algunos años más tarde—, me acuerdo de aquella mañana azul, en tu balcón, cuando comías una tartina de miel...)

La belleza clásica de la miel de trébol, fluida, dorada, translúcida, desprendiéndose suavemente de la cuchara, empapando de su oro líquido el pan con mantequilla de mi amor. Miga bañada en néctar.

—¿«Cosa-verdadera?» —preguntó Van.

—«Torre» —contestó Ada.

Y la avispa.

La avispa exploraba su plato. Los segmentos del insecto palpitaban.

—Intentaremos comer alguna, más tarde —dijo Ada—; pero, para tener buen sabor, tiene que ser engullida. Y, evidentemente, no puede picarnos en la lengua. Ningún animal tocaría la lengua de una persona. Cuando un león ha acabado con su viajero, huesos y todo, siempre se deja la lengua tirada en el desierto.

—Me permito dudarle.

—Pues se trata de un misterio bien conocido.

Su cabello estaba aquel día pulcramente cepillado (lo que no siempre sucedía), y su negro brillante contrastaba con la palidez mate de su cuello y sus brazos. Se había puesto un *tee shirth* rayado, el mismo que, en sus fantasías solitarias, más le gustaba a Van quitar de su torso cimbreante. El tejido impermeable formaba cuadritos azules y blancos.

—De acuerdo. ¿Y la tercera «cosa-verdadera»?

Ella le contempló largamente. Una gotita de color de fuego le contempló igualmente, suspendida de la comisura de sus labios. Y una violeta de terciopelo tricolor, que Ada había copiado la víspera de una acuarela, le contempló también, desde su copa de cristal.

Ada no dijo nada. Se pasó la lengua por los dedos abiertos, sin dejar de contemplarle.

Van, al no obtener respuesta, se alejó del balcón. Ada vio cómo su torre se derrumbaba suavemente en el silencio del sol.

### XIII

El duodécimo cumpleaños de Ada y la cuadragésimo segunda fiesta onomástica de Ida se concelebraron con un gran pic-nic, para asistir al cual se permitió a la chica que se pusiera su *lolita* (nombre asignado en homenaje a la gitanilla andaluza de la novela de Osberg, y que debe pronunciarse, dicho sea de paso, con la t española y no con la nebulosa fonética inglesa), una falda negra, más bien larga, pero muy amplia, ligera y airosa, con amapolas o peonías rojas «desprovistas de realidad botánica»,) según la doctoral expresión de Ada, la cual ignoraba aún que realidad y ciencias naturales son sinónimos en el contexto de este sueño (y sólo en este).

(Tampoco tú lo sabías, sabio Van. Nota de Ada.)

Ésta se había puesto la falda encima de la piel, con las piernas todavía húmedas y con olor a resina (consecuencia inmediata de una fricción practicada con una toallita, pues, bajo el régimen de Mlle. Larivière, los baños matinales eran desconocidos), y se la subía con un vivaz contoneo! de caderas que provocó el acostumbrado reproche de la institutriz: «¡Pero no te muevas de esa manera cuando te pones la falda! Una chica bien educada...», etc. Por el contrario, la omisión de la braga era tácitamente tolerada por Ida Larivière, mujer pechugona, de notable y repulsiva belleza (en corsé y medias con ligas, a aquella hora matutina), y que, sin duda, no era tampoco incapaz de hacer concesiones secretas al calor sofocante. Pero, en el caso de la fresca y tierna Ada, aquella práctica tenía deplorables consecuencias. La pobre chica se esforzaba en mitigar las quemaduras de su delicada entrepierna (con todo su cortejo de sensaciones diversas, viscosidades y comezones, no enteramente desagradables) cuando cabalgaba a horcajadas sobre el fresco tronco de un manzana de Chattal, para gran disgusto de Van, como más de una vez habremos da decir. Además de su lolita, Ada llevaba un jersey de manga corta, blanco con rayas negras, una capelina informe (que le caía por la espalda sujeta a un elástico que le rodeaba el cuello), una cinta de terciopelo en la cabeza y unas sandalias viejas. Van pensó una vez más que ni la higiene ni el gusto refinado caracterizaban a los habitantes de Ardis.

Cuando ya todo el mundo estaba dispuesto a partir, Ada se dejó caer de su árbol, como una abubilla. Aprisa, aprisa, pajarito, ángel. Ben Wright, el cochero inglés, sólo se encontraba moderadamente bebido (todo lo que había tomado en el desayuno era una pinta de cerveza). Blanche, que había asistido al menos una vez a un gran pic-nic (el día en que la hicieron ir a toda

prisa a Pineglen, para que desabrochase y desabotonase a mademoiselle, víctima de un desmayo), se encargaba ahora de una tarea menos prestigiosa: llevarse a su cuarto a un furioso Dack que se contorsionaba enseñando los dientes.

El gran coche de bancos para las excursiones había transportado ya a dos criados de menor rango, tres butacas y cierto número de cestas de provisiones, al lugar previsto para el pic-nic. La novelista, que llevaba un vestido de satén blanco (hecho por Vass, de Manhattan, para Marina, la cual había adelgazado últimamente sus buenos cinco kilos), hizo el viaje en calesa, con Ada a su lado. Lucette, *très en beauté* con su blanca blusita marinera, se había encaramado al lado del taciturno Wright. Van seguía más atrás, montado en una bicicleta de su tío, o de su tío abuelo. El camino del bosque era razonablemente llano, siempre que uno no se apartase de la pista central (todavía embarrada y ennegrecida a consecuencia de una llovizna mañanera, y flanqueada por los surcos de las ruedas, en los que se reflejaba el azul del cielo, con las imágenes de las mil hojas cuyas sombras corrían sobre la seda nacarada de la sombrilla abierta de mademoiselle Larivière y sobre el ala del sombrero blanco que Ada llevaba puesto con un aire bastante desenvuelto). De cuando en cuando, Lucette, a la sombra de la casaca azul de Ben, se volvía para mirar a Van y le hacía señales de prudencia, como había visto hacer a su madre cuando temía que la intrépida Ada precipitase su poney o su bicicleta contra la trasera de la calesa.

Marina hacía el viaje en un automóvil rojo, un antiguo modelo deportivo conducido por el mayordomo con tanta circunspección como si la palanca del cambio fuese un sacacorchos de fantasía. Marina llevaba un traje sastre de franela gris, de una elegancia inusitada: la palma de su mano enguantada reposaba en el puño de un bastón de caña jaspeada. El coche, algo tambaleante, se detuvo al borde mismo del escenario del pic-nic, un pintoresco claro en un antiguo bosque de pinos surcado por encantadoras hondonadas. De los árboles del fondo surgió una extraña mariposa pálida que tomó la ruta de Lugano; y tras ella apareció un lando, del que se apearon, con más o menos agilidad o torpeza, según su edad o estado, los mellizos Erminin, su joven tía encinta (personaje que será un considerable estorbo en nuestra narración) y madame Forestier, institutriz de cabello blanco, otrora condiscípula de Mathilde (la heroína de una historia de la que pronto se hablará).

Se esperaba, además, a tres caballeros adultos, que no llegaron: tío Dan, que había perdido el tren de la mañana, procedente de la ciudad; el coronel Erminin, viudo consolado, cuyo hígado, según explicó en su nota de excusa, estaba portándose como un *pecheneg*, y su médico (y contrincante en las partidas de ajedrez), el famoso doctor Krolik, que se autodenominaba joyero de la Corte de Ada y que no se olvidó de llevar a ésta, al día siguiente, a primera hora, su regalo de cumpleaños: tres crisálidas de exquisito relieve («joyas inestimables», exclamó Ada con voz gutural y una elevación de cejas) que iban a convertirse, a no tardar, en tres ejemplares de un decepcionante icneumon, que no era el esperado *Kivo fritilario*, curiosidad recién descubierta en el pico más alto del Kilimandjaro.

Pilas de sandwiches descortezados (rectángulos perfectos, de quince por seis centímetros), el cadáver dorado de un pavo, pan negro ruso, latas de caviar «Perlas Grises», violetas confitadas, tartitas de frambuesa, medio galón de oporto blanco «Goodson», más otro de tinto, clarete rebajado con agua (para las niñas) en envases isotérmicos y el frío té azucarado de las infancias felices, todo

lo cual resulta más fácil de imaginar que de describir. Era una cosa instructiva. (Así en el manuscrito. Nota del Editor.)

Y también resultaba instructivo colocar una junto a otra a Ada Veen y a Grace Erminin: la palidez de leche desnatada de la una y el encarnado ardiente de la buena salud en la otra; el cabello largo de bruja joven y la melenita castaña recortada; la mirada grave y aterciopelada de mi amor y el chillón brillo azul, tras los cristales de montura de carey, de las gafas de Grace; los muslos desnudos de aquélla y las largas medias rojas de ésta; la falda gitana y el traje marinero. Y todavía más instructivo, quizás, era observar cómo los rasgos sin atractivo de Greg volvían a encontrarse, uno por uno, en el aura gemela de su hermana, donde componían un bello semblante femenino (lo cual no hacía desaparecer en absoluto el exacto parecido entre el marinerito y la marinerita).

Los restos del pavo, las botellas de oporto, tocadas únicamente por las institutrices y los pedazos de un plato de Sèvres fueron prontamente recogidos por los criados. Un gato apareció bajo un matorral, agrandó los ojos por efecto de una intensa sorpresa (un coro de «mis, mis, mis») y se marchó por donde había venido.

Pronto, Mlle. Larivière expresó su deseo de que Ada la acompañase a un lugar retirado. Allí, cargada con todo su atuendo, la voluminosa dama (cuya amplia vestimenta, sin perder sus pliegues esculturales, pareció alargarse unos centímetros hasta ocultar sus zapatos), quedó plantada un momento sobre una invisible catarata, y, un instante después, recuperó su talla normal. En el camino de regreso, la bien intencionada pedagoga explicó a Ada que el duodécimo cumpleaños de una jovencita era una buena ocasión para discutir y prever una cosa que, según sus palabras, iba a hacer de Ada, cualquier día, «una chica mayor».

Ada, que ya había sido suficientemente instruida seis meses antes por una maestra de escuela, y que, por lo demás, había experimentado ya un par de veces el pequeño misterio, consternó a la pobre institutriz (la cual nunca podía seguir el paso de la aguda y extraña mente de su discípula) con la declaración de que todo eso sólo eran mitos y tonterías de monja; que aquello ya casi no les ocurría a las chicas normales, y, en cualquier caso, que ciertamente no le ocurriría a ella. Mademoiselle Larivière, persona notablemente estúpida (a pesar de, o quizás a causa de, su propensión a novelar), pasó revista retrospectiva a su propia experiencia y se preguntó, durante unos terribles minutos, si, mientras ella se consagraba al arte, la evolución de las ciencias habría influido en la de la naturaleza hasta el punto de cambiarla.

En su avance hacia el oeste, el sol de las primeras horas de la tarde penetraba en nuevos lugares hasta entonces frescos y caldeaba los que ya había ocupado antes. Tía Ruth dormitaba con la cabeza apoyada en una sencilla almohada, proporcionada por madame Forestier, mientras ésta se concentraba en la elaboración de un minúsculo jersey de punto destinado al futuro hermano consanguíneo de sus alumnos. Marina se decía que Lady Erminin, desde el azul profundo de su dichoso retiro, debía contemplar con su antigua melancolía y una nueva curiosidad infantil, a través de las aburridas brumas del post-suicidio, el cuadro de los reunidos, bajo el verde glorioso de los pinos. Los niños exhibían sus habilidades: Ada y Grace ejecutaron un baile ruso a los sonos de una vieja caja de música (que se detenía obstinadamente, a medio compás, como recordando otras orillas, otras ondas... tal vez radiofónicas); Lucette, con un puño en la cadera, cantó un aire marinero

de Saint-Malo; Greg se puso la falda azul, el sombrero y las gafas de su hermana, y quedó metamorfoseado en una Grace desgraciada; y Van caminó sobre las manos.

Dos años atrás, antes de comenzar su primer año de prisión en el colegio elegante y bárbaro en que otros Veen le habían precedido (desde los muy remotos días en que «las washingtonias se llamaban todavía wellingtonias»), Van había resuelto adiestrarse en algún ejercicio que fuese lo suficientemente acrobático para proporcionarle un prestigio inmediato y brillante entre sus compañeros. En consecuencia, y tras una conferencia celebrada con Demon, King Wing, el maestro de lucha de éste, enseñó al fuerte mocito el arte de caminar sobre las manos mediante un juego especial de los músculos deltoides, una habilidad cuya adquisición y perfeccionamiento no exigía nada menos que la desarticulación cariática.

¡Pero, qué placer! (así en el manuscrito). El placer de descubrir súbitamente el pequeño secreto de la locomoción antipódica es semejante al del niño que se inicia, al cabo de muchas caídas ignominiosas y torturantes, en el manejo de esos delicados planeadores llamados alfombras voladoras (y también «mirones») que se regalaban a los niños al cumplir los doce años, en los venturosos días anteriores a la Gran Reacción. ¡Y qué larga y emotiva caricia neural cuando uno se siente por primera vez un ser aéreo y se las arregla para deslizarse por encima de un almiar, un árbol, un riachuelo, un granero, mientras el abuelo, Dédalo Veen, con la cara elevada hacia el cielo, corre, bandera en mano, y se cae en el abrevadero!

Van se despojó de su camisa polo y se quitó los zapatos y los calcetines. La esbeltez de su torso, cuyo bronceado (ya que no su tejido) rivalizaba con el color tostado de sus estrechos pantalones cortos, contrastaba con sus anormalmente desarrollados deltoides, bíceps y tríceps. Cuatro años más tarde Van era capaz de abatir a un hombre de un solo codazo.

Con el cuerpo retorcido en una cruva graciosa, las piernas morenas izadas como una vela tarentina y los tobillos juntos dando bordadas, Van se agarraba con las manos extendidas a la frente misma de la gravedad, y se movía de un lado a otro, hacía virajes, andaba de costado, con la boca abierta al revés, y guiñando los ojos de una manera grotesca en aquella posición extraordinaria que metamorfosea el párpado superior en una perinola. Y aún más extraordinaria que la variedad y la velocidad de los movimientos con que imitaba los de las patas traseras de diversos animales, era la ausencia de esfuerzo y la sencillez con que se sostenía. King Wing le había advertido que el gran Vekchelo, profesional de Yukon, dejó, definitivamente, de estar en forma a la edad de veintidós años. Pero en aquella tarde de verano, sobre la arena sedosa del claro del pinar, en el corazón mágico de mi Ardis, ante los ojos azules de Lady Erminin, Van, con sus catorce años, nos regaló la más admirable demostración de marcha sobre las manos a que nunca hemos asistido. Ningún acaloramiento apareció sobre su rostro o su cuello! A intervalos, separaba de la tierra indulgente sus órganos de locomoción, y parecía batir las manos en el aire, en una milagrosa parodia de ballet; y entonces uno se preguntaba si la soñadora indolencia de aquel fenómeno de levitación no era el resultado de una benévola distracción de la tierra que dejaba momentáneamente en suspenso su gravedad tiránica. Señalemos de paso una curiosa consecuencia de las diversas alteraciones musculares y conexiones periostiales que el entrenamiento implacable impuesto por Wing a Van produjo a la larga en la organización de éste: algunos años más tarde era incapaz de encogerse de hombros.

Cuestiones a estudiar y debatir:

- 1) Cuando Van, puesto cabeza abajo, parecía saltar sobre las manos, ¿levantaba del suelo *ambas* palmas?
- 2) La citada incapacidad que Van, adulto, tenía de encogerse de hombros para liberarse de una preocupación, ¿es un fenómeno puramente físico, o corresponde a alguna característica arquetípica de su yo subliminal?
- 3) ¿Por qué Ada se deshacía en lágrimas en el momento cumbre de la representación?

Finalmente, Mlle. Larivière leyó a los reunidos su *Rivière de diamants*, una novela que acababa de pasar a máquina y que destinaba a *The Quebec Quarterly*. La esposa exquisita y refinada de un raído oficinista toma prestado un collar de su amiga, la adinerada madame F. Lo pierde al volver de una fiesta del personal de la oficina, a la que había asistido con su esposo. Durante treinta o cuarenta penosos años, la infortunada pareja trabaja y ahorra céntimo a céntimo hasta liberarse de la deuda que ha contraído para comprar un collar de medio millón de francos, que reemplazó al perdido en el estuche devuelto a madame F. ¡Oh, cómo palpitaba el corazón de Mathilde! ¿Abriría el estuche Jeanne, la doncella? No, no lo abrió. Y pasó el tiempo. El día en que la pareja, decrepita pero triunfante, (él, casi paralítico por medio siglo de trabajos de plumífero en la mansarda conyugal, ella estropeada hasta lo irreconocible a fuerza de fregar suelos) va a hacer su confesión a madame M. (la cual no ha perdido su aire de juventud, a pesar de que sus cabellos se han vuelto blancos), es para oír, en la última frase de la narración, esta respuesta. «Pero, mi pobre Mathilde, si aquel collar era falso! Sólo costaba quinientos francos...»

La contribución de Marina a la fiesta fue más modesta, aunque no estuvo desprovista de encanto. Mostró a Van y Lucette (los demás estaban ya perfectamente enterados) el pino exacto y el lugar exacto sobre su tronco rojo y rugoso donde cierto día, en un remoto, muy remoto, pasado, anidaba un teléfono magnético en comunicación con Ardis Hall. Después de la prohibición de «corrientes y circuitos» (palabras algo indecentes, que pronunció muy deprisa, pero sin embarazo, con la desenvoltura propia de la actriz) (mientras que Lucette, un poco perdida, tiraba de la manga a su amigo Van, su Vanichka, que sabía explicarlo todo), la abuela de su esposo, ingeniero de insigne genio, «entubó» el arroyuelo de Redmont, que, procedente de una colina situada sobre Ardis, pasaba junto al claro del bosque, y, habiéndole domesticado, le confió la transmisión de los V.A.A.V.A.A.R. (Violeta— añil— azul— verde— amarillo— anaranjado— rojo) vibratorios (o pulsaciones del prisma) a través de un sistema de segmentos de platino. Evidentemente, aquel dispositivo no producía sino mensajes en sentido único, y como, de ese modo, la instalación y el entretenimiento de «tambores» (o «cilindros») habría costado, decía Marina, la fortuna de un judío, hubo que abandonar la idea, por muy interesante que pareciese la posibilidad de avisar a tal o cual Veen que estuviese de pic-nic de que la casa se había incendiado.

Como para confirmar la indignación que causaban a muchas personas las peripecias de la política nacional e internacional (el viejo Gamaliel estaba ya bastante gaga), el cochecito rojo volvió a Ardis Hall entre un ruido de explosiones que parecía una traca: Bouteillan traía un mensaje. El señor acababa de llegar con un regalo de cumpleaños para la señorita Ada, pero ninguno de los que se

encontraban en la casa llegaba a comprender el funcionamiento de un objeto tan complicado y necesitaban la ayuda de la señora. El mayordomo colocó en una bandejita de bolsillo la carta de la que era portador y se la presentó a su señora.

No estamos en condiciones de reproducir literalmente ese escrito, pero sí podemos indicar su sentido: el considerable regalo que Dan Veen había tenido la delicada atención de traer a Ada, y que le había costado muy caro, era una inmensa y espléndida muñeca... infortunada y extrañamente, más o menos desnuda. Y, lo que era aún más extraño, tenía la pierna derecha sujeta por un aparato ortopédico, el brazo izquierdo cubierto por un vendaje y, en lugar de los acostumbrados vestidos y adornos, su único ajuar consistía en una caja que contenía un surtido de gasas escayoladas y accesorios de goma. El folleto explicativo (¿en ruso, o en búlgaro?) no aclaraba nada, porque no estaba escrito en caracteres latinos, sino cirílicos antiguos, un alfabeto de pesadilla que Dan nunca había conseguido aprender. Se rogaba a Marina que regresase sin demora a dar las órdenes oportunas para la elaboración de convenientes vestidos de muñeca con algunos retales de bella seda que su doncella guardaba en un cajón recién descubierto por el propio Dan, y para que rehiciese el paquete en algún papel de regalo que estuviera en buenas condiciones.

Ada, que había ido leyendo la nota por encima del hombro de su madre, hizo un mohín de disgusto, y dijo:

—Dile que coja unas tenazas y lleve todo eso al cubo de la basura de la clínica.

—*Bednyachok*: pobre, pobre hombrecillo —exclamó Marina, con los ojos desbordantes de piedad—. Desde luego que iré. Tu dureza, Ada, tiene a veces algo, no sé... algo satánico.

Con la cara contraída por una determinación violenta, Marina se dirigió al vehículo, haciendo «caminar» su bastón con presteza. El coche se puso en marcha, viró para esquivar la calesa estacionada, y, al hacerlo así, atropello una botella vacía, mientras uno de los guardabarros se abrió paso entre el follaje de un encrespado arbusto silvestre de bayas encarnadas.

La cólera que acababa de vibrar en el aire no tardó en apaciguarse. Ada pidió papel y lápices a su institutriz. Van, acostado boca abajo y con la mejilla apoyada en un puño, contemplaba el cuello inclinado de su amor, que jugaba a los anagramas con Grace. Ésta había propuesto, inocentemente, la palabra «insecto».

—«Ticenos» —dijo Ada, procediendo a escribir su hallazgo.

—¡No vale! —gritó Grace.

—Sí que vale. Es una palabra bien formada, «partidarios de Tico», un astrónomo renacentista que también sabía mucho de insectos.

Grace meditó, tamborileando en su estudiosa frente con la gomita adherida al extremo de su lápiz.

—«¡Cientos!»

Ada no tardó un segundo en consumir su nuevo turno:

—«Incesto.»

—Abandono —dijo Grace—. Necesitaríamos un diccionario para comprobar tus pequeñas invenciones.

Pero el bochorno de la tarde había alcanzado su fase más opresiva. El primer mal mosquito de la estación fue abatido de una palmada en la pierna de Ada por la vigilante Lucette. El coche de bancos había partido otra vez, llevándose las butacas, las cestas y a los tres lacayos, Essex, Middlesex y Somerset, que todavía masticaban. Y ya la señorita Larivière y la señora Forestier intercambiaron adioses melódicos. Las manos se agitaron, y el landó se alejó con los mellizos, su vieja institutriz y su joven tía somnolienta. Una mariposa les seguía, pálida y diáfana, con el cuerpo de un negro intenso. Ada gritó: «¡Mirad!», e informó a sus acompañantes de lo que se trataba: una especie emparentada por la Parnasiana japonesa. Mlle. Larivière declaró de pronto que adoptaría un seudónimo cuando su novela conociera los honores de la imprenta. Dicho eso, se dirigió a la calesa con sus dos jóvenes alumnas, y encontró a Ben Wright escandalosamente dormido en la trasera del coche, bajo los festones colgantes del follaje. Mademoiselle Larivière golpeó sin contemplaciones con la punta de su sombrilla el grueso cuello enrojecido del cochero. Ada echó su sombrero en el halda de Ida y corrió a donde estaba Van. El profano, ignorando aún el itinerario del sol y de las sombras en el claro de los pic-nics, había dejado su bicicleta expuesta durante un mínimo de tres horas a los rayos incendiarios. Ada montó en la máquina, lanzó un grito de dolor, creyó que iba a caerse, se tambaleó, se recobró y el neumático posterior estalló con un cómico ruido. La bicicleta descompuesta fue abandonada bajo un arbusto, en espera de que Bouteillan hijo, otro miembro del personal de la casa, se encargase de reintegrarla a la misma. Lucette se negó a renunciar a su pescante (aunque aceptando con un movimiento de cabeza los consejos del bebido Ben, a quien se vio poner sobre las rodillas desnudas de la pequeña su gruesa zarpa amistosa). Como no había asiento plegable, Ada tuvo que contentarse con las duras rodillas de Van.

Era la primera vez que sus cuerpos se tocaban y tanto uno como otro experimentaron cierta incomodidad. Ella se sentó de espaldas a Van, volvió a acomodarse tras la sacudida del coche al arrancar y se removió un poco más para colocar a su gusto su amplia falda con olor a pino, de modo que envolvió a Van como si de un peinador de barbero se tratase. Él la sujetaba por las caderas, sumido en un trance de incómoda beatitud. Brillantes gotas de sol se deslizaban por el jersey acebrado de la jovencita y por la parte posterior de sus brazos desnudos. Y a Van le parecía sentir que proseguían su viaje por los subterráneos de su propio cuerpo.

—¿Por qué has llorado? —le preguntó, respirando sus cabellos y la tibieza de su oreja rosa. Ella se volvió y le miró un momento desde muy cerca, en un silencio enigmático.

(«¿Había llorado yo? No lo sé. Estaba trastornada. No sabría explicar por qué, pero sentía que en todo aquello había algo terrible, brutal, tenebroso... En fin, terrible.» Nota añadida en una época posterior).

—Perdón —dijo Van, mientras ella volvía la cabeza—. No lo haré nunca más delante de ti.

En todas las fibras de su ser, lleno de un ardor a punto de desbordar, Van experimentaba, con delicia, la presión de aquel cuerpo joven que respondía a cada bache del camino entreabriéndose en



dos tiernas mitades y aplastando con su peso la inflación de un deseo que Van creía deber contener, por miedo de que un escurrimiento accidental de savia relajada sorprendiera la inocencia de Ada. Aun así, se habría abandonado, disuelto en licencia animal, si la institutriz no hubiese salvado la situación al dirigirse a él. El pobre Van transbordó a su rodilla derecha el trasero de Ada y, mediante aquella maniobra, dio una holgura, siquiera pequeña, a lo que en la jerga de la Cámara de Tortura se solía llamar «el ángulo de la agonía».

La calesa atravesaba el caserío de Gamlet. En la triste pesadez del deseo no satisfecho. Van veía desfilar una fila de isbas.

—No —decía Mlle. Laparure—. Nunca podré acostumbrarme al contraste entre la opulencia de la naturaleza y la indigencia de la vida humana. ¡Mirad a ese viejo *mujik* descarnado, con la camisa rota! ¡Ved su miserable cabaña! Y, ahora, ¡contemplad esa ágil golondrina! ¡Qué feliz es la naturaleza y cuán desgraciado el hombre! Ninguno de vosotros me ha dicho qué pensaba de mi novela... ¿verdad, Van?

—Es un buen cuento de hadas —contestó el muchacho.

—Es un cuento de hadas —dijo Ada, más circunspecta.

—Pero, ¿cómo? —exclamó Mlle. Larivière—. ¡Nada de eso! Todos los detalles son de lo más realista. Es todo el drama de la pequeña burguesía, con sus problemas de clase, sus sueños de clase, su orgullo de clase.

Tal podía haber sido el intento de *Mademoiselle*, pero la anécdota estaba falta de «realismo», justamente en el sentido que ella asignaba al término, porque un empleadillo detallista y acostumbrado a las economías se las habría arreglado, ante todo, y por no importa qué medio, incluso contándoselo todo a la viuda si era necesario, para conocer exactamente el valor del collar perdido. Ahí radicaba el defecto que destruía el patetismo de la obra. Pero por entonces el joven Van y la jovencísima Ada no podían poner el dedo en la llaga, aunque su instinto les advirtiese que toda la historia era tan falsa como el collar en cuestión.

Una ligera conmoción se produjo en el asiento del cochero. Lucette se volvió, y, dirigiéndose a su hermana, dijo:

—Quiero sentarme a tu lado. *Mne tut neudobno, ot nego nehorosho pakhnet* (aquí estoy incómoda, y además él no huele bien).

—Llegaremos en seguida —replicó Ada—. *Poterpi* (ten un poco de paciencia).

—¿Qué es lo que pasa? —preguntó Mlle. Larivière.

—Nada grave —respondió Ada—. Que el cochero apesta...

—¡Oh, Dios mío! A veces me pregunto si es verdad que estuvo al servicio de ese famoso rajá...

El día siguiente... o el otro. Toda la familia tomaba el té en el jardín. Ada, sentada en la hierba, trataba pacientemente de componer una diadema de margaritas para el perro. Lucette contemplaba su trabajo, masticando la pasta calentita y crujiente de un bollo tostado. Marina tendía a su esposo, por encima de la mesa del jardín, un sombrero de paja de Italia. Permaneció casi un minuto en aquella posición, sin decir palabra. Finalmente, Dan sacudió la cabeza, dirigió una mirada incendiaria al Sol, que se la devolvió generosamente, y se retiró, llevando su copa y el número del día del *Enquêteur de Toulouse* al asiento rústico situado del otro lado del césped, bajo la sombra de un inmenso olmo.

—Me pregunto quién puede ser *eso* —murmuró Mlle. Larivière desde detrás del samovar (sobre cuyos flancos pulimentados se reflejaban, en imágenes fantásticas y de un estilo primitivo, los fragmentos del universo que le rodeaba), mientras observaba, entornando los párpados, una parte del paseo principal, visible entre las pilastras de una galería descubierta. Van, que estaba leyendo, acostado boca abajo junto a Ada, levantó los ojos de *Atala*, el libro que ésta le había prestado.

Un jovencito alto y de piel rosada, equipado con unos pantalones de montar de lo más distinguido, desmontó de un poney negro.

—Es el bonito poney nuevo de Greg —dijo Ada.

Después de haber presentado a Marina sus excusas de niño bien educado, Greg le devolvió el encendedor de platino que tía Ruth había encontrado en su bolso.

—¡Válgame Dios, ni siquiera he tenido tiempo de echarlo de menos! Y ¿cómo está Ruth?

Greg dijo que tía Ruth y Grace estaban en la cama, con una fuerte indigestión. —Pero sus maravillosos bocadillos no tienen nada que ver —se apresuró a añadir—. Las culpables fueron las bayas que recogieron de los arbustos.

Marina se disponía a agitar una campanilla de bronce para pedir al lacayo que trajese alguna tostada más, pero Greg dijo que le esperaban en casa de la condesa de Prey.

—Se ha consolado un poco pronto (*skorovato*) —observó Marina, aludiendo a la muerte del conde, ocurrida dos años antes, en un duelo a pistola, en el terreno comunal de Boston.

—Es una mujer muy alegre y muy bella —dijo Greg.

—Cuando se piensa que tiene diez años más que yo...

Pero Lucette reclamó para sí la atención de su madre.

—¿Qué son los judíos?

—Cristianos secesionistas —contestó Marina.

—¿Por qué es judío Greg?

—¡Por qué, por qué! Porque sus padres son judíos.

—¿Y sus abuelos? ¿Y sus bisabuelos?

—La verdad es que no lo sé, hija. ¿Eran judíos tus antepasados, Greg?

—Bueno, no estoy seguro. Hebreos, sí... pero no judíos entre comillas. Quiero decir, no eran personajes de comedia, u hombres de negocios cristianos. Se trasladaron de Tartaria a Inglaterra hace quinientos años. Pero debo decir que un abuelo de mi madre fue un marqués francés que, eso sí lo sé, era de religión católica y tenía pasión por la banca, la bolsa y las joyas. Supongo que por eso decía la gente que era *un judío*.

—De todas maneras —dijo Marina— no es una religión muy antigua... es decir, para tratarse de una religión. ¿Me equivoco, Van? (Se había vuelto hacia éste, con la vaga intención de que la charla derivase hacia la India, donde ella había sido bailarina mucho antes de que Moisés o cualquier otro naciese entre las aguas cubiertas de lotos.)

—¡Qué nos importa eso! —dijo Van.

—¿Y Belle? —así llamaba Lucette a su institutriz—. ¿Es también una cristiana «secesionista»?

—¿Qué nos importa a nosotros? —siguió Van—. ¿A quién le importan todos esos viejos mitos, de Júpiter o de Jehová, de stabat o de mastaba, de ascetas, anacoretas o bonzos de bronce, del Espíritu o los espíritus, de relicarios, rosarios o costillas de dromedarios blanqueando en el desierto? No son más que polvo y espejismos de la mentalidad colectiva.

—Me gustaría saber quién ha empezado esta conversación idiota —dijo Ada, mientras contemplaba a Dack, parcialmente adornado, y movía la cabeza apreciativamente.

—*Mea culpa* —confesó Mlle. Larivière, con tono de dignidad ofendida—. Todo lo que dije antes del pic-nic fue que Greg podía no querer bocadillos de jamón, porque los judíos y los tártaros no comen cerdo.

—Los romanos —dijo Greg—, los colonizadores romanos, que crucificaban a los judíos cristianos, a los barabitas, y a otros desgraciados, tampoco comían cerdo. Pero yo lo como, y mis abuelos también.

Lucette había quedado perpleja ante un verbo que Greg acababa de emplear. Van se encargó de proporcionarle una definición ilustrada: juntó los tobillos, extendió los brazos horizontalmente y alzó los ojos al cielo.

—Cuando yo era niña —dijo Marina, con aire disgustado— nos enseñaban la historia de Mesopotamia, prácticamente desde la cuna.

—Pero no todas las niñas llegan a aprender todo lo que se les enseña —observó Ada.

—¿Nosotros somos mesopotámicos? —preguntó Lucette.

—Somos hipopotámicos —dijo Van—. Vamos, ven aquí. Hoy no hemos hecho el arado todavía.

Uno o dos días antes, Lucette le había pedido que la enseñase a caminar sobre las manos. Van la tomó por los tobillos, Lucette extendió sobre la hierba sus palmitas rojas y comenzó a avanzar, lentamente. De cuando en cuando daba en el suelo con la cara, o bien se detenía para coger con los labios una margarita. Dack ladraba sus estridentes protestas.

—Y, sin embargo —decía, crispando el rostro, la institutriz, de oído hipersensible—, yo he leído dos veces la adaptación, en forma de fábula, que ha hecho la Ségur de la obra de Shakespeare sobre el perverso usurero.

—También conoce —intervino Ada —el monólogo del rey loco, compuesto por él mismo y revisado por mí:

*Ce beau jardin fleurit en mai,*

*mais en hiver*

*jamais, jamais, jamais, jamais, jamais*

*n'est vert, n'est vert, n'est vert, n'est vert,*

*n'est vert.*

—¡Es estupendo! —exclamó Greg, con un verdadero sollozo de admiración.

—¡No tan *energichno*, niños! —gritó Marina, en dirección Van-Lucette.

—*Elle devient pourpre*, se está poniendo roja —comentó la institutriz—. Sostengo que esa gimnasia indecente no le hace ningún bien.

Con la sonrisa en los ojos, Van sostenía en sus manos suaves y fuertes las piernas de Lucette, color de sopa de zanahorias fría, y «labraba la tierra» con Lucette como arado. Los luminosos cabellos de la niña le caían por la cara y sus braguitas se veían bajo el dobladillo de la falda; pero pedía al Labrador que prosiguiese su tarea.

—¡Bueno, ya está bien por hoy! —dijo Marina al equipo de laboreo.

Van depositó suavemente en el suelo las piernas de la niña y volvió a poner en buen estado su vestido. Lucette permaneció un momento tendida, jadeante por el esfuerzo realizado.

—Mira, Ada, te lo prestaré con mucho gusto, y todo el tiempo por que quieras. Además, yo tengo otro, negro también.

Pero Ada, obstinadamente, sacudía la cabeza, que mantenía inclinada mientras continuaba entrelazando y trenzando las margaritas.

—Bien —dijo Greg, levantándose—, tengo que irme. Hasta la vista a todos. Hasta la vista, Ada. Mira, me parece que allí está tu padre debajo de la encina.

—No, es un olmo —dijo Ada.

Van miró por encima del césped, y dijo, con aire soñador, quizá con un punto de vanidad infantil:

—Me gustaría echar un vistazo al periódico cuando mi tío lo termine. Tenía que haber jugado el partido de *cricket* de ayer, con mi colegio. Veen, enfermo y sin alinearse, derrota del Riverlane.

## XV

Una tarde, Ada y Van trepaban por las ramas lisas de un manzano, al fondo del jardín. Ocultas por una cortina de arbustos, pero perfectamente al alcance de la voz, Lucette y Mlle. Larivière jugaban a los aros. Por encima de los arbustos, o en los claros de éstos, se veía ir y venir el aro que volaba de una varita a la otra. La primera cigarra de la estación afinaba, incansable, su instrumento. Un *skybab*, especie de ardilla de plata y arena, saboreaba un piñón sentado en el respaldo de un banco.

Van, en traje azul de gimnasia, había conseguido encaramarse a una horqueta del árbol, a un nivel más bajo que su ágil compañera (naturalmente, más habituada a la confusa topografía de las ramas); pero, como no podía verle la cara, mantenía con ella una conversación muda agarrándole el tobillo entre el pulgar y el índice, como ella habría hecho con una mariposa de alas plegadas. Ada iba descalza. De pronto, resbaló. Los dos jovencitos se encontraron ignominiosamente enredados entre las ramas, bajo una lluvia de drupas y hojas, con la respiración entrecortada y apretados el uno contra el otro. Apenas necesitaron un instante para restablecer mejor o peor el equilibrio... Pero la cabeza de Van, con sus cabellos cortos y su cara impassible, quedó aprisionada entre las piernas de Ada. Un último fruto cayó con un sonido mate, como un signo de admiración invertido. Ada llevaba el reloj de pulsera de Van y un vestido de algodón.

(—¿Te acuerdas?

—¿Que si me acuerdo? Tú me besaste ahí, en el hueco...

—Y tú quisiste estrangularme con esas rodillas de diablesa...

—Es que necesitaba algún punto de apoyo.)

Todo eso pudo muy bien ser verdad. Aunque, según una versión más reciente (considerablemente más reciente), estaban todavía en el árbol, con las mejillas acaloradas, cuando Van se sacó de entre los labios el hilo de seda de un nido de orugas mariposa, y comentó que la negligencia en el vestir llevada hasta ese extremo era una forma de histeria.

—En todo caso —dijo Ada, a horcajadas en su rama favorita—, Mlle. Larivière des Diamants (ahora, todos lo sabemos) no ve inconveniente alguno en que una jovencita histérica renuncia a su braga en el ardor de la canícula.

—Me niego a compartir con un manzano el ardor de tu pequeña canícula.

—Sin embargo, es el Árbol del Conocimiento... Un ejemplar de importación que nos han enviado hace ahora un año desde el Parque Nacional de Edén, donde el hijo del doctor Krolik es criador y director.

—Que ese joven críe y dirija lo que guste —dijo Van, a quien ya hacía tiempo que la historia natural de Ada le ponía nervioso—, pero te juro que no puede hacer que crezca un manzano en el Irak.

—Tienes razón. Pero nuestro manzano no es un manzano como los demás.

(«Tienes razón y no la tienes —comentó Ada, también mucho más tarde—. Sin duda, hemos debatido ya la cuestión, pero es muy cierto que entonces no habrías podido permitirte respuestas tan vulgares. ¡En un tiempo en que el más casto y raro de los azares te autorizaba todo lo más a "arrebatar", como suele decirse, un primer beso tímido! ¡Qué vergüenza! Y, además, no existía ningún Parque Nacional en Irak hace ochenta años.» «Es verdad —dijo Van—, y nunca encontré ni un solo nido de orugas en aquel árbol de nuestro vergel.» En aquella época, la Historia Natural se había convertido en Historia Antigua.)

Ada y Van escribían sus diarios. Poco tiempo después de haber gustado, como acabamos de ver, las primicias del conocimiento, fueron víctimas de un divertido error. Ada iba camino de la casa del doctor Krolik con una caja llena de mariposas recién salidas del capullo y debidamente cloroformizadas. Acababa de pasar el huerto de árboles frutales, cuando se detuvo bruscamente y lanzó un juramento (*¡chort!*). En el mismo instante, Van, que había partido en dirección contraria para hacer prácticas de tiro en un pabellón vecino (provisto de una bolera y otras facilidades recreativas muy estimadas, en otros tiempos, por anteriores Veen), se detuvo con la misma súbita inquietud. Por una graciosa coincidencia, cada uno de ellos volvió corriendo a la casa, para ocultar el diario que temía haber dejado abierto en su habitación. Ada, que recelaba de la curiosidad de Lucette y de Blanche (de Larivière no había nada que temer, pues era una persona patológicamente desprovista de espíritu de observación), descubrió, aliviada, que se había inquietado inútilmente: el álbum, con su última anotación, estaba bien guardado. Van sabía que Ada era un poco curiosa, pero fue a Blanche a quien descubrió en su habitación, simulando hacerle la cama, que ya estaba hecha. El diario descansaba, abierto, en un taburete vecino. Van aplicó una benigna palmada en el trasero de Blanche, cerró las cubiertas de tafilete y llevó el objeto a un lugar más seguro. A continuación, Ada y Van se cruzaron en el pasillo: en un estadio menos avanzado de la Evolución de la Novela en la historia de la literatura, habría sido aquí donde intercambiaran su primer beso verdadero. Elegante apéndice del episodio del manzano. Pero en vez de eso cada uno se alejó por su lado, y Blanche, supongo, se fue a llorar a su torrecilla.

Sus primeras caricias francas y frenéticas fueron precedidas por un breve período de extrañas astucias, de disimulos solapados. El malhechor enmascarado era Van; pero Ada, al tolerar con pasividad sus aproximaciones, parecía reconocer tácitamente el carácter escandaloso, hasta monstruoso, de las mismas. Algunas semanas más tarde ambos consideraron aquella fase de estrategia amorosa con una indulgencia divertida. Pero, en su momento, la cobardía implícita que revelaba intrigaba a Ada y desolaba a Van (principalmente porque tenía conciencia de que la chica estaba desconcertada).

Ada no se enfadaba con facilidad, y su delicadeza no era nada excesiva: «Estoy loca por todo lo que repta.» Van no había tenido nunca ocasión de notar en ella el menor sobresalto de repulsión virginal. Sin embargo, le bastaba recordar dos o tres sueños horribles para imaginársela —en la vida real, o, al menos, en el orden íntimo de sus propias responsabilidades —retrocediendo, con una mirada ofendida, relegando al agresor al desierto de su deseo mientras ella iba a hablar del asunto a su institutriz, a su madre o incluso a un gigantesco lacayo (inexistente en la vivienda, pero sí en sueños, en los que podía ser perforado a placer, como una vejiga de sangre que es posible reventar con una suela llena de clavos); incidente que él sabía que iría seguido por la expulsión definitiva de Ardis...

(Comentario manuscrito de Ada: protesto indignada contra esa «delicadeza» que no tenía «nada de excesiva». Es algo vago en la forma y falso en el fondo. Hay que suprimirlo. Van, en el margen: lo siento muchísimo, pajarito; tiene que mantenerse.)

...Pero aunque quisiera burlarse de aquella imagen para expulsarla de su conciencia, Van no podía en ningún caso sentirse orgulloso de su conducta. Las cosas que hacía, el modo como las hacía, los deleites secretos que sacaba de ellas, todo eso le daba la sensación de que engañaba a Ada, que abusaba de su inocencia, que la ponía en el compromiso de disimularle, a él, el disimulador, que entendía muy bien lo que él le ocultaba.

Después del primer encuentro, mudo y levísimo, de sus labios tiernos de adolescente con la piel aún más tierna de ella, allá, en el manzano, sin más vecino que aquella ardillita extraviada que les espía entre el follaje, nada pareció cambiar, en cierto sentido, y, por otra parte, todo estaba perdido. Esa clase de contactos acaban por establecer un cierto vínculo. Una sensación táctil es un *punctum coecum*: simples siluetas que se tocan. Así, en la indolencia ordinaria de los días, en ciertos accesos recurrentes de locura contenida, una señal secreta se alzaba y una cortina caía entre ella y él...

(Ada: Prácticamente han desaparecido de Ardis. Van: ¿Quiénes? ¡Ah, ya veo!)

...y esa cortina no podía volver a abrirse hasta que Van se liberaba de aquello que la necesidad de disimulo rebajaba al nivel de una miserable comezón.

(¡Qué cosas eres capaz de decir, Van!)

Más tarde tuvo ocasión de hablar con ella de aquellas cosas feas y algo patéticas, pero le habría sido difícil afirmar si había temido verdaderamente que su *avournine* (como diría más tarde Blanche, en su extraño francés) reaccionase con una explosión de cólera, verdadera o fingida ante la exhibición

desvergonzada de su deseo, o si sus intentos sombríos y solapados le había sido dictados por consideraciones de decencia y piedad hacia una niña casta, cuyo encanto era demasiado irresistible para no gozar de él en secreto, y demasiado sagrado para ser profanado abiertamente. Pero allí había algo reprochable, eso, al menos, no era dudoso. Los vagos lugares comunes de un vago pudor, tan terriblemente vigentes hace ochenta años, las insoportables naderías de un enamorado tímido agobiado de novelerías arcaicas, arcadianas, todas esas modas y modos estaban latentes tras el silencio de las emboscadas de él y las tolerancias de ella. No disponemos de ningún documento que nos informe de cuál fuera el preciso día del verano en que Van inauguró sus roces minuciosos, sus caricias precavidas. Pero desde que Ada se dio cuenta de que en ciertos momentos él permanecía de pie tras ella, demasiado próximo para que la decencia pudiera quedar a salvo, con el aliento ardiente y los labios en libación, la chica supo que aquellas aproximaciones silenciosas, exóticas, debían haber comenzado mucho tiempo antes, en un pasado indefinido, infinito, y que no podía seguir oponiéndose a ellas sin reconocer que hasta entonces había aceptado tácitamente su repetición convertida ya en habitual.

En el calor implacable de las tarde de julio, Ada gustaba de sentarse en el salón de música, en una banqueta de piano con incrustaciones de marfil y deliciosamente fresca, que ella colocaba ante una mesa cubierta de hule blanco, y copiar en colores, sobre papel satinado, tal o cual flor extraña cuyo modelo encontraba en su atlas favorito, abierto ante sus ojos. Podía escoger una de esas orquídeas de forma de insecto que sabía ampliar con notable habilidad, de cambiar una especie con otra (desconocida, pero no imposible), introduciendo de su cosecha ciertas pequeñas transformaciones, ciertas alteraciones insólitas que podían parecer mórbidas en una chica tan joven y tan sucintamente vestida. Un rayo de luz oblicua pasaba por la rendija de la contraventana y proyectaba su fuego sobre el vaso tallado lleno de agua coloreada y sobre el esmalte de la caja de colores. Ada trazaba con pincel delicado un ocelo o el lóbulo de un pétalo, y, en el éxtasis de la concentración, la punta de su lengua se retorció en la comisura de sus labios, y, bajo la mirada del sol, la fantástica niña de cabellos negro-azul-castaños parecía a su vez convertirse en la reproducción de una orquídea espejo-de-Venus. Su vestido ligero y flotante estaba tan abierto por la espalda que cada vez que la ahuecaba por un movimiento de sus omóplatos prominentes (bien porque, con la cabeza ladeada y el pincel en alto, contemplase apreciativamente su húmeda obra, bien porque apartase, con el dorso de la mano, algún mechón que le cayese por la sien), Van, que se había aproximado al taburete tanto como se lo permitía la prudencia, podía ver hasta el coxis su ensilladura marfileña y respirar todo el calor de su cuerpo. Con el corazón saltándole en el pecho, y la mano lamentablemente hundida en el bolsillo del pantalón (donde, para disimular su previsible situación, llevaba siempre un monedero que contenía media docena de monedas de diez dólares), se inclinaba sobre ella, mientras ella se inclinaba sobre su obra, y permitía a sus labios sedientos que se deslizasen ingravidamente desde la cabellera tibia a la ardiente nuca. Era la sensación más dulce, más poderosa, más misteriosa, que nunca había experimentado. En la sórdida lujuria del invierno anterior nada podía haberle hecho presentir aquella ternura acariciadora, aquel desconuelo del deseo. Habría querido permanecer indefinidamente sobre la redondez exquisita de la pequeña protuberancia ósea que destacaba por debajo de su nuca, si ella, indefinidamente, hubiera mantenido la cabeza inclinada, y si el pobre muchacho hubiese sido capaz de soportar por más tiempo el éxtasis de aquel contacto en su boca, convertida en cera inmóvil, sin apretujarse contra la chica en un loco abandono. El intenso enrojecimiento de una oreja visible y la progresiva torpeza



que se apoderaba del ágil pincel eran los únicos —pero temibles —indicios de que Ada advertía la insistencia creciente de su caricia. Van se retiraba entonces furtivamente, subía a encerrarse en su habitación, cogía una toalla, se desnudaba, evocaba la imagen apenas desaparecida (imagen todavía intacta y clara como una llama que llevamos, de noche, haciéndole pantalla con las manos), y se apresuraba a liberarse de ella, con un celo brutal. Después, momentáneamente drenado, con los riñones agotados y las pantorrillas vacilantes, regresaba a la inocencia de una sala bañada de sol en la que una jovencita sudorosa continuaba pintando su flor: la flor maravillosa que imita una falena brillante que a su vez imita un escarabajo.

Si no hubiera tenido otra preocupación que la de aliviar (no importa de qué modo) sus ardores juveniles, en otros términos, si el amor no hubiese contado para nada en el asunto, Van se habría acomodado sin duda, para un fugaz verano, a la ignominia y la ambigüedad de su conducta. Pero Van amaba a Ada. Aquel complicado desahogo no podía ser un fin en sí, o, mejor, era solamente el final de un callejón sin salida, puesto que no era compartido, y puesto que se escondía sórdidamente y nunca podría fundirse con otras delicias incomparablemente mayores que, como una cima entre la bruma, más allá de un collado amenazador, prometían ser algún día el verdadero punto culminante de su peligrosa aventura con Ada. Durante aquella semana, o quincena, de mitad de verano, y a pesar de sus etéreos besos cotidianos en los cabellos o en la nuca de Ada, Van se sintió aún más lejos de ella que antes del día en que su boca había dado, por azar, entre el dédalo de las ramas del manzano, con una parcela de carne apenas perceptible a sus sentidos.

Pero la naturaleza es movimiento y desarrollo. Un día, después de comer, en el salón de música, se le aproximó aún más discretamente que de costumbre, porque iba descalzo, y la pequeña Ada volvió la cabeza, cerró los ojos y apretó sus labios contra los de Van, a quien aquel beso de rosa fresca hundió en un éxtasis anonadante.

—Y ahora, vete —le dijo—. Vete en seguida, estoy ocupada. —Y, viendo que se quedaba allí plantado, como un tonto, ungió su frente enfebrecida con dos pinceladas que trazaron la señal de la cruz al estilo de los antiguos estocianos—. Tengo que acabar esto —añadió, indicando con el pincelito empapado de violeta un híbrido de *Ophryx scolopax* y *Ophryx veenae*— y dentro de un minuto tendremos que vestirnos. Marina quiere que Kim nos fotografíe. Dame la mano, y una gran sonrisa.

(Una gran sonrisa, y vuelta a la odiosa flor.)

## XVII

El más voluminoso diccionario de la biblioteca decía, en el artículo «Labio»: «Cada uno de los dos pliegues carnosos que rodean una abertura».

*Mileyshiy* Emile (según llamaba Ada a *monsieur* Littré) lo decía así: «Parte exterior y carnosa que forma el contorno de la boca... Los dos bordes de una herida simple.» (Es que con nuestras heridas, hablamos; por nuestras heridas, tenemos hijos.) «Miembro que lame.» (¡Querido Emile!)

Una enciclopedia rusa, pequeña pero gruesa, no quería ver en la palabra *gouba* («labio») más que un tribunal administrativo de la antigua Lyaska, o un golfo del Ártico.

Los labios de Van y Ada eran absurdamente idénticos, en color y en textura. Por su forma, el labio superior de Van recordaba un ave marina de largas alas vista de frente, y el inferior, grueso y hosco, comunicaba a su expresión habitual un aire de brutalidad. No era así, desde luego, en el caso de Ada; pero, por lo demás, la curva de su labio superior y el grosor del inferior, con su mueca desdeñosa y su color rosa opaco, eran la réplica, en estilo femenino, de la boca de Van. Durante la «fase de los besos» de sus amorcillos (quince días de largos besuqueos húmedos y pegajosos, nada recomendables para su salud de adolescentes), parecía que entre sus cuerpos sedientos se interponía una pantalla de extraña pudibundez; era, no obstante, inevitable que ciertos contactos y contracontactos atravesasen aquella pantalla, como lejanas vibraciones de gritos de socorro. Concienzudamente, incansablemente, delicadamente, Van pasaba y repasaba sus labios sobre los labios de Ada, atacando, a contrapelo, su terciopelo ardiente, de arriba abajo, de derecha a izquierda, hacia dentro, hacia fuera, hacia la vida y hacia la muerte, y encontraba un sabor deleitable en el contraste entre la caricia alada del idilio visible y la congestión brutal de la carne escondida.

Y la imaginación les pedía nuevos besos. —Querría —dijo él en cierta ocasión —probar el interior de tu boca. ¡Dios, cómo me gustaría ser un Gulliver minúsculo para poder explorar esa cueva!

—Puedo prestarte mi lengua —dijo la niña. Dicho y hecho.

Una gran fresa hervida, todavía muy caliente. Van la degustaba, se la tragaba todo lo dentro que ella se dejaba tragar, y luego, abrazando estrechamente a Ada, le lamía el paladar. Ambas barbillas se llenaban de saliva, «pañuelo», pidió la chica, y sin más preámbulo metió la mano en el bolsillo del pantalón de Van; pero la retiró al instante, y dijo a su compañero que le pasase el pañuelo él mismo. Huelgan comentarios.

(«Aprecié tu tacto», le dijo él un día que rememoraban, entre sonrisas y estremecimientos retrospectivos, aquellas delicias y aquellas dificultades. «Pero ¡cuánto tiempo perdimos!: ópalos irreparables.»)

Van se aprendió la cara de Ada. Nariz, mejilla, mentón, todo era de tal dulzura de contornos (asociaciones retrospectivas son nomeolvides, y flores en el cabello, y las cortesanas, terriblemente caras, de Wicklow), que un admirador extravagante habría evocado fácilmente en tomo a su perfil el pálido vello de una caña, hombre no pensante —*pascaltrezza*—, mientras que un dedo más infantil y más sensual se habría complacido —y se complacía, de hecho— en palpar aquella nariz, aquella mejilla y aquel mentón. Lo mismo que en Rembrandt, la rememoración es una fiesta en medio de las tinieblas. Los invitados al recuerdo se visten para las circunstancias, y se mantienen erguidos en sus asientos. La memoria es un estudio fotográfico de lujo en el infinito de una *5th Power Avenue*. La cinta de terciopelo negro que sujetaba su cabellera aquel día (el día de la imagen mental) realzaba el lustre de su sien sedosa y la blancura de tiza de la raya de sus cabellos. La doble melena caía larga y lisa por el cuello, y se dividía a la altura de los hombros, de modo que entre las ondas de bronce negro se entreveía, en forma de elegante triángulo, la palidez mate de la piel.

Haciendo algo más respingona la nariz de Ada, se habría obtenido la nariz de Lucette. Algo menos respingona, habría sido la de un samoyedo. Ambas hermanas tenían los dientes un poco demasiado largos, y el labio inferior demasiado carnoso para los cánones de la belleza ideal, marmórea, de la muerte. Como llevaban siempre la nariz algo desatascada, las dos jovencitas, de perfil, tenían un aire un poco soñador o asustado (especialmente más tarde, a los quince y doce años). La blancura mate de la mayor (a los doce años, a los dieciséis, a los veinte, a los treinta y tres, etc.) era incomparablemente más rara que el encarnado dorado, de la pequeña (a los ocho años, a los doce, a los dieciséis, a los veinticinco... a los veinticinco, fin). Tanto en la una como en la otra, la línea larga y neta de la garganta, herencia directa de Marina, excitaban los sentidos con misteriosas e inefables promesas (que la madre no había mantenido).

Los ojos. Ada y sus ojos castaño oscuro. Pero, después de todo, ¿qué son los ojos? (pregunta Ada). Dos agujeros en la máscara de la vida. ¿Qué podrían significar (pregunta Ada) para un homúnculo venido de otro glóbulo, de otra Burbuja Láctea, y cuyo órgano de visión fuese (digamos) un parásito interno parecido a la forma escrita de la palabra «ojo»? ¿Qué representarían para ti dos ojos, dos bellos ojos (de hombre, de lemúrido, de lechuza) que encontraras abandonados en el asiento de un taxi? Aun así, Ada, es preciso que describa los tuyos. El iris castaño oscuro, casi negro, con pajitas o rayitos de ámbar dispuestos en torno a la pupila como un reloj de sol de horas idénticas. Los párpados: ornados de pequeños pliegues, *v skladochku* (la palabra rima en ruso con el diminutivo de su nombre, en caso acusativo). Forma del ojo: lánguido. La alcahueta de Wicklow, aquella noche satánica, de nieve negra y fangosa, que marca la hora más trágica, la hora casi fatal de mi existencia (Van, gracias a Dios, ahora, a los noventa años. De mano de Ada), insistía, con singular energía, en los «largos ojos» de su adorable, de su patética nietecita. ¡Con qué dolorosa tenacidad he buscado en todos los lupanares del mundo el signo y la huella de mi inolvidable amor!

Van descubrió sus manos (olvidemos esas historias de uñas mordidas). El patetismo del carpo, la gracia de las falanges, que exigían genuflexiones rendidas, miradas nubladas por lágrimas desbordantes, suplicios de adoración irreductible. Él la tomaba el pulso como un médico moribundo. Le acariciaba —loco pacífico— las estrías paralelas de delicado vello que sombreaban su antebrazo. Después regresaba a las regiones metacarpianas. Tus dedos, por favor.

Ada: «Soy una sentimental. Podría disecar un koala, pero no a su cachorro. Me gustan las palabras damisela, eglantina, elegante. Me encanta que beses mi larga y blanca mano.»

Tenía en el dorso de la mano izquierda la misma manchita oscura que había en la derecha de Van. Fuese que quisiese hacerlo creer, fuese hablar por hablar, afirmaba que aquella mancha era el vestigio de un antojo que Marina había hecho extirpar con el bisturí algunos años antes, porque estaba enamorada de un sinvergüenza que encontraba que «aquello parecía una chinche».

En los atardeceres silenciosos se podía oír el repetido pitido, pit-pit, del tren entrando en el túnel, desde lo alto de la colina en que se intercambiaban estas réplicas:

Van:

—Un poco exagerado, eso de «sinvergüenza».

Ada:

—Es un término amistoso.

Él:

—Aun así. Creo que conozco al tipo. Tiene menos corazón que ingenio, eso es seguro.

Mientras él la mira, la palma de la gitanilla que pide una limosna se convierte en la de la dadivosa que expresa sus buenos deseos (¿cuándo alcanzarán los cineastas el nivel que ya hemos alcanzado nosotros?). Deslumbrada por el sol verde que atravesaba el ramaje de un abedul, Ada explicaba, entornando los ojos, a su adivinador de buenaventura, que los jaspeados circulares que ella compartía con la Katya de Turgenev (otra chiquilla inocente) eran llamados «vales» en California («porque la *señorita* va a estar toda la noche bailando»).

El 21 de julio de 1884, el día de su duodécimo aniversario, Ada había dejado de morderse las uñas (las de las manos, quiero decir; las otras tendrán su tiempo). Toda una proeza (como lo sería, veinte años más tarde, la renuncia a los cigarrillos). Para ser completamente honrados, reconozcamos que se permitió ciertas excepciones —como una recaída en el delicioso pecado en las navidades en que no vuela el *Culex Chateaubriandi* Brown—. Renovó su voto, esta vez de modo definitivo, la noche de fin de año, luego que Mlle. Larivière la amenazase con llenarle los dedos de mostaza y cubrírselos con caperucitas rosa, roja, naranja, amarilla y verde (el índice amarillo fue todo un hallazgo).

Poco tiempo después del pic-nic de cumpleaños, cuando el deseo de besar las manos de su pequeña enamorada se había convertido para Van en la más tierna de las obsesiones, las uñas de sus manos, librándose poco a poco de su forma cuadrangular, habían adquirido suficiente resistencia para enfrentarse con las lacerantes comezones que atormentaban a la mocedad del lugar en el centro del verano.

Durante la primera semana de julio, con diabólica puntualidad, aparecía la hembra del mosquito de Chateaubriand. Este Chateaubriand (Charles), que fue el primero, no ya en ser picado por el mosquito, sino en capturarlo en su frasco de caza, y en hacerlo llegar, con clamores de exultante vindicación, al profesor Brown, el cual redactó una «Descripción Original» del insecto algo chapucera («pequeños palpos negros... alas transparentes... que amarillean a ciertas luces... las cuales deberán apagarse si uno tiene abiertas las bentanen [¡el impresor es alemán!]... *El entomólogo de Boston*, años de 1840, número de agosto, compuesto con muchas prisas, en todo caso), Chateaubriand (Charles) no tenía el menor lazo de parentesco con el gran poeta y memorialista nacido entre París y Tagne (o Rimatagne, según Ada, que tan aficionada era a cruzar orquídeas).

*Mon enfant, ma soeur,*

*songe a l'épaisseur*

*du grand chéne a Tagne:*

*songe à la montagne,*

*songe a la douceur...*

...de rascar, con las garras o las uñas, los lugares visitados por el insecto de velludas patas, caracterizado por su insaciable y temerario apetito de sangre de Ada y de Ardelia, de Lucette, Lucinda y Lucila (multiplicadas por sus comezones).

El monstruo aparecía y desaparecía con la misma brusquedad. Se posaba sobre un bracito, o sobre una piernecita desnuda, sin producir el menor zumbido, en un recogido silencio. Por el contrario, la penetración de su trompa, ingenio verdaderamente infernal, hacía el efecto de la explosión del bronce en una banda militar.

Cinco minutos después del ataque del crepúsculo, entre la escalinata del porche y el césped crepitante de grillos, comenzaba la irritación que, mante despreciada por el fuerte y flemático (que sabían que no duraría más de una horita), pero que hacía que el débil, el adorable, el voluptuoso, se propinase unas rascaduras de rechupete (jerga de cantina escolar). «¡*Sladko!* (¡Exquisito!)», solía exclamar Pushkin, atacado en el Yukon por una especie diferente. Las uñas de la desventurada Ada permanecían teñidas de granate durante toda la semana que seguía a su aniversario. Se rascaba con transportes capaces de abolir en su alma la conciencia del mundo: después de una sesión extática hasta el exceso, la sangre chorreaba literalmente por sus pantorrillas mártires —una lástima, según musitaba, para sí, su acongojado admirador, pero, al mismo tiempo, un espectáculo escandalosamente fascinante (estamos visitando y explorando un universo muy, muy extraño, en verdad).

La piel lechosa de la jovencita, tan excitante en su delicadeza, a los ojos de Van, tan vulnerable al aguijón del monstruo, era al mismo tiempo sólida como un tejido de seda de Samarcanda, y resistía en general a las tentativas de autotomía de que era objeto cuando Ada, con la mirada velada como en el éxtasis amoroso (aquella mirada que Van empezaba a descubrir ya cuando se besaban inmoderadamente), los labios entreabiertos, los dientes brillantes de saliva, rascaba a cinco uñas los habones rosas producidos por la picadura del raro insecto (pues verdaderamente es un raro y notable insecto aquel mosquito, dos veces descrito, no exactamente al mismo tiempo, por dos viejos malhumorados —el segundo fue Braun, dipterólogo de Filadelfia, mucho más estimable en su campo que el Brown de Boston—), y ¡qué raro objeto de entusiasmo, aquella imagen de la amada tratando de calmar los ardores de su preciosa piel, trazando ferozmente sobre su pierna hechicera surcos primero color de perla, luego color de rubí, hasta alcanzar, en breve tiempo, una especie de bienaventurada embriaguez en la que el furor del prurito se precipitaba como en el vacío con renovada energía!

—Escúchame bien —dijo Van—, voy a contar hasta tres. Si no te detienes inmediatamente, abro mi navaja (la abrió) y me corto la pierna, para que hagamos juego. Te lo suplico, vuelve a morderte las uñas. Todo antes que esto.

Tal vez porque el río de la vida corría ya demasiado amargo por las venas de Van (incluso en aquella época feliz), el mosquito de Chateaubriand nunca se interesó mucho por él. Hoy la especie parece estar a punto de extinguirse. Sin duda hay que acusar de ello al enfriamiento del clima y a la estúpida desecación de los encantadores pantanos, pululantes de vida, que abundaban en otro tiempo en la región de Ladore y en las inmediaciones de Kaluga, Conn., y de Lugano, Pa. (Me dicen que un pequeño número de ejemplares —hembras exclusivamente, repletas de la sangre de su afortunado cazador— han sido recientemente recogidas en un habitat secreto, muy alejado de las tres estaciones susodichas. Nota de Ada.)

## XVIII

No solamente en la edad de la trompetilla acústica (la edad que él llamaba su cho-chochez), sino todavía más en su adolescencia (verano de 1888), Van y Ada encontraban placeres de erudito en el estudio del proceso evolutivo de su amor (verano de 1884), de las fases iniciales de su revelación y de las caprichosas divergencias de sus cronologías con lagunas. Ada había releído su diario: el tono del mismo le había parecido melindroso y falso; por eso no conservó más que algunas páginas, aquéllas cuya materia principal era suministrada por la botánica y la entomología. Van había destruido totalmente el suyo, tanto por la torpeza de su estilo de escolar como por la insinceridad de su cinismo desenvuelto. No tenían, pues, más remedio que apoyarse en la tradición oral y en las mutuas rectificaciones que hacían a sus recuerdos comunes. La frase «Y recuerdas... *et tu te rappelles, a ty pomnish...*» (siempre con la apoyatura temática del «y», anunciando la perla recuperada que va a reinsertarse en el collar roto) llegó a ser, en sus conversaciones, la fórmula consagrada con que comenzaban casi cada réplica. Discutían las fechas del calendario, revisaban y reencadenaban ciertas sucesiones de acontecimientos, comparaban las anotaciones sentimentales, analizaban apasionadamente vacilaciones y decisiones. Si, de vez en cuando, los recuerdos de uno y otro no concordaban con mucha exactitud, había que imputarlo más a la diferencia de sexos que a la de caracteres. A los dos les divertían los tanteos juveniles del destino; a los dos les entristecía la sabiduría del tiempo. Ada tendía a considerar la fase inicial de su amor como un desarrollo difuso e imperceptible, tal vez anormal, probablemente único, pero puramente delicioso, gracias a su evolución uniforme, que hacía imposible toda impulsión bestial, todo estigma vergonzoso. Van, por el contrario, no podía evitar que sus recuerdos amorosos evocasen episodios precisos, decisivamente marcados por seísmos carnales súbitos, intensos, a veces lamentables. Ada se imaginaba que los goces inagotables a que había accedido —por sorpresa, y sin haberlos llamado— no se habían revelado a Van hasta el momento en que ella misma los había descubierto, al cabo de varias semanas de caricias acumulativas. En cuanto a sus primeras reacciones fisiológicas, estimaba conveniente apartarlas de su pensamiento, y las creía más o menos equiparables a las maniobras infantiles que en otro tiempo se había complacido en practicar, y que tenían muy escasa relación con el esplendor y el sabor de la felicidad individual. Van por el contrario, conocía el repertorio de todos los espasmos marginales que le había disimulado antes de convertirse en su amante, y distinguía categóricamente, desde un doble punto de vista filosófico y moral, entre el frenesí del onanismo y la dulzura irresistible de un amor confesado y compartido.

Al recordar nuestro pasado nos encontramos siempre con ese pequeño personaje de larga sombra, visitante incierto y tardío, detenido en el umbral luminoso, al fondo de un corredor oscuro que va estrechándose en una perspectiva impecable. Ada se veía como una niña perdida, de ojos maravillados, que llevaba en la mano un ramillete ajado. Van se veía bajo los rasgos de un sátiro pequeño y feo, torpemente instalado sobre sus cascos hendidos y provisto de una flauta equívoca. «¡Bueno, yo sólo tenía doce años!», exclamaba Ada ante el recuerdo de un detalle algo escabroso. «Y yo tenía catorce», contestaba Van, con melancolía.

Y ¿recordaba la señorita —preguntaba él, sacándose metafóricamente las notas del bolsillo— cuándo se dio cuenta por primera vez de que el tímido «primo» (su parentesco oficial) estaba físicamente excitado por su presencia, aunque decentemente aislado mediante diversos espesores de algodón y lana, y privado de todo contacto inmediato con ella?

No. Francamente, no. Ada no se acordaba de nada parecido. Por otra parte, eso habría sido imposible, porque a los once años de edad, por mucho que hubiera intentado encontrar entre todas las llaves de la casa la que pudiera abrir cierto armario en el que Walter Daniel Veen guardaba sus «estampas erot., Jap. e Ind.» (etiqueta perfectamente visible a través de la puerta vidriera), Ada tenía aún nociones relativamente nebulosas sobre el modo en que se apareaban los seres humanos (Van encontró aquella llave en un abrir y cerrar de ojos: estaba colgada en la parte posterior del frontón). Es verdad que no era precisamente espíritu de observación lo que faltaba a Ada. Había examinado de cerca diversos insectos *in copula*, pero, en la época de la que hablamos, los atributos claros y distintos del mamífero macho se habían ofrecido muy pocas veces a sus miradas, y de un modo perfectamente inconexo con cualquier idea de una posible función sexual (por ejemplo, aquel día de 1883 en que pudo contemplar el pico beige claro de un chiquillo, hijo del portero negro de su primer colegio, que venía a veces a orinar en los lavabos de las niñas).

Otros dos fenómenos observados por ella en una fecha anterior la habían inducido a error de una manera absurda. Tenía unos nueve años cuando aquel caballero más que maduro, aquel pintor eminente cuyo nombre no podía ni quería decir, vino varias veces a cenar a Ardis. La profesora de dibujo de las niñas, Miss Wintergreen, le tenía en gran estima, a pesar de que en 1888 (y también en 1958) las naturalezas muertas de Miss Wintergreen hubiesen conquistado una reputación infinitamente más alta que las del ilustre viejo verde, el cual representaba invariablemente sus diminutos desnudos vistos por detrás (pequeñas ninfas de nalgas de melocotón subiendo a una higuera para darse un atracón de fruta, exploradoras montañeras en pantalón corto ajustado hasta reventar, escalando rocas, etc.).

Van, interrumpiendo con ironía el discurso:

—Sé perfectamente a quién te refieres, y quiero hacer constar que, aunque su delicioso talento no esté hoy muy en gracia, yo reconozco retrospectivamente a Paul Gignent el absoluto derecho a representar a sus colegialas o bañistas de sol por el lado que más le gustara: Puedes continuar.

Ada volvía a tomar tranquilamente el hilo para decir que, a cada visita de Pig Pigment, ella temblaba en cuanto oía sus pisadas y resoplidos en la escalera. Se la aproximaba inexorablemente,

como el Convidado de Piedra, inmemorial espectro de mármol, y la buscaba, y la llamaba con una voz aguda, débil y doliente, francamente impropia para un mármol.

—Pobre hombre —suspiró Van.

Su método de contacto, ya que abordamos el tema— decía Ada —(y quede bien entendido que no intento hacer comparaciones hirientes), consistía en ofrecerse a la niña, con una furiosa insistencia, para ayudarla a alcanzar un objeto cualquiera: cualquier regalito que hubiera traído para ella, un paquete de caramelos o alguna muñeca vieja encontrada en el suelo del cuarto de los niños y colgaba por él en la pared, bien alta, o una vela rosa de un árbol de navidad que le pedía que apagara de un soplo. Y a pesar de las protestas de la pobre Ada, tomarla por los codos y elevarla, calmadamente, trabajosamente, dando ronquidos, diciendo «oh, cuánto pesa, oh, qué guapa es». Y aquellas maniobras proseguían hasta que sonaba el timbre que anunciaba la hora de la cena, o aparecía la institutriz con un vaso de zumo de frutas en la mano. ¡Qué alivio para cada uno de los interesados cuando, de vueltas de su fraudulenta ascensión, el pobre trasero de la niña patinaba al fin por la nieve resbaladiza de la almidonada pechera de la camisa, y él volvía a abrocharse el *smoking*! Y ella se acordaba...

«Ridículamente exagerado, y, supongo, coloreado a la luz artificial de acontecimientos ocurridos más tarde y revelados más tarde aún» (comentario de Van).

...Se acordaba del doloroso rubor que le subió a las mejillas al oír decir a alguien delante de ella que el pobre Pig tenía una mente enferma y padecía de un «endurecimiento de la arteria» o de algo parecido. Pero lo que sí sabía ya era que la arteria podía hacerse terriblemente larga: cierto día había sorprendido a Drongo, el caballo negro, en el espectáculo (que la dejó terriblemente confundida, tenía que reconocerlo) de la transformación experimentada en mitad de un prado, a la vista de todas sus margaritas. Ada había creído, decía (vaya usted a saber si era digna de fe), que aquel apéndice de caucho negro era la pata de un potrillo que salía del vientre de Drongo, porque no había comprendido aún que Drongo no era una yegua y no estaba equipado de bolsa marsupial como el canguro de cierta imagen que ella idolatraba. Después, su institutriz inglesa le explicó que Drongo era un caballo muy enfermo, y todo volvió a estar en orden.

—Muy bonito —dijo Van—, verdaderamente apasionante. Pero eso me ha hecho pensar en la primera vez que pudieras haber sospechado que yo también era un cerdo o un caballo «muy enfermo». Y me acuerdo de la mesa redonda, en el círculo de luz rosada, y de ti, arrodillada en una butaca, a mi lado. Yo estaba encaramado en el brazo redondo de la butaca. Tú hacías un castillo de naipes, y hasta el menor de tus movimientos se sublimizaba, como si estuvieses en trance —lentitud de sueño, pero también extrema atención—, y yo me embriagaba con el olor de niña que exhalaba tu brazo desnudo, y con el olor de tus cabellos, asesinado más tarde por algún perfume de moda. Sitúo ese episodio más o menos el diez de junio. Un anochecer lluvioso, menos de una semana después de mi llegada —mi primera llegada —a Ardis.

—Me acuerdo —dijo Ada —de las cartas, y de la luz rosada, y del ruido de la lluvia, y de tu chaleco de punto azul... Pero no recuerdo nada más, nada extraño ni escabroso. Eso vino después. Por otra parte, sólo en las novelas francesas hay *des messieurs qui hument* a las jovencitas.



—Bueno, pues eso es lo que yo hacía mientras tú te dedicabas a tu delicado trabajo. Magia táctil, paciencia infinita. Las yemas de los dedos al acecho de la gravedad. Las uñas terriblemente mordidas. Sé indulgente con estas notas. No sé expresar adecuadamente el malestar del pesado deseo, del deseo pegajoso. ¿Sabes lo que yo estaba esperando? Que en el momento en que se derrumbase tu castillo de naipes harías un gran gesto de abandono, al modo ruso y te sentarías sobre mi mano.

—No era un castillo. Era una casa de Pompeya, adornada por dentro con mosaicos y frescos, porque sólo empleaba las figuras de las barajas viejas del abuelo. Y bien, ¿me senté en esa mano dura y ardiente?

—Sobre mi palma abierta, querida. El relieve del paraíso. Te quedaste inmóvil un instante, amoldada a mi copa. Luego te rehiciste y te arrodillaste otra vez.

—Para recoger aprisa, aprisa, muy aprisa los naipes planos y brillantes, y ponerme otra vez a edificar, con la misma lentitud de antes. Éramos abominablemente depravados, ¿no crees?

—Todos los niños brillantes son depravados Veo que te acuerdas muy bien...

—No de esa ocasión determinada. Pero sí del manzano, y del día que me besaste en el cuello y de todo lo demás... Y luego... *zdravstvuyte: apofeoz*, ¡la Noche de la Granja Incendiada!

## XIX

Una especie de enigma a la antigua. (*Los sofismas de Sofía*, por mademoiselle Stopchin, en la Biblioteca Vieux, serie rosa): ¿la Granja Incendiada fue antes que la Buhardilla, o la Buhardilla fue antes que la Granja Incendiada? Veamos: hacía mucho tiempo que nos besábamos como primos cuando se incendió la granja. En efecto, hasta compraba en Ladore bálsamo de Chateau Baignet para aplicar a mis pobres labios agrietados. Y nos despertamos sobresaltados, tú y yo —cada uno en su cuarto—, cuando le oímos gritar «¡fuego!». ¿28 de julio? ¿4 de agosto?

¿Cuándo oímos a quién? ¿A Stopchin o a Larivière? ¡Vaya usted a saber! ¿Era Larivière quien gritaba que la granja estaba en llamas?

No, no. Larivière ardía como un leño, quiero decir, dormía como un leño. Yo sé bien quién fue, dijo Van; fue la doncella pintarrajeada, que usaba tu caja de acuarelas para pintarse los ojos, o eso decía Larivière, que las acusaba, a ella y a Blanche, de los pecados más fantásticos.

¡Pues claro! Pero no fue la pobre French, la doncella de Marina, sino Blanche, nuestra pequeña oca. Había atravesado el pasillo a toda carrera, y había perdido, en la escalera principal, una minúscula zapatilla con forro de piel blanca, como Cenicienta.

—¿Y recuerdas, Van, qué calor hacía aquella noche?

—*Eschchy bil* (¡Cómo iba a olvidarme!). Aquella noche, por culpa de los guiños...

Sí, aquella noche, por culpa de los guiños lejanos, pero inoportunos, de los relámpagos de calor que taladraban los corazones negros de su frondoso dormitorio, el arborícola Van había abandonado sus dos tuliperos y se había acostado en su habitación. El tumulto en el interior de la casa y los gritos de la doncella interrumpieron un sueño raro, brillante, dramático, cuyo tema no pudo recuperar, a pesar de que lo guardó encerrado en un joyero. Como de costumbre, había dormido desnudo: tuvo que decidir si se pondría unos calzoncillos o si se cubriría con su manta de viaje escocesa. Habiendo optado por la segunda posibilidad, sacudió una caja de cerillas para asegurarse de que no estaba vacía, encendió una vela, y salió con presteza de su habitación, dispuesto a socorrer a Ada y sus larvas. El corredor estaba sombrío; en alguna parte, Dack ladraba extáticamente. Las exclamaciones, que iban decreciendo, hicieron saber a Van que ¿llamada «Granja del barón», una inmensa y cara construcción, a más de una legua de distancia, estaba ardiendo. Si el acontecimiento se hubiese producido más avanzada la estación, cincuenta vacas lecheras habrían dado privadas de su heno cotidiano, y Larivière de la crema para su café de mediodía. Van se sintió ofendido. «Se han marchado todos, y me han dejado solo», como dice gruñendo el viejo Firmus en la última escena de *El jardín de los cerezos* (Marina había estado aceptable en el papel de madame Ranevski).

Ceñido con su toga escocesa, Van acompañó a su negra sombra por la pequeña escalera de caracol que conducía a la biblioteca. Allí, apoyando la rodilla desnuda en el diván de terciopelo raído colocado bajo la ventana, apartó las pesadas cortinas rojas.

Tío Dan, con un puro entre los dientes, y Marina, que llevaba un pañuelo al cuello y a Dack entre sus brazos, estaban a punto de partir, entre manos tendidas y linternas oscilantes, en su deportivo, rojo como un coche de bomberos. Pero, apenas en marcha, fueron adelantados, en la curva de la avenida, por tres lacayos ingleses a caballo, con tres doncellas francesas a la grupa. Todo el personal de servicio parecía dirigirse a admirar el incendio (acontecimiento poco frecuente en nuestros climas húmedos y de escasos vientos), utilizando todos los medios de locomoción disponibles o imaginables: telesillas, botes de ruedas, bicis tandems, e incluso carretillas mecánicas para el transporte de equipajes, que el jefe de estación proporcionaba gratis a la familia, en recuerdo de su inventor, Erasmus Veen. Solamente la institutriz continuaba durmiendo (de lo que Ada, aunque no Van, se había dado cuenta), roncando y silbando en la habitación contigua al antiguo cuarto de los niños, donde la pequeña Lucette estuvo despierta durante un minuto antes de echar a correr tras su sueño y saltar a la última camioneta de transporte de muebles.

Van, arrodillado ante la ventana panorámica, vio cómo el ojo inflamado del cigarro puro se alejaba y desaparecía en la noche. Aquella salida múltiple... Pero sigue tú ahora.

Aquella salida múltiple constituía verdaderamente un espectáculo maravilloso sobre el fondo del firmamento pálido, con polvo de estrellas, de la casi subtropical Ardis, y aquella lejana llamada color rosa flamenco entre el negro de los árboles, donde ardía la granja. Para llegar allí había que contornear una gran extensión de agua, sobre la cual veía brillar, a lo lejos, escamas de luz, cada vez que un mozo de servicio o un palafrenero arriesgado la atravesaba en alguna máquina flotante, como esquís náuticos o balsas con típicas ondulaciones luminosas, como de dragones japoneses. Se podían seguir con ojos de artista los faros de los automóviles y sus luces posteriores, avanzando hacia el este según la dimensión AB de aquel lago rectangular y girando bruscamente en el ángulo B

para ás& cribir la anchura del cuadrilátero y volver luego hacia el oeste, disminuidas, atenuadas, hasta un punto situado a la mitad de la orilla opuesta en el que viraban hacia el norte y desaparecían.

Mientras dos rezagados, el cocinero y el vigilante nocturno, corrían sobre el césped hacia un break o cabriolé al que no había sido enganchado el tiro, y que les saltidaba con sus limoneras levantadas (¿o era, después de todo, una *ricksha* japonesa? (tío Dan había tenido, en tiempos, un sirviente japonés que tiraba del cochecillo), Van descubrió con placer y emoción, muy cerca de allí, entre los arbustos negros como de tinta china, a Ada, en camisón, con una vela encendida en una mano y un zapato en la otra, como siguiendo a hurtadillas a los rezagados. Pero no era Ada entre los arbustos, sino su reflejo en el cristal de la ventana. Tiró el zapato, que se había encontrado en una papelera, y fue a reunirse con Van en el diván.

—¿Se ve algo, se ve algo? —repetía. Y sus miradas escrutadoras brillaban de extasiada curiosidad, y en sus ojos de ámbar negro ardían centenares de granjas. Van tomó la vela de sus manos y la colocó al lado de la suya, que era mucho más larga, en el alféizar—. Vas desnudo, estás horriblemente indecente —dijo la chica, sin mirarle y sin poner en su comentario insistencia ni reproche. Ramsés de Escocia se ciñó mejor la manta y Ada se arrodilló a su lado. Contemplaron un momento el romántico «efecto nocturno» enmarcado por la ventana. Trémulo, con la mirada perdida hacia delante, Van había empezado a acariciarla, siguiendo con mano de ciego, a través de la fina batista, el surco de su columna vertebral.

—¡Oh, mira! ¡Gitanos! —susurró la chica, indicando con el dedo tres siluetas negras (dos hombres, uno de los cuales llevaba una escalera, y un niño, o un enano) que cruzaban el césped con paso cauteloso y que, al descubrir la ventana iluminada por la doble llama, hicieron marcha atrás (el pequeño andando de espaldas, como si tomase fotografías).

—Me había quedado en casa con toda intención —dijo Ada, o pretendió, más tarde, haber dicho — porque esperaba que tú también te hubieses quedado. Una coincidencia provocada. —Mientras hablaba, Van continuaba acariciándole los largos cabellos, le estrujaba y arrugaba el camisón, sin osar todavía deslizarse por debajo, pero arriesgándose a acariciar sus nalguitas, hasta que, con un ligero silbido, ella se puso en cuclillas y se encontró sentada en la mano de él. En el mismo instante el castillo de naipes se hundió en las llamas. Ada se volvió hacia Van, que estaba ya besando su hombro desnudo y acercándose más a ella, como el soldado que avanza detrás en la fila.

—Es la primera vez que oigo hablar de eso. Yo creía que el viejo señor Nymphopotus había sido mi único predecesor.

Algún tiempo antes, en primavera. Un viaje a la ciudad. *Matinée* francesa en el Teatro municipal. Mademoiselle había extraviado las entradas. El pobre chico se imaginaba probablemente que Tartufo era una tarta, o una bailarina de *striptease*.

Lo cual, en el fondo, no es ninguna tontería. Pero sigamos. En la escena de la Granja Incendiada...

—¿Sí, Van...?

—No, nada. Continúa.

—Ay, Van, aquella noche, mientras estábamos arrodillados el uno junto al otro a la luz de las velas, como los «Niños en oración» de un cuadro muy malo, enseñando las cuatro plantas de los pies (arborícolas y trepadoras todavía la víspera) no a la Mamá Buena que recibe su felicitación de Navidad, sino a la Serpiente sorprendida y encantada... ¡si supieras qué ganas sentía de pedirte una información puramente científica! Porque mi mirada, oblicuando un poco...

Ahora, no. Ahora mismo no es un espectáculo bonito. Y peor será dentro de un momento (respuesta de Van, más o menos exacta). No estaba seguro de si Ada era completamente ignorante y pura como el cielo estrellado (al que, por cierto, ya no coloreaba el resplandor del incendio), o si, por el contrario, enterada de todo, se complacía en jugar el juego de la inocencia. Por lo demás, eso no importaba gran cosa.

—Espera, ahora no —respondió, en un murmullo medio ahogado.

Ella insistió:

—Quiero saber. Quiero que me digas...

Él acariciaba y entreabría con sus partes carnosas (*parties très charnues* en el caso de nuestra apasionada parejita), la cortina suave y sedosa de su negra cabellera (cuando Ada echaba la cabeza atrás, los cabellos le llegaban más abajo de los riñones) y trataba de abrirse camino hasta el esplenio, tibio aún del calor del lecho. (No hace falta, ni aquí ni en otras partes —ya he encontrado otro pasaje similar —echar a perder un estilo relativamente puro con el empleo de esos vagos términos anatómicos que el psiquiatra recuerda de sus años de estudiante. Nota escrita más tarde por Ada.)

—Quería preguntar... —repetía ella, mientras la boca golosa de Van alcanzaba su cálido y pálido objetivo.

—Quería preguntarte —repitió, esta vez con gran claridad, y, sin embargo, ya algo fuera de sí, pues la mano viajera había vuelto a ascender por el brazo, y el pulgar, que acababa de posarse en un pezoncito, le producía un hormigueo en el paladar, eso que en las novelas georgianas se describe como «llamar a la doncella»... cosa naturalmente inconcebible cuando falta la *elletricità*...

(Protesto. No tienes derecho. Eso está prohibido, hasta en lituano y en latín. Nota de Ada.)

—Preguntarte...

—¡Pregunta —gritó Van—, pero no lo estropees todo! (es decir: no me impidas que me alimente de ti, que me retuerza contra ti).

—Bien. ¿Por qué? —preguntó, exigió, reclamó, mientras una llama crepitaba y un cojín iba a parar al parquet—. ¿Por qué te pones tan duro y tan gordo por ahí cuando...?

—¿Dónde? ¿Cuando qué?

Con el fin de explicarse mejor, con un tacto y un contacto exquisito, hizo danzar su vientre contra él, que seguía casi arrodillado, estorbada por la larga cabellera que se interponía, y con un ojo casi metido en la oreja del muchacho (sus posiciones recíprocas habían llegado a estar considerablemente embrolladas).

—¡Repítelo! —gritó Van, como si ella estuviese muy lejos, un mero reflejo en la ventana oscura.

—¡Vas a enseñármelo inmediatamente! —dijo Ada, con autoridad.

Van se despojó de su improvisado *kilt*. Y Ada cambió en seguida de tono.

—¡Dios mío! —murmuró, como un niño que habla a otro niño—. ¡Está todo desollado, en carne viva! ¿Te duele? ¿Te duele mucho?

Él suplico:

—¡Tócalo, pronto!

—¡Van, pobre Van! —siguió ella, con la voccecita que emplean las niñas buenas para hablar a los gatos, a las orugas, a los perritos—. Estoy segura de que eso te quema. ¿Crees que te aliviarías si te lo tocara?

—¿Que si lo creo? ¡Puedes apostar!

—Mapa en relieve: los ríos de África —dijo la pedantilla. Su índice remontó el Nilo Azul, hasta las selvas, y luego volvió a seguir la dirección de la corriente—. ¿Y esto? El sombrerete del champiñón rojo no es ni la mitad de suave. De veras (en un tono intrascendente), me recuerda una flor de geranio, o, mejor, de *pelargonio*.

—¡Dios mío, ya estás con la botánica!

—¡Ay, Van, Van, ese fruto me gusta! ¡Francamente, me gusta!

—¡Apriétalo entonces, tonta! ¿No ves que me muero?

Pero la ingenua botánica no tenía la menor idea de cómo manejar aquel objeto. Van, ya *in extremis*, lo oprimió contra el volante de su camisón y gimió, al disolverse en un charco de placer.

Ella observaba, consternada.

—No es lo que tú crees —comentó Van, calmoso—. No tiene nada que ver con el pipí. Es limpio, como la savia de una hierba. Bien. El curso del Nilo ya está precisado: telegrama del explorador Speke.

(Van, me pregunto *por qué* te esfuerzas tanto en transformar un pasado poético e inigualable en una farsa sucia. Honradamente, Van. ¡Pero si soy honrado, todo lo honrado que se puede ser! Fue así como pasaron las cosas. Yo no conocía bien el terreno en que me aventuraba, y de ahí las audacias y los fingimientos. Eso es cosa tuya. Por mi parte, querida, afirmo que esas famosas excursiones digitales desde tu África hasta el fin del mundo no comenzaron hasta mucho más tarde, cuando ya

me sabía de memoria el itinerario. Lo lamento, pero te engañas. Y además, si las personas tuviesen iguales recuerdos, ¿cómo diablos iban a ser unos seres distintos? Fue-así-como-pasaron-las-cosas. ¡Pero nosotros no somos diferentes! En buen francés, pensar y soñar son sinónimos. Van, piensa en 'a dulzura... ¡Oh, ya pienso en ella, desde luego que pienso! Todo fue dulzura, mi niña, mi rima. Eso está mejor, dijo Ada.)

—Sigue tú, ¿quieres?

Van se tendió, desnudo, a la luz ahora inmóvil de la vela.

—Durmamos aquí —dijo—. No regresarán antes de que el alba cienda de nuevo el cigarro de mi tío.

—Tengo empapado el camisón —musitó Ada.

—Quítatelo. Esta manta puede taparnos a los dos.

—¡No mires, Van!

—Eso no vale —dijo éste, ayudándola a pasarse el camisón por los rebeldes cabellos. Sólo un ligero toque de carbón sombreaba el punto de misterio de su cuerpo blanco como la tiza. Entre dos costillas, un grano maligno le había dejado una cicatriz rosa. Van puso un beso en aquel lugar, y se acostó de espaldas, a reposar, con las manos cruzadas bajo la nuca. Ada, inclinada sobre su cuerpo moreno, contemplaba la caravana de pelos que subían desde el hormiguero hacia el oasis del ombligo. Para ser un muchacho tan joven, Van era notablemente hirsuto. Los juveniles pechos redondos de Ada estaban justo sobre la cara de él. En tanto que médico, y en tanto que artista, repruebo el uso pequeño burgués del cigarrillo después de hacer el amor. Reconozcamos sin embargo, en atención a la verdad, que Van no era indiferente a la presencia de una caja de cristal con «Traumatis» turcos, pero la consola en la que se encontraban estaba demasiado lejos para que pudiese alcanzarla con un indolente movimiento del brazo. El gran reloj dejó oír un cuarto de una hora anónima: Ada, con la mejilla apoyada en un puño, contemplaba ahora la inquietud emotiva, aunque extrañamente morosa, el lento y continuado desperezo, la erección finalmente poderosa del renacimiento viril.

Pero el pelo del sofá era tan cosquilleante al tacto como lo era a la vista el cielo espolvoreado de estrellas. Antes de que ocurriese cualquier cosa nueva, Ada se puso a cuatro patas para colocar bien los cojines y la manta. Niña indígena imitando un conejo. Van tendió una mano exploradora. Su palma se adaptó, por detrás, a la pequeña hendidura cálida. De un bote frenético, tomó la posición del niño que construye un castillo de arena, pero Ada se volvió boca arriba, dispuesta ingenuamente a abrazarle como se recomendaba a Julieta que recibiese a su Romeo. Hizo bien. Por primera vez en su aventura amorosa, la gracia, el genio y la inspiración lírica descendieron sobre el atropellado joven. Susurrando, gimiendo, besaba el pálido rostro con una voluble ternura, gritaba en tres idiomas —los tres grandes del mundo —palabras mimosas que debían más tarde proporcionar la materia para un *Diccionario de diminutivos secretos*, muchas veces revisado y corregido hasta la edición definitiva de 1967. Cuando se ponía demasiado ardoroso, ella trataba de calmarle como se calma a un niño, haciéndole «sssh, sssh» y soplándole en la boca, y sus cuatro miembros estaban

anudados sin pudor en torno a él, como si hubiera hecho el amor desde siempre, en todos nuestros sueños, pero la impaciencia de la pasión juvenil (desbordante como la bañera de Van, del viejo Van, maníaco incubador de palabras, ocupado en retocar estas páginas sentado al borde de la cama en una habitación de hotel) no resistió a las primeras estocadas aplicadas a ciegas: estalló sobre el labelo de la orquídea. Un mirlo azul emitió su «choc-choc» de alarma, y los faroles lejanos reaparecieron al fondo de un alba rugosa y volvieron a dar la vuelta al estanque. Pronto los puntos luminosos de los coches se convirtieron en estrellas y las ruedas de las carretas rechinaron en la gravilla. Perros de toda especie regresaron muy complacidos de sus correrías nocturnas. Blanche, la sobrina del cocinero, se apeó de un coche de policía color calabaza, calzada únicamente con las medias (¡ay, las doce de la noche habían sonado mucho tiempo antes!), y los dos niños desnudos, recogiendo manta y camisón, se despidieron del sofá cómplice con una palmadita y volvieron a subir a hurtadillas a sus cuartitos de inocencia, llevando cada uno su vela.

—Y... ¿te acuerdas? —dijo Van el del bigote gris, tomando un cigarrillo Cannabina de su mesa de noche y sacudiendo una caja de cerillas amarilla y azul—. ¿Te acuerdas de nuestra despreocupación, y de cómo Larivière dejó de roncar para volver a atronar la casa un momento más tarde, y qué fríos estaban los escalones de hierro, y de lo desconcertado que yo estaba por tu... cómo lo diría... por tu falta de comedimiento?

—Idiota —dijo Ada, que se había vuelto hacia la pared y ni siquiera le dirigió una mirada.

¿Verano de 1960? ¿Un hotel atestado de viajeros en cualquier lugar entre Ex y Ardez?

Debería empezar a poner las fechas en las páginas de este manuscrito, por consideración a mis soñadores desconocidos.

## XX

A la mañana siguiente, con la nariz todavía hundida en el saco de los sueños de una mullida almohada, único detalle que moderaba la austeridad de su lecho y que debía al favor de la dulce Blanche (a la cual, en una angustiada pesadilla, había cogido la mano tiernamente: porque así lo querían las reglas del Salón de Juegos del Sueño, o quizá, simplemente, su perfume barato), Van supo que la felicidad llamaba a su puerta. Se esforzó en prolongar el ardiente incógnito de aquel visitante, recreándose en los últimos vestigios, lágrimas y jazmín, de un sueño ingenuo. Pero el tigre de la felicidad franqueó de un salto las puertas de la realidad.

¡Qué alegría de libertad recién adquirida! Van había conservado su reflejo, y se lo había llevado consigo hasta el fondo de su sueño: en la última parte de éste revelaba a Blanche que había aprendido el arte de la levitación. La facultad de recorrer los aires con mágica facilidad iba a permitirle batir todos los récords de salto de longitud, lo que para él no sería más que un cómodo paseo a algunas pulgadas del suelo sobre una distancia de diez o doce metros (una distancia mayor podía parecer sospechosa) ante unas tribunas delirantes de entusiasmo, mientras Zambovski, de Zambia, con las manos en las caderas, le miraría con ojos consternados y estupefactos.

La ternura redondea el triunfo verdadero, la dulzura lubrica la liberación genuina: esas emociones no son síntomas de gloria o de pasión en nuestros sueños. La alegría fantástica que Van iba a conocer a partir de entonces (y para siempre, según esperaba) se debía en buena medida a la certidumbre de que podría prodigar sobre Ada, abiertamente y con toda libertad, los tesoros de ternura acariciadora e infantil que el respeto humano, el egoísmo masculino y los escrúpulos morales le habían impedido hasta entonces considerar como un sueño posible.

El sábado y el domingo, las tres comidas del día eran solemnemente anunciadas por tres gongs: uno pequeño, otro mediano y un tercero grande. El primero acababa justamente de anunciar que el desayuno estaba servido en el comedor. Sus vibraciones evocaron en el espíritu de el pensamiento de que en veintiséis pasos habría franqueado la distancia que le separaba de su joven cómplice (de cuyo delicado almizcle sentía aún impregnada su mano) y le hicieron experimentar una especie de deslumbrado asombro; ¿había ocurrido aquello *verdaderamente?*, ¿somos ahora *verdaderamente* libres? Todas las mañanas de Dios, según dicen, con hilaridad de hombres gordos, los chinos que aman, ciertos pájaros cautivos se lanzan, apenas despiertan, contra los barrotes de sus jaulas (y quedan varios minutos inconscientes) en un impulso automático que prolonga sus sueños, mientras que, durante el resto del día, esos tornasolados prisioneros son perfectamente alegres, dóciles y charlatanes.

Van metió su pie desnudo en una zapatilla solitaria y recuperó la otra de debajo de la cama. Bajó la escalera precipitadamente, saludando al pasar a un príncipe Zemski aparentemente satisfecho y a un lúgubre Vincent Veen, obispo del Balticomore y Como.

Pero ella no había bajado todavía... En el comedor inundado de luz, donde las grandes flores amarillas parecían racimos de sol, tío Dan tomaba el alimento. Su atuendo era el adecuado para un día de verano normalmente cálido en el campo: traje de rayas color caramelo sobre una camisa de franela malva, chaleco de piqué blanco, corbata *club* azul y roja, cuello blando, muy subido, asegurado con alfiler de oro (si bien todas esas rayas y tintes tan coquetones parecían haber sufrido un cierto desplazamiento durante el proceso de impresión cromotipográfica de la historieta del periódico dominical, pues domingo era aquel día). Acababa de dar fin a su primera tostada con mantequilla, enriquecida con un toque de confitura de Naranja de la Abuelita, y estaba haciendo sus gluglús de pavo para enjuagar *in situ* su dentadura postiza en un sorbo de café, que en seguida tragó, junto con los restos sápidos. Como yo no era un cobarde (al menos tenía ciertas razones para creerlo así) supe soportar la presencia de la cara rosa de mi tío, con su bigotito rojo en rotación; pero (Van hizo esta reflexión en 1922, en una visión retrospectiva) no había nada que me obligase a seguir contemplando su perfil desprovisto de mentón ni sus rojas patillas rizadas. Van examinaba, pues, no sin apetito, las jarras de cerámica azul llenas de humeante chocolate y las rebanadas de pan preparadas para la glotona infancia. Marina tomaba su desayuno en la cama, y el mayordomo y Price lo hacían en un rincón del *office* (agradable recuerdo, por alguna razón que ahora se me escapa). En cuanto a Mlle. Larivière, no probaba alimento alguno antes de mediodía: era una *midinette* de estricta observancia (en cuanto que rendía culto al *midi*, no a la costura, claro está); hasta había llegado a persuadir a su confesor de que se adhiriese a su secta.

—Podía usted habernos llevado a ver el incendio, querido tío —dijo Van, mientras se servía una taza de chocolate.



—Ada te lo contará todo —respondió el tío Dan, cubriendo amorosamente de mantequilla y confitura una segunda tostada—. Se lo pasó muy bien en nuestra excursión.

—¡Ah! ¿Es que iba con ustedes?

—Sí, en el coche negro, con los mayordomos. Fue una excursión estupenda.

—Debía ser una de las chicas de la cocina, y no Ada —observó Van. Y añadió:

—No me había dado cuenta de que había varios... varios mayordomos, quiero decir.

—Oh, supongo que sí —dijo vagamente tío Dan. Renovó sus operaciones de enjuague interno y luego se puso las gafas; pero los periódicos no habían llegado todavía: se quitó las gafas.

De pronto, Van oyó en la escalera la voz grave y encantadora que decía, en dirección al piso de arriba: *Je l'ai vu dans une des corbeilles de la bibliothèque*. Alusión probable a algún geranio, violeta u orquídea del género zapato o zapatilla. Hubo una «pausa de balaustrada», para usar el lenguaje de los fotógrafos, y, cuando llegó de la biblioteca el lejano grito de alegría de la doncella, Ada añadió: «Me pregunto quién lo ha puesto allí» —y acto seguido entró en el comedor.

Llevaba (aunque no se habían puesto de acuerdo) pantalones cortos negros, un jersey blanco y zapatos de lona. Sus cabellos peinados hacia atrás formaban una gruesa cola de caballo y dejaban al descubierto su frente ancha y abombada. Una irritación de la piel, bajo el labio inferior, disimulaba algo su color rosa con el brillo de la glicerina y el mate de los polvos. Estaba demasiado pálida para parecer verdaderamente bonita. La mayor de mis hijas es más bien ordinaria, repetía a menudo Marina, pero tiene un bonito pelo. Y la menor es guapa, pero pelirroja como un zorro. Ingrata edad, ingrata luz, ingrato artista; pero *no* ingrato amante. Una ola de adoración empujó a Van desde la boca del estómago y le elevó hasta el paraíso. La idea de volver a verla, y de saber que sabía, y de saber que nadie más sabía lo que habían hecho tan francamente, tan suciamente, tan deleitablemente, menos de seis horas antes, era más de lo que podía soportar nuestro amante novicio —aunque tratase de trivializar el acontecimiento recurriendo al correctivo moralizador de un adverbio infamante—. Aventuró, y pronunció lamentablemente, un *hello*, forma de saludo mañanero a la que él no estaba acostumbrado (y que, por otra parte, ella no pareció oír), y se dedicó a su desayuno, sin dejar de espiar hasta el menor gesto de Ada por medio de un secreto órgano polifémico. Ella se deslizó por detrás del señor Veen, cuyo cráneo calvo rozó con su libro, y tiró ruidosamente de la silla más próxima, que era la opuesta a la de Van. Se sirvió una gran taza de chocolate, parpadeando como upa muñeca. Aunque el chocolate ya estaba azucarado hasta el límite de lo razonable, colocó un terrón en la cuchara y lo sumergió delicadamente en su taza, observando con gran placer cómo el hirviente líquido oscuro disolvía primero un ángulo del conglomerado cristaloides y luego el trozo entero.

Mientras tanto, el tío Dan espantaba retrospectivamente de su calva un imaginario insecto, miraba hacia arriba, hacia abajo, a su alrededor, y acababa por descubrir a la recién llegada.

—A propósito, Ada: Van querría saber una cosa. ¿Qué hacías tú, querida, mientras él y yo nos ocupábamos del incendio?

El reflejo del incendio invadió las mejillas de Ada. Van no había visto nunca a una chica (tan blanca y transparente de piel), ni, a decir verdad, persona o cosa en el mundo, melocotón o porcelana, enrojecer tan frecuente y sustancialmente. Aquella propensión le afligía como una debilidad mucho más indecente que cualquiera de los actos que pudieran producirla. Ella dirigió una mirada bastante estúpida al enfurruñado adolescente y dijo, más o menos, que había estado en su dormitorio sin enterarse de nada.

Van la interrumpió con crudeza:

—Eso no es verdad. Tú estabas conmigo en la biblioteca. Y mirábanlos juntos el resplandor del incendio.

Tío Dan abrió sus brazos paternos a la inocente Lucette, que acababa de hacer su aparición, a pasitos cortos, apretando en su manita cerrada, como una oriflama, un infantil cazamariposas color rosa.

Van miró a Ada y movió la cabeza en señal de desaprobación. Ella le enseñó el pétalo puntiagudo de su lengua y su amante sintió la súbita indignación de notar que también él se ruborizaba. Eso daba de sí la franqueza. Metió la servilleta en su anilla y se retiró al *mestechko* (rinconcito) del gran vestíbulo.

Ada terminó su desayuno, y Van le cortó el paso en el rellano de la escalera. La chica tenía todavía la boca llena de mantequilla. No disponían más que de un minuto para hacer sus planes. Hablando historiográficamente, sólo se estaba entonces en el alba de la novela, que languidecía aún entre las manos de señoritas hijas de clérigos y de miembros de la Academia; es decir, que el minuto era precioso. No obstante, Ada, sosteniéndose sobre un solo pie, se rascaba la rodilla. Decidieron dar un paseo antes de la comida de mediodía, en busca de un lugar apartado. Ada debía acabar una traducción para Mlle. Larivière. Le enseñó su borrador. ¿François Coppée? Sí.

*Their fall is gentle. The woodchopper*

*can tell, before they reach the mud,*

*the oak tree by its leaf of copper,*

*the maple by its leaf of blood.*

—*Leur chute est lente* —declamó Van—, *on peut les suivre du regard en reconnaissant...* El retoque parafrástico de *chopper* y de *mud* es evidentemente puro Lowden (traductor y poeta menor, 1815-1895). En cuanto a sacrificar la primera mitad de la estrofa para salvar la segunda es hacer como aquel señor ruso que arrojó a su cochero a los lobos y luego se cayó él del trineo.

—Creo que eres muy cruel y muy estúpido —dijo Ada—. Esto no pretende ser una obra de arte, ni una parodia brillante. Es sólo el rescate exigido a una desgraciada alumna, agotada de trabajo, por

una institutriz demente... Espérame en el cenador de los espantalobos. Yo estaré allí dentro de sesenta y tres minutos exactamente.

Tenía las manos heladas, el cuello ardiente. El chico del cartero acababa de llamar a la puerta. Bout, un joven lacayo, hijo bastardo del mayordomo, atravesó el vestíbulo de losas resonantes.

El domingo por la mañana el correo llegaba tarde, sobrecargado por los suplementos voluminosos de los periódicos de Balticomore, de Kaluga y de Luga, que Robin Sherwood, el viejo cartero, distribuía a caballo, con su uniforme verde manzana, por la campiña somnolienta. Cuando Van bajaba los escalones de la terraza entonando el himno de su colegio (único aire musical que llegó a retener en toda su vida), vio a Robin sobre el viejo caballo bayo que llevaba atado de la brida al semental negro y nervioso de su ayudante de los domingos, un inglés joven y gallardo con quien el viejo, según lo que se rumoreaba por detrás de los setos, era más intensamente cariñoso de lo que requerían sus relaciones profesionales.

Van llegó al tercer parterre y a la glorieta del cenador, donde inspeccionó meticulosamente el escenario preparado para la representación, «como un provinciano llegado a la ópera con una hora de anticipación, después de haber trotado toda la jornada, tacatá-tacatá, entre los campos segados, en su calesa de cuatro ruedas, en las que se enredaban las amapolas y los acianos». *Úrsula*, de Floeberg.

Mariposas azules de una especie parecida a la gran piérida y, como ésta, de origen europeo, revoloteaban veloces en torno a los arbustos o se posaban sobre sus racimos de flores amarillas. Cuarenta años más tarde, en circunstancias menos complejas, nuestros dos amantes volvieron a encontrar con maravillado placer el mismo insecto y el mismo espantalobos en la cuneta de un camino extranjero, cerca de Susten-en-Valais. En el momento presente, Van se complacía en amueblar su memoria con imágenes que más tarde rememoraría. Tendido en el césped, contemplaba las audaces flores azules, encendido por el recuerdo de los pálidos miembros de Ada a la luz abigarrada de la glorieta verde, y luego se dijo fríamente que la realidad quedaría siempre algo corta respecto de lo imaginado. Le entró el deseo de bañarse en un riachuelo ancho y profundo que corría por detrás del bosquecillo. Salió de él con los cabellos mojados y la piel vibrante, y se encontró —favor precioso y raro— a su sueño, presagio de vivo marfil, reproducido con toda exactitud, salvo que ella se había soltado el cabello y había cambiado de ropa: llevaba el vestidito de algodón claro que a él tanto le gustaba y que tan locamente había deseado ensuciar en un pasado tan próximo.

Tenía decidido dedicarse ante todo a sus piernas, que le parecía no haber celebrado dignamente la noche anterior; cubrirlas de besos desde la A del Arco del pie hasta la V del Vellón. Y así lo cumplió en cuanto hubieron penetrado lo bastante en el bosque de alerces que limitaba el parque por la vertiente escarpada de la cresta rocosa, entre Ardis y Ladore.

Ni él ni ella pudieron establecer retrospectivamente —ni, por otra parte, insistieron demasiado para conseguirlo —dónde, cuándo y cómo Van verdaderamente la «desfloró» (expresión trivial, que nuestra Ada en el País de las Maravillas había descubierto por casualidad en la *Enciclopedia de Phrody* con esta definición: «Romper la membrana vaginal de una virgen con instrumento viril o

mecánico. Ejemplo: la frescura de su alma había sido desflorada (Jeremy Taylor)». ¿Había sido la víspera, sobre la manta escocesa? ¿O fue entonces, en el bosque de alerces? ¿O más tarde, en la galería de tiro, o en la buhardilla, o sobre el tejado? ¿En un balcón al sol, en el cuarto de baño, o quizá (posición más bien incómoda) sobre la Alfombra Voladora? No lo sabemos, y poco nos importa.

(Tú me besabas ahí, me mordisqueabas, me hurgabas y me removías tan fuertemente y tan a menudo que mi virginidad desapareció en el trajín. Pero recuerdo muy bien, querido, que desde mediados de verano la maquineta que nuestros antepasados llamaban «sexo» funcionaba ya tan agradablemente como más tarde, en 1888, etc. Nota marginal en tinta roja.)

## XXI

A Ada no se le permitía el libre acceso a la biblioteca. Según 9 último catálogo impreso (1 de mayo de 1884), ésta contenía 14.841 volúmenes. Incluso aquel catálogo prefirió Mlle. Larivière sustraerlo a las manos de la niña *pour ne pas lui donner des idées*. Como es lógico, en las estanterías que le pertenecían, había colocado Ada, al lado de sus libros de clase, obras de taxonomía entomológica y botánica, y algunas novelas populares muy inocentes. Pero era algo sobreentendido que no debía hojear sin vigilancia los libros de la biblioteca; y aún peor: cualquier obra que se llevase para leer en la cama o en el cenador, era obligatoriamente controlada y anotada con el nombre, la fecha (impresa con sello de goma), y la palabra «prestada» en el fichero que llevaba, en escrupuloso desorden, Mlle. Larivière, y en un orden casi monstruoso (con inserciones de notas interrogativas, notas de disgusto y hasta imprecaciones, todo ello escrito en pedacitos de papel rosa, rojo o violeta) un primo de la señorita, *monsieur* Philippe Verger, solterón enclenque, de un mutismo y una timidez enfermizos, que venía a husmear en la biblioteca de Ardis de quince en quince días, y pasaba allí unas horas de trabajo oscuro y silencioso; tan silencioso, en verdad, que un día que la gran escalera de la biblioteca se puso a describir en el espacio, con sobrenatural lentitud, un arco de trayectoria retrógrada, *monsieur* Verger, que ocupaba el vértice del sistema y estrechaba entre los brazos una pila de volúmenes, aterrizó sobre su espalda con escalera y libros haciendo tan poco ruido que la culpable Ada, que se creía sola (y hojeaba, uno tras otro, los tomos tan decepcionantes de *Las Mil y Una Noches*) tomó la caída de M. Verger por la sombra de una puerta abierta a hurtadillas por algún eunuco de carnes flojas.

La intimidad que se había establecido entre Ada y su *cher, trop cher René* (como a veces llamaba, en broma, a Van) cambió radicalmente el problema de la lectura, pese a las prohibiciones, que seguían proclamadas en el vacío. Poco después de su llegada a Ardis, Van había advertido a su ex-institutriz (la cual tenía buenas razones para creerle), que si no obtenía la autorización para sacar de la biblioteca, a cualquier hora del día, para un tiempo indeterminado y sin necesidad de la anotación de «prestado», cualquier volumen, obras completas, folletos o incunables que le apeteciese leer, la bibliotecaria de su padre, Vertograd, solterona de formato y muy probablemente de fecha de publicación análogos a los de Verger, y complaciente hasta la más rendida devoción, recibiría el encargo de enviarle por correo a Ardis Hall maletas llenas de escritos de libertinos del siglo XVIII y sexólogos alemanes, entre un surtido completo de Shastras y Nefsawis en traducción literal y con

suplementos apócrifos. A la perpleja Mlle. Larivière le hubiera gustado debatir el dilema con el Dominus de Ardis, pero no discutía nunca con éste de nada importante desde aquel día (enero de 1876) en que la sorprendió con ciertas proposiciones (sin gran convicción, todo hay que decirlo). En cuanto a la querida y frívola Marina, se limitó a declarar que a la edad de Van ella habría envenenado a su institutriz con insecticidas si le hubiese impedido leer, por ejemplo, *Humo*, de Turgueniev. De resultas de lo cual, todo cuanto Ada quisiese leer, o pudiese querer leer, era depositado por Van para ella en diversos escondites seguros. Y la única consecuencia visible de las angustias y la perplejidad del pobre M. Verger fue la creciente abundancia de un curioso polvo blanco que no dejaba de sembrar, acá y allá, sobre la alfombra oscura, vestigios topográficos de un trabajo asiduo, pero una triste debilidad para un hombrecillo tan aseado.

Algunos años antes, en el curso de una encantadora fiesta de navidad organizada por los bibliotecarios del sector privado, bajo los auspicios del Braille Club de Raduga, la enfática Miss Vertograd había observado que Verger, el de la risa de gallina, con quien ella estaba compartiendo un cucurucho de confitería (partido en dos sin resultado audible, y sin que las extremidades del papel de purpurina dejaran paso al menor caramelo, baratija, u otro cualquier favor de la Fortuna) compartía igualmente con ella una espectacular enfermedad de la piel, descrita poco antes por un célebre novelista americano (en su *Chiron*), y analizada en un estilo desternillante por un escritor que la padecía, y publicaba sus ensayos en un semanario londinense. Con un tacto ejemplar, Miss Vertograd encargó a Van que transmitiese al francés (no muy conmovido, al parecer, por tanta solicitud) fichas de biblioteca portadoras de alguna lacónica sugerencia, como «Mercurio», o «*Höhensonne* hace milagros.» Mademoiselle, que estaba en el secreto, consultó el artículo *Psoriasis* en una enciclopedia médica de un volumen que su difunta madre le había legado y que no solamente le había servido, así como a sus alumnas, en ocasión de diversas pequeñas indisposiciones, sino que también le había proporcionado ideas de enfermedades apropiadas para los personajes de los cuentos y novelas cortas que publicaba en la *Québec Quarterly*. En el caso presente, el (optimista) tratamiento prescrito consistía en «tomar un baño caliente, al menos dos veces al mes, y abstenerse de comidas con especias». Mlle. Larivière dactilografizó la receta y se la pasó a su primo en un sobre con la inscripción «Suerte». Finalmente, Ada dio a leer a Van una carta del doctor Krolik, que trataba del mismo tema en estos términos (una vez traducidos): «Jaspeados en escarlata, con escamas de plata e incrustaciones amarillas, los inofensivos psoriáticos (que no pueden contaminar a nadie, y son, aparte de su enfermedad, las gentes más sanas del mundo — porque sus *bobos* les preservan de bubas y bubones, como solía observar mi maestro —) eran confundidos en la Edad Media con los leprosos (sí, sí, con los leprosos). En aquellos tiempos, millares, si no millones de Verger y Vertograd, han perecido, entre crepitaciones y aullidos, encadenados por entusiastas verdugos a las hogueras levantadas en las plazas públicas de España y otras naciones amantes del fuego.» Renunciando a su primera intención, Ada y Van convinieron en no incluir aquel escrito en el apartado *Ps* del fichero del humilde mártir. Los lepidopterólogos son demasiado elocuentes cuando hablan de escamas.

El infeliz bibliotecario presentó su «desolada dimisión» el primero de agosto de 1884. Desde entonces, novelas, poesías, obras científicas y filosóficas, vagabundearon sin que nadie se apercibiese. Atravesaban los cuadros de césped, se deslizaban entre los setos —un poco como los objetos transportados por el Hombre Invisible en el delicioso cuento de Wells —y acababan por

posarse en el halda de Ada, en cualquier lugar en que ella y Van se hubiesen citado. Ambos buscaban en los libros algo que les apasionase, como hacen hoy los mejores lectores, pero en más de una obra famosa no encontraron sino tedio, pretensiones e informaciones falsas.

Cierta frase de un relato de Chateaubriand (la romántica historia de dos vástagos del mismo tronco) no había parecido muy clara a Ada la primera vez que la leyó, a la edad de nueve o diez años: «*los dos niños podían, pues, abandonarse al placer sin ningún temor*» En una colección de artículos (*Las musas se divierten*) que Ada podía ahora consultar no sin malicia, un crítico de pluma indecente explicaba que el «pues» se refería a la vez a la falta de fertilidad de la tierna edad y a la esterilidad de una no menos tierna consanguinidad. Pero Van sostenía que tanto el escritor como el crítico estaban en un error, y, en apoyo de su propia opinión, dio a leer a su hermanita un capítulo de la gruesa obra *Sex et Lex (Sexo y Ley)* en el que se trataban las consecuencias que entraña, para la comunidad, un desastroso capricho de la naturaleza.

En aquel tiempo y en este país, la palabra «incestuoso» no significaba solamente «impúdico» (cuestión más lingüística que legalista), sino que implicaba también (en expresiones como «cohabitación incestuosa», etc.) una indebida interferencia en la continuidad de la evolución humana. La historia había remplazado, desde mucho tiempo antes, la invocación a la «ley divina» por el recurso al sentido común y a la ciencia popular. Desde ese punto de vista, el incesto sólo podía pasar por un crimen en la medida en que la endogamia fuera considerada criminal. Sin embargo, como el juez Bald lo había hecho observar ya en 1835, durante la Insurrección de los Albinos, casi todos los agricultores interesados en la cría de animales o plantas, lo mismo en la América del Norte que en la Tartaria, recurrían a la endogamia como un método de multiplicación adecuado para conservar, estimular y estabilizar los caracteres favorables, e incluso para provocar la aparición de caracteres inéditos en el seno de una raza o una estirpe, a condición de que se practicara sin excesiva rigidez; pues una práctica demasiado rígida conducía a diversas formas de degeneración, a descendencia enfermiza, abortos, mutantes mudos, y, en definitiva, a la esterilidad. Ahí estaba el crimen. Y como a nadie se podía hacer razonablemente responsable de la debida vigilancia de las orgías endógamas (en alguna apartada comarca de la Tartaria cincuenta generaciones de carneros, cada una más lanuda que la precedente, acababan de llegar a su agotamiento y ultimación en la persona única de un cordero de cinco patas desprovisto de pelo y de virilidad... y la degollación de cierto número de granjeros no había servido para resucitar la opulenta raza), lo más prudente era, quizás, prohibir de manera absoluta la «cohabitación incestuosa». El juez Bald y sus partidarios no compartían esa opinión. En la «supresión deliberada de un bien posible con el fin de evitar un mal probable» veían un atentado a uno de los derechos fundamentales de la humanidad: el de disfrutar de la libertad de su evolución, una libertad que ninguna otra criatura ha conocido nunca. Por desgracia, en el momento culminante de la controversia, tras el eco de la desventura de los rebaños y los pastores del Volga, un hecho nuevo y apoyado por informaciones más precisas llegó a conocimiento de la opinión norteamericana. Cierta ciudadano de USA, un tal Ivan Ivanov, de Yukonsk, presentado al público como «trabajador en estado de borrachera permanente» («buena definición del artista auténtico», dijo alegremente Ada) se las arregló para fecundar durante su sueño —punto que fue bien especificado por él mismo y por su populosa familia —a su bisnieta, María Ivanov, de cinco años de edad. Cinco años más tarde, en un nuevo acceso de somnolencia, engordó a Daría, hija de María. Todos los periódicos publicaron

fotografías de María, abuela de diez años, con la pequeña Daría y el pequeñín Varía que gateaba a sus pies. Aquella comedia genealógica, representada ante los ojos de un Yukonsk indignado por los numerosos miembros vivos, y no siempre virtuosos, del clan Ivanov, proporcionó abundante materia para toda clase de divertidas adivinanzas. El sexagenario sonámbulo no tuvo tiempo de llevar más adelante su obra de procreación: fue encerrado por quince años en un monasterio, según lo exigía una antigua ley rusa. Al recuperar la libertad, decidido a una honorable reparación, se casó con Daría, convertida en una muchacha rolliza y que tenía sus problemas, como todo el mundo. Los periodistas hicieron mucho ruido a propósito de aquel matrimonio y de los innumerables regalos dirigidos a la pareja por amigos desconocidos (ancianas damas de Nueva Inglaterra, un poeta progresista con residencia en el Colegio de Tennessee Waltz, la totalidad de los efectivos de un colegio mejicano de segunda enseñanza, etc.). El mismo día, Gamaliel (entonces, joven y robusto senador) dio un puñetazo sobre una mesa de conferencias, con tanta energía que se hizo una herida, y reclamó una revisión del juicio y una condena a la pena capital. Simple acceso de mal humor, desde luego; pero eso no impidió que el asunto Ivanov proyectase una sombra duradera sobre el pequeño problema de la «endogamia favorable». A mediados del siglo pasado, no solamente primo y prima, sino tío y sobrina-nieta habían perdido el derecho de entre-casarse, y, en ciertas regiones fértiles de Estocia, las ventanas de las isbas de las grandes familias campesinas — donde hasta doce personas de tallas y sexos diferentes dormían sobre el mismo jergón— debían permanecer con las persianas y cortinas abiertas para facilitar el trabajo de las patrullas de inspección dotadas de linternas de petróleo (los «mirones de Erín», como les llamaba la Prensa sensacionalista, enemiga de los policías de origen irlandés).

Hubo otros regocijantes hallazgos. Así, Van no pudo por menos de reírse con ganas al exhumar, en beneficio de la entomomanía de Ada, este fragmento sacado de una muy seria *Historia de las costumbres copulativas*: «Los peligros y los ridículos inherentes a la posición llamada "del misionero", adoptada con fines copulativos por nuestra intelectualidad puritana, y de la que tan justamente se mofaban los indígenas de las Islas Begouri —pueblo "primitivo", pero provisto de un sólido sentido común— han sido señalados por un eminente orientalista francés (aquí, larga nota de pie de página, que omitimos) en la descripción de las costumbres amorosas de la mosca *Serromya amorata* Poupert. Durante el acoplamiento, las superficies abdominales de la pareja se aplican una contra otra, y los orificios bucales están en íntimo contacto. Después de la última palpitación, la hembra sorbe el contenido del cuerpo del macho por la boca del apasionado amante. Se supone —ver Pesson y otros (nueva nota, no menos generosa) —que las golosinas presentadas a la mosca hembra por ciertos machos antes del acoplamiento (los *femorata* y *amorata*, especies inferiores, deben, al parecer, ser excluidos de ese número), tales como patas jugosas de moscas enanas envueltas en una sustancia filamentosa, o incluso los presentes puramente simbólicos (epílogo frívolo o prelude sutil de un proceso evolutivo, quién sabe), como pétalos cuidadosamente enrollados y atados con fibra de helecho rojo, representan una prudente garantía con la voracidad intempestiva de la joven dama.»

Más regocijante aún era el «mensaje» de una asistente social canadiense, madame de Réan-Fichini, que escribió y publicó su tratado *Sobre los métodos anticonceptivos* en jerga kapuskana (para evitar los rubores de estocianos y estadounidense, sin dejar por eso de instruir en su especialidad a sus colegas más audaces): «*Sole segura metoda* —escribía— *par enganar natura est por un fort continuo-*

*contino-contino hasta le plaser, e logo, a l'ultima instanzia, deviar a l'otra rajia; ma por si la dona non se da volta apriosa, capta por son ardore e plaser, la transita est facilitata por la positio buca-baixo.»*

Un léxico añadido en apéndice explicaba este último término como «la postura generalmente adoptada en las comunidades rurales por todas las clases, desde la nobleza campesina hasta el más vil ganado, en todos los pueblos de las Américas Unidas, desde la Patagonia a la Gaspesia». *Ergo*, concluyó Van, nuestro misionero se hace humo.

—Tu vulgaridad no reconoce límites —dijo Ada.

—A fe mía que prefiero incluso ser quemado vivo antes que deglutido por una *Amadissima* (o como quieras llamarla) que, una vez viuda, ponga un buen montón de huevos verdes.

Paradójicamente, Ada, tan impuesta en «cientos» de «ticonos» (y de «insectos»), se aburría mucho con las doctas y voluminosas obras enriquecidas con planchas anatómicas, imágenes de siniestros burdeles de la Edad Media, o fotografías de tal o cual César a punto de ser extraído del útero materno según los diversos métodos de carniceros y cirujanos enmascarados de los tiempos antiguos y modernos; mientras que Van, que detestaba la Historia Natural y denunciaba con fanática indignación la existencia del dolor ísico en todas las regiones del Universo, era infinitamente seducido por las descripciones y representaciones de carnes humanas torturadas. En campos más floridos, sus gustos y sus alegrías eran mucho más afines. A los dos les gustaban Rabelais y Casanova. Ambos detestaban al señor de Sade, a *herr* Masoch y a Heinrich Müller. La poesía pornográfica de ingleses y franceses, aunque instructiva e ingeniosa en ocasiones, a la larga les asqueó, y su complacencia (sobre todo en Francia, antes de la invasión) en describir los desbordamientos sexuales de monjes y monjas, les parecía tan incomprensible como deprimente. La colección de estampas eróticas del Extremo Oriente del tío Dan resultó ser artísticamente mediocre y calisténicamente pobre. El espécimen más costoso y más hilarante representaba una mongola de rostro oval y estúpido con un horrible tocado, en comunión sexual con seis gimnastas rechonchos e inexpresivos. El lugar de la escena era una especie de escaparate lleno de biombos, arbustos en macetas, telas de seda, abanicos de papel y porcelanas. Tres de los machos, contorsionados en posturas incómodas, utilizaban simultáneamente tres de los principales orificios de la muchacha, que trataba a mano a dos clientes de más edad. El sexto, un enano, tenía que contentarse con el pie deforme que ella ponía a su disposición. Otros seis voluptuosos sodomizaban a sus inmediatos compañeros y un séptimo daba su estocada en el sobaco. Después de haber desembrollado e identificado pacientemente todos los miembros y repliegues abdominales directa o indirectamente colgados sobre la plácida cortesana (la cual, no se sabe cómo, conservaba aún sobre su persona algunas partes de su vestido), tío Dan había anotado con lápiz el precio de la estampa y su título: «*Geisha* de los trece amantes.» Van descubrió aún un decimoquinto ombligo escapado de la prodigalidad del artista, pero no pudo encontrar ninguna justificación anatómica.

La biblioteca había proporcionado un teatro a los héroes de la vidable escena de la Granja Incendiada: les había abierto de par en sus armarios vidrieros, permitiéndoles un largo idilio de bibliolatría. Aquello habría podido convertirse en el capítulo de una de las viejas novelas que adornaban sus estantes. Un asomo de parodia comunicaba a su tema austero el relieve cómico de la vida.



XXII

*My sister, do you still recall  
the blue Ladore and Ardis Hall?*

*Don't you remember any more  
that castle bathed by the Ladore?*

*Ma soeur, te-souvient-il encore  
du Château que baignait la Dore?*

*My sister, do you still recall  
The Ladore-washed oíd castle Wall?*

*Sestra moia ti potnnish'goru  
dub visokiy, Ladoru?*

*My sister, you remember still  
The spreading oak tree and my hill?*

*Oh! qui me rendra mon Aline  
et le grand chêne et ma colline?*

*Oh, who will give me back my Jill  
and the big oak tree and my hill?*

*Oh! qui me rendra mon Adèle,  
et ma montagne et l'hirondelle?*

*Oh! qui me rendra ma Lucile,  
la Dore et l'hirondelle agile?*

*Oh, who will render in our tongue  
the tender things he loved and sung?*

Fueron a Ladore a nadar, a pasear en barca. Siguieron los meandros del río adorado, le buscaron nuevas rimas, treparon por la colina en la que se elevaban las ruinas ennegrecidas de Château-Bryant, cuya torre sobrevolaban siempre los vencejos. Llegaron hasta Kaluga, fueron a beber a las Aguas y a visitar al dentista. Van, ocupado en hojear una revista, oyó cómo Ada gritaba en la pieza vecina y exclamaba «*chort!*» (¡diablo!), lo que nunca le había oído antes. Tomaron el té en casa de una amiga, la condesa de Prey —que trató de venderles, sin éxito, un caballo cojo—. Fueron a la feria de Ardisville, donde admiraron especialmente a los volatineros chinos, un payaso alemán, y una robusta princesa circasiana, tragadora de sables, que comenzó por un cuchillo de postre, continuó por un puñal ornado de pedrería, y terminó engulléndose una enorme salchicha, con cuerda y todo.

Hicieron el amor... principalmente en vallecillos y hondonadas.

A los ojos de un fisiólogo corriente, la energía de aquellos jovencitos habría podido parecer anormal. El deseo desenfrenado que sentían el uno por el otro les resultaba insoportable si, en el espacio de algunas horas, no lo satisfacían varias veces, al sol o a la sombra, en el tejado o en el sótano, dondequiera que fuese. A pesar de sus recursos poco comunes, Van no podía apenas sostener el paso que le marcaba su pálida y pequeña «*amorette*» (por valemos de la jerga francesa del lugar). Explotaban el placer con una prodigalidad que rayaba en locura y que indudablemente habría acortado sus jóvenes existencias si el verano, que en principio se les había aparecido como la promesa de un río sin límites, inagotable de libertad y esplendores verdes, no les hubiese proporcionado ciertas alusiones veladas a posibles desfallecimientos: la fatiga producida por las variaciones sobre el mismo tema (último recurso de la naturaleza); elocuentes hallazgos aliterativos (cuando flores y mariposas nocturnas se imitan entre sí); la aparición de una primera pausa a fines de agosto y un primer silencio a principios de septiembre. Aquel año, los huertos de frutales y las viñas se mostraban particularmente pintorescos, y Ben Wright, el cochero, fue despedido por haber soltado ventosidades cuando llevaba a Marina y a Mlle. Larivière, de vuelta de la Fiesta de la Vendimia de Brantôme-lès-Ladore.

Lo cual nos recuerda otra cosa.

El catálogo de la biblioteca de Ardis registraba, bajo la rúbrica «LIBID. EXÓT/.», un suntuoso volumen (conocido por Van gracias a los buenos oficios de Miss Vertograd), que se titulaba: *Obras maestras perdidas: cien cuadros procedentes de las colecciones reservadas de la Nat. Gal. (Sct.Sp.), impresos para S.M. el Rey Victor*. Se trataba de espléndidas fotografías en color que reproducían esas escenas tiernas y voluptuosas que los maestros italianos se permitieron pintar entre las demasiado numerosas «Resurrecciones» durante un demasiado prolongado y demasiado robusto Renacimiento. El ejemplar de Ardis había sido perdido o robado, o se encontraba escondido en la buhardilla, entre los efectos personales del tío Ivan, algunos de los cuales eran bastante curiosos. Van no se acordaba nunca del nombre del autor de cierto cuadro, pero le parecía que éste podía ser razonablemente atribuido al joven talento de Michelangelo da Caravaggio. Era una tela sin marco que representaba dos figuras desnudas —muchacho y muchacha— sorprendidas en flagrante delito de mala conducta en una gruta tapizada de hiedra o de pámpanos, o cerca de una pequeña cascada coronada por un arco de verdura y de un follaje color bronce y esmeralda, con grávidos racimos de uvas diáfanas; y las sombras y los reflejos límpidos de los frutos y las hojas se fundían mágicamente con las carnes jaspeadas de delicadas venas. Sea como fuere (esta transición puede ser un simple artificio de estilo), Van se sintió transportado a la obra de arte prohibida el día en que, después de comer, y cuando todos los demás habían partido hacia Bramóme, Ada y él tomaban un baño de sol cerca de la cascada, en el bosquecillo de alerces de Ardis Park. Ada se había inclinado sobre él y sobre los detalles circunstanciados de su deseo. La larga cabellera lisa de la pequeña ninfa, que en la sombra parecía de un azul-negro uniforme, revelaba ahora, bajo el fuego de la gema solar, estratos alternos de castaño rojizo y ámbar intenso, cayendo en crenchas que le cubrían las mejillas o se abrían graciosamente en su extremidad sobre el marfil de su hombro ligeramente alzado. En los primeros días de aquel verano fatídico, la sustancia, el lustre, el olor de aquella cabellera morena habían abrasado los sentidos de Van, y siguieron ejerciendo sobre él el mismo intenso efecto hasta mucho después de que su erotismo juvenil hubiese descubierto en Ada otras fuentes de incurable dicha. A los noventa años Van recordaba su primera caída del caballo con una emoción apenas menor que la de aquel primer día en que Ada se inclinó sobre él y le dio a poseer su cabellera. Los cabellos de la chica le harían cosquillas en los muslos, le serpenteaban entre las piernas, se desplegaban sobre su vientre palpitante. A través de ellos, el estudiante de arte podía entrever la cúspide de la técnica del *trompe-l'oeil*, monumental, multicolor, proyectándose sobre un fondo oscuro, perfilándose en altorrelieve por una iluminación lateral de luz caravagiana. Ada le acariciaba, le enlazaba, como los zarcillos de una enredadera se abrazan a una columna, estrechándose cada vez más, apretando cada vez más, hasta que su mordisco amoroso acababa por disolver su fuerza en suavidad purpurina. En el borde de una hoja de vid había una muesca, en forma de cuarto creciente, de la mordedura de una oruga de esfinge. Había también un microlepidopterólogo inglés muy conocido que, habiendo agotado los nombres griegos y latinos, forjaba nombres de géneros nuevos mediante juegos de palabras: «Adabesa», «Adabraz», «Besamada», «Besahí». Ella supo hacerlo. ¿De quién era ahora el pincel? ¿De un Tiziano titilante? ¿De un Palma el Viejo embriagado? No, Ada no tenía nada de veneciana rubia. ¿Dosso Dossi, quizás? ¿Fauno Agotado por una Ninfa? ¿Sátiro desvaneciéndose? Ese molar que acaban de empastarte, ¿no te hiere en la lengua, Ada? ¡A mí me ha despellejado! No te preocupes, es una broma, mi circasiana circense.

Un momento más tarde tomaron el relevo los pintores flamencos: muchacha poniéndose bajo la cascada para lavarse los cabellos. El gesto inmemorial de la torsión de los mechones para escurrirlos, acompañado de contorsiones de la boca igualmente inmemoriales.

*My sister, do you recollect*

*that turret, «of the Moor» yclept?*

*Ma soeur, te souvient-il encore*

*du château que baignait la Dore?*

### XXIII

Todo iba perfectamente hasta que Mlle. Larivière decidió guardar cama durante cinco días. Se había desriñonado en el tiouvivo de la Fiesta de la Vendimia, marco escogido para una novela que acababa de iniciar (y cuyo tema era la estrangulación de una muchachita llamada Roquette por el alcalde de su pueblo), y sabía por experiencia que no hay nada mejor que el calor del lecho para mantener el prurito de la inspiración. Durante aquel período, Frenen, la segunda doncella del piso alto, cuyo carácter y cuyo palmito estaban muy por debajo de la gracia límpida y el humor amable de Blanche, fue encargada, en principio, del cuidado de Lucette, y ésta hacía cuanto podía por trocar la vigilancia indolente de la criada por la compañía de su primo y su hermana.

Ominosas palabras, como «de acuerdo, si el señorito te deja que vayas...»; o «bueno, estoy segura de que a la señorita Ada no le importará que le acompañes a buscar setas», resonaron pronto en los oídos de nuestros héroes como el toque de difuntos de su libertad amorosa.

Mientras la yaciente autora, agradablemente instalada en su lecho, describía las orillas de un arroyuelo donde la pequeña Roquette gustaba de retozar, Ada leía, sentada al borde de un arroyo muy parecido y, de tanto en tanto, echaba una mirada soñadora a un incitante bosquecillo de coníferas (que más de una vez había dado asilo a nuestros amantes) y a Van, que, con el torso bronceado, los pies descalzos, y el pantalón vaquero subido hasta las rodillas, buscaba su reloj, que creía haber dejado caer entre los nomeolvides (pero que Ada, él lo había olvidado, llevaba en su muñeca). Lucette había abandonado su comba. En cuclillas al borde del riachuelo, hacía flotar una muñeca de goma del tamaño de un feto y, a intervalos, le apretaba el vientre para hacer salir un fascinante chorro de agua de un agujerito que Ada, hermana cariñosa, había tenido el mal gusto de perforar en el juguete rojo-anaranjado. Con la indócil brusquedad de los objetos inanimados, la muñeca se las arregló para que se la llevara la corriente. Van dejó caer los pantalones bajo un sauce y atrapó a la fugitiva. Ada, tras considerar debidamente la situación, cerró su libro y dijo a Lucette (la cual solía dejarse seducir fácilmente) que estaba notando que se convertía en dragón con una rapidez inquietante, que las escamas ya le estaban verdeando, que ahora era ya un dragón y que Lucette debía ser atada a un árbol con su comba para que Van pudiese acudir a salvarla en el

momento justo. Por alguna razón desconocida, a Lucette no le gustó el programa; pero la fuerza bruta se impuso. Ada y Van abandonaron a la furibunda cautiva firmemente atada al tronco de un sauce y partieron haciendo cabriolas, fingiendo la huida y la persecución, para desaparecer durante unos preciosos instantes en la oscura arboleda de coníferas. Lucette, debatiéndose, había conseguido liberar de la cuerda una de sus rosadas muñecas y se había casi soltado de sus ligaduras cuando dragón y caballero regresaron caracoleando.

La niña se quejó a su institutriz, la cual interpretó equivocadamente todo el asunto (lo que también podría decirse de su nueva creación literaria), hizo llamar a Van y, desde detrás de las cortinas de su lecho, entre vahos de embrocación y sudor, le rogó que no abandonase nunca más a su primita, haciendo de ella la heroína desgraciada de un cuento de hadas.

A la mañana siguiente, Ada dijo a su madre que Lucette necesitaba urgentemente un baño y que ella misma la bañaría, tanto si a la institutriz le parecía bien como si no. *Horocho*, dijo Marina (sin dejar de prepararse para recibir la visita de un vecino y de un joven actor, protegido suyo, en su mejor estilo de gran dama del teatro), «pero no olvides que la temperatura debe mantenerse muy exactamente a veintiocho grados (como ha sido regla desde el siglo XVIII), y no la dejes en el agua más de diez o doce minutos».

—Genial idea —dijo Van, ayudando a Ada a calentar el agua, a llenar la vieja bañera abollada y a templar un par de toallas.

Aun cuando sólo tenía nueve años y estaba relativamente poco desarrollada para su edad, Lucette no había escapado a la engañosa pubescencia de las muchachitas pelirrojas. En el hueco de sus sobacos era visible un ligero puntilleo de sedas brillantes y su montículo pubiano estaba espolvoreado de bronce.

La prisión líquida estaba dispuesta y se reguló el plazo de un cuarto de hora en un despertador.

—Déjala que se remoje primero, ya la enjabonarás después —dijo Van, con febril impaciencia.

—Sí, sí, sí —exclamó Ada.

—Soy Van —decía Lucette, de pie en la bañera, apretando entre las piernas la pastilla de jabón violáceo y sacando el vientrecillo brillante.

—Si haces eso te convertirás en niño —dijo Ada, en tono severo —y no sería muy divertido.

Con muchas precauciones, la niña empezó a meter el trasero en el agua.

—¡Está demasiado caliente! —gritó—. ¡Muy demasiado horriblemente caliente!

—Ya se enfriará —dijo Ada—. Déjate caer de modo que haga ¡paf!, y quédate tranquila. Mira, aquí tienes tu muñeca.

—De prisa, Ada, por el amor de Dios, déjala que se remoje —repetía el desventurado Van.

—Y acuérdate bien —dijo Ada—. Si se te ocurre salir de este buen baño bien caliente antes de que suene el despertador, eres niña muerta. Lo ha dicho Krolik. Volveré para enjabonarte, pero no me llames. Nosotros vamos a recoger la ropa blanca y a contar los pañuelos de Van.

Echaron el pestillo interior a la puerta del cuarto de baño (una pieza en forma de ele) y se retiraron al rincón de su parte lateral, entre una cómoda y una vieja enceradora en desuso, refugio inaccesible al ojo verde-mar del espejo del lavabo. Pero apenas habían terminado sus violentos e incómodos ejercicios en el fondo de aquel exiguo reducto (un frasquito de medicina vacío marcaba estúpidamente el compás en la cómoda) cuando Lucette comenzó a llamarles a grandes gritos desde la bañera y la camarera a golpear la puerta: Mlle. Larivière necesitaba también agua caliente...

Imaginaron toda clase de nuevas estratagemas.

Un día Lucette había estado particularmente insoportable. Con la nariz mocosa y la mano inexorablemente agarrada a la de su primo, no dejaba, desde buena mañana, de acosar al desventurado con una obstinación que llegaba a ser obsesionante. Van apeló a todos sus recursos de diplomacia, de encanto, de elocuencia, y dijo en voz baja a Lucette, con aires de conspirador:

—Mira, encanto: este libro marrón es uno de mis tesoros más preciados. Mi chaqueta del colegio tiene un bolsillo especial dedicado exclusivamente a llevarlo. Por él me he peleado cien veces con niños malos que querían robármelo. Lo que hay aquí (Van volvía sus páginas con veneración) no es nada menos que una colección de poemas, los más bellos y más famosos de la lengua inglesa. Éste tan pequeño, por ejemplo, lo escribió llorando, hace cuarenta años, el laureado poeta Robert Brown, aquel anciano caballero que me enseñó una vez mi padre en Niza, de pie bajo un ciprés en lo alto del acantilado, contemplando a sus pies la espuma del oleaje en el mar azul turquesa... un espectáculo inolvidable para todos los asistentes. Se titula «Peter y la princesa Margarita». Pues bien, te lo doy (aquí Van se volvió hacia Ada para consultarla solemnemente con la mirada)...cuarenta minutos... («Déjasele una hora entera, no es capaz de aprenderse ni el estribillo *Mironton-mirontaine...*») Bien, te lo doy una hora entera, para que te aprendas de memoria esos ocho versos. Tú y yo (cuchicheo confidencial) vamos a demostrar a tu impertinente hermana que la tonta de Lucette es capaz de hacer cualquier cosa. Si (rozando con los labios su pelito corto) llegas a recitar esa poesía y a dejar boquiabierto a Ada por no tener ni una falta —¡ten mucho cuidado con los «aquí», «allí», y otros pequeños detalles! —*si consigues esa proeza, el precioso volumen es tuyo. («Déjala que pruebe con esa en que se trata de encontrar una pluma de pavo real y de ver al poeta Peacock en persona»* —dijo Ada, con sequedad— «es un poco más difícil.»)

—No, no. Lucette y yo hemos escogido esta pequeña balada. Está decidido. Y ahora (abriendo una puerta) entra aquí, y no salgas hasta que yo te llame. En caso contrario, perderás la recompensa y lo lamentarás toda tu vida.

—¡Van, eres muy bueno! —dijo Lucette, entrando lentamente en la habitación, con los ojos fijos en las fascinantes maravillas de la primera página: el nombre de Van, su audaz rúbrica, algunos dibujos en tinta, obras de arte salidas de *su* pluma: una margarita negra (conseguida mediante *La Metamorfosis* de un borrón casual), una columna dórica (transformación de un dibujo anterior, más obsceno), la delicada filigrana de un árbol desprovisto de hojas (tal como se veía desde la ventana

de su clase) y varios perfiles de muchachos (Chesh el gato, Zog el perro y el propio Van, un Van muy parecido a Ada).

Van corrió a reunirse con ésta en la buhardilla. En aquel momento se sentía muy orgulloso de su estratagema. Diecisiete años más tarde la recordaría, con un estremecimiento fatídico, al leer la última nota recibida de Lucette. Ésta se la había enviado desde París, a su dirección de la Kingston University, el 2 de junio de 1901, «para el caso de que...»

«He guardado años y años la antología que un día me regalaste. Debe seguir en Ardis, en mi habitación de niña. La poesía que quisiste que me aprendiera se ha conservado perfectamente, en algún oscuro rincón de mi memoria caótica, entre mozos que tratan a puntapiés mis maletas, y cajas revueltas, y voces que dicen a gritos que ya es la hora de ponerse en marcha. Puedes buscar el texto en Brown y felicitarme otra vez por la precocidad de mi inteligencia (¡sólo tenía ocho años!) como hicisteis tú y la dichosa Ada aquel día lejano que tintinea en el estante, como una botellita vacía. Y, ahora, lee:

Allí, dijo el guía, estaba el campo

allí, dijo, empezaba el bosque.

Aquí se arrodilló Peter,

allá estaba Margarita.

El visitante lo negó:

eres tú, guía, el fantasma.

Robles y trigos habrán muerto,

pero ella sigue a mi lado.»

#### XXIV

Luego que Lettrocalamitas (¡vieja broma de Vanvitelli!) hubo sido anatematizado en todo el mundo (su mismo nombre se había convertido en una «palabrota» en las familias de la Muy Alta categoría social a la que tenían la suerte de pertenecer los Veen y los Durmanov), y que los ingeniosos dispositivos que le habían sido sustituidos quedaron exclusivamente reservados a esos aparatos de eminente utilidad llamados teléfonos, a los motores (¿qué más?) y, en fin, a todos esos pequeños inventos ante los cuales la gente común se queda con la lengua fuera, una lengua sedienta, más anhelante que la de un perro de caza, algunas amables fantasías, como las cintas magnetofónicas, juguetes favoritos de los antepasados de Van y Ada (el príncipe Zemski tenía uno por cada cama de

su harén de colegialas) dejaron de fabricarse, excepto en Tartaria, donde habían dado origen a los *minirechi* (o «minaretos parlantes»), de fabricación secreta. Si el derecho y las buenas costumbres hubieran autorizado a nuestros eruditos enamorados a poner en marcha el misterioso aparato que descubrieron un día en su buhardilla mágica, no dudamos que habrían registrado (para volver a oírlos ocho decenios más tarde) las arias de Giorgio Vanvitelli o las conversaciones de Van Veen con su enamorada. He aquí, por ejemplo, lo que habrían podido oír hoy... divertidos, confundidos, tristes, maravillados...

(El narrador: aquel día de verano, Ada y Van, que habían entrado hacía poco en la fase «besos» de una aventura infinitamente prematura y, en muchos aspectos, fatal, se dirigían hacia el Pabellón de Armas, *alias* Galería de Tiro. Habían descubierto allí, en el piso superior, una pequeña pieza de estilo oriental, con vitrinas empañadas que en otro tiempo habían contenido pistolas y puñales, a juzgar por los contornos sombreados impresos en el viejo terciopelo; un refugio melancólico y encantador, con un cierto olor a moho, un banquillo con almohadones en el hueco de una ventana y una lechuga disecada en un estante, al lado de una botella de cerveza vacía abandonada por un viejo jardinero muerto sin duda años antes; en la etiqueta, de una marca anticuada, se leía aún la fecha de 1842.)

—Procura que no hagan ruido las llaves —dijo Ada—. Lucette la que algún día estrangularé, nos está espiando.

Atravesaron un bosquecillo y pasaron ante una gruta.

—Oficialmente —dijo Ada— somos primos hermanos, y los primos pueden casarse con una licencia especial, *si* prometen esterilizar a sus cinco primeros hijos. Pero, al mismo tiempo, el suegro de mi madre era hermano de tu abuelo. ¿Estoy en lo cierto?

—Al menos, eso es lo que me han dicho —replicó Van, con serénidad.

—No es un parentesco lo bastante lejano —murmuró Ada—. ¿O quizás sí?

—Lo bastante para que seamos amantes.

—Es curioso... Acabo de ver esa frase escrita en pequeñas letras violetas, medio segundo antes de que tú la expreses en naranja. Como la nubécula de humo que precede al estampido del cañón lejano.

—Físicamente —continuó Ada— parecemos gemelos más que primos; y, evidentemente, los gemelos, como en general los hijos de los mismos padres, no tienen derecho a casarse; y, si lo hacen, son encarcelados; y, si reinciden, se les castra.

—A menos —dijo Van— que hayan sido declarados primos por un decreto especial.

(Van estaba ya ocupado en descerrar el cerrojo de la puerta, aquella puerta verde que tantas veces debían golpear con puños sin huesos en sus posteriores sueños separados.)



En otra ocasión, durante un paseo en bicicleta (salpimentado por algunas paradas) sobre caminos forestales y rutas agrestes, poco después de la Noche de la Granja Incendiada, pero antes de que hubiesen descubierto el herbario de la buhardilla y encontrado la confirmación de algo que uno y otro habían presentido oscuramente y de un modo divertido, más corporal que moral, Van mencionó que él había nacido en Suiza y había ido dos veces a Europa durante su infancia. Ada no había ido más que una vez. Solía pasar el verano en la casa de Ardis, y el invierno en Kaluga, en la vivienda urbana de sus padres: dos pisos altos del antiguo *chertog* (palacio) Zemski.

En 1880, Van, que entonces tenía diez años, había viajado en trenes de metal plateado equipados con baños-ducha en compañía de su padre, de la muy bella secretaria de su padre, de la hermana de la secretaria que, a los dieciocho años, llevaba guantes blancos (y servía algo así como de institutriz inglesa y de ordeñadora del niño) y de su propio, angélico y casto preceptor ruso Andrei Andreievich Aksakov («AAA»). Habían pasado unos días en alegres lugares turísticos de Luisiana y Nevada. Van recordaba que AAA había explicado a un negrito con el cual él se había peleado que Puchkin y Dumas tenían sangre africana en las venas, a lo cual el chiquillo contestó sacando la lengua a AAA, procedimiento nuevo e interesante que Van ensayó a la primera ocasión y que le valió un bofetón de la menor de las Miss Fortuna («¡métela en la boca!»). Van recordaba también a un alemán que le decía a otro, en el vestíbulo de un gran hotel, que el padre de Van, que acababa de pasar silbando uno de los tres aires de su repertorio, era un «paharro» (¿un pajarito? No, no; «un pájaro... de cuenta»).

Antes de su ingreso en el colegio, el joven Van pasaba los inviernos en casa de su padre, encantadora vivienda de estilo florentino que se alzaba entre dos terrenos desocupados, en el número 5 de Park Lane, en Manhattan (y que pronto se vería flanqueada por dos gigantescos guardas de corps dispuestos a hacerla saltar de allí), a menos que la familia viajase al extranjero. Radugalet, «el otro Ardis», era mucho más frío y triste en verano que «el verdadero Ardis», «el Ardis de Ada». Una vez, una sola (debió ser en 1878), Van había pasado allí el invierno y el verano.

Desde luego, desde luego, porque Ada recordaba que aquella fue la primera vez que le había visto, con su trajecito blanco de marinero y su gorra azul («un típico *angelochek*», comentó Van, en la jerga de Raduga). Él tenía ocho años y ella seis. Tío Dan había expresado inesperadamente el deseo de volver a ver la vieja propiedad. En el último momento Marina había anunciado que ella también iría, a pesar de las protestas de Dan, y había izado a la pequeña Ada (¡aúpa!) a la calesa con su aro. Tomaron, al parecer, el tren de Ladoga a Raduga, porque Ada se acordaba muy bien de cómo el jefe de estación avanzaba a lo largo del andén, con el pito colgando del cuello, cerrando una tras otra las seis portezuelas de cada vagón —consistente en seis carrozas de una sola ventanilla, soldadas en un mismo cuerpo. «Una torre en la bruma», sugirió Van (Ada llamaba así a todos sus buenos recuerdos). Poco después, el jefe de tren, subido al estribo de la carraca en marcha, avanzaba de vagón en vagón y volvía a abrir las puertas, para picar los billetes, repartirlos, cobrar, mojarse el pulgar y devolver el cambio —un trabajo sucio, sí, pero también «una torre malva». ¿Habían tomado un automóvil lando para trasladarse a Radugalet? Diez millas, calculaba Ada; diez verstas, afirmaba Van. Ella reconocía su error. Él había salido, suponía, *na progulke* (a pasear) por el tenebroso bosque de abetos, en compañía de Aksakov, su preceptor, y por el chico de un vecino, el nieto de Bagrov, a quien él embromaba y fastidiaba desconsideradamente, un simpático muchachito

muy tranquilo que a su vez martirizaba y asesinaba a los topes y a todo cuanto tenía piel, comportamiento verosíblemente patológico. Pero, cuando llegaron, nuestros viajeros descubrieron que Demon no esperaba a las damas. Estaba en la terraza, bebiendo vino de oro (whisky dulce), en compañía de una huérfana que pretendía haber adoptado, una encantadora rosa silvestre de Irlanda en la que Marina reconoció a primera vista a la impúdica fregona que había trabajado algún tiempo en Ardis antes de hacerse raptar por un caballero desconocido... que ahora pasaba de golpe a ser perfectamente conocido. Por aquellos días, tío Dan, para copiar a su primo, llevaba un monóculo, que se ajustó para contemplar a Rosa, la cual, tal vez, también le había sido prometida (aquí Van interrumpió a su interlocutora para recomendarle que cuidase su vocabulario). La escena acabó en catástrofe. Con lánguidos gestos, la huérfana se quitó los pendientes de perlas para dárselos a admirar a Marina. El abuelo Bagrov, que acababa de echar un suefiecito en el gabinete, entró arrastrando los pies y tomó a Marina por una *grande cocotte*, o, al menos, eso fue lo que conjeturó la ofendida dama en la primera ocasión que tuvo de hacerse oír al desgraciado Dan. Marina renunció a pasar la noche en aquella pocilga, y salió con paso majestuoso, llamando a Ada, la cual había recibido la consigna de «jugar en el jardín» y estaba ocupada en mascullar, y en numerar en color de carne viva los troncos blancos de una hilera de abedules jóvenes, valiéndose de un lápiz de labios hurtado a Rosa en los preámbulos de un juego del que no se acordaba (¡qué lástima!, comentó Van). Su madre, tomándola impetuosamente de la mano, se la llevó a Ardis en el mismo taxi, abandonando a Dan a sus propios medios (y a sus sucios fines, nueva interpolación de Van). Llegaron a la salida del sol. Pero, añadió Ada, justo antes de ser sacada del jardín y privada de su lápiz (arrojado por Marina *k chertyam sobach'im*, a los perros del infierno, lo que nos recuerda, por asociación de ideas, al perrito de Rosa empeñado en apretar la pantorrilla de Dan), el azar le ofreció la encantadora visión del pequeño Van, que volvía a casa en compañía de otro tierno muchacho, y de Aksakov, con su blusa blanca y su barba rubia; y... ¡ah, sí!, había olvidado su aro... o no, el aro seguía en el taxi. Van, por su parte, no conservaba ni el menor recuerdo de aquella visita, ni siquiera de aquel verano en particular, y, de todos modos, la vida de su padre era una rosaeda en cualquier estación, y él mismo había sido muchas veces acariciado por las lindas manos sin guantes de la joven Miss Fortuna, lo que, desde luego, no era cosa que interesara a Ada.

¿Qué diremos de 1881? Las niñas, que tenían respectivamente ocho-nueve y cinco años, habían visitado la Riviera, Suiza y los lagos italianos en compañía de un amigo de Marina, el as del teatro, Gran D. du Mont (la D significaba también Duke, el nombre de soltera de su madre, «de la nobleza campesina irlandesa, qué se ha creído usted»). Gran D. viajaba, por discreción, en el tren siguiente al de las damas —*Méditerranée Express, Simplon-Express, Orient Express*, o cualquiera que fuese el tren de lujo que transportaba a las tres Veen, una institutriz francesa, una *nurse* rusa y dos doncellas, mientras un Dan medio divorciado viajaba a África Ecuatorial para fotografiar tigres (que le extrañó no encontrar) y otras notorias fieras adiestradas para atravesar en puntos convenidos la ruta de los automovilistas, así como a algunas negritas regordetas que aparecían en el acogedor alojamiento de algún agente de turismo, en mitad de las soledades de Mozambique. Cuando Ada y Lucette se entretenían en confrontar sus impresiones de viaje, la mayor, por supuesto, recordaba mucho mejor que la pequeña todo lo que fuesen itinerarios, curiosidades botánicas, modas, trapos, galerías cubiertas llenas de almacenes de todas clases, y aquel guapo señor bronceado por el sol y de negro bigote que la miraba fijamente, sentado solo a su mesa, en un rincón del restaurante del Manhattan Palace, en Ginebra. Pero Lucette, aunque mucho más joven, se acordaba de multitud de bagatelas,

«torrecillas», «pequeñas cascadas», *biryul'ki proshlago*. Ella, Lucette, era, como la joven heroína de *Ah, cette Line* (una novela popular), «una macedonia de intuición, estupidez, ingenuidad y astucia». Por otra parte, Lucette había confesado —o, mejor, *Ada le había hecho* confesar, según sospechaba Van— que cuando caballero y dragón reaparecieron ante la afligida señorita, ésta, lejos de tratar de librarse de sus ataduras, lo que hacía era atarse de nuevo; en el intervalo se había liberado para espiar, entre los alerces, el combate de los dos fugitivos —¡Dios mío! —dijo Van— eso explica el episodio del jaboncito—. Pero, ¿qué importaba eso y a quién podía preocuparle? Ada sólo deseaba una cosa: que la pobre pequeña fuese, a su edad, tan feliz como ella lo era en aquel momento; amor mío, amor mío, amor mío, amor mío. Van confiaba en que las dos bicicletas ocultas entre los arbustos no revelasen, entre la hojarasca, su metal brillante a algún frecuentador de la ruta forestal.

Prosiguiendo su investigación, se esforzaron en establecer si los caminos que habían seguido aquel año en Europa había coincidido en alguna parte; o, al menos, si habían sido paralelos en cualquier momento. En la primavera de 1881, Van, que tenía once años, había pasado unos meses con su preceptor ruso y su ayuda de cámara inglés en el hotelito de su abuela, cerca de Niza, mientras Demon, en Cuba, se divertía mucho más que Dan en Mocuba. En junio, Van fue llevado a Florencia a Roma y a Capri, donde su padre hizo una breve aparición. Después volvieron a separarse. Demon regresó a América. Van y su preceptor fueron en primer lugar a Gardona, junto al lago de Garda, donde Aksakov mostró con veneración a su joven alumno las huellas de los pasos de Goethe y de D'Annunzio perpetuadas en mármol. Luego, llegado el otoño, pasaron unas semanas en un hotel construido en una pendiente montañosa sobre el lago Lemán (por donde habían trepado en otro tiempo Karamzin y el conde Tolstoi). ¿Sospechó Marina que, durante todo el año de 1881, ella y Van habían vagabundado por las mismas regiones? Probablemente no. En Cannes, Ada y Lucette habían cogido la escarlatina, mientras Marina visitaba España con su *Grande*. Después de haber confrontado metódicamente sus recuerdos, Ada y Van llegaron a la conclusión de que no era imposible que se hubiesen cruzado en alguna cornisa de la Costa, en sendas victorias de alquiler, verdes (los dos lo recordaban), con caballos de arneses verdes, o en dos trenes que iban quizás en la misma dirección: la niña, en la ventanilla de un coche-cama, mirando a un tren paralelo que se desviaba gradualmente para aproximarse al mar, que el niño veía brillar al sol, al otro lado de la vía. Coincidencia demasiado dulce para ser verdaderamente romántica. Igualmente, la idea de que hubiesen podido cruzarse al correr por los muelles de una ciudad suiza no les causaba ninguna emoción concreta. Pero al haber enfocado fortuitamente el proyector de la retrospectiva sobre el dédalo del pasado (cuyos estrechos senderos flanqueados de espejos no solamente se encaminaban en direcciones diferentes, sino que incluso discurrían a diferentes niveles, como la carreta tirada por la mula pasa bajo el arco de un viaducto sobre el cual corre un automóvil), Van se encontró, de un modo todavía vago y distraído, luchando con la ciencia que sería más tarde la preocupación obsesiva de su edad madura: los problemas del tiempo y el espacio, el espacio contra el tiempo, el espacio distorsionado por el tiempo, el tiempo como espacio y el espacio como tiempo, y el espacio, en fin, separándose del tiempo en el triunfo último y trágico de la reflexión humana: «muero, luego soy».

—¡Pero *esto* sí es cierto! —exclamó Ada—. Es la realidad, el hecho en estado puro. Este bosque, este musgo, tu mano, esta mariquita que se ha posado en mi pierna, todo esto no puede sernos

arrebatado. ¿O puede? (Lo sería. Lo fue.) Todo *esto* se ha reunido *aquí*, a pesar de las sinuosidades, los recodos de los senderos recorridos: ¡no podía ser de otro modo!

—Por el momento —dijo Van—, tratemos de encontrar nuestras bicicletas. Estamos perdidos «en otra parte del bosque».

—¡Oh, no, no volvamos todavía! ¡Espera!

—Pero quiero asegurarme de nuestra situación en el espacio y en el tiempo. Es una exigencia filosófica.

El día se ensombrecía. Un luminoso vestigio del astro se demoraba, a occidente, sobre una playa del cielo oscurecido. Todos hemos tenido ocasión de contemplar esta pequeña escena: un hombre que acaba de saludar cordialmente a un amigo atraviesa la calle, con el rostro aún iluminado por la sonrisa... hasta que ésta es eclipsada por la mirada fija del extraño que, desconocedor de su causa, cree reconocer en el efecto el rictus radiante de la locura. Una vez extraído el jugo de esta metáfora, Ada y Van juzgaron que verdaderamente había llegado el momento de volver a casa. Cuando atravesaban Gamlet, la vista de un *traktir* ruso les abrió el apetito hasta tal punto que descendieron de la bicicleta y empujaron la puerta de la oscura taberna. Un cochero bebía su té en el platito de la taza: lo levantaba con su ancha zarpa, y lo vaciaba a ruidosos sorbos, como si saliese directamente de una vieja novela de costumbres populares. En aquella madriguera llena de vaho no había más que una buena mujer tocada con un pañuelo, tratando de convencer a un tipo con camisa roja y las piernas bamboleantes, de que terminase su sopa de pescado. La mujer, que resultó ser la patrona del *traktir*, se levantó, «secándose las manos en su delantal», para servir a Ada (a quien reconoció en seguida) y a Van (a quien tomó, no sin razón, por el «joven amiguito» de la castellana) algunas de esas hamburguesas de estilo ruso llamadas *bitochki*. Cada uno devoró media docena antes de volver a recoger sus bicis, bajo los jazmines. Pronto tuvieron que encender las linternas de carburo. Hicieron un último alto antes de recogerse bajo las sombras de Ardis Park.

Por una especie de coincidencia lírica, Marina y Mlle. Larivière tomaban el té en la galería acristalada de estilo ruso, que no se utilizaba sino muy raramente. La novelista, vestida aún con su *negligée* floreada (aunque ya estaba completamente restablecida), acababa de dar fin a la lectura de nueva novela, puesta en limpio por primera vez (y que debía ser mecanografiada al día siguiente). Marina, que la escuchaba dando traguitos a su tokai y que tenía el vino triste, parecía muy afectada por el suicidio del caballero «con cuello rojo y potente de viudo aún lleno de savia». Este hombre, horrorizado, por así decirlo, por el horror de su víctima, había apretado con excesiva fuerza el cuello de la jovencita a la que acababa de violar en un instante de «imperdonable glotonería».

Van bebió un vaso de leche y se sintió de pronto invadido por una ola de agotamiento tan deliciosa que decidió meterse en la cama sin más dilación.

—Tanto peor —dijo Ada, apoderándose ávidamente de un trozo de *keks* (tarta de frutas)—. ¿Hamaca? —inquirió. Pero Van, que ya no se tenía sobre sus piernas, sacudió la cabeza y se retiró, después de besar la melancólica mano de Marina.

—Tanto peor —repitió Ada, y con un invencible apetito se dedicó a colmar de mantequilla la superficie de la tarta, color amarillo de huevo, y sus ricas incrustaciones de cerezas, cabello de ángel y limón.

Mlle. Larivière observaba la maniobra con estupor y disgusto.

—Estoy soñando. No es posible que alguien ponga mantequilla encima de esta pasta británica, esta masa indigesta e inmunda.

—Y no es más que la primera rebanada —dijo Ada.

—¿Quieres una pizquita de canela en tu leche cuajada? —preguntó Marina—. Ya sabes, *Belle* (dirigiéndose a Mlle. Larivière), que ella llamaba a esto «nieve a la arena» cuando era chiquitina.

—Ada no fue nunca chiquitina —dijo Belle, enfáticamente—. Tenía fuerzas para desrriñar a su poney incluso antes de aprender a andar.

—Me pregunto cuántos kilómetros habréis podido hacer hoy. Nuestro atleta estaba completamente agotado.

—Solamente siete —respondió Ada, sonriente y sin dejar de masticar.

## XXV

Una soleada mañana de septiembre, cuando los árboles estaban aún verdes pero en las hondonadas ya florecían el áster y la pulicaria, Van salió para Ladoga, N.A., donde debía pasar dos semanas junto a su padre y tres preceptores, antes de reintegrarse al colegio, en la fría Luga, Mayne.

Van besó a Lucette en ambos hoyuelos, y luego en el cuello, y saludó con un guiño de ojos a la envarada Larivière, que miró a Marina.

Había llegado la hora de separarse. Prácticamente todo el personal de la casa asistió a la despedida de Van: Marina, envuelta en su *shlafrok*; Lucette, apretando a Dack (como sucedáneo) contra su corazón; *Mademoiselle* Larivière, sin saber todavía que su antiguo alumno no se llevaba consigo el übro dedicado que ella le había regalado la víspera, y una veintena de criados a quienes Van había concedido generosas propinas (y entre los cuales destacamos a Kim, el pinche de la cocina, armado con su cámara fotográfica). Sólo faltaban Blanche, que tenía jaqueca, y la meticulosa Ada, que había presentado sus excusas, porque había prometido visitar a un enfermo del pueblo (tenía, verdaderamente, un corazón de oro, esta chiquilla, como tan complacida y prudentemente hacía notar Marina).

El baúl negro, la maleta negra y las halteras negras (modelo grande) de Van fueron cargadas en el compartimento posterior del automóvil familiar. Bouteillan se puso una gorra de capitán, demasiado grande para él, y unas gruesas gafas azul verdosas. «Mueva el trasero —le dijo Van—, yo conduciré.» Y así acabó el verano de 1884.

—El coche rueda suavemente, señor —dijo Bouteillan, en su curioso inglés pasado de moda—. Todos los neumáticos son nuevos, pero, ay, en la carretera hay muchas piedras y la juventud conduce tan a prisa... El señor hará bien en ser prudente. Los vientos de las soledades son indiscretos. Como un lirio silvestre confiado al desierto.

—Exactamente el viejo servidor de comedia, ¿no es eso? —le corto en seco Van.

—¡Oh, no, señor! —contestó Bouteillan, con la gorra entre las manos—. No. Sólo que yo aprecio mucho al señor y a la señorita.

—Si se refiere usted a la pequeña Blanche —dijo Van —será mejor que dedique las citas de Delille a su hijo, y no a mí: cualquier día la va a engordar.

El viejo francés contempló a Van por el rabillo del ojo. *Pozheval gubami* (se mordió los labios) y no dijo nada.

Cuando llegaban a la bifurcación del bosque, Van dijo:

—Nos detendremos aquí unos instantes —apenas acababan de ponerse en camino—. Quiero coger algunas setas para mi padre... a quien, ciertamente, transmitiré sus saludos (Bouteillan había esbozado un gesto de deferencia). Este freno de mano, el diablo le lleve, debía servir ya cuando Luis XVI emigró a Inglaterra.

—Necesita ser engrasado —dijo Bouteillan, consultando su reloj—. Sí, tenemos tiempo de sobra para coger el tren de las nueve y cuarto.

Van desapareció en las profundidades de la maleza. Llevaba una camisa de seda, una chaqueta de terciopelo, un pantalón negro y botas de montar con espuelas de estrella. El atavío no era de lo más adecuado para atravesar los arbustos espinosos y franquear un arroyo antes de reunirse con Ada en un cenador natural de álamos temblones. Se abrazaron estrechamente, después de lo cual Ada dijo:

—Sí... para que no te olvides, aquí tienes la clave que utilizaremos en nuestra correspondencia. Cuando te la hayas aprendido de memoria, te la tragas, como un buen espía.

—Lista de correos, en ambos sentidos. Y quiero al menos tres cartas por semana, mi blanca amada.

Era la primera vez que la veía con aquel vestido luminoso, casi tan vaporoso como un camisón. Llevaba el cabello trenzado y Van dijo que se parecía a la joven soprano Maria Kuznetsova, en la escena de la carta de *Onegin y Olga*, la ópera de Tschchaikow.

Ada, que hacía cuanto su feminidad le permitía para contener y disfrazar sus sollozos convirtiéndolos en exclamaciones emotivas, señaló con el dedo hacia un maldito insecto que se había posado en la corteza de un álamo.

(¿Maldito? ¿Maldito? Era la rarísima Vanesa, descrita hacía poquísimo; la *Nymphalis danaus* Nab., de un oscuro anaranjado y con la región apical negra con puntos blancos, que imita a la Danaide Monarca, aunque indirectamente, por así decirlo [como supo advertir su descubridor, el profesor Nabodinus, del colegio de Babylon, Nebraska], a través de una especie de un tercer género, el

Sylvano Virrey, uno de los más célebres imitadores de la Danaide. Escrito por Ada, con pluma irritada.)

—Mañana volverás aquí con tu red verde, mariposa mía —dijo Van, con amargura.

Ella le besó en toda la cara, besó sus manos, y otra vez sus labios, sus párpados, sus cabellos negros y sedosos. Él la besó los tobillos, las rodillas, el toisón negro y sedoso.

—¿Cuándo, amor mío? ¿Cuándo será la próxima vez? ¿En Luga? ¿En Kaluga? ¿En Ladoga? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ese no es el problema —exclamó Van, excitado—. El problema, el problema... es saber si me serás fiel.

—Ten cuidado con la saliva, amor —dijo Ada, limpiándose de la cara las salpicaduras de las «pes» y la «efe» de la anterior réplica de Van—. ¿Qué puedo contestarte? Te adoro. Nunca, hasta el día de mi muerte, amaré a nadie tanto como te adoro a ti. En ningún tiempo, en ningún lugar. Ni en la eternidad ni en la terrenidad, ni en Ladore ni en esa Terra a donde dicen que van nuestras almas. Pero... pero, amor mío, Van mío, yo soy carnal, terriblemente carnal. No puedo responderte. Soy franca, ya ves. No, amor mío, no me preguntes. En el colegio hay una chica que está enamorada de mí, ya no sé lo que estoy diciendo...

—Las chicas no importan —dijo Van—. Son los chicos. Mataré al que se te acerque. Anoche traté de escribir para ti un poema sobre eso, pero los versos no son mi fuerte. «Ada, nuestros ardores y nuestros árboles...» Pero esto sólo es el comienzo, y todo lo demás es bruma. Trata tú de imaginar el resto.

Se abrazaron por última vez. Él salió huyendo, sin mirar atrás.

Tropezando en los melones, decapitando furiosamente con su fusta los altos hinojos arrogantes, Van regresó a la bifurcación. Allí le esperaba el joven Moore, teniendo por la brida a Morio, su caballo negro favorito. Van gratificó al palafrenero con un puñado de ducados y partió al galope, con los guantes bañados en lágrimas.

## XXVI

Para su correspondencia durante el primer período de su separación, Ada y Van habían elaborado un código que no dejaron de perfeccionar en el curso de los quince meses que siguieron a su despedida. Iban a permanecer cerca de cuatro años separados, desde septiembre de 1884 hasta junio de 1888. Aquella larga separación (nuestro negro arco iris, decía Ada) fue interrumpida por dos breves intermedios (en agosto de 1885 y en junio de 1886), de una felicidad casi insoportable, y por algunos encuentros fortuitos («a través de una verja de lluvia...») La descripción de los sistemas criptográficos es una cosa bastante aburrida; pero, aun así, no podemos por menos de facilitar al lector algunas indicaciones básicas.

Las palabras de una sola letra no experimentaban cambio alguno. En las demás palabras, cada letra era remplazada por una letra posterior en la serie alfabética, tal que su número de orden, contado a

partir de la letra primitiva, viniese determinado por el número de letras de la palabra. Así, «amor», una palabra de cuatro letras, se escribía *dpsv* (pues «d» es la cuarta letra después de «a», «p» la cuarta después de «m», «s» la cuarta después de «o», y «v» la cuarta después de «r»). Una palabra más larga, como «abrazo» (seis letras), en la cual hay que volver a empezar la serie alfabética, porque se ha agotado, se convertía en *devdCHs*, ya que las letras de la nueva serie se escribían en caracteres mayúsculos (en el ejemplo propuesto, CH es la cuarta letra que sigue a «z» *volviendo a empezar*, por lo que va en mayúsculas).

Es un penoso momento para el lector de una obra de divulgación, sobre las grandes teorías cosmogónicas aquél en que el autor (que ha comenzado por párrafos fluidos, sencillos y directos) empieza bruscamente a soltar hileras de fórmulas matemáticas que obnubilan el entendimiento. Nosotros no llevaremos las cosas tan lejos. Sabiendo que se trata del código secreto de nuestro amantes (ese «nuestros» puede constituir, independientemente de su contexto, un motivo de irritación, pero no importa), no dudamos que el más ingenuo de nuestros lectores, a poco dispuesto que esté a considerar nuestras digresiones con un poco más de atención y un poco menos de antipatía, será perfectamente capaz de seguirnos.

Desgraciadamente, se presentaron complicaciones. Ada propuso ciertas mejoras, como comenzar cada carta en francés cifrado para pasar al inglés cifrado a partir de la primera palabra de dos letras, y volver al francés después de la primera palabra de tres letras, aparte de alguna otra complicación adicional. Gracias a esas mejoras los mensajes llegaron a ser aún más difíciles de leer que de escribir, tanto más cuanto que los dos corresponsales, enloquecidos por el exceso de pasión, sobrecargaban su texto con correcciones, recapitulaciones, añadidos tachados, erratas rehechas y faltas de ortografía y de criptografía, imputables tanto a su propia lucha contra su indecible aflicción cuanto a la misma extrema complicación de su código.

En el segundo período de su separación (comenzado en 1886) el código sufrió una transformación completa. Ada y Van se sabían aún de memoria los setenta y dos versos del *Garden*, de Marvell, y los cuarenta versos de la *Mémoire*, de Rimbaud. Aquellos dos textos les proporcionaron la clave de su alfabeto. Así, v.2.11.v.l.2.20.v.2.8. significaba *love* (amor), pues «v» y el número que acompañaba a esa letra designaban un verso del poema de Marvell, mientras que el número siguiente determinaba la posición en dicho verso de la letra buscada (así: v.2.11 = undécima letra del segundo verso). ¿Soy lo bastante claro. Último detalle: cuando, para hacer la pista aún más difícil de seguir, se utilizaba el poema de Rimbaud, la letra que precedía al número del verso iba escrita en mayúscula. Una vez más, este tipo de explicación es fastidioso y sólo resulta divertido si uno se propone buscar —en vano, por lo demás —errores en los ejemplos dados.

De cualquier manera, pronto se probó que este segundo código presentaba inconvenientes aún más graves que los del primero. La prudencia exigía que los corresponsales no poseyesen ninguna copia, impresa o manuscrita, de los dos poemas, y, por maravillosa que fuera su memoria, era fatal que la frecuencia de los errores cometidos tendiese a aumentar.

Durante el año 1886 se escribieron con tanta asiduidad como lo habían hecho anteriormente: nunca menos de una carta por semana. Por el contrario, cosa extraña, en el tercer período de su separación, de enero de 1887 a junio de 1888 (tras una conferencia telefónica de larga distancia y



de muy larga duración, y una entrevista de las más breves) sus cartas se hicieron más raras: Ada escribió apenas una veintena (sólo dos o tres en la primavera de 1888) y Van más o menos el doble. No podremos citar ningún pasaje de esa correspondencia porque todas las cartas fueron destruidas en 1889. (Sugiero que este capítulo se suprima totalmente: Nota de Ada.)

## XXVII

—Marina me habla de ti en los términos más calurosos, y dice *'uzhe chuvstvuetsya osen'*, lo que es muy ruso. Todos los años, en la misma fecha, tu abuela repetía muy puntualmente su fórmula meteorológica: «ya se nota el otoño», incluso si se trataba del día más cálido de la estación en Villa Armina: Marina no entendió nunca que el anagrama se refería al mar y no a ella. Tienes un aspecto espléndido, *sinok moi* (hijo mío), pero imagino que estarás harto de esas dos niñas. En consecuencia, voy a hacerte una proposición.

—Bueno, me han gustado muchísimo —murmuró Van—; sobre todo, la pequeña Lucette.

—Te propongo que me acompañes hoy a un cóctel. Lo ofrece la excelente viuda de un oscuro mayor de Prey oscuramente emparentado con nuestro difunto vecino, buena pistola, pero había mala luz en el Prado Comunal, y el camión de la basura tocó el claxon intempestivamente. En resumen, esa excelente e influyente dama, que desea ayudar a una de mis amigas (aquí Demon se aclaró la garganta), tiene, según me han dicho, una hija de quince primaveras llamada Córdula, la cual te compensará, a buen seguro, de haberte pasado el verano jugando a la gallina ciega con las «pulgarcitas» del bosque de Ardis.

—Hemos jugado sobre todo a los anagramas y al «Scrabble». Esa amiga a quien hay que ayudar ¿es también de mi edad?

—Es la Duse en capullo —replicó sobriamente Demon—. Y debes saber que hemos de quedar bien. Tú te ocuparás de Córdula de Prey, yo de Cordelia O'Leary.

—*D'accord* —dijo Van.

La madre de Córdula, actriz de teatro demasiado madura, demasiado engalanada, demasiado adulada, presentó a Van a un acróbata turco de bellas manos de orangután cubiertas de pelos aleonados y pupilas ardientes de charlatán ambulante, lo que no era, pues se trataba de un gran artista en su dominio circular. Van quedó tan seducido por sus discursos y por los trucos del oficio (tan generosamente confiados por el turco a su ávido émulo), tan sobrecogido de ambición, respeto, envidia y otros sentimientos juveniles, que le quedó muy poco tiempo para dedicarse a Córdula, carirredonda, pequeña, regordeta, vestida con un jersey de cuello alto de lana rojo oscuro, o a la aturdidora jovencita en cuya espalda desnuda descansaba la mano paternal de Demon, que la encaminaba hacia tal o cual relación provechosa. Pero aquella misma tarde Van se encontró con Córdula en una librería.

—A propósito, Van... ¿Puedo llamarte Van, verdad? Tu prima Ada es mi amiga del colegio. Sí, sí. Y ahora, por favor, explícame qué le has hecho a nuestra difícil Ada. En su primera carta desde Ardis

estaba entusiasmada (¡Ada entusiasmada!) por el encanto, la inteligencia, la originalidad, la irresistible seducción...

—¡Qué tonta es! Y... ¿de cuándo es esa carta?

—Del mes de junio, sin duda. Más tarde me ha vuelto a escribir, pero su respuesta... Tengo que confesar que yo estaba muy celosa de ti, celosa de veras, y le hacía montañas de preguntas... Bueno, pues su respuesta fue evasiva y prácticamente sin mencionar a Van.

Éste la examinó con más atención de la que le había concedido hasta entonces. Recordaba haber leído en algún sitio (con algo de esfuerzo podríamos dar con el título exacto. ¿Tiltil? No, eso es en Barba Azul...) que un hombre puede reconocer a una lesbiana joven y sola (el viejo tándem en traje sastre no puede engañar a nadie) por una combinación de tres características: manos ligeramente temblorosas, voz de resfriado y esa huida aterrorizada de los ojos a poco que alguien sorprenda y visiblemente apruebe algún encanto que el azar la haya obligado a mostrar (unos lindos hombros, por ejemplo). Ninguna de esas cosas (sí... *Mytilène, petite isle*, de Louis Pierre) parecía poder aplicarse a Córdula, que llevaba un *garbotos* (impermeable) sobre el cuello alto desbocado y sostenía retadoramente la mirada, con las manos hundidas en los bolsillos. Llevaba el cabello corto, de un matiz poco definido, entre paja seca y trigo mojado. Sus claros ojos azules eran similares a los de otros millones de ojos subpigmentados de la Estocia francesa. Su boca tenía la gentileza afectada de una boca de muñeca cuando se cerraba concienzuda y amaneradamente en lo que los retratistas llaman «pliegues en hoz», los cuales son, en el mejor de los casos, dos hoyuelos de forma oblonga, y, (en el peor, esos surcos que hienden las mejillas heladas de las verduleras. Cuando sus labios se entreabrían, y aquél era precisamente el caso, dejaban ver unos dientes aprisionados en su aparato corrector, que en seguida volvía a ocultar.

—Mi prima Ada es una niña de once o doce años, demasiado joven para enamorarse de cualquiera, a no ser de un héroe de novela. Sí, yo también la encuentro agradable. Un poco marisabidilla quizás, y, al mismo tiempo, descarada y caprichosa. Pero, así y todo, agradable.

—Me pregunto... —dijo Córdula, pensativa, con un tono de voz tan sutil que Van no hubiera podido asegurar si trataba de cerrar el capítulo, dejarlo en suspenso, o pasar al capítulo siguiente.

—¿Cómo podremos volver a vernos? —preguntó Van—. ¿Vendrías a Riverlane? ¿Eres virgen?

—No me cito con golfos —dijo Córdula, sin perder la calma—. pero siempre podrás «contactar» conmigo a través de Ada. No pertenecemos a la misma clase, cosa que puede entenderse de más de una manera (riendo): Ada es un pequeño genio, yo una ambivertida americana cualquiera, pero las dos estamos adscritas a la sección de francés superior, que tiene asignado el mismo dormitorio. De modo que una docena de rubias, tres morenitas y una pelirroja, *la Pelirroja*, pueden suspirar en francés en sus sueños (riendo sola).

—Divertido. Está bien, gracias. Supongo que el número par quiere decir que en cada alcoba hay literas dobles. Pues hasta la próxima, como dicen los golfos.

En la primera carta cifrada que escribió a Ada después de aquel episodio, Van le preguntaba si Córdula de Prey no era, por casualidad, la *lezbianochka* de la que ella había hablado con un sentimiento de culpabilidad tan poco necesario: antes me sentiría celoso de tu manita. Ada contestó: «¡Qué tontería! No mezcles en nuestros asuntos a esa ridícula chica.» Pero Van no quedó del todo convencido, a pesar de que aún ignoraba con cuánto entusiasmo podía Ada cultivar la mentira cuando se trataba de encubrir a un cómplice.

El reglamento del colegio de Ada era estricto y anticuado hasta lindar con lo demencial, pero recordaba a la nostálgica Marina el Instituto Ruso de Doncellas Nobles de Yukonsk, donde en otros tiempos había estado interna, y donde no había dejado de infringir las reglas con infinitamente más facilidad y éxito de lo que Ada, Córdula o Grace, infringían las de Brownhill. Tres o cuatro veces por trimestre se daban en la Sala de Recepción de la Directora unos horribles téis durante los cuales las chicas podían ver a muchachos que mordisqueaban pastas. Un domingo cada tres semanas las chicas de doce y trece años estaban autorizadas a citar a hijos de buenas familias en una chocolatería próxima al internado, siempre que fueran acompañadas por una mayor, de irreprochable moralidad.

Van se armó de valor y resolvió ver a Ada de aquel modo. Contaba con su varita mágica para transformar en cuchara o en nabo a cualquier joven carabina que se presentase a su vista. Según el reglamento de Brownhill, las madres de las jóvenes víctimas debían autorizar la cita con un mínimo de quince días de anticipación. La directora de Brownhill, la melosa Miss Cleft, llamó a Marina por teléfono y recibió la respuesta de que Ada no necesitaba a nadie que le llevase la cesta para salir con su primo después de haber pasado el verano paseando juntos y a solas de la mañana a la noche.

—Precisamente —replicó Miss Cleft— dos jóvenes que se pasean juntos se parecen lo más posible a esos rosales trepadores que tienden a enlazarse. Y la espina está siempre cerca del capullo.

—¡Pero si son prácticamente hermana y hermano! —exclamó Marina, pensando, como mucha gente tonta que «prácticamente» opera en los dos sentidos: atenúa la veracidad de una afirmación y concede a la perogrullada el prestigio de la verdad.

—Eso no hace sino agravar el peligro —opinó Miss Cleft—; pero transijamos. Pediré a la querida Córdula que haga el tercio. Es una admiradora de Ivan y adora a Ada; de modo que sólo puede ayudar a «subir el pastel» (broma de cuaresma ya muy gastada en la época).

—¡Señor, qué *figli-migli!* —dijo Marina, cuando hubo colgado.

Van, con sombrío humor, y no sabiendo bien qué giro iban a tomar los acontecimientos (algo de presciencia estratégica le hubiera ayudado a soportar la prueba), esperaba a Ada en la vía de acceso al colegio, una alameda triste en cuyos charcos se reflejaban un cielo hosco y la tapia de un campo de *hockey*. A pocos pasos de él, otro bachiller de la localidad, compañero de espera, aguardaba, todo emperifollado, ante la puerta. Van iba a tomar de nuevo el camino de la estación cuando vio aparecer a Ada... y a Córdula. ¡Qué estupenda sorpresa! Las recibió con una dudosa cordialidad.

—¡Vaya! ¿Cómo va eso, primita? ¡Ah, Córdula! ¿Quién es aquí la carabina? ¿Tú o la señorita Veen?

La primita llevaba un impermeable negro y reluciente y una gorra de hule con el borde vuelto, como preparada a guarecerse de alguno de los peligros del mar, o de los peligros de la vida. Una minúscula tirita de esparadrapo no llegaba a ocultar del todo un grano junto a la comisura de sus labios. Su aliento olía a éter. Estaba todavía de peor humor que Van. Éste anunció alegremente que iba a llover. Llovió. A cántaros. Córdula encontró que la gabardina de Van era estupenda y que no necesitaban volver al colegio para coger paraguas. Y que la meta ideal del paseo estaba en «el rincón del *rond-point*». Van dijo que ni punto ni redondo pueden tener rincón. Broma aceptable. Córdula rió. Ada no rió. Según todas las apariencias, nadie había escapado al naufragio.

La chocolatería estaba llena. Decidieron ir al café de la estación, pasando por los soportales. Van sabía (pero sin encontrar el remedio) que pasaría aquella noche presa de los remordimientos por haber ignorado deliberadamente el hecho (enervante, pero esencial) de que llevaba tres meses sin ver a Ada y de que la última carta que ésta le había escrito ardía de pasión hasta tal punto que la burbuja criptográfica había estallado en mitad del humilde mensaje de promesa y de esperanza, dejando al desnudo una línea altiva, divina, de amor no cifrado.

A simple vista, habría podido creerse que era la primera vez que se veían, en un encuentro casual y sin perspectivas. Ideas extrañas y malévolas se agitaban en la mente de Van. ¿Qué habían hecho exactamente aquellas dos chiquillas (no es que eso importase nada, pero de todos modos, uno tiene su orgullo, su curiosidad) antes de las vacaciones, después de las vacaciones, la noche anterior, todas las noches, sin otro vestido que las chaquetas de los pijamas, entre los rumores y los gemidos de su dormitorio antinatural? ¿Podía preguntárselo? ¿Sabría dar con las palabras adecuadas para no herir a Ada, sin dejar de hacer comprender a su compañera de lecho que la despreciaba por excitar a una niña tan morena y tan pálida, coral y cuervo, zanquilarga y floja, y que lloriqueaba cuando llegaba al colmo del gozo? Un momento antes, al verlas caminar lado a lado —la desangelada Ada en lucha contra el mareo, como un marinero cumplidor de su deber; Córdula, manzana podrida, pero valiente; como dos prisioneros arrastrados, en cadenas, a los pies del vencedor —Van se había prometido, en venganza, describirles en términos pulcros pero circunstanciados, las últimas orgías homosexuales o pseudo homosexuales de que su colegio había sido escenario (un «grande», que no era otro que el primo de Córdula, se había dejado coger con «una-disfrazada-de-uno» en las habitaciones de un prefecto ecléctico). Habría dejado boquiabiertas a las chicas, les habría reclamado una historia digna de rivalizar con la suya. Pero se le pasaron las ganas. Todavía esperaba poder desembarazarse un momento de la pesada Córdula y encontrar algo cruel que decir a Ada y que la hiciese deshacerse en lágrimas. Pero lo que le inspiraba era su «amor propio», y no el «amor impropio» de ellas. (¡Van moriría con un juego de palabras en los labios!) Pero, ¿por qué «impropio»? ¿Acaso le afectaban también a él las agonías proustianas? De ninguna manera. Muy al contrario, el cuadro íntimo de aquellas caricias agujoneaba exquisitamente su propia perversidad. Su mirada interior, inyectada de concupiscencia, le presentaba una Ada duplicada, enriquecida, enigmáticamente geminada, dando lo que él le había dado, tomando lo que él le había tomado, Corada, Adula. Se dijo que la con desita retaca se parecía bastante a su primera putilla, lo que no hizo más que afilar el aguijón.

Hablaron de sus estudios, de sus profesores. Y Van dijo:

—Me gustaría conocer tu opinión, Ada, y la tuya, Córdula, sobre este problema literario: nuestro profesor de literatura francesa sostiene que en la exposición del asunto Marcel-Albertine hay un grave defecto filosófico y, por lo tanto, artístico. La novela sólo tiene sentido si el lector *sabe* que el narrador es *una loca*, y que las hermosas y gruesas mejillas de Albertine no son otra cosa que las hermosas y gruesas nalgas de Albert. Si no se supone, o si no se exige, que el lector *sepa todo* lo referente a las particularidades sexuales del autor, para poder saborear hasta la última gota de su narración, el libro entero pierde su significado. Según mi profesor, si el lector no está al corriente de la perversión de Proust, la descripción detallada de los tormentos de un hoterossexual celoso de una homosexual es un absurdo manifiesto, por cuanto un hombre normal no puede sino divertirse ante los retozos de su amiguita con una pareja del mismo sexo. Conclusión de mi profesor: una novela que sólo podría ser apreciada por la lavandera que hubiera examinado la ropa sucia del autor, es, desde el punto de vista artístico, un fracaso.

—¿De qué está hablando, Ada? ¿De alguna película italiana que ha visto?

—Van —dijo Ada con voz cansada—, creo que no te das cuenta de que nuestro grupo de francés superior no ha pasado aún de Racan y Racine.

—No hablemos más del asunto —dijo Van.

—Tú, en cambio, has leído demasiado a Marcel —murmuró Ada.

El edificio de la estación albergaba un salón de té semirreservado, puesto bajo la vigilancia de la mujer del jefe de estación y bajo los ineptos auspicios del colegio. En la salita no había nadie, a excepción de una dama alta y delgada vestida de terciopelo negro y tocada con un soberbio Gainsborough del mismo terciopelo. Se sentaba de espaldas al bar y ni una sola vez dejó ver su rostro; pero a Van le pasó por la cabeza la idea de que debía ser una *cocotte* de Toulouse. Nuestro remojado trío encontró una estratégica mesa en un rincón, y los tres se desabrocharon el impermeable, con suspiros de alivio poco originales. Van esperaba que Ada se quitase su sombrero de lobo de mar, pero su esperanza quedó frustrada: se había cortado el pelo (luego de padecer terribles jaquecas) y no quería aparecer en el papel de Romeo moribundo.

(Se hace el «gran Joyce» después de haber hecho de «el pequeño Proust». De la encantadora mano de Ada.)

(Sí, pero sigue leyendo, y verás que es puro V. V. ¡Vaya con la dama! Garrapateado por Van, en la cama, sobre una carpeta.)

Cuando Ada alargaba el brazo para coger el tarro de la mermelada, Van le tomó una mano —que ella dejó muerta —y la examinó. No nos hemos olvidado aún de la mariposa que ha yacido por un instante en nuestra mano abierta, con las alas bien plegadas, cuando ya ha desaparecido. Van advirtió con satisfacción que Ada había dejado de morderse las uñas, ahora puntiagudas.

—No demasiado puntiagudas, querida —dijo, destinando su inoría a la *dura* Córdula, la cual habría hecho mejor en ir a poner en orden su maquillaje... Débil rayo de esperanza.

—No, no —dijo Ada.

—¿No arañas a los bebés cuando les acaricias? —continuó Van, incapaz de detenerse—. Mira la mano de tu amiguita (tomando la mano de Córdula). Mira qué uñas tan monas, tan cortas (¡una garrita dócil, inocente, fría, pequeña!) No se engancharía ni en la seda más fina, desde luego que no. ¿Verdad, Árdula... quiero decir Córdula?

Las dos chicas rieron nerviosamente y Córdula besó a Ada en la mejilla. Van no sabía bien qué reacción había querido provocar, pero aquel simple beso le desarmó y le decepcionó. El ruido de la lluvia fue apagado por un fragor de ruedas sobre los raíles. Van miró su reloj, miró también el de la pared de la sala, y dijo que lo sentía muchísimo, pero que aquel era su tren.

(«No hablemos más —escribió Ada, a la que en este pasaje parafraseamos —de esas miserables excusas—. Todo lo que nosotras nos dijimos es que estabas bebido. Pero nunca más te invitaré a Brownhill, amor mío.»)

### **XXVIII**

El año 1880 (todavía vivía Aqua, Dios sabe cómo, Dios sabe dónde) resultaría el más genial, el más fértil en recuerdos de la larga, demasiado larga, nunca demasiado larga vida de Van. Tenía entonces diez años de edad. Su padre había pasado bastante tiempo en las regiones del Oeste, donde el espectáculo de las montañas multicolores producía en Van el efecto que siempre ha producido en los jóvenes rusos de genio. Era capaz de resolver un problema de integrales de Euler o de aprender de memoria *El caballero sin cabeza* de Puchkin en menos de veinte minutos. Indolentemente tumbado a la sombra violeta de los farallones color de rosa, en compañía de un tal Andrei Andreievich, sudoroso de entusiasmo en su blusa blanca, que pasaba las horas estudiando poetas rusos de primera y segunda fila, y descifrando, a través de las facetas diamantinas de los tetrámetros de Lermontov, las alusiones desorbitadas, pero, en el fondo aduladoras, a los'ámores y a los viajes aéreos de su padre en una vida anterior. Tuvo que esforzarse en contener las lágrimas (AAA se sonaba ruidosamente la gruesa nariz roja) cuando su preceptor le enseñó la huella rústica del pie desnudo de Tolstoi, grabada en la arcilla de un autódromo de Utah donde nuestro autor había escrito la historia de Murat, el jefe navajo, bastardo de un general francés, asesinado en su piscina por Cora Day. ¡Qué soprano, aquella Cora, en sus buenos tiempos! Demon llevó a Van a la mundialmente famosa Ópera House de Telluride, Colorado Occidental, donde pudo admirar (y a veces detestar) los más grandes espectáculos internacionales: comedias inglesas en verso libre, tragedias francesas en dísticos rimados, tonitronantes dramas musicales germánicos, con gigantes, hechiceros y un caballo blanco que defeca. Hizo la experiencia de diversas aficiones menores: magia de salón, ajedrez, combates de boxeo de peso pluma en las ferias de pueblo, acrobacia ecuestre, etcétera, sin olvidar, desde luego, los inolvidables pases de iniciación, excesivamente precoces, que le prodigaba su joven y encantadora institutriz inglesa de menudos senos cuando le mimaba con pericia entre el batido de leche y la cama, mientras se vestía para pasar la noche en compañía de su hermana, de Demon y de un personaje que acompañaba siempre a Demon en sus recorridos a los casinos, un tal Mr. Plunkett, fullero rege, nerado, en funciones de guardia de corps y ángel guardián, monitor consejero.

En el apogeo de su vida aventurera, Mr. Plunkett había sido uno de los más grandes manipuladores de cartas —más discretamente llamados «ilusionistas del juego»—, tanto de Inglaterra como de América. A los cuarenta años, en medio de una partida de poker, fue traicionado por un desfallecimiento de origen cardíaco (el cual, ay, permitió a las viles manos de un mal perdedor limpiarle los bolsillos). Pasó varios años en la cárcel, se convirtió al catolicismo de sus antepasados y, una vez cumplida la condena, hizo algún trabajo de apostolado misionero, escribió un opúsculo sobre prestidigitación, redactó la sección de bridge en algunos periódicos e hizo un poco de confidente de la policía (tenía dos hijos en la profesión, dos mocetones). Los ultrajes del tiempo, junto con ciertos retoques quirúrgicos practicados sobre sus rudos rasgos, habían hecho que su cara grisácea fuese, ya que no más atractiva, sí irreconocible para todo el mundo, salvo para algunos viejos compinches que de todos modos (desde entonces) procuraban evitar su refrigerante compañía. Van le encontró todavía más fascinante que a King Wing. Brusco, pero amistoso, Mr. Plunkett no pudo por menos de explotar aquella fascinación (a todos nos gusta saber que gustamos) iniciando a su joven admirador en los trucos de un arte que había pasado a ser puro y abstracto, y, por lo tanto, auténtico. Mr. Plunkett consideraba el empleo de toda clase de medios mecánicos (espejos o el vulgar «rastrillo de la manga») como sumamente inseguros, por la misma razón que la gelatina, la muselina o las manos suplementarias de goma empañan y acortan la carrera de muchos médiums profesionales. Enseñó a Van cómo desenmascarar al tramposo que se rodea de objetos brillantes (los profesionales llaman «árboles de Noel» a esos aficionados, algunos de los cuales son socios de clubs respetables). Mister Plunkett sólo creía en la habilidad manual. Los bolsillos secretos resultaban a veces útiles; pero, ay, era posible darles la vuelta, y entonces se volvían contra uno. Lo verdaderamente valioso era el «contacto» de la carta, la delicadeza de la manipulación, la maestría del barajado falso, el falso abanico, la transformación de la primera carta del mazo, la habilidad al repartir, y, por encima de todo, una agilidad digital con la que podía llegarse, a fuerza de práctica, tanto a escamoteos de naturaleza casi milagrosa como a la materialización de un comodín o a *La Metamorfosis* de dos parejas en cuatro reyes. Una regla de validez absoluta, para el discreto empleo de un mazo adicional, era la referente a la memorización de los descartes, cuando el reparto no había sido preparado de antemano. Durante un par de meses Van practicó trucos con cartas, y luego se dedicó a otros entretenimientos. Era un aprendiz que aprendía a prisa y sabía conservar en buen estado sus frascos etiquetados.

En 1885, cuando terminó sus estudios preparatorios, Van marchó a Inglaterra e ingresó, como lo habían hecho sus antepasados, en la Universidad de Chose. De cuando en cuando hacía una escapada a Londres, o bien a Lute (como los coloniales británicos, prósperos, pero no demasiado refinados, llaman a la encantadora y melancólica ciudad gris perla situada al otro lado de la Mancha). Un día del invierno de 1886-1887, en la lúgubre y fría Chose, durante una partida de poker con dos estudiantes franceses y cierto condiscípulo a quien llamaremos Dick C, en el elegante apartamento que éste ocupaba en Serenity Court, Van se dio cuenta de que los gemelos franceses estaban perdiendo no sólo por el estado de radiante y radical borrachera en que se encontraban, sino también porque Milord era uno de aquellos «cretinos de cristal» del vocabulario de Plunkett, hombre de muchos espejos —pequeñas superficies reflectantes de forma y orientación diversa que lucían discretamente en el reloj o el sello de la sortija, disimuladas como luciérnagas hembras en la espesura, por debajo de la mesa, en el interior de una manga o sobre los bordes de los ceniceros,

cuyas posiciones Dick no cesaba de variar con aire de inocencia Todo aquello, como cualquier tramposo sabe, era tan tonto como superfluo.

Cuando llevaban perdidos varios miles de libras, Van, que estaba esperando su hora, juzgó oportuno poner en práctica algunas antiguas lecciones. El juego se había interrumpido momentáneamente. Dick se levantó y se dirigió al interfono instalado al fondo de la pieza para encargar que subieran más vino. Los desgraciados gemelos se pasaban de mano en mano una estilográfica para proceder a la estimación de sus pérdidas, todavía superiores a las de Van. Éste deslizó una baraja en su bolsillo y se levantó para desentumecerse las espaldas.

—A propósito, Dick, ¿no habrás conocido por casualidad en Estados Unidos a un jugador llamado Plunkett? Cuando yo le conocí era un buen hombre, gris y calvo.

—¿Plunkett? ¿Plunkett? Debe ser de una época anterior. ¿Es ése que se hizo vicario o algo así? ¿Por qué?

—Era amigo de mi padre. Un gran artista.

—¿Un artista?

—Sí, un artista. Yo también lo soy. Y supongo que tú también te consideras un artista. Hay muchas personas así.

—¿Qué es exactamente un artista?

—Un observatorio subterráneo —replicó Van instantáneamente.

—Eso lo has sacado de alguna novela moderna —dijo Dick, aplastando su cigarrillo después de dar ávidamente algunas chupadas.

—Lo he encontrado en Van Veen —dijo Van Veen.

Dick se acercó negligentemente a la mesa mientras entraba su criado con la botella. Van se retiró al lavabo y se dedicó a «cuidar las cartas», como decía el bueno de Plunkett. La última vez que había practicado fue para realizar algunos juegos de manos ante Demon, que no había apreciado positivamente su posible utilización en el poker. Ah, sí, y también cuando había tranquilizado al ilusionista loco del hospital cuya idea fija era que la gravedad está vinculada a la circulación sanguínea del Ser Supremo. Van no dudaba de su propia destreza —ni de la estupidez de Milord —pero no estaba seguro de resistir mucho tiempo. Por lo demás sentía lástima de Dick, el cual, aparte de su afición a las trampas, era un tipo tan simpático como indolente, de cara terrosa, cuerpo flojo, que no tenía media bofetada y que confesaba sin rubor que, si su familia se obstinaba en no pagar sus enormes (y triviales) deudas, no tendría más remedio que marcharse a Australia para endeudarse allí otra vez después de repartir unos cuantos cheques sin fondos. Ahora, según decía a sus víctimas, «comprobaba con placer» que sólo unos cientos de libras le separaban de la cantidad mínima que le permitiría apaciguar momentáneamente a su más despiadado acreedor. Y, en consecuencia, continuó desplumando a Jean y Jacques, con una premura desvergonzada... para encontrarse, al cabo de un momento, con tres honrados ases (afectuosamente distribuidos por Van)



frente a cuatro nueves (diestramente reunidos en la mano del mismo Van). Aquella operación fue seguida por un bonito farol apagado con otro farol más bonito aún, mientras el martirio del joven lord alcanzaba su colmo (sastres londinenses retorciéndose las manos en la niebla, y el reputado prestamista St-Priest, de Chose, solicitando ser recibido por el padre de Dick). Cuando en el centro de la mesa se amontonaba la más suculenta puesta que Van había visto hasta entonces, Jacques descubrió un «color» sin esperanzas (como él mismo declaró, con un suspiro de agonía)... pero Dick, con un repóker, tuvo que rendirse ante la escalera de color de su verdugo. Mientras recogía y ponía a buen recaudo el «arco iris de marfil» (el bueno de Plunkett era todo un poeta), Van, que hasta entonces había disimulado sin la menor dificultad sus delicadas maniobras a los prismas estúpidos de Dick, tuvo el placer de verle descubrir que él, Van, llevaba aún en la palma de la mano el segundo comodín. Los gemelos volvieron a ponerse corbatas y chaquetas, y dijeron que tenían que marcharse.

—Yo también, Dick —dijo Van—. Es una lástima que hayas tenido que confiar en tus bolas de cristal. Muchas veces me he preguntado por qué la palabra rusa apropiada al caso —creo que tenemos en común un antepasado ruso —se parece a la que quiere decir «escolar» en alemán, menos el «Umlaut».

Sin dejar de charlar, Van reembolsó a los dos franceses, extasiados y atónitos, con un cheque rápidamente cumplimentado, y luego, tomando un puñado de cartas y fichas, se volvió hacia Dick y se las tiró a la cara. No habían los proyectiles acabado aún su trayectoria cuando ya lamentaba aquel gesto cruel y vulgar, porque el infortunado, que no podía contestar de ninguna manera, seguía allí sentado, protegiendo su ojo derecho, mientras con el otro, que sangraba ligeramente, contemplaba sus gafas rotas. Los dos gemelos franceses le ofrecían sus dos pañuelos, que él rechazó amistosamente.

La aurora rosa tiritaba en el verde de Serenity Court. Vieja y laboriosa Chose.

(Aquí debía haber un signo para indicar los aplausos. Nota de Ada.) Van pasó de mal humor el resto de la mañana. Luego, después de haber permanecido largo tiempo sumergido en un baño caliente (el mejor consejero, el mejor instigador y asesor del mundo, salvo, naturalmente, el asiento del W.C.), decidió escribir una nota de excusa al timador timado. Estaba a punto de vestirse cuando apareció un mensajero con un escrito de Lord C. (primo, dicho sea de paso, de uno de sus camaradas de Riverlane) en el cual el magnánimo Dick proponía redimir su deuda con Van mediante la presentación de éste en el Club Villa Venus, al que pertenecía toda su tribu. ¿Qué muchacho de dieciocho años hubiera podido pretender tan alto favor? Era una entrada para el paraíso. Van sostuvo algún forcejeo con su conciencia, ligeramente sobrecargada (entre mutuos guiños de ojos, como si se tratase de dos viejos compinches en su buen viejo colegio). Y acabó aceptando la proposición de Dick.

(Van, me parece que deberías explicar de una manera más inequívoca cómo fue que tú, el más orgulloso, el más limpio de los hombres —y no me refiero a las abyectas servidumbres corporales, pues en eso tú y yo somos de la misma ralea—, cómo fue que tú, el puro, pudiste aceptar la oferta de un bribón, que sin duda siguió «espejeando» como si tal cosa. Creo que debías precisar, *primo*, que te encontrabas terriblemente fatigado, *secundo*, que no podías soportar la idea de que el pillo sabía

que, al no haber lugar a un duelo [pues a los bribones, no se les provoca], tú no arriesgabas nada, por decirlo así, al insultarle. ¿Tengo razón? Van, ¿me escuchas? Me parece...)

Dick no «espejeó» mucho tiempo. Cinco o seis años más tarde, en Montecarlo, al pasar ante la terraza de un café, Van sintió que le cogían por el codo. Un Dick C, radiante de buen humor y de salud, y relativamente respetable, se inclinaba hacia él por encima de las petunias de la balaustrada de celosía.

—Van —exclamó—, he abandonado esa porquería de los espejos. Créeme, no hay más que un método seguro: ¡marcarlas! Espera, eso no es todo. Figúrate que acaban de inventar una punta microscópica (y digo bien: microscópica) de un metal precioso llamado euforio, que se desliza bajo la uña del pulgar. No se ve a simple vista, pero un minúsculo sector de mi monóculo muestra, ampliada, la marca que hago (como si decapitara una pulga) en todas las cartas, una detrás de otra, a medida que entran en juego. Y ahí está lo bueno. Sin más preparativos, sin más accesorios. ¡Marcarlas, marcarlas! —seguía gritando el bueno de Dick, cuando Van ya se había marchado.

## XXIX

A mediados de julio de 1886, mientras Van ganaba un campeonato de *ping-pong* a bordo de un paquebote de lujo (que empleaba toda una semana en ir, en su majestuosa blancura, de Dover a Manhattan), Marina, sus dos hijas, la institutriz de éstas y dos doncellas, que regresaban en tren de Los Ángeles a Ladore, tiritaban simultáneamente, en estadios más o menos sincronizados de la enfermedad, por efecto de una común gripe rusa. Un hidrograma fechado en Chicago el 21 de julio (aniversario de la amada) esperaba a Van en casa de su padre: DADAISTA IMPACIENTE PACIENTE LLEGA ENTRE VEINTICUATRO Y SIETE LLAMA DORIS ENCUENTRO SALUDOS PROXIMIDAD.

—Eso me recuerda cruelmente los *golubyanki* (azulitos) que me enviaba Aqua —suspiró Demon, que había abierto maquinalmente el mensaje—. ¿Esa proximidad es alguna chica que yo conozca? Porque, aunque pongas cara de enfadado, está claro que esto *no* es un mensaje de médico a médico.

Van alzó los ojos al techo (pintado por Boucher) de la sala del desayuno, sacudió la cabeza con un gesto de admiración burlesca y felicitó a Demon por su perspicacia. Sí, tenía razón: había que viajar inmediatamente a Losdusa (anagrama de «saludos»), para ver allí a una dibujante loca, llamada Doris, u Odris, que sólo dibujaba da-das.

Van alquiló una habitación, con el pseudónimo de Boucher, en el único albergue de Malahar, pueblecito situado sobre el Ladore, a unas veinte millas de Ardis. Pasó la noche combatiendo al ilustre mosquito (o su primo), que pareció amarle más que en otros tiempos el bicho de Ardis. El retrete, en lo alto de la escalera, consistía en un agujero negro que conservaba la huella de una explosión fecal entre las de las dos plantas gigantescas de un anterior ocupante en cucullas. A las siete de la mañana del 25 de julio, Van llamó a Ardis Hall desde la oficina de correos de Malahar y se encontró en conexión con Bout, que estaba en conexión con Blanche y que tomó la voz de Van por la del mayordomo.

—¡Demonios, papá! —dijo en su dorófono de cabecera—. ¿No ves que estoy ocupado?

—Es por Blanche por quien pregunto, pedazo de idiota —gruñó Van.

—¡Oh, perdón! —exclamó Bout—. Un momento, señor.

Van oyó un sonido como de un tapón que saltase de su botella (¡beber vino a las siete de la mañana!) y Blanche se puso al aparato. Pero apenas había comenzado a dictarle el mensaje cuidadosamente formulado que debía transmitir a Ada, cuando la propia Ada, que había estado alerta toda la noche, respondió desde la habitación de los niños, donde el aparato más límpido de la casa vibraba y borbotaba bajo un barómetro difunto.

—Bifurcación del bosque, dentro de cuarenta y cinco minutos. Y perdona los perdigones.

—¡Torre! —respondió la dulce y armoniosa voz, como un aviador en el cielo azul hubiera podido decir «Roger».

Van alquiló una motocicleta, venerable máquina con un sillín guarnecido de fieltro de billar y un pretencioso manillar de falso nácar, y se lanzó por una ruta forestal estrecha y cruzada por raíces sobre las que iba saltando. Lo primero que distinguió fue el brillo estrellado de su bici abandonada. Ada estaba allí cerca, en pie, con las manos en las caderas, un ángel blanco de cabellos negros que miraba con aire de timidez. Llevaba puesto un albornoz y zapatillas de baño. Mientras él la llevaba en brazos hasta la espesura más próxima sentía que el cuerpo le ardía de fiebre, pero sólo comprendió hasta qué punto estaba enferma cuando, después de los espasmos apasionados, se levantó vacilante, con el cuerpo cubierto de hormiguitas rosas, y casi se desmayó, murmurando algo acerca de gitanos que les robaban los jeeps.

¡Qué cita aquélla, detestable y adorable a la vez! Van no podía recordar bien...

(Es verdad. Yo tampoco. Ada.)

...ni una sola palabra de las que pronunciaron, ni una pregunta, ni una respuesta. Se la llevó a toda prisa, tan cerca de la casa como le permitió la prudencia (después de dejar la bicicleta entre los helechos) y, ya de noche, cuando telefoneó a Blanche, ésta le susurró dramáticamente el siguiente informe: «*Mademoiselle* tiene una buena neumonía, mi pobre señor.»

Tres días más tarde, Ada estaba mucho mejor, pero Van tenía que volver a Man para tomar el mismo barco de regreso a Inglaterra. Había prometido incorporarse a una gira circense en la que participaban personas a las que no podía dejar plantadas.

Su padre acudió a desearle buen viaje. Se había teñido el pelo de un negro aún más negro. Llevaba en el dedo un diamante que rutilaba como una cima del Cáucaso. Sus largas alas negras con ocelos azules flotaban tras él agitadas por la brisa marina. *Lyudi oglyadivalis* (la gente se volvía a mirar). Una Tamara interina —párpados ennegrecidos, rojo de labios *kasbek* y flamante boca rosa — trataba en vano de adivinar qué podría ser más del agrado de su Demonio de amante: que se contentase con gemir e ignorar a su soberbio hijo, o que rindiese homenaje a la virilidad de Barba

Azul tal como se reflejaba en el cejijunto Van, el cual, por su parte no podía soportar su perfume caucasiaco, Granial Maza, a siete dólares el frasco.

(Sabes, Van, éste es, hasta ahora, mi capítulo favorito. No sé por qué pero lo adoro... Y puedes dejar a tu Blanche en brazos de su amiguito eso tampoco importa. Ada, con su más mimosa pluma.)

### XXX

El 5 de febrero de 1887, un editorial sin firma del *Ranter* (aquel semanario de Chose habitualmente tan sarcástico y tan trapacero) ensalzaba el número de Mascodagama como «la atracción más original e imaginativa que nunca haya sido ofrecida al hastiado público del music-hall». Masco dio varias representaciones en el Rantariver Club, pero ni en los programas ni en los carteles se encontraba definición más precisa que la de «Excéntrico Extranjero», ni había otras indicaciones para el público sobre la identidad del artista o sobre la exacta naturaleza de su exhibición. Rumores cuidadosos y hábilmente alimentados por los amigos de Mascodagama daban a entender que podía ser un misterioso visitante venido de más allá del Telón de Oro. La cosa parecía tanto más digna de crédito cuanto que media docena de artistas pertenecientes a la compañía del Circo Dobrososedski («Buena Vecindad»), que llegaba de Tartaria en aquel preciso momento, es decir, en vísperas de la Guerra de Crimea —un viejo payaso enfermo con su cabra parlante, tres bailarinas y el esposo de una de ellas, maquillador y seguramente agente múltiple—, habían ya desertado, entre Francia e Inglaterra, en algún punto del recién construido «Chunnel». El extraordinario éxito obtenido por Mascodagama en aquel círculo dramático universitario, cuyo repertorio se limitaba por lo general al teatro isabelino, con reinas y hadas representadas por guapos jovencitos, no tardó en ser explotado por los caricaturistas de la Prensa. Los decanos de Chose, los políticos del distrito, los estadistas y, por supuesto, el jefe en funciones de la Horda de Oro, eran representados por los humoristas de la actualidad como otros tantos Mascodagamas. Un imitador grotesco (que no era otro que el mismo Mascodagama en una parodia super refinada de su propio espectáculo) fue abucheado en Oxford (colegio femenino de las inmediaciones) por alborotadores locales. Un astuto periodista que le había oído maldecir de un mal pliegue de la alfombra del escenario comentó en el periódico su «acento yanqui». El admirado señor «Vascodagama» fue incluso invitado a Windsor por el propietario del castillo, un descendiente bilateral de los antepasados de Van, pero él declinó la invitación por imaginarse (equivocadamente, según pudo saberse más tarde) que la errata sugería que su incógnito había sido descubierto por uno de los agentes secretos que operaban en Chose, tal vez el mismo que, algún tiempo antes, había salvado al psiquiatra P. O. Tiomkin del puñal de un cierto príncipe Potiomkin, un joven perturbado que venía de Sebastopol, Idaho.

Van pasó sus primeras vacaciones de verano en la célebre clínica de Chose, preparando, bajo la dirección de Tiomkin, una ambiciosa tesis que nunca terminó: *Terra: ¿realidad eremítica o ensueño colectivo?* Interrogó a toda clase de neuróticos, entre ellos a varios artistas de variedades, a varios escritores y, por lo menos, a tres cosmólogos, intelectualmente lúcidos pero espiritualmente «perdidos», que habían descubierto, nadie sabía dónde ni cómo (quizá se encontraban en comunicación telepática, pues nunca se habían visto y ninguno de ellos conocía la existencia de los demás (tal vez por medio de alguna especie de «ondas» prohibidas), un mundo verde que giraba

en el espacio y espiraleaba en el tiempo, que, en la relación espíritu-materia, era semejante al nuestro y que ellos describían con los mismos detalles particularizados, como tres personas que observasen, desde tres ventanas diferentes, Una misma cabalgata de carnaval.

Van pasaba sus horas libres en medio de una grosera disipación.

A la mitad del verano se le propuso un contrato para una serie de representaciones, con doble sesión, en un famoso teatro de Londres. Debía comenzar durante las vacaciones de Navidad y continuar luego con representaciones de fin de semana durante toda la temporada de invierno. Aceptó gustosamente, pues estaba muy necesitado de algo que le distrajese de sus peligrosos estudios. La clase de obsesión que padecían los enfermos de Tiomkin era de naturaleza contagiosa para los jóvenes investigadores.

La reputación de Mascodagama había cruzado América de cabo a rabo. Una fotografía suya, con antifaz desde luego, pero que no podía engañar a un pariente cercano o a un fiel servidor, fue reproducida por los periódicos de Ladore, de Ladoga, de Laguna, de Lugano y de Luga en la primera semana del mes de enero de 1888. El texto que había debido acompañarla no apareció: sólo un poeta (particularmente alguno del grupo «Campanario Tenebroso», como observó algún bromista) habría podido describir de manera adecuada aquel estremecimiento macabro y muy particular que acompañaba a la extraordinaria demostración de Van.

El telón se alzaba sobre un escenario vacío. Después de cinco latidos de corazón, algo enorme y negro salía de entre bastidores con un acompañamiento de tambores de derviche. El estremecimiento producido por su entrada poderosa y precipitada afectaba tan profundamente a los niños que, mucho tiempo después, en los limbos y lágrimas de los insomnios, en el fulgor insostenible de las pesadillas, las muchachitas y los muchachitos sensibles revivían, con interpolaciones de su propia cosecha, algo que se parecía a la «angustia original», una malignidad informe, el soplo de un ala desconocida, la insoportable dilatación de la fiebre que brotaba, como un viento de caverna, del escenario embrujado. En la cruda luz que iluminaba la alfombra de colores chillones aparecía y se ponía a correr a grandes zancadas un gigante de unos dos metros y medio, enmascarado y calzado con esas botas flexibles que usan los bailarines cosacos. Un inmenso abrigo negro de pelo largo, de tipo *burka*, envolvía su *silhouette inquietante* (la expresión es de una correspondiente de la Soborna; hemos conservado todos los recortes de periódico) y la disimulaba desde el mentón a las rodillas, o a lo que parecía corresponder a esa parte del cuerpo. Una gorra de astrakán le cubría la cabeza y un antifaz negro la parte superior de su cara, adornada por una copiosa barba. El poco agraciado coloso se pavoneaba por el escenario y, luego, su pavoneo se convertía en el caminar sin pausa de un loco enjaulado; después hacía una pirueta y, a un toque de los platillos de la orquesta acompañado de un grito de terror (tal vez fingido) en el gallinero, daba una voltereta en el aire y se plantaba cabeza abajo.

En aquella extraña posición, ayudándose con el gorro como si se tratase de un cojinete pseudopódico, se ponía a dar brincos en un estilo *pogostick...* y, súbitamente, se dislocaba. El rostro de Van, hendido por una amplia sonrisa, aparecía brillante de sudor entre las dos botas que calzaban aún sus dos brazos rígidamente levantados; al mismo tiempo, sus verdaderos pies hacían caer rodando la falsa cabeza, el gorro y la máscara barbuda. La mágica inversión «cortaba el aliento

a los asistentes». Y cuando éstos habían recuperado aquél, estallaban los aplausos frenéticos («ensordecedores», «delirantes», «verdadera tempestad»...). Van salía del escenario en tres saltos, para reaparecer en seguida, enfundado en una malla negra y bailando la giga sobre las manos.

Si dedicamos tantas líneas a la descripción de esta pantomima no es solamente porque los artistas del género «excéntrico» son los que el público antes olvida, sino porque nos parece oportuno analizar las emociones que Van experimentaba en aquel ejercicio. Ninguna de sus milagrosas «cogidas al vuelo» en los campos de *cricket*, ninguno de sus gloriosos goles en un partido de fútbol (era campeón de su colegio en ambos espléndidos deportes), ninguno de sus éxitos más antiguos — como el k.o. que administró, el mismo día de su ingreso en Riverlane, al más robusto matón del establecimiento— le habían proporcionado nunca la satisfacción que le producía Mascodagama. Esta satisfacción no estaba directamente relacionada con los cálidos efluvios de la ambición satisfecha, aunque en su extrema vejez, cuando dirigía su mirada retrospectiva a una vida de esfuerzos mal apreciados, Van evocaba con divertido placer, un placer más vivo sin duda que el que había experimentado en su momento, las alabanzas triviales y las lógicas envidias que le habían acompañado durante un breve período de su juventud. Esta singular satisfacción era justamente comparable a la que más tarde encontró en ciertos ejercicios en apariencia absurdos y de una extravagante dificultad que V.V. se imponía a sí mismo y cuyo objeto era expresar algo que, antes de ser expresado, sólo poseía una existencia crepuscular (o ninguna clase de existencia, a no ser la ilusión de la sombra retrospectiva de su inminente expresión). Así era el castillo de naipes de Ada. Así era la proeza de una metáfora puesta en equilibrio sobre su cabeza, no por el placer de la dificultad vencida, sino con el fin de percibir la caída ascendente de una cascada o una salida del Sol al revés, lo cual, en cierto sentido, es una victoria sobre el Ardis del tiempo. Así, la embriaguez que experimentaba el joven Mascodagama al vencer a la gravedad se parecía a la de la revelación artística considerada en un sentido totalmente insospechado por los inocentes de la crítica, los comentaristas de la escena social, los moralistas, los fabricantes de ideas, etc. Van, sobre las tablas, ejecutaba de una manera orgánica lo que sus figuras de retórica debían ejecutar más tarde en su vida: milagros de acrobacia que nunca se hubiesen esperado de ellas y que daban miedo a los niños.

Por lo demás, el placer puramente físico de la deambulación manual no era un factor despreciable, y las manchas irisadas que la alfombra del escenario imprimía en sus palmas de bailarín durante la giga final eran como los reflejos de un mundo inferior, de brillantes colores, que él hubiese sido el primero en descubrir. Para el tango que ponía fin a su número durante la última *tournee* le dieron como pareja a una bailarina de cabaret de Crimea, que llevaba un vestidito de lentejuelas, muy corto y muy descotado por la espalda. La muchacha cantaba en ruso el estribillo del tango:

*Pod znóynim nébom Argentini,*

*pod strástniy góvor mandolini.*

(bajo el cielo bochornoso de Argentina

al ritmo ardiente de la mandolina.)

La frágil y pelirroja «Rita» (Van no supo nunca su verdadero nombre), linda karaíta originaria de Chufut Kalé, donde, como ella decía con nostalgia, el cornejo (*kizil*) de Crimea exhibe sus flores amarillas entre los áridos roquedales, se parecía extrañamente a la Lucette de diez años más tarde. Mientras bailaban juntos, todo lo que Van veía de ella era el vivo movimiento de sus zapatitos de plata, andando y girando al mismo ritmo que las palmas de Van. Éste se resarcía durante los ensayos. Una noche le pidió una cita. Ella se negó indignada, diciendo que adoraba a su marido (el maquillador) y que detestaba a Inglaterra.

Chose gozaba de una vieja reputación por el rigor de sus reglamentos, así como por la brillantez de sus bromistas. La identidad de Mascodagama no podía escapar al interés ni al conocimiento de sus autoridades. El tutor de Van, un homosexual austero y decrepito, desprovisto del más mínimo sentido del humor y dotado de un respeto innato por todos los convencionalismos de la vida académica, advirtió a un Van muy irritado y casi descortés, que en su segundo año de Chose no debería combinar la ciencia con el circo, y que, si se obstinaba en jugar a «excéntricos», sería expulsado del colegio. El enojoso personaje escribió además una carta a Demon, rogándole que hiciese de modo que su hijo abandonase las proezas físicas, en beneficio de la filosofía y la psiquetría, tanto más cuanto que Van era el primer americano (¡y a los diecisiete años!) que había conseguido el Premio Dudley (por un ensayo sobre la locura y la vida eterna). Van no estaba aún muy seguro sobre qué compromiso podría encontrar entre el orgullo y la prudencia cuando partió para América, a principios de junio de 1888.

### XXXI

Van volvió a la mansión de Ardis en 1888. Llegó en una tarde nubosa del mes de junio, sin ser esperado, ni invitado, ni requerido, con un collar de diamantes arrollado en el bolsillo. Cuando se acercaba, descubrió, en un césped lateral, una escena extraída de alguna vida nueva y que se ensayase allí para una película desconocida, sin él ni para él. Al parecer, había habido una gran reunión, que estaba ya disolviéndose. Tres damas jóvenes, con vestidos amarillo-azul de Vass y elegantes chales en arco iris, rodeaban a un joven algo gordo, algo presumido y algo calvo, que tenía en la mano una flauta campestre y que miraba hacia abajo, desde la terraza del salón, a una chica vestida de negro y con los brazos desnudos. Frente a la escalinata, un chófer canoso estaba tratando de poner en marcha un viejo coche deportivo que se sobresaltaba a cada golpe de manivela. Los brazos desnudos, ampliamente abiertos, sostenían desplegada la capa blanca de la baronesa Von Skull, tía abuela de la joven. Sobre el blanco de la capa, la esbelta figura de Ada se perfilaba en negro —el negro de su elegante vestido de seda, sin mangas, sin adornos, sin recuerdos—. La vieja baronesa de lentos ademanes buscaba a tientas alguna cosa bajo su brazo derecho, después bajo el izquierdo —no se sabe qué, una muleta, el extremo suelto de una banda con dije colgante—, y, cuando se volvió a medias para recoger su capa (tomada de manos de su sobrina nieta por un lento criado contratado hacía poco), Ada también se volvió a medias y su garganta, todavía sin adornos, dejó ver su blancura, mientras subía corriendo los escalones del pórtico.

Van la siguió al interior de la casa, entre las columnas del vestíbulo, a través de un grupo de invitados y hasta una mesa lejana con botellas de cristal llenas de *ambrosía* de cerezas. Ada no llevaba medias, aunque eso fuese contra la moda. Sus pantorrillas eran nerviosas y pálidas, (aquí introduzco una nota para una novela fantasma) «el profundo escote de su vestido negro proporcionaba un agudo contraste entre la blancura mate y familiar de su piel y la cola de caballo negra y brutal de su nuevo peinado».

Van se sentía dividido entre dos emociones que se excluían mutuamente: por un lado, la certidumbre enloquecedora de que en cuanto llegasen, en el laberinto de la pesadilla, cierto cuartito de luminosa memoria, provisto de un lecho y un lavabo infantil, ella se le uniría, con su belleza nueva; por otro lado —el lado sombrío —el terror pánico de encontrarla cambiada, detestando lo que él deseaba como una obra mala y condenable y revelándole el horror de la nueva situación: ambos estaban muertos, o sólo existían como figurantes en una casa alquilada para el rodaje de una película.

Pero unas manos que le ofrecían vino o almendras, o que se ofrecían a sí mismas, se interfirieron en su indagación sonambulesca. Apresuró el paso sin hacer caso de las exclamaciones de saludo: el tío Dan, lanzando un grito, le señalaba con el dedo a un desconocido que fingía admiración por aquel truco óptico, y, casi al mismo tiempo, una Marina repintada, con peluca roja, muy achispada y muy llorosa, pegaba sus labios enviscados de vodka con cerezas a sus mejillas y demás partes no protegidas, con sonoras demostraciones colmadas de sonidos maternos, gemidos ahogados y mugidos de ternura rusa.

Van se soltó y reemprendió su búsqueda. Ella había pasado al salón, pero en la expresión de su espalda, en la tensión de sus omoplatos, Van supo que le había visto. Se secó la oreja humedecida y ensordecida, y saludó con un gesto de cabeza al vaso levantado de un fornido muchacho rubio (¿Percy de Prey? ¿O era que Percy de Prey tenía un hermano mayor?). Una chica, la cuarta en lucir la «creación» de verano —trigos y acianos —del modisto canadiense, detuvo a Van para informarle con un gracioso mohín gentil de que no la había reconocido, lo cual era cierto.

—Estoy molido. Mi caballo ha metido un casco entre las planchas herrumbrosas del puente de Ladore. Ha habido que matarlo. He caminado más de tres leguas. Creo que estoy soñando. Me parece que usted es la señorita Durêvaussi.

—No, soy Córdula —pero él ya se había marchado.

Ada había desaparecido. Luego de haberse desembarazado del canapé de caviar que descubrió, pegado como una etiqueta, entre sus dedos, se encaminó a la antecocina y pidió a un nuevo criado, hermano de Bout, que le condujera a su antigua habitación y que le llevase uno de aquellos tubos de caucho que utilizaba cuatro años antes, en su infancia. Además de algún pijama que sobrase. Su tren había descarrilado en pleno campo, entre Ladoga y Ladore, y había hecho más de treinta kilómetros a pie, y Dios sabía cuándo le llegaría el equipaje.

—Acaba de llegar —dijo el verdadero Bout con una sonrisa a la vez confidencial y fúnebre (Blanche le había dado calabazas).



Antes de bañarse, Van sacó el cuello por la estrecha ventana para ver los laureles y las lilas de la escalinata, desde donde subía el alegre guirigay de las despedidas. Advirtió a Ada, que corría detrás de Percy de Prey, el cual se había puesto su sombrero de copa gris perla y se alejaba travesando un cuadro de césped. Aquella imagen revivió en la mente de Van el recuerdo fugitivo de cierto *paddock* donde él y Percy habían hablado una vez de un caballo cojo y de Riverlane. Ada alcanzó al joven en una súbita mancha de sol. Él se detuvo, y ella le dijo unas palabras moviendo bruscamente la cabeza, como hacía cuando estaba inquieta o descontenta. De Prey le besó la mano. Era francés, pero correcto. Ahora bien, mientras ella le hablaba, retuvo la mano que había besado, y la besó de nuevo; y eso no se hacía, eso era espantoso, eso era intolerable.

Abandonando su atalaya de observación, Van, desnudo, se dirigió hacia las ropas que se había quitado y encontró el collar. Con fría cólera, lo rompió en treinta, en cuarenta granizos centelleantes, algunos de los cuales rodaron a sus pies cuando ella irrumpió en la habitación.

Su mirada barrió el suelo.

—¡Qué lástima...! —comenzó.

Van, flemático, utilizó la réplica dramática del célebre cuento de mademoiselle Larivière: «Pero, amiga mía, si era falso...»; lo cual, dicho sea de paso, era más falso todavía. Pero, antes de recoger los diamantes desgranados, Ada cerró la puerta con llave y abrazó a Van, llorando. El contacto de su piel y de la seda resumía toda la magia de la existencia. Pero, ¿por qué todo el mundo tiene que recibirme con lágrimas? Y también querría saber si aquel muchacho era Percy de Prey. El mismo. ¿Pero el Percy que había sido expulsado de Riverlane? Ella suponía que sí. Había cambiado mucho, se había puesto gordo como un cerdo. No se podía decir de otra manera. ¿Y ése era su nuevo galán?

—Y ahora —dijo Ada —Van va a dejar de ser vulgar, y a no serlo nunca más. Porque yo no he tenido, ni tengo, ni tendré nunca más que un galán y un patán, que una sola pena y una sola alegría.

—Más tarde recogeremos tus lágrimas —dijo él—. Las lágrimas pueden esperar, pero yo no.

Los labios abiertos de Ada estaban ardientes, trémulos, pero cuando él quiso desnudarla, ella titubeó y murmuró de mala gana una negativa, porque la puerta se había movido. Dos puñitos tamborileaban fuera, con un ritmo que Ada y Van conocían perfectamente.

—¡Hola, Lucette! —gritó Van—. Estoy cambiándome, márchate.

—Hola, Van. No te busco a ti, sino a Ada. Ada, dicen que bajas.

Uno de los gestos habituales de Ada, del que se valía para resumir en una fórmula muda los múltiples aspectos de una situación lamentable («ya ves como yo tenía razón; las cosas son así; no hay nada que hacer»), consistía en describir con sus dos manos el contorno redondo de una copa desde el borde hasta la base, inclinándose con melancolía. Eso fue lo que hizo antes de salir de la habitación.

Unas horas más tarde, la situación cambió de un modo infinitamente más agradable. Para la cena, Ada se había puesto otro vestido —de algodón carmesí—, de cuya cremallera tiró Van tan

impetuosamente, cuando volvieron a encontrarse en mitad de la noche (en el viejo cuartito de los instrumentos, a la luz de una lámpara de carburo), que estuvo a punto de rasgarlo de arriba abajo y de descubrir de golpe la entera belleza de Ada. Estaban todavía en pleno combate (en el mismo banco, cubierto por la misma manta escocesa expresamente llevada allí) cuando la puerta del jardín se abrió sin ruido y dejó paso a Blanche, que se deslizó, como un fantasma imprudente, en su escondite. Tenía su propia llave y volvía de una cita con Sore, el viejo vigilante nocturno borgoñón. La idiota se detuvo boquiabierta ante la joven pareja.

—La próxima vez, llame —dijo Van con una amplia sonrisa, y sin molestarse en hacer una pausa... es más, saboreando, quizás, la mágica aparición: Blanche llevaba una capa de petigrís que Ada había perdido en el bosque. ¡Qué guapa se había puesto, y cómo le comía con los ojos! Pero Ada apagó la linterna, y la chica, murmurando algunas excusas, encontró a tientas el camino para volver a la casa. Ada dejó oír una risita retozona y Van prosiguió su apasionante tarea.

Estuvieron mucho tiempo juntos, incapaces de separarse, sabiendo que cualquier explicación sería buena si alguien llegaba a preguntarse por qué sus habitaciones habían permanecido vacías hasta el alba. El primer rayo de la mañana manchaba con un toque fresco la pintura verde, de una caja de herramientas, cuando se levantaron, impulsados por el hambre, y se dirigieron de puntillas a la despensa.

—*Chto, vispalsya, Vahn* (bueno, Van, ¿has quedado satisfecho?) —dijo Ada, imitando a la perfección la entonación de su madre; y luego continuó en el inglés materno—: Juzgo por tu apetito. Y supongo que esto sólo ha sido tu primer desayuno.

—¡Ah! —gruñó Van—, ¡mis rótulas! Ese banco no era nada blando. Y estoy hambriento.

Se sentaron uno frente a otro, a la mesa del desayuno, y se atracaron de pan negro con mantequilla, jamón de Virginia, generosos cortes de auténtico queso suizo (y, toma, prueba esta miel tan límpida), dos primitos felices ocupados en «saquear la nevera» como los niños de los antiguos cuentos de hadas. Y los mirlos silbaban melodiosamente en el verde resplandor del jardín, donde las sombras verdes retraían sus uñas.

—Mi profesor de teatro —dijo Ada— me encuentra mejor en la farsa que en la tragedia. Dios mío, si se supiera...

—No hay nada que saber —replicó Van—, absolutamente nada ha cambiado. Al menos, esa es mi impresión de conjunto, pero estaba demasiado oscuro en esa caverna para que haya podido juzgar en detalle. Mañana haremos un examen más profundo en nuestra isleta. Hermana, ¿recuerdas aún...?

—¡Oh, cállate! —dijo Ada—. Ya he dicho adiós a todo eso... *Petits vers, petits vers de soie...*

—Vamos, vamos —protestó Van—, algunas rimas eran acrobacias admirables, tratándose de niños: «*Oh, qui me rendra ma Lucille, et le grand chène, and "dze" big hill*»... La pequeña Lucila —añadió, tratando de disipar con una broma la preocupación aparecida en el rostro de Ada—, la pequeña Lucila se ha convertido en una cosa tan aterciopelada que creo que me pasaré a su servicio si tú

sigues enfurruñándote así. La primera vez que te enfadaste conmigo, me acuerdo, fue porque asusté a un pinzón apedreando a una estatua. ¡Eso es memoria!

Ada dijo que ella, ahora, estaba en malas relaciones con la memoria. Y añadió que los criados no tardarían en levantarse y que por fin podrían comer algo caliente. Aquel frigorífico sólo contenía golosinas.

—¿Por qué te has puesto triste de pronto?

Ada confesó que sí, que estaba triste, que tenía serias preocupaciones y que la situación sin salida en que se encontraba la habría vuelto loca si no hubiera estado segura de que su corazón era puro. Se explicaría mejor con una alegoría. Se sentía un poco como la heroína de una película que Van podría ver pronto, una chica que sufre la triple angustia de una tragedia que está obligada a ocultar so pena perder su único y verdadero amor, la cabeza de la flecha, la punta dolorosa. Soporta en secreto tres suplicios simultáneos. Trata de romper una aventura tenaz y dulce con un hombre casado por quien siente compasión; de cortar a tiempo el primer brote, rojo y pegajoso, de una loca aventura con un joven y seductor imbécil que le inspira aún más piedad; y de conservar intacto el amor de aquél que es toda su vida y que está por encima de la piedad, por encima de la indigencia de su piedad de mujer, porque su «ego» (como dice el guión) es más rico y más orgulloso que todo lo que serían capaces de imaginar aquellos dos miserables gusanillos.

¿Qué había hecho, por cierto, de sus pobres gusanos, después del prematuro final de Krolik?

—¡Oh, les he dejado en libertad! —gran gesto vago—. Les he devuelto al aire libre, a sus plantas nutricias, o les he enterrado en estado de crisálida y les he dicho que escapasen a prisa mientras los pájaros no mirasen o, ay, fingiesen no mirar. Así pues, para terminar con mi parábola (porque tienes gracia para interrumpirme y para desviar el curso de mis ideas), me siento atenazada, además, por la íntima tortura de la ambición. Sé que nunca seré una bióloga. Mi pasión por las criaturas rastreras es grande, pero no exclusiva. Sé que amaré siempre, hasta la adoración, a las orquídeas, a las setas, a las violetas, y que todavía me verás salir sola, para vagabundear sola por los bosques y volver a casa sola, con un pequeño lirio solitario. No obstante, en cuanto me sienta con fuerzas, tendré que renunciar también a las flores, por irresistibles que me parezcan. Quedan la gran ambición y el grandísimo terror: el sueño de las más peligrosas, de las más inaccesibles y dramáticas ascensiones al azur... Para terminar, sin duda, como una de esas solteronas, pobres arañas hiladoras que enseñan en las escuelas de arte dramático, consciente —puesto que insistes, siniestro insistente —de que nunca podremos casarnos y representándome sin cesar el deplorable ejemplo de la patética, de la brava, de la mediocre Marina.

—¡Vamos! —dijo Ven—. Ese parlamento sobre solteronas no tiene ningún sentido. Encontraremos el medio de vencer el obstáculo. Con documentos artísticamente falsificados nos convertiremos en parientes cada vez más lejanos, hasta que sólo seamos unos simples homónimos. En el peor caso, nos contentaremos con vivir sin escándalo (tú como mi ama Je llaves, yo como tu epiléptico), y luego, como en tu Chejov, «veremos el cielo todo constelado de diamantes».

—¿Los has encontrado todos, tío Van? —preguntó Ada suspirando y apoyando la cabeza sobre su hombro. Ya se lo había dicho todo.

—Más o menos —contestó Van, sin comprender que se lo había confesado todo—. He hecho la mejor investigación de un suelo lleno de polvo practicada nunca por un héroe romántico. Un brillante pilludo se las ha arreglado para rodar bajo la cama, donde crece una selva virgen de pelusas y hongos. Haré que los lleven de nuevo a Ladore la próxima vez que vayan allí. He de comprar muchas cosas: una suntuosa bata de baño para hacer honor a nuestra nueva piscina, una crema llamada Crisantema, un par de pistolas de duelo, una colchoneta de playa plegable, a poder ser negra para que tu blancura resalte, no sobre la playa, sino sobre ese banco y sobre nuestra *isla de Ladore*.

—El único reparo —comentó Ada —es que no me parece bien que hagas el ridículo buscando pistolas en las tiendas de antigüedades, cuando Ardis Hall está lleno de viejos fusiles, de carabinas, de revólveres, de arcos y de flechas. ¿Recuerdas? Habíamos practicado mucho con esas armas, cuando éramos niños.

¿Que si lo recordaba? ¡Claro que lo recordaba! Cuando éramos pequeños... Sí... En realidad, qué desconcertante resultaba recordar aquel pasado reciente en términos de juegos de niños... Porque nada había cambiado (tú estás aquí, a mi lado, ¿no es cierto?), nada, aparte de unas pequeñas mejoras en lo que concierne al parque y a la institutriz.

Sí, ¿no era graciosísimo? Mlle. Larivière prosperando, pavoneándose en el papel de gran novelista. ¡*Best-seller* entre los *best-sellers* canadienses! Su relato *La Rivière de diamants* se había convertido en un clásico en los colegios femeninos, y su mirífico seudónimo Guillaume de Monparnasse (la omisión de la «t» lo hacía más íntimo) era conocido desde Québec hasta Kaluga. Como ella decía en su exótico inglés, *fame struck, and the roubles rolled, and the dollars poured*.

Ambas monedas eran de curso legal por aquella época, en la Estocilandis Oriental. Pero la excelente Ida, lejos de abandonar a Marina, de quien estaba platónica e irrevocablemente enamorada desde que la había visto en *Bilitis*, se reprochaba el que su excesivo abandono a la inspiración novelesca le hiciera descuidar a Lucette. En consecuencia, ahora, en los sobresaltos de su celo estival, dedicaba a la niña infinitamente más atención que la que la pobre pequeña Ada (*Ada dixit*) había obtenido nunca a los doce años, tras su primer trimestre (deplorable) en el colegio. ¡Qué tonto había sido Van, sospechar de Córdula! La casta, la dulce, la obtusa pequeña Córdula de Prey, cuando Ada le explicó y volvió a explicarle, dos, tres veces, en diversos códigos, que se había inventado aquella mala y tierna camarada en el momento en que la habían arrancado literalmente de él y no había hecho más que suponer —por anticipación, por así decirlo —la existencia de tal chica. Era una especie de cheque en blanco que trataba de obtener de Van.

—Y lo tuviste —dijo éste—, pero ahora lo he roto y no lo renovaré. Pero, ¿por qué corrías detrás del gordo Percy? ¿Era tan importante?

—Sí, muy importante —dijo Ada, lamiendo una gota de miel caída en su labio inferior—. Su madre estaba al dorófono y él me había pedido que le dijese que ya estaba de vuelta. Y yo me olvidé de todo y subí corriendo a darte un beso.

—En Riverlane —dijo Van —llamamos a eso una «verdad-buñuelo»: sólo la verdad, toda la verdad y un agujero en la verdad.

—¡Te odio! —gritó Ada, e hizo lo que ella llamaba «el gesto de la rana avisadora», porque Bouteillan acababa de aparecer en el vano de la puerta, con el bigote afeitado, ventrudo, sin chaqueta ni corbata y con unos tirantes púrpura que sostenían a la altura del pecho su pantalón negro. Anunció que iba a traer el café y desapareció.

—Pero permíteme que te pregunte una cosa, querido Van. ¿Cuántas veces me has sido infiel desde el mes de septiembre de 1884?

—Seiscientos trece veces —dijo Van—. Por lo menos con un par de centenares de perdidas que se contentaban con acariciarme. Te he sido absolutamente fiel, porque aquello sólo fueron «obmanipulaciones» (caricias ficticias y sin importancia, prodigadas por unas manos frías de las que no me acuerdo).

El mayordomo, ahora completamente vestido, llegó con el café y las tostadas, y la *Gaceta de Ladore*, en la que se veía una foto de Marina recibiendo los homenajes idólatras de un joven actor de sangre latina.

—¡Vaya! —exclamó Ada—. Lo había olvidado completamente. Vendrá hoy, con un personaje del cine. Y nos reventarán la tarde. Pero me he reanimado y me siento en forma —añadió (después de una tercera taza de café)—. Son sólo las siete menos diez. Iremos a dar un buen paseo por el parque: hay dos o tres sitios que podrás reconocer muy bien.

—Amor mío —dijo Van—, mi orquídea fantasma, mi gentil espantalobos. ¡No he dormido desde hace dos noches! Me pasé la primera imaginando la segunda, y la segunda me reservaba aún más de lo que había imaginado. Por el momento, ya me he saciado de ti.

—No te ha salido muy bien el cumplido —dijo Ada, llamando enérgicamente para pedir un suplemento de tostadas.

—Ocho veces te he presentado mis homenajes, como cierto veneciano...

—No me interesan tus vulgares venecianos. Te has vuelto tan grosero, querido Van, tan extraño.

—Perdón —dijo él, levantándose—. Ya no sé lo que digo. Estoy muerto de cansancio. Nos veremos a la hora de comer.

—Hoy no habrá comida —dijo Ada—, sino un mal tentempié al borde de la piscina, y bebidas empalagosas durante todo el día.

Van se inclinó hacia ella y quiso besar su sedosa cabeza, pero en aquel preciso momento entró Bouteillan, y mientras Ada le reprochaba severamente su tacañería con las tostadas, Van escapó.

## XXXII

El guión estaba a punto. Marina leía, echada en una dormilona en medio del patio, vestida con una túnica dorada y un sombrero de coolí. Calvo y avejentado, el pecho adiposo acolchado con un pelo

grisáceo, su director, G. A. Vronski, tomaba sorbos de su vodka con tónica, sacaba páginas mecanografiadas de una carpeta de cartón y se las pasaba a Marina. Al otro lado de Marina, un joven actor de una belleza repugnante y prácticamente desnudo, estaba sentado a lo árabe sobre una estera. Pedro (apellido desconocido, «nombre de guerra» olvidado) tenía los ojos oblicuos, las orejas de sátiro y la nariz de lince. Marina le habla traído de Méjico y le tenía en un hotel de Ladore.

Ada, tumbada al borde de la piscina, hacía cuanto podía por convencer al tímido *dacksel* de que se dirigiese hacia el objetivo fotográfico en una posición razonablemente vertical y decente, mientras que Philip Rack, un joven músico insignificante, pero bastante simpático, que en su bañador holgado parecía aún más torpe y lamentable que con el traje de terciopelo verde con el que solía presentarse para dar sus lecciones de piano a Lucette, trataba de reunir en una misma foto las mandíbulas babeantes del recalcitrante animalito y el escote de Ada, que su posición (la chica estaba más o menos acostada sobre el vientre) contribuía a poner de manifiesto en la abertura del bañador.

Si dirigimos ahora nuestra cámara hacia otro grupo, en pie y algo apartado bajo las guirnaldas violeta de la arcada del patio, podremos tomar un plano medio de la embarazada esposa del joven maestro, que lleva un vestido de lunares y vierte almendras saladas en las copas, y de nuestra distinguida novelista, resplandeciente con sus volantes malva, su sombrero; malva y sus zapatos malva, tratando de aprisionar en jersey acebrado el torso de Lucette... que se rebela y la replica con groserías aprendidas de una criada, pero pronunciadas en un tono de voz que apenas llegaba al umbral auditivo del algo duro oído de Mlle. Larivière.

Lucette no se puso el jersey. Su piel fresca y tersa tenía el color del jarabe de melocotón, su pequeña grupa se mecía graciosamente, moldeada por unos cortos pantalones verde sauce y el sol pulía sus cortos cabellos rojos y su torso gordezuelo, que sólo revelaba aún un imperceptible circunloquio de feminidad. Van, de un humor desabrido, recordaba, con una mezcla de sentimientos, cuánta ventaja había llevado en ese aspecto la hermana mayor cuando aún no tenía los doce años.

Había pasado la mayor parte del día durmiendo en su habitación y un largo sueño lúgubre y caótico le había hecho revivir, en una especie de parodia insípida, su agotadora noche «casanoviana» con Ada, y la conversación matutina, algo inquietante, que había tenido con ella. Al escribir estas líneas, después de tantos altibajos en el sendero del tiempo, encuentro cierta dificultad para no confundir nuestra conversación, transcrita de un modo inevitablemente estilizado, con la letanía de lamentaciones, a propósito de traiciones sórdidas, que obsesionó al joven Van en su sombría pesadilla ¿O era ahora cuando soñaba que había soñado? ¿*Les Enfants maudits* era realmente el título de una novela escrita por una institutriz grotesca? Una novela que iba a ser llevada a la pantalla por frívolos monigotes, ocupados ahora en discutir su adaptación, y que, por arte de éstos, se convertiría en algo aún más trivial y almibarado que *El Libro de la Quincena*. ¿Acaso detestaba a Ada como la había detestado en su sueño? ¡Pues sí!

A los quince años, Ada se había convertido en una enervante y desesperante belleza. Y bastante descuidada, además. Era excéntrica en sus maneras y en su aliño. Despreciaba los baños de sol y en la blancura descarada de sus miembros y de sus omoplatos descarnados no había ni el menor vestigio del bronceado que había californizado a Lucette.

Prima lejana y no hermana de Rene (ni siquiera su hermanastra, tan líricamente anatematizada por Monparnasse), Ada saltó sobre Van como podía haberlo hecho sobre el tocón de un árbol, y devolvió a su madre el confundido perro. El actor, que muy probablemente iba a encontrarse con el puño de alguien en una escena próxima, hizo una observación obscena en mal francés.

—*Du sollst nicht zuhoren (No debes escuchar)* —murmuró Ada, junto a la oreja de Dack el Teutón antes de depositarlo en el halda de Marina, bajo los «niños malditos»—. No se habla así delante de un perro —añadió, sin dignarse mirar a Pedro, el cual, sin embargo, se levantó, se reajustó la entrepierna y se la adelantó, para darse una zambullida en la piscina, que ejecutó en un salto a lo Nurjinski.

¿Era verdaderamente bonita? ¿Era, al menos, lo que se llama atractiva? Era exasperación, era tortura. La estúpida muchacha había reunido sus cabellos bajo un gorro de goma, lo que daba a su nuca un aire insólito y vagamente médico, con todo aquel deshilacliado de mechones negros revueltos y aplastados, como si hubiese obtenido un puesto de enfermera y no fuera a bailar nunca más. Su traje de baño, una sola pieza de un gris azulado, parecía demasiado corto para ser decente y cómodo. Tenía una mancha de grasa y un agujerito encima de la cadera, posible obra de un larva hambrienta de sebo. Olía a algodón húmedo, a pelo de axilas y a nenúfares, como la loca Ofelia. Ninguno de aquellos pequeños detalles habría enojado a Van si éste hubiera estado a solas con ella, pero la presencia del supermacho Pedro lo volvía todo obsceno, sucio, intolerable. Van recordó la charada que le había cuchicheado doce horas antes, en la oscuridad del cuartucho de herramientas: «Mi primera, es mucha agua; mi segunda y tercera, un animal muy aficionado al agua.» Volvamos a los bordes de la piscina.

Nuestro joven amigo, que por naturaleza era excepcionalmente *brezgliv* (delicado, propenso a sentir asco), no tenía la menor gana de compartir unos metros cúbicos de agua de azulete clorado («el azul su baño») con dos extraños. No tenía nada de japonés, y siempre recordaba con un estremecimiento de asco la piscina cubierta de la escuela preparatoria, las narices mocosas, los pechos granujientos, los contactos accidentales con la odiosa carne masculina, la burbuja sospechosa estallando como una pequeña bomba fétida, y, sobre todo, sobre todo, el infame, el cínico triunfador que, metido en el agua hasta los hombros, orinaba secretamente (y Dios sabe cómo había zurrado Van a aquel Veré de Veré, pese a que era tres años mayor que él). También ahora ponía el mayor cuidado en mantenerse fuera del alcance de las posibles salpicaduras de Pedro y de Phil, que resoplaban y hacían el tonto durante el baño. El pianista, flotando y exhibiendo sus horribles encías en una mueca servil, no tardó en intentar arrastrar a Ada, que estaba tumbada en las losas del borde, pero ella se puso a salvo, abrazando la gran pelota naranja que acababa de sacar del agua y valiéndose de la misma como de un escudo. Rechazado el asaltante, tiró la pelota en dirección a Van, quien la apartó con un revés de la mano, rechazando el gambito, eludiendo la cabriola y despreciando a la jugadora.

A su vez, el hirsuto Pedro se izó sobre el borde y emprendió un *flirt* con la pobre chica (para la cual, las tonterías de Pedro eran la menor de sus preocupaciones).

—Su pequeño orificio debe ser arreglado —la dijo.

—¿Qué quiere usted decir, por el amor de Dios? —preguntó Ada, en vez de darle un bofetón.

El imbécil insistió:

—Permítame que toque su encantador *penetralium* —y posó un dedo mojado sobre el agujerito de su bañador.

—¡Ah, es *eso*! —Ada se encogió de hombros y subió el tirante que había sido desplazado por su movimiento—. No se preocupe de ello. La próxima vez quizás me ponga mi fabuloso bikini nuevo.

—La próxima vez, quizás nada de Pedro.

—¡Qué desgracia! Y ahora, vaya a traerme una coca-cola, como un perrito bueno.

—¿Y tú? —preguntó Pedro, al pasar junto a Marina—. ¿Otro vodka?

—Sí, querido, pero con pomelo, no con naranja. Y con un poco de azúcar. —Se volvió a Vronski—. No acierto a comprender por qué hablo en esta página como si tuviera cien años y en la siguiente como si tuviera quince. Porque, si se trata de un *flashback* —y supongo que se trata de un *flashback* (y cerraba las vocales, a la rusa)—, Renny, o René, no debería saber lo que parece saber.

—¡Si no lo sabe! —gritó G.A.—. Sólo es un *semi-flashback*. De todos modos, ese Renny, el amante número uno, ignora, desde luego, que ella trata de desembarazarse del número dos. Ella, durante ese tiempo, no deja de preguntarse si puede seguir concediendo citas al número tres, es decir, al caballero de la granja, ¿entendido?

—*Nu eto chto-to slojonovato* (un poco complicao), Grigori Akimovich —dijo Marina, rascándose una mejilla. Olvidaba fácilmente, por puro instinto de conservación, las vicisitudes considerablemente más complicadas de su propio pasado.

—Lea, lea, todo se va aclarando —dijo G.A., pasando enérgicamente las hojas del ejemplar que él tenía.

—Esperemos —dijo Marina —que Ida no encuentre mal que hayamos hecho de Renny no sólo un poeta, sino también un bailarín de ballet. Pedro podrá lucirse, pero no se le puede exigir que recite poesía francesa.

—Que proteste —dijo Vronsky—. Puede meterse un poste de telégrafos... donde le quepa.

Marina tenía una secreta afición a las bromas picantes. El indecente poste de telégrafos la hizo retorcerse de risa —la misma risa a saltos y oledas de Ada (*pokativshis' so smehu vrode Adi*).

—Pero, seamos serios —dijo—. Sigo sin ver cómo y por qué su mujer (quiero decir, la del número dos) puede aceptar una situación así.

Vronski estiró sus veinte dedos.

—Ella está en una bendita ignorancia de todo el idilio, y, además, sabe que es torpe, rechoncha e incapaz de competir con la pimpante Helena.



—Yo lo comprendo, pero no todos lo comprenderán —dijo Marina.

Mientras tanto, *herr Rack*, nadando otra vez, se acercó de nuevo a Ada, sobre el borde de la piscina. En el curso de su elevación anfibia estuvo a punto de perder su informe taparrabos.

—Iván, permítame que le sirva también un *kok* ruso bien fresco —dijo Pedro, ciertamente un muchacho muy simpático, muy servicial y muy generoso.

—Mejor será que vaya a partir un coco —replicó el odioso Van, poniendo a prueba al desdichado fauno. Pero éste no consideró que hubiese ofensa alguna, y volvió a sentarse, riendo, en su estera. Claudio, al menos, no hacía la corte a Ofelia.

El melancólico joven alemán estaba de un humor filosófico próximo a la tentación de suicidio. Tenía que volver a Kalugano con su Elsie, la cual, según el pronóstico del doctor Ecksreher, «le haría papá de dres gemelos en *dres* semanas». Él detestaba Kalugano, su ciudad natal y la de su esposa, en la que, en un momento de ofuscación recíproca, la tonta de Elsie le había dado su flor sobre un banco público al salir de una alegre fiesta de la oficina, concelebrada en los «Muzakovski's Organs» donde el imbécil supersexuado tenía un buen empleo.

—¿Cuándo se marcha?

—El *güeves*, pasado mañana.

—Perfecto. Perfecto. Adiós pues, señor Rack.

El pobre Philip dobló el espinazo, sacudió su pesada cabeza, y, trazando con la punta del dedo desesperados nadas en la piedra mojada, dijo, con visibles contracciones de garganta:

—Uno siente... como si representase un papel y descubriese de pronto que ha olvidado la réplica siguiente.

—Eso le pasa a muchas personas —dijo Ada—. Debe ser un sentimiento *furchtbar* (*terrible*).

—Entonces... ¿nadie puede hacer algo por mí? ¿Ninguna esperanza, pues?

—Usted ya está muerto, señor Rack —dijo Ada.

Durante aquel horrible coloquio, Ada no había dejado de lanzar miradas de reojo. Vio al puro, al orgulloso Van, en pie a buena distancia, bajo el tulipanero, con una mano en la cadera y la cabeza echada hacia atrás, bebiendo cerveza directamente de la botella. Ella se alejó del borde de la piscina y de su cadáver, y se dirigió hacia el árbol, evitando, mediante un rodeo estratégico, primero a la novelista —la cual, ignorante del trato que estaba recibiendo su obra, dormitaba en una tumbona, de cuyos brazos caían, como dos racimos de champiñones rosa, sus regordetes dedos —y luego a la *vedette*, que estaba interrogándose con perplejidad sobre los matices de una escena de amor en la cual se mencionaba la «radiante belleza» de la joven castellana.

—Pero, ¿cómo se puede hacer eso de «radiante» en escena, y qué diablos significa «belleza radiante»?

—Belleza pálida —sugirió Pedro, elevando los ojos hacia Ada, que entonces pasaba ante ellos—, la belleza por la que tantos hombres estarían dispuestos a cortarse sus miembros.

—*Okey* —dijo Vronsky—. Acabemos con este maldito guión. Él abandona el patio de junto a la piscina, y, como nuestra intención es hacerlo en color...

Van abandonó el patio de junto a la piscina, y se alejó con paso rápido. Giró por una galería lateral que conducía a una parte del jardín plantada de arbustos, y que constituía una transición insensible con el parque. No tardó en darse cuenta de que Ada había apresurado el paso para seguirle. Ada levantó el brazo, dejando ver la estrella negra de su axila, se quitó el gorro de baño, y, con un brusco movimiento de cabeza, dejó en libertad al torrente de sus cabellos. Lucette, en colores, trotaba tras ella. Compadecido de los pies descalzos de las dos hermanas, Van dejó el sendero de gravilla y pasó a un cuadro de césped aterciopelado (reproduciendo, en sentido inverso, la maniobra del doctor Ero perseguido por el Albino Invisible de Wells en una de las más bellas novelas de la literatura inglesa). Las dos hermanas le dieron alcance en el Segundo Bosquecillo. Lucette recogió, al pasar, el gorro de baño y las gafas de sol de su hermana. ¡Qué vergüenza, tirar así unas gafas como éstas! Mi cuidadosa pequeña Lucette (nunca te olvidaré...) colocó ambos objetos en el tocón de un árbol, al lado de una botella de cerveza vacía, y prosiguió su trote, aunque luego regresó para examinar un puñado de champiñones rosa que colgaban del tocón, del cual salían extraños ronquidos. Doble hallazgo, doble sorpresa.

—¿Estás furioso porque...? —comenzó Ada, al llegar junto a él (había preparado una frase para explicarle que, después de todo, tenía que ser atenta con un afinador de pianos —prácticamente, un criado—, afectado de ciertas dolencias cardíacas y de una esposa vulgar y lamentable), pero Van la interrumpió.

—Hay dos cosas que me sublevan —la frase salió como un cohete—. Una morenita, hasta la más desaliñada de las morenitas, debe afeitarse las ingles antes de ponerlas al descubierto. Y una niña bien educada no permite a un lujurioso que le hurgue en las costillas, aunque no tenga más remedio que llevar un guiñapo comido de gusanos, maloliente y demasiado corto para cubrir sus encantos. ¡Ah! ¿Por qué diablos he vuelto a Ardis?

—Te prometo... te prometo ser menos descuidada a partir de ahora y no permitir a ese piojoso de Pedro que se acerque a mí —dijo Ada, acompañando su promesa de perentorias sacudidas de cabeza y de un glorioso suspiro de alivio (cuya causa tardaría aún mucho en torturar a Van).

—¡Esperadme! —gritó Lucette.

(¡Torturar, pobre amor mío! Torturar, sí. Pero todo eso está ya acabado, hundido, muerto. Nota de Ada, bastante posterior.)

Formaban entre los tres un bonito cuadro arcádico cuando se dejaron caer sobre la hierba, al pie del gran sauce llorón cuyos aberrantes miembros abrían un baldaquino oriental (apuntalado en muletas salidas de su propia carne... como este libro) sobre dos cabezas negras y una tercera de un rojo dorado, como lo habían hecho antaño, en las noches cálidas y sombrías, cuando éramos unos niños felices y despreocupados.

Van, acostado de espaldas, ahito de recuerdos, cruzó las manos por detrás de la nuca y contempló, entornando los ojos, el azul líbanes del cielo ensartado en la red del follaje. Lucette miraba con tierna admiración sus largas pestañas, y se compadecía de su fina piel, señalada por manchas rojas entre cuello y mandíbula, allí donde el afeitado es más difícil. Ada, inclinando su perfil de *keepsake* y dejando deslizar sobre su brazo pálido la melancólica cabellera de penitente (en correspondencia simpática con las sombras llorosas), examinaba con aire soñador la garganta amarilla de una eleborina, de un blanco de cera, que acababa de coger. Le detestaba, le adoraba. Era brutal, estaba indefensa.

Lucette, que nunca olvidaba su papel de camarada sensible y afectuosa, puso las palmas de las manos en el pecho velludo de Van y quiso saber por qué estaba enfadado.

Lucette le besó la mano, y empezó a hostigarle.

—¡Basta! —Lucette estaba restregándose contra su torso desnudo—. Estás muy fría y es desagradable.

—¡Mentiroso! Tengo calor, estoy ardiendo —replicó ella.

—Estás fría como dos mitades de melocotón en almíbar. Y ahora, quítate de ahí, anda, sé buena.

—¿Dos? ¿Por qué dos?

—Sí, por qué —gruñó Ada, con un estremecimiento de placer. E, inclinándose sobre él, le besó en la boca. Van trató de levantarse, pero las dos chicas le besaban, cada una por su lado, luego se besaban entre sí, después se ocupaban otra vez de él. Ada en un peligroso silencio, Lucette con pequeños maullidos de alegría. Yo no sé ya lo que decían o lo que hacían los «niños malditos» de la novela de Monparnasse —según creo, vivían en el castillo Bryant, y la cosa empezaba por un vuelo de murciélagos que salían uno a uno por la tronera de una torre e iban a perderse en el crepúsculo—; pero *estas* niñas (a las que la novelista no conocía verdaderamente, delicioso detalle) podrían también haber sido filmadas, con resultados bastante interesantes, si Kim el fisgón, el apasionado fotógrafo de la cocina, hubiese dispuesto del material preciso. Da horror hablar de estas cosas. Las descripciones escritas suelen resultar inconvenientes, estéticamente hablando. ¿Pero cómo no recordar, en el último crepúsculo (cuando los defectos artísticos de importancia secundaria son más leves que los tres murciélagos fugitivos en el desierto de un cielo anaranjado horro de insectos), que las modestas contribuciones de Lucette no atenuaban, sino al contrario, la invariable reacción de Van al más ligero contacto, real o imaginario, de la preferida. Ada, cuya melena sedosa barría las tetillas y el ombligo de Van, parecía complacerse en hacer todo lo necesario para que —todavía hoy— mi pluma se sobresalte al escribirlo, y para que, en este pasado ridículamente lejano, su hermanita advirtiese y notase lo que escapaba a la voluntad de Van. Veinte dedos cosquilleantes apretaban alegremente la flor aplastada bajo el cinturón de goma de su bañador negro. El ornamento era de poco valor; el juego, inepto y peligroso. Van se desprendió bruscamente de sus bonitas atormentadoras y se alejó andando sobre las manos, con una máscara negra sobre su nariz de carnaval. En aquel momento entró en escena la institutriz, jadeante y vociferante. «Pero ¿qué te ha hecho tu primo?», preguntó varias veces, con voz inquieta, porque Lucette, derramando lágrimas

inexplicables que en otra ocasión había derramado Ada, había corrido a refugiarse en los brazos de las alas malvas.

### XXXIII

El día siguiente comenzó lloviznoso, pero después de la comida aclaró. Lucette tomó su primera lección de piano con el fúnebre *herr* Rack. El monótono *la-do-re* llegó a los oídos de Van y de Ada durante una excursión a un pasillo del segundo piso. Mlle. Larivière estaba en el jardín, Marina había hecho una escapada a Ladore y Van quiso aprovechar que Lucette estaba «audiblemente» ausente para refugiarse con Ada en un tocador de allá arriba.

Allí encontraron en un rincón el primer triciclo de Lucette. Un estante colgado sobre un diván con forro de cretona contenía alguno de los intocables tesoros de la niña, entre ellos la maltratada antología que Van le había regalado cuatro años antes. La puerta no cerraba con llave, pero Van no podía contenerse, y el concierto iba seguramente a resistir, firme como un baluarte, durante no menos de veinte minutos. Apenas había hundido la boca en la nuca de Ada cuando ésta se puso en tensión y elevó un índice admonitorio. Unos pies que se arrastraban con paso pesado subían la gran escalera. Ada murmuró: «Haz que se vaya.» «¡*Chort!* (demonio)», juró Van. Se recompuso la ropa y salió al rellano de la escalera. Philip Rack subía jadeante, con la nuez animada de un movimiento de vaivén vertical, mal afeitado, lívido, enseñando las encías, con una mano en el pecho y la otra sosteniendo un rollo de papel rosa, mientras la música seguía oyéndose, como si la produjese algún dispositivo mecánico.

—Hay uno abajo, en el vestíbulo —dijo Van, suponiendo, o fingiendo suponer, que el desgraciado tenía retortijones o náuseas. Pero *herr* Rack sólo quería despedirse de Ivan Demonovich (lamentablemente acentuado en la segunda «o»), de la señorita Ada, de Mademoiselle Ida y, naturalmente, de la señora. ¡Ay, la prima y la tía de Van estaban en la ciudad! Pero Phil encontraría probablemente en la rosaleda a su querida Ida, con la pluma en la mano. ¿Estaba Van seguro? ¡Claro que lo estaba, hombre! Rack estrechó la mano de Van con un profundo suspiro, alzó los ojos, los bajó, dio unos golpéenos contra la balaustrada con su misterioso cilindro de papel rosa y descendió al salón de música, donde Mozart comenzaba a dar señales de cansancio. Van aguardó un instante, con el oído atento y una mueca en los labios, y volvió a Ada, que estaba sentada, con un libro abierto sobre las rodillas.

—Tengo que lavarme la mano derecha antes de tocar lo que sea —dijo Van—... antes de tocarte a ti.

Ada no leía de verdad. Hojeaba nerviosamente, con irritación, distraída, un pequeño volumen (el azar había querido que fuese aquella vieja antología); ella que, de ordinario, siempre que abría el primer libro que encontraba, se sumergía en él en cuerpo y alma, con el movimiento instintivo de una criatura acuática que entraba de nuevo en contacto con su elemento natural.

—En mi vida había estrechado un miembro anterior más húmedo, más flojo, más asqueroso —dijo Van.

Y, soltando maldiciones, se dirigió a los lavabos de los niños, donde había un grifo. Desde la ventana de aquel observatorio vio a Rack, que dejaba su cartera negra y cochambrosa en la cesta delantera

de su bicicleta, y se alejaba zigzagueando, sin olvidarse de saludar, quitándose el sombrero, a un jardinero indiferente. El equilibrio del torpe ciclista no resistió aquel gesto inútil. Tocó de refilón en el seto que bordeaba el camino y fue a parar al verde macizo. Durante unos segundos, el señor Rack permaneció en comunión indisoluble con los aligustres y Van se preguntó si debería bajar a auxiliarle. El jardinero se había vuelto de espaldas al músico, ebrio o enfermo, el cual, gracias a Dios, salía ya del bosquecillo y volvía a colocar la cartera en la cesta. Reanudó su camino lentamente, y a Van le subió una sensación de oscuro asco y tuvo que escupir en el lavabo.

Cuando regresó, Ada no estaba ya en el tocador. Volvió a encontrarla en una terraza, donde pelaba una manzana para Lucette. El buen pianista le llevaba siempre una manzana, a veces una pera incomible o un par de ciruelitas. En cualquier caso, aquella manzana era su último regalo.

—Mademoiselle te reclama —dijo Van, dirigiéndose a Lucette.

—Bueno, que espere —dijo Ada, prosiguiendo en calma la confección de su «peladura ideal», una espiral roja y amarilla que Lucette contemplaba fascinada, de acuerdo con el rito.

—Tengo trabajo —anunció bruscamente Van—. ¡Y no sabéis lo que me abrumba! Me encontraréis en la biblioteca.

—Okey —respondió Lucette con voz límpida, sin volverse. Y emitió un grito de placer cuando tomó posesión de la guirnalda ya acabada.

Van pasó media hora buscando un libro que no había colocado en su sitio. Cuando lo descubrió se dio cuenta de que había terminado sus anotaciones y de que ya no lo necesitaba. Se quedó un momento tumbado en el diván, con lo cual sólo consiguió hacer más apremiante la obsesión amorosa. En consecuencia, decidió volver al piso superior utilizando la escalera de caracol. Al subirla, se representó —con un sentimiento desgarrador y como una imagen hechicera y fantástica perdida para siempre —a Ada subiendo con paso rápido, con la vela en la mano, la noche de la Granja Incendiada —noche inscrita en su memoria en mayúsculas imborrables—, y él detrás, con su llama bailando sobre las pantorrillas y los muslos de ella, sobre sus hombros inquietos y su cabellera flotante, y las sombras de ambos, que les perseguían en enormes ondas negras y geométricas sobre la pared amarilla, durante su subida en espiral. Encontró la puerta del segundo piso cerrada por fuera y tuvo que volver a bajar a la biblioteca (con sus recuerdos ya bloqueados por una exasperación vulgar) para subir por la escalera grande.

Cuando se dirigía hacia el brillante sol de la puerta del balcón oyó a Ada que explicaba algo a Lucette. Era algo divertido, relacionado con... no lo sé, y no puedo inventarlo. Ada tenía un modo rápido de acabar una frase antes de que la acometiese la hilaridad; pero a veces, como pasó entonces, un estallido breve e imprevisto cortaba sus palabras. Entonces se las arreglaba para atraparlas y para acabar su frase, con una precipitación aún mayor, atando corto su alegría. Y su última palabra era seguida por la triple carambola de una risa gutural sonora, erótica y más bien blanda.

—Y ahora, corazón —añadió, colocando sendos besos en los hoyuelos de Lucette—, hazme un favor. Baja a decirle a esa maldita Belle que ya es hora de que tomes tu leche y tus galletas. *Jivo*

(¡rápido!). Mientras tanto, Van y yo vamos a retirarnos al cuarto de baño, o a donde dispongamos de un buen espejo, y le cortaré el pelo. Le hace muchísima taita. ¿Verdad, Van? ¡Ah, ya sé a dónde iremos! Corre, corre, Lucette.

#### XXXIV

Los retozos bajo el sauce llorón resultaron un error. En cuanto escapaba a la vigilancia de su esquizofrénica institutriz, cuando no le leían, o la paseaban, o la metían en la cama, Lucette se convertía en una plaga. A la caída de la noche, y siempre que Marina no se encontrase en los alrededores —ocupada, por ejemplo, en beber con sus invitados bajo los globos dorados de las nuevas lámparas del jardín, que lucían de trecho en trecho entre el verde bruscamente revelado y mezclaban el olor del petróleo con los aromas de heliotropo y jazmín—, los dos amantes podían deslizarse entre las tinieblas más profundas y permanecer solos hasta la hora en que la *nocturna* — fina brisa de medianoche— venía a remover el follaje, *troussant la raimée*, como decía Sore, el oscilante guarda nocturno. Una noche, Sore, armado de su linterna esmeralda, cayó sobre ellos. Y en varias ocasiones vieron deslizarse a una Blanche fantasmagórica, con una risa ligera, que iba a emparejarse, en algún escondrijo más humilde, con la vieja y robusta luciérnaga convenientemente sobornada. Pero esperar durante todo el día una noche favorable era más de lo que podían soportar nuestros impacientes amantes. La mayor parte de las veces estaban ya agotados antes de la cena, lo mismo que en el pasado. No obstante, se hubiera dicho que detrás de cada biombo, detrás de cada espejo, se escondía una Lucette al acecho.

Probaron en el granero, pero observaron, justo a tiempo, una rendija del suelo, a través de la cual se distinguía un rincón del cuarto de la plancha, y a French, la segunda doncella, que iba y venía en corsé y enaguas. Miraron a su alrededor sin poder comprender cómo habían sido alguna vez capaces de hacer tan tiernamente el amor entre cajas erizadas de clavos y de astillas, o deslizarse por la trampilla del tejado, que cualquier diablillo verde de piel cobriza podía observar a placer desde una horcadura del olmo gigante.

Todavía les quedaba la galería de armas, con su rincón oriental abuhardillado. Pero por entonces, este rincón estaba infestado de chinches, apeataba a cerveza rancia y tenía tanta mugre y tanta grasa que a nadie se le ocurriría desnudarse allí ni utilizar el pequeño diván. Todo lo que Van pudo contemplar allí de su nueva Ada fueron los muslos y las caderas marfileñas. Y la mismísima primera vez que hizo presa en ellas Ada le ordenó, cuando él estaba en lo mejor de su goce, que mirase sobre su hombro y por encima del alféizar de la ventana donde ella aferraba las manos todavía con las pulsaciones decrecientes del propio orgasmo: por un sendero del bosquecillo se acercaba Lucette, saltando a la comba.

Aquellas intrusiones se repitieron dos o tres veces. Lucette se aproximaba cada vez más, ya fuese cogiendo una seta que fingía comerse cruda, ya fuese poniéndose a gatas para cazar un saltamontes o imitando los ademanes de cualquier persecución indiferente y juguetona. Avanzaba hasta el centro del herboso terreno de juego que se extendía ante el pabellón prohibido, y luego, con un aire de soñadora inocencia, ponía en movimiento el asiento de un antiguo columpio que colgaba de la

rama más alta y más larga de Baldy, viejo roble privado de parte de sus hojas, pero aún vigoroso (y que figuraba —¿te acuerdas, Van?— en una litografía centenaria de Ardis, obra de Peter de Rast, como un joven coloso que protegía a cuatro vacas y a un vaquerillo cuyos harapos dejaban ver su hombro desnudo). Cuando nuestros amantes (te gusta el posesivo de autor, ¿verdad, Van?) daban otro vistazo hacia el exterior, Lucette estaba meciendo al triste *dachshund*, o elevaba los ojos hacia un imaginario picamaderos, o se instalaba calmosamente, con varias y graciosas contorsiones, en el asiento del columpio y se columpiaba suavemente, precavidamente, como si nunca lo hubiera hecho antes, mientras el tonto de Dack ladraba ante la puerta atrancada del pabellón. Iba aumentando el alcance de su balanceo con tal circunspección que Ada y su jinete, en la disculpable ceguera del placer creciente, no sorprendían nunca el instante en que el rostro redondo y rosado, con todas las pecas encendidas, aparecía ante la ventana y dos ojos verdes se clavaban sobre el asombroso tándem.

La sombra Lucette les seguía, pues, desde el césped a los graneros, desde el pabellón de la entrada hasta las cuadras, desde un cuarto de duchas construido poco después de la piscina hasta el antiguo cuarto de baño del primer piso. Lucette, como un Lucifer de resorte, salía de una caja de sorpresas, emergía de un baúl cualquiera y exigía que la llevaran a pasear, que jugaran con ella a arre, caballito»... Y Van y Ada intercambiaban miradas sombrías.

Ada elaboró un plan que no era ni sencillo ni juicioso, y que, por añadidura, salió mal. Quizás ella lo quisiera así. (Suprime eso, Van, suprímelo, por favor). La idea consistía en que Van se burlase de Lucette mimándola en presencia de Ada a la vez que besaba a ésta, y que besase y acariciase a la pequeña mientras Ada estaba en el bosque (en «herborizaciones botánicas»). Aquella estrategia presentaba, según Ada, una doble ventaja: apaciguaba los celos de la niña y podía servir de coartada en caso de que Lucette fuese testigo de retozos más equívocos.

Los tres se besaron y se acariciaron tan frecuentemente y con tanta convicción que, una tarde que jugaban en el diván negro que tantas cosas había soportado ya, Ada y Van no pudieron contener por más tiempo su ardor amoroso. Con el absurdo pretexto de jugar al escondite encerraron a Lucette en una alacena donde se alineaban los volúmenes encuadernados de *Las aguas de Kaluga* y *El sol de Kaluga*, e hicieron el amor con frenesí, mientras Lucette gritaba, aporreaba y daba puntapiés a la puerta... hasta que acabó por caerse la llave y el ojo de la cerradura se encendió con un irritado color verde.

No obstante, lo que más costaba soportar a Ada no eran los accesos de mal humor de Lucette, sino los aires de languidez y de éxtasis que mostraban sus facciones cuando se abrazaba estrechamente a Van ayudándose con los brazos, con las rodillas y con la cola prensil, como si su primo se hubiese convertido en un tronco de árbol, aunque ambulante. Abrazo al que Ada sólo podía poner fin a fuerza de cachetes o de azotes.

—Tengo que reconocer —decía Ada, sentada junto a Van en una barca roja que les llevaba a flor de agua hacia un islote de Ladore oculto por una cortina de sauces—, tengo que reconocer, con vergüenza y con pena, que mi plan ha fracasado. Creo que la cría es una pequeña depravada. Creo que está criminalmente enamorada de ti. Creo que voy a decirle que eres su hermano uterino, y que flirtear con un hermano uterino es algo ilegal y absolutamente abominable. Las palabras feas, las

palabras tenebrosas, le dan miedo, lo sé. También a mí me daban miedo cuando tenía cuatro años. Pero hay que tener en cuenta que Lucette es una niña algo obtusa, y hay que protegerla de quimeras y de pesadillas. Si no quiere entrar en razón, siempre me quedará el recurso de decirle a Marina que nos molesta en nuestros estudios y nuestras meditaciones. ¿O acaso a ti no te molesta? ¿Tal vez incluso te excita? Confiésalo, ¿te excita?

—Este verano es mucho más triste que el anterior —dijo suavemente Van.

### XXXV

Hémos ahora en un islote plantado de sauces y rodeado por el brazo más tranquilo del azul Ladore. A un lado se extienden praderas inundadas, al otro puede verse, en la lejanía, la torre del Castillo de Bryant, románticamente sombría, en su colina de encinas.

Es en aquel retiro oval donde Van somete a la nueva Ada a un estudio comparativo. El cotejo era fácil porque la niña que tan detalladamente había conocido cuatro años antes permanecía luminosamente presente en la pantalla de su memoria, sobre el mismo telón de fondo de azul tornasolado.

La extensión de la frente parecía haber disminuido, y no sólo como un efecto del crecimiento, sino porque se peinaba de otra manera, con un remolino delantero muy efectista. La blancura de la piel, ahora limpia de toda imperfección, había adquirido un singular tono mate. Alguna arruga superficial parecía sugerir que había fruncido demasiado el ceño, aquellos últimos años, pobre Ada.

Las cejas eran regias, más espesas que nunca.

Los ojos... Van volvía a encontrar los pliegues voluptuosos de los párpados, las pestañas que parecían incrustaciones de azabache, la posición hindo-hipnótica del iris, situado muy alto. Los párpados no eran más capaces que antes de permanecer bien abiertos durante el más breve abrazo. Pero la expresión de aquellos ojos —cuando comía una manzana, o examinaba algún hallazgo, o simplemente escuchaba a un animal o a una persona— se había transformado; parecía como si hubiesen ido acumulándose sucesivas capas de tristeza y taciturnidad que velaban a medias las pupilas mientras que, en sus órbitas adorablemente alargadas, los globos de esmalte se desplazaban con una movilidad más inquieta: Mademoiselle Hipno-Kuch, «cuyas miradas no se posan nunca en usted, y, sin embargo, le taladran».

La nariz no había adquirido el grosor de línea hiberniana que poseía ahora la de Van, pero su arista se había acusado singularmente, y su extremo, arremangado con más audacia, presentaba un ligero surco vertical que Van no recordaba haber visto antaño en la muchachita de doce años.

Si la luz era intensa podía verse entre la nariz y la boca la sombra discreta de una pelusa negra y sedosa (semejante a la que tapizaba su antebrazo), pero Ada anunció que estaba condenada a desaparecer en la primera «sesión estética» de la temporada de otoño. Un levísimo toque de lápiz de labios daba a éstos el aire de hosquedad de una máscara; en contraste, se dejaba sentir con tanta



más fuerza el choque de la belleza viva cuando, alegre o golosa, mostraba el brillo húmedo de sus anchos dientes y los rojos tesoros de su lengua y su paladar.

El cuello había sido, y seguía siendo, el trozo más delicado de su persona, sobre todo cuando el cabello le caía libremente sobre los hombros y, en los intervalos de sus ondas negras y lustrosas, aparecía la piel blanca, tibia, adorable. Furúnculos y mosquitos habían dejado de martirizarla, pero Van le descubrió, justo por debajo del talle, la pálida cicatriz de un arañazo como de tres centímetros de largo, que corría paralelo a la columna vertebral, causado el anterior mes de agosto por un alfiler de sombrero desprendido... o más bien por alguna ramita espinosa oculta en el césped hospitalario.

(Van, no tienes piedad.)

En el secreto islote (prohibido a las parejas domingueras: era propiedad de los Veen, y un cartel anunciaba plácidamente que «los intrusos se exponían a ser abatidos por los cazadores de Ardis Hall», texto del tío Dan), la vegetación consistía en tres sauces llorones, una hilera de alisos, hierbas de todas clases, espadañas, juncos aromáticos y algunas orquídeas con el pétalo superior color violeta, ante las cuales Ada lanzaba enternecidas quejas como lo hacía ante los perritos o los gatitos.

Bajo el dosel de los alisos neurasténicos Van proseguía su examen...

Los hombros eran de una gracia intolerable: yo nunca permitiría a mi mujer que se exhibiese descotada con unos hombros como aquéllos... Pero, ¿cómo podía Ada ser mi mujer? En la versión inglesa del cuento más bien cómico de Monparnasse, Rennie dice a Nellie: «La infame sombra de nuestra antinatural relación nos seguirá hasta las hondas profundidades del Infierno que nuestro Padre que está en el cielo nos muestra con su soberbio dígito». Por alguna misteriosa razón, las peores traducciones no son del chino, sino simplemente del francés.

El pezón, ahora rojo y atrevido, estaba rodeado de finos pelos negros, que también desaparecerían pronto, decía Ada, porque resultaban *unschicklich*. Van se preguntó de dónde habría sacado aquella horrible palabra. Los pechos estaban bien formados, redondos y pálidos, pero Van casi añoraba las tiernas turgencias de otros tiempos, con sus botones mates e informes.

Reconoció el encogimiento elegante, familiar y característico del vientre plano, su «juego» maravilloso, la expresión franca y ardiente de los músculos oblicuos y la «sonrisa» del ombligo (tomamos los términos del vocabulario de la danza del vientre).

Un día Van llegó consigo su máquina de afeitar, y la ayudó a desembarazarse de los tres mechones de pelos negros de su cuerpo.

—Soy Scheher —dijo— y tú, su Ada. Y esto es tu alfombra verde de oración.

Sus visitas al islote quedaron grabadas en el recuerdo de aquel verano, en medio de enmarañamientos después inextricables. Se veían allí, en pie, enlazados, vestidos solamente con las sombras móviles de las hojas, contemplando la barca roja con su moviente marquetería de ondas reflejadas, y luego sobre la barca, agitando interminablemente sus pañuelos. Y el misterio de estas secuencias mixtas se realzaba aún más con imágenes tales como la de la barca que regresaba hacia

ellos sin dejar de alejarse, los remos rotos por la refracción, las lentejuelas de luz vibrando al revés por el mismo efecto estroboscópico que nos hace ver girar al revés las ruedas de un coche que pasa. El tiempo les mistificaba, hacía que uno hiciese una pregunta memorable a la cual daba el otro una respuesta olvidada. Un día, en el pequeño alisal que se repetía, negro, en el río azul, descubrieron una liga; era de Ada, que no pudo negarlo, pero Van estaba absolutamente seguro de que nunca la había llevado en sus excursiones estivales al islote mágico, al que siempre iba sin medias.

Sus bellas piernas vigorosas tal vez se habían alargado algo, pero conservaban la lisa blancura y la levedad de sus años de nínfula. Todavía podía, si le venía en gana, chuparse el dedo grueso del pie. El dorso de la mano izquierda y el empeine del pie derecho tenían la misma manchita de nacimiento, suficientemente discreta sin duda, pero imborrable y sagrada, con que la naturaleza había marcado la mano derecha y el pie izquierdo de Van. Ada se esforzaba en cubrir sus uñas con laca Scherezada (moda bien ridícula de los años ochenta), pero era poco cuidadosa de su persona: el barniz caía en escamas y dejaba unas manchas indecorosas, y Van le pidió que volviese al estado de «sin lustrar». En compensación, le compró en Ladore, donde presumían de elegancia, una esclava de oro para el tobillo; por desgracia la perdió en una de sus fogosas citas y se inundó inesperadamente en lágrimas cuando él le dijo que no tenía importancia, que algún otro amante la encontraría cualquier día. Su brillantez, su genio. Desde luego, había cambiado en cuatro años, pero también él había cambiado, y sus cambios paralelos habían hecho por grados correspondientes, de modo que sus mentes y sus sentidos seguían al unísono, como iban a seguir siempre, más allá de todas las separaciones. Ninguno de los dos era ya el desenvuelto *Wunderkind* de 1884, pero ambos aventajaban a los jóvenes de su edad en saber libresco en un grado todavía más asombroso que cuando eran niños. En términos oficiales, Ada (nacida el 21 de julio de 1872) había ya acabado sus estudios medios, mientras que Van, dos años y medio mayor, esperaba obtener la licenciatura a finales de 1889. La conversación de Ada acaso era menos alegre, menos chispeante, y dejaba ya presentir (al menos retrospectivamente) las primeras fugaces sombras de lo que más tarde llamaría su «destino acarpo» (*pustotsvetnost*), pero la vivacidad innata de su talento se había hecho más profunda, y unas corrientes de fondo extrañamente «metaempíricas» (según las llamaba Van) parecían duplicar interiormente —y, en consecuencia, enriquecer —la más sencilla expresión de sus pensamientos más sencillos. Leía con tanta voracidad como él, y casi con igual falta de exigencia en la elección de sus lecturas, pero cada uno de ellos tenía, más o menos, su capricho particular: él, el dominio terrológico de la psiquiatría; ella, el teatro (especialmente el ruso), que Van creía (en el caso de Ada) un capricho demasiado fácil y deseaba que fuese una veleidad pasajera. Ada, ¡ay!, no se había curado de su florimanía; pero, desde la muerte de Krolik, fulminado en el jardín por un ataque al corazón (1886), había depositado todas sus crisálidas vivas en el ataúd abierto donde yacía su amigo, tan regordete y sonrosado, decía Ada, como *in vivo*.

En su adolescencia, dolorosa e irresoluta en todos los demás aspectos, la Ada enamorada era aún más agresiva y complaciente que en su infancia, apasionada ya hasta la anomalía. Asiduo compulsador de casos célebres, el doctor Van Veen no acertó nunca a catalogar a Ada, ardiente jovencita de doce años, en el mismo apartado que a cualquiera de las inglesitas espiritualmente felices, no delincuentes, no ninfómanas y de excelente nivel mental que figuraban en sus fichas (a pesar de que gran número de muchachas de la misma vena hubieran florecido —y granado —en los viejos castillos de Francia y de Estocilandia, según nos muestran tantos extravagantes escritos

novelescos y tantas memorias seniles). Hay que decir que Van experimentaba una dificultad aún mayor en describir y analizar su propia pasión por Ada. Cuando recordaba, caricia por caricia, las sesiones en Villa Venus o sus visitas más antiguas a los burdeles flotantes de los ríos Ranta o Lívica, no podía por menos de reconocer que las reacciones engendradas por Ada eran inconmensurables, puesto que podía, con el más suave contacto de su dedo o de sus labios a lo largo de una vena hinchada, prodigarla una *delicia* no sólo más intensa, sino esencialmente distinta que el más lento masaje de género *Winslow* de la joven golfa más refinada. ¿Qué era, pues, entonces, lo que elevaba el acto bestial a un nivel más alto que el alcanzado por las artes más exactas o por los más impetuosos vuelos de la ciencia pura? No era suficiente decir que, al hacer el amor con Ada, Van descubría la angustia, el *agon*, la agonía de la «realidad» suprema. Digamos más bien que la realidad se despojaba entonces de las comillas que llevaba como garras, en un mundo en que las inteligencias independientes y originales deben adherirse a las cosas o desgarrarlas si quieren escapar a la locura o a la muerte (que es la principal locura). En un espasmo o dos estaba fuera de peligro. La nueva y desnuda realidad ya no tenía necesidad de ancla ni de tentáculo. Sólo duraba un instante, pero podía renovarse durante todo el tiempo que él y ella fuesen capaces de hacer el amor. El color, la llama de aquella realidad instantánea sólo dependían de la identidad de Ada tal como él la percibía. No tenían nada que ver con la virtud ni con la vanidad de la virtud en el más amplio sentido; a decir verdad, Van pensaría más tarde que ni un solo día, en el curso de aquel ardiente verano, se había hecho la menor ilusión, que instintivamente sabía que Ada le había sido, y le seguía siendo, atrocemente infiel, lo mismo que ella sabía, mucho tiempo antes de que él se lo hubiese confesado, que durante el tiempo de su separación había utilizado en numerosas ocasiones aquellas máquinas vivas que los machos sobretensos pueden alquilar por unos minutos y que se describían con gran acopio de grabados en madera y fotografías, en una *Historia de la prostitución* en tres volúmenes que Ada había leído, a la edad de diez u once años, entre *Hamlet* y las *Microgalaxias* del capitán Grant.

En consideración a los eruditos que lean estas memorias prohibidas con secretos estremecimientos sensuales (como humanos que son) en los abismos secretos de las bibliotecas (donde se conservan piadosamente las charlatanerías, las copulaciones y los sobos de los pornógrafos en descomposición), el autor debe añadir en el margen de las galeradas que corrige heroicamente un anciano enfermo (porque esas largas culebras resbaladizas arañen un último suplicio a los tormentos del escritor) algunas... [El final de la frase es ilegible; pero, felizmente, el párrafo siguiente está garrapateado aparte, en una hoja de bloc. Nota del editor.]

...a propósito del éxtasis de su identidad. Los asnos que pudieran creer realmente que a la luz sideral de la eternidad la conjunción de *yo*, Van Veen, y de ella, Ada Veen, en algún lugar de América del Norte y en el siglo diecinueve, no representa más que una milmillonésima de la milmillonésima parte de la significación general de un planeta puntiforme, pueden irse a rebuznar *ailleurs, ailleurs, ailleurs* (si tradujéramos la palabra francesa perdería su valor onomatopéyico; el viejo Veen está lleno de deferencias), porque el éxtasis de su identidad, colocado bajo el microscopio de la realidad (que es la única realidad) revela un sistema complejo de esas pasarelas sutiles que atraviesan los sentidos, rientes, enlazadas, lanzando flores al aire, entre el alma y la carne laminada, y que siempre ha sido una forma de recuerdo, incluso en el instante de su percepción. Estoy agotado. Escribo mal. Quizá muera esta noche. Mi alfombra voladora no se desliza ya sobre el dosel formado por las copas de las selvas tropicales, sobre los pajaritos de abierto pico y sobre las más raras de tus orquídeas. Inserción.

## XXXVI

La pedante Ada dijo una vez que la búsqueda de palabras en un diccionario, cuando no tiene por objeto la voluntad de instruirse o las exigencias del arte, es una actividad que se encuentra en una zona intermedia entre la confección de un ramillete decorativo (labor no exenta de cierto atractivo romántico para una jovencita delicada) y los *collages* «artísticos» de alas de mariposa heterogéneas (que son siempre vulgares y a menudo criminales). *Per contra*, sugirió a Van que las payasadas verbales, «*poodle-doodles*», «palabras acróbatas», y otros juegos parecidos, podían encontrar una justificación en la calidad de trabajo cerebral requerida por la creación de un bello logogrifo o el hallazgo de un retruécano inspirado, y no debían eliminar el recurso al diccionario, áspero o complaciente.

Esa era la razón de que admitiese el «Flavita». El nombre se derivaba de *Alfavit*, antiguo juego ruso de azar y habilidad basado en el enredo y desenredo de las letras del alfabeto. El *Alfavit* había estado muy de moda en Estocia y en Canadia hacía 1790. Renovado a comienzos del siglo diecinueve por los «*Madhatters*» (como se llamó en otros tiempos a los habitantes de Nueva Amsterdam), alcanzó, tras una etapa de decaimiento, una nueva boga hacia 1860, y, un siglo más tarde, dicen que vuelve a estar de moda bajo el nuevo nombre de *Scrabble*; algún hombre ingenioso lo habría reinventado, sin haber tenido conocimiento de su forma o de sus formas originales.

La versión rusa de nuestro juego, muy difundido por los hogares campesinos ricos cuando Ada era niña, se jugaba con 125 fichas en forma de cuadraditos con letras. Se trataba de que el jugador compusiese palabras, en líneas horizontales o verticales, sobre un tablero de 225 casillas, 24 de las cuales eran de color marrón, 12 negras, 16 naranja, 8 rojas y el resto de un amarillo dorado (también llamadas «flávidas», para justificar el nombre original del juego). A cada letra del alfabeto cirílico correspondía un cierto número de puntos (la F, excepcional en ruso, valía hasta diez puntos; la A, de las más comunes, sólo uno). En una casilla marrón, el valor numérico de una letra se duplicaba, y en una casilla negra se triplicaba. El naranja doblaba la suma de puntos correspondientes a la palabra entera, y el rojo la triplicaba. Lucette recordaría más tarde las formas monstruosas que habían revestido en su delirio (durante una fiebre aguda de origen estreptocócico que contrajo en California en septiembre de 1888) los insolentes triunfos de su hermana, que multiplicaba por dos, por tres e incluso por nueve (en cuanto por dos casillas rojas) la puntuación de sus hallazgos verbales.

A cada ronda del juego, cada jugador se servía, a ciegas, siete fichas, y formaba su palabra en el tablero. El que iniciaba el juego y trabajaba, por tanto, en terreno virgen, se conformaba con colocar dos letras (o más, si podía) utilizando la casilla central marcada con un heptágono llameante. A continuación, cada uno colocaba su palabra (de izquierda a derecha, o de arriba abajo) alrededor del punto catalítico formado por una de las letras ya presentes en el tablero. El que reunía mayor número de puntos por letras y por palabras había ganado la partida.

El juego que había ofrecido en 1884 a nuestros amiguitos el barón Klim Avidov, «un viejo amigo de la familia» (título que llevaban por tradición los antiguos amantes de Marina), constaba de un gran tablero plegable forrado de cuero y de un cofrecillo lleno de pesados cuadrados de ébano con las letras incrustadas en platino, una sola de las cuales, la J, pertenecía al alfabeto latino; era la marca de los dos comodines, cuyo descubrimiento resultaba tan emocionante como el de un cheque en blanco firmado por Júpiter o Jurojin. El personaje que hemos citado era, dicho sea incidentalmente, aquel mismo Avidov, amable pero susceptible, cuyo nombre aparece tantas veces en las picantes crónicas de la época y que, cierto día, en Venecia la Roja, catapultó de un gancho a la mandíbula, en el salón de conciertos del Gritz, a un desgraciado turista británico que había hecho observar en broma lo astuto que era separar la primera letra de su nombre para servirse de ella como de una partícula: «de», o «D'».

Cuando llegó el mes de julio, las diez A se habían reducido a nueve, y las cuatro D ya no eran más que tres. Finalmente apareció la A que faltaba, bajo un armario alsaciano. Pero la D había desaparecido totalmente, del mismo modo que su apostrofable doble en la imaginación de un tal Walter C. Keyway, esq., un instante antes de que éste aterrizase, junto con dos tarjetas postales sin franquear, en los brazos de un políglota mudo de sorpresa, con levita y botones dorados. La inspiración de los Veen es inagotable (nota marginal de Ada).

Yan, jugador de ajedrez emérito (en 1887 ganaría un campeonato en Chose, derrotando a Pat Rishin, de Minsk, campeón de Underhill y Wilson, N. C), siempre se había asombrado de que la brillante Ada fuese incapaz de elevar la calidad de su juego por encima de un nivel que podría satisfacer a una joven salida de una novela de la Biblioteca Azul o de esos anuncios de loción anti caspa que exhiben, fotografiada en Archicolor, una linda modelo (muchacha hecha para juegos que no son de ajedrez) con los ojos fijos en los hombros de su antagonista, no menos compuesto que ella, por encima de un absurdo embotellamiento de piezas rojas y blancas tan elaboradamente esculpidas que resultan irreconocibles —el ajedrez de Lalla Rookh —con las que ni un cretino accedería a jugar, aun cuando hubiera sido retribuido regiamente por el envilecimiento de la idea más simple bajo el cuero cabelludo más sarnoso.

Sin embargo, Ada llegaba a imaginar en ocasiones un sacrificio táctico, abandonando, por ejemplo, su reina, y conseguía una engañosa victoria en dos o tres movimientos; pero sólo veía un aspecto de la cuestión, y, por una extraña parálisis del pensamiento, prefería ignorar la contra-combinación, sin embargo evidente, que la habría llevado inevitablemente a la derrota si el heroico sacrificio hubiese sido rechazado. Por el contrario, en la mesa de Scrabble, la misma débil y alocada Ada se transformaba en una especie de elegante computadora, dotada, además, de una suerte fenomenal, y preparaba las palabras más largas y atractivas con las migajas y sobras menos prometedoras. En este terreno, dominaba ampliamente a Van, tanto por su perspicacia y su presciencia como por su arte para sacar partido de la ocasión. Van encontraba aquel juego bastante fatigoso: hacia el final de la partida, jugaban con una precipitación negligente y no se dignaba verificar las posibilidades de los términos «raros» o «desusados», aunque perfectamente admisibles, que podría proporcionarle un diccionario leal.

En cuanto a la ambiciosa, la incompetente, la impetuosa Lucette, a sus doce años no podía todavía valerse sin los consejos discretos de Van, que le prestaba de buena gana aquel servicio para ganar

tiempo y hacer un poco más próximo el feliz instante en que la pequeña, enviada finalmente al cuarto de las niñas, dejaba a Ada disponible para el tercer o cuarto retozo de la jornada, de la cálida jornada estival. Van encontraba especialmente fastidiosas las disputas de las chicas a propósito de la legitimidad de tal o cual palabra: los nombres de personas y los de lugares eran tabú, pero a veces se presentaban casos dudosos, fuente de interminables escrúpulos, y daba lástima ver cómo Lucette se obstinaba sobre sus cinco últimas letras (cuando ya no quedaba ninguna en la casa, para componer el soberbio ARDIS; su institutriz le había dicho que el nombre significaba «punta de flecha»... pero, ay, en griego solamente.

Y nada más exasperante que ver a las dos hermanas, irritadas o despectivas, disputar sobre una palabra dudosa en los múltiples diccionarios desplegados a su alrededor (en pie, tumbados, sentados, tirados por el suelo, bajo la silla en que Lucette estaba arrodillada, en el diván, en la gran mesa redonda ocupada ya por el tablero y las fichas, y sobre una cómoda próxima). La rivalidad entre un inepto Ojegov (un gran volumen azul mal encuadernado que contenía 52.872 palabras) y un pequeño Edmundsen reducido en la respetuosa versión del doctor Gerschijevski, la taciturnidad de los abreviados y la audaz magnanimidad de un Dahl en cuatro volúmenes («mi querido Dahlia», murmuraba Ada, agradecida, cuando arrancaba al amable etnólogo barbudo algún término inusitado de una rara jerga), todo eso habría resultado insoportable y fastidioso para Van si su curiosidad de sabio no se hubiese interesado por la comprobación de singulares afinidades entre el Scrabble y la *planchette*. Hizo la observación por primera vez un anochecer de agosto de 1884, en el balcón del cuarto de los niños, bajo un cielo crepuscular cuyos últimos fulgores ondulaban sobre el gran estanque como una serpiente de fuego, estimulando a las últimas golondrinas y haciendo llamear el rojo de los bucles de Lucette. El tablero de cuero estaba abierto sobre una mesa de madera de pino constelada de manchas de tinta, muescas y monogramas. La linda Blanche, también tocada por los rosas del crepúsculo en el lóbulo de una oreja y en la uña de un pulgar, y toda impregnada de un perfume que las doncellas de la casa llamaban Almizcle Petigrís, acababa de traer la lámpara que se encendería más tarde. Habían echado suertes: Ada, que debía comenzar la partida, se sirvió siete veces, con un gesto automático y distraído, de la caja abierta, donde los pequeños bloques de letras, colocados cada uno en su alvéolo de terciopelo color de miel, mostraban únicamente su anónimo dorso negro. Mientras se servía, Ada dijo:

—Preferiría la lámpara Benten, pero no queda keroseno en el depósito. Sé buena chica, corazón (dirigiéndose a Lucette), llama... ¡Cielos! Keroseno, *kerosén*...

Las siete letras que había sacado, K.R.E.S.O.E.N., y que ahora disponía en su *spektrik* (el pequeño caballete de madera lacada que cada jugador tenía delante), casi formaban, en un movimiento rápido y como espontáneo, la palabra clave de la frase que fortuitamente había pronunciado mientras las sacaba al azar.

Otra vez, en el saledizo de la biblioteca, una tarde de truenos (pocas horas antes del incendio de la granja), Lucette sacó en el orden indicado las siete letras de un divertido VANIADA, con el cual formó en seguida el nombre del mueble al que acababa de referirse con su vocecita llorosa: «¿es que yo no tengo derecho a sentarme en el DIVÁN?».

Poco tiempo después, como suele ocurrir con los juegos, los juguetes y los amigos de vacaciones que parecen prometeros un porvenir constelado de placeres sin término, el Flavita siguió a la hoja de cobre y a la hoja de sangre en las nieblas del otoño. La caja negra se extravió, se olvidó y fue recuperada accidentalmente cuatro años más tarde (entre los cofrecillos de los cubiertos de plata), poco antes de que Lucette marchase a la ciudad a pasar unos días con su padre, a mediados de julio de 1888. La partida de Flavita que jugaron entonces los tres jóvenes Veen fue la última que jugarían juntos. Su desenlace quedó grabado definitivamente en la memoria de Van, bien a causa del memorable triunfo de Ada, bien por ciertas notas que en aquella ocasión tomó Van con la esperanza (no del todo decepcionada) «de entrever el forro del tiempo» (el cual, según él mismo escribiría más tarde, «constituye la mejor definición oficiosa de los presagios y las profecías»).

—Es que no puedo hacer nada, pero nada —gemía Lucette—, con mis *Buchstaben* imbéciles: REMNILK, LINKREM...

—Veamos —le susurró Van—, es muy sencillo. Invierte las dos sílabas y tendrás una fortaleza de la antigua Moscovia...

—¡Ah, no! —dijo Ada, agitando el índice izquierdo a la altura de la sien (gesto que le era familiar)—. ¡no! Esa bonita palabra no existe en ruso, es una invención francesa. No existe segunda sílaba.

—¿No hay compasión para una niña? —abogó Van.

—¡No hay compasión!

—En ese caso, Lucette, siempre podrás hacer una pequeña crema, KREM, KREME, o mejor aún KREMLI, que son las cárceles yukonianas. Cruza su ORHIDEYA.

—Su estúpida orquídea —dijo Lucette.

—Y ahora —dijo Ada—, Adochka va a hacer algo todavía más estúpido.

Dio un profundo suspiro de satisfacción y, valiéndose de una letrita muy común descuidadamente colocada un momento antes en la séptima casilla de la fila superior, compuso el adjetivo TORFYANUYU. Aparte de que la F caía en una casilla marrón, la palabra atravesaba dos casillas rojas (37 X 9 = 333 puntos), y los 50 puntos que ganaba por haber colocado de golpe sus siete letras elevaban el tanteo a 383 puntos, suma nunca alcanzada antes con una sola palabra por un jugador de Scrabble ruso.

—¡Uf! —dijo—. ¡No ha sido fácil! —Y, apartando con el dorso de su blanca mano de nudillos rosados el mechón de bronce negro que se había deslizado por su sien, volvió a hacer, en alta voz, la cuenta de su escandalosa ganancia con los acentos melodiosos y satisfechos de una princesa que narrase cómo había hecho morir a un amante superfluo administrándole un brebaje envenenado. Las furibundas miradas de Lucette apelaban a Van a propósito de las injusticias del destino; de pronto, un aullido de esperanza escapó de su garganta:

—¡Pero eso es un nombre de lugar! ¡No tiene derecho...! ¡Es el nombre del primer apeadero después de Pont-sur-Ladore!

—¡Sí, es verdad, tesoro! —canturreó Ada—. ¡No sabes cuánta razón tienes! Sí, Torfyanaya, o, como dice Blanche, *La Tourbière*, es, en efecto, el pueblecito encantador, aunque algo húmedo, donde vive la familia de nuestra Cenicienta. Pero, desgraciadamente, pequeña, en la lengua de nuestra madre, o, mejor dicho, en la lengua de una abuela materna que nos es común a los tres, una lengua rica y muy bella que mi tesoro no debía descuidar en beneficio de una rama canadiense del francés, ese adjetivo ruso, de los más corrientes, significa «turboso», en género femenino y caso acusativo. Sí, con ese solo golpe gano casi 400 puntos. ¡Qué lástima...! *ne dotyanula* (que ese «casi» no sea un «exactamente»).

—¡*Ne dotyanula!* —gimió Lucette dirigiéndose a Van con las ventanas de la nariz dilatadas y los hombros agitados por la indignación.

Van inclinó la silla de la niña para obligarla a marcharse. En quince jugadas la pobre chica no había ganado la mitad de los puntos que Ada conseguía con un solo golpe maestro. Y tampoco la suerte de Van había sido mucho mejor. Pero, ¡qué importaba! El aterciopelado de un brazo, el pálido azul de las venas en el hueco del codo, el olor a madera quemada de una cabellera iluminada en oro tostado por la pantalla de diáfano pergamino (un paisaje lacustre con dragones japoneses) valían infinitamente más puntos que los que el haz de dedos, rígidos sobre el lápiz, podría contar en el pasado, en el presente y en el porvenir...

—El perdedor tiene que irse «de cabeza» a la cama —dijo Van, jovialmente —y no saldrá de allí bajo ningún pretexto. Dentro de diez minutos exactamente le llevaremos una gran taza (¡la taza azul oscuro!) de chocolate (del Cadbury negro, bien azucarado, sin piel).

—El perdedor se niega —dijo Lucette, cruzándose de brazos—. En primer lugar, porque todavía no son más que las ocho y media, y luego, porque yo sé perfectamente por qué queréis libraros de mí.

—Van —dijo Ada, después de un silencio—, haz el favor de llamar a Mademoiselle. Está trabajando con mamá en un guión que no puede ser más estúpido que esta horrible niña.

—Me gustaría bastante saber lo que significa su interesante observación —dijo Van—. Pregúntaselo, Ada.

—Se imagina que vamos a jugar a Scrabble sin ella, o a repetir algunos movimientos de esa gimnasia oriental que has empezado a enseñarme. ¿Es que no te acuerdas, Van?

—Sí, me acuerdo. Como tú te acuerdas de que sólo te he enseñado lo que aprendí de mi profesor de gimnasia, King Wing.

—Os acordáis de muchas cosas vosotros dos, ya, ya —dijo Lucette, que estaba frente a ellos, en pie con su pijama verde, exhibiendo su pecho bronceado, con las piernas separadas y las manos en las caderas.

—Quizá lo más sencillo... —comenzó Ada.

—Lo más sencillo —interrumpió Lucette— es que ninguno de los dos me podéis decir exactamente por qué queréis libraros de mí.



—Lo más sencillo —siguió Ada— es, Van, que le des un cachete bien enérgico y sonoro.

—¡Que se atreva! —gritó Lucette, poniéndose en guardia.

Suavemente, Van acarició la cima sedosa de la cabecita rebelde y le dio un beso detrás de la oreja. Lucette, desfigurada por los sollozos, salió corriendo de la habitación. Ada echó el pestillo tras ella.

—No es más que una nínfula salvaje, incurablemente loca y totalmente depravada —dijo Ada—. Pero eso no significa que no debemos tener más precaución que nunca... ¡Oh, terriblemente, terriblemente, terriblemente...! ¡Oh, precaución, amor mío!

## XXXVII

Llovía. En la decepcionante perspectiva encuadrada por la ventana salediza de la biblioteca, los cuadros de césped parecían más verdes, el agua del estanque más gris. Vestido con un traje de gimnasia negro, y la cabeza apoyada en dos cojines amarillos, Van, tumbado boca arriba, leía *Rattner sobre Terra*, libro abstruso y deprimente. De cuando en cuando elevaba los ojos hacia el gran reloj de péndulo de tic-tac otoñal, por encima del cráneo pálido de una Tartaria requemada representada en un globo terráqueo antiguo y monumental, a la luz languideciente de una tarde que más parecía de octubre que de julio. Ada, ceñida por un impermeable de cinturón pasado de moda que Van detestaba, y con el bolso en bandolera, había marchado a Kaluga, donde iba a pasar el día, en principio para probarse unos vestidos y, en realidad, para consultar con un primo del doctor Krolik, el ginecólogo Seitz (a «Zayats», en la transcripción mental efectuada por Ada, porque, como en el caso de Krolik —conejo—, pertenecía también, según la fonética rusa, a la familia de los lepóridos). Van estaba seguro de que ni una sola vez, durante todo un mes de práctica amorosa, se había olvidado de tomar las precauciones necesarias, a veces algo extravagantes, pero indiscutiblemente eficaces. Incluso recientemente se había procurado el artificio anticonceptivo en forma de vaina que, por no se sabe qué motivo extraño, aunque consagrado por la costumbre, sólo los peluqueros estaban autorizados a vender en el condado de Ladore. No obstante, estaba inquieto, y su inquietud le enojaba, y Rattner, que en su obra negaba sin convicción toda existencia objetiva al planeta gemelo para concedérsela de mala gana en las oscuras notas (incómodamente colocadas entre capítulo y capítulo), le parecía tan insípido como la lluvia, la lluvia que trazaba con lápiz gris paralelas oblicuas sobre el fondo más oscuro de una hilera de alisos, cogidos, pretendía Ada, en Mansfield Park.

A las cinco menos diez, Bout entró sin hacer ruido en la biblioteca. Traía una lámpara de petróleo encendida y la invitación de ir a charlar en la habitación de Marina. Al pasar junto al globo puso en éste el índice y contempló, con aire de desaprobación, la mancha que le había quedado en el dedo.

—El mundo está lleno de polvo —dijo—. Blanche merecería que la mandasen a su pueblo. *Elle est folle et mauvaise, cette fille.*

—De acuerdo, de acuerdo —murmuró Van, volviendo a abismarse en su lectura. Bout salió, sacudiendo obstinadamente la cabeza rapada; Van bostezó y dejó resbalar el libro desde el negro diván a la negra alfombra.

Cuando elevó los ojos hacia el reloj, éste estaba reuniendo sus fuerzas para dar la hora. Van saltó del sofá al recordar de pronto que Blanche se había presentado poco antes para encargarle que se quejase a Marina de que la señorita Ada se había negado una vez más a dejarla en la «Torre Cerveza», como llamaban los bromistas locales a su pueblo natal. Durante algunos instantes, su sueño breve y vago quedó tan estrechamente confundido con la realidad que, incluso cuando recordó a Bout poniendo el dedo sobre la península romboidal en que los aliados acababan justamente de desembarcar (según anunciaba el periódico de Ladore abierto en la mesa de la biblioteca), continuó viendo claramente a Blanche, que quitaba el polvo a Crimea con uno de los pañuelos perdidos por Ada. Subió por la escalera de caracol para ir a los lavabos de los niños, oyó de lejos a la institutriz y a su desdichada alumna que declamaban una escena de la horrible *Berenice* (graznido de contralto alternando con una vocecita desprovista de toda expresión), y se persuadió de que Blanche, o, mejor, Marina, trataban seguramente de saber si él hablaba en serio la antevíspera cuando comunicó su intención de sentar plaza a los diecinueve años (edad mínima para alistarse como voluntario). Concedió también un minuto de reflexión al triste hecho de que (como bien le habían enseñado sus estudios) la confusión entre dos órdenes de realidad, una entre comillas simples y la otra entre comillas dobles, era un síntoma de locura inminente.

Sin maquillar, con el pelo sin cepillar y metida en su kimono más viejo (su Pedro había salido inopinadamente para Río), Marina descansaba en su lecho de caoba, bajo un edredón dorado, bebiendo una taza de té con leche de burra, una de sus chifladuras.

—Siéntate —dijo —y toma un poco de *chayku*. La leche de vaca está en la jarrita, creo. Sí, está ahí.

Y cuando Van, luego de besar su mano pecosa, se dejó caer sobre el cuero de un ivanilich, que recibió su peso con un suspiro de viejo *pouf*, prosiguió:

—Van, querido, tengo que decirte algo y sé, gracias a Dios, que no necesitaré repetírtelo. Belle, con su acostumbrada sensibilidad para dar con la palabra adecuada, me ha citado el adagio *cousinage, dangereux voisinage*, y se ha quejado de que os besabais por todos los rincones. ¿Es verdad eso?

La imaginación de Van anticipó la réplica. Aquello, Marina, no era más que una fantástica exageración. La loca de Mlle. Larivière le había visto un día con Ada en brazos para atravesar el arroyo... y la había besado porque Ada se había herido en un pie. Soy el bien conocido mendigo de la historia más triste del mundo.

—*Erunda* (tonterías) —dijo Van—. Un día me vio llevar en brazos a Ada para pasar el arroyo, y malinterpretó nuestra posición y nuestros trompicones.

—No me refiero a Ada, tonto —dijo Marina, con un ligero desprecio, mientras se ocupaba de la tetera—. Azov, el humorista ruso, deriva *erunda* del alemán *hier und da* (que ni rima ni tiene razón). Ada es una chica mayor, y las chicas mayores, ay, tienen sus propias preocupaciones. Mademoiselle Larivière pensaba evidentemente en Lucette. Van, esos tiernos juegos deben cesar. Lucette tiene

doce años, es una niña ingenua. Ya sé que todo esto es muy inocente, pero aun así, cuando se trata de una mujercita en germen, ningún comportamiento resulta demasiado *delikatno*. A propósito de rincones, en *Gore ot uma*, la comedia de Griboedov («¡Qué estúpido es ser tan inteligente!»), creo que en verso y escrita en tiempos de Pushkin, el héroe, recordando a Sophie sus juegos de infancia, dice:

*¡Cuántas veces nos sentamos juntos en un rincón!*

*¿Qué mal podía haber en hacer eso?*

pero, en ruso, el segundo verso es ligeramente equívoco... ¿otro poco de té, Van? —Van sacudió discretamente la cabeza, levantando la mano al mismo tiempo: un gesto, de su padre—. Porque, ¿sabes?... bueno, de todas maneras, ya no queda... el segundo verso también puede entenderse como «en ese rincón». —Y Marina indicaba con el dedo un ángulo de la habitación —Por lo demás, cuando ensayábamos esa escena en el Teatro de la Gaviota de Yukonsk, Konstantin Sergueievich Stanislavski obligaba a Kachalov a hacer ese pequeño gesto íntimo (*uyutnen'kii jest*).

—¡Qué divertido!

El perro entró, alzó hacia Van una mirada apagada y húmeda, trotó hacia la ventana, contempló la lluvia como un hombrecito y volvió a retirarse al almohadón grasiento de la habitación vecina.

—Decididamente —dijo Van— nunca soportaré esta raza. Tengo Dackelofobia.

—Pero, en cambio, te gustan las muchachas, ¿no, Van? ¿Tienes muchas amiguitas? ¿No eres, al menos, un pederasta, como tu pobre tío? Hemos tenido algunos perversos inveterados en la familia... pero, ¿por qué te ríes?

—¡Oh, por nada! Sólo quiero dejar bien sentado que *adoro* a las chicas. Tuve la primera a los catorce años. ¿Pero quién me devolverá mi Helena? Sus cabellos eran negros como ala de cuervo, su piel blanca como la leche descremada. Más tarde he tenido otras mucho más cremosas. *¿I kazhetsya chto v etom?*

—¡Qué cosa más extraña, qué triste! Es triste que apenas sepa nada de tu vida, querido (*mot duchka*). Los Zemski eran unos abominables libertinos (*razvratniki*). Hubo uno de ellos que amaba a las niñas, otro que estaba enamorado de una de sus yeguas y la ataba de una manera especial... no me preguntes cómo (gesto, con ambas manos, de horrorizada ignorancia)... cuando la visitaba en la cuadra. *Kstati* (a propósito), hay una cosa que nunca he llegado a comprender, y es cómo la herencia puede ser transmitida por los solteros... a menos que los genes puedan saltar como los caballos de ajedrez. La última vez que jugamos tú y yo casi te vencí; tendremos que volver a jugar... Pero no hoy, estoy demasiado triste Me habría gustado mucho saberlo todo, todo, de ti, pero ya es demasiado tarde. Nuestros recuerdos son siempre más o menos estilizados (*stilizovani*), como decía tu padre (aquel hombre irresistible y detestable), y ahora, aunque tú me mostrases tus viejos diarios íntimos,

no podría sentir una verdadera emoción, aunque una actriz sea siempre capaz de derramar lágrimas... como yo lo hago ahora. Ya sabes (buscando un pañuelo bajo la almohada), cuando los niños son muy pequeños (*takie malutki*), uno no llega a imaginar que podría vivir lejos de ellos ni siquiera un par de días. Pero he aquí que pasa el tiempo y sí que se puede... dos días, dos semanas... y luego pasan los meses, los años grises, los decenios negros, y, para acabar, la ópera bufa de la eternidad cristiana. Me parece que la separación, incluso la más grave, es una especie de entrenamiento para los Juegos Elíseos. ¿Quién ha dicho eso? ¡Ah, lo he dicho yo! Incluso tu traje, aunque te sienta bien, tiene algo de fúnebre, *traurnii*. ¡Cuántas tonterías estoy diciendo! Perdona estas estúpidas lágrimas... Dime, ¿hay algo que pueda hacer por ti? ¡Piensa algo! ¿Te gustaría una hermosa bufanda de peruana, prácticamente nueva, que se ha olvidado ese joven loco? ¿No? ¿No es tu estilo? Bueno. Ahora, déjame. Y, sobre todo, ni una palabra a esa pobre Mlle. Larivière, que lo hace con la mejor intención...

Ada volvió justo antes de la cena. ¿Problemas? Van se la encontró en la gran escalera. Parecía cansada y subía arrastrando por los escalones su bolso de larga asa. ¿Problemas? Olía a tabaco... tal vez (dijo ella) porque había pasado una hora en un departamento de fumadores, o bien (añadió) porque había fumado un par de cigarrillos en el salón del médico, o acaso (y eso no lo dijo) porque su amante anónimo era un gran fumador.

—¿Y bien? —dijo Van, tras el esbozo de un beso—. ¿Todo marcha? ¿No hay problemas?

Ada le fulminó con la mirada; o fingió hacerlo.

—Van, ¿cómo has podido telefonar a Seitz? No conoce ni siquiera mi nombre. ¡Me lo habías prometido!

Un silencio.

—Yo no telefoneé —contestó Van, calmamente.

—Tanto mejor —dijo Ada, con la misma voz insincera, mientras él la ayudaba a desprenderse de su impermeable—. Sí, todo va bien. ¿No puedes dejar de espíarme, amor mío? Resulta que la maldita cosa ha empezado en el camino de vuelta. Déjame pasar, por favor.

¿Inquietudes, ella? ¿Oh confeccionadas automáticamente por su madre? ¿Se reducía todo a una trivialidad vulgar? «Todos tenemos nuestros problemas.»

—¡Ada! —gritó.

Ella se volvió antes de abrir la puerta de su habitación, que siempre quedaba cerrada con llave.

—¿Qué quieres?

—Tusenbach, no sabiendo qué decir: «Hoy todavía no he tomado café. Irene, encarga que me preparen una taza.» Sale precipitadamente.

—¡Muy gracioso! —dijo Ada, encerrándose en su habitación.

### XXXVIII

A mediados de julio, tío Dan se llevó a Lucette a Kaluga, donde la niña debía pasar cinco días, con Belle y French. Un circo alemán y el Ballet de Liaska actuaban en la ciudad, y ni un solo niño del lugar habría querido perderse los campeonatos de *hockey* y natación de las colegialas kaluganas, a los que el viejo Dan, que no era en el fondo más que un niño grande, asistía religiosamente todos los años por las mismas fechas. Por otra parte, Lucette debía someterse a una serie de *tests* en el Taurus Hospital para determinar la causa de sus muy anormales variaciones de peso y temperatura (por lo demás, comía con buen apetito y se sentía perfectamente).

Debían volver el viernes a primera hora de la tarde. Dan pensaba hacerse acompañar por un notario de Kaluga para reunirse en Ardis con Demon, cuyas visitas eran excepcionales. El asunto del que debían tratar era la venta de una tierra «azul» —una turbera —que pertenecía a los dos primos y de la que ambos, por diferentes razones, tenían ganas de desprenderse. Como habitualmente sucedía con los proyectos mejor elaborados del pobre Dan, nada salió como estaba previsto: el notario no pudo comprometerse a llegar pronto, y, algunos minutos antes de que Demon franquease el umbral de la casa, Marina recibió un telegrama de su marido diciéndole que «diese de cenar a Demon» sin esperar a Dan y a Miller.

Este *kontretan* (divertido término con el que Marina designaba toda clase de sorpresas, y no solamente las malas) produjo una gran satisfacción a Van. Aquel año había visto poco a su padre. Le quería con una especie de jovial devoción, le había idolatrado de niño y le respetaba firmemente en su adolescencia tolerante, pero también más informada. Más tarde, un matiz de disgusto (el mismo disgusto que experimentaba ante su propia inmoralidad) vino a mezclarse con el amor y la estimación. Y, sin embargo, cuanto más avanzaba en edad, más claramente sentía que en cualquier momento y en cualquier circunstancia habría estado dispuesto a dar la vida por su padre, con alegría, con orgullo. Al final de la década de los noventa, cuando Marina, en su lamentable chochez, recapitulaba los «crímenes» del difunto Demon, con inútiles detalles que producían tanta incomodidad como repulsión, Van experimentaba la misma compasión por ella y por él, sin que eso hiciese cambiar en nada su indiferencia por Marina y su adoración por su padre, que seguían siendo los que habían sido siempre, a lo que todavía eran en los años (cronológicamente apenas concebibles) sesenta (del siglo XX). Ningún maldito generalizador, con sus dos dedos de frente y el higo seco de su corazón, sería capaz de explicar (he ahí mi más suave revancha sobre los obstinados detractores de la obra de mi vida) las singularidades individuales (que aparecen en este caso y en otros de la misma especie. Sin tales singularidades, ni el genio, ni el arte existirían, y esta declaración definitiva basta para condenar a nuestros bufones y a nuestros patanes.

¿En qué ocasiones había venido Demon a Ardis en los años anteriores? El 23 de abril de 1884 (el día en que había sido propuesta, aprobada y organizada la primera estancia estival del joven Van). Dos veces durante el verano de 1885 (mientras Van escalaba las montañas de los Estados, del Oeste y las pequeñas Veen viajaban por Europa). En una cena de junio o de julio de 1886 (¿dónde estaba

entonces Van?). Unos cuantos días del mes de mayo de 1887 (Ada herborizaba con una alemana en Estocia o en California; Van putañeaba en Chose).

Aprovechando la ausencia de Larivière y Lucette, Van había retozado largamente con Ada en la acogedora habitación de las niñas. Cuando oyó el ronroneo del automóvil de su padre, se asomó a la ventana, que no permitía una vista muy perfecta de la avenida de acceso principal. Bajó las escaleras con tal celeridad que la barandilla le quemó la mano, lo que le hizo recordar, con un sentimiento de felicidad, otras ocasiones parecidas de su infancia. En el vestíbulo no había nadie. Demon había entrado por una galería lateral. Instalado en el salón de música salpicado de sol, limpiaba su monóculo con una *zamshinka* (gamuza), antes de tomar su brandy «prebrandial» (vieja broma). Sus cabellos teñidos eran negros como el cuervo, y sus dientes, blancos como los dientes de un podenco. Su cara morena, lisa y lustrosa, con el bigote impecablemente recortado y los ojos negros y húmedos, se iluminó al ver a su hijo y reveló aquel radiante amor al que tan bien respondía Van, y que uno y otro trataban vanamente de disimular con el tono bromista habitual.

—Hola, «dad».

—¡Oh, «hello», Van!

Muy americano. Muy Riverlane School. Cierra de un golpe la portezuela del coche y atraviesa el patio nevado. Siempre con guantes, nunca con abrigo. Padre, *you want to go to the bathroom?* Mi país, mi dulce país.

—¿Quieres subir al «bathroom»? —preguntó Van, con ojos chispeantes.

—No, gracias. Ya me he bañado esta mañana. (Suspiro breve para hacer notar la huida del tiempo.)

También recuerda Demon todos los detalles de las cenas padre-hijo en Riverlane: la invitación, inmediata y respetuosa, a pasar al W.C.; la cordialidad de los profesores, la comida infame, el picadillo de carne a la crema. Dios guarde a América; la turbación de los hijos, la vulgaridad de los padres, nobles ingleses y aristócratas griegos hablando de yates y cacerías en las Bahamudas. «¿Me permites que transfiera delicadamente mi plato al tuyo esta deliciosa síntesis de helado de rosa, querido hijo?». Y Van, fingiéndose profundamente herido: «¿Cómo, papá? ¿No te gusta?». Dios conserve las pobres papilas gustativas americanas.

—Tu nuevo coche tiene unas sonoridades espléndidas —dijo Van.

—¿Verdad que sí? (preguntar a Van a propósito de esta *gornichon*, término de un argot franco-ruso de ínfimo grado para designar una graciosa *kamenstochka*). Y ¿qué hay de nuevo, hijo? La última vez que nos vimos volvías de Chose. Malgastamos la vida con las separaciones. Somos los fantoches de la fatalidad. Oye, ¿y si pasamos un mes juntos en París o en Londres, antes de la *rentrée*?

Demon dejó caer el monóculo y se secó los ojos con un pañuelo a la moda, con orla de encajes, que habitaba en el bolsillo del pecho de su *smoking*. Sus glándulas lacrimales entraban fácilmente en acción cuando una pena real no le obligaba a dominarse.

—Tienes un aire muy satánicamente «en forma», *Dad*, sobre todo con ese clavel en el ojal. No has debido estar mucho en Manhattan estas últimas semanas. ¿O has tomado el color de su última sílaba?

Broma casera, en la vena Veen.

—Me he regalado, en efecto, un viajecito a Akapulko —respondió Demon, rememorando de mala gana y sin necesidad (con esa percepción especial del detalle fugitivo que también caracterizaba a su hijo), un pez a rayas negras y violetas en una pecera, un sofá de rayas parecidas, el sol subtropical poniendo de relieve las vetas de un cenicero de ónice sobre el pavimento de piedra, un montón de números atrasados del *Povesa* (play-boy) con manchas de zumo de naranja, las joyas que él había llevado, el gramófono que cantaba con voz soñadora *Pétit nègre, au champ qui fleuronne* y el admirable abdomen de una joven criolla muy amada, muy infiel y perfectamente adorable.

—Y ¿fue contigo la señorita como-se-llame?

—Bueno, muchacho, francamente, la nomenclatura se hace cada año más confusa. Pero hablemos de cosas menos complicadas. ¿Dónde están los refrescos? Un ángel que pasaba me los había prometido.

(¿Un ángel que pasaba?)

Van tiró del verde cordón de la campanilla. Un melodioso mensaje tomó el camino de la cocina, mientras del antiguo acuario con armazón de bronce y habitado por un solitario pez-presos se alzaba en contracanto, en un rincón del salón de música, un múltiple y misterioso burbujeo (quizás un fenómeno de aireación espontánea sólo comprendido por Kim Beauharnais, el muchacho de la cocina).

«¿Convendría llamarla después del postre?», se preguntaba Demon. «¿Qué hora sería allí? Poco útil, y malo para el corazón».

—No sé si sabes —dijo Van, sentado en el brazo del sillón de su padre— que tío Dan, Lucette y el notario no llegarán hasta después de cenar.

—Excelente —dijo Demon.

—Marina y Ada bajarán dentro de un minuto. Será una cena «à quatre».

—Excelente. Eres magnífico, mi querido muchacho, y no tengo necesidad de exagerar mis cumplidos como hacen algunos para adular a un caduco de pelo embetunado. Tu *smoking* es encantador... o, más exactamente, es encantador reconocer al viejo sastre propio en la ropa del hijo, es como descubrir que uno se repite en cualquier tic ancestral... por ejemplo, éste (y mueve tres veces el índice izquierdo a la altura de su sien), que utilizaba mi madre para manifestar una pacífica disconformidad. Ese gene lo has perdido, pero yo lo reencuentro en el espejo de mi peluquero cuando me niego a que me ponga Crêmlin en mi cabeza calva. Y ¿sabes quién lo poseía también? Mi

tía Kitty, que se casó con el banquero Bolenski después de haberse divorciado de aquel horrible mujeriego, Liovka Tolstoi, el escritor.

Demon prefería Walter Scott a Dickens y estimaba poco a los novelistas rusos. Como de costumbre, Van juzgó oportuno formular un comentario crítico.

—Era un escritor extraordinariamente artista, papá.

—Y tú eres un chico extraordinariamente exquisito —dijo Demon, derramando una segunda lágrima de agua dulce. Apretó contra su mejilla la mano fuerte y bella de Van, y éste puso los labios en el puño velludo de su padre, que ya sostenía un vaso de alcohol todavía invisible. A pesar de la huella viril de su ascendencia irlandesa, todos los Veen que tenían sangre rusa mostraban en sus efusiones rituales una sobreabundancia de ternura, aunque eran un poco ineptos para la expresión verbal de sus sentimientos.

—Pero, ¿qué ha pasado? —exclamó Demon—. Tu pulgar y tu palma son los de un carpintero. Déjame ver la otra mano. ¡Dios mío! Y luego rezongó a media voz: «El montículo de Venus apenas visible, la línea de la vida cortada, pero monstruosamente larga...» Imitaba la monodia de la gitana que dice la buenaventura: «Vivirá usted tanto que llegará a Terra y regresará usted de ella más sensato y más feliz.» Luego, recuperando su voz ordinaria: «Lo que deja perplejo a tu quiromántico es la extraña condición de la línea llamada Hermana de la Vida y esta rugosidad.»

—Mascodagama —murmuró Van, enarcando las cejas.

—¡Dios mío, qué obtuso soy! Y, ahora, dime, ¿te gusta Ardis?

—Lo adoro. Es para mí el *château que baignait la Dore*. De buena gana pasaría aquí toda mi barroca y extraña vida. Pero, ¡ay!, es un sueño sin esperanza.

—¿Sin esperanza? Eso es lo que me pregunto. Ya sé que Dan piensa dejar Ardis a Lucette. Pero a Dan le gusta mucho el dinero, y mis negocios van lo bastante bien para poder satisfacer grandes apetitos. Cuando tenía tu edad, me decía que la palabra más dulce de nuestra lengua rimaba con «sillón», y ahora sé que no me equivocaba. Si realmente deseas poseer esta propiedad, puedo tratar de comprarla. Marina no sería insensible a ciertas presiones: suspira como un puf cuando uno se sienta un poco sobre él. Pero, maldita sea, los sirvientes de esta casa no son Mercurios. Tira otra vez de ese cordón. Sí, quizás podríamos hacer vender a Dan.

—Muy *black* de tu parte, Dad —dijo Van, encantado por aquellas palabras, y utilizando un término de *argot* que le había enseñado en la cuna su tierna y joven nodriza Ruby, nacida en la región del Mississippi, donde la mayoría de los magistrados, de los benefactores públicos, de los altos sacerdotes de toda clase de «confesiones» y muchos otros personajes honorables y generosos tienen la piel negra o negruzca de sus antepasados del África occidental, que fueron los primeros navegantes que desembarcaron en el golfo de México.

—¿Quién sabe? —murmuró Demon, con aire soñador—. No subiría mucho más de dos millones, menos lo que me debe el primo Dan, menos los pastizales de Ladore, que están hechos una porquería y de los que habrá que deshacerse progresivamente si los terratenientes locales no hacen



saltar esa nueva refinería de petróleo, la vergüenza (*stid sram*) de nuestro condado. Yo no tengo ningún especial cariño a Ardis, pero tampoco tengo nada en contra, aunque deteste sus alrededores. La ciudad de Ladore se ha vuelto de una vulgaridad atroz y el juego ya no es lo que era. Tenéis una serie de vecinos bastante extraños. El pobre Lord Erminin está prácticamente loco. El otro día, en las carreras, yo hablaba con una dama que fue mía en otro tiempo... ¡oh! mucho antes de que Moisés de Vere «pusiese los cuernos a su marido en mi ausencia y le matase en duelo en mi presencia...», epigrama que ya has debido oír de estos mismos labios...

(La estrofa siguiente sería la de «chochez paterna».)

—...pero un buen hijo debe aceptar algo de «chochez paterna». En resumen, ella sostiene que su hijo y Ada se ven mucho, etc., etc. ¿Es eso cierto?

—No exactamente —dijo Van—. Se encuentran, alguna que otra vez, en las fiestas familiares. A los dos les gustan los caballos, las carreras. No hay más etcétera. Seguro.

—¡Tanto mejor! Pero oigo que se acercan unos pasos solemnes. Prascovia de Prey tiene el peor defecto para una *snob*: exagera. Buenas noches, Bouteillan. Le encuentro rojo como sus viñedos natales... pero no se rejuvenece, como dicen los amerloques, y mi gentil mensajera habrá sido detenida en el camino por algún pretendiente más joven y más afortunado...

—*Proshu, papochka* (Por favor, papaíto) —murmuró Van, que siempre temía que los criados se ofendiesen por las bromas abstrusas de su padre, siendo así que él mismo pecaba muchas veces de excesivamente seco.

Pero —para emplear una venerable fórmula narrativa —el bueno de Bouteillan conocía demasiado a su antiguo amo para incomodarse por su humor caballeresco. Todavía sentía en la mano el agradable picor resultante de haber azotado el joven y compacto trasero de Blanche, para castigarla por haber mutilado el encargo, por lo demás muy fácil, del señor Veen, y por haber roto un jarrón. Después de dejar la bandeja en una mesita retrocedió unos pasos, manteniendo los dedos plegados en posición portabandejas, y sólo entonces respondió, con una afectuosa inclinación, a las palabras de saludo de Demon. ¿El señor seguía bien de salud? Mejor que nunca.

—Para cenar, me gustaría una botella de vuestro Château Latour d'Estoc —dijo Demon; y cuando el mayordomo, después de haber escamoteado al pasar un pañuelito arrugado de la tapa del piano, hubo salido del salón todavía saludando, prosiguió—: ¿Cómo vas con Ada? Ahora debe tener... casi dieciséis años, ¿no? ¿Es romántica?

—Somos los mejores amigos del mundo —dijo Van, que tenía debidamente preparada la respuesta a una pregunta que esperaba bajo una u otra forma—. Verdaderamente tenemos más cosas en común que, por ejemplo, dos amantes corrientes, o dos primos, o dos gemelos. Quiero decir que somos positivamente inseparables. Leemos mucho. Ada se ha instruido de una manera espectacular gracias a la biblioteca de su abuelo. Conoce los nombres de todas las flores y todos los pájaros de la región. Y, además, es una chica tan divertida...

—Van... —comenzó Demon; pero se detuvo, como tantas veces había empezado y se había detenido durante los últimos años. Había, no obstante, que decirlo algún día, pero el momento no estaba bien elegido. Se ajustó el monóculo y contempló las botellas.

—A propósito, hijo: ¿te apetece alguno de estos aperitivos? Mi padre me permitía un dedo de Lilletovka, terrible pócima, *antranou svadi*, como diría Marina. Supongo que tu tío tendrá un escondrijo detrás de los libros de su despacho y guardará allí un whisky mejor que este *usque ad Russkum*. Bien, probemos el coñac, como estaba planeado, a menos que tú seas un *filius aquae*.

—Yo prefiero el burdeos. Más tarde me concentraré (*nalyagu*) en el Latour. Tranquilízate, no soy abstemio. Y, además, el agua de Ardis no es recomendable.

—Debo advertir a Marina —dijo Demon, tras un primer enjuague de encías y un sorbo reposado— que su esposo debería poner término a su afición a la ginebra y dedicarse a los vinos franceses y califranceses, después de ese primer ataque que tuvo. Le vi en la ciudad, hace poco, cerca de Mad Avenue. Caminaba en dirección a mí, del modo más normal del mundo. Y luego, cuando me vio, a una manzana de distancia, fue desacelerando, hasta que acabó por detenerse (¡oh, de un modo lamentable!). Eso no es muy normal. De acuerdo. No presentemos nunca a nuestras enamoradas, como decíamos en Chose, pero, en fin, sólo los yukonianos pueden creer que el coñac es malo para el hígado, porque sólo conocen el vodka. Bueno, me gusta saber que te entiendes tan bien con Ada. Perfecto. Hace un momento, en esa galería, he visto a una doncellita muy linda. Ni una sola vez ha alzado las pestañas y me ha contestado en francés cuando... Por favor, muchacho, mueve un poco esa mampara... Sí, así está bien. La estocada del sol poniente, sobre todo cuando sale debajo de una nube de tormenta, no es para mis pobres ojos. Ni para mis pobres ventrículos. Van, ¿eres sensible a ese tipo de belleza? La cabecita inclinada, la nuca desnuda, los tacones altos, el trotecillo, el contoneo... Te gusta eso, ¿no?

—Bien... (¿hay que revelarle que soy el más joven de los venusianos? ¿Lo será también él? ¿Le enseño el signo? Mejor no hacerlo. Inventemos.)

—...Bien, por el momento descanso, después de mi tórrida aventura, en Londres, con mi pareja de tango, a la que aplaudiste la noche que atravesaste los aires para asistir a nuestra última representación, ¿te acuerdas?

—Por supuesto, por supuesto. Es curioso el adjetivo que has empleado.

—Papá, creo que has bebido bastante coñac.

—Sí, sí —dijo Demon, dando vueltas en su mente a cierta cuestión sutil que sólo la ineptitud de otra conjetura más o menos afín había expulsado del cerebro de Marina (admitiendo que hubiera podido entrar allí por alguna puerta trasera), pues «ineptitud» y «multitud» siempre han sido sinónimos, y nada más multitudinario que una cabeza vacía.

—Naturalmente —continuó Demon —hay mucho que decir en favor de un descanso en el campo.

—La vida al aire libre y todo eso... —dijo Van.

—De todas maneras, es increíble que un jovencito vigile el consumo de alcohol de su padre — comentó Demon, sirviéndose el cuarto chorro de coñac en su copa—. Por el contrario —continuó, acariciando el cáliz, ribeteado de un hilo dorado—, la vida al aire libre puede ser un poco lúgubre sin un amorío estival; y, lo reconozco, en la vecindad no hay muchas chicas como es debido. Estaba la deliciosa Grace Erminin, una pequeña judía muy aristocrática, pero parece que se ha prometido. A propósito, la De Prey me dice que su hijo se ha alistado y pronto va a tomar parte activa en esa deplorable historia extranjera en la que nunca debía haberse mezclado nuestro país. Me pregunto si deja atrás algún rival...

—¡Dios mío, no! —replicó el honrado Van—. Ada es una joven señorita completamente seria. No tiene galán... aparte de mí, *ça va seins durs*. Oh, papá, hazme memoria, ¿quién era el que decía *seins durs* en vez de *sans dire*?

—King Wing, un día que yo le pregunté si estaba contento con su mujer francesa. Bien, me has dado buenas noticias de Ada. ¿Dices que le gustan los caballos?

—Le gustan todas las cosas que gustan a nuestras bellas: las orquídeas, los bailes y *El jardín de los cerezos*.

Y he aquí que Ada en persona irrumpe en la habitación. ¡Sí, sí, soy yo! Resplandeciente.

El viejo Demon, arqueando sus alas tornasoladas, se levantó a medias; pero volvió a caer en su asiento, con un brazo alrededor de Ada y la otra mano sosteniendo la copa. Besó a Ada en el cuello y en los cabellos, sumergiéndose en su frescor con un fervor excesivo para un tío.

—¡*Gosh!* —exclamó la chica, con una ingenua explosión de argot de nodriza que enterneció a Van; su padre mismo no pareció experimentar tanta *umilenié* (ternura)—. ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Abriéndote camino con las garras a través de las nubes y abatiéndote sobre el castillo de Tamara!

(Lermontov parafraseado por Lowden.)

—La última vez que disfruté de tu presencia —dijo Demon— fue en el mes de abril. Llevabas un impermeable con capucha blanca y negra, yapestabas a no sé qué droga de arsénico, porque volvías del dentista. El doctor Pearlman se casó con su secretaria, te alegrarás de saberlo. Y ahora, querida, vamos a las cosas serias. Acepto tu vestido (esa vaina negra desmangada), tolero tu romántico peinado, no me gustan mucho esos escarpines *na bosu nogu* (que te dejan casi descalza), tu perfume Beau Masque puede pasar... Pero, encanto, detesto y rechazo tu lívido lápiz de labios. Quizás sea la moda en ese viejo Ladore, pero ya no se usa en Man ni en Londres.

—*Ladno* (de acuerdo) —dijo Ada; y, descubriendo sus grandes dientes, se frotó sin piedad los labios con un pañuelito que se había sacado del pecho.

—Eso es también provinciano. Deberías llevar un bolsito de seda negra. Y ahora voy a demostrarte lo buen adivino que puedo ser: tu sueño es convertirte en concertista de piano.

—¡Nada de eso! —dijo Van, indignado—. ¡Qué absurdo! No toca ni una sola nota.

—Bien, no hablemos más —dijo Demon—. La Observación no siempre es la madre de la Deducción. Pero no hay nada vergonzoso en olvidar un pañuelo en la tapa de un Bechstein. No tienes que ponerte tan colorada, cariño. Voy a recitarte algo como intermedio cómico:

*Lorsque son fiancé fut parti pour la guerre*

*Irene de Grandfief, la pauvre et noble enfant*

*ferma son piano... vendit son éléphant.*

El *enfant* es del autor, pero el *éléphant* es mío.

—No me digas —rió Ada.

—Nuestro gran Coppée —dijo Van —es horrible, desde luego, pero ha compuesto cierto poemita seductor que la Ada de Grandfief aquí presente ha torneado en inglés varias veces, con más o menos éxito.

—¡Oh, Van! —exclamó Ada, con un tono mimoso desusado, mientras cogía un buen puñado de almendras saladas.

—¡Oigámoslo, oigámoslo! —exigió Demon, quitándole una almendra.

Todo esto —el contrapunto preciso de gastos entrecruzados, la candida alegría de la reunión de familia, los hilos de las marionetas que nunca se enredan —«es más fácil de describir que de imaginar».

—Sólo los grandes artistas, maestros inhumanos —dijo Van—, pueden parodiar los procedimientos de los viejos narradores de cuentos; pero sólo a nuestros parientes próximos les podemos perdonar que parafraseen versos célebres. Antes de citar una tentativa de esa clase hecha por un primo (o una prima, poco importa), permitidme que, como prefacio, presente un fragmento de Puchkin, sólo por el placer de la rima.

—¡Por el *veneno* de la rima! —replicó Ada—. Una paráfrasis, incluso la mía, se parece a la corrupción de un término en el curso de los años. «Ponzoña» viene simplemente de «poción», «bebida»; pero hoy significa «veneno». Y los campesinos dicen hoy, por ejemplo, hablando de un prado, que está *emponzoñado* por una planta, que puede ser la dulce aristoloquia.

—Lo cual es más que suficiente para mis pequeñas necesidades —dijo Demon— y para las de mis amiguitas.

—Pues bien —prosiguió Van, pasando por alto lo que le pareció una alusión poco decente, pues la pobre plantita había sido considerada por los antiguos habitantes de Ladore, no como un remedio

contra la mordedura de reptil, sino como garantía de parto fácil para una madre joven; pero no importa—. Por suerte, el poema se ha conservado bien. Éste es el prefacio:

*Cette élégie si dolente,  
je l'ai gardée par hasard.  
Donc la voici: leur chute est lente...*

—¡Ah, lo conozco! —interrumpió Demon:

*Leur chute est lente. On peut les suivre  
du regard en reconnaissant  
le chêne à sa feuille de cuivre.  
L'érable à sa feuille de sang.*

¡Extraordinariamente torneada!

—Sí. Eso era Coppée. Y ahora, escuchemos a la prima —dijo Van. Y declamó:

*Their fall is gentle. The leavesdropper  
can follow each of them and know  
the oak tree by its leaf of copper,  
the maple by its blood-red glow.*

—¡Uf! —hizo la parafraseadora.

—¡Nada de eso! —exclamó Demon—. Ese *leavesdropper* es un hallazgo magnífico, querida.

Atrajo hacia sí a la muchacha, y ella se dejó caer en el brazo de su butaca. Demon, entre los hermosos mechones negros, aplicó sus labios cálidos y húmedos a la oreja ardiente y roja de la chica. Van sintió un escalofrío de placer.

Ahora le tocaba a Marina hacer su «entrada», que ejecutó en excelentes condiciones de claroscuro. Llevaba un vestido de lentejuelas y la cara bañada por el suave halo que desean todas las viejas estrellas. Se aproximó con los brazos extendidos hacia delante, seguida por Jones, que llevaba dos candelabros y se esforzaba al mismo tiempo en mantener dentro de los límites de la etiqueta los puntapiés que aplicaba a un pequeño torbellino oscuro salido de las sombras.

—¡Marina! —exclamó Demon, con el entusiasmo de reglamento. Le dio unos golpéenos en la mano y se sentó a su lado en un canapé.

Resoplando rítmicamente, Jones colocó uno de sus bellos candelabros con dragones sobre la mesita baja de los vasos espejeantes. Se disponía a llevar el otro al rincón donde Demon y Marina preludiaban con mil gracias la conversación, cuando esta última, con una rápida señal, le dirigió hacia una consola próxima al pez rayado. Con la respiración todavía fuerte y agitada, corrió las cortinas, pues ya sólo quedaban del día unas pintorescas ruinas. Jones era un sirviente eficaz, muy lento, muy solemne, incorporado hacía poco al servicio de Ardis, y no había más remedio que habituarse, con paciencia, a su ritmo y a su asma. Algunos años más tarde me haría un servicio que nunca olvidaré.

—Es una mujer fatal, una belleza pálida, una arruina corazones —confiaba Demon a su antigua amante, sin preocuparse de si el objeto de sus alabanzas podía o no oírle (y le oía) desde el otro extremo de la sala, donde estaba ayudando a Van a arrinconar al perro... (operación en la que exhibía una buena porción de pierna). Nuestro viejo amigo, que no estaba menos excitado que el resto de la reunión, había entrado al galope, detrás de Marina, con una vieja zapatilla en la boca. La zapatilla pertenecía a Blanche, a la que habían ordenado que encerrase a Dack en su habitación, cosa que, como de costumbre, sólo había hecho imperfectamente. Los chicos sintieron el escalofrío de lo «ya-visto» (un doble «ya-visto» en el espejo de la retrospectiva artística).

—*Pozhalsta hez glupostey* (Basta de tonterías, por favor), sobre todo delante de la gente —dijo Marina, infinitamente halagada. Y, cuando volvió a salir el lacayo de la boca de carpa llevándose en brazos, patas arriba, a Dack y su juguete, prosiguió —: Verdaderamente, si se la compara con las chicas del país, con Grace Erminin, por ejemplo, o incluso con Córdula de Prey, Ada es una jovencita de Turgueniev o una *miss* de Jane Austen.

—En verdad, soy Fanny Price —puntualizó la interesada.

—En la escena de la escalera —añadió Van.

—No hagamos caso de sus bromas privadas —dijo Marina a Demon—. Nunca llego a entender sus juegos, sus pequeños secretos. Pero Larivière ha escrito un excelente guión sobre unos misteriosos adolescentes que hacen no se sabe qué cosas extrañas en viejos parques... Por amor de Dios, no le permitas esta noche que coja el tema de sus éxitos literarios; sería un error fatal.

—Espero que tu marido no se retrase mucho. Sabemos que no es capaz de dar lo mejor de sí mismo después de las ocho de la noche, hora de verano. Y, a propósito, ¿cómo está Lucette?

En aquel momento la puerta se abrió de par en par (Bouteillan sabía hacer las cosas con estilo), y Demon ofreció a Marina su brazo *kalachikom* (en forma de *croissant*). Van, a quien la presencia de su padre predisponía a una jovialidad escasamente graciosa, ofreció el suyo a Ada, pero ésta lo rechazó con un fraternal desenfado que quizás no habría aprobado Fanny Price.

Otro Price, un típico, demasiado típico, viejo servidor de Marina, a quien ésta (y G. A. Vronski, durante su breve idilio) habían puesto, por alguna razón desconocida, el curioso sobrenombre de Grib, colocó en la cabecera de la mesa un cenicero de ónice para Demon, a quien le gustaba fumar entre plato y plato, una muestra de atavismo ruso. En una mesa auxiliar, también al estilo ruso, había un surtido completo de entremeses rojos, negros, grises y color crema. El caviar prensado (*salfe-tochnaia ikra*) estaba separado del tarro de Perlas Grises (*ikra svezjaia*) por el lujo succulento de las setas amarillas y pardas en conserva, y el rosa del salmón ahumado rivalizaba con el encarnado del jamón de Westfalia. En una bandeja separada brillaban los *vodochki* de diversos aromas. La cocina francesa estaba representada por *chauds-froids* y *foie-gras*. Por una ventana abierta se oía el estridular amenazador de los grillos en las tinieblas de la fronda inmóvil.

Fue —sigamos fieles a los preceptos del género novelístico— una cena exquisita, llena de alegría, y que se prolongó hasta muy tarde. Y aunque la conversación consistió, en su conjunto, en ocurrencias familiares y brillantes trivialidades, el recuerdo de aquella noche quedaría grabado en la memoria de cada uno de los comensales como una experiencia plena de significado y no del todo agradable. Cultivaron esmeradamente su imagen, lo mismo que, al enamorarse de un cuadro de una galería o al recordar el estilo de un sueño, se tienen presentes los detalles del sueño, la riqueza de colorido y de dibujo del cuadro en una visión desprovista de todo otro significado. Debemos observar que nadie, ni siquiera el lector, ni siquiera Bouteillan, que redujo a migajas un corcho venerable, estuvo a sus anchas en aquella fiesta. Había un sutil elemento de farsa y falsedad que hubiera impedido a un ángel —si los ángeles pudiesen visitar Ardis— encontrarse allí enteramente a gusto. Y, sin embargo, fue un espectáculo maravilloso, que ningún artista habría querido perderse.

La blancura del mantel y el brillo de las velas atraían tímidas o impetuosas mariposas, entre las cuales Ada, guiada por un dedo fantasma, no pudo por menos de reconocer antiguas amigas aladas. Pálidas intrusas que sólo pretendían extender sus frágiles alas sobre alguna superficie brillante, golpeatechos enlevitadas, esfinges invasoras de abdomen rojo con cinturón negro, llegaban a la sala, en tromba o en vuelo planeado, en silencio o zumbando, desde el fondo negro de la noche cálida y húmeda.

Porque era una noche negra, cálida y húmeda de mediados de julio de 1888 en la mansión de Ardis, condado de Ladore; no lo olvidemos, (no lo olvidemos nunca. Cuatro miembros de una misma familia se sentaban en torno a una mesa ovalada, rutilante de flores y cristales. No era una escena de comedia, como habría podido creer (o, mejor, como habría debido creerlo) un espectador (armado de una cámara fotográfica o de un programa) situado en el jardín como en la platea de terciopelo de un teatro. Marina había sido durante tres años amante de Demon. Y desde el final de su aventura otros dieciséis años habían transcurrido. Intervalos de diversa longitud —una laguna de dos meses en la primavera de 1870, otra de unos cuatro meses a mediados de 1871— no hicieron, en su momento, sino incrementar su ternura y su tormento. La cara de Marina había perdido mucho. Ni sus rasgos endurecidos, ni su modo de vestir (aquel vestido constelado de

lentejuelas), ni la redecilla centelleante que recogía sus cabellos teñidos de un rubio rojizo, ni su cuello enrojecido por el sol, ni el maquillaje melodramático con exceso de ocre y de bistre, ni siquiera vagamente podían recordarle a aquél que la había amado con más fuerza que a ninguna otra mujer en toda su vida galante, la elegancia, el encanto y la lírica belleza de Marina Durmanov. Esto le apenaba: aquel total hundimiento del pasado, la dispersión de los trovadores y de la corte itinerante, la imposibilidad lógica de relacionar la dudosa realidad del presente con la realidad indiscutible del recuerdo. Hasta aquellos entremeses del *zakusochniy stol* de Ardis y las pinturas del techo del comedor estaban desligadas de sus cenas íntimas de otros tiempos. Aunque, bien lo sabe Dios, el triple preámbulo que iniciaba el rito seguía siendo el mismo: setas tiernas en vinagre con sus casquetes de un leonado brillante, perlas grises de caviar fresco y *foie-gras* de trufas perigordinas.

Demon engulló un último pedazo de pan negro con una lonchita elástica de salmón, ingirió de un trago el último vaso de vodka y ocupó su lugar en la mesa. Marina estaba frente a él, al otro lado del óvalo, en cuyo centro había un gran frutero de bronce lleno de manzanas Calville, que parecían esculpidas, y uvas Persty de forma ovalada. El alcohol, del que ya estaba impregnado el vigoroso organismo de Demon, contribuía, como de ordinario, a la reapertura de lo que él llamaba, con un galicismo, las «puertas condenadas». Al desplegar su servilleta con ese ligero bostezo con que los hombres suelen acompañar el movimiento, se puso a considerar el pretencioso peinado «cielo de estrellas» de Marina, y se esforzó en *realizar* (en el sentido fuerte de este término, es decir, *poseer* la realidad de un hecho obligándole a penetrar hasta el centro de la percepción) que tenía ante sí a una mujer a la que había amado más allá de lo soportable y que esa mujer le había amado como una histérica, como una antojadiza, empeñándose en hacer el amor en las alfombras o en almohadones tirados en el parquet («como hacen las personas más distinguidas en el valle del Tigris y del Eufrates»), descendiendo en *bobsleigh* las pendientes nevadas a las dos semanas de sus partos; apeándose inopinadamente del Orient-Express con cinco maletas, el abuelo de Dack y una doncella ante el ospedale del doctor Stella Ospenko, donde él se reponía de un arañazo recibido en un duelo a espada (todavía visible después de diecisiete años, o casi, como una marca blanca bajo la octava costilla). ¿No es extraño que, cuando volvemos a ver, tras larga separación, a un compañero de colegio o a una tía gorda a quien quisimos mucho de niños, descubrimos intacto el calor humano de la buena amistad, y que eso no ocurre nunca con una antigua amante? Parece como si la parte humana de nuestro afecto hubiera sido barrida al mismo tiempo que las cenizas de la pasión inhumana en una operación de demolición general. Demon la contempló mientras rendía homenaje a la perfección de la sopa. Pero aquella mujer más bien gruesa, buena, sin duda, pero inestable y de rostro desapacible, toda barnizada —nariz, frente y el resto— de una especie de aceite pardusco que ella creía más «rejuvenecedor» que los polvos, le resultaba más extraña que Bouteillan (el cual se la había llevado una vez en brazos, con un desmayo fingido, de una *villa* de Ladore para instalarla en un coche, tras una última, verdaderamente última, escena: la víspera de su boda). Marina, que era por esencia una muñeca con disfraz de persona, no experimentaba ningún malestar equivalente al de Demon, porque estaba desprovista de la visión *triple* (la imaginación, singularizada y milagrosamente detallada) que otras muchas personas, por lo demás muy comunes y conformistas, pueden poseer también, pero, sin la cual, la memoria (incluso la de un profundo «pensador» o un técnico genial) no es, hay que reconocerlo, más que un clisé o una hoja voladora. No queremos ser demasiado duros con Marina: después de todo, la sangre que corre por sus venas es la misma que



late en nuestros pulsos y en nuestras sienas, y muchas de nuestras rarezas proceden de ella y no de él. Sin embargo, no podemos excusarla de la grosería de su alma. El hombre que se sentaba a la cabecera de la mesa, unido a ella por un par de alegres jovencitos —el «galán» a su derecha, la «ingenua» a su izquierda—, no difería en nada del Demon, vestido con un *smoking* muy parecido (salvo, quizás, el clavel, tomado evidentemente de un jarrón que Blanche había recibido el encargo de traer de la galería), que, seis meses antes, el día de Navidad, estuvo sentado al lado de ella en casa de los Praslin. El abismo vertiginoso que se abría ante él cada vez que la encontraba de nuevo, aquella terrible «maravilla de la vida» con su revoltijo disparatado de fallas geológicas, no podía ser franqueado por un puente que sólo era para ella una línea discontinua de monótonos reencuentros: el «pobre viejo Demon» (todos sus compañeros de almohada pasaban con ese título a la situación de retirados) aparecía ante ella como un fantasma inofensivo, unas veces en el saloncito del teatro, «entre el espejo y el abanico», otras veces en los salones de amigos comunes, o aquel día en Lincoln Park, cuando le vio indicando con su bastón a un mandril de trasero morado y no la saludó, siguiendo las reglas del gran mundo, porque estaba con una fulana. En algún lugar, más lejos, mucho más lejos en el pasado, descoyuntados y transformados en un melodrama rancio por su memoria corrompida por los teatralismos, estaban los tres años de sus citas de amor (febriles y espaciadas) con Demon, *Una aventura tórrida* (título de su único éxito cinematográfico), la pasión en los grandes hoteles, las palmeras y los alerces, Demon y su Devoción suprema, Demon y su carácter imposible, las separaciones, las reconciliaciones, los trenes azules, los lloros, las traiciones, los terrores, las amenazas de una hermana loca, impotentes, es cierto, pero que dejan su huella, como zarpazos de tigre, en las cortinas del sueño, sobre todo cuando la noche y la humedad producen fiebre. Y detrás, contra el muro, la sombra del castigo (con ridículas alusiones a la «legalidad»). Todo aquello, embalado, expedido con destino a «Infierno», era pura puesta en escena; sólo en muy raras ocasiones la sorprendía un recuerdo... por ejemplo, un primer plano de dos manos izquierdas pertenecientes a sexos diferentes... pero ¿ocupadas en qué?, Marina no podía recordarlo (¡aunque sólo habían pasado *cuatro* años!)... ¿Tocando a cuatro manos...? No, ni Van ni Ada estudiaban piano... ¿Haciendo sombras chinescas en la pared...? Caliente, caliente, pero tampoco era eso. ¿Midiendo algo? Pero, ¿qué? ¿Trepando a un árbol, al tronco liso de un árbol? Pero, ¿dónde, cuándo? Algún día, se decía Marina, hay que poner el pasado en orden. Recuperarlo, retocarlo... Introducir en la película ciertos «fundidos», ciertos «raccords», corregir el desgaste revelador que la emulsión pesenta en ciertos lugares, disminuir con un montaje juicioso la supresión de secuencias suprefluas o embarazosas, conseguir garantías precisas. Algún día, sí, antes de que la muerte venga con su claqueta a cortar la escena.

Aquella noche se contentaba con celebrar automáticamente el rito consistente en servir a Demon todo aquello que, al confeccionar el menú, había recordado, con más o menos exactitud, como los platos preferidos de aquél: la *zelyoniya chchi*, una sopa de acederas y espinacas, verde, aterciopelada, en la que nadan unos resbaladizos huevos duros, servida con *pirochki* abrasadores, irresistiblemente tiernos y rellenos de carne, de zanahoria o de col (los PIRASKI, según en Ardis se pronunciaba y se celebraba el nombre, entonces y siempre). Y, después, *sudak* empanado con patatas hervidas, *riabchiki* (pollitos asados) y una variedad particular de espárragos (*bezukhanka*) que luego no producen eso que los libros de cocina llaman el «efecto Proust».

—Marina —murmuró Demon, después del primer plato—. Marina —repitió, en voz más alta—. Lejos de mí la intención (un giro de lenguaje que le gustaba mucho) de criticar los gustos de tu marido en materia de vinos blancos, y aún menos las maneras de vuestros criados. Ya me conoces, no me tomo en serio esas tonterías, yo soy... (gesto explicativo), pero, querida —continuó en ruso — el *chelovek* que me ha servido los pirozhki, el nuevo, el regordete de los ojos (*sglazami*)...

—Todo el mundo tiene ojos —dijo secamente Marina.

—Quizás, pero los suyos son como los de un pulpo y parecen querer tragarse toda la comida que sirve. De todas maneras, no es eso lo peor. ¡Lo malo es que jadea, Marina! Debe padecer alguna variedad de *odishka* (asma). Convendría enviarle al doctor Krolik. Es desmoralizador. Resopla con el ritmo de una bomba. Mi sopa se estremecía...

—Escucha, papá —dijo Van—; el doctor Krolik no puede hacer gran cosa por él, puesto que ha muerto (como sabes muy bien). Y Marina no puede pedir a sus criados que no respiren, puesto que están vivos todavía (como tú también sabes).

—La verbosidad Veen, la verbosidad Veen —murmuró Demon.

—Tiene toda la razón —dijo Marina —Y me niego a mezclarme en esto. Por otra parte, el pobre Jones no es asmático ni mucho menos; lo que ocurre es que se pone nervioso en su afán de complacernos. Está sano como un toro y me ha llevado no sé cuántas veces este verano de Ardisville a Ladore y regreso en barca de remos, y esto parecía gustarle mucho. Eres cruel, Demon. No puedo decirle «*ne pikhtite*» lo mismo que no puedo decir a Kim, el pinche de cocina, que deje de hacer fotografías a escondidas... ¡Un demonio de la instantánea, ese Kim!, pero no por eso deja de ser el chico más adorable, dulce y honrado del mundo. Lo mismo que no puedo decir a Blanche, mi pequeña camarera francesa, que no se haga invitar más (no sé bien cómo se las arregla) a los bailes de disfraces más privados de Ladore.

—¡Interesante! —observó Demon.

—¡Viejo verde! —exclamó Van, alegremente.

—¡Van! —dijo Ada.

—Soy un joven verde —suspiró Demon.

—Dígame, Bouteillan —preguntó Marina—. ¿Qué otro buen vino blanco tenemos? ¿Cuál nos recomienda? —el mayordomo sonrió satisfecho y pronunció un nombre fabuloso.

—¡Muy bien, muy bien!— aprobó Demon—. Mi querida amiga, no debías combinar tus comidas sin ayuda. Y a propósito de remos, ¿sabéis que yo era *Rowing Blue* en la Universidad de Chose, en 1858? Van prefiere el fútbol, pero sólo es *College Blue*, ¿verdad, Van? También en tenis soy mejor que él. No en pista de hierba, desde luego (eso es para clérigos campesinos), pero sí en el Court Tennis, como se dice en Manhattan. ¿Qué más podríamos añadir, Van?

—Que también me ganas al florete. Pero yo soy mejor tirador de pistola que tú. Este pescado es delicioso, papá, pero juraría que no es *sudak* auténtico.

(Marina, que no había podido procurarse a tiempo aquel producto europeo, lo había sustituido por el que creyó más parecido, el *walleyed pike*, una perca americana servida con salsa tártara y patatas nuevas a la inglesa.)

—¡Ah! —suspiró Demon, luego de probar el Hock de Lord By-ron—. Esto nos redime de las Lágrimas de la Virgen—. Y, después, elevando la voz, porque creía, equivocadamente, que Marina se había vuelto algo dura de oído —: Hace un momento hablaba con Van de tu marido. Abusa un poco del vodka de enebro. A decir verdad, se está volviendo un poco espeso y extraño. El otro día iba yo caminando por Pat Lane, al lado de la Cuarta Avenida, cuando le vi llegar a bastante velocidad en ese horrible cochecito de dos plazas que se ha comprado, esa espantosa y primitiva máquina de gasolina y timón. Me vio de lejos y me hizo señas. Y todo el cacharro se puso a dar sacudidas, hasta que se detuvo, a media manzana de distancia. Él se quedó allí, sentado, tratando de volver a poner en marcha el chisme con contoneos de caderas, como un chiquillo que no acierta a poner en marcha su triciclo. Al acercarme tuve la clara impresión de que era *su* mecanismo, y no el del Hardpan, lo que estaba averiado.

Lo que Demon, por la bondad (innata) de su retorcido corazón se abstuvo de decir a Marina fue que el muy imbécil, a espaldas de su consejero artístico, Mr. Aix, había comprado en unos miles de dólares a un compañero de juego de Demon —con las bendiciones de éste— un par de falsos Correggios que revendió en seguida, por medio millón de dólares, en un golpe de suerte inexplicable en un coleccionista tan estúpido como él. En consecuencia, Demon consideraba ese medio millón como un préstamo que su primo no dejaría de reembolsarle (si el buen sentido tenía algún imperio en aquel planeta gemelo). Discreción por discreción, Marina se abstuvo de hablar a Demon de aquella joven enfermera del hospital con la que Dan había estado haciendo tonterías desde su última enfermedad (se trataba, dicho sea de paso, de la oficiosa Bess, a quien Dan había pedido en una circunstancia memorable que le ayudase a encontrar «algo adecuado para una chica medio rusa que se interesaba por la biología»).

—¡Magnífico! —dijo Demon, que acababa de probar el borgoña—. Aunque, *pravda* (la verdad), mi abuelo materno se habría levantado de la mesa al verme acompañar un pavo con vino tinto en vez de con *champagne*. Magnífico, querida (tirándole un beso a través de una perspectiva de llamas y de platería).

El pavo asado (o más bien su representante neártico llamado por los habitantes del país «pavo de las montañas») iba acompañado de arándanos rojos en conserva. Cierta bocado particularmente succulento de aquel volátil negruzco dejó un perdigón de plomo entre la lengua roja y el poderoso canino de Demon.

—El haba de Diana —dijo, colocando delicadamente el objeto en el borde del plato—. Van, ¿cuál es tu situación en materia de coches?

—Vaga. He encargado un Roseley como el tuyo, pero no me lo servirán antes de Navidad. He buscado vagamente una *Silentium* con *sidecar*. Pero es inhallable, a causa de la guerra (aunque no

veo qué relación puede haber entre la guerra y las motocicletas). Pero Ada y yo nos arreglamos: paseamos a caballo, en bicicleta e incluso en alfombra voladora.

—Me pregunto —dijo el pérfido Demon —por qué acaban de venirme a la cabeza unos encantadores versos de nuestro gran canadiense dedicados a la sonrojada frente de Irene:

*Le feu si délicat de la virginité*

*qui (...no sé qué...) sur son front..*

Bien. Puedes llevarte la mía a Inglaterra, a condición de que...

—A propósito, Demon —interrumpió Marina—. ¿Puedes decirme dónde y cómo se puede obtener esa clase de vieja espaciosa limusina (con viejo chófer profesional) que Prascovia, por ejemplo, tiene ya hace un montón de años?

—Imposible, querida. Están todas en el cielo, o en *Terra*. Pero, ¿qué querría Ada, qué querría mi silencioso amor para su cumpleaños? Es el próximo sábado, *po razschyotu po moemu* (según mis cálculos), ¿no? ¿Un río de diamantes?

—¡*Protestuyu!* —gritó Marina—. Yo hablo *seriozno*. No tienes que regalarle *kvaka sesva* (sea lo que sea). Dan y yo nos ocuparemos de eso.

—Aparte de que te olvidarás —dijo, riendo, Ada (y diestramente enseñó la punta de la lengua a Van, que había observado con interés su reacción a la palabra «diamantes»).

—¿A condición de qué? —preguntó Van.

—A condición de que no haya ya alguno que te espere en el Garage de George, Ranta Road. Ada —continuó—, pronto vas a divertirte sola. Mascodagama va a pasar sus vacaciones en París... Ah, ya me acuerdo: ¡*Sur son front en accuse la beauté!*

Continuó la charla en el mismo tono frívolo. ¿Quién no conserva, en los más oscuros rincones de su mente, tan rutilantes recuerdos? ¿Quién, cegado por la mirada socarrona del pasado, no ha escondido en sus manos el crispado rostro? ¿Quién, en la soledad y el terror de una larga noche...?

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Marina, que se asustaba de la tormenta eléctrica todavía más que los antiambrianos del condado de Ladore.

—Un relámpago de calor —sugirió Van.

—Si queréis mi opinión —rectificó Demon, volviéndose sobre su asiento para mirar las cortinas ondulando al viento —si queréis mi opinión, ha sido más bien el fogonazo de un fotógrafo. Después de todo, tenemos aquí una actriz célebre y un acróbata sensacional.

Ada corrió hacia la ventana. A la sombra inquietante de las magnolias, un pálido adolescente, flanqueado por dos doncellas boquiabiertas, dirigía una cámara fotográfica al alegre y despreocupado grupo familiar. Pero, no, aquello fue sólo uno de esos espejismos nocturnos que se producen a veces en el mes de julio. Allí nadie tomaba fotos, a no ser Perun, el dios del trueno cuyo nombre estaba prohibido pronunciar. Marina se puso a contar en voz baja, en espera del estampido que debía venir a continuación, como si recitase una plegaria o tomase el pulso a una persona muy enferma. Se suponía que un latido correspondía a una milla de noche negra interpuesta entre nuestro corazón viviente y algún pobre pastor fulminado allá lejos, muy lejos, en la cima de una montaña. El trueno llegó, aunque bastante apagado. Un segundo relámpago puso de relieve la estructura de las persianas.

Ada volvió a sentarse a la mesa. Van recogió la servilleta que ella había dejado caer bajo la silla, y, en el curso de su inclinación, rozó con la sien el borde de su rodilla.

—¿Podría tomar otro trozo de la perdiz descrita por Peterson, *Tetrastes bonasia windriverensis*? — preguntó Ada con altivez.

Marina agitó una minúscula campanilla de bronce en forma de cencerro. Demon puso la mano en la mano de su joven vecina y le pidió que le pasase el objeto extrañamente evocador. Ella lo hizo, con un gesto curvo que produjo un *stacatto*. Demon se ajustó el monóculo y, amordazando la lengua del recuerdo, examinó la campanilla; pero no era aquélla que había visto en otro tiempo, en una bandeja de enfermo, en una habitación oscura del chalet del Dr. Lapiner; ni siquiera era de fabricación suiza; era de la misma raza que esas traducciones de suave sonido que revelan la falsificación grosera del parafraseador en cuanto se las compara con el original.

Por desgracia, el ave no había sobrevivido al «honor que se le había hecho»: tras una breve consulta con Bouteillan, un corte de salchichón de Arles, algo incongruo, pero muy sabroso, vino a añadirse al ramillete de espárragos que adornaba el plato de la señorita, y que todo el mundo estaba degustando. Era impresionante ver con qué placer ella y Demon movían, de idéntica manera, sus bocas de labios brillantes para introducir en ellas desde una altura en cierto modo celestial el voluptuoso aliado del lirio de los valles, ambos sosteniendo el tallo con una idéntica posición de los dedos, no muy distinta de la del «signo de la cruz» reformado, contra el que se habían levantado un par de siglos antes tantos rusos contestatarios (cisma ridículo, del calibre de un par de centímetros entre pulgar e índice) que se habían hecho quemar vivos por otros rusos en las orillas del Gran Lago de los Esclavos. Van recordaba que uno de los mejores amigos de su preceptor Aksakov, el docto y mojigato Semion Afanasievich Vengerov, entonces un joven profesor adjunto, pero ya pushkinista célebre (1855-1954), repetía frecuentemente que el único pasaje vulgar en la obra de su autor favorito era una descripción del placer canibalesco experimentado por un grupo de jóvenes *gourmets* que arrancaban ostras vivas y regordetas de sus claustros, en un canto inacabado de *Eugenio Oneguín*. Pero, en fin, «*everyone has his own taste*», como escribe el autor inglés Richard Leonard Churchill, el cual, en dos ocasiones, en su novela titulada *A Great Good Man* y dedicada a cierto khan de Crimea, muy conocido en otros tiempos entre políticos y periodistas, da esta traducción viciosa de la vulgar expresión francesa *chacun a son goût*, según denunció Guillaume Monparnasse, por lo demás siempre malicioso y hostil a los ingleses. Ada, sin dejar de bañar en una copa la corola invertida de su mano derecha, hablaba precisamente a Demon de la nueva gloria de

Mlle. Larivière, mientras Demon la escuchaba cumpliendo el mismo rito con el mismo gesto elegante.

Marina se sirvió un Albany de una caja de cristal con cigarrillos turcos con la boquilla «pétalo-de-rosa-roja» y la pasó a Demon. Ada la imitó, quizá demasiado ostensiblemente.

—Sabes muy bien —dijo Marina —que a tu padre no le gusta verte fumar en la mesa.

—¡Ah, no importa! —murmuró Demon.

—Es en Dan en quien yo pensaba —explicó Marina, torpemente—. Es muy puntilloso en esa cuestión.

—Bueno, yo no lo soy —dijo Demon.

Ada y Van no pudieron por menos de reír. Todo aquello eran solo bromas. No de gran calidad, pero bromas.

Y un poco más tarde, Van anunció:

—Creo que yo también tomaré un Albany.

—Me gusta fumar un cigarrillo —dijo Ada— cuando voy a coger setas. Pero, a la vuelta, este horrible incordiante me reprocha el olor de algún Turco o algún Albany romántico que he encontrado en el bosque.

—Bueno —dijo Demon—, Van tiene toda la razón en preocuparse por tu buena conducta.

Las auténticas *profitrol* rusas (pronuncíese con la «l» muy suave, tal como los cocineros rusos las preparaban en Gavana antes del año 1700, consistían en taquitos de pasta más gruesos y envueltos en una salsa de chocolate más cremosa que los «profit-rollos» negruzcos y canijos que se sirven en los restaurantes europeos. Nuestros amigos acababan de dar fin a ese succulento entremés, ahogado en salsa de chocolate con leche, y se disponían a pasar a la fruta, cuando Bout, seguido de su padre y del torpón Jones, hizo una entrada sensacional.

Todas las tuberías y todos los W.C. de la mansión habían caído súbitamente en convulsiones borborígmicas. Aquel fenómeno significaba y anunciaba siempre una conferencia telefónica de larga distancia. Marina, que desde hacía varios días esperaba un mensaje de California (en respuesta a cierta carta tórrida) podía difícilmente contener su apasionada impaciencia, y, al primer espasmo burbujeante, estuvo a punto de precipitarse al vestíbulo donde se encontraba el dorófono. Fue entonces cuando el joven Bout entró a toda prisa, arrastrando tras de sí el largo cordón verde (cuyas palpitaciones recordaban la serie alternada de contracciones y dilataciones de una serpiente tragándose un rata de campo) del receptor de incrustaciones de bronce y nácar, que Marina apretó contra su oreja, con un entusiasta «a l'eau». Pero sólo era el viejo Dan —¡ese cargante!—, que la llamaba para decirle que finalmente Miller se había encontrado en la imposibilidad de disponer de la noche, pero que llegarían juntos al día siguiente, a primera hora.

—Primera. Me pregunto si será muy «primera» —comentó Demon, que comenzaba a sentirse harto de alegrías familiares, y lamentaba un poco haberse perdido la primera mitad de una noche de juego en Ladore, por una cena llena de buenas intenciones, pero cuya calidad no había sido de primer orden.

—Tomaremos el café en el salón amarillo —dijo Marina, con voz desolada, como si el salón amarillo hubiese sido un lamentable lugar de exilio—. Por favor, Jones, no pise ese cordón de teléfono. No puedes imaginarte, Demon, cómo temo encontrarme otra vez, después de tantos años, con ese desagradable Norbert von Miller, que probablemente se ha vuelto todavía más arrogante y obsequioso, y que, estoy segura, todavía no sabe que la mujer de Dan soy yo. Es un ruso del Báltico —volviéndose a Van—, pero, en realidad, *echt deutsch*, aunque su madre fuese una Ivanov o una Romanov, o algo así, que poseía una fábrica de algodón en Finlandia, o en Dinamarca. Me pregunto cómo ha conseguido su baronía. Cuando le conocí hace veinte años, era sólo Miller, sin *von*.

—Y sigue siéndolo —replicó Demon, en tono pedante— porque tú estás confundiendo dos Miller. El abogado que trabaja para Dan es mi viejo amigo Norman Miller, de la firma Fainley, Fehler y Miller, que se parece como un hermano gemelo a Wilfrid Laurier. El otro, Norbert, si recuerdo bien, tiene una cabeza de *Kegelkugel*, vive en Suiza, sabe perfectamente que estás casada y es un indecible bribón.

Tras beberse de un trago una taza de café y un dedo de licor de cerezas, Demon se levantó.

—*Partir c'est mourir un peu, et mourir c'est partir un peu trop*. Di a Dan y a Norman que pueden venir a tomar el te al Bryant, mañana a cualquier hora. A propósito, ¿cómo está Lucette?

Marina frunció el ceño, sacudió la cabeza, hizo los gestos de una madre amante y preocupada, aunque, a decir verdad, experimentaba por sus hijas aún menos afecto que por el divertido Dack o el patético Dan.

—¡Oh, nos ha dado un susto, un buen susto! —contestó finalmente—. Pero ahora parece que está bien...

—Van —dijo Demon—, sé buen chico. He venido sin sombrero, pero traía guantes. Di a Bouteillan que mire en la galería, quizá los he dejado allí. No, déjalo, ya sé. Seguramente los he olvidado en el coche, porque mis dedos se acuerdan del frescor de esta flor que he cogido al pasar delante de un jarrón...

Se la quitó ahora del ojal. Y con ella se libró de la sombra de un impulso reciente y fugitivo que le empujaba a hundir ambas manos en unos tiernos senos.

—Esperaba que pasarías la noche en casa —dijo Marina (a quien, en realidad, la cosa le importaba poco)—. ¿Cuál es el número de tu habitación del hotel? ¿No será el 222, por casualidad?

A Marina le gustaban las coincidencias románticas. Demon consultó la ficha de cobre colgada de su llave: el 221. Desde los puntos de vista fatídico y anecdótico, la aproximación era bastante satisfactoria. La traviesa Ada miró a Van, cuya nariz se afiló: un guiño que pretendía imitar la oblicuidad de las angostas y bellas ventanas de la nariz de Pedro.

—Se burlan de una pobre vieja —dijo Marina, no sin coquetería. Y cuando Demon le tomaba la mano para llevársela a los labios, ella besó, a la manera rusa, la frente de su invitado—. Me perdonarás —siguió —que no te acompañe a la terraza. Me he vuelto alérgica a la humedad y a la oscuridad. Estoy segura de que ya tengo fiebre, al menos treinta y siete siete.

Demon golpeó con la uña el barómetro colgado al lado de la puerta, pero el sensible instrumento había sido ya demasiado golpeado a lo largo de su extensa existencia para poder reaccionar todavía de un modo inteligible, y quedó obstinadamente fijo en sus tres y cuarto.

Ada y Van acompañaron a Demon hasta el coche. En la cálida noche estival goteaba lo que los campesinos de Ladore llamaban «lluvia verde». Entre los laureles de follaje barnizado, el elegante coche negro brillaba bajo un farol en torno al cual revoloteaban las mariposas nocturnas como copos de nieve. Demon besó tiernamente a los dos jóvenes, a la chica en una mejilla, al chico en la otra, y luego otra vez a Ada, en el hueco del blanco brazo que ella le había echado al cuello. Casi se habían olvidado de Marina: a la luz ambarina de una ventana en saledizo, agitaba graciosamente un chal con lentejuelas, aunque no podía ver otra cosa que el reflejo del capó del coche y la oblicua red de la lluvia sobre los rayos gemelos de los faros.

Demon se puso los guantes e hizo gemir la gravüla húmeda bajo las ruedas del coche.

Van dijo, riendo:

—Ese segundo beso ha ido un poco demasiado lejos.

—¡Bah! Le habrán resbalado los labios —contestó Ada, que también reía. Y, riendo una y otro, se besaron entre las sombras mientras contorneaban el ala de la casa.

Se detuvieron un momento al abrigo de un árbol indulgentev como se había detenido más de un invitado, con el cigarro entre los dientes, a la salida de una cena. Tranquilamente, inocentemente, lado a lado, cada uno en la posición prescrita por su sexo, Van añadió su chorro, Ada su breve cascada, a los sonidos más profesionales de la lluvia en la noche, después de lo cual se marcharon, cogidos de la mano, hacia la galería enrejada, para esperar allí, en un rincón, a que se apagasen las luces de la casa.

—Había algo que desentonaba ligeramente en toda la velada, ¿lo has notado? —preguntó Van, en voz baja.

—Desde luego. Y, a pesar de todo, le adoro. Sé que está completamente loco, que está desplazado y sin nada que hacer en su vida. Sé que está lejos de ser feliz, y que filosóficamente es una criatura irresponsable... y que no hay absolutamente nadie como él.

—Pero, ¿qué es lo que ha ido mal esta noche? Apenas has abierto la boca, y todo lo que decíamos sonaba falso. Me pregunto si algún olfato interior no le permitía olerte en mí, y a mí en ti. Trató de preguntarme... ¡No, no ha sido lo que se llama una feliz reunión de familia! En cuanto a saber exactamente por qué...



—¡Amor, amor, como si no lo supieras tú! Quizá conservemos eternamente nuestras máscaras, hasta el día en que la muerte nos separe. Pero nunca seremos marido y mujer, mientras vivan él y ella. Sencillamente, no estamos a la altura de las circunstancias, porque él, a su manera, es más respetuoso de las convenciones que la misma ley o la misma mentira de su mundo. No es posible sobornar a los padres. Y esperar cuarenta o cincuenta años hasta que decidan morir es algo demasiado horrible de imaginar. Quiero decir que la simple idea de que pueda haber gentes capaces de vivir con esa esperanza es contraria a nuestra naturaleza; es un pensamiento despreciable y monstruoso.

Van besó sus labios semiabiertos con dulzura y «moralidad», según el término que ellos empleaban para diferenciar los minutos de profundo recogimiento de los furiosos de la pasión.

—De todos modos, es divertido ser como dos agentes secretos en país extranjero. Marina ha subido. Tienes el pelo mojado.

—¿Espías de Terra?, Van, ¿tú crees en la existencia de Terra? ¡Sí, tú crees! Te conozco.

—Lo admito, como un estado mental. No es exactamente lo mismo.

—No, pero quieres probar que es lo mismo.

La rozó los labios con otro casto beso, cuyo extremo, sin embargo, comenzó a arder.

—Uno de estos días —dijo —te pediré una repetición. Te sentarás como estabas sentada, hace cuatro años, ante la misma mesa, a la misma luz, dibujando la misma flor, y yo representaré la misma escena, con tal alegría, con tal orgullo, con tal... no sé... con tal gratitud! Mira, todas las ventanas se han apagado. Yo también sé traducir, cuando he de hacerlo. Escucha esto:

Las luces de la casa se apagaban.

¡Oh, perfumado aliento de las *rozi*!

Y juntos nos sentamos a la sombra

de la gran fronda de los *beryozi*.

—*Rozi* y *beryozi* (rosas y abedules) —dijo Ada —riman en ruso de un modo intraducible. ¡Pobre traductor! Ese terrible poemita es de Konstantin Romanov, ¿no? Acaban de elegirle presidente de la Academia de Literatura de Lyaska, ¿verdad? Poeta desgraciado y marido feliz. ¡Marido feliz!

—¿Sabes? —dijo Van—. Realmente, creo que deberías llevar *algo* debajo del vestido, al menos en visita.

—Tienes las manos frías. ¿Dices en visita? Tú mismo dijiste que era una reunión de familia.

—Aun así. En cuanto te inclinas, o te recuestas, te pones en una situación peligrosa.

—Yo nunca «me recuesto».

—Estoy convencido de que eso no es higiénico... O tal vez se trate de celos míos. Las Memorias de una Silla Feliz. ¡Te quiero!

—Al menos, eso facilita las cosas. ¿Vamos al Viejo Retiro? ¿O aquí mismo?

—Aquí mismo, por esta vez —dijo Van.

### XXXIX

La moda de Ladore en 1888, aunque bastante ecléctica, no era tan tolerante como parecían creer los habitantes de Ardis.

Para el gran pic-nic de su decimosexto cumpleaños, Ada llevaba una simple blusa de batista, un pantalón amarillo maíz y unos mocasines de desgastada suela. Van le había pedido que se dejara el cabello suelto. Ella se había resistido, alegando que eran demasiado largos y que en el campo no resultaba cómodo, pero acabó por aceptar una solución de compromiso: la negra melena fue estrangulada a mitad de camino por una arrugada cinta de seda negra. Un jersey azul, unos pantalones de franela gris «hasta las rodillas» y zapatos deportivos de suela de crepé constituyeron la única contribución de Van a las elegancias estivales.

Mientras los demás se dedicaban a preparar la fiesta campestre bajo las salpicaduras de sol del tradicional claro entre los pinos, la impetuosa chica y su amante se escaparon con discreción y se abandonaron durante unos instantes a sus devoradores ardores en una hondonada cubierta de helechos. Un arroyo saltaba de roca en roca entre altos arbustos. El día era tórrido y no se movía una hoja. Hasta el más pequeño pino tenía su cigarra.

—Hablando como la heroína de una antigua novela —dijo Ada—, me parece muy lejano, muy lejano, *davnim davno*, el tiempo en que venía aquí a jugar a anagramas con Grace y otras dos niñas. Insecto, incesto, cientos. Y, hablando como botánica (o como loca), creo que la palabra más extraordinaria de la lengua inglesa es el adjetivo *husked*, porque tiene significados contrarios: cubierto y descubierto, enfundado o fácil de desenfundar, que se deja desnudar con facilidad... No es necesario que me arranques el cinturón, bruto.

—Un bruto cuidadosamente *husked* —dijo Van, con dulzura. Porque el paso del tiempo no había hecho sino acrecentar su ternura por aquella a quien abrazaba, aquella cuyos movimientos habían adquirido una nueva flexibilidad, aquella cuyas caderas se habían vuelto más liriformes y cuya cinta de seda acababa de desatar.

Estaban arrodillados, él detrás de ella, sobre el borde de una cornisa cristalina donde el arroyo, antes de su caída, se detenía para dejarse fotografiar y para tomar él mismo fotografías. En el instante del último gemido, Van, inclinado sobre el líquido espejo, leyó en el reflejo de la mirada de Ada la señal de un peligro inminente. Una situación análoga había tenido lugar antes (pero...

¿dónde?, ¿cuándo?). Aunque Van no hubiera tenido tiempo de precisar su recuerdo, en seguida se explicó el ruido de un tropezón que sonó tras él.

Entre la fragosidad de las rocas descubrieron y consolaron a la pobre Lucette, cuyo pie había resbalado por una losa de granito. Roja y rabiosa, la niña se frotaba el muslo, fingiendo exagerados sufrimientos. Alegrementemente, Van y Ada la tomaron cada uno de una mano y se la llevaron corriendo hasta el claro del bosque, donde ella se echó a reír, luego se dejó caer en el suelo y finalmente se dirigió hacia sus golosinas favoritas, que la esperaban dispuestas sobre una mesa plegable. Una vez allí, se desenfundó (*husked*) la sudada camisa, se arremangó atrevidamente sus pantaloncitos verdes y, en cuclillas sobre el suelo rojo, amontonó las vituallas de que había hecho provisión.

Ada no había querido invitar a nadie a su pic-nic, a excepción de los mellizos Erminin. Pero no tenía la menor intención de invitar al hermano sin la hermana, y ocurrió que Grace no pudo venir, porque había ido a New Cranton, para ver aparecer en el alba naciente, con su regimiento, a un joven tambor, su primer novio. No era posible decir a Greg que no viniera: la víspera se había presentado en Ardis con un «talismán» que su padre, muy enfermo, le había encargado que llevase como regalo a Ada, con la recomendación de que lo cuidase con el mismo esmero con que en otro tiempo lo había hecho la abuela Erminin: era un pequeño camello de marfil amarillo esculpido en Kiev, cinco siglos antes, en tiempos de Nabok y de Tamerlán.

Van no se engañaba al pensar que Ada era poco sensible a las cariñosas atenciones de Greg. En consecuencia, se alegró de verle, con esa alegría inmoral que pone su toquecito helado en la simpatía que el afortunado rival puede sentir por un buen muchacho.

Greg, que había dejado en la pista de caballos su nueva motocicleta (una espléndida *Silentium* negra), observó:

—Tenemos compañía.

—En efecto —respondió Van—. *Kto sii* (¿quiénes son esas gentes?) ¿Tenéis idea?

Nadie la tenía. Apenas pintada, con los labios caídos y vestida con un impermeable, Marina se aproximó y observó por entre los árboles, en la dirección indicada por Van.

Después de examinar la *Silentium* con mucho respeto, una docena de hombres de la ciudad vestidos con colores sombríos se metieron en el bosque al otro lado del camino y se instalaron allí para hacer honor a una modesta *collazione* compuesta de queso, panecillos, salchichas, sardinas y vino Chianti. La distancia que les separaba del pic-nic era lo suficientemente grande como para que no pudieran molestar lo más mínimo. No llevaban cajas de música del tipo anticuado de transistor. Hablaban a media voz, y sus gestos no podían ser más discretos. El más frecuente de éstos, cuya repetición parecía sugerir un significado ritual, era el de la mano que arrugaba haciendo una bola papel de envolver, o de periódico viejo, y la tiraba despreocupadamente, mientras otras manos graves y apostólicas extraían las vituallas de sus paquetes, o, por alguna razón desconocida, las empaquetaban de nuevo y las colocaban a la sombra noble de los pinos, o a la más modesta de las falsas acacias.

—¡Qué curioso! —dijo Marina, rascándose la calvita, que brillaba al sol.

Envió a un lacayo que investigase sobre el terreno y avisase a aquellos políticos gitanos u obreros calabreses que el Caballero Veen se pondría «furioso» si descubría intrusos vivaqueando en sus tierras.

El lacayo regresó sacudiendo la cabeza. Aquellos señores no entendían el inglés. Van fue a investigar por su cuenta.

—Márchense, por favor: estos bosques son propiedad privada —dijo, sucesivamente, en latín vulgar, en francés, en francés-canadiense, en ruso, en ruso-yukoniano y de nuevo en latín, en muy bajo latín: *proprieta privata*.

Se quedó mirándoles, pero ellos apenas lo advirtieron, aunque las ramas apenas le sombreaban. Eran hombres mal afeitados, de mandíbulas azuladas, endomingados. Dos o tres de ellos se habían quitado los cuellos postizos, pero no las nueces de los cuellos propios. Uno de ellos tenía barba y un ojo húmedo. Botas embetunadas, con polvo en sus grietas y arrugas, zapatos color naranja de punta muy cuadrada o muy aguda, habían sido separados de sus correspondientes pies y empujados bajo los arbustos o colocados sobre tocones. ¡Era extraño, en verdad! Van repitió su aviso y los intrusos se pusieron a murmurar entre ellos, en una jerga totalmente incomprensible, haciendo pequeños gestos hacia él, como quien procura, sin gran convicción, apartar un moscardón.

Van preguntó a Marina si debía emplear la fuerza. Pero la dulce Marina, con una mano en el pelo y otra en la cadera, dijo que no, que bastaba con no hacerles caso y que, de todos modos, mira, mira, ya se están alejando por la espesura. Algunos arrastraban a reculones los restos de su comida sobre algo que parecía una vieja manta y que se alejaba como una barca de pesca empujada sobre las guijas de la playa, mientras que otros transportaban muy civilmente los papeles manchados de grasa y las bolsas arrugadas hacia escondites más apartados. Un cuadro infinitamente melancólico y lleno de significado... Pero, ¿de qué significado?

Van acabó por olvidar su presencia. Todos estaban del mejor humor. Marina se liberó del pálido impermeable (o, más bien, guardapolvo) que había llevado durante el pic-nic (después de todo, su ropa de casa gris y su pañuelo rosa eran bastante alegres para tratarse de una señora vieja, dijo), y, levantando su vaso vacío, entonó con brío y con una voz perfectamente musical, el aria de Verde-Verde. «¡Llenemos, llenemos los vasos de vino! ¡Es un brindis al amor! ¡Al éxtasis del amor!» Con espanto, con compasión, pero sin amor, Van pensaba en aquella pobre calvita sobre el pobre cráneo envejecido de la Traverdiata, cuyo cuero cabelludo, coloreado por el tinte en un horrible tono de pino enmohecido, brillaba mucho más que sus pobres cabellos muertos. Se esforzó, como tantas veces lo había hecho, por arrancar de su corazón toda ternura; pero, como tantas veces, no pudo conseguirlo. Y, como siempre, se dijo que tampoco Ada amaba a su madre..., un vago y cobarde consuelo.

Greg, persuadido con conmovedora simplicidad de que Ada observaría y aprobaría su actitud, atendía solícitamente a Mlle. Larivière: le ayudaba a deshacerse de su chaqueta malva, echaba para ella, en el vaso de Lucette, la leche de un termo, le pasaba bocadillos, volvía a llenar el vaso de Mademoiselle, sin dejar de

escucharle, con gesto cortés, sus invectivas contra los ingleses, que ella odiaba, según decía, más aún que a los tártaros, o... bueno, a los asirios.

—¡Inglaterra! —exclamaba—. ¡Inglaterra! ¡Ese país, donde por cada poeta hay noventa y nueve sucios burguesitos, algunos de ellos de dudosa extracción! ¡Inglaterra se atreve a ser el mono de imitación de Francia! Ahí, en ese cesto, tengo una novela inglesa muy famosa en la que ofrecen a una dama un perfume... un perfume muy caro, que lleva el nombre de *Ombre Chevalier*. ¿Sabe usted qué es «*ombre chevalier*»? ¡Un pescado! Un pescado delicioso, eso sí; pero no hasta el punto de que pueda perfumar el pañuelo. Y en la página siguiente, un sedicente filósofo se pone a hablarnos de *une acte gratuite*, como si todos los actos fuesen femeninos, y un sedicente hotelero de París se excusa diciendo *je me regrette* en vez de *je regrette*.

—*D'accord!* —aprobó Van—. Pero, ¿qué decir de esas terribles meteduras de pata que se encuentran en las traducciones francesas del inglés? Si quieren un ejemplo...

Desgraciadamente —o quizá felizmente—, en aquel preciso momento Ada emitió una interjección rusa que expresa la más viva contrariedad: un descapotable gris acerado acababa de entrar en el claro del bosque. Apenas detenido, el coche fue rodeado por los misteriosos vecinos, que ahora parecían haberse multiplicado como extraña consecuencia de haberse quitado americanas y chalecos Rompiendo el círculo que le rodeaba y dando toda clase de muestras de cólera y desprecio, el joven Percy de Prey —pantalón blanco y camisa con chorrera— avanzó a grandes zancadas hacia la tumbona de Marina. Sin hacer caso de la mirada insistente y del pequeño movimiento de cabeza que Ada dirigió a la tonta de su madre para impedir una invitación intempestiva, Marina le rogó que se uniese a la fiesta.

—No me atrevía a esperarlo... pero acepto muy gustoso —respondió Percy; después (solamente después) de lo cual, el cauteloso bribón, haciéndose el distraído para mejor disimular su astucia, regresó a su coche (que aún estaba curioseando un admirador retrasado) y retiró de él un ramo de rosas.

—¡Qué lástima que yo deteste las rosas! —dijo Ada, tomando el ramo con la punta de los dedos.

Descorcharon el *muscat* y bebieron a la salud de Ida y Ada. «La conversación se hizo general», según la fórmula literaria que tanto gustaba a Monparnasse.

El conde Percy de Prey se volvió hacia Ivan Demianovich Veen:

—Se dice que le gustan a usted las posiciones anormales.

Aquella semipregunta estaba formulada en un tono algo burlón. Van contempló a través de su vaso de *muscat* el sol color de miel.

—¿Qué quiere usted decir?

—Bueno, me refiero a ese arte de andar sobre las manos... Una de las criadas de su tía es hermana de una de nuestras criadas. Y dos lindas chismosas forman un equipo temible (ríe). Según la

leyenda, usted se pasa el día haciendo eso, por todos los rincones. Mi enhorabuena (reverencia admirativa).

—La leyenda —replicó Van —hace demasiado honor a mi especialidad. Si hay que decir las cosas tal como son, sólo me ejercito unos minutos, una noche sí y otra no. ¿Verdad, Ada? (miró alrededor, esperando verla). Conde, la *primera* es el ratón de los latinos; la *segunda*, el gato de los ingleses, y el *todo* es este vino. ¿Quiere un poco más? Es una charada que vale poco, pero es mía.

Marina escuchaba complacida la charla vivaz y desenfadada de los dos guapos muchachos.

—Hábale de tu éxito en Londres, Van, *zhe tampri* (por favor).

—Bien —dijo Van—. Todo comenzó por una broma, allá en Chose, y luego...

—¡Ven aquí, Van! —llamó Ada, con voz aguda—. Tengo algo que decirte.

Dorn (hojeando una revista literaria) a Trigorin:

—Hace unos dos meses apareció en estas columnas cierto artículo... una «Carta de América». Querría preguntarle, por si acaso (coge a Trigorin del brazo y le conduce hacia las candilejas)... porque, mire, es una cuestión que me interesa enormemente...

Ada estaba en pie, con la espalda contra un tronco de árbol, como una bella espía que acaba de negarse a que le venden los ojos.

—Van, quería preguntarte, por si acaso... (y continuó en voz muy baja, con un gesto irritado de la mano). ¿Vas a dejar de hacer el papel del buen anfitrión tonto? Ha venido borracho como una cuba, ¿es que no lo ves?

La representación fue interrumpida por la llegada del tío Dan. Conducía con una sorprendente temeridad, como les suele suceder, Dios sabe por qué, a muchas personas taciturnas y melancólicas. El pequeño torpedo rojo zigzagueó ágilmente entre los pinos y fue a detenerse en seco ante Ada, a quien Dan ofreció el perfecto regalo de cumpleaños: una gran caja de caramelos de menta, blancos, rosas e incluso, ¡oh, boy!, verdes. Guiñando un ojo, añadió que tenía un aerograma para ella.

Ada desgarró nerviosamente el pliego y descubrió que no era para ella, sino para su madre. Y que no venía del siniestro Kalugano, como había temido en principio, sino de Los Ángeles, ciudad mucho más divertida. Marina leyó el mensaje, y, palabra tras palabra, su rostro se iba iluminando con una expresión de beatitud juvenil y supremamente incorrecta. Con gesto triunfante, tendió el precioso escrito a Mlle. Larivière-Monparnasse, que lo leyó por dos veces, sacudiendo la cabeza con una sonrisa de indulgente desaprobación.

—¡Pedro vuelve! —exclamó (gorjeó, canturreó) Marina, dirigiéndose a su imperturbable hija.

—Para quedarse aquí hasta el final del verano, supongo —dijo Ada; y, mientras lo decía, extendió una manta de coche sobre las hormiguitas y las agujas de pino secas, y se sentó al lado de Greg y de Lucette para jugar una partida de *Snap*.

—¡Oh, no! Sólo quince días (risita de chiquilla). Luego saldremos para Houssaie, alias *Gollivud-tozh*. (Decididamente, Marina estaba en una forma espléndida.) Sí, amigos míos, iremos todos: el autor, las pequeñas y Van, si quiere.

—Yo sí que quiero —dijo Percy—, pero no puedo (una muestra de su clase de humor).

Mientras tanto, el tío Dan, a quien la presencia de las gentes del pic-nic contiguo intrigaba sobremanera, se aproximó al grupo misterioso, tan pimpante con su panamá de actor de variedades y su chaqueta ligera de franela a rayas rojo cereza, y llevando en una mano su vaso de vino Héro y un canapé de caviar en la otra.

—*Los hijos malditos* —anunció Marina, en respuesta a una pregunta que le había hecho Percy.

Percy, no debías tardar en morir... y no de esa bolita de plomo que se clavó en tu gruesa pierna en una hondonada de Crimea, sino dos minutos más tarde, cuando, al volver a abrir los ojos, te sentiste aliviado y te creíste seguro, oculto entre los matorrales. No ibas a tardar en morir, Percy, pero en aquel hermoso día de julio, indolentemente tendido bajo los pinos del condado de Ladore, regimiento ebrio de resultados de alguna fiesta anterior, con un vaso lleno de polvo en tu mano de pelos rubios, con el deseo en el corazón, escuchando a una aburrida literata, charlando con una comediente envejecida y dirigiendo al mismo tiempo torpes miradas de amor a su hosca hija, te deleitabas en la picante situación —salud, compadre—, y nada raro había en ello. Fornido, hermoso, indolente y feroz, campeón de *rugby*, gozador de jóvenes campesinas, combinabas el encanto del atleta en vacaciones con el tono de voz afectado del asno *snob*. Creo que lo que yo detestaba más en tu bella cara redonda era aquella piel de bebé, esas mejillas limpias y lisas del hombre de afeitado fácil. Yo sangraba ya cada vez que me afeitaba... y esto duraría aún setenta años.

—En un nidal fijado en el tronco de ese pino —decía Marina a su joven admirador— hubo en otro tiempo un «teléfono». ¡Cómo me gustaría tenerlo hoy! ¡Ah, aquí viene por fin!

Su marido, menos el vaso y el canapé, regresaba a paso tranquilo, portador de excelentes noticias: aquellos señores eran un grupo «de una cortesía exquisita». En su lenguaje había reconocido una buena docena de palabras italianas. Era, según había entendido, una *collazione* de pastores. Dan creía que ellos creían que también él era un pastor. Un cuadro, de autor desconocido, de la colección del cardenal Cario de Médicis podía haber servido de modelo a aquella copia. Excitado, y aún sobreexcitado, el hombrecillo insistió en que los criados llevaran comida y vino a sus nuevos y excelentes amigos. Él mismo se apoderó de una botella vacía, de una cesta que contenía ovillos y agujas de punto, de una novela inglesa de Quigley y de un rollo de papel higiénico Pero Marina explicó que sus obligaciones profesionales le exigían que dorofonease sin demora a California Y Dan, olvidando sus propios proyectos, aceptó en seguida llevarla a Ardis Hall.

Hace mucho tiempo que las brumas han velado el encadenamiento y los meandros de los hechos; pero, aun así, podemos indicar que aquella doble partida marca, o precede de muy cerca, al momento en que Van volvió a encontrarse en pie a la orilla del arroyo (donde, más temprano, se habían reflejado dos pares de ojos superpuestos), tirando piedras, en compañía de Percy y de Greg, contra los restos de un letrero viejo, herrumbroso, indescifrable, que se alzaba en la orilla opuesta.

—¡*Okh, nado passati!* (tengo que orinar) —exclamó Percy, en la jerga eslava que afectaba, inflando los carrillos y manoseándose frenéticamente en la bragueta. En toda su vida, dijo a Van el flemático Greg, había visto un aparato quirúrgicamente circuncidado tan feo, tan terroríficamente desmesurado y coloreado, ni provisto de un *coeur de boeuf* tan fenomenal; ni el espectáculo de un chorro tan sostenido y tan airosamente arqueado, y prácticamente infinito, se había ofrecido aún a las miradas fascinadas y disgustadas de los dos adolescentes—. ¡Uf! —suspiró el joven, aliviado; y volvió a cerrar la botica.

¿Quién dio el primer golpe? ¿Atravesaron los tres el arroyo y tropezaron en las piedras resbaladizas? ¿Fue Percy quien empujó a Greg o Van quien arrolló a Percy? ¿Hubo algún objeto de por medio? ¿Un bastón arrancado de la mano que lo sostenía? ¿O un puño crispado que se disparó?

—¡Oh, oh! —gritó Percy—. ¡Sí que estás retozón hoy, muchacho...!

El pobre Greg, con una pernera del pantalón empapada, les veía, impotente —los dos eran buenos amigos suyos—, asidos al borde arroyo.

Percy superaba a Van en tres años y en unos veinte kilos, pero Van ya se había medido con brutos todavía más voluminosos. Pronto la cara del joven conde se encontró aprisionada, a punto de estallar, bajo el brazo doblado de Van. Con los hombros encogidos, el agarrotado conde dio una vuelta de campana sobre la hierba. Consiguió liberar una oreja —de color escarlata—, pero Van le atrapó otra vez, le derribó con una zancadilla y, cayendo sobre él, le puso instantáneamente «sobre los omoplatos» (*na lopatki*), como solía decir King Wing en su jerga de gimnasio. Percy yacía, jadeante como un gladiador moribundo, pegado al suelo bajo el peso de su joven verdugo, cuyos pulgares empezaron a manipularle atrozmente en el convulso tórax. Percy lanzó de pronto un aullido de dolor, para que se supiera que ya tenía bastante. Van exigió —y obtuvo— que la rendición fuese formulada de una manera más explícita. Greg, temeroso de que Van no hubiese entendido del todo la balbuceante petición de clemencia, la repitió, interpretativamente, en tercera persona. Van aflojó su presa. El desgraciado conde se sentó, escupió, se tocó la garganta, se recompuso la ropa y pidió a Greg, con voz ronca, que tratase de encontrar unos gemelos de camisa que había perdido.

Van se acercó al riachuelo y se lavó las manos aguas abajo, en un remanso, donde reconoció, con divertido desconcierto, el objeto tubular y transparente, parecido a una ascidia, que había quedado retenido por una orla de nomeolvides... (¡vaya nombre también el de aquellas florecillas!).

Había ya tomado el camino de regreso al claro de los pic-nics cuando una montaña se abatió sobre su espalda. Con una violenta sacudida de hombros hizo bascular al asaltante por encima de su cabeza. Percy cayó pesadamente al suelo y quedó tumbado cuán largo era durante un minuto. Van le contempló, con las manos tensas y abiertas como pinzas de cangrejo, en espera de un pretexto que le permitiera infligirle cierto suplicio exótico cuya eficacia no había tenido aún ocasión de experimentar en un verdadero combate.

—Me has roto el hombro —gruñó Percy, frotándose el brazo y tratando de incorporarse—. Domínate un poco, joven demonio.



—¡Levántate! —dijo Van—. Anda, levántate. ¿Quieres que te suministre algo más, o vamos ya a reunirnos con las damas? ¿Prefieres las damas? De acuerdo. Pero esta vez ve tú delante, por favor.

Van, precedido de su prisionero, se dirigió al claro del bosque. Aquel maldito *round* suplementario e imprevisto le había descompuesto un poco. Aunque lo disimulaba, estaba sin aliento, le temblaban todos los nervios del cuerpo. Se sorprendió al ver que cojeaba y corrigió el paso... Mientras que Percy de Prey, con su pantalón blanco mágicamente immaculado y su camisa graciosamente desgarrada, caminaba boyante, moviendo con fácil vivacidad brazos y hombros, con un aire completamente sereno e incluso alegre.

Greg les alcanzó pronto. Traía el gemelo perdido, pequeño milagro de búsqueda meticulosa. Con un «estupendo, amigo» más bien frívolo, Percy abrochó su puño de seda, poniendo así punto final a su insolente restauración.

Su oficioso compañero siguió sin aflojar el paso y llegó antes que nadie al lugar de la fiesta, por cierto ya terminada. Vio a Ada que le recibía con dos setas rojas de pie blanco moteado de negro en una mano, y tres de la misma variedad en la otra. Su aire de sorpresa, que no tenía otra causa que el haberle visto llegar tan apresurado, fue interpretado por el buen Sir Greg como un signo de inquietud. Y, en consecuencia, gritó desde lejos:

—No es nada grave, Miss Veen. Se encuentra bien.

Cegado por la compasión, el joven caballero no se daba cuenta de que Ada no estaba aún enterada del enfrentamiento entre el Bello y la Bestia.

—En efecto, me encuentro bien —dijo el primero, tomando de manos de Ada dos de sus setas (delicias preferidas de la chica) y acariciando sus sombreretes sedosos—. ¿Y por qué no iba a encontrarme bien? Tu primo nos ha obsequiado, a Greg y a mí, con una tonificante exhibición de skrotomoff oriental (o como se llame).

Pidió vino, pero las últimas botellas habían sido regaladas a los misteriosos pastores, que ya no honraban con su presencia el calvero vecino. ¿Acaso habían apuñalado y enterrado a uno de sus camaradas, aquél cuyo cuello almidonado y cuya corbata reptiliana colgaban de la rama de una acacia falsa? Y, lo mismo que los pastores, había desaparecido el ramo de rosas. Ada había encargado a un criado que lo metiese en la maleta del descapotable, alegando que no sabía qué hacer con él y que el señor conde podía volver a regalárselo a la encantadora hermana de Blanche.

Mademoiselle Larivière dio unas sonoras palmadas para sacar de su siesta a Kim, que conducía el cabriolé, y a Trofim, el cochero de la barba rubia encargado de llevar a las niñas. Ada volvió a cerrar los dedos sobre sus setas y Percy sólo pudo encontrar para su *Handkuss* (beso en la mano) un puño helado.

—He tenido mucho gusto en verle, amigo —dijo, dando una palmadita en el hombro de Veen, gesto prohibido en su medio social—. Espero que pronto tendremos ocasión de jugar juntos otra vez. Me pregrunto —añadió, bajando la voz —si es usted tan buen tirador como luchador.

Van le acompañó hasta el coche.

—Van, Van, ven aquí —gritó Ada—. Greg quiere despedirse de ti.

Pero Van no se volvió.

—¿Es un desafío? —preguntó—. ¿Me reta a un duelo?

Con la mano en el volante, Percy sonrió, entornó los ojos, se inclinó sobre el salpicadero, sonrió otra vez y no dijo nada. El motor hizo clic-clic antes de emitir un trueno. Percy se puso los guantes.

Van dio una palmada en el parachoques.

—Cuando quieras, muchacho —dijo, volviendo a la segunda persona, el terrible tuteo de los duelistas de la vieja Francia.

El coche saltó y desapareció.

Van regresó al calvero del bosque. El corazón le latía estúpidamente. Al pasar saludó a Greg, que hablaba con Ada al borde del camino.

—Te aseguro —le decía —que tu primo no es culpable de nada. Ha empezado Percy... y ha sido derrotado en un combate de lucha Korotom, como se practicaba en Teristán y en Sorokat. Mi padre te lo explicaría mejor que yo.

—Eres un tesoro —dijo Ada—, pero no estoy segura de que tu cerebro funcione demasiado bien.

—¡Ay, en tu presencia, nunca! —reconoció Greg, montando en su motocicleta silenciosa y odiándola, y odiándose a sí mismo y a los dos brutos de la pelea.

Se puso las gruesas gafas y se alejó sin ruido. Mademoiselle Larivière, a su vez, subió a su cabriolé y se dejó llevar bajo las sombras salpicadas de luz del paisaje forestal.

Lucette corrió hacia Van Casi arrodillada ante él, se abrazó fuertemente a sus caderas y permaneció un momento en aquella posición.

—Vamos, ven —dijo Van, obligándola a levantarse—. Y no te olvides del jersey, no puedes volver desnuda.

Ada se acercó calmosamente.

—Mi héroe —dijo, sin apenas mirarle, con ese aire indescifrable que uno no sabe si interpretar como sarcasmo, como un éxtasis o como la parodia de lo uno o de lo otro.

Lucette, meciendo su cesta de setas, canturreaba:

*Le retorció la tetilla*

*y le dejó hecho papilla.*

—Lucy Veen, ¡cállate! —gritó Ada; Van la cogió por la muñeca y la sacudió, con aires de indignación, mientras guiñaba un ojo a Ada.

Y así, como un despreocupado y juvenil trío, se dirigieron a la victoria que les esperaba. Trofim, palmeándose los muslos en gesto de consternación, echaba pestes contra un joven lacayo despeinado que acababa de aparecer por debajo de un arbusto. El pillo, que se había escondido allí para gozar tranquilo de un destrozado número de *Tattersalia* lleno de fabulosos caballos de carrera desmesuradamente alargados, se había olvidado de subir a la carreta de bancos que se llevaba la vajilla usada y a los somnolientos criados.

Saltó al asiento delantero y se sentó al lado de Trofim. El cochero dirigió un vibrante «tpppr» a los alazanes, que recularon. El verde de los ojos de Lucette se hizo más sombrío, porque la ocupación de su asiento habitual la había contrariado.

—Tendrás que llevarla sobre tus semifraternales rodillas —dijo Ada a Van, en un aparte neutro.

—Pero... ¿qué dirá de eso *La Maudite Rivière*? —preguntó Van, que trataba de agarrar por la cola una sensación de vuelta atrás de la cinta cinematográfica del destino.

—Larivière puede irse a... (los labios dulces y pálidos de Ada repitieron la grosería de Gravronski). Y lo mismo digo para Lucette.

—Tus «*vyragences*» son bastante libres —observó Van—. ¿Estás muy enfadada conmigo?

—¿Enfadada, Van? No, nada de eso. Incluso estoy muy contenta de que hayas ganado. Pero hoy he cumplido dieciséis años. ¡Dieciséis años! Más de los que tenía mi abuela cuando su primer divorcio. Supongo que éste es mi último pic-nic. ¡Adiós, infancia! Yo te quiero, tú me quieres, Greg me quiere. Todo el mundo me quiere, estoy saciada de amor. Date prisa, o Lucette tirará a ese gallito de su asiento. Lucette, déjale tranquilo. ¡Inmediatamente!

Al fin, el coche arrancó. Y así comenzó el agradable viaje de regreso.

—¡Uf! —gruñó Van, al recibir la redondeada carga; y explicó, haciendo una mueca, que se había golpeado la rótula derecha contra una roca.

—Juegos de manos, juegos de villanos... ya se sabe lo que eso da de sí —murmuró Ada; y abrió, por la señal de una cinta esmeralda el librito oscuro de corte dorado (de gran efecto bajo las saltarinas lentejuelas del sol) que ya había leído durante el viaje de ida.

—No me disgustan del todo esos juegos —dijo Van—. Éste me ha dejado una cierta comezón, pero por varias razones.

—Yo os he visto... en el juego villano —dijo Lucette, volviendo la cabeza.

—¡Chit! —conminó Van.

—Quiero decir a ti y a él.

—Tus impresiones no nos interesan, niña. Y no estés siempre volviendo la cabeza. Ya sabes que te mareas cuando el camino...

Desde los abismos de su lectura, Ada emergió a la superficie:

—Coincidencia —dijo —: *Jean, qui tâchait de lui tourner la tête...*

—...cuando el camino parece «irse de uno», como nos dijo un día tu hermana, que entonces tenía más o menos tu edad.

—Es verdad —reconoció Lucette, con voz soñadora y cantarina.

Habían conseguido que se cubriese su cuerpo color de miel oscura. Su jersey blanco se había enriquecido a expensas de unos nuevos adornos: agujas de pino, un poco de musgo, unas migajas de pastel, una oruga recién nacida. Las bayas de los arbustos habían manchado de violeta sus bien rellenos pantalones cortos. Sus cabellos con brillos de bronce volaban hasta la cara de Van, exhalando el olor de otro verano. Un olor de familia. Coincidencia, sí: toda una serie de coincidencias ligeramente desplazadas, con una artística asimetría. Estaba sentada en su regazo, pesada, soñadora, llena de *foie-gras* y de melocotón en almíbar, y sus brazos desnudos, de un moreno tornasolado, casi tocaban su cara, la tocaron, cuando se inclinó para mirar a un lado y a otro y asegurarse de que había cogido las setas. Sí, allí estaban. El pequeño lacayo leía mientras se hurgaba la nariz, a juzgar por los movimientos de su codo. El trasero compacto y los muslos frescos de Lucette parecían hundirse más y más en las arenas movedizas de un pasado semejante a un sueño, rehecho en un sueño y alterado por la leyenda. Ada, sentada a su lado y volviendo sus páginas, más pequeñas, más rápidamente que el lacayo, era, sin duda, hechicera, obsesionante, eterna, más adorable aún y más tenebrosamente ardiente que como él la había descubierto cuatro veranos antes; pero era aquel otro pic-nic lo que Van revivía ahora, y eran las dulces caderas de Ada lo que tenía entre sus manos, como si hubiese estado dos veces presente, en dos ejemplares de diferente color.

Entre los mechones de bronce sedoso, Van miraba con el rabillo del ojo a Ada, cuyos labios fruncidos le enviaron el gesto de un beso (perdonándole al fin el haber participado en aquella pelea de gañanes). Ada volvió a sumergirse en su librito encuadernado en vitela, *Chateaubriand, Ombres et Couleurs*, edición de 1820, adornada con viñetas coloreadas a mano y con la momia de una aplastada anémona. Las sombras y las luces del bosque resbalaban sobre las páginas, sobre el rostro de la lectora y a lo largo del brazo derecho de Lucette, en el que Van, advirtiendo la huella de una picadura de mosquito, no pudo por menos de poner los labios, en un puro tributo dedicado a la duplicación de la imagen. La pobre Lucette le dirigió una mirada lánguida y volvió en seguida la cara para concentrarse en el cuello rojo del cochero... o de su predecesor, que, cuando el otro pic-nic, le había dado pesadillas.

No intentaremos seguir los pensamientos que turbaban a Ada (la atención que prestaba a su libro era mucho más superficial de lo que podía parecer). Y no podríamos hacerlo ni con la menor esperanza de éxito, porque el recuerdo de un pensamiento es más fugitivo que el recuerdo de las

sombras, de los colores, de los latidos del deseo juvenil, de una serpiente verde en un paraíso tenebroso. En consecuencia, nos sentimos más confortablemente sentados en Van, mientras Ada está instalada en Lucette y las dos en Van (y los tres en mí, añade Ada).

Van recordó con un delicioso estremecimiento la complaciente falda que Ada llevaba entonces, tan *swoony-baloony*, como dicen los jovencitos de Chose, y lamentó (sonriendo) que Lucette se hubiese puesto unos pantalones tan castos y Ada sus pantalones largos *husked* (risa). En el desarrollo fatal de los más dolorosos males, a veces (solemne sacudida de cabeza), a veces, amanece un día de perfecto bienestar que no se debe en absoluto a ningún brebaje ni a ninguna píldora (indicando la mesilla de noche atestada de medicamentos), o que, al menos, nos permite ignorar que la droga ha sido administrada por la amante mano de la desesperación.

Van cerró los ojos para absorber más intensamente la ola dorada de su gozo creciente. Años más tarde (¡muchos años!) recordaba con admiración (¿cómo podía soportarse un éxtasis semejante?) aquel instante de absoluta felicidad, aquel eclipse total del sufrimiento lacerante y destructor, aquella lógica de la embriaguez, el argumento circular que demostraba que la más excéntrica de las jóvenes no puede evitar ser fiel cuando ama tanto como es amada. Contemplaba el brazalete que relampagueaba al ritmo de los movimientos de la victoria. El perfil de sus labios llenos, ligeramente entreabiertos, mostraba al sol el polen rojo de un resto de bálsamo que acababa de descamarse en los minúsculos pliegues transversales que estriaban su superficie. Volvió a abrir los ojos: el brazalete brillaba, en efecto; pero los labios no mostraban huella alguna de pintura. Van tuvo la imprudencia de imaginarse que iba a reencontrar el contacto de su pulpa pálida y ardiente. Y aquella certidumbre estuvo a punto de desencadenar una crisis secreta bajo la maldita carga de la otra niña. Pero el cuello del inocente sucedáneo, reluciente de sudor, y su confiada inmovilidad inspiraron a Van una compadecida ternura y apagaron sus ardores. Después de todo, ¿qué fricción furtiva podía competir con lo que le esperaba en el tocador de Ada? Una nueva punzada en la rótula vino también en su ayuda, y el honrado Van se reprochó por haber tratado de sustituir con una pobre niña a la princesa de su cuento de hadas, «cuya preciosa carne no está hecha para enrojecer bajo la impresión de una mano punitiva», como dice Pierrot en la versión de Peterson.

La extinción de aquella llama fugitiva cambió el humor de Van. Había que decir algo, había que expresar alguna exigencia. La situación era grave, o podía hacerse grave. Los viajeros iban a hacer su entrada en Gamlet, aquella aldea rusa desde la cual se llegaba a Ardis en pocos instantes, por un camino bordeado de abedules. Una pequeña procesión de ninfas campesinas con pañuelos de algodón, apenas lavadas, es verdad, pero adorablemente bonitas con sus hombros desnudos y relucientes y los senos redondos y levantados por el corsé, con su surco en medio, como tulipanes gemelos, atravesaba un matorral cantando una vieja tonadilla en un conmovedor inglés:

*Thorns and nettles*

*For silly girls:*

*Ah, torn the petals,*

*Ah, spilled the pearls!*

—Tienes un lapicito en el bolsillo de atrás —dijo Van a Lucette—. ¿Me lo dejas? Querría apuntarme la letra de esa canción.

—Sí, si no me haces cosquillas...

Van cogió el libro de Ada y, bajo la mirada extrañamente desafiante de ésta, escribió estas palabras en su primera hoja:

*No quiero volver a verle.*

*Lo digo en serio.*

*Di a Marina que no le reciba, o me marchó.*

*No contestes.*

Ada lo leyó y, lentamente, sin hacer comentarios, borró las cuatro líneas con la goma del cabo del lápiz, y devolvió éste a Van, el cual volvió a colocarlo en su primitivo lugar.

—No paras de moverte —dijo Lucette, sin volverse—. La próxima vez no dejaré que me quiten el sitio.

El coche se detuvo ante el pórtico. Trofim tuvo que dar un pescozón al pequeño lector de la casaca azul para que dejase su libro y ayudara a Ada a descender del coche.

***XL***

Tendido en su hamaca, bajo los liriodendros, Van leía un trabajo de Antiterrenus sobre Rattner. La rodilla le había dolido toda la noche. Después del desayuno, el dolor se había atenuado ligeramente. Ada había ido a caballo a Ladore, y Van esperaba que se olvidase de comprar el aceite de trementina, tan pringoso, que Marina le había encargado.

Su ayuda de cámara avanzaba hacia él sobre el césped, seguido por un mensajero joven y grácil, vestido de cuero negro desde el cuello a los tobillos y cuya gorra de visera dejaba escapar unos bucles castaños. Tras haber avizorado los alrededores con la exagerada actitud de un devoto émulo de Tespis, el singular jovencito tendió a Van una carta con la anotación «confidencial».

Querido Veen:

Mis compromisos militares en el extranjero me obligan a partir dentro de un par de días. Si quiere usted volver a verme antes de mi partida, tendré mucho gusto en recibirle (a usted, y a cualquier otro caballero por quien usted quiera ser acompañado) mañana al amanecer, en el cruce de la carretera de Maidenhair y el camino de Tourbière. En caso contrario, le ruego confirme por una nota de su propia mano que no me guarda ningún rencor, como ninguno le guarda a usted, señor, su humilde servidor

*Percy de Prey*

No, Van no deseaba ver al conde. Así se lo dijo al lindo mensajero, que esperaba, con una mano en la cadera y una rodilla ligeramente adelantada, como un figurante de teatro dispuesto a unirse, a una señal dada, a los saltarines danzantes que ejecutan una danza rústica de Calabro.

—Un momento —añadió Van—. Me interesaría saber... (y eso es algo que puede averiguarse en un abrir y cerrar de ojos detrás de ese árbol), si usted es un mozo de cuadra o la chica de la granja.

El mensajero no respondió, y Bout se lo llevó, riendo bajo capa. Un pequeño chillido, que sugería algún pellizco deshonesto, salió de detrás de los laureles que ocultaban su salida.

Era difícil decidir si aquella carta pretenciosa y desmañada había sido inspirada por el temor de que la marcha al extranjero, donde Percy iba a pelear por su país, podía ser interpretada como un medio de escapar al combate singular, o si los términos conciliatorios con que venía redactada le habían sido exigidos por otra persona quizás alguna mujer (por ejemplo, su madre, de soltera Prascovia Lanskoj). De un modo u otro, el honor de Van no estaba en juego. Fue cojeando hasta el cubo de basura más próximo, quemó la carta, escrita en papel azul, y el elegante sobre blasonado, igualmente azul, y olvidó el incidente, diciéndose que al menos Ada no sería importunada en el futuro por las atenciones de tal personaje.

Ada volvió tarde después de comer (sin la embrocación, gracias a Dios). Van continuaba indolentemente en su hamaca. Tenía un aspecto desabrido y desamparado, pero Ada, después de mirar a su alrededor (de un modo mucho más natural y gracioso que el mensajero de los bucles castaños), levantó el velo, se arrodilló junto a él y le consoló como una buena chica.

Cuando, dos días más tarde, estalló el rayo (vieja metáfora que sugiere un *flash-back* de la Granja Incendiada), Van tuvo la sensación de que su resplandor reunía en una confrontación a dos testigos silenciosos que rondaban por los subterráneos de su alma desde el día de su fatal regreso a Ardis. Uno de ellos susurraba, sin mirar de frente, que Percy de Prey no era ni sería nunca para Ada más que un compañero de baile, un frívolo admirador. El otro trataba de insinuar en su alma, con una insistencia espectral, que algún mal sin nombre estaba amenazando la razón de su pálida y desleal amante.

La víspera del día más desdichado de su vida, Van descubrió al despertarse que podía doblar la pierna sin hacer muecas, pero cometió la imprudencia de seguir a Ada y a Lucette a un desayuno

improvisado en un campo de críquet abandonado hacía tiempo, y volvió a la casa con dificultad. Una zambullida en la piscina, un baño de sol y el malestar había casi desaparecido cuando, al blando calor de la hora de la siesta, Ada volvió de una de sus largas «florerías» (nombre sucinto y algo melancólico que ella daba a sus correrías botánicas, porque la flórula de Ladore ya no producía gran cosa, salvo algunas favoritas habituales). Marina, envuelta en un lujoso peinador, estaba sentada frente a un gran espejo oval erguido sobre el césped. Había hecho transportar aquellos accesorios al jardín para que la peinase allí el senil *monsieur* Violette de Lyon y Ladore, cuyos dedos, a pesar de los años, seguían haciendo milagros. Marina explicaba y excusaba aquella actividad, que no suele practicarse al aire libre, con el ejemplo de su abuela, que quería así prevenir su peinado de los efectos del viento imprevisto (como un duelista «hace muñeca» paseándose con un atizador en la mano).

—Y he aquí a nuestro mejor ejecutante —dijo Marina, mostrando a Van a Violette... que le tomó por Pedro y se inclinó con aire de entendida.

Van había pensado dar con Ada un pequeño paseo de convaleciente antes de vestirse para la cena, pero, apenas regresada, ella se dejó caer en una silla del jardín diciendo que estaba agotada y muy sucia, y que tenía que lavarse las manos y los pies y prepararse para el suplicio del día, es decir, para ayudar a su madre, que debía recibir al anochecer a su gente de cine.

—Le he visto en *Sexico* —decía *monsieur* Violette a Marina en voz muy baja, al tiempo que le tapaba ambas orejas para imprimir a su cabeza, reflejada en el espejo ovalado, un movimiento semicircular.

—No, ya es tarde —murmuró Ada—. Y, además, he prometido a Lucette...

Van insistió con un suspiro enojado, aunque comprendió que era inútil tratar de hacer variar su decisión, especialmente en materias amorosas, pero inexplicablemente, milagrosamente, el desvío que se manifestaba en su gesto se fue convirtiendo en una alegría apacible, como a efectos de un inesperado alivio, igual que un niño que pierde su mirada en el espacio, con un esbozo de sonrisa, cuando comprende que el mal sueño ha terminado o que una puerta ha quedado entreabierta y al fin puede corretear a sus anchas bajo un cielo despejado. Ada hizo que se deslizara de su hombro la correa de su herbario y, bajo la mirada benévola de Violette, que les seguía sobre la reflejada aureola de la cabellera de Marina, se alejaron sin prisa y buscaron la relativa soledad de la alameda donde Ada había enseñado un día a Van los juegos de luz y sombra. Él la tomó en sus brazos y la besó, la besó de nuevo, como si volviese de un largo y peligroso viaje. La dulzura de su sonrisa era una cosa inesperada y enteramente especial. No era la sonrisa astuta del demonio, la sonrisa del ardor recordado o prometido, sino el reflejo humano, exquisito, de la felicidad y el abandono. Todos sus apasionados ejercicios de bombeo de goces —en la Granja Incendiada o en el Cenador —no eran nada comparados con aquel *zaychik*, aquel reflejo prismático del alma sonriente. Su blusa negra y su falda negra con bolsillos de delantal habían perdido la significación «duelo-por-una-flor-desaparecida» que la imaginativa Marina concedía a aquella vestimenta («*nemedlenno pereodet' sya*», ve a cambiarte en seguida, había gritado ante el espejo de verdes reflejos); en cambio, habían adquirido el encanto desacostumbrado del uniforme de las colegialas de Lyaska. Se apretaban frente contra frente, moreno contra blanco, negro contra negro, Van sosteniendo los codos de Ada,



Ada deslizando sus dedos ligeros por las clavículas de Van. Él le dijo cuanto «ladoraba» el aroma tenebroso de su cabellera mezclada al olor de los aplastados tallos de los lirios, de los cigarrillos turcos, de aquella lasitud que viene de «lass». «No, no, deja; tengo que lavarme en seguida, Ada debe ser limpia.» Pero durante un último minuto eterno permanecieron enlazados en la alameda muda, deleitándose, como nunca lo habían hecho, con esa fórmula de «felices para siempre» con que acaban los cuentos de hadas que nunca acaban.

Van, éste es un pasaje muy bello. Voy a pasar la noche llorando (interpolación tardía).

Cuando un último rayo de sol se posaba sobre Ada, su boca y su barbilla brillaron, húmedas de pobres besos fútiles. Ada sacudió la cabeza diciendo que, verdaderamente, era hora de separarse, besó las manos de Van, cosa que sólo hacía en los momentos de suprema ternura, y huyó rápidamente. Se separaron... verdaderamente.

Una orquídea vulgar —una «zapatilla de Venus»— se mustiaba en el saco que Ada había dejado en una mesa del jardín y que ahora arrastraba escaleras arriba. Marina y el espejo habían desaparecido. Van se quitó sus prendas de gimnasia y se tiró una vez más a la piscina, ante los ojos de Bouteillan, que, de pie en el borde, con las manos cruzadas a la espalda, observaba con aire meditativo las profundidades falsamente azules de las aguas.

—Me pregunto —dijo —si no acabo de sorprender a un renacuajo. El tema novelesco de la comunicación escrita va a adquirir ahora todo su desarrollo. Al entrar en su habitación, Van, sobrecogido por un presentimiento siniestro, vio un pedazo de papel que sobresalía del bolsillo de su *smoking*. El mensaje, escrito a lápiz, en grandes letras trabajosamente redondeadas y ampulosas, contenía esta aseveración anónima: «se están burlando». Entre los criados había al menos quince que podían ser sospechosos. Interrogarles a todos —torturar a los varones y violar a las hembras — habría sido, por supuesto, algo estúpido y degradante. Con un gesto de rabia infantil, desmembró su más bella mariposa negra en la rueda de la exasperación. El veneno de la víbora empezaba a subirle al corazón. Cogió otra corbata, acabó de vestirse y fue en busca de Ada.

Encontró a las dos hermanas y a sus institutrices en uno de los «salones de las habitaciones de los niños». En la tenaza de aquella habitación encantadora, Mlle. Larivière estaba sentada ante una mesa Pembroke adornada con un gusto exquisito. Estaba leyendo el tercer guión de rodaje de *Les Enfants Maudits* con una mezcla de sentimientos aderezados con furiosas anotaciones. En una gran mesa redonda, en el centro de la sala, Lucette, asesorada por Ada, trataba de aprender a dibujar flores. Varios atlas botánicos de distintos tamaños estaban abiertos ante ellas. Las cosas conservaban su acostumbrada apariencia: la rubia luz del día que maduraba, las pequeñas ninfas cabreras pintadas en el techo, la voz soñadora y lejana de Blanche que plegaba la ropa blanca canturreando estrofas del Mambrú (*no sé cuándo vendrá, no sé cuándo vendrá...*) y las dos graciosas cabezas, bronce negro y cobre rojo, inclinadas sobre la pulida mesa. Van comprendió que antes de preguntar a Ada, incluso antes de decirle que deseaba preguntarle algo, debía recuperar su sangre fría. Ada parecía alegre, se había arreglado bien, estrenaba un nuevo traje de noche, espejeante de azabache, llevaba por primera vez los diamantes que le había regalado Van y, también por primera vez, unas medias de seda transparentes.

Van se sentó en un pequeño sofá, tomó al azar uno de los libros abiertos sobre la mesa y contempló con disgusto una bella ilustración en color que representaba un grupo de grandes orquídeas cuya popularidad entre las abejas dependía, según el texto, de «diversas emanaciones apetitosas en una gama de olores que va desde el de obreras muertas al del gato». Los soldados muertos podrían oler aún mejor.

Durante aquel tiempo la testaruda Lucette se había empeñado en sostener que el modo más sencillo de dibujar una flor consistía en colocar una hoja de papel de calcar sobre la imagen (en el caso presente se trataba de una pogonia de barba roja, planta peculiar de las turberas de Ladore cuya anatomía posee ciertas particularidades escabrosas) y luego repasar los contornos con lápices de colores. La paciente Ada quería que la copia se hiciese no por un procedimiento mecánico, sino «del ojo a la mano y de la mano al ojo», y que Lucette utilizase como modelo un ejemplar viviente de otra especie de orquídea, de sépalos violeta y bolsa oscura y rizada. Pero acabó por rendirse. Y, sin perder su buen humor, apartó el vasito de cristal que contenía la zapatilla de Venus que ella había recogido. Distraídamente, discretamente, trató entonces de explicar a Lucette el funcionamiento de los órganos reproductores de las orquídeas, pero todo lo que la caprichosa niña quería saber se limitaba a esto: un chico-abeja, ¿podía fecundar a una chica-flor *a través* de algo, de sus polainas, de su jersey o de cualquier cosa que lleve puesta?

—Sabes —dijo Ada, con una cómica voz nasal, dirigiéndose a Van—, esta niña tiene la mente más sucia del mundo y ahora va a enfurecerse conmigo por decírtelo, y va a ir a lloriquear en el halda de la Larivière, y a quejarse de que ha sido fecundada por haber estado sentada en tus rodillas.

—Pero yo no puedo hablar a Belle de cosas sucias —dijo Lucette, muy amable y razonablemente.

—Van, ¿qué te pasa? —preguntó la perspicaz Ada.

—¿Por qué esa pregunta? —preguntó a su vez Van.

—Se te mueven las orejas y te aclaras la garganta.

—¿Acabarás pronto con esas horribles flores?

—Sí. Ahora voy a lavarme las manos. Nos veremos abajo. Llevas la corbata mal puesta.

—Está bien, está bien.

*Mon page, mon beau page*

—*mironton, mironton, mirontaine* —

*mon page, mon beau page...*

Abajo, en el gran vestíbulo, Jones echaba ya mano al gong para anunciar la cena.

—Bien, ¿qué es lo que pasa? —preguntó Ada cuando se encontraron, un minuto más tarde, en la terraza del salón.

—Mira lo que he encontrado en el bolsillo de mi *smoking*.

Ada leyó y releyó la nota, frotándose con un índice nervioso sus anchos incisivos.

—¿Cómo puedes saber que va dirigido a ti? —preguntó, devolviéndole a Van la hojita de papel, escolar.

—Bueno, ¡lo digo yo! —gritó Van.

—¡*Tiché!* (¡Calma!).

—Te digo que lo he encontrado aquí (apuntando hacia su corazón).

—Rómpelo y olvídalos.

—Tu rendido servidor —replicó Van.

## XLI

Pedro no había vuelto aún de California. Un ataque de fiebre de heno y unas gafas negras no mejoraban la apariencia de G. A. Vronski. Adorno, el héroe de *Odio*, se había hecho acompañar por su nueva mujer, que resultó haber sido una de las antiguas (y más queridas) esposas de otro invitado de Marina, actor infinitamente más meritorio y que, acabada la cena, encargó a Bouteillan, convenientemente gratificado, que le trajese un falso mensaje que exigiese su partida inmediata. Grigorii Akimovich (que había llegado con él en la misma limusina de alquiler) le acompañó. Dejaron alrededor de una mesa de juego a Marina, Ada, Adorno y su Mariana, que daba curiosos resoplidos irónicos. Jugaron al *biruch*, una especie de *whist*, hasta que fuese posible hacer venir un taxi de Ladore. Era más de la una de la mañana cuando la reunión se disolvió.

En el intervalo, Van se cambió de ropa una vez más: se puso los pantalones cortos, se envolvió en su manta escocesa y se retiró al bosquecillo, donde los faroles bergamascos no habían sido encendidos en toda la velada... que no había sido tan memorable como Marina había esperado. Trepó a su hamaca y, con el sopor del duermevela, pasó mentalmente revista a los criados que hubieran podido deslizar en su bolsillo el siniestro mensaje («se están burlando»), desprovisto, según Ada, de toda significación. El primer sospechoso, por supuesto, podría haber sido Blanche, la histérica, la extravagante Blanche, de no ser por su timidez y su miedo a ser despedida (Van recordaba una escena atroz en la que Blanche, pidiendo gracia, se había arrastrado a los pies de Mlle. Larivière que la acusaba de haber «robado» alguna de sus innumerables chucherías... encontrada finalmente en un zapato de la propia acusadora). En el foco de la imaginación de Van apareció a continuación la faz rubicunda de Bouteillan y el rictus de su hijo. Después de lo cual se

durmió y se vio a sí mismo, en sueños, en la ladera de una montaña cubierta de nieve, donde personas y árboles —y también una vaca —eran arrastrados por un alud.

¿Qué vino a arrancarle de su inquieto sopor? En un principio creyó que se trataba del fresco de la noche expirante; luego reconoció el ligero crujido que en su pesadilla había tomado por un grito. Alzando la cabeza distinguió una débil luz entre los arbustos: alguien entreabría desde el interior la puerta del cuarto de las herramientas. Ada no había acudido nunca a encontrarse con su amante sin haber acordado previamente cada etapa de sus citas nocturnas, por otra parte excepcionales. Van saltó de su hamaca y se dirigió con sigiloso paso hacia el iluminado umbral. Ante él apareció la figura vacilante y pálida de Blanche. Ofrecía un singular espectáculo: en enaguas, con los brazos desnudos, una media bien sujeta por la liga mientras la otra le caía sobre el tobillo, sin zapatillas, con las axilas relucientes de sudor y la cabellera desarreglada en un lamentable simulacro de seducción.

—Ésta es mi última noche en el castillo —susurró. Y luego repitió la frase en inglés, en ese inglés barroco, elegíaco y ceremonioso que sólo se encuentra en las novelas de antaño: *T'is my last night with thee*.

—¿Tu última noche? ¿Conmigo? ¿Qué quieres decir?

La contempló con ese malestar de lo Extraño que se experimenta al escuchar las lucubraciones del delirio o de la embriaguez.

Pero, a pesar de su aire de demencia, Blanche estaba perfectamente lúcida. Había decidido dos días antes abandonar la casa. Acababa de deslizar su dimisión (con una postdata referente a la mala conducta de la señorita) bajo la puerta de la habitación de la señora. Se iría dentro de unas horas. Amaba a Van, que era «su fiebre y su locura», y quería pasar a su lado unos minutos secretos.

Van entró en el cuarto de los instrumentos y cerró lentamente la puerta. Aquella lentitud era efecto de lo incómodo que se sentía. Blanche había dejado su farol sobre el travesano de una escalera. Y, sin esperar más, empezó a levantarse la falda de la enagua. La compasión y la cortesía de una comprensiva actitud acaso habrían excitado el deseo de lo que ella consideraba como cosa hecha y cuya radical ausencia disimulaba Van cuidadosamente con la protección de su manta. Pero, aparte del temor al contagio (Bout había hecho ciertas alusiones a algunas dolencias que afligían a la pobre chica), un asunto muy distinto y mucho más grave todavía, le atormentaba. Apartó la mano audaz y se sentó en un banco, al lado de Blanche.

¿Era ella quien había deslizado la nota en el bolsillo de su *smoking*?

Sí, era ella. No había podido resignarse a salir de la casa dejándole en la ignorancia de que se burlaban de él, de que le engañaban, de que le traicionaban. Y siguió diciendo, entre ingenuos paréntesis, que sabía que él la había deseado siempre y que ya tendrían tiempo de hablar más tarde. Soy tuya. Pronto amanecerá. Tu sueño se realiza al fin.

—No hables por mí —contestó Van—. No estoy de humor para hacer el amor. Y te estrangularé, palabra de honor, si no me cuentas inmediatamente todos los detalles de este asunto.

Blanche afirmó con la cabeza. El temor y la adoración se fundían en sus ojos llorosos. ¿Cuándo y cómo había comenzado aquello? En agosto. *Votre demoiselle* había ido a buscar flores, y él la acompañaba, con la flauta en la mano, entre las altas hierbas. ¿Quién era él? ¿Qué flauta? Pues el músico alemán, el señor Rack. La celosa espía asistía a la escena acostada bajo su propio galán, al otro lado del seto. ¿Cómo podía hacerse aquello con el inmundito señor Rack? (el cual, un día, incluso olvidó su chaleco en un almiar). Era algo que nuestra informadora no podía llegar a comprender. Quizás era que componía canciones para la señorita Ada... Había una, bonita de veras, que fue interpretada una noche de baile en el casino de Ladore... Espere un poco que recuerde la letra... Al demonio la letra, sigue contando. Una hermosa noche estrellada, Blanche y dos galanes ocultos entre los sauces del río habían oído al señor Rack y a la señorita, que estaban en una barca amarrada. Él contaba la melancólica historia de su infancia, de sus años de miseria, de música y de soledad, y su dulce amiga lloraba al escucharle, y echaba la cabeza atrás, y él se inclinaba con avidez sobre su garganta desnuda y se la comía con sus asquerosos besos. Sin embargo, no debía haberla poseído más de una docena de veces; el alemán no era tan fuerte como cierto otro señor. ¡Oh, basta!, cortó Van. Y, en el invierno, la señorita se enteró de que él se había casado y empezó a odiar a su cruel rival. Pero en abril, cuando él comenzó a dar lecciones de piano a Lucette, la aventura se reanudó, sólo que entonces...

—Ya basta —gritó Van; y, golpeándose la frente con el puño, salió titubeando al sol del amanecer.

Eran las seis menos cuarto en el reloj de pulsera colgado de la red de la hamaca. Van tenía los pies fríos como el mármol. Se puso las zapatillas y durante un momento erró sin rumbo por el bosquecillo. El canto de los mirlos era tan rico, tan sonoro, con unas fiorituras tan exquisitamente aflautadas, que su voz hacía insoportable el suplicio de la conciencia, la suciedad de la existencia, la pérdida, la pérdida, la pérdida. Gradualmente, sin embargo, consiguió Van recuperar una apariencia de sangre fría por el fácil método de no permitir que la imagen de Ada se acercase, por ningún rodeo, a la conciencia que él tenía de sí mismo. En el vacío así producido se precipitó una multitud de prosaicas reflexiones, pantomimas del pensamiento racional.

Se dio una ducha tibia en la caseta de la piscina, realizando cada gesto con una cómica deliberación, muy lentamente, con muchas precauciones, como para no romper al nuevo, al desconocido, al frágil Van que acababa de nacer un momento antes. Contemplaba sus pensamientos que giraban, bailaban, desfilaban, hacían muecas grotescas. Así encontró el mayor placer en imaginar que una pastilla de jabón podía ser ambrosía sólida para las hormigas que se amontonaban sobre ella. ¡Y qué sensacional perecer ahogado en medio de aquella bacanal! Pensó que las leyes del honor prohibían provocar a un rival que no fuese caballero, pero que podía exceptuarse de esta regla a los artistas, pianistas o flautistas. Y, si el cobarde rehusaba, ¿qué cosa más sencilla que hacerle sangrar las encías a bofetadas, o, mejor aún, romperle la columna vertebral con un bastón bien sólido?... No había que olvidar coger uno en el vestíbulo antes de salir de aquella casa para siempre. Para siempre... ¡Qué gracia! Se divirtió, como ante un espectáculo raro y singular, de la curiosa jiga monopódica que ejecuta un compadre desnudo concentrándose en los pantalones en que trata de entrar. Atravesó, sin prisas, una galería lateral, y subió la gran escalera. La casa estaba vacía y fresca, y olía a claveles. Buenos días y adiós, cuartito. Van se afeitó, Van se cortó las uñas de los pies, Van se vistió con exquisito cuidado: calcetines grises, corbata gris y camisa de seda, traje gris recién

planchado, zapatos, ¡ah, sí!, zapatos... no hay que olvidar los zapatos, sin tomarse el trabajo de poner en orden sus efectos personales, guardó una veintena de monedas de veinte dólares de oro en un monedero de gamuza, repartió por su persona pañuelo, talonario de cheques, pasaporte —y ¿qué más? No, nada—. Y, por último, clavó con un alfiler en la almohada una nota en la que pedía que se hiciese un paquete con sus cosas y se lo enviasen a la dirección de su padre. Hijo arrebatado por un alud. No se ha encontrado el sombrero. Contraceptivos se legan al Asilo de Exploradores Jubilados. Después de unos ocho decenios todo eso parece muy tonto y muy cómico. Pero aquella mañana Van Veen era un hombre muerto que realizaba los gestos de un sonámbulo imaginario. Se inclinó con un gruñido, maldiciendo su rodilla, para colocarse los esquís. La nieve caía por la pendiente. Pero sus esquís habían desaparecido, las correas eran cordones de zapatos, la pendiente era una escalera.

Bajó a las caballerizas y dijo a un joven lacayo, no mucho más despierto que él, que tenía que estar en la estación dentro de unos minutos. El lacayo pareció sorprendido y Van le insultó.

¡Su reloj de pulsera! Regresó a la hamaca, donde el reloj seguía suspendido de la pared. Cuando daba la vuelta a la casa para volver a las caballerizas, elevó los ojos al azar y vio en una terraza del segundo piso a una joven de cabellos negros, de unos dieciséis años de edad, con un pantalón amarillo y un bolero negro, que le hacía grandes señas —signos telegráficos, con amplios gestos rectilíneos que designaban el cielo sin nubes (¡qué cielo sin nubes!), la copa del Jacaranda en flor (¡qué flores!, ¡azules!) y su propio pie, descalzo y apoyado, en alto, en la balaustrada (¡sólo tengo que ponerme las sandalias!). Sobrecogido de horror y de vergüenza, Van vio a Van detenerse y esperar.

Ella atravesó con paso rápido el césped irisado de rocío y se acercó a él.

—Van —dijo—, tengo que contarte mi sueño antes que se me olvide. Estábamos tú y yo en una cima de los Alpes... ¿Por qué diablos te has puesto esa ropa?

—Bien, te lo voy a decir (Van hablaba con voz arrastrada, como desde el fondo de un sueño). Voy a decirte por qué. Acabo de saber de una ausente modesta pero digna de crédito... quiero decir, «una fuente», perdona, de una fuente digna de crédito, que «te derriban» detrás de cualquier seto. ¿Dónde puedo encontrar el «derribador»?

—En ninguna parte —dijo Ada, con la mayor calma del mundo y sin hacer caso, o tal vez sin advertir la grosería de aquellas palabras; había sabido desde siempre que el desastre era inevitable y que llegaría un día u otro, cuestión de tiempo, o más bien de programación por parte del destino.

—Pero existe, existe —balbuceó Van, mirando en la hierba el arco iris de un resto de tela de araña.

—Sin duda —dijo la altiva joven—, pero ayer embarcó con destino a un puerto de Grecia, o de Turquía. Y hará todo lo que pueda para que le maten, si eso puede tranquilizarte. Pero ahora escucha... Esos paseos por el bosque no quieren decir nada. ¡Escucha! Sólo fui débil un par de veces, quizás tres en total, y le has maltratado de ese modo tan bárbaro. ¡Por favor! No puedo explicarlo todo de una vez, pero acabarás por comprender. No todo el mundo es tan feliz como nosotros. Es un pobre muchacho torpe, desamparado. Todos somos almas perdidas, pero unos lo son más que

otros. Él no es nada para mí. Nunca volveré a verle. No es nada, te lo juro. Pero me adora hasta la locura.

—Me parece que nos hemos equivocado de amante. Yo te hablaba de ese *herr* Rack, que tiene tan sabrosas encías y que también te adora hasta la locura.

Y después de aquellas palabras se dio media vuelta y tomó el camino de la casa.

Habría podido jurar que no se volvió ni una sola vez y que en ningún prisma ni en ninguna coincidencia óptica habría podido, mientras se alejaba, verla en forma corporal. No obstante, retendría para siempre la imagen compuesta y atrozmente nítida de Ada, en pie en el lugar donde la había dejado. Aquella imagen, que había penetrado en él por un ojo occipital, por el canal hialino de la columna vertebral, y que nunca, nunca, podría olvidar, consistía en una selección y una mezcla de imágenes inconexas y de expresiones de Ada que habían hecho sentir a Van el insoportable dolor del remordimiento en diversas circunstancias del pasado. Sus disputas de amantes habían sido muy poco numerosas, muy breves; pero, aun así, las suficientes para formar un mosaico indestructible. Ahí estaba el día de la Bella Espía, cuando la había encontrado de espaldas a un tronco de árbol, a punto de sufrir el destino de los traidores, y el día en que se negó a enseñarle ciertas estúpidas instantáneas tomadas en Chose y que representaban chicas con las que los estudiantes se encontraban en pontones (en un arrebatado de ira, él había roto las imágenes, mientras ella se volvía, ceñuda, con las pupilas contraídas, a mirar por la ventana abierta un paisaje invisible). Y el día en que, creyendo descubrir en él un movimiento de rebeldía contra su extraña mojigatería de lenguaje (Van acababa de desafiarla bruscamente a que encontrase una rima para «patio»), sus labios formaron tímidamente un vocablo mudo —no estaba segura de que él pensase en aquella palabra latina obscena, y, caso de que pensase, también dudaba de su pronunciación exacta. Y el día, quizás el peor de todos, en que ella estaba manoseando un ramillete de flores silvestres, con una ligera sonrisa en los ojos y los labios fruncidos, una sonrisa dulce e indiferente, y la cabeza animada de pequeños movimientos imprecisos, como subrayando con sacudidas espontáneas las decisiones secretas y las cláusulas no expresadas de algún contrato que hubiese establecido con ella misma, con Van, o con otras desconocidas partes contratantes llamadas después lo Inconsolable, lo Inútil, lo Injusto, mientras él daba libre curso a su cólera, porque Ada acababa de proponerle, con toda dulzura y sin la menor insistencia (como podía haberle sugerido un paseo junto a un pantano para ver si cierta orquídea se había abierto), entrar en un cementerio vecino para honrar la tumba del difunto Krolik. Van había estallado en indignadas vociferaciones. («Sabes muy bien que odio los cementerios, que desprecio, que reniego de la muerte y de sus cadáveres burlescos. Me niego a contemplar una piedra bajo la cual se pudre un viejo polaco rechoncho. Déjale que alimente en paz a sus gusanos, la entomología de la muerte me deja frío. Detesto, desprecio...»); había seguido su recitación durante un par de minutos, al cabo de los cuales se dejó literalmente caer a los pies de Ada y los cubrió de besos, y le suplicó que le perdonase, y ella siguió mirándole todavía un momento, pensativa.

Tales eran los principales fragmentos del mosaico; los demás eran aún menos notables, y, sin embargo, la yuxtaposición de aquellos inofensivos elementos producía una especie de entidad mortal, y la joven del pantalón amarillo y el bolero negro, meciendo ligeramente los hombros más o menos apoyada en el tronco de árbol, con las manos cruzadas detrás de la espalda y sacudiendo los

largos cabellos, composición precisa que él sabía que nunca había visto en la realidad, era en él más real que ningún *verdadero* recuerdo.

Marina, en kimono y bigudíes, estaba al pie del pórtico en el centro de un grupo de criados, y hacía preguntas a las que nadie parecía contestar. Van se aproximó a ella.

—No me fugo con tu doncella, Marina. Es una ilusión de óptica. Las razones de su partida no me incumben. Tengo que hacer un trabajito que he ido dejando tontamente hasta ahora, y del que he de ocuparme antes de salir para París.

—Ada me preocupa mucho —dijo Marina, con un fruncimiento de cejas y un temblor de mejillas muy ruso—. Vuelve en cuanto puedas, por favor, Ejerces tan buena influencia sobre ella! *Au revoir*. Estoy muy enfadada con todo el mundo.

Subió los escalones del porche, alzando un poco su kimono. El manso dragón plateado que ondulaba en su espalda tenía lengua de oso hormiguero, según decía su hija mayor, la científica. ¡Pobre madre, qué sabía ella de los señores R, y P. de P.! Más o menos, nada.

Van estrechó la mano del viejo mayordomo, dio las gracias a Bout que le había encontrado un bastón de puño de plata y un par de guantes, saludó con un movimiento de cabeza a los demás sirvientes, y se acercó al coche de dos caballos. Blanche, en pie ante la portezuela, con su larga falda gris, su sombrero de paja y su maleta barata pintada de color caoba y asegurada con veinte vueltas de una cuerda, tenía todo el aspecto de una señorita joven a punto de iniciar su trabajo de maestra de escuela en una película del «Salvaje Oeste». Quiso sentarse en el pescante, junto al cochero, pero Van la hizo entrar en la calesa.

Pasaron entre ondeantes espigas de trigo espolvoreados con el confetti de acianos y amapolas. Blanche habló durante todo el trayecto, con voz grave y melodiosa, de la joven señorita y de sus dos últimos amantes, como si hubiese caído en un trance magnético y se encontrase en comunicación mediúmnica con el alma errante de algún difunto trovador. Todavía el otro día, ocultas tras aquella hilera de abetos, ve usted, a su derecha (pero Van no miraba, estaba sentado en silencio, con ambas manos apoyadas en el puño de su bastón), Blanche y su hermana Madelon, con una botella de vino entre ellas, habían visto al señor conde hacer la corte a la joven señorita sobre el musgo, estrujándola como un oso gruñón, como había estrujado (¡cuántas veces!) a Madelon, la cual había dicho a Blanche que habría que advertírselo a Van (porque ella era un poco celosa), pero también había dicho (porque tenía buen corazón) que mejor sería esperar el momento en que «Mambrú se va a la guerra», pues de lo contrario los dos señores se pelearían. Él se había pasado la mañana disparando con una pistola a un espantapájaros, y por eso ella había esperado tanto, y la nota la escribió Madelon, y no ella. Blanche continuó divagando hasta que llegaron a Tourbière: dos hileras de chozas, y una iglesita negra con ventanas de vidriera. Van abrió la portezuela y Blanche se apeó. La más joven de las tres hermanas, una linda doncellita de bucles castaños; ojos lascivos y senos bamboleantes (¿dónde la había visto antes? no hacía mucho, pero ¿dónde?), llevó la maleta y la jaula de Blanche a una miserable cabaña oculta bajo los rosales trepadores, pero, por lo demás, inexpresablemente triste. Van besó la tímida mano de Cenicienta, volvió a sentarse en el coche, se



aclaró la garganta y se cruzó de piernas, no sin antes haber rectificado, con un golpecito seco, el pliegue de su pantalón. ¡Vano Van Veen!

—El exprés no tiene parada en Torfianka, ¿verdad, Trofim?

—Tendremos que hacer cinco verstas a través de los pantanos —dijo Trofim—. La estación más próxima es Volosyanka.

Así traducía, en ruso vulgar, Maidenhair. Parada facultativa. Tren probablemente atestado.

Maidenhair. ¡Imbécil! ¡El bello Percy podía estar ya muerto y enterrado! Maidenhair, «cabellera de doncella». El nombre tenía su origen en el gran árbol chino que desplegaba su ramaje al borde del andén. En otro tiempo la especie se había confundido vagamente con el adianto o «cabello de Venus». Ella caminó hasta el extremo del muelle en la novela de Tolstoi. Protagonista del monólogo interior, explotado más tarde por franceses e irlandeses. «No es verde, no es verde, no es verde, el árbol de los cuarenta escudos de oro», al menos en otoño. *Never, never* volveré a oír su voz «botanizante» cayendo sobre *biloba*. «Lamento hacer esa ostentación de mi latín.» *Ginkgo*, ginkgo, ink, inkog. Conocido también con el nombre de adiantofolia de Salisbury, infolio de Ada, pobre *Salisburia*: nombre suprimido; y pobre Corriente de la Conciencia, marea negra, a la hora que es. ¡Qué quiere de Ardis Hall!

—*Barin, a barin* —dijo Trofim, volviendo la barba rubia hacia su pasajero.

—¿*Da?*

—*Dazhe skvoz' kozhaniy fartuk ne stal-bi ya trogat' etu frantsuzskuyu devku.*

*Barin*: señor. *Dazhe skvoz' kozhaniy fartuk*: incluso a través de un delantal de cuero. *Ne stal-bi ya trogat'*: no se me ocurriría tocar. *Etu*: a esa. *Frantsuzskuyu*: francesa (adj., acus.), *Devku*: fulana. *Uzhas, otchivanie*: horror, desesperación. *Zhalost*: piedad. *Kóncheno, zagázheno, rastérxano*: acabado, enfangado, hecho trizas.

XLII

Ada solía decir que, a menos de ser muy cruel, o muy tonto, o niño de pecho, no era posible ser feliz en Demonia, nuestro magnífico planeta. Van tenía ahora la sensación de que para sobrevivir en esta terrible Antiterra, en el mundo multicolor y malvado en cuyo seno había nacido, necesitaba destruir, o, al menos, mutilar de por vida, a dos de sus habitantes. Era esencial que las encontrase inmediatamente; un simple retraso podía comprometer sus posibilidades de supervivencia. La voluptuosidad que le produciría su destrucción no sería suficiente para devolver a su corazón la salud, pero, indudablemente, le refrescaría el cerebro. Los dos se encontraban en lugares diferentes, ninguno de los cuales evocaba una topografía precisa, un determinado número de calle, un alojamiento identificable. Van esperaba, con la ayuda del Hado, castigarles de un modo honorable. No tenía previsto que la suerte iba a desplegar en favor suyo un celo cómicamente exagerado, dirigiendo, ante todo, sus pasos, y, luego, interfiriendo en su empresa, hasta convertirse en un auxiliar supercooperativo.

Decidió ir, en primer lugar, a Kalugano, para arreglar sus cuentas con *herr* Rack. Hundido en el rincón de un compartimiento lleno de piernas y de voces, Van se durmió, de puro abatimiento, mientras el expreso corría hacia el norte a ciento cincuenta kilómetros por hora. Dormitó hasta mediodía y se apeó en Ladoga, donde, tras una interminable espera, tomó un nuevo tren, aún más traqueteante, aún más cargado. Mientras, de pasillo en pasillo, se abría un camino zigzagueante, maldiciendo en voz baja a los amantes del paisaje que no apartaban sus traseros para dejarle paso, y buscando desesperadamente algún refugio cómodo en uno de los compartimientos de cuatro plazas que componían los coches de «primera», descubrió a Córdula y su madre, sentadas una frente a otra junto a una ventanilla; las otras dos plazas estaban ocupadas por un señor grueso, de edad respetable, que llevaba una peluca oscura pasada de moda (con la raya en medio), y un muchachito con gafas y traje de marinero, sentado al lado de Córdula, que le ofrecía en aquel momento la mitad de su pastilla de chocolate. Una idea verdaderamente luminosa atravesó la mente de Van. Entró en el compartimiento. Pero la madre de Córdula no le reconoció en un principio, y el aturdimiento de las representaciones, combinado con un bandazo del tren, hizo que Van pusiese el pie sobre el zapato color ciruela del viajero mayor, el cual lanzó un agudo grito y dijo, con voz indistinta, pero no descortés:

—Tenga compasión de mi gota (o «tenga cuidado», o «abra bien los ojos»), joven.

—¡No me gusta que me llamen «joven»! —dijo Van al doliente, con un tono violento enteramente injustificado.

—¿Te ha hecho daño, abuelo? —preguntó el muchacho.

—Y mucho —contestó el abuelo—. Pero mi grito de dolor no pretendía ofender a nadie.

—El dolor no dispensa del civismo —continuó Van (mientras el Van bueno que llevaba dentro le tiraba de la manga, avergonzado y consternado).

—Córdula —dijo la vieja actriz, con la misma oportunidad de que había dado muestras un día al tomar en sus brazos y acariciar al gato de un bombero de servicio que andaba perdido entre los decorados de *Fast Colors*, en mitad de su más bella escena—, ¿por qué no llevas a este irascible joven demonio al vagón restaurante? Tengo ganas de echar un sueñecito.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Córdula, al sentarse junto a Van en la muy espaciosa y rocóó «bombonera», como solían decir los estudiantes del Colegio de Kalugano en los años ochenta y noventa.

—Todo lo que ocurre es malo —replicó Van—. Pero, ¿por qué me lo preguntas?

—Bueno, es que conocemos un poco al doctor Platonov... No había ninguna razón para que tratases de un modo tan grosero a ese excelente viejecito.

—Lo siento —dijo Van—. Pidamos el té tradicional.

—Y eso no ha sido lo único que me ha parecido raro —prosiguió Córdula—. Hoy te has fijado en mí, y hace dos meses hacías como si no me conocieras.

—Has cambiado, Córdula. Te has vuelto más guapa y más lánguida. Y hoy estás más seductora que nunca. ¡Córdula ya no es virgen! Dime, ¿tendrías, por casualidad, la dirección de Percy de Prey? Todos sabemos que ahora se dedica a la invasión de Tartaria. Pero, ¿dónde se le puede encontrar por correo? No tengo ganas de pedir a tu entrometida tía que me sirva de intermediaria.

—Creo que los Fraser tienen su dirección, ya lo averiguaré. Pero, ¿a dónde va Van? ¿Dónde puedo encontrarle?

—En mi casa, Park Lane número 5, dentro de un par de días. Ahora voy a Kalugano.

—Es un sitio horrible. ¿Alguna chica?

—Un hombre. ¿Conoces Kalugano? ¿Un buen dentista? ¿Un buen hotel? ¿Las salas de concierto? ¿El profesor de música de mi prima?

Córdula sacudió sus cortos bucles. No, ella había ido muy poco a Kalugano. Dos veces, para asistir a un concierto en un bosque de pinos. E ignoraba que Ada tomase lecciones de música. ¿Cómo estaba Ada?

—Lucette —dijo Van—. Es Lucette quien toma, o tomaba, lecciones de música. Pero no pensemos más en Kalugano. Ni en Chose... Tienes razón, estoy fastidiado. Pero tú puedes ayudarme a olvidar mis preocupaciones. Háblame, hazme pensar en otra cosa (por lo demás, ya me haces pensar en otra cosa)... Háblame de tus asuntos amorosos.

Córdula no era una chica muy brillante, pero sí locuaz, y, desde luego, muy excitante. Van intentó acariciarla por debajo de la mesa, pero ella rechazó suavemente su mano, sin más, ni menos, fantasía que otra jovencita en otro sueño. Van se aclaró sonoramente la garganta y pidió una media botella de cognac. Como Demon le había enseñado, hizo que el camarero la descorchara delante de él. Córdula no cesaba de hablar, y él perdió el hilo de su discurso, o, mejor dicho, aquel hilo se enredó en el fugaz paisaje que seguía por encima del hombro de su vecina: una súbita hondonada le recordó lo que Jack dijo cuando telefoneó su mujer, un árbol solitario en medio de un campo de trébol personificaba a John abandonado, un arroyo romántico que saltaba por una pendiente escarpada reflejaba el breve y brillante idilio de Córdula con el marqués Quizz Quisana.

Un bosque de pinos terminó bruscamente y cedió el puesto a chimeneas de fábrica. El tren martilleó al pasar ante un depósito de locomotoras y fue deteniéndose, entre chirridos. Una feísima estación oscureció la luz del día.

—¡Gran Dios! —exclamó Van—. ¡Ésta es mi parada!

Dejó en la mesa algunas monedas, besó los bien dispuestos labios de Córdula, y se dirigió a la salida. Cuando iba a atravesar el pasadizo de fuelle entre los vagones, se volvió, dirigió una última mirada a Córdula, le hizo una señal con el guante que llevaba en la mano... y chocó violentamente con alguien que se había inclinado para recoger una maleta: «¡Qué falta de educación!», declaró la víctima, un militar corpulento que llevaba un bigote rojizo y galones de capitán.

Van se abrió paso como pudo y, cuando ambos llegaron al andén, le golpeó en la cara con el guante.

El capitán recogió su gorra y arremetió contra el joven majadero de rostro blanco y cabellos negros. Al mismo tiempo Van se sintió sujetado por detrás, de un modo bien intencionado pero inicuo. Sin tomarse el trabajo de mirar hacia atrás, suprimió al oficioso invisible con un «golpe de pistón» descargado con el codo izquierdo, al mismo tiempo que, de un sonoro golpe de derecha, enviaba al capitán a tambalearse entre su equipaje. Ya varios amantes de los espectáculos gratuitos se habían reunido en torno suyo; rompiendo el círculo, Van tomó a su hombre por un brazo y le arrastró hasta la sala de espera. Un mozo de expresión cómicamente lúgubre, y cuya nariz sangraba abundantemente, entró tras ellos, con las tres maletas del capitán (dos en la mano, la tercera bajo un brazo). La más nueva estaba cubierta de etiquetas cubistas que daban cuenta de estancias remotas y fabulosas. Se intercambiaron tarjetas. «¿El hijo de Demon?», gruñó el capitán Tapper, Villa de las Violetas, Kalugano.

—Muy bien —dijo Van—. Yo pienso ir al Majestic. Si no, ya dejaré allí una nota para usted o para sus testigos. Tendrá usted que buscar uno para mí; no me parece bien pedir al portero que me haga ese servicio.

Sin dejar de hablar, Van se sacó del bolsillo un puñado de oro, escogió una moneda de veinte dólares y se la ofreció con una sonrisa al viejo y maltratado maletero.

—Póngase algodón en las ventanas de la nariz. Y lo siento mucho, camarada.

Con las manos en los bolsillos del pantalón, Van atravesó la plaza de la estación, al otro lado de la cual se encontraba el Majestic; a su paso, un automóvil viró sobre el asfalto húmedo con un ruido estridente. Van se lo dejó atravesado respecto a la dirección de su pretendida marcha, y de un empujón desconsiderado puso en movimiento la puerta giratoria del Majestic, si no más feliz, al menos más alegre que durante las últimas doce horas.

El Majestic, un edificio viejo y gigantesco, todo mugre por fuera, todo cuero por dentro, lo engulló. Pidió una habitación con cuarto de baño, le dijeron que todas habían sido reservadas para un Congreso de Contratistas, sobornó al recepcionista con el irresistible estilo Veen, y obtuvo un apartamento de tres piezas aceptable, con una bañera de paneles de caoba, una mecedora antigua, un piano mecánico y un baldaquino púrpura sobre una cama de matrimonio. Se lavó las manos y bajó, sin más pérdida de tiempo, para informarse sobre la residencia de Rack. Los Rack no tenían teléfono; sin duda vivían en alguna habitación de alquiler, en los suburbios. El portero miró el reloj de pared y llamó a no sé qué agencia de direcciones o servicio de información sobre personas desaparecidas, que, desgraciadamente, estaba cerrada hasta la mañana siguiente. Finalmente aconsejó a Van que se dirigiese a la tienda de música de Main Street.

De camino, Van adquirió un segundo bastón: el de puño de plata que le había dado Bout se lo había dejado olvidado en el Café de la Estación de Maidenhair. El nuevo era un artículo grosero, recio, de puño cómodo y punta de alpinista, apto para vaciar ojos saltones y transparentes. En una tienda vecina Van compró una maleta, y, en la siguiente, camisetas, calzoncillos, pantalones, pijamas, pañuelos, una bata, un jersey y un par de zapatillas de cuero. Las compras fueron colocadas en la maleta y todo enviado directamente al Majestic. En el momento de entrar en la tienda de música,

Van se sintió sobresaltado por el recuerdo de que no había dejado el prometido mensaje a los padrinos de Tapper, y volvió precipitadamente sobre sus pasos.

Encontró a los dos hombres instalados en el vestíbulo y les rogó que zanjasen la cuestión sin dilaciones: tenía que arreglar unos asuntos también importantes. *Ne grubit' sekundantam* (nunca seas rudo con segundos), decía en su mente la voz de Demon. Arwin Birdfoot, teniente de la Guardia, era rubio y flojo; sus labios húmedos y rosas sostenían una boquilla de un palmo de largo, por lo menos. Johnny Rafin, Esq., era pequeño, moreno y peripuesto, y llevaba zapatos de ante y un atroz temo color canela. Birdfoot no tardó en retirarse, dejando a Van que arreglase los detalles del encuentro con Johnny, el cual, aunque bien dispuesto a hacer de leal padrino de Van, no ocultaba que su corazón pertenecía al capitán.

El capitán, dijo Johnny, era un tirador de primera, miembro del Club de Campo Do-Re-La. Ninguna brutalidad sanguinaria empañaba su britanidad, pero su posición académica y militar exigía que defendiese su honor. Experto en mapas, en caballos y en horticultura: era un rico terrateniente. La simple sombra de una disculpa de parte del señor Veen bastaría para dejar zanjado el asunto con generosa frivolidad.

—Si es eso lo que espera de mí el bravo capitán —dijo Van—, puede irse metiendo la pistola en su generosa analidad.

—Esa manera de hablar no es muy decorosa —dijo Johnny, haciendo un mohín—. A mi amigo no le gustaría nada. Debemos recordar que tiene un gusto muy delicado.

¿Era a Van o al capitán a quien Johnny debía apadrinar?

—A usted —dijo Johnny, con una mirada lánguida.

¿Conocían Johnny o el delicado capitán a un pianista de origen alemán, casado y padre (sin duda) de tres niños de tierna edad, que respondía al nombre de Philip Rack?

—Temo —dijo Johnny, con una nota de desdén en la voz —que no conozco en Kalugano a mucha gente con hijos pequeños. ¿Había algún buen burdel en el barrio?

Con creciente desdén, Johnny declaró que él era un soltero empedernido.

—Bueno, no hablemos más —dijo Van—. Tengo que marcharme antes de que cierren las tiendas. ¿Compro un par de pistolas, o el capitán me prestará su Browning de reglamento?

—Nosotros podemos proporcionar las armas.

Van corrió a la tienda de música y la encontró cerrada. Contempló durante un minuto las arpas, las guitarras y las flores colocadas en jarrones de plata sobre consolas que se perdían en la penumbra de los espejos, y se acordó de la colegiala por la que tanto había suspirado seis años antes... ¿Rose? ¿Rosa? ¿Se llamaba así? ¿Habría sido más feliz con ella que con su pálida y fatal hermana?

Paseó un rato por Main Street —una más entre millones de calles mayores —y luego, impulsado por un sano apetito, entró en un restaurante no demasiado atractivo. Pidió un bistec con patatas

asadas, pastel de manzanas y clarete. En el otro extremo de la sala, en uno de los taburetes rojos del rutilante bar, una elegante peripatética vestida de negro —cintura estrecha y falda ancha, sombrero Rubens de terciopelo negro, y guantes largos igualmente negros —sorbía por medio de una paja un brebaje dorado. El espejo de detrás del mostrador le enviaba, entre reflejos multicolores, la imagen confusa de su belleza rubia rojiza. Van se dijo que podría probarla, más tarde, pero cuando levantó la mirada ella había desaparecido.

Comió, bebió, reflexionó.

Se representaba el próximo encuentro con una franca alegría de corazón. ¿Podía existir medicina más tonificante? La idea de batirse con aquel payaso ridículo le procuraba un alivio inesperado, tanto más cuanto que Rack aceptaría, con toda seguridad, una buena zurra antes que un duelo. Las suposiciones y contrasuposiciones de Van a propósito de los detalles de aquel pequeño duelo podían compararse a los pasatiempos educativos ideados para los poliomielíticos, los dementes o los presos, por tantos administradores ilustrados, psiquiatras ingeniosos e instituciones caritativas, como la encuademación de libros o la inserción de abalorios azules en las órbitas de muñecas confeccionadas por otros criminales, otros enfermos u otros locos.

Van acarició en principio la idea de matar a su adversario: cuantitativamente, aquel resultado le habría proporcionado la más fuerte impresión de alivio; cualitativamente, anunciaba toda clase de complicaciones, tanto morales como legales. Herir solamente al capitán era caer en la torpeza de las medidas a medias. Decidió hacer algo artístico, original, como hacer caer de un hábil balazo la pistola sostenida por su adversario, o partir con una raya en medio el espeso cepillo de su cabellera.

De camino hacia el lúgubre Majestic compró diversas bagatelas. Tres pastillas de jabón redondas alojadas en un estuche oblongo, crema de afeitar en su tubo elástico y frío, diez hojas de afeitar, una gran esponja, y otra más pequeña, de caucho, una loción capilar, un peine, una botella para masaje facial, un cepillo de dientes en estuche de plástico, pasta dentífrica, tijeras, una pluma estilográfica, una agenda de bolsillo... ¿algo más...? ¡ah, sí! un pequeño despertador, cuya presencia tranquilizadora no le impidió pedir al conserje que le llamase a las cinco en punto.

Eran sólo las nueve de la noche, un día de finales de verano. Si le hubieran dicho que era una medianoche de octubre, no se habría extrañado. Acababa de vivir un día prodigiosamente largo: apenas llegaba a concebir que aquella misma madrugada un personaje fantasmagórico que parecía salido de alguna novela de Dormilona para criaditas le había hablado en el cuartito de los instrumentos de Ardis Hall, aparición temblorosa y medio desnuda. Se preguntó si la otra seguiría allí, todavía en pie, erguida como un campanario, aborrecida, adorada, sin corazón, con el corazón roto, adosada al tronco de árbol murmurante. Se preguntó si no debía, habida cuenta de la fiesta que le esperaba al día siguiente, escribirle una nota del estilo «cuando-recibas-ésta», impertinente, cruel, cortante como un cuchillo. No. Sería mejor escribir a Demon.

*Querido papá:*

*A consecuencia de un insignificante altercado con un tal capitán Tapper, de la Villa de las Violetas, sobre el cual, por accidente, puse el pie en el pasillo de un tren, acabo de batirme a pistola, esta mañana, en los bosques de Kalugano. A estas horas, habré dejado de existir. Aunque el estilo de este fin pueda hacer que se considere como una manera fácil de suicidarse, afirmo que ni mi duelo ni el inenarrable capitán tienen nada que ver con los sufrimientos del Joven Veen. En 1884, durante mi primer verano en Ardis, seduje a tu hija, que tenía entonces doce años. Nuestra tórrida aventura duró hasta mi regreso a Riverlane. Se ha rempuñado cuatro años más tarde, el pasado mes de junio. Semejante dicha representa el principal acontecimiento de mi vida, y no me arrepiento de ella. Pero ayer descubrí que me había sido infiel. Y nos hemos separado. Creo que Tapper podría ser el tipo que hubo que expulsar de uno de tus clubs de juego por intento de violación oral en la persona del mozo de los lavabos, un viejo inválido desdentado, veterano de la primera guerra de Crimea. ¡Muchas flores, por favor!*

*Tu hijo, que te quiere,*

VAN.

Releyó cuidadosamente la carta. Y, no menos cuidadosamente, la desgarró. La nota que deslizó por fin en el bolsillo de su chaqueta era mucho más corta:

*Papá:*

*He tenido una pelea trivial con un desconocido, al que abofeteé, y me ha matado, en duelo, cerca de Kalugano. ¡Lo lamento!*

VAN.

Lo sacó de su sueño el vigilante nocturno, que depositó en la mesilla de noche una taza de café y un «bollo de huevos» especialidad de Kalugano, y atrapó hábilmente la esperada *chervonetz*. Se parecía algo a Bouteillan, un Bouteillan diez años más joven y tal como precisamente acababa de aparecerse a Van en un sueño que éste se esforzaba en reconstruir lo más íntegramente que podía; en aquel sueño, el antiguo ayuda de cámara de Demon explicaba a Van que el *dor* que formaba parte del nombre de un río adorado era equivalente a la forma corrompida de *hidro* en dorófono. Van soñaba a menudo con palabras.

Se afeitó, desechó dos hojas manchadas de sangre que colocó en un gran cenicero de bronce, hizo de vientre con una consistencia perfectamente saludable, se dio un rápido baño, se vistió con diligencia, confió su maleta al conserje, pagó la cuenta, y, cuando daban las seis, se apretujó al lado del maloliente Johnny, de azuladas mejillas, en el Paradox de éste, un deportivo barato. Recorrieron cuatro o cinco kilómetros de la lúgubre orilla del lago: montones de carbón, casuchas de madera, casillas para los botes, una larga franja de fango negro y guijarroso, y, en la lejanía, por encima de la

larga media luna de agua gris cubierta por la bruma otoñal, las humaredas rojizas de formidables fábricas.

—¿Dónde estamos, querido Johnny? —preguntó Van, mientras el coche, abandonando la órbita del lago, se metía en un camino suburbano bordeado por cabañas de madera y por pinos enlazados por festones de ropa tendida.

—En la carretera de Dorofey —gritó Johnny, sobre el estrépito del motor—. Lleva al bosque.

Así era. Van sintió una ligera punzada en la rodilla, en el punto donde, ocho días antes y en otro bosque, había chocado con una roca al ser "atacado por la espalda. En el instante en que su pie se posaba en las agujas de pino del camino forestal, una mariposa de un blanco diáfano se deslizó ante sus ojos con las alas inmóviles. Y Van supo con absoluta certeza que y sólo le quedaban unos minutos de vida.

Se volvió a su testigo, y dijo:

—Esta carta franqueada, contenida en un bello sobre del Majestic, va dirigida, como puede usted ver, a mi padre. Me la guardo en el bolsillo posterior del pantalón. Usted tendrá la bondad de depositarla inmediatamente en el correo si el capitán, que, según veo, acaba de llegar en una limusina bastante fúnebre, me matase accidentalmente.

Encontraron un claro adecuado, y los adversarios, armados con sus pistolas, se enfrentaron a la distancia de unos treinta pasos, en un combate singular que han descrito casi todos los novelistas rusos y prácticamente todos los novelistas rusos de ascendencia noble.

Cuando Arwin daba una palmada para anunciar a aquellos señores que podían tirar a voluntad, Van distinguió a su derecha un movimiento coloreado. Dos jóvenes espectadores asistían al encuentro: una niña gruesa y un niño con traje marinero, ambos con gafas, y con una cesta de setas entre los dos. No era el masticador de chocolate de Cordilla, pero se le parecía mucho. En el instante en que esa idea cruzaba por su mente, Van sintió el choque de la bala que acababa de llevarse todo el lado izquierdo del pecho (o, al menos, esa fue su impresión). Vaciló, pero recuperó el equilibrio, y, con hermosa dignidad, descargó su pistola entre la bruma dorada de la mañana. Su corazón latía de un modo regular, escupía saliva limpia, sus pulmones parecían intactos; pero un rabioso dolor le quemaba en la axila izquierda. La sangre se filtraba a través de sus vestidos y goteaba por la pernera de su pantalón. Se sentó en el suelo lentamente, con precaución, y se apoyó en el brazo derecho. Temía perder el conocimiento. Y quizá se desvaneció un breve instante, porque de pronto se dio cuenta de que Johnny le había cogido la carta y estaba a punto de guardársela en el bolsillo.

—Rompa eso, idiota —dijo Van, con un gemido involuntario.

El capitán se acercó y murmuró en tono abatido:

—Temo mucho que no está usted en condiciones de continuar.

—Y yo temo mucho —dijo Van— que usted no pueda esperar... —iba a decir: «no pueda esperar la segunda bofetada que le destino», pero le dio tanta risa que los músculos de la hilaridad se le



contraieron dolorosamente en el pecho, y tuvo que interrumpirse a mitad de la frase, inclinando la frente humedecida por el sudor.

Durante aquel tiempo Arwin estaba ocupado en transformar la limusina en ambulancia. Deshicieron periódicos para proteger el tapizado de los asientos, y el meticuloso capitán añadió algo que se parecía bastante a un viejo saco de patatas o algún otro tejido podrido en cualquier alacena. Sin duda aquello no era bastante todavía, porque, luego de volver a meter el brazo en el maletero del coche, gruñendo «¡qué sucio fregado!» (lo cual resultaba bastante exacto), se resignó a sacrificar el antiguo y mugriento impermeable sobre el que había muerto, en cierta ocasión, un perro decrepito, pero muy querido, durante su traslado al veterinario.

Por espacio de medio minuto, Van creyó seguir tendido en el asiento de la limusina, cuando ya se encontraba en la sala común del hospital de Vista del Lago (¡Vista del Lago!), entre dos hileras de pacientes varones, provistos de diversos vendajes, que roncaban, deliraban y gemían a cual mejor. Al advertirlo, su primera reacción fue indignarse y exigir que le trasladasen a la mejor *palata* privada del lugar y que recogiesen en el Majestic su equipaje y su bastón de montañero. Después se informó acerca de la gravedad de su herida y de la probable duración de su invalidez. En tercer lugar recapituló las circunstancias que le habían obligado a visitar Kalugano (¡visitar Kalugano!). Su nueva residencia, donde monarcas desgraciados habían buscado en vano el sueño durante un alto en su ruta hacia el exilio, era una réplica en blanco de su apartamento del Majestic: muebles blancos, alfombra blanca, blancas cortinas de la cama. Como grabada sobre aquel fondo, Tatiana, joven enfermera notablemente bella y altiva, ofrecía a la admiración de Van su negra cabellera y su piel transparente (alguno de sus gestos y actitudes, y aquella armonía entre el cuello y los ojos que, siendo, como es, el verdadero secreto de la gracia femenina, no ha sido, hasta ahora, objeto de un profundo estudio, le recordaban a Ada, extrañamente, atormentadoramente; y trataba de huir de aquella imagen mediante una potente respuesta a los encantos de Tatiana, otro ángel torturador por derecho propio). La obligada inmovilidad prohibía a Van las persecuciones y arremetidas faunescas de las caricaturas de mal gusto. Le pidió que le diese masaje en las piernas, pero ella le observó con una rápida mirada de sus pestañeantes ojos oscuros y delegó la tarea en Dorofey, un enfermero de manos de acero para el cual resultaba un juego de niños sacar de la cama a Van, que se asía cogido a su poderoso cuello. En cierto momento, Van consiguió tocar un pecho de Tatiana, pero ésta le advirtió que se quejaría a quien fuera menester si se atrevía a repetir el gesto. Una exhibición de su estado, acompañada de la humilde solicitud de una caricia curativa no obtuvo otra respuesta, por parte de Tatiana, que la seca observación de que señores de la mejor sociedad habían tenido que cumplir largas condenas de cárcel por haber hecho aquella clase de demostraciones en parques públicos. No obstante, mucho tiempo después escribió a Van una carta melancólica y encantadora (tinta roja en papel rosa); pero, en el intervalo, Van había conocido otras emociones y vivido otras aventuras, y nunca volvió a ver a Tatiana.

La maleta le llegó pronto, pero el bastón no pudo ser encontrado (sin duda, en el momento en que escribo estará escalando las laderas del monte Wellington o sirviendo de apoyo a alguna caminante de Oregón). De modo que el Hospital le suministró su tercer bastón, un instrumento bastante bonito, nudoso, color cereza, con puño de cayado y contera de caucho negro. El doctor Fitzbishop felicitó a su enfermo por haber salido tan bien librado. Su herida sólo había interesado un músculo

superficial: la bala se había limitado a arañarle el serrato mayor. El doctor Fitz comentó la maravillosa capacidad de recuperación de Van, ya demostrada, y le prometió que no necesitaría antisépticos ni vendajes en poco más de una semana a condición de que durante los tres próximos días estuviese tan quieto como un tronco de árbol. ¿Le gustaba la música? A los deportistas suele gustarles la música, ¿no? ¿Le gustaría tener una Sonorola al lado de la cama? No, no le gustaba la música; pero, ya que el doctor era un habitual de los conciertos, ¿no sabría dónde podía encontrar a un cierto señor Rack, habitante de Kalugano y músico? «Número cinco», respondió, inmediatamente, el doctor. Van interpretó aquella respuesta como el título sofisticado de alguna pieza musical, y repitió su pregunta. ¿Podría encontrar la dirección de Rack en Harper's, la tienda de música? Bueno, los Rack solían vivir en una casita de campo de Dorofey Road, cerca del bosque, pero ahora la tenían alquilada otros señores. La sala número cinco era el último asilo de los casos desesperado. El pobre muchacho había tenido siempre un hígado deplorable y un corazón no muy fino. Para colmo, una misteriosa intoxicación había aparecido últimamente en su organismo y el laboratorio local no acertaba a identificarla. Estaban esperando de Luga un análisis minucioso de sus excrementos, de un verde rana bastante extraño. Si el propio Rack se había administrado el veneno, no decía una palabra de ello. Era más verosímil que el autor del hecho fuese su mujer, que pacticaba más o menos el vudú hindo-andino y acababa de tener un trabajoso aborto en la sala de maternidad. Sí, trillizos, ¿cómo lo había adivinado? En cualquier caso, si Van estaba tan ansioso de visitar a su viejo amigo, en cuanto pudiese debía hacerse transportar por Dorofey en silla de ruedas a la sala número cinco, y así podría practicar un poco el vudú (¡ja, ja!) en su propia carne y su propia sangre.

El esperado día no tardó en llegar. Tras un largo viaje por los corredores, en los que se encontraba, trotando en sentido inverso, con gentiles criaturas sacudiendo termómetros, tras una subida seguida de un descenso en dos ascensores diferentes —el segundo, más espacioso, contenía una tapa negra con asas metálicas apoyada en la pared, y ramitas de acebo y laurel desperdigadas por el suelo, que olía a jabón—, Dorofey, como el cochero de Onegin, dijo *priehali* («hemos llegado»), y empujó suavemente a Van, pasando entre dos camas disimuladas con biombos, hasta una tercera, situada cerca de la ventana. Allí dejó a Van, fue a sentarse ante una mesita en la esquina de la puerta, y desplegó calmosamente un número de *Golos (Logos)*, periódico en lengua rusa.

—Soy Van Veen... Por si no está usted lo bastante lúcido para reconocer a alguien a quien sólo ha visto un par de veces. Según el registro del hospital, tiene usted treinta años. Yo le creía más joven, pero no importa, es una edad demasiado temprana para morir, lo mismo si se trata de un —*tvoyu mat'*— genio en agraz que de un completo canalla... o de ambas cosas a la vez. Como puede juzgar por el aire simple pero solícito de esta silenciosa sala, es usted, según la jerga que se utilice, un incurable o una rata en putrefacción. No hay adminículo de oxígeno que pueda evitarle la «agonía de la agonía», según el feliz pleonismo del profesor Lamort. Los sufrimientos físicos que va usted a padecer, o que ya padece, son ciertamente prodigiosos, pero no son nada comparados con los de un probable más allá. El pensamiento del hombre, monista por naturaleza, no puede aceptar la idea de *dos* nada. Reconoce *una* nada, la de su inexistencia biológica en el pasado infinito, patente en el absoluto vacío de su memoria. Esa nada, siendo, por decirlo así, pasada, se soporta sin demasiado trabajo. Pero la idea de una segunda nada —que quizá podría no ser tampoco tan insoportable— es lógicamente inaceptable. Cuando hablamos en términos de espacio podemos imaginar la realidad

de un punto viviente perdido en la ilimitada unidad del espacio, pero semejante concepción no ofrece ninguna analogía con nuestra breve existencia en el tiempo, porque, por efímera que sea (¡treinta años son escandalosamente breves!), nuestra conciencia de existir no es un punto en la eternidad, sino una fisura, una falla, una grieta que se extiende a todo lo ancho del tiempo metafísico y lo parte en dos mitades y se dibuja, luminosa (por estrecha que sea), entre los dos tableros del antes y el después. Es decir, señor Rack, que podemos hablar del tiempo pasado, y, de una manera más vaga, pero que todavía nos es familiar, del futuro, pero nos es simplemente imposible considerar una *segunda* nada, un segundo vacío. El olvido es como un espectáculo que se representa una sola noche. Hemos asistido a esa su única representación, ya no habrá una segunda vez. Debemos, pues, admitir la posibilidad de una forma de conciencia prolongada y desorganizada, y eso me lleva al punto al que que quería llegar, señor Rack, el Rack eterno, la Rackidad infinita podría no ser gran cosa, pero hay algo cierto: la única consciencia que persiste en el más allá es la consciencia del dolor. El pequeño «Rack» de hoy es el Rack infinito de mañana. *Ich bin ein unverbesserlicher Witzbold*. Podemos imaginar (creo que incluso deberíamos imaginar) pequeños racimos de partículas a las que sigue vinculada la personalidad de Rack y que vuelven a encontrarse acá y allá en el más allá, y se adhieren unas a otras, quién sabe cómo, quién sabe dónde —aquí, la red de los dolores de muelas de Rack; allá, un paquete de pesadillas de Rack—, como los oscuros grupúsculos de refugiados de algún país borrado del mapa que se buscan y se aglutinan para lograr un poco de calor fétido, o alguna grasienta limosna, o el recuerdo compartido de indecibles torturas en los campos de Tartaria. Debe ser un especial suplicio para un viejo tener que esperar al extremo de una larga cola ante un lejano urinario. Pues bien, *herr* Rack, aventuro la probable opinión de que las células sobrevivientes de su Rackidad senil formarán el mismo cortejo de suplicios, y, en el terror y los tormentos de la noche infinita, no alcanzarán jamás, jamás, la fosa inmundada atrozmente deseada. Desde luego, si usted hubiese practicado la novela contemporánea y gustase de la jerga de los escritores británicos, podría contestarme que un afinador de pianos salido de la *lower middle class* (pequeña burguesía) que se enamora de una joven disoluta de la *upper class* (alta sociedad) y destruye, así, de un golpe, su propia familia, no merece por ese crimen el mismo castigo que un visitante de paso...

Con un gesto que no nos es desconocido, Van renunció al borrador de su discurso y pasó a decir:

—Abra los ojos, señor Rack. Soy yo, Van Veen. Una visita.

Durante unos instantes el largo rostro de palidez de cera, mejillas hundidas, nariz más bien gruesa, mentón más bien redondeado, permaneció desprovisto de toda expresión. Pero los hermosos ojos se habían abierto; los ojos elocuentes, ambarinos, límpidos, de largas pestañas patéticas. Después, una débil sonrisa agitó vagamente sus partes bucales, y extendió una mano, sin levantar la cabeza de la almohada, protegida por un rectángulo de tela encerada (¿por qué encerada?).

Van, sentado en su silla de ruedas, puso sobre Rack la punta de su bastón, y el enfermo se asió a ella y la palpó cortésmente creyendo que le ofrecían un apoyo.

—No, todavía no puedo andar ni un paso —dijo muy claramente, con el acento alemán que, sin duda, constituiría el grupo más duradero de sus células fantasmas.

Van retiró su arma inútil y, tratando de dominarse, asestó un golpe sordo al estribo de su cochecito. Dorofey levantó los ojos de su periódico... y volvió a sumergirse en la lectura de un artículo que le interesaba mucho: «Un cerdito inteligente» (extracto de las memorias de un amaestrador), o «La guerra de Crimea: los guerrilleros tártaros ayudan a las tropas chinas». En el mismo instante una minúscula enfermera salía de detrás del biombo más lejano para volver a desaparecer en seguida.

¿Va a pedirme que le transmita un mensaje? ¿Me negaré? ¿Aceptaré... para no transmitirlo?

—¿Se han ido ya todos a Hollywood? Dígamelo, por favor, barón von Wien.

—No sé nada. Probablemente, sí. En realidad, yo...

—Porque he enviado mi última melodía para flauta y una carta a toda la familia y no he recibido respuesta. Ahora tengo que vomitar. Llamo yo mismo.

La microscópica enfermera, encaramada en unos tacones blancos de altura prodigiosa, desplegó un biombo ante el lecho de Rack, separándole del melancólico joven dandy recién afeitado, ligeramente herido y recosido, a quien el eficaz Dorofey se llevó de la habitación.

Al volver a la suya, clara y fresca, donde el sol y la lluvia jugaban a luces en el cristal de la ventana entreabierta, Van, con pie todavía inseguro, se acercó al espejo, se sonrió a sí mismo en señal de bienvenida y se metió en la cama sin ayuda de Dorofey. La encantadora Tatiana entró y le preguntó si deseaba una taza de té.

—Preciosa —dijo Van—, es usted lo que deseo. Mire esta «sólida torre».

—¡Si usted supiese —dijo Tatiana, mirándole por encima del hombro— cuántos enfermos lascivos me insultan de esa manera...!

Escribió a Córdula una breve carta, diciendo que había sufrido un pequeño accidente, que ocupaba el apartamento de los príncipes caídos en el Hospital Vista del Lago, de Kalugano, y que el martes siguiente se pondría a sus pies. Escribió a Marina una nota aún más corta, en francés, para darle las gracias por el delicioso verano que había pasado en Ardis Hall —nota que, luego de reflexionar, decidió que enviaría desde manhattan al Pisang Palace Hotel de Los Ángeles—. Y, finalmente, redactó una tercera carta, ésta dirigida a Bernard Rattner, su mejor amigo de Chose y sobrino del gran Rattner. «Tu tío tiene honestos puntos de vista —escribió, entre otras cosas—, pero pronto pienso demolérselos.»

El lunes, hacia mediodía, Van fue autorizado a sentarse en aquella tumbona colocada sobre el césped que, durante días, había contemplado envidiosamente desde su ventana. El doctor Fitzbishop le había dicho, frotándose las manos, que el laboratorio de Luga creía que se trataba del peligroso, pero no mortal, *arethusoides*, pero que aquello no tenía ninguna importancia práctica, porque había todas las razones para creer que el infortunado maestro de música y compositor no sólo no pasaría la noche en Demonia, sino que llegaría a Terra —jja-ja! —a tiempo para rezar las vísperas. El doctor Fitz era lo que se llama en ruso un *poshlyak* (espíritu vulgar y pretencioso), y por alguna oscura razón Van sintió alivio al no poder gozarse en el martirio del desgraciado Rack.

Un gran pino proyectaba su sombra sobre Van y sobre el libro que estaba leyendo. Lo había descubierto en un estante entre obras de medicina, cuentos policíacos manoseados y una selección de cuentos de Monparnasse titulada *La Rivière de diamants*. El volumen desparejado de los *Anales de la ciencia moderna* que había elegido contenía un intrincado ensayo de Ripley sobre «La estructura del espacio». Van se batía desde hacía unos días con sus fórmulas y diagramas, y ahora tenía que rendirse a la evidencia de que no habría logrado dilucidar todas las dificultades antes de su salida del hospital, prevista para la mañana siguiente. Se sintió tocado por un cálido rayo de sol, y, dejando caer el volumen rojo, se levantó de su asiento: Conforme recobraba la salud, la imagen de Ada se fortalecía de nuevo en él, como una ola amarga y brillante dispuesta a engullirle. Le habían quitado las vendas; su torso ya sólo estaba envuelto en una especie de camiseta de franela, muy ajustada y gruesa, pero que no llegaba a protegerle contra la flecha envenenada de Ardis. *Arrowhead Manar, El Castillo de la Flecha, Flesh Hall*.

Dio algunos pasos sobre el césped estriado de sombras. Su pijama negro y su bata granate le daban demasiado calor. Un muro de ladrillos separaba de la calle aquella parte del jardín, y una puerta de doble batiente se abría a una cinta de asfalto que describía un arco hasta la entrada principal del alargado edificio del hospital. Van iba a regresar a su tumbona cuando un elegante coche, de cuatro puertas y con carrocería gris perla, apareció en el camino de entrada y se detuvo ante él. La portezuela se abrió antes de que el chófer, un hombre maduro con guardapolvo y botas altas, tuviese tiempo de ofrecer la mano a Córdula, que saltó al césped y se lanzó hacia Van con movimientos de bailarina. Él la recibió con entusiasmo, la estrechó entre sus brazos, besó sus mejillas rojas y ardientes y amasó su cuerpo suave y felino, protegido por un vestido de seda negra. ¡Deliciosa sorpresa!

Córdula venía de Manhattan y había hecho todo el recorrido a cien kilómetros por hora, temiendo que Van hubiese abandonado ya el hospital, aunque él le había escrito que su partida estaba fijada para el día siguiente.

—¡Una idea! —exclamó Van—. Me llevas contigo, en seguida. Sí, tal como estoy.

—O.K. —dijo Córdula—. Vivirás en mi casa. Tengo una bonita habitación de invitados.

Era una buena jugadora, la pequeña Córdula de Prey. Un instante después Van estaba sentado a su lado, en el coche que hacía marcha atrás, para dirigirse a la puerta. Dos enfermeras les persiguieron a la carrera, gesticulando, y el chófer preguntó en francés si la condesa deseaba que se detuviera.

—¡No, no, no! —gritó Van, con una explosión de alegría. Y escaparon a toda velocidad.

Córdula, que no había llegado a recuperar el aliento, dijo:

—Mi madre me ha llamado desde Malorukino (era la casa de campo propiedad de los de Prey en Malbrook, Mayne). Los periódicos locales decían que habías tenido un duelo. ¡Pero tienes un aspecto sólido como una torre! ¡Me alegro mucho! Sabía que había pasado algo desagradable, porque el pequeño Russel —¿recuerdas?, el nieto del doctor Platonov —te vio, desde la ventanilla del tren, pegando a un oficial en el andén. Pero, ante todo, Van —*net, pozhaluysta, on nas vidit* (no, por favor, que nos ven)—, tengo una triste noticia que darté. El joven Fraser, que acaba de ser repatriado desde Yalta, vio morir a Percy el segundo día de la invasión, menos de una semana después de haber salido del aeródromo de Goodson. Fraser te contará toda la historia (siempre

añade al relato unos detalles cada vez más atroces). No creo que se haya cubierto de gloria en el combate, y, sin duda, trata de embellecer las cosas.

Bill Fraser, hijo del juez Fraser de Wellington, había asistido a la muerte de Percy de Prey desde una zanja providencial disimulada por nísperos y otros arbustos. Naturalmente, nada había podido hacer para salvar al jefe de su pelotón. Por varias razones, que enumeró concienzudamente en su informe, pero que sería muy fastidioso y embarazoso recoger aquí. Percy había sido herido en un muslo durante una escaramuza con guerrilleros khazar, en una hondonada cercana a Chew-Foot-Calais, pronunciación americana de Chufutkale, nombre de un espolón rocoso fortificado. Quedó convencido, con esa extraña seguridad de los que están ya en manos de la muerte, de que había salido del paso con una herida superficial. Perdía tanta sangre que se desmayó (como lo hizo el propio Fraser) al tratar de dirigirse reptando, o más bien retorciéndose, hacia el refugio de un bosquecillo de robles y de arbustos espinosos, donde otro herido ya se había instalado cómodamente. Cuando recuperó el conocimiento, dos minutos más tarde, Percy, todavía el conde Percy de Prey, se dio cuenta de que no estaba solo en su rudo lecho de hierbas y guijarros. Un viejo tártaro de cara sonriente, que llevaba, con su *besbmet*, pantalones vaqueros americanos (conjunto heteróclito, pero que producía un cierto alivio), le contemplaba con mansedumbre, acurrucado junto a él. *Bedniy, bedniy* (mi pobre amigo), murmuraba aquel buen hombre, sacudiendo la cabeza afeitada. *¿Bol'no?* (¿duele?). Percy contestó, en su ruso igualmente primitivo, que no se sentía muy mal herido. *Karasho, karasho, ne bol'no* (bueno, bueno), dijo el amable viejo; y así diciendo, recogió la pistola que Percy había dejado caer, la examinó con ingenuo placer y le disparó un balazo en la sien. Uno se pregunta, uno se preguntará siempre, qué serie de impresiones, breve y rápida, pudo experimentar la víctima (serie de impresiones que debe estar registrada en algún lugar, en alguna forma desconocida, en una vasta biblioteca de últimas impresiones recogidas en microfilm) entre dos momentos esenciales: en el caso que nos ocupa, aquél en que nuestro amigo ve esas arruguitas amistosas y casi algonquinas que irradian para él sobre un cielo azul como el de Ladore, y aquel otro en que las fauces de acero penetran brutalmente en la piel tierna y en el hueso que estalla. Uno puede imaginar una especie de *suite* para flauta cuyos diferentes movimientos llevarían por título: Estoy vivo —¿quién es? —un civil —simpatía —sed —hija con cántaro —¡la pistola es mía! —¡no! —, *et cétera*. O, mejor, nada de *cétera*... Mientras tanto, Bill Brazo Quebrado, reventando de miedo, reza a su divinidad romana para que permita que el tártaro acabe su obra y se marche. Naturalmente, el descubrimiento en la misma banda de pensamientos —quizás a continuación del cántaro —de algún reflejo, alguna sombra, algún aguijonazo de Ardis, hubiese constituido un detalle inestimable.

—¡Qué extraño! ¡Qué extraño! —murmuró Van, cuando Córdula le contó la aventura, en una versión mucho menos elaborada que aquélla con la que más tarde le obsequiaría Bill Fraser.

¡Extraña coincidencia! O bien las fatales flechas de Ada estaban en juego, o bien, de un modo u otro, Van había conseguido eliminar a sus desgraciados rivales en un duelo con un maniquí.

Y lo que era aún más extraño es que, al escuchar hablar a la pequeña Córdula, Van no experimentaba ninguna singular emoción, a no ser, tal vez, una especie de asombro neutro. Hombre de un solo camino en asuntos de placer, el extraño Van, el hijo del extraño Demon, se preocupaba de momento bastante más por la perspectiva de poseer a Córdula tan pronto como le fuese humana y

humanitariamente posible, satánica e itinerariamente realizable, que en deplorar la suerte de un muchacho a quien apenas había conocido. Y aunque vio una o dos veces brillar una lágrima en los ojos azules de Córdula, sabía muy bien que la chica no había tratado mucho —y, desde luego, no había amado— a su primo segundo.

Córdula dijo a Edmond:

—Párese en Luga, cerca de... ¿cómo se llama?, sí, Albion, la tienda *pour messieurs*.

Y como Van, contrariado, deplorase no poder reintegrarse a la civilización en pijama, ella le respondió, en un tono que no admitía réplica:

—Voy a comprarte alguna ropa, mientras Edmond se toma un café.

Córdula adquirió un pantalón y un impermeable, mientras Van, enclaustrado en el coche, la esperaba con impaciencia. Con el pretexto de que ahora tenía que cambiarse de ropa, pidió a Córdula que le condujese a un lugar apartado, mientras Edmond, donde quiera que estuviese, se tomaba otro café.

Tan pronto como llegaron a un lugar propicio, Van tomó a Córdula sobre sus rodillas y la poseyó muy cómodamente, con tales aullidos que la chica se sintió conmovida y halagada.

—¡Despreocupada Córdula! —comentó alegremente la despreocupada Córdula—. Esto significará seguramente otro aborto..., otro pequeño fantasma, como decía la doncella de mi pobre tía cada vez que le ocurría eso. ¿Es que he dicho algo que esté mal?

—¡No, no, nada! —dijo Van, besándola con ternura. Y regresaron al café.

*XLIII*

Van hizo una cura de un mes en el apartamento de Córdula, en la avenida Alexis, Manhattan. Muy cortésmente, Córdula visitaba a su madre dos o tres veces por semana en su castillo de Malbrook. Van no la acompañaba allí, como tampoco a las múltiples reuniones de sociedad a las que asistía en la ciudad, porque era un pequeño ser frívolo y ávido de diversiones. No obstante, Córdula renunció a algunas fiestas y se mantuvo decididamente apartada de su último amante, el doctor F. S. Fraser, psicotécnico de moda y primo del feliz compañero de armas de P. de P. Van habló varias veces por teléfono con su padre (que se dedicaba a un profundo estudio de los casinos mejicanos) y le gestionó diversos asuntos en la ciudad. Invitaba con frecuencia a Córdula a los restaurantes franceses del lugar y la llevaba a ver películas inglesas y tragedias varangianas, todo lo cual resultaba plenamente satisfactorio: Córdula saboreaba cada bocado, cada trago, cada palabra graciosa, cada suspiro, y Van se maravillaba del rosa aterciopelado de sus mejillas y del límpido azul celeste de sus ojos, pintados como para una fiesta permanente, a los que una diadema de espesas pestañas de negro azulado, cuya curva se prolongaba hasta la comisura de los párpados, añadía lo que entonces se llamaba el «oblicuo arlequín».

Un domingo, mientras Córdula descansaba indolente en su baño perfumado (encantador espectáculo, singularmente nuevo para su huésped y que hacía las delicias de éste dos veces al día), Van, posando «en academia» (su nueva enamorada creía de buen tono sustituir por esta divertida locución la palabra «desnudo»), trató, por primera vez después de un mes de abstinencia forzosa, de caminar sobre las manos. Creía haber recuperado sus fuerzas y su destreza, y se puso alegremente en «primera posición» en medio de la terraza inundada de sol. Un segundo más tarde yacía de espaldas. Hizo un nuevo intento, y también perdió el equilibrio. Su brazo izquierdo se había quedado más corto que el derecho (impresión errónea, pero pavorosa). Se preguntó si algún día volvería a ser capaz de bailar sobre las manos. King Wing le había advertido que si permanecía dos o tres meses sin practicar podía perder definitivamente el secreto de un arte tan excepcional. El mismo día (ambos desagradables episodios deberían quedar enlazados para siempre en su memoria), Van cogió el dorófono al oír una llamada: una voz cavernosa, que tomó por la voz de un hombre, preguntaba por Córdula. Error: era una antigua amiga de pensión. Córdula fingió estar encantada de oírla, pero, a la vez, hacía guiños a Van por encima del receptor, y se excusaba, alegando numerosos e inverosímiles compromisos.

—Es una chica espantosa —exclamó, después de la melodiosa despedida—. Se llama Vanda Broom, y hace poco he sabido lo que nunca había sospechado en el pensionado: que es una verdadera *tribadka*. La pobre Grace Erminin me ha revelado que, en Brownhill, Vanda no dejaba de darle pasadas, a ella ya... otra chica. Mira, aquí hay una fotografía suya.

La voz de Córdula se había transformado súbitamente. Puso ante los ojos de Van un álbum del colegio coquetonamente encuadernado, fechado en la primavera de 1887 y que Van ya había visto en Ardis, pero sin fijarse en el rostro sombrío y en las gruesas cejas de la pobre Vanda. De todas maneras, aquello ya no tenía ninguna importancia. Y Córdula no tardó en guardar el álbum en un cajón. Pero Van se acordaba muy bien de que, entre otras contribuciones más o menos recatadas, contenía un astuto pastiche de la distribución de los párrafos y los finales de capítulo de Tolstoi, compuesto por Ada Veen; y, bajo su foto, muy relamida, había añadido esta cuarteta, característica de su estilo:

*He aquí la parodia de una vieja mansión,  
he aquí sus estancias y todas sus verandas,  
y la gigante fronda propia de la estación  
de los jacarandás de Ardis y sus demandas.*

¡Ninguna importancia, ninguna importancia! ¡Rómpelo y olvida! Pero una mariposa en el parque, o una orquídea en el escaparate de unos almacenes, resucitaban todas las cosas en un deslumbramiento interior de violenta desesperación.



Van pasaba la mayor parte de sus horas de actividad en la Biblioteca Pública, aquel admirable y formidable palacio de columnas de granito, separado del dulce nido de Córdula por muy pocas calles. Hay una irresistible tentación a comparar las náuseas, los extraños anhelos, los éxtasis complicados que acompañan a la elaboración del primer libro de un joven autor con las impresiones experimentadas por una mujer encinta. Van se encontraba todavía en el estadio nupcial. Más tarde (si queremos llevar adelante la metáfora) conocería el coche-cama de la sucia desfloración, la primera terraza de los desayunos en la luna de miel, con la primera avispa. Córdula no podía ser comparada, en ningún sentido, a la musa de nuestros poetas. Pero el camino de regreso a su apartamento, al anochecer, a paso de paseo, combinaba, de muy agradable manera, el eco del trabajo realizado y la promesa de próximas caricias. Van veía venir con un particular placer aquellas noches en que Córdula hacía subir una cena selecta del «Mónaco», famoso restaurante situado en el entresuelo del alto edificio que quedaba coronado por el ático y la gran terraza de Córdula. La dulce trivialidad de su pequeño romance era para Van un estímulo mucho más eficaz que la compañía de Demon, cuya agitación y cuyo ardor no conocían punto de reposo (padre e hijo se encontraron pocas veces en Manhattan, pero pronto iban a pasar dos semanas juntos, en París, antes del regreso de Van a Chose).

Aparte del parloteo —un parloteo mariposante—, Córdula no tenía conversación; y eso también facilitaba la vida. Instintivamente, había comprendido en seguida que Ada y Ardis eran palabras que no debía pronunciar nunca. Van, por su parte, no se hacía la menor ilusión acerca de los sentimientos que ella alimentaba a propósito de él. Córdula no le amaba verdaderamente. Su cuerpecito rosa, tierno, suave y almohadillado resultaba delicioso de acariciar, y el no disimulado asombro que le producían el vigor y la variedad de las proezas amorosas de su amante proporcionaban un no despreciable bálsamo a lo que Van conservaba aún de vanidad viril. Córdula dormitaba entre dos besos. Van, cuando no conseguía dormir, cosa que ahora le ocurría bastante a menudo, se retiraba al salón para consultar sus libros y hacer anotaciones, o bien recorría en todas direcciones la terraza abierta, bajo una bruma de estrellas, en recogida meditación, hasta que el primer tranvía ponía sus tintineos y chirridos en el abismo renaciente de la gran ciudad.

Cuando, en los primeros días de septiembre, dejó Manhattan, con destino a Lute, Van Veen estaba ya en estado interesante.

## SEGUNDA PARTE

### I

En el aeropuerto de Goodson, en uno de los grandes espejos de la sala de espera rocó, Van descubrió el sombrero de seda de su padre, el cual le esperaba sentado en una butaca de imitación madera-mármol, detrás de un periódico abierto en el que se leía, en letras invertidas, «CRIMEA... CAPITULACIÓN». En el mismo momento, un hombre cubierto con un impermeable y cuyo rostro rosado, algo porcino, no le era desagradable, se aproximó a Van. Era el representante de una famosa agencia internacional, la CMC, que se encargaba de la entrega en propia mano de Cartas Muy

Confidenciales. Tras un primer movimiento de sorpresa, Van reflexionó que Ada Veen, una de sus últimas amantes, no podía haber elegido un medio más *smart* (en todos los sentidos de la palabra) de hacerle llegar un mensaje. Aquel sistema de transmisión, insensatamente precioso o insensatamentepreciado, era una garantía de absoluto secreto: ni la tortura ni el hipnotismo habían logrado quebrantarlo en las horas sombrías de 1859 y se decía que el presidente Gamaliel, cuando iba a París (lo que, ¡ay!, no hacía ya con tanta frecuencia como en otros tiempos), y el rey Victor de Inglaterra, en sus visitas (todavía bastante frecuentes) a Cuba o a Hécuba, y, por supuesto, el vigoroso lord Goal, virrey de Francia, en sus alegres paseos por Canadia, preferían confiarse a la infalibilidad prodigiosamente discreta y —digámoslo— casi sobrenatural de la CMC, antes que a las facilidades oficiales que se ofrecen a la sexualidad famélica de los potentados deseosos de engañar a sus esposas. El mensajero de hoy se hacía llamar James Jones, una fórmula cuya absoluta falta de connotación la convertía en un seudónimo ideal, aun en el caso de que fuese su verdadero nombre. En el espejo, la impaciencia comenzaba a batir sus alas, pero Van se prohibió cualquier reacción precipitada, y, para ganar tiempo (porque, al haberle sido presentadas por separado las armas de Ada, comprendía que tenía que decidir si aceptaba o no su carta), empezó por examinar atentamente la insignia en forma de as de corazones que J. J. enarbolaba con disculpable orgullo. El joven detective rogó a Van que abriese la carta, se asegurase de su autenticidad y firmase en una tarjeta, que inmediatamente desapareció en algún bolsillo o bolsa marsupial oculta en sus ropas o en su anatomía. Las impacientes exclamaciones de bienvenida de su padre (envuelto, para su viaje a Francia, en una capa negra con forro de seda escarlata) decidieron finalmente a Van a interrumpir su diálogo con James y a tomar la carta, que deslizó en su bolsillo (y leyó algunos minutos más tarde, en los lavabos, antes de ocupar su plaza en el avión trasatlántico).

—Las acciones suben casi en vertical —dijo Demon—. Nuestros triunfos territoriales, etc., etc. Un gobernador norteamericano, mi amigo Bessborodko, va a instalarse en Besarabia, y un gobernador británico, Armborough, va a gobernar en Armenia. Te he visto abrazado a tu condesita cerca del parque de estacionamiento. Si te casas con ella, te desheredo. Está muy por debajo de nuestro nivel.

—De aquí a un par de años —dijo Van —entraré en posesión de mis propios milloncetes (se refería a la fortuna que Aqua le había dejado). Pero no tienes que preocuparte, hemos interrumpido, de común acuerdo, nuestras relaciones por una temporada... hasta que yo vuelva a vivir en su *girlinière* (argot de Canadia).

Demon, no poco orgulloso de su olfato, quiso saber si Van, o bien su amiguita, tenían dificultades con la policía. Y al mismo tiempo indicó, con un movimiento de cabeza, hacia Jim o John, mientras éste, que tenía algún otro mensaje que entregar, esperaba sentado ojeando el periódico (Crimen... Copulación... Besarmenia...).

—¿Por qué gris? —preguntó Demon, refiriéndose al gabán de Van—. ¿Y por qué ese corte militar? Ya es demasiado tarde para alistarse.

—Yo no podría alistarme. En la caja de recluta me mandarían a casa.

—¿Cómo va la herida?

—*Komsi-komsa*. Ahora parece que el cirujano de Kalugano me ha hecho una chapuza. La cicatriz se ha vuelto roja y sanguinolenta, sin ninguna razón, y tengo un bulto en la axila. Habrá que recurrir otra vez a la cirugía... pero ahora será en Londres, donde los carniceros cortan mucho mejor. Pero, ¿dónde está aquí el *mestechko*? ¡Ah, ya lo veo! Encantador: una genciana en la puerta de caballeros y un helecho hembra en la otra. ¡Corramos al herbario!

Van no contestó a la carta, y, quince días más tarde, John James, disfrazado esta vez de turista alemán (pseudo-*tweed* a cuadros de la cabeza a los pies), entregaba a Van un segundo mensaje en pleno Louvre, ante el *Bateau ivre* del Bosco, aquél en que se ve a un bufón vaciando su copa en los obenques. (¡Dan, el pobre viejo, lo creía más o menos inspirado en el poema satírico de Brandt!)

Van no deseaba contestar, aunque, según observó el honrado mensajero, el importe de la respuesta estaba incluido en el precio del mensaje.

Nevaba, pero James, en un acceso de abstracta obstinación, de pie ante la puerta de la elegante casita de campo de Van en el Ranta, cerca de Chose, se abanicaba con una tercera carta. Van le rogó que dejase de llevarle mensajes.

En el curso de los dos años siguientes dos misivas más le fueron entregadas, ambas en Londres, en el vestíbulo del Albania Palace Hotel, por otro emisario de la CMC, un señor maduro, con sombrero hongo, cuyo aspecto prosaico y propio de un empresario de pompas fúnebres quizás irritase menos al señor Van Veen, según el modesto y sensible Jim, que el de un detective privado de novela. Una sexta carta llegó a Park Lane por la vía normal. El conjunto de estos escritos (a excepción del último, que trataba exclusivamente de las empresas escénicas y cinematográficas de Ada) es reproducido en las páginas siguientes. Ada desdeñaba las fechas; pero hemos podido restablecerlas aproximadamente.

[Los Angeles, primeros días de septiembre de 1888]

*Tienes que perdonarme por haber hecho uso de un medio tan snob, y, al mismo tiempo, tan vulgar, de hacerte llegar una carta; pero no he podido encontrar otro más seguro.*

*Al decirte que me era imposible hablarte y que te escribiría, quería decir que no me habría sido posible encontrar sin reflexión las palabras precisas: te imploro. Me daba cuenta de que no había podido sacar de mí esas palabras, ni disponerlas en su orden conveniente. Te imploro. Me daba cuenta de que una palabra inoportuna o mal colocada me sería fatal, que te alejarías de mí, como lo has hecho, y que volverías a marcharte, una vez, y otra, y otra. Te imploro: intenta comprender todo lo que suflo [así, en lugar de «sufro». Nota del editor]. Pero ahora creo que hubiera debido arriesgarme a hablar, a tartamudear, porque descubro que me es igual de difícil, de espantosamente difícil, poner en letra escrita mi corazón y mi honor. Y aún más difícil: porque, al hablar, un balbuceo puede servirnos de velo; podemos invocar un accidental defecto de pronunciación, como la liebre ensangrentada a la que un disparo ha volado media mandíbula, o bien podemos zigzaguear y mejorar la posición,*

*mientras que sobre un fondo de nieve (aunque sea la nieve azul de este papel de cartas) los desatinos quedan grabados en rojo y son definitivos. Te imploro.*

*Una cosa debe quedar bien establecida, de una vez para todas, irreversiblemente. No he amado, ni amo, ni amaré a nadie más que a ti. Te imploro y te amo con un sufrimiento y una pasión que durarán siempre, amor mío. Ti tut stoyal (tú viviste aquí), en este karavansaray, Van presente en el corazón de todas las cosas, siempre, siempre tú, cuando yo no debía tener más de siete u ocho años. ¿No es así?*

[Los Ángeles, mediados de septiembre de 1888]

*Ésta es mi segunda llamada iz ada (desde el Hades). De un modo extraño, me he enterado el mismo día y por tres fuentes diferentes, de tu duelo en K., de la muerte de P. y de tu convalecencia en casa de su prima («felicis», como nos decíamos ella y yo). La he telefoneado y me ha dicho que habías salido para París, y que también R. había muerto, no a tus manos, como creí al principio, sino a las de su mujer. Ni él ni P. habían sido técnicamente amantes míos, pero eso ya no tiene importancia, ahora que los dos están en Terra.*

[Los Ángeles, 1889]

*Seguimos en el albergue rosa-caramelo y verde-pisang en el que tú te hospedaste una vez con tu padre, quien, dicho sea de paso, es extraordinariamente amable conmigo. Me gusta viajar con él. Hemos ido a jugar a Nevada, la ciudad que rima con mi nombre; pero tú también estás allí, como el río legendario de la Vieja Rus. ¡Da! Oh, Van, escíbeme una cartita. ¡Me esfuerzo tanto en complacerte! ¿Quieres alguna otra (desesperada) pequeña noticia? El nuevo director-espiritual artístico de Marina define el Infinito como el punto más alejado de la cámara cuya imagen no está aún desenfocada. Marina tiene que hacer el papel de Varvara, la monja sorda (que es, en cierta manera, la más interesante de las Cuatro Hermanas de Chejov). De acuerdo con el precepto de Stan, según el cual el actor debe impregnarse de su personaje hasta en los detalles de la vida cotidiana, en el comedor del hotel quiere seguir siendo Varvara, bebe el té v prikusku («mordisqueando» azúcar entre sorbo y sorbo) y finge comprender mal lo que se le pregunta, de la misma curiosa forma que tiene Varvara de fingir estupidez (un doble embrollo que importuna a todo el mundo, pero que, no sé por qué, hace que yo me sienta más hija suya de lo que me sentía en los tiempos de Ardis). En conjunto, tiene aquí un gran éxito. Le han dado (no del todo gratis, me temo) un bungalow especial en la Universal City, con el rótulo MARINA DURMA-NOVA. En cuanto a mí, sólo soy una criada episódica que aparece fugazmente en un western de cuarto orden, moviendo las caderas entre borrachos que golpean en las mesas; pero no me disgusta el ambiente de Houssaie, su arte concienzudo, sus caminos sinuosos bordeando colinas, y un pueblo artificial con sus calles y su plaza pública, y un letrero malva en una casa de madera muy*

*adornada, y, a medio día, los extras con trajes de época haciendo cola ante una cabina de cristal. Sólo yo no tengo a quién telefonar.*

*A propósito de conferencias, la otra noche vi, con Demon, una maravillosa película ornitológica. Nunca había captado el hecho de que los suimangas paleotropicales (busca en el Austin) son «mimotipos» de los colibríes del Nuevo Mundo, y de que todos mis pensamientos, amor mío, son los mimotipos de los tuyos. ¡Ya sé, ya sé! Ya sé que has dejado de leer al llegar a «ornitológica»... como en los viejos tiempos.*

[¿California?, 1890]

*Sólo te amo a ti, sólo soy dichosa pensando en ti. Eso es tan cierto, tan real, como mi conciencia de existir. Eres mi alegría y mi mundo. Sin embargo... ¡oh, no te acuso...! sin embargo, Van, tú eres responsable (o, lo que es lo mismo, el Destino es responsable a través de ti) de haber hecho brotar en mí, cuando no era más que una niña, una fuente de frenesí, un furor de la carne, una irritación insaciable... El fuego que tú encendiste ha dejado su huella en el punto más vulnerable, perverso y sensible de mi cuerpo. Ahora tengo que pagar el exceso de vigor prematuro con que irritaste la herida roja, como la madera chamuscada tiene que pagar su paso por el fuego. Al encontrarme privada de tus caricias pierdo todo dominio sobre mis nervios, no existe otra cosa que el éxtasis del frotamiento, el efecto persistente de tu agujijón, de su delicioso veneno. No te acuso: te digo la razón de que el deseo me consume y de que no pueda resistir al impacto de otra carne, la razón de que nuestro pasado común engendre olas de traiciones sin término. Eres libre de descubrir en todo esto los síntomas específicos de una erotomanía avanzada; pero hay algo más que eso, porque existe un remedio bien sencillo para mis males, para mis congojas, un extracto de arilo escarlata, la carne del tejo, tú, sólo tú. Yo constato, como decía tu querida Cenicienta de Turba (ahora señora de Trofim Fartukov), que estoy siendo al mismo tiempo tímida y obscena. Pero todo esto lleva a una importante, muy importante comunicación: Van, je suis sur la verge (otra vez Blanche) de una abominable aventura amorosa. Podría salvarme de manera instantánea. Toma la más rápida máquina voladora que puedas alquilar y ven derecho a El Paso. Tu Ada estará esperándote, agitando la mano como una loca. Y seguiremos viaje juntos en el New World Express —en un apartamento que yo habré conseguido —hasta el último confín ardiente de Patagonia, el Promontorio del Capitán Grant, una casa de campo en Verna, mi joya, mi agonía... Envíame un aerograma, con una sola palabra, en ruso, el final de mi nombre: ¡da!*

[Arizona, verano de 1890]

*Fue la compasión, sólo la compasión (jalost') de una joven rusa, lo que me empujó hacia R. (a quien los críticos musicales están ahora «descubriendo»). Él sabía que moriría joven. A decir verdad, sólo le he conocido en estado de cadáver. Ni una sola vez, te lo juro, ha sabido ponerse a la altura de las*

*circunstancias, ni siquiera cuando yo le manifestaba abiertamente mi emocionada no-resistencia. Porque yo, ¡ay!, estaba llena hasta el borde de una vitalidad que la falta de Van no me permitía satisfacer, e incluso había considerado la posibilidad de comprar los servicios de algún joven mujik bien brutal, cuanto más brutal mejor. Y, en el caso de P., yo podría justificar mi sumisión a sus besos (primero, trivialmente afectuosos; luego, crecientemente expertos y salvajes, y, finalmente, impregnados de mi propio olor cuando sus labios regresaban a mi boca, círculo vicioso que comenzó a girar en los primeros días de Thargêlion de 1888) diciéndote que, si hubiera dejado de verle, no habría dudado en revelar a mi madre mi aventura con mi primo. Me decía que disponía de testigos... la hermana de tu amiga Blanche y un joven mozo de cuadra, que, supongo, no era sino la encarnación de la más joven de las tres señoritas de Turba, brujas las tres... Pero ¡ya basta! Van, me sería fácil echar mano de esas amenazas para justificar mi conducta. Naturalmente, no te diría que fueron hechas en un tono de burla, que no era el de un genuino chantajista. Ni tampoco que, incluso si P. se procuraba mensajeros o informadores anónimos, el resultado podía haber sido la ruina de su propia reputación en cuanto se revelasen sus maniobras y sus motivos (lo que, a fin de cuentas, no podía por menos de ocurrir). En una palabra, te ocultaría que aquellas amenazas de comedia no tenían otra finalidad que taladrar los frágiles nervios de tu pobre Ada, porque, a pesar de su grosería, P. era hombre de honor, por extraño que esto pueda pareceros a ti y a mí. No. Me concentraría por entero en el efecto que semejantes amenazas pueden causar en una desdichada dispuesta a ceder a todas las torpezas antes que exponerse a una revelación fatal, porque (y esto, evidentemente, no podían saberlo ni P. ni sus informadores) considerando lo muy inconvenientes que podían parecer ya los amoríos de dos primos hermanos a una familia respetuosa con los convencionalismos, no quería ni imaginar (como siempre nos ha pasado a ti y a mí) cuál habría sido en «nuestro» caso la reacción de Marina y de Demon. Por las sacudidas y los errores de mi sintaxis puedes apreciar cómo me encuentro: incapaz de explicarte lógicamente mi conducta. No te ocultaré que, a veces, he experimentado una extraña debilidad en las citas azarosas que le concedí, como si su deseo brutal ejerciese la misma fascinación en la curiosidad de mis sentidos y en mi razón reticente. Sin embargo, puedo jurarte, la honrada Ada puede jurarte, que en nuestras citas silvestres he conseguido siempre evitar, si no la eyaculación, al menos la posesión, tanto antes como después de tu regreso a Ardis, excepto en una sucia ocasión en que me consiguió a medias, a viva fuerza, el tan apasionado desaparecido.*

*Estoy escribiéndote en el Rancho Marina, no lejos de la hondonada en que murió Aqua y donde he tenido la impresión de que yo también me deslizaré algún día. Mientras tanto, vuelvo al Pisang Hotel por unos días más.*

*Saluda al buen auditor.*

En 1940 Van sacó de nuevo a la luz el delgado paquete de las cinco cartas (cada una en su sobre de papel de seda rosa, con el sello de la CMC) contenido en una caja fuerte de su banco suizo, en la que habían descansado exactamente medio siglo. Lo insignificante de su número le confundió. La dilatación del pasado, la vegetación exuberante de la memoria, habían multiplicado aquel número por diez o por más. Van recordó que, en un principio, había ocultado todo el paquete en su mesa de despacho de Manhattan, pero finalmente sólo conservó allí la inocente carta sexta (Sueños de Teatro), fechada en 1891 y que desaparecería, junto con los mensajes cifrados de Ada (de 1884 a

1888), en el incendio del irremplazable pequeño *palazzo* en 1919. El rumor público había atribuido la brillante hazaña a los ediles de la ciudad (dos ancianos munícipes de luenga barba y un joven alcalde de ojos azules, provisto de una fabulosa cantidad de incisivos). Según se decía, el desvergonzado trío no había podido contener por más tiempo su avidez por el espacio que entre los dos colosos de alabastro ocupaba el robusto pigmeo. Pero Van frustró sus esperanzas y, lejos de venderles el solar calcinado, hizo construir allí, alegremente, su célebre Villa Lucinda, museo en miniatura, de dos plantas, que encierra en su planta baja una colección cada día más rica de microfotografías de los cuadros conservados en todas las galerías públicas y privadas del mundo (incluida la Tartaria), y, en el piso alto, una verdadera colmena de cabinas de proyección. Ese pequeño y atractivo monumento conmemorativo en mármol de Paros, administrado por un personal muy numeroso y guardado por tres gorilas bien armados, no se abre al público más que los lunes. Precio de entrada: un dólar oro, sin consideración de edad ni rango.

Podríamos, sin duda, explicar la extraña multiplicación de aquellas cartas en la visión retrospectiva de Van mediante la consideración de que cada una de ellas proyectaba una sombra desgarradora, parecida a la sombra de un volcán lunar, sobre varios meses consecutivos de su existencia, sombra que sólo decrecía un poco en el momento en que empezaba a punzarle el presentimiento no menos doloroso de un próximo mensaje. Pero muchos años más tarde, cuando estaba trabajando en su *Textura del Tiempo*, Van descubrió en aquel fenómeno una prueba suplementaria de que el tiempo real está en relación con el intervalo que separa los acontecimientos y no con el desarrollo de éstos, con su combinación o con la sombra que proyectan sobre la fisura por la que transpira la pura, la impenetrable *Textura del Tiempo*.

Van se prometió ser fuerte y sufrir en silencio. Su amor propio estaba satisfecho: quien muere en duelo, muere más feliz de lo que nunca lo será el adversario que queda en vida. No debemos, sin embargo, censurar a Van por no haber sabido perseverar en su resolución. No es difícil comprender por qué la séptima carta (que le fue transmitida por su común hermanastra en Kingston, en 1892) le hizo sucumbir. Él sabía que la serie quedaba concluida. Que había sido escrita a la sombra de los arcos rojos de Ardis. Que ponía término a un período sacramental de cuatro años, igual al de su primera separación. Y que Lucette, contra toda razón, contra toda voluntad, había resultado ser la paraninfa impecable.

## II

Las cartas de Ada respiraban, se retorcían, vivían. Las *Cartas desde Terra*, «novela filosófica» de Van, no tenían el menor signo de vida.

(Protesto. Se trata de un librito muy bello. Nota de Ada.)

Van había escrito ese librito de un modo involuntario, por así decirlo, sin interesarse lo más mínimo por la gloria literaria. El misterio de los pseudónimos ya no le divertía como le había divertido en los tiempos en que bailaba sobre las manos. Pero, aunque la «vanidad de Van» fuese un tema frecuentemente debatido en las conversaciones de salón por damas agitadoras de abanicos, en esta ocasión no se desplegaron las largas plumas azules de su orgullo. ¿Qué fue, pues, lo que le

impulsó a componer una trama en torno a un tema que ya habían manoseado hasta el cansancio toda clase de «Astros de las Estrellas» y «Ases del Espacio»? Nosotros, quien quiera que seamos «nosotros», podríamos definir ese impulso como la agradable necesidad de expresar y describir mediante el lenguaje ciertas fantasías inexplicablemente asociadas que él había observado en los enfermos mentales, desde su primer año en Chose. Van tenía por los locos la misma pasión que otros tienen por los arácnidos o por las orquídeas.

Encontró buenas razones para pasar por alto los detalles técnicos implicados en el problema de las comunicaciones entre Terra la Bella y nuestra terrible Antiterra. Sus conocimientos de física, mecánica, etc., no habían pasado de las fórmulas de pizarra de los cursos preuniversitarios. Se consolaba pensando que ningún jefe de estudios de los Estados Unidos o de la Gran Bretaña toleraría la menor referencia a adminículos «magnéticos». Sin incomodarse, tomó de sus principales precursores (Counterstone, por ejemplo) todos los elementos relativos a la propulsión de una cápsula con tripulación humana, incluida la ingeniosa idea de una velocidad inicial de algunos millares de kilómetros por hora, acelerada por la influencia de un medio intermediario de tipo counterstoniano entre galaxias gemelas, hasta alcanzar los varios trillones de años-luz por segundo, antes de disminuirla de un modo inofensivo para un indolente descenso de paracaídas. Reincidir en esas fantasías irracionales, en esas *cyraniana*, en esas «físicas-ficción», hubiese sido no solamente fastidioso, sino también absurdo, puesto que nadie sabía a qué distancia podían estar situados, Terra o cualquiera otro de los innumerables planetas provistos de cabañas y de vacas, en el espacio exterior o interior: «interior», porque no hay razón alguna para no suponer su presencia microcósmica en los glóbulos dorados que ascienden con presura en esta larga copa de Moët, o en los rojos de la sangre de este servidor vuestro, Van Veen (o de vuestra servidora Ada Veen), o en el pus del maduro forúnculo de un tal señor Nekto, recientemente abierto con el bisturí en Nektor o Neckton. Aparte de esto, y aunque un crecido número de obras de referencia se alineasen, al alcance de la mano investigadora, en los estantes de las bibliotecas, nadie podía hacerse con los libros condenados o quemados de los tres cosmólogos conocidos por los seudónimos de Xertigny, Yates y Zotov, que habían iniciado, inconsideradamente, todo el asunto con medio siglo de antelación, sin reparar en qué terrores, qué demencias y qué execrables *romanchiks* iban a originar y a respaldar. Los tres habían desaparecido: X, suicidado; Y, raptado por un empleado de lavandería que se le había llevado a Tartaria; Z, un buen muchacho feliz, de cara colorada y bigotes blancos, estaba enloqueciendo a sus carceleros de Yakima mediante la producción de inexplicables crepitaciones, la continua invención de tintas simpáticas y un surtido completo de camaleonizaciones, señales nerviosas, espirales luminosas y proezas de ventriloquia que imitaban la descarga de una pistola o los aullidos de una sirena.

¡Pobre Van! En su esfuerzo por evitar cualquier intrusión de la imagen de Ada en la inspiración del autor de las *Cartas desde Terra*, recargó tanto de oro y rosa la figura de su Theresa que hizo de ésta un dechado de trivialidad. La citada Theresa, con sus mensajes, hacía perder la razón a un habitante de nuestro planeta (donde nada se pierde con mayor facilidad), a saber, un sabio, cuyo nombre con aspecto de anagrama, Sig Leymanski, derivaba en parte del nombre del último médico de Aqua. Cuando la obsesión de Leymanski se hubo transformado en amor y las simpatías del lector se fijaron en la figura melancólica y encantadora de su traicionada esposa (Antilia Glems de



soltera), nuestro autor se encontró en la desesperante obligación de borrar en la morena Antilia toda huella de Ada, reduciendo así a un segundo personaje a la condición de maniquí oxigenado.

Después de haber transmitido a Sig, desde su planeta, una docena de mensajes, Theresa vuela hacia él, y Sig, en su laboratorio, tiene que depositar a su amada en un portaobjetos que desliza bajo la lente de un poderoso microscopio para poder descubrir la forma ínfima (aunque perfecta en oro aspecto) de su idolatrada *homúncula*, del gracioso microorganismo que tiende unos apéndices transparentes hacia el gran ojo húmedo que lo observa. Ay, el *testibulus* (probeta, tubo de ensayo; no confundirlo nunca con *testiculus*, glándula productora de espermatozoides) en el que Theresa nada como una microsirena, es «accidentalmente» tirado al cubo de la basura por Flora, la ayudante del profesor Leyman (que por estas fechas ya ha cambiado de apellido), otra ex-belleza funesta de cabellos negros y piel marfileña, a la que el autor también metamorfosea a tiempo en una tercera muñeca insípida de moño descolorido.

(Más tarde, Antilia recuperará a su marido y Flora será destruida. *Addendum* de Ada.)

En Terra, Theresa había sido reportero volante de una revista americana, lo que dio a Van ocasión para describir la fisonomía política del planeta gemelo. De todas las partes del libro, ésta fue la que menos problemas le causó: en realidad, consistía en un mosaico de notas laboriosamente ensambladas a partir de sus propias fichas sobre el «delirio transcendental» de sus enfermos. La acústica era mediocre, los nombres propios aparecían a menudo mutilados, un calendario caótico confundía el orden de los acontecimientos; pero, en conjunto, estos puntos de color llegaban a formar una especie de gráfico geométrico. Como habían conjeturado investigadores de edades precedentes, nuestros anales seguían los anales de Terra atravesando a trompicones los viaductos del Tiempo con medio siglo de retraso, pero anticipaban algunas de sus corrientes submarinas. En la época en que se desarrollaba nuestro triste melodrama, el rey de Inglaterra en Terra, otro Jorge (al parecer, al menos media docena de homónimos le habían precedido en el trono) reinaba o acababa de reinar sobre un Imperio más deshilvanado (con algunos enclaves y manchas extrañas entre las Islas británicas y África del Sur) que su sólido y compacto doble de Antiterra. La Europa Occidental presentaba una brecha particularmente llamativa: desde que, a finales del siglo XVIII, una revolución apenas sangrienta había destronado a la dinastía de los Capetos y rechazado a todos los invasores, la Francia de Terra no había cesado de prosperar —bajo dos emperadores y una serie de presidentes burgueses, el último de los cuales, Doumercy, parecía infinitamente más simpático que Milord Goal, gobernador de Lute. En el Este, en lugar de Khan Sosso y su feroz Khanato Sovietnamur, una Unión de Repúblicas Soberanas y Solícitas (U.R.S.S.), que había desalojado a los zares conquistadores de Tartaria y de Trst, gobernaba una super-Rusia dueña de la región del Volga y cuencas fluviales similares. Finalmente, pero no menos importante, Ataúlfo el Futúrer, gigante muy rubio y de vistoso uniforme, llama secreta de más de un noble británico, capitán honorario de la policía francesa y aliado benévolo de Rus y de Roma, estaba entregado, según se decía, a la tarea de transformar una Alemania de pan de especias en un gran país de autopistas, soldados inmaculados, bandas militares y cuarteles modernizados destinados a albergue de los inadaptados y su progenitura.

Sin duda una gran parte de la información recogida por nuestros terra-pistas (ése era el sobrenombre que se daba a los colegas de Van) llegaba en forma defectuosa, pero no por ello dejaba de ser constantemente perceptible el mismo perfume de suave dicha. Ahora bien, el propósito de la obra de Van era sugerir que Terra hacía trampa, que no todo era en ella paradisíaco y que quizás el espíritu y la carne del hombre sufrirían en el planeta gemelo suplicios aún más crueles que en nuestra muy denigrada Demonia. En sus primeras cartas, Theresa, antes de abandonar Terra, no tenía sino lisonjas para los amos del planeta, particularmente para sus amos rusos y alemanes. Más

tarde, en los mensajes que enviaba desde el seno del espacio, una vez iniciado su vuelo, confesaba haber exagerado la beatitud; había servido de instrumento a la «propaganda cósmica», confesión realmente digna de mérito, porque bien podía haber sido que los agentes de Terra la hubieran repatriado por la fuerza o la hubieran destruido en pleno vuelo, caso de haber interceptado sus óndulas demasiado sinceras, que, en su mayor parte, se dirigían entonces en una dirección única, la nuestra... (aunque no es cosa de preguntar a Van en virtud de qué principio o mediante qué procedimiento). Desgraciadamente, no sólo la mecánica, sino también la ciencia moral, estaba lejos de constituir uno de sus fuertes; y para lo que nosotros acabamos de expresar en unas cuantas frases a vuelapluma él necesitó no menos de doscientas páginas, ocupadas en su desarrollo y ornato según las reglas del arte. No olvidemos que sólo tenía veinte años, que su joven alma orgullosa se encontraba en un estado de lastimoso desorden, que había leído demasiado e inventado demasiado poco y que los brillantes espejismos que se alzaron ante sus ojos cuando sintió los primeros dolores del parto literario en la terraza de Córdula estaban ahora desvaneciéndose por efecto de la prudencia, como aquellas maravillas que los viajeros de la Edad Media, a su regreso de Catay, temían revelar al sacerdote veneciano o al burgués flamenco.

En Chose dedicó un par de meses a poner en limpio sus confusos borradores. Cuando volvió a examinar su copia la recargó con innumerables correcciones, hasta el punto de que el manuscrito definitivo, que confió a una oscura agencia de Bedford para ser mecanografiado en secreto por triplicado, tenía el aspecto de un primer borrador. El texto mecanografiado fue a su vez desfigurado durante su viaje a América a bordo del *Queen Guinevere*. Y en Manhattan hubo que recomponer las pruebas por dos veces, no solamente por el gran número de correcciones adicionales introducidas por Van, sino también por lo excéntrico de la notación marginal de éste.

*Las Cartas desde Terra*, obra de «Voltemand», aparecieron en 1891, el día de su vigésimo primer cumpleaños, impresas por dos editoriales fantasmas, «Abenceraje», de Manhattan, y «Zegris» de Londres.

(Si yo hubiese visto un ejemplar habría reconocido *inmediatamente* la zarpa de Chateaubriand y, en consecuencia, la tuya.)

Su nuevo abogado, Mr. Gromwell, cuyo patronímico floral, de indudable belleza, hacía juego con sus ojos inocentes y su barba rubia, era sobrino del gran Grombchevski, que, desde hacía unos treinta años, cuidaba de los asuntos de Demon con celo y perspicacia. El señor Gromwell velaba no menos tiernamente por la fortuna personal de Van, pero no tenía mucha experiencia de los sutiles y complicados problemas editoriales y Van era absolutamente ignorante en la materia, hasta el punto de no saber que los «ejemplares del servicio de Prensa» se dirigían en principio a los críticos literarios de diversos periódicos, o que los anuncios publicitarios debían pagarse y no había que esperar a verlos aparecer por algún fenómeno de generación espontánea con una estatura adulta de «toda plana», entre otros similares que cantasen las excelencias de *La posesión*, de Miss Love, o *El soplador*, de Mr. Dukes.

Mediante una suculenta gratificación, Gwen, una de las empleadas de Mr. Gromwell, no sólo se encargó de divertir a Van, sino también de suministrar a las librerías de Manhattan la mitad de los ejemplares impresos, mientras uno de sus antiguos amantes de Inglaterra debía colocar la otra

mitad entre los libreros de Londres. Van encontraba ilógico e injusto que unas personas tan amables como para ocuparse de vender su libro no se embolsasen en su totalidad los diez dólares que había costado la confección de cada ejemplar. Y cuando supo, por el análisis minucioso de un estado de ventas elaborado en febrero de 1892, que en doce meses no se habían vendido más que seis ejemplares (dos en Inglaterra y cuatro en América), experimentó un verdadero sentimiento de compasión al pensar en los trabajos inútiles que sin duda se habían tomado tantas jóvenes vendedoras —pálidas morenuchas de brazos desnudos, fatigadas y mal pagadas —al intentar seducir a irreductibles homosexuales con su mercancía («...una novela más bien fantástica sobre una chica llamada Terra»). Hablando en términos estadísticos, y habida cuenta de las condiciones poco ortodoxas en que había sido manipulada la correspondencia de la pobre Terra, no podía esperarse ningún artículo crítico. De modo bastante curioso, aparecieron no menos de dos. El primero, en el *Elsinore*, distinguido semanario de Londres, iba firmado por el Primer Clown y formaba parte de un «panorama» de las «novelas del espacio» del año (las obras de ese género ya obsoleto empezaban a escasear) titulado «*Terre à Terre, 1891*», en una muestra poco brillante de gusto por los juegos de palabras. El autor de la crítica consideraba la obra de Voltemand como la menos mala de la colección, y la calificaba (con un olfato, ay, demasiado perspicaz) de «fábula oscura, suntuosamente adornada, trivial y aburrida, pero esmaltada con admirables metáforas que desentonan de la total inepticia del resto».

Sólo un elogio más pudo encontrar el infortunado Voltemand, y fue el aparecido en una pequeña revista de Manhattan, *La ceja del pueblo*, con la firma del poeta Max Mispel (otro apellido botánico, que significa «níspero»), miembro del Departamento de Alemán de la Universidad de Goluba. *herr* Mispel, que gustaba de buscar la filiación de sus autores, había discernido en las *Cartas desde Terra* la influencia de Osberg (escritor español, autor de cuentos de hadas pretenciosos y de anécdotas místico-alegóricas, muy apreciado por los tesialistas de aliento corto), así como la de un árabe antiguo, obscuro intérprete de sueños anagramáticos, Ben Sirine, según transcribe el nombre el capitán de Roux, como nos hace saber Burton en su adaptación del tratado de Nefzawi sobre el mejor método de copular con mujeres obesas o jorobadas (*El Jardín Perfumado*, edición Panther, pág. 187, uno de cuyos ejemplares fue regalado al barón Van Veen, de noventa y tres años de edad, por su médico, el profesor Lagosse, gran disoluto). El artículo de Mispel terminaba con estas palabras: «Si el señor Voltemand (o Voltimand, o Mandalatov) es psiquiatra, como me inclino a creer, entonces compadezco a sus pacientes tanto como admiro su talento.»

Sintiéndose arrinconada, Gwen, una pequeña y gruesa *fille de joie* (de vocación, ya que no de profesión), no vaciló en traicionar a uno de sus recientes admiradores y reveló que le había pedido que escribiese aquel artículo porque no había podido soportar la «sonrisita torcida» de Van al descubrir que un libro tan bellamente encuadernado y acabado pudiese ser desdeñado de ese modo por el público. También juró Gwen que Max no sólo ignoraba la verdadera identidad de Voltemand, sino que ni siquiera había leído su libro. Van acarició el proyecto de retar a un duelo al señor Níspero, con la esperanza de que escogería la espada; un duelo que tendría lugar al amanecer en algún rincón apartado del Parque cuyo cuadro central de césped veía desde la terraza en la que, dos veces por semana, se medía con un maestro de esgrima francés (único ejercicio, junto con la equitación, que todavía practicaba). Para gran asombro —y alivio— suyo (porque sentía cierta vergüenza de convertirse en campeón de su «novelita», y no deseaba sino olvidarla, lo mismo que

otro Veen, sin vínculo de parentesco con él, habría seguramente renegado de su sueño de adolescencia en burdeles ideales... si le hubiera sido dado vivir durante más tiempo), Max Mushmula («níspero», en ruso) contestó a aquel vago desafío con la calurosa promesa de enviarle su próximo artículo «La cizaña destierra la flor» (Melville y Marvell).

Todo lo que Van sacó de aquellos contactos con la literatura fue un sentimiento de vacío y de inutilidad. Incluso mientras escribía su libro se había reprochado el tratar de reconstruir la imagen de un planeta extraño por medio de fragmentos sueltos tomados de cerebros enfermos, cuando tan mal conocía su propio planeta. A consecuencia de lo cual, decidió que, una vez terminados sus estudios de medicina en Kingston (cuya atmósfera le pareció más adecuada a su temperamento que la de Chose), haría grandes viajes por Sudamérica, África y la India. A los quince años (la edad de floración de Eric Veen) había estudiado con la pasión de un poeta los horarios de tres grandes ferrocarriles transamericanos que algún día utilizaría, como viajero no solitario (ahora solitario). Con salida en Manhattan, vía Mephisto, El Paso, Meksikansk y Canal de Panamá, el New World Express, de vagones granate, llegaba a Brasilia y Witch (o Viedma, ciudad fundada por un almirante ruso). En aquel lugar del trayecto, la línea se bifurcaba: la sección oriental continuaba hasta el Promontorio de Grant y la occidental subía hacia el norte, por Valparaíso y Bogotá. Un día sí y otro no el fabuloso viaje comenzaba en Yukonsk, con una línea de doble vía que se dirigía hacia la costa atlántica, mientras que la otra, por California y América Central, descendía hacia el Uruguay. El African Express, azul oscuro, partía de Londres y llegaba a El Cabo por tres rutas diferentes, las de Nigero, Rodosia y Efiopía. Finalmente, el Orient Express, de color marrón, enlazaba Londres con Ceilán y Sydney, a través de Turquía y de diversos canales. Cuando uno tiene sueño, no comprende muy bien por qué todos los continentes, salvo Euforia, comienzan por «A».

Aquellos tres trenes admirables contaban al menos con dos coches en los que el viajero exigente podía alquilar una habitación con bañera y W.C., y un salón provisto de un piano o un arpa. La duración del viaje variaba según el humor predurmiente de Van cuando a la edad de Eric imaginaba los paisajes que se desplegaban a derecha e izquierda de su cómoda —demasiado cómoda —butaca.

Entre selvas de lluvia, y cañones montañosos, y otros parajes fascinantes (¡oh, dime sus nombres! —No puedo, me caigo de sueño), la velocidad de la habitación no pasaba de las quince millas por hora; en cambio, cuando atravesaba los monótonos marasmos agrícolas o el desertorum, alcanzaba las setenta, noventa, noventa y nueve, cien, ciento, ceniciento...

### III

En la primavera de 1869, David Van Veen, rico arquitecto de origen flamenco (sin parentesco alguno con los Veen de nuestra novelesca divagación), viajaba en automóvil de Cannes a Calais por una carretera helada cuando el neumático de su rueda delantera derecha reventó. El coche fue a estrellarse contra un camión de mudanzas parado al borde de la carretera. Nuestro hombre salió del paso sin mayor daño, pero su hija, que iba sentada junto a él, resultó muerta en el acto por el impacto de una maleta que vino de atrás y le rompió el cuello. En su estudio de Londres, el marido

de la víctima, un pintor fracasado y desequilibrado (diez años mayor que su suegro, al que envidiaba y despreciaba), se disparó un balazo en la cabeza al recibir la noticia por un cablegrama expedido desde un pueblecito de Normandía llamado, macabramente, Deuil.

La desgracia no había llegado al límite de sus posibilidades. A pesar de los cuidados y de la adoración con que su abuelo le rodeó, Eric, huérfano de quince años, fue a su vez golpeado por el capricho del destino (un destino extrañamente semejante al de su madre).

Después de causar baja en Note para ingresar en un colegio privado del cantón de Vaud, y al cabo de un verano de tísico pasado en los Alpes Marítimos, Eric fue conducido a Ex-en-Valais, cuya cristalina atmósfera debía, según los prejuicios de entonces, fortificar sus jóvenes pulmones, si bien lo que hizo fue desencadenar sobre él la más furiosa de las tempestades: una teja que cayó de un tejado le fracturó el cráneo y le mató. Entre las reliquias de su nieto, David Van Veen descubrió cierto número de poemas y el borrador de un ensayo titulado *Villa Venus: un sueño organizado*.

Expliquémonos sin rodeos: con la esperanza de dar solaz a sus primeros tormentos sexuales, el joven Eric había imaginado y elaborado, del ínode más minucioso, cierto proyecto (secuela de la lectura de un excesivo número de libros eróticos descubiertos en una casa amueblada, próxima a Vence, que su abuelo había comprado al conde Tolstoi... un ruso o polaco) relativo a la fundación de una red de suntuosos burdeles que la fortuna heredada por Eric le permitiría establecer «en los dos hemisferios de nuestro globo calipigio». El jovencito veía la institución como una especie de club elegante, cuyas sucursales (o «floramores», para valernos de su vocabulario poético) se establecerían en las cercanías de las grandes ciudades o de los balnearios. La condición de miembro del club quedaba restringida a varones nobles, «ricos y bien parecidos» y no mayores de cincuenta años (lo que debemos saludar como prueba de considerable amplitud de espíritu por parte del pobre chico).

La cuota anual ascendía a 3.650 guineas, en las que no estaba incluido el precio de flores, joyas, u otras atenciones galantes. Mujeres médicos residentes, jóvenes y de buen aspecto («tipo secretaria americana o ayudante de dentista»), se encargarían de vigilar la condición física íntima de las «acariciadoras y acariciadas» (otra fórmula feliz), así como la suya propia «si se presentaba la necesidad». Uno de los artículos del reglamento del club parecía indicar que el joven Eric, aunque fanáticamente heterosexual, había practicado algunos tiernos manoseos, a guisa de sucedáneos, con sus compañeros de Note (colegio notoriamente preparatorio en esa disciplina): al menos dos de los cincuenta pensionistas que podían integrar el internado de los floramores de mayor dotación serían lindos muchachitos vestidos de corto y con la frente ceñida por una cinta, cuya edad no sería superior a los catorce años si se trataba de muchachos rubios, o a los doce si eran morenos. En cualquier caso, y para evitar la afluencia regular de «pederastas inveterados», estaba previsto que los clientes necesitados de nuevos estímulos sólo podían gustar del mocito entre dos series de tres chicas, todas ellas poseídas en el transcurso de una misma semana. Estipulación algo cómica, pero no exenta de sagacidad.

En cada floramor, las candidatas eran seleccionadas por un comité de miembros del club cuyos criterios se inspiraban en el compendio anual de impresiones y de desiderata que los habituales del lugar registraban en un Libro Rosa dispuesto a ese efecto. «La belleza y la ternura, la gracia y la

docilidad» eran las principales cualidades exigidas a las chicas, entre edades de quince y veinticinco años si eran «finas muñecas nórdicas», o de diez y veinte en caso de ser «opulentas seductoras meridionales». Podían retozar o descansar libremente en saloncitos o invernaderos, pero siempre desnudas y prestas al amor. Por el contrario, sus cuidadoras, todas de origen más o menos exótico, iban vestidas con rebuscamiento, y «salvo autorización especial del comité», estaban «prohibidas al capricho de los visitantes». La cláusula reglamentaria de mi preferencia (conservo una fotocopia del caligrama original de Eric) determina que cualquier pensionista de floramor podría ser elegida «Patrona», por aclamación, durante el período de sus reglas. (Por supuesto, la cláusula resultó demasiado difícil de aplicar; el Comité optó por una solución de compromiso y confió la jefatura de personal a una bella lesbiana, secundada por un matón que Eric no había previsto.)

La excentricidad es el gran remedio de las grandes desesperaciones. Sin perder un solo día, el desdichado abuelo se entregó a la tarea de realizar en ladrillo y piedra, en cemento y mármol, en carne y en gozo, la quimera del joven Eric. Resolvió ser el primer degustador de la primera hurí que contratara para la inauguración del primer floramor y vivir hasta ese momento en una laboriosa abstinencia.

Debió de ser un espectáculo de lo más hermoso y conmovedor el de aquel holandés, viejo pero todavía vigoroso, con sus cabellos blancos y su rudo rostro de reptil, diseñando, entre decoradores avanzados, los mil y un floramores conmemorativos que había decidido erigir por toda la superficie de la tierra, quizás hasta en la grosera Tartaria, que él creía gobernada por «judíos americanizados»; pero «el Arte redime la política» (conceptos profundamente originales que hemos de perdonar a un extravagante viejo y simpático). Comenzó por la Inglaterra rural y la América costera, y había emprendido una construcción en el estilo de Robert Adam (a la que los bromistas locales llamaban *Madam I'm Adam House*), en los alrededores de Newport, Rodos Island, una construcción de estilo algo senil, con columnas de mármol sacadas de los mares clásicos e incrustadas de conchas de ostras etruscas, cuando murió de un ataque de apoplejía que le sobrevino al ayudar a sus obreros a izar un propileo. ¡Y todavía estaba solamente en la casa número cien!

Su sobrino y heredero, un hombre probo, pero excesivamente serio, que ejercía el oficio de pañero en Ruinen (cerca de Zwolle, según me han dicho), con una gran familia y un pequeño negocio, no se sintió defraudado por los millones de *guldens* cuya aparente dilapidación le había llevado a consultar a numerosos especialistas en enfermedades mentales durante los últimos diez años. Los cien floramores abieron sus puertas al mismo tiempo, el 20 de septiembre de 1875 (por una deliciosa coincidencia, pues la vieja palabra rusa *ryen*, tan parecida a Ruinen, no tiene nada que ver con «ruina», sino que significa «septiembre», además de evocar la ciudad del extático holandés). A comienzos de nuestro siglo, las rentas de Venus afluían de todas partes (aunque fue su último florecimiento, es verdad). Hacia 1890, un diario sensacionalista y chismoso informaba de que Veen «del Velludo», movido por la gratitud y la curiosidad, se había desplazado especialmente para visitar una vez —una sola vez— con toda su familia el floramor más próximo a su residencia. Y también se dijo que Guillaume de Monparnasse había rechazado con indignación una oferta de Hollywood para que escribiese un guión inspirado en aquella digna y jocosa excursión. Simples rumores, sin duda.

Amplia era la gama artística del abuelo de Eric, del dodó al dada, del Bajo Gótico al Alto Moderno. En sus paraísos de parodia se había incluso permitido, alguna que otra vez (pocas, sin duda), evocar el caos rectilíneo del cubismo (un «abstracto» fundido en la materia «concreta»), imitando —en el sentido tan bien definido por Vulner en la edición de bolsillo de su *Historia de la arquitectura inglesa* que me ha regalado el bueno del doctor Lagosse— las ultrautilitarias cajas de ladrillos de las *maisons closes* de El Freud, en Lubetkin (Austria), o de los chalets de extrema necesidad construidas por Dudok en Frisia.

Pero, en conjunto, los estilos que prefirió fueron el idílico y el romántico. Caballeros ingleses de calidad encontraron toda dase de deleites en Letchworth Lodge, una honrada casa de campo enlucida hasta el tejado, o en Itchenor-Chat, notable por el estilo arcaico de sus chimeneas ventrudas y sus tejados de cuatro aguas. Nadie podría dejar de admirar la habilidad con que David van Veen había sabido dar a su nueva mansión «Regency» el aspecto de un granja renovada o instalar aquel convento reconvertido, edificado en un islote perdido, con tan gran sentido de lo maravilloso que no se acertaba a distinguir el arabesco del madroño, el ardor del arte, la rosa de la zarza. Por lo que a nosotros respecta, nunca olvidaremos la Pequeña Amadoría, próxima a Rantchester, o las Pseudo-termas del encantador callejón sin salida que se abre al sur del viaducto de la fabulosa Palermontovia. Apreciamos, por encima de todo, aquella manera sutil de combinar la vulgaridad de un paraje (un *château* rodeado de castaños, un *castello* guardado por cipreses) con una riqueza de ornamentación interior que alcahuiteaba todas las orgías reflejadas en los espejos cenitales de la erogenia del joven Eric. Y, desde el punto de vista funcional, nada más eficaz que los dispositivos protectores discretamente «destilados» por el arquitecto desde los muros exteriores del floramor. Tanto si éste se disimulaba en un vallecillo situado entre bosques, como si estaba rodeado por un inmenso parque o si dominaba una serie descendente de bosquecillos y jardines escalonados, el acceso a Venus comenzaba invariablemente por un camino privado que pronto se hundía en un laberinto de setos y muros, con puertas disimuladas de cuyas llaves sólo disponían los guardianes o los miembros del club. Los ilustres huéspedes del floramor, enmascarados y embozados en sus capas, eran guiados por faroles distribuidos con arte en el dédalo de oscuros arbustos, ya que uno de los artículos del reglamento de Eric establecía que «ningún floramor debe abrir sus puertas antes de que sea noche cerrada, ni permanecer abierto más allá de la salida del sol». Un sistema de timbres que quizás hubiese sido íntegramente ideado por el propio Eric (pero que, en realidad, era tan viejo como el dominó o como el matón) evitaba que los visitantes se encontrasen inopinadamente cara a cara. Así, cualquiera que fuese el número de señores que esperasen o hiciesen el amor en cualquier parte del floramor, cada uno podía imaginarse que estaba solo en el gallinero, pues el matón o portero, personaje cortés y silencioso que pa— recia un jefe de sección de unos almacenes de Manhattan, por supuesto no contaba. A veces se dejaba ver, cuando sobrevenía algún problema a propósito de credenciales o de crédito, pero era raro que tuviera que emplear la fuerza bruta o pedir refuerzos.

Por voluntad de Eric, el reclutamiento de las pensionistas incumbía—, a un Consejo de Ancianos Nobles. Falanges de configuración delicada, dientes sanos, una epidermis sin tacha, cabellos sin teñir, pechos y grupa impecables, y un ardor no simulado de avidez venérea, eran prerequisites absolutamente indispensables en los que los ancianos no se mostraban menos intransigentes que el pequeño Eric. No se admitía a las «intactas», a menos que fuesen muy jóvenes, pero tampoco se

aceptaba a ninguna mujer que ya hubiese sido madre (aun cuando fuera niña), por excelente que fuese el estado de sus mamas.

Inicial y teóricamente, los Consejos se inclinaron a elegir chicas de buena cuna, aunque Eric no hubiese especificado nada a propósito del rango o la estirpe de sus ninfas. Se prefería, en general, las hijas de artistas a las hijas de artesanos. Para sorpresa general, se descubrió que un número importante de jóvenes pensionistas eran hijas de agriados aristócratas recluidos en sus frías mansiones o de nobles arruinados alojados en hotelitos cochambrosos. De un total de más o menos dos mil bellezas empleadas en todos los floramores del mundo el primero de enero de 1890 (año glorioso en los anales de Villa Venus), no conté menos de veintidós directamente relacionadas con las familias reales de Europa. Como contrapartida, una buena cuarta parte del total pertenecían incontestablemente a familias plebeyas. Por efecto de algún cambio favorable en el *Caleidoscopio* genético, por una pura cuestión de suerte o incluso sin razón alguna, las hijas de campesinos, mozos de cuerda y fontaneros solían tener mejor estilo que sus compañeras de la burguesía pequeña y media, incluso que las de la alta sociedad. Esta singular comprobación no será menos grata a mis lectores no aristócratas que la observación de que las sirvientas de las encantadoras orientales (sus «esclavas», que participaban en diversas apariciones rituales de palanganas de plata, paños bordados, sonrisas al cliente y a su cleópatra) descendían frecuentemente de alturas principescas.

El padre de Demon (y, pronto, el propio Demon), y Lord Erminin, y un tal Mr. Ritcov, y el conde Peter de Prey, y Mire de Mire Esq., y el barón Azzuroscuro, fueron miembros del primer Consejo del Venus Club. Pero eran las visitas del señor Ritcov, hombre obeso, tímido y de gruesa nariz, las que más excitaban a las chicas y poblaban los alrededores de una multitud de policías concienzudamente disfrazados de jardineros, mozos de cuadra, caballos, atléticas lecheras, estatuas nuevas, borrachos viejos, etc., mientras Su Majestad, empotrado en una butaca especialmente ideada para alojar sus nalgas y sus fantasías, se divertía con tal o cual amable subdito femenino de su reino, blanca, negra o color chocolate.

El primer floramor en el que yo penetré al convertirme en miembro del Club (o sea, poco antes del segundo verano que pasé junto a mi Ada, bajo los árboles de Ardis), es hoy, tras muchas vicisitudes, la encantadora casa de campo de un profesor de Chose, a quien yo respeto, y de su no menos encantadora familia (esposa encantadora, y encantador frío de jovencitas de doce años, Ala, Lola y Lalage, especialmente Lalage), de modo que no puedo permitirme revelar su nombre, por más que mi querida lectora sostiene que ya lo he hecho anteriormente.

Yo frecuentaba los lupanares desde la edad de dieciséis años. Sin carretera sin terminar, prohibida al tráfico, y sus gruñidos y esfuerzos embargo, aunque algunos de los mejores, sobre todo en Francia e Irlanda, mereciesen las tres estrellas rojas de la guía Nugg, ninguno me había permitido adivinar el lujo y la molicie de mi primera Villa Venus. Tres *squaws* egipcias, escrupulosas observantes de la regla del perfil (largos ojos de ébano, nariz respingona, cabellera negra con mechones trenzados, túnica de faraón color de miel, delgados brazos ambarinos, brazaletes esclava, pendientes en forma de gran anillo biseccionados por las trenzas, cinta de cabeza a la iroquesa y babero decorativo), amorosamente tomadas por Eric Veen de la reproducción de un fresco de Tebas impreso en Alemania (*Künstlerpostkarte* n.º 6.034, precisa el cínico doctor Lagosse), se encargaron de prepararme —mediante lo que un Eric sediento llamaba «exquisitas manipulaciones



de ciertos nervios cuya posición y cuyas propiedades no son conocidas más que por algunos sexólogos antiguos», acompañadas por la no menos exquisita aplicación de ungüentos vagamente mencionados en el *pornolore* de las Orientalia de Eric —para recibir a una joven virgen asustada, descendiente de un rey de Irlanda (según supo Eric, en su último sueño en Ex, Suiza, de labios de un maestro de ceremonias más fúnebres que fornicatorias).

Los preparativos se desarrollaban con un ritmo tan sostenido, tan insoportablemente delicioso, que Eric, muriendo en su sueño, y Van, palpitante de vida obscena en un lecho roció (tres leguas al sur de Bedford), no llegaban a comprender cómo aquellas tres bellezas, que súbitamente estuvieron despojadas de sus atavíos (bien conocido proceso erótico), se las podían arreglar para prolongar un preludio que le mantenía a uno suspendido tan peligrosamente, y durante tanto tiempo, en el límite extremo del desenlace. Estaba tendido sobre la espalda y me sentía dos veces más voluminoso de lo que nunca había sido (tontería senil, según la ciencia), cuando seis dulces manos trataron de empalar a la jovencita, a la temblorosa Adada, en el temible instrumento. Una estúpida compasión (sentimiento que experimento pocas veces) hizo que mi deseo se debilitase, y dije que se llevasen a la niña a un festín de tarta de melocotones y crema. Las egipcias parecieron desconcertadas, pero pronto se recuperaron. Entonces convoqué a las veinte musas de la casa (comprendida la niña de labios azucarados y mentón reluciente) y les rogué que compareciesen ante mi presencia resucitada. Tras minuciosos exámenes y luego de haber alabado muchas caderas y muchos cuellos, acabé por elegir una Gretchen dorada, una andaluza pálida y una belleza negra de Nueva Orleans. Las sirvientas saltaron sobre ellas como leopardos, las perfumaron con un celo no exento de lesbianismo y dejaron a las tres gracias entre mis manos. Parecían algo melancólicas. La toalla que me dieron para secar el sudor que me chorreaba por la cara y me quemaba los ojos podía haber estado más limpia. Elevé la voz e hice que abriesen de par en par las renuentes contraventanas. Un camión había quedado atascado en el fango de una carretera sin terminar, prohibida al tráfico, y sus gruñidos y esfuerzos disiparon la curiosa morosidad que se había apoderado de nosotros. Sólo una de las chicas llegó a tocarme el corazón, pero las poseí a las tres sin piedad y sin prisa, «cambiando de montura a mitad de carrera» (según el consejo de Eric), antes de acabar, cada vez, en el torno de la ardiente ardilluzza, la cual me dijo, cuando nos separamos tras el último espasmo (aunque el reglamento prohibiese la charla no erótica), que su padre había construido la piscina de la propiedad del primo de Demon Veen.

Todo había terminado ya. El camión se había marchado o se había hundido. Eric no era más que un esqueleto en el rincón más caro del cementerio de Ex («pero bueno, todos los cementerios son de «ex-», había dicho un jovial pastor protestante), entre un alpinista anónimo y mi doble nacido muerto.

Cherry, el único muchachito de otro floramor (americano), era un pequeño salopiano de once o doce años y aspecto simpático, con bucles de bronce, ojos soñadores y pómulos de elfo. Dos cortesanas excepcionalmente libertinas animaron a Van a probarle. Desgraciadamente, los esfuerzos conjugados de ambas no consiguieron excitar al gentil sodomita, agotado por otros asaltos demasiado recientes. Sus nalgas de muchachita estaban lamentablemente desfiguradas por multicolores arañazos de garras bestiales y por violentos pellizcos. Pero, lo que era mucho peor aún, el pequeño no podía disimular poco apetitosos síntomas disentéricos que untaban el astil de su

amante con sabré y mostaza (¡sin duda había comido demasiadas manzanas verdes!). En tales condiciones, había que destruirle... o que dejarle.

Hablando en términos generales, hubo que poner fin al uso de muchachitos. Un célebre floramor francés perdió irremisiblemente su antiguo esplendor el día que el conde de Langburn descubrió a su hijo raptado, cuando le estaba examinando un veterinario, al que el viejo conde mató por error de un balazo de pistola.

En 1905 el prestigio de Villa Venus recibió otro golpe bajo. El personaje a quien hemos llamado Ritcov, o Vrotic, se había visto obligado, por razones de edad, a renunciar a su patronazgo. No obstante, un día reapareció de improviso, tan gallardo como la proverbial Giralda. Durante toda la noche, la tropa entera de su floramor favorito (cerca de Bath) trabajó en él sin resultados. Finalmente, un irónico Lucero de la Noche apareció en un cielo lechoso: entonces, el infortunado soberano de medio mundo hizo que le trajeran el Libro Rosa y escribió allí este verso, compuesto en otro tiempo por Séneca: *Subsidunt montes, et juga celsa ruunt*. Y se volvió a casa, llorando. Más o menos en la misma época, una respetable lesbiana que dirigía una Villa Venus en Souvenir, el bello balneario de Missouri, estranguló con sus manos de ex-halterófila rusa a dos de sus más bellas y valiosas pensionistas. Fue algo bastante triste.

Una vez iniciada, la decadencia del Club se extendió con una rapidez prodigiosa, y por las vías más diversas. Chicas de immaculada ascendencia eran buscadas por la policía porque tenían por amantes particulares bandidos de grotescas mandíbulas, o porque ellas mismas habían cometido crímenes. Médicos corrompidos concedían certificados de aptitud a rubias marchitas, madres de media docena de hijos (algunos de los cuales se preparaban ya a ingresar en algún otro lejano floramor). En otros casos, expertos en cirugía estética devolvían a matronas próximas al medio siglo la apariencia y el aroma de colegialas en su primera fiesta. Gentileshombres de los más altos títulos, magistrados con su halo de probidad, eruditos de exquisitas maneras, resultaron ser copulantes tan brutales que algunas de sus víctimas más jóvenes tuvieron que ser hospitalizadas y relegadas más tarde a burdeles de segunda fila. «Protectores» anónimos sobornaban a los inspectores sanitarios; y el «Raja» de Cachou (que era un impostor) contrajo una enfermedad venérea con una nieta de una sobrina (auténtica) de la emperatriz Josefina. Al mismo tiempo, desastres financieros (que no alcanzaron a Van ni a Demon, pecuniaria y filosóficamente invulnerables, pero sí afectaron a muchas personas de su mundo) empezaron a alterar el patrimonio estético de Villa Venus. Desagradables alcahuetes cuya obsequiosa sonrisa revelaba las lagunas de su dentadura amarillenta, acechaban detrás de los rosales y ofrecían prospectos ilustrados; hubo incendios, temblores de tierra, y por último, bruscamente, de los cien palacios no quedó arriba de una docena (que pronto decayeron hasta el nivel de lúpares en putrefacción), y al llegar el año 1910, todos los muertos del cementerio inglés de Ex fueron echados a la fosa común.

Van no lamentó nunca su última visita a la última Villa Venus. Una vela en forma de coliflor ardía con sucia llama en su palmatoria de estaño sobre la repisa de la ventana, al lado de un ramillete de rosas en forma de guitarra, envuelto todavía en papel transparente: nadie se había tomado el trabajo de buscar un jarrón, que quizá no existía. Algo más lejos, acostada en su cama, una mujer encinta fumaba, con una rodilla levantada, y, rascándose la ingle con un dedo indolente, contemplaba las volutas de humo que subían a mezclarse con las sombras del techo. Al fondo, tras

ella, una puerta entreabierta dejaba ver lo que habría podido ser una galería a la luz de la luna, pero era en realidad una amplia sala abandonada, medio demolida, con fisuras en zigzag hendiendo el suelo y una pared resquebrajada sobre las tinieblas. El espectro negro de un piano de cola abierto llenaba la noche de tañidos fantasmagóricos. Por una extensa grieta abierta en el yeso y el ladrillo entre los rodapiés y paneles de mármol, el mar desnudo, invisible pero audible como una extensión jadeante, separada del tiempo, gruñía sordamente, se replegaba sordamente, llevándose su carga de arena y guijas; y, junto con aquellos sonidos de ruina, soplos indolentes de viento cálido entraban en la sala, desplazaban las volutas de sombras suspendidas sobre la mujer acostada, y el plumón de polvo que descendía flotando sobre su pálido vientre inflado, y el reflejo de la candela en un vidrio agrietado de la ventana azulada. Reclinado en un sofá basto y revientarriñones, bajo la ventana, Van, con aire hosco y meditabundo, acariciaba pensativamente la bella cabeza que reposaba en su pecho, inundada por los cabellos negros de una prima o una hermana mucho más joven de la lamentable florinda del lecho en desorden. La niña tenía los ojos cerrados, y, cada vez que Van ponía los labios sobre sus párpados húmedos y abombados, el movimiento rítmico de sus senos apenas en flor se transformaba y se interrumpía totalmente, para reanudarse después de una pausa.

Van tenía sed, pero la botella de champaña que había traído con el ramillete de rosas continuaba sin descorchar y no se sentía con fuerzas para separar de su pecho la querida cabeza sedosa para manipular la explosiva botella. Ella se llamaba... ¿cómo se llamaba? La había acariciado y profanado muchas veces durante los diez últimos días, pero aún no estaba seguro de que su nombre fuese verdaderamente Adora (como todas decían... todas, es decir, ella, la otra, y una tercera, una sirvienta, la princesa Kachurin, que parecía haber venido al mundo con el traje de baño descolorido que nunca se quitaba y con el que moriría, sin duda, antes de alcanzar su madurez —o el primer invierno riguroso— sobre la colchoneta de playa en la que ahora gemía, en un estupor narcótico). Y, dado que se llamase realmente Adora, ¿qué era? Ni rumana, ni dalmata, ni siciliana. Tampoco irlandesa, aunque su inglés, imperfecto pero no demasiado extranjero, tuviese ecos del acento de la tierra. Y su edad, ¿era de once, de catorce años? ¿Quizá de quince? ¿Los cumplía verdaderamente en aquel 21 de julio de mil novecientos cuatro u ocho... o tal vez años más tarde, en una rocosa península del Mediterráneo?

La campana de una iglesia muy lejana, que sólo podía oírse por las noches, sonó dos veces, y luego otra, para marcar el cuarto.

*Smorchiamo la secandela*, masculló la alcahueta en el dialecto local que Van entendía mejor que el italiano. La niña que él abrazaba se estremeció y él la cubrió con su capa de etiqueta. En las tinieblas que el olor a mugre hacía más espesas, un rombo de luz lunar se posó en las losas del suelo, al lado del antifaz negro (que Van nunca volvería a ponerse) y de su pie calzado con un escaupín brillante. Aquello no era Ardis, no era la biblioteca, no era ni siquiera una habitación humana, sino el antro sórdido en el que había estado acostado el matón antes de volver a su trabajo de entrenador de *rugby* en cualquier escuela pública inglesa. En la gran sala, por lo demás vacía, el piano parecía tocar por sí solo; pero en realidad estaba siendo pulsado por las ratas, que buscaban los restos succulentos depositados allí por la criada: a ésta le gustaba oír un poco de música, cuando el cáncer que le devoraba la matriz la despertaba antes del alba con su primer mordisco familiar. La casa en ruinas

no conservaba ya la menor semejanza con el «sueño organizado» de Eric. Pero la pequeña criatura, suave y lisa, que Van apretaba desesperadamente en sus brazos, era Ada.

#### IV

¿Qué son los sueños? Una azarosa sucesión de escenas triviales o trágicas, estáticas o itinerantes, fantásticas o familiares, que nos muestran acontecimientos más o menos verosímiles, remendados con detalles grotescos, y que resucitan a los muertos para instalarlos en nuevos escenarios.

Cuando considero los sueños más o menos memorables que han animado mis noches en el transcurso de los nueve últimos decenios, puedo calificarlos, según su tema, en varias categorías, dos de las cuales destacan acusadamente por su distinción genérica. Se trata de los sueños profesionales y de los sueños eróticos. Cuando yo tenía veinte años, los primeros eran tan frecuentes como los segundos, y tanto unos como otros tenían sus propias introducciones, los insomnios, provocados bien por el desbordamiento de las diez horas de trabajo profesional, bien por el recuerdo de Ardis, enloquecedoramente reavivado por alguna espina del día. Después del trabajo me veía obligado a luchar contra la fuerza de mis disposiciones mentales, porque la corriente de la creatividad, la poderosa exigencia de la frase que pedía ser formada, no me dejaban respiro durante horas y horas de tinieblas y malestar, y, cuando ya había obtenido algún resultado, el torrente seguía rugiendo detrás del muro, incluso si yo encerraba a mi cerebro por un acto de auto-hipnosis (ni la voluntad ni las píldoras podían ya ayudarme) en el interior de otra imagen o de otro tema del meditación —pero no Ardis, no Ada, porque eso habría sido dejarme caer en una catarata de insomnio todavía peor— hasta que la rabia y el pesar, el deseo y la desesperación me precipitaban a un abismo en el que, por agotamiento puramente físico, acababa por dormirme.

En los sueños profesionales, que me obsesionaron especialmente cuando trabajaba en mi primera novela, suplicando de una manera abyecta a una musa muy frágil («de rodillas y retorciéndome las manos», como el suplicante Marmlad de Dickens, con su pantalón lleno de polvo, ante su Marm lady), me veía, por ejemplo, corrigiendo galeradas, pero, al mismo tiempo, sabe Dios cómo (ese gran «sabe Dios cómo» de los sueños), el libro había ya salido, literalmente «salido», de una papelera desde donde una mano humana me lo ofrecía, en su estado perfecto y terriblemente imperfecto, con una errata en cada página, como el traidor «pajar» en vez de «pájaro», o a veces incluso una palabra sin sentido, como «protón» en vez de «portón». O bien, dirigiéndome precipitadamente al lugar en que debía dar una conferencia, encontraba el camino atascado por una multitud de personas y coches, y de pronto me daba cuenta, con alivio, de que todo lo que tenía que hacer era borrar las palabras «atasco de circulación» en mi manuscrito. Los sueños que yo llamaría de tipo *skyscape* («paisaje celeste»), y no *skyscrape* («rascacielos»), como probablemente lo habrán escrito dos tercios de la clase, pertenecen a una subdivisión de mis sueños profesionales, o quizá pueden tener más bien la significación de prefacio de los mismos, porque fue en los tiempos de mi primera pubertad cuando no se pasaba noche, por así decirlo, sin que alguna impresión antigua o reciente del estado de vigilia tejiese un vínculo suave y profundo con mi genio todavía mudo (porque somos *van*, lo que rima con *vaan* (uno), en la pronunciación rusa). En esa clase de sueños,

la presencia o la promesa del arte era revelada por la imagen de un cielo cubierto por varias capas de nubes, una blanca, inmóvil pero henchida de esperanza, otra gris, en movimiento pero desesperada; en ese panorama se descubrían los signos artísticos de una próxima iluminación: pronto, bajo la capa más tenue, transparecía la luz de un sol, pálido, pero el avance de las nubes grises no tardaba en reencapotarlo, porque yo no estaba todavía a punto.

En relación con los sueños profesionales pueden ponerse los «sueños vaga-perdición», pesadillas acosadas por signos fatídicos, calamidades talámicas, amenazadores enigmas. La amenaza está muchas veces escondida, sin formular, y algún incidente inocente que, por costumbre, ha sido registrado por escrito, solo más tarde, en ocasión de una relectura, encuentra ese olor de presciencia que Dunn explica mediante el fenómeno de la «memoria inversa». Pero no tengo la intención de extenderme aquí a propósito del carácter misterioso de los sueños. Me contentaré con indicar que alguna regla lógica debía permitir fijar en cada dominio el número de coincidencias admisibles, más allá del cual las coincidencias dejaran de ser coincidencias para formar, al contrario, el organismo vivo de una verdad nueva. («Decidme —pregunta la gitanilla de Osberg a los moros El Motela y Ramera —cuál es el número mínimo de pelos que debe haber en un cuerpo para que lo llamemos peludo.»)

Entre los sueños de tipo «vaga-perdición» y las visiones de sensualidad exacerbada, yo pondría las suavidades de la ternura erótica y de las delicias conmovedoras, los roces fugitivos con jóvenes desconocidas en fiestas imprecisas, las medias sonrisas de invitación o rendición —ecos o heraldos de sueños angustiosos o de decrecientes series de Ada desvaneciéndose en la distancia con un reproche silencioso; y lágrimas aún más ardientes que aquéllas que derramé despierto sacudían y consumían al pobre Van, y su recuerdo le perseguía durante días y semanas, en los momentos más imprevistos.

Se experimenta cierta incomodidad cuando se aborda la descripción de los sueños sexuales de Van en una crónica familiar que quizá leerán personas muy jóvenes después de la muerte de un cronista muy anciano. Dos ejemplos, expresados en términos más o menos eufemísticos, pueden bastar para nuestro propósito. En un complicado arreglo de recuerdos temáticos y de imágenes automáticas, Aqua en el papel de Marina, o Marina maquillada para parecerse a Aqua, se presenta a informar a Van de que Ada acaba de dar a luz a una niña a la que él va a conocer carnalmente sobre un duro banco de jardín, mientras, muy cerca de allí, bajo un pino, el padre de Van, o su madre vestida de frac, trata de conseguir una comunicación trasatlántica para pedir a Vence una ambulancia urgente. Otro sueño, repetido en sus líneas fundamentales desde 1888 hasta una fecha avanzada del siglo actual, desarrollaba una idea esencialmente triple y, en cierto sentido, tribádica. La malvada Ada y la lasciva Lucette habían descubierto una mazorca de maíz maduro, muy maduro. Ada la sostenía por ambos extremos, como se coge una armónica, *organum buccale*, y de pronto *era* de verdad un *organum*, que ella recorría en toda su longitud con los labios entreabiertos, dejando el tronco limpio, y, mientras lo hacía brillar y gemir, la boca de Lucette se engullía su extremidad. Los juveniles rostros de las dos hermanas, ávidas, adorables, estaban ahora muy cerca uno de otro, melancólicos y soñadores en su juego lento, casi lánguido. Sus lenguas se encontraban como dos dardos de fuego y volvían a separarse. Sus cabelleras en desorden, bronce rojo y bronce negro, se

confundían exquisitamente. Y mientras, inclinadas sobre mí, saciaban su sed en la alberca de mi sangre, sus suaves y alisadas grupas se alzaban en alto.

Tengo ante mí algunas notas acerca del carácter general de los sueños. Algunas de sus particularidades me intrigan, como esa multitud de gentes de rasgos precisos a las que nunca he conocido y que nunca volveré a ver, que se cruzan conmigo, me acompañan, me saludan y me importunan con su charla interminable y fastidiosa a propósito de otras personas a las que no conozco mejor (y todo eso en lugares que me son familiares, en presencia de seres vivos o muertos a quienes conozco muy bien). O como esas curiosas bromas que me gasta un agente de Cronos, esa conciencia muy precisa de la hora que es, acompañada de todas las angustias de quien tiene miedo de no llegar a tiempo a alguna parte (y que podrían no ser otra cosa que las enmascaradas angustias de una vejiga demasiado repleta), y esa saeta de reloj ante mis ojos, numéricamente elocuente, mecánicamente plausible, y sin embargo compatible (y ahí está lo extraño del hecho) con un sentimiento extremadamente vago, casi inexistente, del paso del tiempo (reservo este tema para un próximo capítulo). Todos los sueños están afectados por las experiencias y las impresiones del presente y por los recuerdos de la infancia; todos reflejan, en forma de imágenes o de sensaciones, una luz, una corriente de aire, una comida copiosa, una grave inquietud interna. Sin duda (y subrayo este punto ante mis alumnos) hay que considerar como el rasgo más característico de casi todos los sueños, tanto los más triviales como los más portentosos —y eso a pesar de la presencia encadenada o discontinua de una reflexión lógica (dentro de ciertos límites) y de la conciencia (a menudo absurda) de acontecimientos que pertenecen al pasado del sueño— el lamentable debilitamiento de las facultades intelectuales del soñante, que no se sorprende verdaderamente al encontrarse en presencia de un amigo muerto hace mucho tiempo. En el mejor caso, el soñante lleva anteojeras semiopacas; en el peor, es un imbécil. La clase (1891, 1892, 1893, 1894, etc.) no dejará de notar (ruido de cuadernos) que, por razón de su misma naturaleza, de esa mediocridad y esa estúpida incompetencia, los sueños no pueden producir ninguna apariencia de moralidad, símbolo, alegoría o mito griego, a menos, naturalmente, que el que sueña sea griego o mitólogo. Las metamorfosis son tan comunes en el sueño como las metáforas en la poesía. Un autor que, por ejemplo, compara el hecho de que la imaginación se debilita menos rápidamente que la memoria con el hecho de que la mina de un lápiz se gasta más lentamente que la gomita fijada al otro extremo, compara dos realidades concretas, igualmente existentes. ¿Debo repetir lo que acabo de decir? (gritos de «¡sí, sí!»). Pues bien, el lápiz que sostengo en la mano es todavía lo suficientemente largo como para cumplir su cometido, aunque ya me he servido mucho de él, pero la gomita de que está equipado ha desaparecido, prácticamente, por el uso. Mi imaginación es aún vigorosa y utilizable, pero mi memoria disminuye día a día. Comparo, pues, una experiencia real y la condición de un objeto vulgar, igualmente real. Ninguna de esas dos realidades es el símbolo de la otra. Del mismo modo, cuando un humorista de salón de té nos dice que un melindre cónico rematado por una cereza cómica se parece a esto a aquello, transforma un pastel rosa en un pezón rosado (tempestad de risas) con una filigrana en forma de fresa o una frase de forma afilegranada (silencio). Se trata, pues, de objetos reales, no intercambiables, y que no son la efigie de otra cosa, como, por ejemplo, el tronco decapitado de un cortesano del siglo XVI coronado por la imagen de su nodriza (una risita solitaria). El error, el error grotesco, crapuloso y vulgar de los analistas a los Signy-Mondieu, consiste en considerar tal objeto real que el sujeto ve en sueños —un pompón, un

melón— como la representación abstracta del objeto real: el bombón de un niño, o la mitad de un busto, si ustedes entienden lo que quiero decir (risas aisladas).

Ni en las alucinaciones del tonto del pueblo ni en el último sueño que nosotros, ustedes y yo, hemos tenido la noche pasada, no hay lugar para ningún alegoría, para ninguna parábola. En esas visiones desordenadas, nada —subrayen «nada» (chirridos de trazos de pluma horizontales)— nada puede ser descifrado por un chamán como el indicio que le permitiría curar a un loco o consolar a un asesino echando la culpa a un padre demasiado tierno, demasiado diabólico o demasiado indiferente... úlceras secretas que el charlatán tutelar finge curar mediante dispendiosas diversiones confesionales (risas y aplausos).

## V

Van pasó el trimestre de otoño de 1892 en la Universidad de Kingston, Mayne, en la que estaban integradas una clínica mental de primera categoría y un servicio de terapia justamente famoso. Allí volvió a ocuparse Van de uno de uno de sus antiguos proyectos, un estudio sobre la Idea de Dimensión y Demencia («Van, tú "esturbarás" con una aliteración en la boca», le había dicho, bromeando, el viejo profesor Rattner, pesimista de genio perteneciente al claustro de Kingston, para quien la vida no era sino una «disturbación» en el orden «rattnerterológico» de las cosas... derivado de «nerterós», no de *Terra*).

Van Veen (lo mismo que, en su humilde esfera, el redactor de Ada) gustaba de cambiar de domicilio al acabar un tomo, un capítulo o incluso un párrafo: casi había terminado un pasaje arduo sobre el divorcio del tiempo y de su contenido (la acción sobre la materia), la acción en el espacio, la naturaleza misma del espacio) y se preparaba a regresar a Manhattan (esa especie de mudanza era la transposición biográfica del «cambio de párrafo», más que una concesión hecha a alguna ridícula influencia del medio» respaldada por la autoridad de Marx padre, celebrado autor de comedias «históricas») cuando recibió una llamada dorofónica tan inesperada que sus funciones respiratorias y circulatorias resultaron momentáneamente afectadas.

Nadie, ni siquiera su padre, sabía que Van había comprado hacía poco el ático de Córdula (entre el Parque y la Biblioteca de Manhattan). Aparte de las ventajas que ofrecía al trabajo erudito con su terraza para reclusión estudiosa suspendida en el vacío aéreo, y sobre la ciudad ruidosa pero conveniente, que lamía la base de la roca invulnerable de su mente, el apartamento de Córdula era lo que solía llamarse, en argot de moda, una «locura de soltero», donde podía recibir secretamente a la amiga (o amigas) que le viniese en gana (una de ellas había bautizado el lugar con el nombre de «tu ala *à-terre*»). Pero Van no había dejado todavía su más bien deslucido apartamento, tipo Chose, de Kingston, aquella hermosa tarde de noviembre en que consintió que Lucette fuese a visitarle.

No la había visto desde 1888. En otoño de 1891 le había enviado desde California una declaración de amor en diez páginas, incoherente, indecente, insensata, casi salvaje, que no examinaremos en estas páginas, (Véase, no obstante, un poco más adelante. Editor.) Ahora estaba estudiando Historia del Arte («ese último refugio de los mediocres», decía) en el cercano Colegio de Queenston para Chicas Encantadoras y *Glupovatih* (torpes). Cuando le llamó para suplicarle que no le negase una

cita (con una voz nueva, de timbre más apagado, que recordaba angustiosamente la voz de Ada) puntualizó que era portadora de un importante mensaje. Van sospechó que se trataba de una continuación de la serie amor-sin-respuesta, pero al mismo tiempo presintió que la visita de Lucette iba a reavivar ciertos fuegos infernales.

Mientras la esperaba, midiendo con sus pasos toda la longitud del enmoquetado suelo de su apartamento, contemplando unas veces, desde una ventana abierta al noreste, al final del pasillo, los árboles engalanados que desafiaban al otoño, y volviendo otras veces al salón que daba sobre Greencloth Court, todavía bordeado de sol, se batía en espíritu con Ardis, sus vergeles y sus orquídeas, preparándose para la prueba que le esperaba. Se preguntaba si no era preferible cancelar la visita, o encargar a su criado que le excusase ante Lucette por su ausencia, justificada mediante cualquier obligación imperiosa e imprevista... pero sabía desde el principio que no haría nada de eso. La relación de Lucette con las tribulaciones de Van era sólo indirecta. Su prima habitaba algún que otro rayo de sol, pero no era posible hacerla desaparecer con toda la iluminación de Ardis. Recordó, fugazmente, aquella dulzura sobre sus rodillas, las posaderitas redondas, sus ojos de verde cristal de roca volviéndose hacía él, y la carretera que huía a sus espaldas. Se preguntó si habría engordado, si su piel se habría cubierto de pecas o si se habría incorporado al grupo exquisito de las ninfas Zemski. Había dejado entreabierta la puerta del descansillo de la escalera, y sin embargo no oyó el ruido de los tacones altos que subían los peldaños (quizás los confundió con los latidos de su propio corazón), absorto en la vigésima vuelta a su laboriosa estrofa:

*¡Vuelve a los ardores bajo los árboles!*

*¡Es Eros, que toma su impulso!*

*Es el Arte donde se guarecen nuestros mármoles,*

*Es Eros, la rosa y la suerte.*

Sé que mis versos son malos, y eso me duele, pero aun los ripios son mejor que:

*«Invalidar el pasado*

*en muda prosa...»*

¿Quién ha escrito eso? ¿Vultimand, o Voltemand, o Buming Swine? ¡La peste de su anapesto! *All our old loves are corpses or wives* («todos nuestros viejos amores son cadáveres o esposas»). Todos nuestros males son vírgenes o ramerás.



Un oso negro con bucles de un rojo brillante le esperaba (el sol había alcanzado la primera ventana del salón). ¡Sí, había ganado el gene Z! Era delgada y misteriosa. Sus ojos verdes se habían agrandado. A los dieciséis años tenía un aspecto considerablemente más disoluto que su hermana en la misma fatal edad. Llevaba un abrigo de piel negro, pero no sombrero.

—Mi alegría (*mota radost'*) —dijo Lucette. Sólo eso. Él había esperado más ceremonia. Pero, bien consideradas las cosas, apenas la había conocido hasta entonces, a no ser como un embrión de ascuas.

Distendiendo la nariz coralina, los ojos húmedos, la boca de un rojo vivo peligrosamente entreabierto, sesgada sobre la lengua y los dientes (como una fierecilla domesticada amagando un suave mordisco) se le acercó envuelta en el vértigo de un éxtasis naciente, de una caricia desvelada... la aurora, quién sabe (*ella sabía*) de una nueva vida para ambos...

—¡El pómulo! —intimó Van a la muchacha.

—Tú prefieres los *skeletiki* (los pequeños esqueletos) —murmuró Lucette, mientras Van aplicaba unos labios ingrátidos (y repentinamente, más secos de lo corriente) sobre la mejilla dura y ardiente de su medio hermana. No tuvo más remedio que aspirar fugazmente su perfume de Degrasse—, elegante, aunque decididamente «hetaira» y, a través de éste, la llama de su Petit Larousse, como decían, él y la otra, cuando decidían aprisionar a la pequeña en el agua de una bañera. Sí, muy nerviosa y muy perfumada. El verano indio... demasiado bochornoso para llevar pieles. La cruz (*krest*) de la acicalada pelirroja. Sus cuatro ardientes extremidades. Porque no se puede acariciar (como él estaba haciendo) el rubio bronce de arriba sin imaginar al mismo tiempo el pequeño toisón de abajo y las dos brasas simétricas.

—Aquí vive él —dijo Lucette, mirando a su alrededor, mientras Van, admirativo y triste, la ayudaba a quitarse el abrigo ligero, oscuro y profundo, preguntándose en un aparte (porque era muy aficionado a las pieles): ¿oso marino (*kotik*)? No, desmán (*vihuhol*). Y mientras la ayudaba, Van admiraba su elegante delgadez, su traje sastre gris, su pañuelo color humo, y, cuando retiró éste, su cuello largo y blanco. «Quítate la chaqueta», dijo, o creyó decir (en pie, con las manos tendidas, vestido con un traje color antracita, combustión espontánea, en medio del sombrío salón de una sombría casa anglomaníacamente llamada Voltemand Hall, en la universidad de Kingston, trimestre de otoño de 1892, hacia las cuatro de la tarde).

—Creo que voy a quitarme la chaqueta —dijo Lucette, con el fruncimiento de cejas, fugitivo y ceremoniosamente femenino, que acompañaba tal «creencia»—. Veo que tienes calefacción central. Nosotras, las chicas, tenemos que conformarnos con pequeñas chimeneas.

Dejó caer la chaqueta y se mostró en blusa blanca sin mangas, con chorrera. Levantó los brazos para arreglarse el peinado, y Van pudo ver los dos ardientes nichos que presentía.

—Sin embargo, las tres ventanas están abiertas —dijo Van—, y pueden abrirse todavía más, pero sólo hacia el oeste. Y ese patio verde que ves ahí abajo es la alfombra para las plegarias del sol vespertino, que calienta todavía más esta habitación. ¡Es triste para una ventana no poder hacer moverse a su marco paralítico, para asomarse a ver lo que pasa al otro lado de la casa!

El Veen de siempre.

Lucette abrió su bolso de mano, de seda negra, sacó un pañuelito blanco, dejó el bolso entreabierto en el borde del aparador y se dirigió hacia la ventana más alejada; sus frágiles hombros temblaban de una manera intolerable.

Van advirtió un sobre azul muy alargado, con lacre violeta, que sobresalía del borde del bolso.

—No llores, Lucette. Es demasiado fácil.

Ella regresó hacia Van, frotándose suavemente la nariz y procurando contener sus húmedos sorbetones de niña. Todavía esperaba el abrazo decisivo.

—Toma un poco de coñac. No te quedes de pie. ¿Dónde está el resto de la familia?

Lucette volvió a colocar en el bolso el pañuelo hecho una pelotita, como en tantas antiguas novelas, y lo dejó sin cerrar. También los perros chow-chow tienen la lengua azul.

—Mamá vive en su Samsara particular. Papá ha tenido otro ataque. Sis ha vuelto a Ardis.

—¡Sis! ¡Calla, Lucette! No pongamos pequeñas serpientes a nuestro alrededor.

—Esta pequeña serpiente no sabe muy bien qué tono adoptar con el doctor Vivi Sector. No has cambiado nada, mi pálido amor, salvo que pareces un fantasma que ha olvidado afeitarse y ha perdido su *Glanz* estival.

Y nuestra *Mädel* estival. Van observó que el largo sobre azul había sido puesto sobre el borde de caoba del aparador. Se quedó de pie en medio de la habitación, frotándose la frente, sin osar, porque aquél era el papel de cartas de Ada.

—¿Quieres tomar una taza de té?

Lucette sacudió la cabeza.

—No puedo seguir aquí mucho tiempo. Además, tú me dijiste por teléfono algo de una ocupación que tenías hoy. ¡Cómo no vas a estar ocupadísimo, después de cuatro años completamente en blanco!

(También Van se pondría a sollozar si ella continuaba en ese tono).

—Sí... No lo sé. Tengo una cita hacia las seis.

Dos pensamientos contrarios, encadenados, bailaban juntos una danza grave, un minué mecánico con saludos y reverencias. Uno de ellos se llamaba «tenemos muchas cosas que decirnos»; y el otro, «no tenemos absolutamente nada que decirnos». Pero ese tipo de situaciones puede cambiar en un instante.

—Sí, tengo que ver a Rattner a las seis y media —prosiguió, consultando un calendario en el que nada veía.

—«¡Rattner sobre Terra!» —exclamó Lucette—. ¡Van lee Rattner sobre Terra! Pulgarcito no debe nunca, nunca, molestarnos, a él y a mí, cuando leemos a Rattner juntos.

—Querida, te suplico que no hagas imitaciones. No convirtamos un encuentro agradable en un suplicio recíproco.

¿Qué estaba haciendo en Queenston? ¡Vaya una pregunta! Él ya lo sabía. Es verdad, ¿dónde tengo la cabeza? ¿Difícil? No. ¡Ah...! De vez en cuando miraban con el rabillo del ojo la carta azul, para ver si se portaba bien, si no balanceaba las piernas, si no se metía el dedo en la nariz...

¿Devolverla sin abrir?

—Dile a Rattner —empezó Lucette, apurando su tercera copa, como si sólo fuera agua en tecnicolor—... dile... (el alcohol soltaba su linda lengua de víbora).

(¿De víbora? ¿Mi Lucette, mi querida muerta?)

—Dile que entonces, cuando tú y Ada...

El nombre se entreabrió como una puerta en su negro marco, para luego cerrarse de golpe.

—...me dejabais para iros con él, y luego volvíais, yo sabía siempre que *vsyo sdelali*, habíais contentado vuestro paseo, aliviado vuestro fuego...

—Esas pequeñas cosas se recuerdan con demasiada claridad, Lucette. Cállate, te lo ruego.

—Esas pequeñas cosas se recuerdan mucho más claramente que las grandes, las graves, las fatales. Por ejemplo, cómo ibas tú vestido en un momento dado, en un momento generosamente dado, y el sol en las sillas, y en el suelo. Yo era una criatura neutra y pura, y estaba, por supuesto, casi desnuda. Pero ella llevaba una camisa de chico y una falda corta, y todo lo que llevabas tú eran aquellos pantalones cortos sucios y arrugados, demasiado cortos por lo muy arrugados... Y olía a eso a lo que ella olía siempre, cuando tú habías ido a dar una vuelta por Terra con Ada, con Rattner sobre Ada, con Ada sobre Antiterra en el bosque de Ardis. ¡Oh, apestaban, literalmente, tus pantalones, apestaban Ada y su lavanda y su anchoa y tu algarroba encostrada!

¿Podría la carta, ahora próxima al coñac, oír aquel discurso? Y, después de todo, ¿venía de Ada? (no llevaba dirección). ¿No sería más bien la carta de amor de la Lucette loca y escandalosa que vertía aquél monólogo?

(Van, esto te hará sonreír. Así en el manuscrito. Edit.)

—Van —dijo Lucette—, esto te hará sonreír (predicción pocas veces realizada: Van no sonreía)—; pero si me hicieses la famosa Pregunta Van, yo te contestaría afirmativamente.

La pregunta que él había hecho a la pequeña Córdula en aquella librería, detrás del estante giratorio de los libros de bolsillo, *La gitanilla*, *Nuestros muchachos*, *Clichés de Clichy*, *Los vencidos*, *La Biblia edición completa*, *Buenos días Mertvago*, *La gitanilla*... Él era conocido en sociedad por hacer aquella pregunta a toda mujer joven con la que hablaba por primera vez.

—¡No, desde luego, no ha sido fácil! ¡Cuántos obstáculos que esquivar, cuántas proposiciones que rechazar en coches estacionados, en cócteles canallas! Y sólo este último invierno, en la Riviera italiana... había un joven violinista de catorce o quince años, un violinista endiabladamente precoz pero terriblemente tímido y neurótico. Marina decía que le recordaba a su hermano... Bien, durante cerca de tres meses, todas las santas tardes me dejé acariciar por él, y recíprocamente; y así pude, por fin, dormirme sin píldoras. Pero, aparte de eso, ni una sola vez he besado epitelio de macho en todo mi amor... quiero decir, en toda mi vida. Mira, puedo jurarlo, nunca lo he hecho, juro por... por... Shakespeare (extendiendo con dramatismo una mano hacia un estante lleno de gruesos libros rojos).

—¡Cuidado! —gritó Van—. Esas son las *Obras Completas* de Falknerman, traducidas aquí por mi predecesor.

—¡Puah! —dijo Lucette.

—Y, por favor, no uses esa interjección.

—Perdóname. Sí, ya sé. No lo haré más.

—Claro que lo sabes. De todas maneras, eres muy amable. Y estoy contento de que hayas venido.

—También yo, Van, también yo estoy contenta. Pero ante todo no creas que he venido para decirte otra vez que te amo como una loca, como una desventurada, y que puedes hacer de mí lo que quieras. Habría podido apretar el timbre, deslizar este sobre por debajo de la puerta y correr escaleras abajo. Si no lo he hecho es porque era preciso que te viera, porque hay algo más que es necesario que sepas, aunque tengas que despreciarnos y odiarnos a Ada y a mí. *Otvratitel no trudno* (es horriblemente difícil) de explicar, sobre todo para una virgen, técnicamente virgen, entendámonos, una virgen *kokotische*, medio ramera, medio doncella. Me doy perfecta cuenta de la delicadeza del asunto, son cosas misteriosas de las que no se debe hablar, ni siquiera a un hermano vaginal... cosas misteriosas, no sólo en su aspecto moral y místico...

Uterino... pero bastante próximo. El término procedía, sin duda, de la hermana de Lucette. Van conocía el aura y la figura, «aquel aura azulada, la figura de Ada...» (canción sentimental en la Sonorola). Azul violeta, lividez de cólera.

—...sino desde un punto de vista puramente físico. Porque, mi querido Van, desde ese punto de vista puramente físico yo sé tanto de Ada como tú.

—¡Di, di! —suspiró Van.

—¿Nunca te ha dicho nada en sus cartas?

Sonido Gutural Negativo.

—¿No te ha hablado nunca de lo que solíamos llamar «empujar el muelle»?

—¿Solíamos? ¿Nosotros?

—Ella y yo.

S.G.N.

—¿Te acuerdas del escritorio de la abuela, entre el globo terráqueo y la mesita redonda? En la biblioteca.

—Ni siquiera sé lo que es un «escritorio». Y no sitúo la mesita redonda.

—Pero te acuerdas del globo.

La Tartaria cubierta de polvo y el dedo de Cenicienta apoyado en el lugar sobre el que debía caer el invasor.

—Sí, me acuerdo de él, y también de una especie de consola toda llena de dragones dorados.

—A eso le llamaba yo la mesita redonda. Realmente, era una consola china de laca japonesa roja, y el escritorio estaba a su lado.

—¿China o japonesa? Decídate. Pero sigo sin saber qué clase de cosa podría ser tu «incrustorio», es decir, a qué cosa se parecería en 1884 ó 1888.

¡Escritorio! Casi tan loca como la otra con sus Blemolopias y Molospermas.

—Van, Vanichka, estamos apartándonos del tema. Lo que yo quiero decirte es que el *secrétaire*, o, si prefieres, la escribanía...

—Detesto lo uno y lo otro, pero el mueble en cuestión estaba al otro lado del diván negro.

Primera vez que se vuelve a mencionar. Aunque tanto él como ella lo hubieran utilizado como orientador, o como una mano derecha indicadora pintada en un cartel transparente que el ojo de un filósofo —huevo duro sin cáscara, viajando sin cuerpo y sin órbita (pero sabiendo de manera intuitiva cuál de sus dos extremidades tiene a su lado una nariz imaginaria) —ve suspendida en el espacio infinito. A partir de lo cual, con una gracia muy germánica, aquel ojo circunda el cartel de cristal y descubre, en transparencia, una mano izquierda: ¡la solución del problema! (Bernard me ha dicho a las seis y media, pero quizá me retrase un poco.) En Van, lo mental bordeaba siempre lo sensual: inolvidable, áspero, velloso velludo de Villaviciosa.

—Van, estás desviando la cuestión voluntariamente...

—Las cuestiones no pueden ser desviadas.

—...porque al otro lado del diván Vaniada (¿te acuerdas?) No había más que el armario en que me encerrasteis por lo menos diez veces.

—*Nu uzh desyat* (¡exagerada!). Una sola vez... y *nunca* más. El agujero de su cerradura (sin llave) eran tan grande como el ojo de Kant. Kant era famoso por su iris cucumicolor.

—Bueno —continuó Lucette, cruzando sus bonitas piernas y contemplando su zapato izquierdo, de marca Verrier, muy elegante, en cuero brillante—, aquel escritorio constaba de una mesa de juego plegable y de un cajón ultrasecreto. Y tú creías, me parece, que estaba lleno de cartas de amor

escritas por nuestra abuela a los doce o trece años de edad. Y nuestra Ada conocía (sí, sí, la conocía) la existencia de aquel cajón, pero había olvidado cómo funcionaba el orgasmo, o como quiera que se llame eso cuando se trata de escritorios o de mesas de juego.

¡O como quiera que se llame!

—Ella y yo te desafiamos a descubrir el sensorio secreto (*chuvstvilishché*) y hacerlo funcionar. Fue aquel verano en que Belle se había aplastado el trasero y nos había abandonado a nuestros propios medios; y si los tuyos y los de Ada no eran muy limpios, los míos seguían siendo de una pureza conmovedora. Tú probaste mucho tiempo, palpando, tanteando en busca del pequeño órgano hasta que al final diste con él y resultó ser un redondelito oprimible recortado en la madera de palisandro, bajo el fieltro que tú palpabas, un resorte de pulsador, en fin, y Ada se echó a reír al ver salir el cajón.

—Y estaba vacío —dijo Van.

—No del todo. Contenía un minúsculo peón rojo, no más alto que esto (y Lucette indicaba el tamaño de un grano de cebada, colocando el dedo índice sobre... ¿sobre qué?... sobre la muñeca de Van). Lo he guardado como amuleto. Todavía debo tenerlo entre mis cosas. No importa; todos los detalles de este episodio pre-emblematizaban, para emplear el lenguaje de mi profesor de Arte ornamental, la depravación a que iba a entregarse tu pobre Lucette, a sus catorce años, en Arizona. Belle había regresado a Canadá, porque Vronski había desfigurado sus *Enfants maudits*. Su sucesora se había fugado con Demon. Papá estaba en el Este, mamá no volvía casi nunca antes del alba, nuestras criadas salían a la luz de las estrellas para reunirse con sus amantes y yo tenía horror a dormir sola en la habitacioncita de la esquina que me habían asignado, aunque nunca apagaba la lamparita de porcelana rosa (en la que se veía al trasluz la imagen de un cordero perdido) porque tenía miedo de los pumas y de las serpientes [Es muy posible que este pasaje no sea la transcripción de las palabras de Lucette, sino un extracto de alguna de sus cartas. Editor.], cuyos gritos y ruidos sabía Ada imitar a la perfección, y deliberadamente, supongo, en la sombra del desierto, bajo mi ventana del entresuelo. Bien [aquí parece que volvemos a la grabación original], para hacer un poco más larga la historia...

La festiva frase utilizada en 1884 por la anciana condesa de Prey para elogiar a una yegua coja de sus caballerizas, había pasado a su hijo, que se la había pasado a su amiguita, la cual se la había pasado a su hermanastra. Así lo reconstruyó instantáneamente Van (sentado, con las manos juntas por las yemas de los dedos, en una silla de felpa roja).

—Me llevé la almohada al cuarto de Ada, donde otra lamparilla adornada con una transparencia similar mostraba a un tipo extravagante y de barba rubia que, envuelto en una toalla de baño, apretaba contra su corazón al corderito recuperado. La noche era cálida como un horno y las dos estábamos completamente desnudas, salvo un esparadrapo adherido a mi brazo en el sitio en que me había acariciado y pinchado el médico del lugar. Ada era un sueño de belleza en blanco y negro, con un toque fresa en cuatro lugares, como una reina de corazones simétrica...

Un momento después las dos chicas estaban en cuerpo a cuerpo, y el juego les resultó tan delicioso que se prometieron repetirlo sistemáticamente, con fines higiénicos, siempre que estuvieran en situación desesperada y faltas de un muchacho.

—Me enseñó cosas que yo nunca habría imaginado —confesó Lucette, con aire de seguir aún maravillada de sus descubrimientos—. Nos entrelazábamos como serpientes y resollábamos como pumas. Éramos acróbatas mongoles, monogramas, anagramas, adalucindas. Ella besaba mi *krestik* mientras yo besaba el suyo, y nuestras cabezas se cruzaban en posturas tan extrañas que Brigitte, una doncellita, que entró inoportunamente con una vela en la mano, creyó por un momento, aunque también ella era bastante viciosa, que estábamos dando a luz simultáneamente a dos niñas: tu Ada, a una pelirroja, y Lucette, que no es de nadie, a una morena. ¡Imagínatelo si puedes!

—Desternillante —dijo Van.

—¡Oh!, y así seguimos prácticamente todas las noches, en el Rancho Marina, y muchas veces a la hora de la siesta; excepto en los intervalos de los *vanouissements* (la palabra es de ella), o cuando las dos teníamos la regla, lo cual, me creas o no...

—Puedo creerlo todo.

—...aparecía en las dos simultáneamente. Éramos hermanas como todas las hermanas, que comparten las cosas cotidianas y las rutinas con muy poco en común. Ella coleccionaba cactus o ensayaba a toda prisa un papel para una próxima representación en Sterva; yo leía mucho o copiaba bellas imágenes eróticas en un álbum de Obras Maestras Prohibidas, que encontramos en el fondo de una caja de *korsetov khrestomatiy* (corsés y crestomatías) que Belle se dejó olvidada... y puedo asegurarte que eran infinitamente más realistas que el rollo de Mong Mong, cuyo pincel era infatigable hacia el año 888, un milenio antes de que Ada dijese que era un buen ejemplo de calistenia oriental. Así pasaba el día, y salía la primera estrella, y enormes polillas se paseaban a seis patas por los vidrios de las ventanas, y nos abrazábamos hasta que caíamos dormidas. Y así he descubierto...

Lucette cerró los ojos. Y crispó los nervios de Van al reproducir con diabólica exactitud el suspiro con que Ada acompañaba el colmo de la dicha final.

En aquel momento, como en una obra de teatro bien construida, cuyo desarrollo va alternándose con intermedios cómicos, el campófono de bronce se puso a zumbar y su intervención fue coreada no sólo por el glu-glu de los radiadores, sino también por la botella destapada, de soda, que empezó a chisporrotear por simpatía.

Van (malhumorado):

—No he entendido la primera palabra. ¿Cómo dice? *L'adorée*? Un momento, por favor. (A Lucette:) Estáte quieta, Lucette. (Lucette susurra una palabra infantil con dos pes.) Está bien (indicando hacia el pasillo). Lo siento, Polly. Pero ¿es *l'adorée*? ¿No? Dígame el contexto. ¡Ah, *la durée*! ¿La *durée* no es más... qué? ¡Ah, «sinónimo»! Sinónimo de «duración». Perdona otra vez, no tengo más remedio que

poner fin a esa orgía de la soda. No cuelgue. (Grita en dirección del W.C., el «ve dobla», como decían en Ardis.) Lucette, deja que se desborde, ¡qué le vamos a hacer!

Van se sirvió otra copa de coñac, y durante un absurdo intervalo estuvo preguntándose qué demonios estaba haciendo. ¡Ah, sí, el polífono!

El polífono ya no daba señales de vida. Pero volvió a zumbar en cuanto Van colocó el receptor en su cuna. Al mismo tiempo, Lucette llamó discretamente a la puerta.

—*La durée*... por el amor de Dios, ¡entra sin llamar!... No, Polly, eso no va por usted, sino por mi primita. *La durée* no es sinónimo de *duración*, porque ya está saturada —sí, como en Saturno— del pensamiento de ese filósofo. ¿Qué es lo que ahora no va? ¿No sabe si es *dorée* o *durée*? D-U-R. Creí que usted sabía francés... Ah, comprendo. Hasta la vista. Mi mecanógrafa, una rubia insignificante pero siempre disponible, no acierta a leer la palabra *durée* escrita con mi mejor caligrafía, porque, según dice, sabe francés, pero no el francés científico.

—A decir verdad —observó Lucette, secando el sobre alargado, en el que había caído una gota de soda—, Bergson sólo es para gente muy joven o muy desgraciada, como esa rubia disponible.

—Conocer Bergson —dijo el profesor auxiliar libertino— merece todo lo más, en tu caso, un pequeño B. ¿O debo recompensarte dando un beso a tu *krestik*, sea lo que sea eso?

Nuestro joven Vandemonio volvió a cruzar las piernas y maldijo en voz baja el estado en que le había puesto la imagen de cuatro ascuas de una cruz: *The Manly State*..., como el desgraciado Lowden ha traducido el título de esa novela barata del *malheureux Pompier La condición humana*, en la que el autor, dicho sea de paso, da esta hilarante definición del término «Vandemonio»: «kulak tasmaniano de origen holandés». «Hay que echarla a puntapiés antes de que sea demasiado tarde.»

—Si hablas en serio —dijo Lucette, pasándose la lengua por los labios y arrugando los ojos ensombrecidos—, entonces, amor mío, puedes hacerlo... y en seguida. Pero si estás burlándote de mí, no eres más que un vandemonio abominablemente cruel.

—Vamos, vamos, Lucette. Esa palabra misteriosa significa en ruso «crucecita», y nada más, que yo sepa. ¿O puede ser algo más? ¿Un amuleto? Acabas de mencionar un gemelo de cuello, o un pequeño peón rojo. ¿Es un objeto que llevas, o llevabas, colgado del cuello por una cadenita? ¿Un pequeño glande de coral, la *glandulella* de las vestales de la antigua Roma? ¿Qué es, Lucette?

Lucette observaba a Van con circunspección.

—Voy a arriesgarme —dijo—. Te lo voy a explicar, aunque en realidad sólo se trata de una palabra inventada por nuestra hermana, una de sus palabras. Suponía que estabas familiarizado con su vocabulario.

—¡Ah, empiezo a adivinar! —exclamó Van, estremeciéndose de sarcástica malignidad, hirviendo de rabia misteriosa (vengándose inicuaamente de sus sinsabores en el chivo expiatorio que era para él la ingenua Lucette, nimbada por el aura de los labios innumerables de la Otra, pues ése y sólo ése era su crimen)—. Ahora me acuerdo bien. Lo que es una mancha obscena en singular puede ser en



plural una marca sagrada. Te refieres, sin duda, a esos estigmas que les salen entre las cejas a las monjas jóvenes puras y dolientes a las que los sacerdotes han sobreungido por todas partes haciéndoles, con mirra, la señal de la cruz.

—No, es algo mucho más sencillo —dijo la paciente Lucette—. Volvamos a la biblioteca donde encontraste esa cosita todavía enhiesta en su cajón...

—¡Los Zemski ganan! Como yo esperaba, te pareces a Dolly, tal como la vemos en ese retrato colgado en la pared, encima de su «inscritorio», todavía vestida con sus lindas *pantalettes* y con un clavel flamenco entre los dedos.

—No, no —dijo Lucette—. Aquel óleo indiferente vigilaba vuestros estudios y vuestros retozos desde el otro extremo de la sala, cerca de la alacena.

¿Cuándo acabará este suplicio? Ni siquiera puedo abrir esta carta delante de ella y leerla en alta voz para edificación de mi público. Carezco de arte para darle ritmo a mis gemidos.

—Un día, en la biblioteca, arrodillada en una silla Chippendale con cojín amarillo, ante una mesa ovalada con patas de garra de león...

[El estilo epítetico de esta frase nos hace creer que está inspirada en una fuente epistolar. Editor.]

—...al terminar una partida de Flavita, me encontré ante seis *Buchstaben* con las que no sabía qué hacer. Ten en cuenta que tenía ocho años y nunca había estudiado anatomía, pero hacía todo lo que podía, lo poco que podía, para mostrarme a la altura de mis dos *Wunderkinder*. Tú examinabas, con ojos y dedos, el caballete en que disponía mis letras y redistribuías el orden fortuito en que se encontraban (algo así como LIKROT, o ROTIKL, o...), y Ada, asomando sobre nuestras cabezas, nos inundaba con sus sedas de cuervo. Apenas habías acabado tu pequeña metomorfosis cuando los dos caísteis sobre la alfombra negra en un acceso de hilaridad tan violento como incomprensible. Por fin, yo compuse tranquilamente la palabra ROTIK (boquita), sin saber qué hacer con mi miserable inicial, que me sobra. Van, supongo que he embrollado las cosas todo lo posible. Es verdad que *la plus laide fille du monde peut donner beaucoup plus quelle n'a...* Y ahora, digámonos adiós. Tuya para siempre.

—...«mientras esta máquina le pertenezca» —murmuró Van.

—Hamlet —proclamó la más brillante alumna del conferenciante.

—De acuerdo, de acuerdo —asintió su verdugo (y verdugo de sí mismo)—, pero observa que un jugador de *Scrabble* inglés de mentalidad inclinada a cuestiones médicas y que dispusiese de dos letras más, habría podido encontrar, por ejemplo, STIRCOIL (famoso estimulante de las glándulas sudoríparas) o CITROILS (ese producto que emplean los mozos de cuadra para frotar a sus potras).

—Cállate, Vandemoniano —gimió Lucette—. Lee la carta y dame mi abrigo.

Pero él continuó, con las facciones convulsas.

—¡Estoy abrumado! Nunca habría creído que una joven de buena familia, descendiente de reyes escandinavos, de grandes príncipes rusos y de barones irlandeses, pudiera emplear el lenguaje proverbial del pueblo llano. Sí, Lucette, tienes razón, te comportas como una *cocotte*.

Meditativa y melancólica, Lucette precisó:

—Como una *cocotte* rechazada, Van.

—*O moia dushen'ka* (querida mía) —exclamó Van, indignado de su propia vulgaridad y crueldad—. ¡Perdóname, por favor! Soy un enfermo. Hace cuatro años que sufro de consanguíneocancerofornia, una misteriosa enfermedad que ha descrito Coniglietto. No pongas tu manita fría en mi garra, ese gesto sólo podría precipitar tu fin y el mío. Continúa tu historia.

—Bien, después de haberme enseñado ejercicios sencillos para una sola mano que podía practicar sola, la cruel Ada me abandonó. Desde luego, nunca dejamos realmente de hacerlo juntas alguna que otra vez, después de una fiesta, en el ranchito de unos conocidos al que habíamos sido invitadas, en un remolque blanco que ella me enseñaba a conducir, en un coche-cama que cruzaba la pradera a toda velocidad, y en el triste, triste Ardis, donde pasaba una noche con ella antes de salir para Queenston. Oh, Van, yo amo sus manos porque tienen tu misma *rodinka* (pequeña mancha de nacimiento), porque sus dedos son igual de largos, en fin, porque son, verdaderamente, las manos de Van en un espejo reductor, sus tiernos diminutivos, *v laskatel'noy forme* (el discurso de Lucette, como ocurría a menudo, en los momentos de emoción intensa, a los miembros de la rama Veen-Zemski de aquella extraña familia, la más noble de Estocilandia, la más ilustre de Antiterra, estaba salpicado de términos rusos, efecto no demasiado consecuentemente reproducido en este capítulo; esta noche nuestros lectores están levantiscos).

—Me abandonó —prosiguió Lucette, con un chasquido de labios y alisándose con mano distraída las medias transparentes—. Sí, se lanzó a una aventurilla bastante triste con Johnny, un joven actor de Fuerteventura —*c'est dans la famille*—, su exacto *odnoletok* (coetáneo), nacido el mismo año, el mismo día, en el mismo segundo... como si fuese su hermano gemelo.

La tonta de Lucette acababa de cometer un error.

—¡Ah, eso no puede ser! —interrumpió Van, sombrío, balanceándose a derecha e izquierda, con las manos crispadas y el ceño fruncido (¡cómo le gustaría a uno aplicar un *Wattebausch* —como el pobre Rack solía llamar a los vacilantes arpegios de Lucette —empapado en agua hirviendo a ese pequeño furúnculo maduro que apunta en la sien derecha de Van!)—. Sencillamente, no puede ser. Ningún maldito gemelo puede hacer eso. Ni siquiera las que vio Brigitte, un número gracioso sin duda, con la llama de su vela excitando sus pezones desnudos. La diferencia de edad habitual entre dos gemelos (su voz era la voz de un loco, pero tan bien contenida que sonaba como la de un redomado pedante) no es inferior a un cuarto de hora: ése es el tiempo que la matriz en ejercicio necesita para descansar y distenderse, con una revista femenina, antes de reemprender sus poco apetitosas contracciones. En ciertos casos muy raros en que la matriz sigue trabajando automáticamente, el tocólogo, aprovechándose del hecho, extrae el segundo crío, que entonces puede ser considerado como tres minutos más joven que su predecesor. Y, cuando consideraciones dinásticas acompañan el feliz acontecimiento —doblemente feliz, en este caso (Egipto entero está

ansioso)—, esa diferencia de tiempo puede tener, y tiene, más consecuencias que en la línea de meta de una carrera. Pero las criaturas, cualquiera que sea su número, no salen nunca en fila india: la expresión «gemelos simultáneos» presenta una contradicción en sus términos.

—*Nu uzh ne znayu* (bueno, no sé) —murmuró Lucette, reproduciendo fielmente el tono abatido con que su madre pronunciaba la frasecita, expresión aparente de una confesión de ignorancia y error, pero que tendía, con su acento apenas perceptible de condescendencia, más que de consentimiento, a atenuar y diluir la veracidad de la réplica correctora del interlocutor—. Lo único que yo quería decir —continuó —es que se trataba de un bello hispanoirlandés sombrío y pálido, y que la gente les tomaba por gemelos. No he dicho que fuesen verdaderos gemelos. O «drillizos».

¿*Drillizos*? ¿Quién lo pronunciaba así? ¿Quién, quién? ¿Una pobre criatura empapada y chorreando, en un sueño? ¿Vivían todavía los huérfanos? Pero sigamos oyendo a Lucette.

—Al cabo de un año, más o menos, descubrió que era el querido de un viejo pederasta, y le dejó. El desgraciado se metió una bala en la cabeza, en una playa de moda, durante la marea alta, pero los turistas y los bisturistas le sacaron de aquel mal paso, aunque ahora tiene el cerebro deteriorado y ha perdido definitivamente el habla.

—Siempre puede ser conveniente un mudo —dijo Van, con aire fúnebre—. Podría hacer el papel de eunuco sin lengua en *Estambul, mi bulbul*, o el de mozo de cuadra disfrazado de muchacha granjera y portador de un mensaje de su amo.

—Van, ¿te estoy aburriendo?

—¡No, qué tontería! Es una pequeña historia clínica interesante y palpitante.

Porque, a decir verdad, Lucette no estaba haciéndolo mal... Con tres tiros había abatido tres años... sin contar el plomo en el ala del cuarto. ¡Buen disparo... Adiana! Me pregunto cuál será el nuevo blanco.

—No me obligues a describirte más en detalle las enternecedoras noches tórridas y terribles que todavía pasamos, entre aquel pobre muchacho y el intruso que le sucedió. Si mi piel fuese tela y sus labios pincel, no habría en mi cuerpo ni una sola pulgada que no hubiese recibido su toque de color, y viceversa. ¿Te horroriza eso, Van? ¿Nos execras?

—Al contrario —replicó Van, en un acceso bastante bien imitado de indecente regocijo—. De no haber nacido macho y heterosexual, yo seguramente hubiera sido lesbiana.

Anonadada ante una reacción tan trivial a su obra maestra de astucia desesperada, Lucette abandonó, y quedó inmobilizada ante un gran agujero negro y gentes que tosían lúgubrementemente aquí y allá entre el invisible auditorio eterno. Por centésima vez Van miró el sobre azul: el borde longitudinal no estaba exactamente paralelo a la repisa de caoba, el ángulo superior izquierdo casi desaparecía tras la bandeja de las botellas de coñac y soda, el ángulo inferior derecho apuntaba hacia la novela preferida de Van, *The Slat Sign*, posada sobre el aparador.

—Quiero que volvamos a vernos pronto —dijo Van, que se mordía el pulgar, maldecía el silencio y se moría de ganas de leer el contenido del sobre azul—. Vendrás a mi casa, a un apartamento que he comprado en la Avenida Alexis. He amueblado la habitación de invitados con poltronas, hacheros y mecedoras, de modo que parece el tocador de tu madre.

Las dos comisuras de la triste boca de Lucette hicieron una reverencia «a la americana».

—¿Podrás quedarte algunos días conmigo? Te prometo comportarme como es debido. ¿Te parece bien?

—Tu concepto de «lo que es debido» puede no coincidir con el mío. Pero... ¿olvidas a Córdula de Prey? Quizás a ella no le guste.

—El apartamento es mío. Por lo demás, Córdula es hoy la señora de Ivan G. Tobak. En estos momentos están haciendo locuras en Florencia. Mira su última tarjeta: retrato de Vladimir Christian de Dinamarca, Galería Pitti, quien, según pretende Córdula, es el «muerto retrato» de su Ivan Giovanovich. Puedes mirarlo.

—¿A quién le importa Susermans? —declaró Lucette, un poco en el estilo de las respuestas oblicuas, de «salto de caballo de ajedrez», de su hermana, o de regate de futbolista latino.

—No. Es un olmo. Tiene quinientos años.

—Su antecesor —continuó Van —fue el famoso almirante ruso que se batió en duelo a espada con Jean Nicot y que dio su nombre a las islas Tobago o a las islas Tobakoff, no recuerdo cuáles, hace mucho tiempo... quinientos años.

—Si te he hablado de Córdula es sólo porque una antigua amante puede fácilmente inquietarse al sacar ciertas conclusiones erróneas... como el gato que llega a saltar una barrera y se va corriendo sin intentarlo por segunda vez, y luego se detiene, un poco más allá, para mirar hacia atrás.

—¿Quién te ha hablado de ese disoluto cordeludio... interludio, quiero decir?

—Tu padre, *mon cher*. Le hemos visto mucho en el Oeste. Ada se había figurado al principio que Tapper era un seudónimo y que tú te habías batido con otro, pero por entonces nadie conocía aún la muerte de ese otro en Kalugano. Demon opina que habría bastado con que le hubieras apaleado.

—Imposible. Aquella rata estaba pudriéndose en un hospital.

—Yo me refiero al verdadero Tapper —exclamó Lucette, que estaba embrollando mucho su visita —y no a mi pobre profesor de música, traicionado, envenenado, inocente, al que ni la misma Ada, si hemos de creerla, consiguió curar de su impotencia.

—¡Dres gemelos! —dijo Van.

—¿Quién te asegura que son *suyos*? El amante de su mujer tocaba la viola de tres mangos. Mira, voy a cogerte un libro (posando la vista por el estante más próximo, *La Gitanilla, Clichés de Clichy*,

*Buenos días, Mertvago, El feo de Nueva Inglaterra)* y a acurrucarme, *komondi*, en el cuartito de al lado, mientras tú... ¡Oh, adoro *The Slat Sign!*

—No hay ninguna prisa —dijo Van.

Silencio (aún falta un cuarto de hora para el final del acto).

—A la edad de diez años —volvió a hablar Lucette, por decir algo —yo estaba todavía en la etapa del viejo Stopchin rosa, pero nuestra hermana (aquel año, aquel día, Lucette se permitía emplear el inesperado, el prohibido, el técnicamente impreciso posesivo plural de los autores, de los reyes, de los papas, del lenguaje humorístico, para hablar de Ada a Van), nuestra hermana había leído, en tres idiomas, muchos más libros que yo a los doce años. ¡Y, sin embargo...! Después de una horrible enfermedad que contraí en California, recuperé lo perdido: los pioneros vencieron a los piógenos. No intento alardear, pero, ¿conoces, por casualidad a mi gran favorito, Herodas?

—Pues, sí —contestó Van, negligentemente—. Obsceno contemporáneo de Justino, el erudito romano. Sí, es una bella obra, mezcla rutilante de sutileza y de brillante grosería. La has leído en la traducción francesa literal, con el texto griego, ¿verdad? Pero un amigo de Kingston me ha dado a conocer un fragmento descubierto recientemente y que tú no puedes conocer: la historia de dos niños, hermano y hermana, que lo hicieron tan a menudo, tan a menudo, que acabaron por morir de ello, tan enlazados que no se les pudo separar... Aquello se estiraba y se alargaba, y volvía a su sitio con un chasquido elástico en cuanto los padres, perplejos, aflojaban su esfuerzo. Es todo muy obsceno, pero, al mismo tiempo, muy trágico y terriblemente divertido.

—No, no conozco ese pasaje —dijo Lucette—. Pero, Van, ¿qué te pasa? ¿Por qué...?

—¡La fiebre del heno! —gritó Van, hurgando simultáneamente en cinco bolsillos en busca de pañuelo. El fracaso de su búsqueda, y la consiguiente mirada compasiva de Lucette, le anegaron en tal ola de pesar que prefirió salir de la habitación. Al pasar, tomó la carta, la dejó caer, la recogió y se encerró en la pieza más retirada (que olía aún a intimidades de Lucette) para leerla de un tirón.

*Querido Van: Esta carta es mi último intento. Puedes considerarla como un documento sobre la locura, o como la hierba del arrepentimiento. No importa: lo que quiero es volver contigo, y vivir contigo, donde estés, para siempre, siempre. Si desprecias a «la doncella al pie de tu ventana», envío inmediatamente un aerograma comunicando que acepto la propuesta de matrimonio que han hecho a tu pobre Ada el mes pasado, en el estado de Valentín. Se trata de un ruso de Arizona, correcto y simpático, no muy brillante y pasado de moda. Nuestro único punto en común es el vivo interés que ambos sentimos por muchas plantas desérticas de aspecto militar, y particularmente por diversas especies de pitas, huéspedes de las orugas endófitas del más noble animal de América, la Hesperia gigante (ya ves, Krolik otra vez). Es propietario de caballos, de cuadros cubistas y de pozos de petróleo (cosa esta última que no sé bien lo que es; nuestro padre que está en los Infiernos y que también los tiene, no ha querido informarme, limitándose a hacer alguna que otra arriesgada alusión, según su costumbre). He dicho a mi paciente Valentines que le daré una respuesta definitiva después de haber consultado con el único hombre a quien he amado y amaré en toda mi vida. Procura telefonarme esta tarde. Algo va mal en la línea de Ladore, pero me aseguran que la avería será localizada y reparada antes de la hora de la marea. Tvoia, tvoia, tvoia (tuya),*

A

Van abrió un cajón, tomó un pañuelo limpio de un montón impecable y repitió en seguida el gesto arrancando de un bloc una hoja de papel. Es extraordinaria la utilidad que pueden tener, en momentos caóticos, esas reiteraciones rítmicas que asocian objetos relacionados por alguna analogía (en este caso, la blancura, la forma rectangular). Van escribió un breve aerograma y regresó al salón. Encontró allí a Lucette, que volvía a envolverse en sus pieles, y a cinco científicos de gestos torpes a los que abría camino un criado estúpido. Los cinco formaron círculo, en silencio, en torno al amable y gracioso maniquí que hacía la presentación de un modelo de la nueva colección de invierno. Bernard Rattner, joven rechoncho y colorado, de cabello negro y gruesas gafas, acogió a Van con aire de afable alivio.

—¡Dios santo! —exclamó Van—. Yo había entendido que debíamos vernos en casa de su tío.

Con gestos rápidos centrifugó a los intrusos hacia las sillas de la sala de espera, y, pese a las protestas de su linda prima («son sólo veinte minutos, a pie; no me acompañes, por favor»), campofonó que le acercaran el coche. Después, en la estela de Lucette, bajó ruidosamente los peldaños de la estrecha escalera, *katrakatra* (cuatro a cuatro). Por favor, niños, *katrakatra* no (Marina).

—Yo también sé —dijo Lucette, como continuando la conversación anterior— quién es él.

Y mostraba con el dedo la inscripción «Voltemand Hall», grabada en la fachada del inmueble del que acababan de salir.

Van le dirigió una mirada rápida... pero ella sólo quería hablar del cortesano de *Hamlet*.

Pasaron bajo una bóveda oscura, y, cuando llegaron al aire libre y multicolor de un delicado crepúsculo, Van hizo detenerse a Lucette y le dio el aerograma que había escrito. En él pedía a Ada que alquilase un avión y se presentase en su apartamento de Manhattan en cualquier momento de la mañana siguiente. Él saldría de Kingston, en automóvil, hacia la media noche. Conservaba la esperanza de que el dorófono de Ladore estaría reparado antes de su partida. De todos modos, su aerograma seguramente no tardaría más de dos horas en llegar a su destino. Lucette dijo «¡hum, hum!» que primero tenía que pasar por Mont-Dore (perdón, Ladore) y que si llevaba la palabra «Urgente» llegaría sin duda al amanecer, en manos de un mensajero deslumbrado por la aurora, galopando hacia el este en el jamelgo loco del maestro de posta, porque las ordenanzas locales prohibían en domingo el uso de motocicletas: *l'ivresse de la vitesse, conceptions dominicales*. Pero, aún así, Ada dispondría de tiempo sobrado para hacer el equipaje, encontrar la caja de lápices de color que Lucette le había pedido que trajera si venía, y llegar a la hora del desayuno al dormitorio que, hasta fecha reciente, había sido de Córdula. Ninguno de los hermanastros estaba aquel día en su mejor forma.

—A propósito —dijo Van—. Fijemos la fecha de tu próxima visita. Esta carta cambia mis planes. Cenemos juntos en el Ursus el próximo fin de semana. Ya te avisaré.

—Sabía que había perdido de antemano —dijo Lucette, desviando la mirada—. Sin embargo, lo he hecho lo mejor que he sabido. He imitado todos sus *shtuchki* (pequeños ardides), soy mejor actriz que ella. Pero eso no basta, ya lo sé. Y ahora, vuelve a subir en seguida: van a emborracharse abominablemente con tu coñac.

Él hundió las manos en las vulvas tibias de las mangas sedosas de Lucette, y apretó durante unos instantes sus codos delgados y desnudos, contemplando sus labios pintados con un deseo meditativo.

—Un beso, sólo uno —imploró Lucette.

—¿Me prometes no abrir la boca, no derretirte, no hacer bailar y vibrar la lengua?

—¡No lo haré, lo juro!

Van vaciló.

—¡No! Es una tentación desgarradora, pero es preciso que no sucumba. No sobreviviría a otro desastre, a otra hermana, aunque sólo sea medio— hermana.

—*Takoe otchaianie* (¡qué desesperación!) —gimió Lucette, ajustándose el abrigo que instintivamente acababa de abrir para recibirle.

—¿Te consolaría saber que de su regreso no espero más que torturas? ¿Que te considero como un ave del paraíso?

Ella sacudió la cabeza.

—¿Y que mi admiración por ti es dolorosamente intensa?

—Lo que yo quiero es Van, y no una admiración intangible...

—¿Intangible? ¡No seas tonta! Juzga tú misma. Te permito que toques, ligeramente, una sola vez, con el revés de tus dedos enguantados. He dicho con el revés... y una sola vez. Bueno, ya basta. No puedo besarte. Ni siquiera en tu cara ardiente. Hasta la vista, pequeña mía. Di a Edmond que eche un sueñecito cuando vuelva. Le necesitaré a las dos de la mañana.

## VI

El objeto de aquella importante reunión era un cotejo de notas a propósito de un problema que Van iba a intentar resolver, muchos años más tarde, por otras vías.

Los investigadores de la clínica de Kingston habían examinado cuidadosamente varios casos de acrofobia para determinar si estaba mezclada con alguna forma particular de «terror del tiempo».

Los tests habían proporcionado resultados enteramente negativos, pero lo que parecía especialmente curioso era que el único caso disponible de cronofobia aguda difería por su misma naturaleza —olor metafísico, tonalidad psicológica, etcétera— de los casos mejor estudiados de angustia del espacio. Sin duda, la observación de un solo enfermo enloquecido por el contacto de la trama del tiempo constituía una muestra demasiado restringida para que fuese posible compararla con la de un grupo numeroso de acrófobos locuaces. Y aquellos de nuestros lectores que hayan podido acusar a Van de temeridad y desatino (según la cortés terminología del joven Rattner) tendrán sin duda mejor opinión de él cuando sepan que había hecho todo lo posible para impedir que el señor T. T. (el valioso cronóforo) fuese curado demasiado precipitadamente de su rara e importante locura. Van estaba convencido de que dicho mal no tenía nada que ver con los relojes, ni con los calendarios, ni con ninguna medida o contenido del tiempo. Por el contrario, sospechaba y esperaba (como sólo puede esperar un investigador apasionado, pura y profundamente inhumano) que sus colegas acabarían por darse cuenta de que el miedo a las alturas (acrofobia) dependía esencialmente de una mala apreciación de las distancias, y que el señor Arshin, su mejor acrófobo, que ni siquiera podía saltar de un taburete, se lanzaría desde lo alto de una torre si se consiguiera persuadirle, por algún truco óptico, de que la red que los bomberos desplegaban cincuenta metros más abajo era una colchoneta colocada a un par de centímetros de sus pies.

Van hizo subir fiambres y un galón de cerveza de Gallows, pero su Pensamiento estaba en otro sitio y no brilló apenas en una conversación que iba a grabarse en su memoria como una grisalla inconcluyente y fastidiosa.

Se marcharon hacia la medianoche. Sus pasos y sus palabras resonaban aún en la escalera cuando Van descolgó el teléfono y llamó por primera vez a Ardis... sin resultado. Insistió tenazmente, a intervalos regulares, hasta la salida del sol. Acabó por renunciar, produjo dos zurullos estructuralmente perfectos (cuya simetría cruciforme la recordó el amanecer anterior a su duelo) y, sin tomarse siquiera el trabajo de ponerse una corbata (todas las que prefería le esperaban en su nuevo apartamento), se dirigió a Manhattan. Tomó él mismo el volante, en cuanto vio que Edmond, en vez de la media hora reglamentaria, había tardado tres cuartos de hora para recorrer la primera cuarta parte del trayecto.

Lo que había querido decir a Ada, obstinadamente inclinado sobre el dorófono siempre mudo, se resumía en tres palabras inglesas, reducibles a dos en ruso y a una y media en italiano. Pero, según Ada, las tentativas frenéticas que había hecho para dar con ella en Ardis no habían tenido otro resultado que el desencadenamiento de una tan violenta rapsodia que la caldera del sótano se había averiado y les había dejado sin agua caliente —y hasta sin agua de toda clase— cuando ella se había levantado del lecho. Todo lo que pudo hacer fue ponerse su abrigo más grueso y pedir a Bouteillan (el buen Bouteillan, discretamente regocijado) que bajase las maletas y la condujese al aeropuerto.

En el intervalo, Van había llegado a la avenida Alexis. Se metió en la cama, se levantó al cabo de una hora, se afeitó, se duchó y, en su nerviosismo, casi arrancó el pomo de la puerta de la terraza al oír el ruido de un motor celeste.

A pesar de una fuerza de voluntad verdaderamente atlética, de la ironía que le inspiraban los desbordamientos de emoción excesiva y de su desprecio por las debilidades lloriqueantes, Van se



sabía expuesto a irreprimibles accesos lacrimatorios (que a veces alcanzaban un grado casi epiléptico, con bruscos mugidos que le sacudían el cuerpo e inagotables olas que impedían que el aire penetrase en sus narices) desde el momento en que su ruptura con Ada le hubo revelado agonías que su amor propio y su egocentrismo nunca le habían permitido prever en su pasado de hedonista. Un pequeño monoplano de alquiler (a juzgar por sus alas nacaradas y por las tentativas ilegales, pero abortadas, de aterrizar en el centro del Parque, sobre un óvalo de césped, antes de desvanecerse en la bruma matinal en busca de otro sitio en que posarse) arrancó un primer sollozo de Van, apostado, con un corto albornoz, en la terraza (embellecida de aquella época del año por la floración invencible de las espireas azules). Se quedó allí, al sol helado de la madrugada, hasta el momento en que sintió que su piel tomaba bajo el albornoz la consistencia de las placas pelvianas de un armadillo. Maldiciendo, sacudiendo, los puños a la altura del pecho, se retiró a la tibieza del apartamento. Allí se bebió una botella de champaña y llamó a Rosa, la deportiva doncella negra que él compartía, en más de un sentido, con el célebre criptógrafo Mr. Dean, un perfecto caballero recientemente condecorado, que habitaba el piso de abajo. Agitado por sentimientos desordenados y una concupiscencia culpable, Van contemplaba el gentil trasero de Rosa girando y tensándose bajo un gran lazo de encaje mientras hacía la cama, en tanto que, por el canal de los radiadores, se oía a su amante del piso inferior canturrear satisfecho (acababa de descifrar un nuevo dorograma tártaro que revelaba a los chinos el lugar en que nos proponíamos desembarcar la próxima vez). Rosa terminó pronto de arreglar la habitación y salió, contoneándose. Apenas el tarareo haya tenido tiempo de transformarse (transformación poco hábil, tratándose de un hombre que practicaba el oficio de Dean) en un crescendo de chirridos sin nacionalidad particular, que cualquier niño habría podido descifrar fácilmente, cuando sonó el timbre. Un instante después, una Ada de cara más blanca y de boca más roja, una Ada cuatro años menos joven y cuya cabellera flotante se confundía con unas pieles oscuras, aún más ricas que las de su hermana, estaba ante un Van eternamente adolescente y ya convulso por los sollozos.

Había preparado una de esas frases que suenan tan bien en los sueños y que son tan falsas en la vida real: «Te he visto girar por encima de mi cabeza con alas de libélula.» Pero la voz se le quebró en «libé...», y cayó a sus pies, sus pies desnudos, calzados únicamente con unas pequeñas pantuflas negras y brillantes de «chez Verrier», exactamente en la misma postura —el mismo montón de desesperada ternura, de autoinmolación, de renuncia a la vida demoníaca— con la cual se entregaba, retrospectivamente, en la más secreta morada de su mente, cada vez que se acordaba de la imposible semisonrisa de Ada, con los hombros adosados al árbol del final. Un servidor invisible deslizó un asiento bajo la chica. Ésta lloró y acarició los bucles negros de Van, el cual no acertaba a superar aquel acceso de aflicción, de gratitud y de pesadumbre. La situación habría podido prolongarse todavía mucho tiempo si los transportes de otra naturaleza, que desde la víspera hacían hervir la sangre de Van, no hubiesen proporcionado una misericordiosa diversión estratégica. Como si Ada acabase de escapar de un palacio incendiado o de un reino en ruinas, llevaba sobre el camisón arrugado un abrigo marrón oscuro y como con brillo de escarcha, de piel de marta marina, la ilustre *kamchatstkiy bobr* de los antiguos mercaderes estocianos, llamada también *lutromarina* en la costa de Lyaska: «mi piel natural», como decía espiritualmente Marina al hablar de su fabulosa capa, herencia de una abuela Zemski, cuando, al salir de un baile de invierno, una dama abrigada con visón, con coipo, o con el muy humilde castor (*nemetskiy bobr*), elogiaba con un suspiro de éxtasis el *bobrovaya shuba*. «*Staren 'kaya* (una vieja cosita)», explicaba Marina, con

una especie de tierno desdén (contrapartida habitual del recatado gracias!) con que una dama de Boston hacía hablar, como ventrílocuo, su visión vulgar para responder a los elogios corteses, lo cual no la impedía criticar en seguida la «fanfarronería» de aquella «orgullosa actriz», que era, en realidad, la persona menos ostentosa del mundo). Los *bobry* (plural principesco de *bobr*) que llevaba Ada, eran regalo de Demon, quien, como sabemos, había visto últimamente a Ada en el oeste más a menudo que en la Escotilandia oriental cuando era niña. El extravagante entusiasta había descubierto que sentía por ella la misma ternura que siempre había sentido por Van. La expresión de aquel sentimiento podía parecer tan ferviente que algunos estúpidos observadores habían sospechado que el viejo Demon «se acostaba con su sobrina» (en realidad, Demon se dedicaba cada vez más a las españolitas, que escogía cada vez más jóvenes en la medida en que envejecía, de modo que, a final de siglo, un Demon sexagenario y con el pelo teñido de azul-noche tenía por compañera a una insoportable nínfula de diez años). La gente era tan incapaz de entender la situación exacta que hasta Córdula Tobak, nacida de Prey, y Grace Wellington, de soltera Erminin, hablaban de Demon Veen, e hombre de la barba distinguida y la pechera almidonada, como del «sucesor de Van».

Ni Ada ni Van llegaron a recordar nunca (y nada de eso, incluida la marta marina, debe ser considerado como una escapatoria del narrador; ya hemos hecho cosas más difíciles que ésta) lo que se dijeron, cómo se besaron, cómo dominaron sus lágrimas, cómo Van arrastró a Ada a un diván, orgulloso al poder poner de manifiesto su inmediata y potente reacción al encontrarla tan ligeramente vestida (bajo las cálidas pieles) como la noche en que la había visto atravesar la ventana mágica de la biblioteca, con la vela en la mano.

Después de hacer impetuosas fiestas a la garganta y los senos reencontrados, iba a pasar al estadio siguiente de su enloquecida impaciencia, cuando Ada le detuvo diciéndole que antes de cualquier otra cosa era preciso que se diese su baño matutino (¡era, verdaderamente, una Ada nueva!), y que, por otra parte, sus maletas llegarían de un momento a otro, transportadas por los faquines del vestíbulo del Mónaco (se había equivocado de puerta al entrar, y eso que Van había dado una propina al servicial portero de Córdula para que, como quien dice, trajese a Ada hasta la puerta del apartamento). «¡Aprisa, aprisa! —dijo la muchacha—. *Da-da*. Ada saldrá de la espuma en un par de segundos». Pero Van, obstinado, rabioso, dejó caer el albornoz y la siguió al cuarto de baño. Inclineda sobre la bañera, Ada abrió los grifos gemelos, se inclinó todavía un poco más para colocar en su agujero el tapón de cadena a bronce, y éste se hundió por sí mismo, mientras Van inmovilizaba la adorable lira de Ada, y, un instante más tarde, llegaba a la raíz de la suave gamuza y quedaba apresado, tragado, entre los labios de bordes carmesí familiares, incomparables. Ada se asió con ambas manos a los dos grifos, aumentando sin proponérselo el volumen simpático del ruido de la catarata, y Van dejó escapar una larga queja de liberación... Sus cuatro pupilas estaban una vez más colgadas sobre el azul transparente del arroyo o Pinedale, cuando Lucette entró, empujando la puerta abierta tras un golpecito de buena educación, y quedó parada en seco, hipnotizada por el espectáculo de las vellosas partes traseras de Van y la horrible cicatriz de su costado izquierdo.

Las dos manos de Ada cerraron los grifos. El rodar de las maletas se oía por todo el apartamento.

—No he visto nada —dijo estúpidamente Lucette—. Sólo pasaba para coger mi caja.

—Dales algo, pequeña, sé buena —dijo Van, maníaco distribuidor de propinas.

—Y dame la toalla —añadió Ada. Pero la niña estaba ocupada en recoger las monedas que, en su precipitación, había sembrado por el suelo, mientras Ada descubría a su vez la escalera escarlata que estriaba el costado de Van—. ¡Oh, pobre amor mío! —exclamó; y, por pura compasión, le permitió que repitiera la escena que la aparición de Lucette había estado a punto de interrumpir.

—No estoy segura de haber traído esos malditos lápices Cranach —dijo Ada, un minuto más tarde, poniendo cara de rana asustada. Van la consideraba con un sentimiento de perfecta felicidad y oliendo el aroma de pinos, mientras ella vaciaba un tubo de loción Pennsylvestrís en el agua del baño.

Lucette se había marchado (dejando una nota en la que había escrito el número de su habitación en el Hotel Winster para señoritas solas). Nuestros dos amantes, al fin vestidos de nuevo con ropa de casa decente y con las piernas penetradas de una blanda debilidad, tomaron asiento ante un espléndido desayuno (¡el bacon crujiente de Ardis, la miel transparente de Ardis!) que les había subido en ascensor Valerio, viejo romano pelirrojo, siempre mal afeitado y sombrío, pero también un buen muchacho (él era quien, después de buscar a la graciosa Rosa, había sido sobornado para reservársela en exclusiva a Veen y Dean).

¡Cuántas risas, y lágrimas, y besos pegajosos, y qué tumulto de innumerables proyectos! ¡Y qué seguridad, qué libertad en el amor! Dos cortesanas, gitanas las dos, aunque no parientes, una salvaje, vestida con una lolita chillona, de boca de amapola y plumón negro, encontrada en la terraza de un café entre Niza y Grasse, y otra, modelo en sus horas libres —la habéis visto acariciando un fálico lápiz de labios en los anuncios de Felata— apodada, muy oportunamente, Swallowtail (palabra de dos sentidos, uno de los cuales hace referencia a la bella mariposa «cola de golondrina») por los habituales de un floramor de Norfolk Broads, habían declarado a nuestro héroe, invocando argumentos idénticos, imposibles de reproducir en una crónica familiar, que le consideraban, a pesar de su potencia amorosa, radicalmente estéril. Divertido por aquel diagnóstico hecateo, Van se sometió a diversos exámenes, y todos los médicos, aunque minusvalorando la importancia de un síntoma en el que no querían ver sino una coincidencia, estuvieron de acuerdo en que Van Veen podría tener una larga y sólida carrera de amante, pero no debía esperar descendencia. ¡Con qué alegría batió palmas la pequeña Ada!

¿Le gustaría permanecer en aquel apartamento hasta el trimestre de primavera (Van medía el tiempo en trimestres desde hacía algún tiempo) antes de acompañarle a Kingston, o prefería viajar al extranjero durante un par de meses, a cualquier sitio, Patagonia, Angola o Gululú, en las montañas de Nueva Zelanda? ¿Quedarse en el apartamento? Entonces, ¿le gustaba la casa? Excepto algunas reliquias de Córdula, de las que habría que desembarazarse, como la demasiado visible Alma Mater de las almeas de Brown Hill, abierta sobre un retrato de Vanda (¡pobre Vanda, muerta a tiros de revólver por la amiguita de una amiguita, en una noche estrellada de Ragusa!). Van dijo que era una historia triste.

Lucette le habría hablado, seguramente, de una escapada ulterior, ¿no era así? ¿Haciendo juegos de palabras, de frenesí ofeliano, sobre el glande femenino? ¿Desvariando sobre las delicias del

clitorismo? «No exageremos», dijo Ada, ahuecando con ambas manos un invisible cojín de aire. Lucette afirmaba, dijo Van, que ella (Ada) imitaba a las mil maravillas al León de las montañas.

Él era omnisciente: mejor aún: omniincestuoso.

—Es verdad —dijo, recordando el *Scrabble* y otras cosas.

A propósito, la verdadera favorita de Vanda era Grace, sí, Grace, y no yo y mi crestita. Ada conocía como nadie, ¿verdad?, el arte de planchar las arrugas del pasado. Hacía de su flautista un casi-impotente (salvo con su mujer), y al caballero-granjero no le concedía sino un único abrazo con precoz *eyakulyatsiya*, una de esas odiosas palabras rusas tomadas a préstamo. Sí, odiosas, pero a ella le gustaría muchísimo volver a jugar al *Scrabble* en cuanto estuvieran instalados del todo.

Pero ¿dónde y cómo? El señor y la señora Ivan Veen, ¿no encontrarían dificultades? ¿Y el «soltero» de sus pasaportes? Se presentarían en el consulado más próximo y, con indignados rugidos y/o una propina fabulosa, harían que se cambiase en «casado» para siempre jamás.

—Después de todo, soy una buena chica: aquí están sus lápices especiales. Ha sido una atención muy amable y verdaderamente encantadora eso de que la hayas invitado para el sábado que viene. Tengo mucho miedo de que esté todavía más loca por ti que por mí, la pobre pequeña. Demon los ha comprado en Estrasburgo. Al fin y al cabo, ahora sólo es una semivirgen («he sabido que papá y tú...») —la introducción de Van a un nuevo tema fue inmediatamente barrida)... y no hemos de temer que sorprenda nuestros retozos.

—Tú sabes imitar al puma —dijo Van—, pero ella imita, ¡y a la perfección!, mi *viola sordina* favorita. Es una maravillosa imitadora, dicho sea de paso, y si tú eres aún mejor...

—En otra ocasión hablaremos de mis talentos y de mis artes. Es un tema penoso. Ahora vamos a ver esas fotografías.

## VII

Durante la lúgubre estancia que Ada había hecho recientemente en Ardis, un Kim Beauharnais considerablemente transformado y amplificado se había presentado ante ella, con un álbum de tela de un marrón anaranjada, sucio color que Ada había detestado siempre. Hacía tres años que no le veía. En lugar del pinche vivaz y flaco de cara pálida se había encontrado con un coloso negruzco que le recordó vagamente a un jenízaro de ópera exótica entrando en escena con paso de paquidermo para anunciar una invasión o una ejecución. Tío Dan, que pasaba en silla de ruedas, conducido por su altiva y espléndida enfermera, hacia el jardín en que caían una a una hojas de cobre y hojas de sangre, pidió afanosamente que le dejaran ver el grueso volumen. «Quizás más tarde», dijo Kim, y se reunió con Ada en un rincón del hall.

Le llevaba un presente: la colección de fotografías que había hecho en casa de sus señores en los felices días de antaño. Durante mucho tiempo había esperado que esos «felices días de antaño» reprendieran su interrumpido curso; pero, comprendiendo que «*mossio votre cossin*» (hablaba un

criollo espeso, que le parecía más adecuado a la solemnidad de las circunstancias que el inglés habitual de Ladore) no debía volver a la casa en un futuro próximo ni hacer posible con su presencia la puesta al día del álbum, había pensado que la mejor solución *pour tous les cernés* (los «envueltos», o «velados», más que los «interesados») era que la señorita conservase (o destruyese y olvidase, para no perjudicar a nadie) en sus lindas manos el documento gráfico. Sobresaltada ante el «lindas», Ada abrió el álbum por la página indicada con una de las señales marrones intencionadamente colocadas en distintos lugares, lo ojeó con una fugaz mirada, volvió a echar el cierre, ofreció al sonriente chantajista un billete de mil dólares que llevaba por azar en el bolso, llamó a Bouteillan y le ordenó que pusiese en la calle a Kim. El álbum color de cieno quedó sobre una silla, bajo su chal español. El viejo criado expulsó, arrastrando una suela, una hoja de tulipán de los pantanos que la corriente de aire había traído, volvió a cerrar la gran puerta de entrada y regresó a las cocinas, gruñendo:

—La señorita no debía haber recibido nunca a ese granuja.

—Eso es exactamente lo que yo estaba diciéndome —comentó Van, cuando Ada terminó su pequeña historia—. ¿Eran realmente sucias esas fotos?

—¡Puah! —articuló Ada.

—Ese dinero habría podido servir a una causa más noble, un Hogar para Potrillos Ciegos o para Cenicentas Centenarias.

—Es divertido que tú digas eso.

—¿Por qué divertido?

—No importa. De todas formas, esa cosa horrible está hoy en seguro. Tenía que pagar, si no quería que el sinvergüenza enseñase a la pobre Marina las fotos de Van ocupado en seducir a su «prima» Ada, con efectos previsiblemente poco felices. ¿Quién sabe si, como un gavilán genial, había presentido toda la verdad?

—¿Y por haber comprado el álbum con un miserable billete de mil dólares supones que has acabado con todas las pruebas y que todo ha quedado arreglado?

—Claro. ¿Crees que he pagado demasiado poco? Podría enviarle más. Sé dónde encontrarle. Está dando conferencias, si pueden llamarse así, sobre al arte de fotografiar la vida, en la Escuela de Fotografía de Kalugano.

—¡Buen sitio para disparar! —dijo Van—. ¿Entonces, estás completamente segura de que tienes en tu poder «esa cosa horrible»?

—Desde luego. Lo tengo aquí, en el fondo de esta maleta. En seguida te lo enseñaré.

—Dime, amor mío, ¿cuál era tu llamado «cociente intelectual» en la época en que nos conocimos?

—Doscientos y pico. Una cifra astronómica.

—Bueno, pues creo que ahora ha descendido alarmantemente. Ese sinvergüenza de *voyeur* conserva todos los negativos y montañas de copias que nos irá mandando por correo.

—¿Quieres decir que he descendido al nivel de Córdoba?

—Más aún. Y ahora veamos esas instantáneas... antes de fijar el salario mensual que tendremos que satisfacerle.

En el primer ejemplar de la perversa serie, Van reconoció, representada con un ángulo diferente al de su recuerdo, una de las primeras imágenes que retenía de su llegada a Ardis. Estaba encuadrada entre la sombra de una carreta negra en la senda de grava y el blanco escalón de un pórtico de columnas inundado de sol. Marina, con un brazo todavía en la manga del guardapolvo que un criado le ayudaba a quitarse (era Price), agitaba el otro brazo en un ademán de bienvenida teatral (en completo desacuerdo con la mueca de beatitud impotente que crispaba su rostro), mientras que Ada, vestida con una ligera chaqueta de *hockey* negra, que en realidad pertenecía a Vanda, e inclinada sobre sus rodillas, sobre las que caía el negro diluvio de su cabellera, abanicaba a Dack con un ramito de flores para acallar sus nerviosos ladridos.

Seguían algunas vistas preparatorias de los lugares del contorno: el bosquecillo de espantalobos, una alameda, la O negra de la gruta, y la colina y la gran cadena en torno al tronco de un *Quercus ruslan* Chat (rara especie de encina), y otros muchos lugares que el compilador del panfleto ilustrado consideraba pintoresco, pero que parecían bastante insignificantes por la inexperiencia del fotógrafo.

A continuación, las cosas mejoraban.

Otra muchacha (¡Blanche!), inclinada y acurrucada exactamente como Ada (a la cual, por lo demás, se parecía un poco) sobre la maleta de Van, abierta en el suelo, devoraba con los ojos la silueta de Ivory Revery reproducida en el anuncio de un perfume. Luego, la cruz y la sombra de las ramas sobre la tumba de la fiel ama de llaves de Marina, Arma Pimenovna Nepraslinov (1797-1883).

Pasamos por alto algunos retratos zoológicos: ardillas con aspecto de zorrillos, pez rayado en un acuario burbujeante, jaula coquetona con un canario dentro.

Una miniatura fotográfica de un cuadro oval presentaba la imagen de la princesa Sophia Zemski a la edad de veinte años (1775), rodeada por sus dos hijos (el abuelo de Marina, nacido en 1772, y la abuela de Demon, nacida en 1773).

—Creo que no recuerdo ese retrato —dijo Van—. ¿Dónde estaba colgado?

—En el gabinete de Marina. Y ese tipo de levita, ¿sabes quién es?

—Parece una mala fotografía recortada de una revista. ¿Quién será?

—¡Sumerechnikov! Hizo varias sumerografías del tío Vania hace muchos años.

—El Crepúsculo antes de las Luces. Y aquí está Alonso, nuestro técnico en piscinas. Encontré a su tierna y triste hija en una noche de orgía. Se te parecía al tacto. Tenía tu olor. Se derretía como tú. ¡Soberano encanto de las coincidencias!

—Eso no me interesa. Ahora viene un niño.

—*¡Zdrasté!* ¡Ivan Dementievich! —dijo Van, saludando a la imagen de sus catorce años. Sin camisa, vestido únicamente con un pantalón de gimnasia y dirigiendo un proyectil cónico a la «prefiguración» esculpida de una joven de Crimea condenada a ofrecer un perpetuo sorbo de agua marmórea a un marine norteamericano moribundo cuyos labios se tienden hacia el cántaro agujereado por un balazo.

Nos saltamos también a Lucette con su cuerda de saltar.

¡Ah! ¡El famoso primer pinzón!

—No, es un *kitayskaya punochka* (gorrión de los muros chinos). Está posado en el umbral de una puerta del sótano. La puerta está entreabierta. En el interior se ven útiles de jardinería y mazos de croquet. No habrás olvidado cuántos animales exóticos, alpinos y polares se mezclaban con nuestras especies indígenas.

La hora de comer. Ada se inclina exageradamente sobre el melocotón reluciente y mal pelado que va a devorar (vista tomada desde el jardín, por la ventana abierta).

Drama y comedia. Blanche luchando con dos fogosos gitanos en la glorieta de los Espantalobos. Tío Dan leyendo tranquilamente su periódico sentado al volante de un cochecito rojo atascado en el fango negruzco de la carretera de Ladore.

Dos inmensos pavones nocturnos, todavía acoplados. Todos los años, mozos de cuadra y jardineros llevaban a Ada ejemplares de esa común especie. Y eso hace que me acuerde de ti, gentil Mario d'Andrea, o de ti, Domenico Benci, el de la cabellera rutilante, o de ti, Giovanni del Brina, adolescente moreno y soñador (que las tomabais por murciélagos), o de aquél que no oso nombrar (por tratarse de una erudita contribución de Lucette, fácil chapucería, después de la muerte del sabio) y que, una mañana de mayo de 1542, cerca de Florencia, pudo recoger al pie de la tapia de un huerto aún no oculto bajo la invasión de glicinias todavía no importadas [añadido de su hermanastra], una pareja de pavones del peral con antenas bipectinadas, plumosas en el macho, más finas en la hembra, para reproducirlas *in copula* con la mayor fidelidad pictórica (entre lamentables insectos de fantasía), en el nicho de una ventana de la llamada «Sala de los Elementos» del Palazzo Vecchio.

Amanecer en Ardis. *Felicitas*: Van, desnudo, todavía ovillado en su hamaca, bajo los dos grandes *lidders*, como llamaban en Ladore a los liriodendros, no ciertamente un *lit d'édredon*, aunque ese auroral juego de palabras ayude a presentar la expresión física de la imaginación de un joven soñador, no disfrazado por la red.

—*Felicitaciones* —repitió Van, dando a la abreviatura infantil su forma completa—. Primera postal indecente. Seguro que Bewhorny conserva una copia en su archivo privado.

Ada examinó el dibujo reticular de la hamaca por medio de una lupa (que Van utilizaba para estudiar ciertos detalles de los dibujos de sus locos).

—Temo que luego sea peor —dijo Ada, con voz turbada; y, aprovechando el hecho de que estaban viendo el álbum en la cama (lo que hoy consideramos de mal gusto), la extravagante Ada volvió la lupa hacia Van en persona, cosa que había hecho muchas veces en aquel año de gracia reproducido en las imágenes, impulsada por la curiosidad científica y la depravación artística.

—Encontraré un parche para tapar eso —dijo, volviendo a la carúncula picaresca que se distinguía a través de la red indiscreta—. A propósito, he visto que tienes toda una colección de antifaces en tu cómoda...

—Para los bailes de máscaras —murmuró Van.

Un ejemplar para el capítulo de las comparaciones: Ada exhibiendo generosamente sus blancos muslos a horcajadas sobre una rama negra del árbol del Edén (su falda se había enredado en las ramas y las hojas). Luego, varias fotos del pic-nic de 1884, como, por ejemplo, Ada y Grace bailando juntas una giga liaskana, y Van, con los pies en alto, paciando entre las estelarias y las agujas de pino (interpretación conjetural).

—Eso es algo que no volverá a verse —dijo Van—. Un precioso tendón izquierdo ha dejado de funcionar. Todavía puedo hacer esgrima y dar puñetazos magistrales, pero ya no me es posible andar sobre las manos. Ya no tendrás que lamentarte de eso, Ada. Ya no te oiremos suspirar y gemir. King Wing me contó que el gran Vekchelo se convirtió en un vulgar chelovek a la edad que yo tengo ahora. Es, pues, algo completamente normal. Ah, mira, aquí está Ben Wright, borracho, tratando de violar a Blanche detrás de las caballerizas. Blanche tiene un papel importante en este fárrago.

—¿Dónde has visto eso? Está claro que lo que hacen es bailar. Parecen la Bella y la Bestia en el baile en que Cenicienta pierde su liga y el príncipe su bella bragueta de cristal abombado. Mira, también vemos al señor Ward y la señora French ejecutando un *kimbo* campesino (bamboleo bruegheliano) al fondo de la sala. Todas estas historias de las violaciones de nuestra casa han sido groseramente exageradas. De todos modos, ese fue el último escándalo de Ben Wright en Ardis.

Ada en la terraza (fotografiada por nuestro acrobático mirón desde el alero del tejado) dibujando una de sus flores favoritas, un satirión de Ladore carnoso, erecto y de sedosa pelusa.

Van tuvo la impresión de que recordaba aquel atardecer soleado con toda su excitación y su suavidad, y algunas palabras que Ada había murmurado al azar (en respuesta a su torpe comentario botánico); «mi flor sólo se abre en el crepúsculo». La flor que estaba reproduciendo con pintura malva.

Una fotografía de estudio, en una página separada. Adochka linda e impura en sus ligeras ropas, y Vanichka, con un traje de franela gris y corbata de Riverlane a rayas oblicuas, uno junto al otro, mirando atentamente a la *kimera* (quimera, cámara), él con un tonto rictus forzado, y ella totalmente inexpresiva. Ambos recordaban muy bien el momento en que había sido tomada aquella



foto (entre la primera cruz minúscula de una dulce misiva y todo un cementerio de besos) y por qué había sido tomada: fue por orden de Marina, que la hizo enmarcar y la colgó en su habitación, al lado de un retrato que representaba a su hermano a la edad de doce o catorce años, con la camisa abierta a la Byron y con un cobaya en el hueco de las manos. Se les podía tomar por hermano y hermana. El joven difunto proporcionaba una coartada en vivisección.

Otra fotografía había sido tomada en las mismas circunstancias. Pero, por alguna razón desconocida, fue luego rechazada por la caprichosa Marina: Ada estaba leyendo sentada ante un velador de tres patas, con el puño cerrado ocultando la parte inferior de la página. Una deslumbrante sonrisa, nada corriente en ella y cuya justificación no aparecía por ningún sitio, iluminaba sus labios casi morunos. Sus largos cabellos caían sobre la clavícula y la espalda. De pie, a su lado, con la cabeza inclinada, Van miraba sin ver el libro que ella leía. Deliberadamente, con plenitud de conciencia, al oír el clic bajo el capuchón negro, había puesto en el foco de su atención, junto al pasado inmediato, el futuro inminente, seguro de que aquel instante se grabaría en su memoria como el de la percepción objetiva del presente real y de que era preciso que se acordase del sabor, del brillo, de la carne del presente (¡y en verdad que se acordaba al cabo de seis años... y se acuerda todavía hoy, en la segunda mitad del siglo siguiente!)

Pero... ¿qué decir de aquella sonrisa radiante que asomaba a los adorados labios? La burla chispeante puede transformarse (por un grado más en la alegría) en un semblante de éxtasis.

—¿Sabes, Van, qué libro era ése que está colocado sobre la mesa, al lado del espejo de mano de Marina y de su pinza de depilación? Te lo voy a decir. Era una de las novelas más vulgares y más regocijantes que han aparecido en la primera página de la crítica de Libros del *Times* de Manhattan. Estoy segura de que tu Córdula la tenía todavía en su *cosy-corner* cuando estabais sien contra sien después de darme calabazas.

—*Cat* —dijo Van.

—¡Oh, mucho peor! El *Tabby* del viejo Beckstein es una obra maestra en comparación con ese... ese *Amor bajo los tilos* de un tal Eelmann, y traducido del alemán al inglés por Thomas Gladstone, que debía pertenecer a una compañía de Empaquetadores y Transportistas, pues en la página que tanto parece gustar a Adochka, *adova dochka* (hija del Infierno), la palabra que quiere decir «auto» se convierte en *wagon* (camión). ¡Y pensar que la pequeña Lucette ha tenido que estudiar a Eelmann y a tres terribles Tom en sus cursos de literatura en Los!

—Tú te acuerdas de esa porquería, pero yo recuerdo nuestras tres horas de besos sin pausa inmediatamente después.

—Veamos la siguiente ilustración —dijo Ada, con tono siniestro.

—¡El muy perverso! —exclamó Van—. Tuvo que haber reptado sobre su vientre, detrás de nosotros, con el aparato a cuestas. Voy a tener que destruirle.

—No más destrucción, Van. Sólo amor.

—Pero mira, *girl*, aquí estoy a punto de tragarme tu lengua, y ahí soy yo el sumergido en tu epiglotis, y...

—Entreacto —pidió Ada—. Pronto, pronto.

—Estoy dispuesto a complacerte hasta los noventa años —dijo Van (la vulgaridad del fotógrafo mirón era contagiosa)—, noventa veces al mes, una más o menos.

—¡Oh, mejor una más y muchas más! Digamos ciento cincuenta, lo que serían... serían...

Pero en la súbita tormenta todos los cálculos se fueron al diablo.

—Pues bien —dijo Van, cuando el cerebro tomó otra vez el mando—, volvamos a nuestra infancia desfigurada. Tengo prisa (recogiendo el álbum de la alfombrilla del pie de la cama) por librarme de esta carga. Mira, un nuevo personaje. El pie de la foto dice: Dr. Krolik.

Un segundo, por favor. Quizá se trate de la mejor *Vanishing Van*, pero, de todos modos, no está muy clara. Ya está. Sí, es mi pobre maestro de historia natural.

*Knickerbockers* y sombrero de panamá, codicioso de su *babochka* («mariposa», en ruso). Pasión, frenesí. Uno se pregunta qué podía saber Diana de *esta* caza.

—¡Qué extraño! Tal como aquí nos lo presenta Kim, parece mucho menos peludo y gordo que como yo me lo imaginaba. En realidad, querida, es una Liebre de Marzo grande, robusta y bella. ¡Explícamelo!

—No hay nada que explicar. Un día pedí a Kim que me ayudase a llevar y volver a traer algunas cajas: ahí puedes verlas. Pero ése no es *mi* Krolik, sino su hermano Karol o Karapars Krolik. Nacido en Turquía, y doctor en filosofía.

—Adoro la forma en que se pliegan tus ojos cuando dices una mentira. Espejismo lejano en Desfachatez Menor.

—No miento... (con una adorable dignidad): Es realmente doctor en filosofía.

—*Van ist auch one* —murmuró Van, pronunciando «one» como «wann».

—Nuestro más querido sueño, de Krolik y mío —prosiguió Ada—, era describir y representar las primeras fases, desde el huevo a la crisálida, de todas las argínidas, mayores y menores, comenzando por las del Nuevo Mundo. Yo me habría encargado de la construcción de un arginidario (una especie de incubadora protegida contra todo contagio, con reguladores de temperatura y otros ingeniosos dispositivos, como un fondo de olores nocturnos y llamadas de animales noctívagos para recrear en ciertas circunstancias difíciles una atmósfera natural... Nuestras orugas necesitan exquisitos cuidados). Existen centenares de especies y muchas subespecies en ambos hemisferios; pero, repito, habríamos empezado por América. Nos habrían enviado por avión, desde los más diversos lugares, empezando por los hábitats árticos, Lyaska, Le Bras d'Or, Victor Island, hembras ponedoras vivas, con las plantas de que se alimentan sus orugas, como, por ejemplo, violetas de múltiples variedades. Nuestra *magnanerie* sería también un

violetario, lleno de fascinantes plantas nutricias, desde la raza *endiconensis* de la violeta de los pantanos del norte hasta la minúscula pero admirable *Viola kroliki*, descrita hace poco por el profesor Hall de Goodson Bay. Yo habría contribuido con láminas coloreadas de todos los estadios y con croquis que representasen los genitales y otros aparatos del insecto adulto. Hubiese sido una obra maravillosa.

—Una obra de amor —dijo Van, volviendo la página.

—Por desgracia, mi querido colaborador ha muerto sin testar y todas sus colecciones, incluida mi modesta contribución, han sido entregadas por una auténtica conejera de Kroliks colaterales a agentes alemanes y comerciantes tártaros. ¡Es algo innoble, injusto y muy triste!

—Ya te encontraremos otro director de ciencia. Veamos un poco más lo que queda aquí.

Tres lacayos, Price, Norris y Ward, vestidos de bomberos de carnaval. El joven Bout besando devotamente el tarso surcado de venas de un lindo pie desnudo posado en una balaustrada. Vistos de noche, desde el jardín, por la ventana de la biblioteca, parecían dos pequeños fantasmas blancos en el interior, con las narices pegadas al cristal.

Artísticamente dispuestas en abanico en una misma página, siete *fotochki* tomadas en otros tantos minutos —desde un escondite lo suficientemente alejado—, en un escenario de altas hierbas, flores campestres y festones de follaje. La sombra de las hojas y los caprichos de los pedúnculos disimulaban delicadamente los detalles fundamentales y apenas dejaban adivinar el cuerpo a cuerpo de dos niños incompletamente vestidos.

En la miniatura central, el único miembro de Ada que se podía advertir era su brazo delgado y tenso, que enarbolaba como una bandera, sobre la hierba constelada de margaritas, la ropa que acababa de quitarse. En la imagen superior, la lupa (que un momento antes habían vuelto a encontrar bajo las sábanas) revelaba claramente, sobresaliendo entre las margaritas, el género de setas de sombrero estrecho que la ley escocesa (tras la proscripción de la brujería) llama *Lord de Erection*, Otra planta notable, el melón de Marvel, que parece el trasero de un galán ocupado, se recortaba sobre el horizonte floral de una tercera fotografía. En las tres siguientes naturalezas muertas, la fuerza de las cosas había devastado lo suficiente la espesa hierba para que se pudiesen distinguir los detalles de una composición embrollada, mezcla de lucha gitana y de dobles presas, prohibidas por el reglamento. En la última fotografía, la más baja del abanico, Ada estaba representada por dos manos que arreglaban el cabello, mientras que su Adán permanecía en pie junto a ella. Un helecho o una flor disimulaba en parte su muslo, con la estudiada desenvoltura del pincel de un viejo maestro dispuesto a preservar la castidad del Edén.

Van, con un tono de voz igualmente desenvuelto, dijo:

—Fumas demasiado, amor mío: tengo el vientre cubierto de tus cenizas. Supongo que Bouteillan conocerá la dirección exacta del profesor Beauharnais en la Atenas de las Artes Gráficas.

—No le degollarás —dijo Ada—. Kim puede ser un anormal, un chantajista quizá, pero, en su sordidez, hay algo del *istoshniy ston* (vagido visceral) de un arte enfermo. Por lo demás, esta página

es la única verdaderamente escabrosa. Y no olvidemos que una pelirroja de ocho años estaba también emboscada entre las brozas.

—Arte, *my foute*. Esa es la carroza fúnebre del arte, el mapa del Tendre en un rollo de papel higiénico. Siento que me hayas enseñado esto. Ese mono ha prostituido nuestras propias imágenes mentales. Una de dos: o le arranco los ojos a fustazos, o bien, para redimir nuestra infancia, haré de ella el tema de un libro: *Ardis, crónica familiar*.

—¡Ah, sí, sí! —exclamó Ada, saltándose otra infamia, observada, al parecer, por un agujero en las tablas de la buhardilla—. Mira, nuestra isleta del Califa.

—No quiero ver nada más. Sospecho que encuentras algún picante en esas inmundicias. Hay que se excitan con las bandas ilustradas de moto-bikinis.

—Por favor, Van, mira. Son nuestros sauces, ¿te acuerdas?

*El castillo bañado por el Adur:*

*turistas, visitad su torre.*

Ocurre que ésta es nuestra única foto en color. Los sauces parecen vagamente verdosos porque la corteza de sus ramas es verdosa. Pero, en realidad, todavía no tienen hojas, la primavera apenas está comenzando. Entre los juncos se ve nuestra barca roja, la *Souvenance*. Y aquí está la última: apoteosis de Ardis vista por Kim.

Todo el personal se encontraba reunido en varias filas sobre los escalones del porche de las columnas, detrás de la baronesa Ven, presidente del Banco, y la vicepresidente, Ida Larivière. Ambas damas estaban flanqueadas por las dos mecanógrafas más bonitas de la casa, Blanche de la Tourberie (etèrea, salpicada de lágrimas, de todo punto adorable) y una joven negra (contratada pocos días antes de la partida de Van para ayudar a French) que, en pie tras ella, en segunda fila, la dominaba con su aspecto huraño. El punto focal de la segunda fila estaba ocupado por Bouteillan, que llevaba aún el traje *sport* del día de la partida de Van (aquella foto falló o se omitió después). A la derecha del mayordomo había tres lacayos; a su izquierda, Bout (que había sido el asignado a Van); luego, el grueso cocinero de tinte harinoso (padre de Blanche), y, al lado de la señora French, un caballero exageradamente *tweed*, que llevaba al hombro todo un arsenal de aparejos de excursionismo. Aquel señor (según los informes de Ada) era un turista inglés que había venido desde su país exclusivamente para visitar el castillo de Bryant y que se había extraviado en el curso de su viaje en bicicleta. En el momento en que la foto había sido tomada, se imaginaba haber encontrado por casualidad un grupo de colegas turistas en visita a otra mansión que también valía la pena. Las últimas filas constaban de criados o mozos de cocina menos ilustres, así como de jardineros, mozos de cuadra, cocheros, sombras de columnas, doncellas de doncellas, ayudantes de cocina, lavanderas, tropa, ropa... cada vez más indistintos, como en esos anuncios de un Banco en los que se ve, detrás de los directores, a toda clase de pequeños empleados delimitados por los

hombros de los más felices, pero que no por eso renuncian a hacer acto de presencia con una sonrisa obstinada en los grados progresivamente alejados de su humilde disolución.

—¿No es Jones, el asmático, ése que se ve en la segunda fila? Siempre tuve debilidad por ese infeliz...

—No —contestó Ada—, es Price. Jones vino cuatro años después. Ahora es uno de los más destacados policías del Bajo Ladore. Bueno, ya está todo visto.

Van, con gesto despreocupado, volvió a los sauces:

—Todas las fotos de este álbum se tomaron en 1884... Salvo ésta. Nunca bajamos en barca por el río Ladore a comienzos de la primavera. Observo con satisfacción que no has perdido tu admirable facilidad para ruborizarte.

—Es culpa suya. Sin duda incluyó en el montaje una *fotochka* tomada en una fecha posterior, quizás en 1888. La suprimiremos, si quieres.

—Corazón mío —dijo Van—, todo 1888 ha sido suprimido. No hace falta ser un fino sabueso para darse cuenta de que de este álbum han sido arrancadas por lo menos tantas páginas como las que todavía tiene. No es que personalmente me interese gran cosa; quiero decir que no tengo ningún deseo especial de ver los testículos de Orfeo y otros colgajos de los amigos que herborizaban contigo. Pero 1888 ha quedado en reserva y puedes estar segura de que nos lo traerá en cuanto haya gastado el primer billete de mil dólares.

—Fui yo quien suprimió 1888 —confesó la orgullosa Ada—. Pero, por lo que respecta al hombre que se ve detrás de Blanche en esa foto, te juro, te lo juro solemnemente, que no era, ni ha sido nunca para mí más que un perfecto extraño.

—Tanto mejor para él —dijo Van—. De todos modos, eso apenas tiene importancia. Es todo nuestro pasado lo que ha sido caricaturizado y condenado. Pensándolo bien, no escribiré esa crónica familiar. Y, por cierto, ¿dónde estará ahora mí pobre Blanche?

—Está perfectamente y sigue allí. Quizá no sepas que regresó después de marcharte tú. Se casó con nuestro cochero ruso, el que remplazó a Bengal Ben, como le llamaban los otros criados.

—¿De veras? Es delicioso. Señora de Trofim Fartukov. Nunca lo hubiera imaginado.

—Tienen un hijo ciego —rdijo Ada.

—El amor es ciego —comentó Van.

—Me contó que te metiste con ella la primera mañana de tu estancia en Ardis.

—Episodio no ilustrado por Kim —dijo Van—. Y su hijo ¿será siempre ciego? Quiero decir... ¿les habéis buscado un médico de verdadera categoría?

—Seguirá ciego irremediablemente Pero, a propósito del amor y sus mitos, ¿te nas dado cuenta — porque yo misma no me la di en absoluto hasta que hablé con Blanche hace un par de años — de que toda la gente que rodeaba nuestra aventura tenía unos buenos ojos? Olvidemos a Kim, que no es más que el bufón inevitable, pero no sé si te das cuenta de que se creó una verdadera leyenda en torno a nosotros mientras gozábamos y nos hacíamos el amor.

Ada repitió no sé cuántas veces (como si quisiese salvar al pasado de la trivialidad prosaica del álbum) que, sin que ellos lo supieran, su primer verano en los huertos y los orquidarios de Ardis había llegado a ser un credo y un secreto sagrado entre los habitantes de los contornos. Las criadas de inclinaciones novelescas, cuyas lecturas se reducían a *Gwen de Vere* y *Klara Mertvago*, adoraban a Van, adoraban a Ada, adoraban sus ardores entre los árboles de Ardis. Y los galanes de aquellas muchachas, cuando tocaban una balada en la lira rusa de siete cuerdas, a la sombra de los racemosos en flor o en las viejas rosaedas (mientras las ventanas de Ardis Hall iban apagándose una a una), añadían versos nuevos —ingenuos, horteras, pero salidos del corazón — a los antiguos refranes de los romances populares. Los funcionarios de policía de natural excéntrico se dejaban ganar por el prestigio del incesto. Había jardineros que parafraseaban esas iridiscentes poesías persas que celebran el riego y las Cuatro Flechas del Amor, y vigilantes nocturnos que combatían el insomnio y el resquemor de la gonorrea con las armas de *Las aventuras de Vaniada*. En las laderas de las lejanas colinas, los pastores perdonados por el rayo se valían de sus trompas gigantescas como de trompetillas acústicas para captar las coplas que se cantaban en Ladore. En los palacios enlosados de mármol, las castellanas vírgenes atizaban sus llamas solitarias abanicándose con el romance de Van. Y vendría otro siglo, y la fábula iluminada duplicaría su esplendor con los toques cada vez más ricos de los pinceles del tiempo.

—Todo lo cual significa —concluyó Van — que nuestra situación es absolutamente desesperada.

## VIII

Conocedor de lo mucho que gustaban sus hermanas de la cocina y los espectáculos rusos, Van las llevó a comer, la noche del sábado siguiente, al mejor restaurante franco-estoniano de Manhattan Major, el *Ursus*. Ambas bellas llevaban los trajes de noche muy cortos y escotados que Vass presentaba como el «espejismo» de la temporada (para emplear la palabra de la temporada). El de Ada era de un negro vaporoso, y el de Lucette de un brillante verde cantárida. El rojo de labios de la una era el eco (en tono, pero no en matiz) del de la otra. Llevaban los párpados pintados en el estilo «ave-del-paraíso sorprendida» que estaba de moda en Los, lo mismo que en Lute. A los tres Veen, los hijos de Venus, les iban bien las metáforas híbridas y las palabras de doble sentido.

El *ukha*, el *chashlik*, el *ai*, eran éxitos fáciles y familiares, pero la presencia de una contralto de Lyaska y de un bajo de Banff, famosos intérpretes de «romances» rusos, con un toque de enternecedoras *tziganchchina* de Glinka y Grigoriev, dieron a la velada una nota de extraordinaria calidad. Y también estaba Flora, la frágil Flora, bailarina de *music-hall* casi impúber y casi desnuda,

de origen incierto (¿rumana? ¿romana? ¿ramseyana?), cuyos inefables servicios había pagado Van a menudo en el curso del otoño anterior.

Como un perfecto «hombre de mundo», Van asistió a la exhibición de sus encantadores talentos con suave indiferencia (demasiado suave, tal vez), pero es indudable que el espectáculo añadió un secreto condimento a la excitación erótica que hormigueaba en él desde el instante en que sus dos bellas acompañantes se habían quitado los abrigos de pieles y se habían expuesto a su vista bajo la rutilante luz de la fiesta. Y aquella emoción era más bien intensificada por la conciencia (cuidadosamente perfilada, por debajo de unas anteojeras transparentes) de la desconfianza celosa, intuitiva y furtiva, con que Ada y Lucette espían, sin sonreír, las reacciones de su fisonomía a la discreta expresión de complicidad profesional que aparecía, cada vez que la danza la acercaba a él, en la cara de la *blyaduchka* (putilla); pues ése era el nombre, pronunciado con tono de mal fingida indiferencia, con que nuestras chicas se referían a Flora, la cual, dicho sea de paso, era muy cara y perfectamente exquisita. Pero pronto los prolongados sollozos de los violines empezaron a impresionar y casi estrangular a Ada y Van, romántico condicionamiento juvenil que, en un momento dado, obligó a Ada a dejar la sala, llorosa, para ir a ponerse polvos en la nariz, mientras Van se levantaba con un sollozo espasmódico que maldijo mil veces, pero no supo refrenar.

Volvió a atender a su comida y acarició cruelmente el brazo de pelusa de albaricoque de Lucette, la cual dijo entonces en ruso:

—Estoy borracha y todo lo que se quiera, pero hay una cosa que adoro (*obozhayu*), adoro, adoro, adoro más que a la vida, y eres tú, tú (*tebya, tebya*). Estoy enferma de ti, de un modo insoportable (*ya tosku-yu po tebe nevinosimo*). Sé bueno, no me dejes beber (*hlestat*) más champaña, no sólo porque saltaré al río Goodson si desespero de que seas mío, no sólo a causa de esa cosa física, de esa cosa roja (¿pensar que casi te arrancaron el corazón, mi pobre *dushen'ka* querido, más que querido!), me pareció que de veinte centímetros...

—Diecinueve —murmuró el modesto Van, al que la música no dejaba oír bien.

—...sino porque tú eres Van, todo Van y nada más que Van, piel y cicatriz, la única verdad de nuestra única vida, de *mi* vida maldita, Van, Van, Van.

Al llegar ahí, Van se levantó de nuevo: agitando con elegancia un abanico negro, Ada regresaba escoltada por cientos de miradas, mientras corrían sobre las teclas los primeros compases de un romance (sobre el glorioso *Siyala noch'* de Fet) y el bajo tosía «a la rusa», sobre el puño, antes de comenzar.

*Noche radiante. Jardín lleno de luna. Rayos*

*prosternados a nuestros pies. En el salón sin luz*

*un gran piano está abierto... y sus cuerdas vibran*

*como nuestros corazones siguiendo la canción.*

Después, Banoffski se lanzó a los grandes anfíbracos de M. I. Glinka (Mihail Ivanovich fue huésped de Ardis durante un verano, cuando su tío vivía aún; se había conservado el banco verde donde se decía que el músico solía sentarse, bajo las robinias, enjugándose su vasta frente).

*¡Cálmate, pasión desgarradora...!*

Otros cantores sucedieron al primero y los romances fueron haciéndose cada vez más tristes; «Los dulces besos han sido olvidados», «Fue al comenzar la primavera, la hierba apenas brotaba», «¡Cuántos cantos he oído en mi tierra natal! Unos eran de dolor, otros de alegría», y la balada falsamente popular:

*Una roca musgosa se alza por encima*

*de un gran río, el Ross de los tártaros...*

y una serie de elegías viajeras, como, por ejemplo, aquella en que la campanilla de un antiguo vehículo acompaña la canción del cochero:

*La esquila suena, monótona,*

*sobre el camino lleno de polvo...*

o este viejo canto de soldado, en el que alienta un genio realmente! singular:

*Nadejda, volveré contigo*

*cuando suene la hora de la retirada...*

o los únicos versos líricos verdaderamente memorables de Turgueniev, que comienzan:

*El alba nebulosa, ahogada en gris,*



*tristes campos segados bajo un manto de nieve...*

y, naturalmente, el célebre canto para guitarra, pseudo zingaro, compuesto por Apollon Grigoriev (otro amigo del tío Iván):

*¡Oh, tú, al menos háblame*

*compañera septicorde!*

*La luna y el dolor llenan*

*mi corazón hasta el borde.*

—Confieso que nos hemos saciado de luz de luna y de *soufflé* de fresas... Y temo mucho que este último no haya «subido» a la altura de las circunstancias —dijo Ada, en su más afectado estilo de señorita de novela de Austen—. Vámonos a la cama. ¿Has visto nuestra inmensa cama, pequeña? Mira, nuestro caballero está bostezando hasta *to declench his masher* (argot vulgar de Ladore).

—¡Oh, sí (ascensión al Monte Bostezo), sí, es verdad! —reconoció Van, dejando de palpar la aterciopelada mejilla de su melocotón de Cupido, que había manoseado, pero no catado.

El *maître*, el *sommelier*, el *chachlikman*, y una multitud de camareros habían quedado pasmados por las cantidades de *zernistaya ikra* y de *ai* consumidas por los tres Veen de vaporoso aspecto, y fijaban ahora un ojo de múltiples facetas en la bandeja en que devolvían a Van monedas de oro y billetes de banco.

—¿Cómo es posible? —preguntó Lúcete, besando a Ada en la mejilla en el momento en que se levantaron a la vez (y sus brazos, por detrás de la espalda, ejecutaban gestos natatorios en busca de los abrigos, que debían haber sido encerrados en algún remoto lugar del establecimiento)— ¿cómo es posible que la primera canción, *Uzh gasli v komnatah ogni*, y su perfume de rosas te hayan conmovido más que tu Fet favorito y esa otra del corneta?

—También Van se ha conmovido —respondió herméticamente Ada antes de rozar con los labios nuevamente pintados de rojo la más caprichosa peca de una Lucette bastante bebida.

Despreocupadamente, de un modo meramente táctil, como si acabara de conocer a aquellas dos Gracias de gestos lentos y caderas vacilantes, y mientras las dirigía hacia la salida (para recoger los abrigos de chinchilla de manos de otra numerosa cohorte solícita, injustamente, inexplicablemente impecune, que se precipitaba ante ellos), Van colocó una mano —la izquierda— en la larga espalda desnuda de Ada y la otra en la espina dorsal de Lucette, igualmente desnuda e igualmente larga (¿había pensado ésta en el sexo o en el plexo? Lapso de labios balbucientes). Despreocupadamente, destiló y degustó la primera sensación, y luego la segunda. La ensilladura de su amante era de

marfil ardiente, la de Lucette suavemente vellosa y húmeda. También él había bebido lo suyo: cuatro de un total de seis botellas de champaña, menos un culito, un *rizzom*, como decían en Chose. Caminando tras los azulados abrigos de pieles, se olió la mano derecha, antes de ponerse los guantes.

—Oye, Veen —relinchó una voz muy cercana (no faltaban los libertinos en las cercanías)—, ¿no te harán falta las dos, ¿verdad?

Van se volvió, dispuesto a abofetear al grosero, pero éste no era sino Flora, terrible bromista y excelente imitadora. Van trató de darle un billete de banco, pero ella huyó, entre cariñosos guiños de despedida de sus brazaletes y de las estrellas de sus pechos.

Apenas habían sido devueltos a casa por Edmund (no por Edmond, quien, por razones de seguridad —conocía a Ada— había sido enviado a Kingston), cuando Ada infló las mejillas, desorbitó los ojos y corrió hacia el cuarto de baño de Van. El suyo había sido cedido a la tambaleante invitada. Van, que se encontraba en una posición geográfica algo más próxima que la de la hermana mayor, tuvo que recurrir a las modestas comodidades de una tercera *vessie* (pronunciación canadiense de W.C.) contigua a su habitación, a la que honró con un hermoso y prolongado chorro. Van se quitó la corbata y la chaqueta del *smoking*, se desabotonó el cuello de la camisa de seda y quedó un momento inmóvil, en una actitud de dura viril: más allá de su habitación y del saloncito, Ada hacía correr el agua del baño; un ritmo de guitarra recientemente oído se adaptaba al ruido del grifo, *acuáticamente* (una de las pocas ocasiones en que Van se acordó de ella y de las palabras perfectamente normales que dijera en su último sanatorio de Agavia).

Se pasó la lengua por los labios resecos, se aclaró la garganta y optando, finalmente, por matar dos pájaros de un tiro, se dirigió hacia el otro extremo —el extremo sur— de su apartamento, pasando por la salita y el comedero (siempre tendemos a hablar un poco al estilo Canadia cuando estamos bebidos). En la habitación de invitados encontró a Lucette, vuelta de espaldas y en plena operación de meterse por la cabeza un camisón verde pálido. Al contemplar sus caderas estrechas y desnudas, nuestro miserable libertino no pudo por menos de conmoverse ante la simetría ideal de aquellos exquisitos hoyuelos gemelos que solamente los más acabados cuerpos jóvenes poseen encima de las nalgas, en el sagrado cinturón de la belleza. ¡Oh, eran todavía más perfectos que los de Ada! Afortunadamente, ella se volvió, se alisó los rojos bucles que había descompuesto el camisón y el borde de éste cayó hasta la altura de las rodillas.

—Hazme un favor, ángel mío —dijo Van—. Ada me ha hablado de su *estanciero* valentino, pero ahora no me acuerdo del nombre y no me gusta contrariarla con preguntas inoportunas.

—No puedes haber olvidado lo que nunca te ha dicho —replicó la leal Lucete—. ¡Nada! No puedo jugar esa mala pasada a tu amor, que es también el mío, porque sabemos que tú eres muy capaz de dar en el blanco de esa cerradura con un tiro de pistola.

—Te lo ruego, zorrilla. Te lo pagaré con un beso muy especial.

—¡Oh, Van! —dijo Lucette, con un profundo suspiro—. ¿Me prometes que no le dirás que te lo he dicho?

—Te lo prometo: no, no, no. —Van adoptó el acento ruso, mientras ella, con el abandono propio del amor irreflexivo, comenzaba a apretar su vientre contra el de él—. *Nikak-s net*: ni labios, ni filtro, ni punta de nariz, ni miradas ahogadas. Sólo la axila de la zorrita, sólo eso... a menos que (retrocediendo, con una expresión de incertidumbre burlona)... a menos que te la afeites.

—No. Cuando me la afeito, todavía huelo más —confesó la sincera Lucette, mientras se desnudaba dócilmente un hombro.

—¡Arriba las manos! ¡Apunten al Paraíso! ¡Terra! ¡Venus! —ordenó Van. Y, en el lapso de unos cuantos sincronizados latidos de corazón, aplicó una boca ávida a la cavidad ardiente, húmeda, peligrosa.

Lucette se dejó caer sobre una silla, apoyando la frente en una mano.

—Final del espectáculo —dijo Van—. Quiero saber el nombre de ese individuo.

—Vineland —dijo Lucette.

Van oyó la voz de Ada Vineland que reclamaba sus chinelas (las cuales, lo mismo que en el principado de Cordulenska, él encontraba difícil distinguir del calzado de baile), y, un minuto más tarde, sin la menor interrupción en la tensión reinante, Van se encontró, en un sueño ebrio, haciendo violentamente el amor con Rosa —no, con Ada, pero en estilo rosáceo, sobre una especie de cómoda baja. Ada se quejaba de que le hacía daño «como un tigre turco». Él se metió en la cama y estaba a punto de dormirse cuando Ada se alejó de su lado. ¿A dónde iba? Lucette quería ver el álbum.

—Vuelvo en un rocecito (jerga de colegiala tribádica), no te duermas —le dijo—. A propósito, a partir de ahora, y hasta nueva orden, va a ser *Chère-amie-fait-morata* (juego de palabras, a base de los nombres genérico y específico de la célebre mosca).

—Pero nada de *Vorschmacks* sáficos —gruñó Van, con la cara hundida en la almohada.

—¡Oh, Van! —protestó Ada, volviéndose y sacudiendo la cabeza, con una mano puesta en el picaporte de la puerta, al extremo de una interminable habitación—. ¡Ya hemos hablado tantas veces de eso! Tú mismo reconoces que sólo soy «una pálida chica salvaje con pelo de gitana», como en la balada inmortal, en un nuli-verso, en el «mundo maculado» de Rattner, ese mundo que no tiene otra ley que la de la variación fortuita. No puedes exigir —continuó, en algún lugar de las dos mejillas de la almohada de Van (porque ya hacía tiempo que Ada había desaparecido con su álbum rojo sangre)—, no puedes exigir pudor a una impúdica. Pero ya sabes que yo sólo amo de verdad a los varones, y, para mi desgracia, a uno solo de ellos.

Siempre había algo de color, algo impresionista, pero también infantil, en las alusiones de Ada a sus asuntos carnales, algo que recordaba la pintura engañosa, o los pequeños laberintos de cristal con bolitas dentro, o el tiro de pichón de Ardis —¿te acuerdas?—, que lanzaba pichones de arcilla, o pinas, como en un tiro al plato, o al *cockamaroo* inglés (el *biks* ruso), que se jugaba con una pequeña

coleta en el tapete verde de una mesa oblonga con agujeros y aros, campanillas y clavijas, entre los cuales zigzagueaba la bolita de marfil, del tamaño de una pelota de *ping-pong*, con sonoros choques.

Los tropos son los sueños del lenguaje. Por el laberinto de boj y los arcos de billar de Ardis, Van entró en el sueño. Cuando volvió a abrir los ojos eran las nueve de la mañana. Ella estaba acostada en media luna, separada de él, sin nada más allá del paréntesis abierto, cuyo contenido no estaba aún preparado para dejarse encerrar, y la bella, la adorable, la traidora cabellera de bronce azul noche olía a Ardis, y también al «*Oh-de-grâce*» de Lucette.

¿Le había ella teleografiado? ¿Anulado? ¿Diferido? La señora Viñodo, no... Vingolfer, no... Vinelander —primer Russki en gustar la uva labrusca.

*Mne snitsa saPERnik CHCHASTLEEVOI!* (Mihail Ivanovich describiendo semicírculos en la arena con el extremo de su bastón, sentado en el banco, con la espalda encorvada, bajo los racimos cremosos.)

—¡Sueño con un rival afortunado!

Mientras tanto, para mí, el Doctor Resaca y su más potente comprimido de Kaféina.

A los veinte años Ada era muy dormilona. Desde el comienzo de su vida en común, Van se duchaba todas las mañanas antes de que ella abriese los ojos, y después, todavía afeitándose, llamaba a Valerio, el cual hacía pasar la mesita portátil, debidamente puesta con anterioridad, del ascensor al salón contiguo al dormitorio. Pero aquel domingo, al ignorar lo que Lucette desearía tomar (recordaba su antigua pasión por el cacao) y sintiendo la urgencia de tener nuevos tratos con Ada antes de empezar el día, aunque para ello hubiese de perturbar la tibieza de su sueño, Van activó sus abluciones, se secó con energía, se empolvó la ingle y, sin tomarse el trabajo de ponerse nada encima, regresó al dormitorio, con la moral bien alta, para encontrarse allí con una Lucette enfurruñada y con los cabellos en desorden, todavía con su camión verde sauce, sentada al otro lado del lecho concubital, mientras Ada, con los senos hinchados y ya adornada, por razones rituales y fatídicas, con la *rivière de diamants* que Van le regalara, se fumaba el primer cigarrillo del día e intentaba que su hermanita decidiera si le agradaría probar el hojaldre de *Mónaco* con zumo de Potomac o el incomparable bacon ámbar y rubí del mismo establecimiento. Al ver a Van, que, sin dar muestras del menor desfallecimiento en su imponente puesta a punto, se disponía a colocar una legítima rodilla en el borde más próximo de la enorme cama (Rosa del Mississippi había llevado una vez allí, con fines de educación visual progresiva, a sus dos hermanitas color café con leche, acompañadas por una muñeca, casi tan grande como ellas, pero blanca), Lucette se encogió de hombros. Y ya se disponía a marcharse cuando Ada la retuvo con una mano ávida.

—Vuelve a la cama, pequeña. Y tú, Dios de los Jardines, llama al servicio: tres cafés, media docena de huevos pasados por agua, montañas de tostadas con mantequilla...

—¡Ah, no! —interrumpió Van—. Dos cafés, cuatro huevos, etc. Me niego a permitir que el personal se entere de que tengo a dos chicas en mi cama. Una (y Flora es testigo) es suficiente para mis pequeñas necesidades.

—¡Sus pequeñas necesidades! —gruñó Lucette—. Déjame que me vaya, Ada: yo necesito un baño y él te necesita a ti.

—No te moverás de aquí —exclamó audazmente Ada; y de un gracioso manotazo despojó de su camisón a su hermana. Instintivamente, ésta bajó la cabeza y encorvó la espalda; luego se dejó caer sobre la mitad exterior de la almohada de Ada, paralizada como una mártir pudibunda, desplegando el brillo anaranjado de sus bucles contra el terciopelo negro que almohadillaba la cabecera de la cama.

—¡Abre los brazos, tonta! —ordenó Ada, rechazando vivamente con el pie la sábana que cubría en parte las seis piernas. Al mismo tiempo, y sin volver la cabeza, apartó de un talonazo al sinuoso que la atacaba por la espalda, mientras que su otra mano ejecutaba pases mágicos sobre los senos menudos pero bien hechos, espejeantes de sudor, y sobre el vientre plano y palpitante de una ninfa de las arenas, y más abajo, hasta el pájaro de fuego que Van había descubierto un día, y que ahora, provisto de todas sus plumas, no era menos fascinante, a su manera, que el cuervo azul de la favorita. ¡Hechicera! ¡Acrasia!

Lo que ahora se ofrece a nuestros ojos no corresponde tanto a una situación casanoviana (este jinete de doble montura tenía un pincel decididamente monocromático, en la línea de las *Memorias* de la época, poco colorista) como a un cuadro mucho más antiguo de la escuela veneciana (en sentido amplio), reproducido (en las «Obras Maestras Prohibidas») con suficiente habilidad para rivalizar con el examen minucioso de un buriel observado a vista de pájaro.

Consideremos la imagen que nos habría reexpedido el espejo celeste ingenuamente imaginado por Eric en sus sueños de libertinaje (en realidad, este lugar cenital está hundido en una sombra opaca, porque las cortinas están todavía echadas e impiden la entrada de la luz gris de la mañana). Descubrimos la gran isla del lecho iluminado a nuestra izquierda (la derecha de Lucette) por una lámpara que arde con una incandescencia murmurante en la mesilla situada al oeste de la cama. La sábana de arriba y la colcha yacen en desorden al sur de la isla, no protegido por ningún dique y desde el cual el ojo que acaba de ganar la orilla sube hacia el norte para explorar el lugar. Encuentra en primer plano las piernas, abiertas a la fuerza, de la más joven de las Veen. Una nota de rocío en el muslo rojizo va a encontrar pronto una respuesta estilística en la lágrima agua-marina que cae en el ardiente pómulo. Una nueva excursión, desde el puerto hacia el interior, nos hace descubrir el muslo izquierdo, largo y blanco, de la joven que está en el centro. Visitamos los tenderetes de recuerdos: las garras lacadas en rojo de Ada, que conducen de este a oeste, de la penumbra al rojo brillante, la mano de un hombre discretamente renuente y perdonablemente vencido al final, y los fuegos de su collar de diamantes que, para los efectos, no es mucho más valioso que las aguamarinas que se ven brillar al otro lado (oeste) de la calle Novelty Novel. El desnudo masculino de la cicatriz, que ocupa la costa oriental de la isla, está medio en sombras, y es, en conjunto, menos interesante, aunque su grado de excitación supera en mucho lo que es bueno para él y para cierto tipo de turistas. La pared recientemente reempapelada que se encuentra inmediatamente al oeste de la lámpara de doroceno (la cual, *et pour cause*, murmura ahora con más fuerza que hace un momento), está ornamentada, en honor de la bella del centro, con madre selvas peruanas visitadas (no sólo a causa del aroma de su néctar, mucho me lo temo, sino también de los bichitos ocultos entre las hojas) por maravillosos colibríes del género *Loddigesia*; sobre la mesa de noche de aquel

lado se ve una vulgar caja de cerillas, una *karavanchik* de cigarrillos, un cenicero del Mónaco, un ejemplar del pobre cuento de miedo de Voltemand, y una orquídea, *Oncidium luridon*, en un jarroncito de amatista. La mesilla del lado opuesto soporta una lámpara idéntica, de gran potencia, pero apagada; un dorófono, una caja de Wipex, una lupa, el álbum de Ardis y una separata de un ensayo del doctor Anbury (gracioso seudónimo del joven Rattner) *De la música suave considerada como causa de los tumores cerebrales*. Los sonidos tienen colores; los colores, perfumes. La llama del ámbar de Lucette atraviesa la noche del olor y del ardor de Ada, y se detiene en el umbral del macho cabrío de lavanda de Van. Diez largos dedos ansiosos, perversos, amantes, pertenecientes a dos jóvenes demonios, acarician a su compañerita, que ha quedado reducida a su merced. Con su larga cabellera negra, Ada roza accidentalmente la bibelot local que tiene en su mano izquierda, tan orgullosa de su adquisición que no puede por menos de comprobar su funcionamiento. Sin firmar y sin recuadrar.

La información nos parece casi completa (porque la bagatela mágica no tardó en licuarse y Lucette recogió el camisón y huyó corriendo a su cuarto). No era más que una de esas tiendas en las que los dedos del joyero tienen una dulce manera de resaltar el carácter precioso de una joya mediante un movimiento que recuerda el modo en que se frota una con otra las alas posteriores de una licénida posada, o el deslizamiento ingravido del pulgar de un prestidigitador sobre la moneda que disuelve; pero es en esa clase de tiendas donde el cuadro anónimo atribuido a Grillo o a Obieto, caprichosamente o con propósito deliberado, *Ober* o *Unterart*, se deja descubrir por el artista fisgón.

—¡Es terriblemente nerviosa, pobre chica! —dijo Ada, extendiendo el brazo por encima de Van hacia la caja de Wipex—. Ahora puedes hacer que suban el desayuno, a menos... ¡Oh, qué agradable espectáculo! Mis felicitaciones. Nunca he visto un hombre que se rehaga tan pronto.

—Ya me lo han dicho decenas de guayabos y centenares de putas más expertas que la futura señora Vinelander.

—Quizá yo no sea ya tan brillante como era —dijo tristemente Ada—, pero conozco a alguien que no es simplemente una puta, sino también una mofeta, y es Córdula Tabaco, alias Madame Perwitsky. Leo en el periódico de esta mañana que, en Francia, el noventa y nueve por ciento de los gatos mueren de cáncer. No sé cuál será la situación entre los sármatas, el país de los gatos malolientes.

Algún tiempo después, Van adoró [*Sic!* Editor] el hojaldre del Mónaco. Pero Lucette no reapareció y, cuando Ada, siempre adornada por sus diamantes (señal de que aún necesitaba al menos un *caro* Van y un Camel antes de darse el baño matutino), fue a mirar en la habitación de invitados, descubrió que la maleta blanca y las pieles azules habían desaparecido. Una nota garabateada con Máscara Verde de Arlen estaba sobre la almohada, sujeta por un alfiler.

*Una noche más, y me vuelvo loca. Voy a Verma un par de semanas, a esquiar con otras pobres larvas peludas. La desdichada*

Poor L.

Van se dirigió a un atril monástico que se había comprado para por escribir en la posición vertical del pensamiento vertebrado, y escribió lo siguiente:

Pobre L.:

*Lamentamos que te hayas marchado tan pronto, y todavía lamentamos más haber llevado a nuestra Esmeralda, a nuestra sirena, a esas desvergonzadas travesuras. Nunca más haremos contigo esa clase de juegos, querido pájaro de fuego. Perdónanos. Los recuerdos, las brasas y las membranas de la belleza hacen perder la cabeza a los artistas y a los cretinos. Pilotos de formidables aeronaves, y hasta cocheros groseros y malolientes, enloquecen por unos ojos verdes y unos rizos de cobre. Queríamos admirarte y divertirte, A.D.P. (ave del paraíso). Hemos ido demasiado lejos. Yo, Van, he ido demasiado lejos. Lamentamos esa escena vergonzosa, aunque fundamentalmente inocente. Destruye y olvida.*

*Tiernamente tuyos, A. & V. (por orden alfabético).*

—Yo llamaría a eso una niñería pomposa y puritana —dijo Ada inclinada sobre la carta de Van— ¿Por qué pedirle «perdón» por haberle proporcionado la experiencia de un pequeño y delicioso espasmo? Yo la quiero mucho, y nunca te permitiría que le hicieras daño. Es curioso, ¿sabes?: hay algo en el tono de tu carta que hace que me sienta verdaderamente celosa por primera vez en mi vida. Van, Van, algún día, en alguna parte, después de un baño de sol o de un baile, te acostarás con ella, Van.

—A menos que hayas agotado tu provisión de filtros de amor. ¿Me permites que le envíe esta carta?

—Sí... pero añadiré unas líneas de posdata:

*La declaración anterior es obra de Van y la firma de mala gana Es pomposa y puritana. Te adoro, pequeña, y nunca le permitiré que te haga daño, ni como hermano ni como loco. Cuando estés harta de Queen, ¿por qué no te vas a Holanda o a Italia?*

A.

—Y ahora, salgamos a respirar aire puro —propuso Van—. Haré que ensillen a Pardus y Peg.

—Anoche me reconocieron dos hombres —dijo Ada—. Dos californianos que no se conocen entre sí: ninguno de ellos se atrevió a saludarme, por culpa del «matón» con *smoking* de seda que me acompañaba pitando amenazadoramente alrededor. Uno de ellos era Anskar, el productor; el otro,

que estaba cenando con una fulana, era Paul Whinnier, uno de los amigos londinenses de tu padre. Yo esperaba algo así como que volveríamos a la cama.

—De momento vamos a dar un paseo por el parque —dijo Van, con firmeza; y, antes que nada, hizo llamar a un mensajero dominical para que llevase la carta al hotel de Lucette, o, si ya no estaba allí, a la estación de invierno de Verma.

—Supongo que sabes lo que estás haciendo —dijo Ada.

—Sí —respondió Van.

—Vas a desgarrarle el corazón.

—Ada, querida —exclamó Van—, soy un vacío radiante. Soy el convaleciente que sale de una larga y terrible enfermedad. Tus has vertido lágrimas sobre mi horrible cicatriz, pero desde ahora la vida no va a ser más que amor, y risas, y terrones de azúcar... No puedo apesadumbrarme por los corazones rotos: el mío se ha curado hace demasiado poco. Tú llevarás un velo azul, y yo el bigote postizo que me hace tan parecido a Pierre Legrand, mi maestro de esgrima.

—En el fondo —dijo Ada—, los primos hermanos tienen perfecto derecho a montar a caballo juntos, e incluso a bailar, o a patinar, si tienen gana. Después de todo, ser primos hermanos es casi como ser hermanos. El aire está azul, helado, inmóvil.

Pronto estuvo dispuesta. Se besaron tiernamente en el rellano, entre la escalera y el ascensor, y se separaron para bajar.

—¡Torre! —murmuró Ada, en respuesta a la mirada interrogadora de Van, igual que contestaba a la misma en las mañanas de miel de otros tiempos, cuando hacían la estimación de su felicidad—. ¿Y tú?

—Un verdadero zigurat.

## IX

Después de algunas investigaciones descubrieron un cine pequeño especializado en Colored Westerns (es así como solía llamarse a esos desiertos del no-arte), que ofrecía la reposición de *Los jóvenes y los condenados* (1890). ¡No era sino la última degeneración en que habían caído *Les Enfants Maudits* (1887) de Mlle. Larivière! Ésta había imaginado en su guión un castillo francés y dos adolescentes que envenenaban a su madre, viuda culpable de haber seducido a un joven vecino, amante de uno de los gemelos. La autora ya había hecho muchas concesiones a la libertad de los tiempos y a la mentalidad retorcida de los guionistas, pero tanto ella como la protagonista desaprobaron el resultado final de los múltiples falseamientos a que el argumento fue sometido hasta que se convirtió en la historia de un asesinato en Arizona. La víctima era ahora un viudo que pretendía casarse con una prostituta alcohólica, papel que Marina, muy sensatamente, se negó a



interpretar. Pero la pobre Ada no renunció al suyo, bastante insignificante: una escena de diez minutos en una taberna de carretera. Durante los ensayos tenía la impresión de que no hacía demasiado mal de camarera serpentina... hasta el día en que el director le dijo que se movía como un dromedario. No se había dignado ver el producto terminado y no tenía muchas ganas de que Van la viese, pero éste le recordó que el propio director, G. A. Vronsky, le había dicho que era lo bastante bonita para hacer algún día de doble de Lenore Colline, la cual, a los veinte años, tenía la misma seductora torpeza, y arqueaba y encogía los hombros igual que lo hada Ada al atravesar una habitación. Después de haber soportado un cortometraje preliminar, llegaron finalmente a *Los jóvenes y los condenados* sólo para descubrir que la escena de la camarera en la secuencia de la taberna había sido cortada... salvo la sombra inconfundible de un codo de Ada, según Van tuvo la gentileza de afirmar.

A la mañana siguiente, en el saloncito del diván negro con cojines amarillos y la ventana salediza de cierre hermético cuyos cristales nuevos Parecían agrandar los copos de nieve en su caída lenta y vertical (estilizados por una curiosa coincidencia en la portada del último número de *Lo bello y la mariposa* posado en el alféizar), Ada hablaba de su «carrera teatral». El tema debatido asqueaba en secreto a Van (en tal medida que por contraste, la pasión de Ada por la historia natural adquiría a sus ojos un esplendor nostálgico). Para él, la palabra escrita no existía más que en su abstracta pureza, en su irrepetible llamada a un espíritu igualmente ideal. Pertenecía en exclusiva a su creador y (contrariamente a lo que sostenía Ada) no podía ser pronunciada o representada por un mimo sin que, *ipso facto*, un espíritu extraño destruyera al artista, de una puñalada mortal, en el mismísimo antro de su arte. Una obra escrita era intrínsecamente superior a la mejor de las representaciones, aun cuando el mismo autor hubiera dirigido personalmente su puesta en escena. Por lo demás, Van coincidía con Ada en que la pantalla sonora era ciertamente preferible al teatro en vivo, por la sencilla razón de que permitía al director alcanzar y mantener sus propias normas de perfección durante un número ilimitado de representaciones.

Ninguno de los dos tenía en cuenta las separaciones que la vida profesional de Ada podría exigir. Ninguno de los dos consideraba la posibilidad de viajar juntos con un destino expuesto a los cien ojos de Argos, de vivir juntos en Hollywood, U.S.A., en Ivydell, Inglaterra, o incluso en el Hotel Cohnritz (ese blanco palacio de azúcar) de El Cairo. A decir verdad, no se imaginaban otra forma de existencia que aquel cuadro viviente que componían en aquel instante bajo el bello cielo azul paloma de Manhattan.

A los catorce años Ada había tenido la convicción de que subiría en vuelo de cohete al cielo de las estrellas, para estallar allí, con un gran estampido, en triunfales lágrimas prismáticas. Estudió en escuelas especializadas. Actrices de talento, pero que no habían conocido el éxito, y el propio Stan Slavsky (sin vínculo de parentesco, aunque tampoco se trataba de mTñombre cle teatro) le habían dado lecciones particulares de arte dramático, de desesperación, de esperanza. Su debut fue un pequeño desastre que pasó inadvertido. Sus posteriores apariciones sólo fueron aplaudidas por los amigos íntimos.

—Nuestro primer amor —dijo a Van —es la primera ovación de una sala puesta en pie, y es *esto* lo que hace a los grandes artistas. Así me lo han asegurado Stan y su amiguita, que hizo el papel de

Miss Spangle Triangle en *Flyings Rings*. Aunque la verdadera consagración puede no llegar hasta la última corona.

—Música celestial —dijo Van.

—Precisamente, a él también le abuchearon los reventadores, en Amsterdams muchos más antiguos, y mira dónde estamos después de tres siglos: no hay cachorro de grupo *pop* que no le copie. Todavía creo que tengo talento, pero quién sabe si, en el fondo, no estoy confundiendo el enfoque correcto con el talento, que se burla de las reglas deducidas del arte pretérito.

—Bueno, al menos sabes eso —dijo Van —; y lo has explicado por extenso en una de tus cartas.

—Me parece, por ejemplo, haber oído siempre que el actor no debe poner el eje de su representación en un «personaje», ni en un «tipo» de tal o cual ralea, ni en las charlatanerías de un tema social, sino exclusivamente en la poesía subjetiva y única del autor, porque los dramaturgos (como lo ha evidenciado el más grande de ellos) están más cerca de los poetas que de los novelistas. En la vida «real» somos criaturas de azar, sumergidas en un vacío absoluto, a menos, naturalmente, que nosotros mismos seamos artistas; pero en una buena comedia yo me siento protegida por el autor, aceptada por el tribunal censor, me siento segura, sin otra cosa ante mí que esa total oscuridad que respira (en lugar de nuestro Tiempo de Cuatro Muros), me siento rodeada por los brazos de un Will perplejo (que creía que yo era tú) o de un Anton Pavlovich (cuyos gustos son mucho más normales y que siempre ha estado apasionadamente enamorado de los largos cabellos negros).

También eso me lo escribiste una vez.

Los comienzos de la carrera de Ada, en 1891, coincidieron con el final de la de su madre, que había durado veinticinco años. Y lo que es más, ambas interpretaron la misma obra, *Las cuatro hermanas* de Chejov. Ada hacía de Irina en el modesto escenario de la Academia de Arte Dramático de Yakima, en una versión algo abreviada en la que el personaje de la hermana Varvara, la locuaz *originalka* («excéntrica», como la llama Marsha), sólo era dada a conocer mediante las alusiones de los demás personajes, pero sus escenas habían sido suprimidas, de modo que la obra debía haber llevado el título de *Las tres hermanas* (que, de hecho, ya le asignó el más ingenioso de los críticos locales). Era justamente el papel de la religiosa (notablemente ampliado) el que Marina representaba en una adaptación cinematográfica muy lamida de la obra de Chejov: la película y la Durmanova fueron celebradas por un concierto de alabanzas no demasiado merecidas.

—Desde que decidí subir a las tablas —dijo Ada (aquí nos servimos de sus notas) —me sentí obsesionada por el fantasma de la mediocridad de Marina; juzgaba yo por la actitud de la crítica, que unas veces fingía ignorarla y otras la enviaba a la fosa común. Cuando su papel era lo suficientemente importante para que no pudiesen silenciarlo, la gama de los calificativos iba desde «inerte» hasta «sensible» (el más elogioso cumplido que merecieron sus interpretaciones). Y en el momento más delicado de *mi* carrera, ella hacía fotocopiar, para enviarlos a amigos y enemigos, comentarios exasperantes como: «la Durmanova está soberbia en el papel de la monja neurótica; ha conseguido convertir un papel esencialmente episódico y estático en» etc., etc., etc. Naturalmente, el cine no plantea problemas de lenguaje (Van se tragó, más que reprimió, un bostezo). Marina y tres

de sus colegas no tenían ninguna necesidad del excelente doblaje que se proporcionó a los otros actores, desconocedores de la lengua de Chejov. Pero nuestro pobre espectáculo de Yakima sólo podía contar con dos auténticos rusos, Altshuler, el protegido de Stan, en el papel del barón Nikolai Lvovich Tuzenbach-Krone-Altschaeur, y yo misma, en el de Irina, *la pauvre et noble enfant*, que es telegrafista en el primer acto, secretaria de un ayuntamiento en el segundo y maestra de escuela al final de la obra. Todo el resto no era más que una macedonia de acentos inglés, francés, italiano. A propósito, ¿cómo se dice «ventana» en italiano?

—Finestra, sestra —dijo Van, imitando a un apuntador loco.

«Irina (sollozando): ¿A dónde se ha ido todo, a dónde? ¡Oh, Dios mío. Dios mío! Lo he olvidado todo, todo. Todo se confunde en mi mente... ¡Ni siquiera sé cómo se dice "techo" o "ventana" en italiano!

—No. «Ventana» precede a «techo» en ese parlamento. Ella empieza por mirar a su alrededor, y luego alza los ojos: es el movimiento natural del pensamiento.

—Sí, eso es. Luchando todavía con «ventana», levanta los ojos y tropieza con el no menos enigmático «techo». En realidad, estoy segura de haber representado esa escena de acuerdo con tu interpretación psicológica. Pero, ¿qué importa eso, qué *importaba* eso? Nuestra representación fue perfectamente detestable, mi barón acertaba, todo lo más, una línea sí y otra no. Pero Marina... Marina estaba *maravillosa* en su universo de sombras. «Diez años, y otro más, han pasado ya desde que dejé Moscú...» (Ada, que hace ahora de Varvara, imita ese «tono de salmodia devota» —*pevuchii ton bogomolki*— indicado por Chejov y logrado por Marina con irritante perfección.) «Ahora, la vieja calle Basmannaia, donde tú naciste (volviéndose a Irina) hace una veintena de añitos (*godkov*), se ha convertido en esta Busman Road bordeaba a ambos lados por talleres y garajes (Irina se esfuerza en contener las lágrimas). Entonces, ¿por qué querrías volver, Arinuchka? (Irina contesta con un sollozo).» Por supuesto, como habría hecho cualquier buen actor, mamá, Dios la bendiga, improvisaba un poco. Y además, su voz, su joven voz rusa y melodiosa, ha sido sustituida por el vulgar inglés dublinés de Lenore.

Van había visto la película y le había gustado. La actriz irlandesa Lenore Colline, infinitamente graciosa y melancólica

*Oh, qui me rendra ma colline,*

*et le grand chène, and my colleen!*

había hecho que se le abriera el corazón, tanto se parecía a una foto de Ada Ardis junto a su madre, en *Belladonna*, una revista de cine que Greg Erminin le había enviado, pensando que le encantaría ver a su tía y a su prima fotografiadas juntas en un patio californiano, en vísperas del estreno de la película. En el primer acto, la hija mayor del difunto general Serguei Prozorov, Varvara, procedente de su lejano convento o Tsitsikar, llega a Perm (llamada también Permaceti), ciudad situada en la aislada región de la Bahía de Akimsk, en Canadia septentrional, para tomar el té con Olga, Macha e

Irina en la onomástica de esta última. Para consternación de la monja, sus tres hermanas sólo piensan en una cosa: dejar la húmeda y fría «Permanente» (como la llama, por burla, Irina) y sus nubes de mosquitos —por lo demás, el lugar más encantador y tranquilo del mundo— para ir a darse la gran vida en Moscú, Idaho, remota y pecadora ciudad, que fue la primera capital de Estocilandia. En la primera edición de su drama (que nunca logró del todo ese suave suspiro que caracteriza las obras maestras), Tchechoff (como él mismo escribía su nombre aquel año, en la execrable pensión rusa del número 2 de la calle Gounod, Niza, acumulaba en las dos breves páginas de una ridícula escena expositiva toda la información que deseaba soltar, grandes masas de recuerdos y de fechas cuyo peso eran incapaces de soportar los frágiles hombros de las tres desventuradas estocianas. Más tarde redistribuyó aquel lote informativo en una escena mucho más larga, y la llegada de la cuarta hermana, la monachka Varvara, le dio ocasión de vaciar en el diálogo todo lo que se necesitaba para satisfacer la insaciable curiosidad de los espectadores. Fue una prueba de su habilidad de dramaturgo. Desgraciadamente, como tantas veces ocurre cuando el autor introduce un personaje con la única intención de que le saque de un apuro, la monja prolonga su visita, y hasta el tercer acto (el penúltimo) no conseguirá el autor devolverla a su convento.

—Supongo —dijo Van, buen conocedor de su amiga —que no habrás pedido a Marina que te enseñase algún truco para la interpretación de Irina.

—Desde luego que no. Habríamos acabado peleándonos. Sus consejos me han exasperado siempre, por sarcásticos y ofensivos. He visto madres-pájaro que se enfurecen o se burlan neuróticamente cuando sus pobres pequeños, a los que ni siquiera les ha salido la cola, no aprenden a volar en seguida. Es algo que conozco demasiado. Por cierto, éste es el programa de *mi* pequeño fracaso.

Van recorrió con la mirada la lista de actores y reparó en dos detalles divertidos: el papel del oficial de artillería Fedotik (cuyo atributo cómico consiste en un aparato fotográfico cuyo disparador hace funcionar constantemente), había sido confiado a un tal «Kim (diminutivo de Yakim) Eskimossoff», mientras que el denominado John Stornin hacía el personaje de Skvortsov (testigo en el duelo bastante irregular del último acto), cuyo nombre deriva de *skvoretz*, estornino. Cuando Van hizo esta última observación, Ada se sonrojó, según sus hábitos del Viejo Mundo.

—Sí —dijo—. Era un muchacho encantador; flirteamos un poco, pero la tensión y los conflictos de la bisexualidad eran excesivos para él: había sido, desde la pubertad, el *puerulus* de un maestro de ballet, el gordo Dangleleaf. Acabó suiciándose. Ya ves («el rubor de sus mejillas había ahora dado paso a una palidez mate») que no te ocultó ni una sola mancha de lo que rima con «Perm».

—Ya lo veo. Y Yakim...

—¡Oh, Yakim no era nada para mí!

—No es eso lo que quiero decir. Yakim al menos no hizo (como su homónimo) una foto del que era tu hermano en la comedia abrazando a su amiguita. Interpretada por Alba del Aire.

—No estoy segura. Creo recordar que nuestro director no desdeñaba algún intermedio cómico, de *comic relief*.

—Alba «en robe rose et verte», al final del primer acto.

—Creo que hubo un escape entre bastidores y algún eco de franco regocijo en la sala. Todo lo que tenía que hacer el pobre Estornino era gritar «¡ohé!» desde una barca en el Kama, para invitar a mi novio a pasar a la palestra.

Pero volvamos al metaforismo didáctico del amigo de Chejov, el conde Tolstoi.

Todos conocemos los viejos guardarropas de los viejos hoteles de la zona subalpina del Viejo Mundo. En principio, uno abre la puerta con infinitas precauciones, muy lentamente, muy suavemente, con la vana esperanza de ahogar el atroz crujido, el gemido rechinante que la puerta va emitiendo al abrirse. Y luego, se descubre en seguida que cuando se la abre o cierra con celeridad, con un empujón audaz el gozne diabólico es cogido por sorpresa y su grito no viene a turbar nuestro silencio triunfante. A pesar de la exquisita y soberana felicidad que les inundaba y satisfacía (y no queremos hablar solamente de la herida rosa de Eros), Ada y Van sabían que ciertas puertas de la memoria deben permanecer cerradas si no se quiere que su monstruosa queja desgarré hasta el último nervio del alma. Pero si la operación se ejecuta con presteza, si las manchas indelebles sólo son mencionadas entre dos ágiles agudezas, es posible que la fuerza anestésica de la vida atenúe el inolvidable suplicio que podía resultar de la puerta que se abre.

De cuando en cuando Ada ironizaba a propósito de los pecadillos sexuales de Van, aunque generalmente tendía a ignorarlos, como si reivindicase implícitamente, para los pequeños extravíos propios, una tolerancia igual a la suya. Van era más inquisidor, pero no aprendió de sus labios mucho más de lo que ya sabía por sus cartas. Ada atribuía a sus antiguos admiradores todos los defectos que ya conocemos: incompetencia en la tarea, inanidad y nulidad. En cuanto a sí misma, todo lo que tenía que reprocharse eran las fáciles complacencias de la piedad femenina. Los argumentos higiénicos y sanitarios que invocaba herían a Van más de lo que le habría herido la confesión insolente de una apasionada traición. Ada había optado por «trascender» los pecados sensuales de ambos. Para ella, el adjetivo «sensual» designaba lo que no tenía sentido ni alma, y, en consecuencia, nada significaba en el inefable «a partir de ahora» en el que creían tácitamente, tímidamente, los dos jóvenes. Van se esforzaba en acomodarse a la misma línea lógica, pero no conseguía olvidar la vergüenza y el suplicio, ni siquiera cuando alcanzaba las cimas de felicidad que no había conocido en las horas más luminosas que habían precedido a las más sombrías de su pasado.

## X

Tomaron muchas precauciones... todas perfectamente inútiles, pues nada puede cambiar el final (escrito y archivado) de este capítulo. Sólo Lucette y la agencia que les remitía las cartas conocían la dirección de Van. Por mediación de una amable dama de honor del banco de Demon, Van supo que su padre no aparecería por Manhattan antes del 30 de marzo. Nunca salían ni volvían juntos, y acordaban un lugar de reunión —la biblioteca o algún mercado— para que sirviese de punto de partida a sus excursiones del día... Y he aquí que la única vez que quebrantaron la regla (Ada se

había quedado bloqueada en el ascensor durante unos instantes y Van había bajado demasiado alegremente las escaleras desde su cima común), desembocaron en mitad del campo visual de la anciana señora Erquatre, que pasaba justamente ante la puerta en compañía de su minúsculo y sedoso *Yorkshire* de largos pelos grises y castaños. El reconocimiento resultó inmediato y completo: la dama conocía a las dos familias desde hacía años y se enteró con interés (de labios de una Ada que cotorreaba más que charlaba) de que Van se encontraba en la ciudad cuando, casualmente, Ada había llegado del oeste, que Marina estaba muy bien, que Demon se encontraba en Méjico o en Oxmime, y que Lenore Colline tenía un perrito igual de adorable, con una igual de adorable raya a lo largo de la espina dorsal. Aquel mismo día (3 de febrero de 1893) Van volvió a untar al ya ahíto portero para que respondiera a toda pregunta que pudiera hacerle cualquier visitante —y sobre todo a una viuda de dentista con perro-oruga —acerca de cualquier Veen, con una breve declaración de absoluta ignorancia. El único personaje que se olvidó de tener en cuenta era la vieja bribona que suele presentarse en figura de esqueleto o de ángel.

El padre de Van acababa de abandonar un Santiago para ir a observar en otro los efectos de un terremoto, cuando el Hospital de Ladore le telegrafió que Dan estaba muñéndose. Partió sobre la marcha para Manhattan, con alas silbantes. Y ojos encendidos. No tenía muchas distracciones en la vida.

En el aeropuerto de la ciudad, blanca a la luz de la luna, que nosotros llamamos Tent y que los marineros de Tobakov, sus constructores, llamaban Palatka, en el norte de Florida (aeropuerto en que unas complicaciones de motor le obligaron a cambiar de avión), Demon pidió una conferencia interurbana y recibió una información exhaustiva de la muerte de Dan, de labios del doctor Nikulin (nieto del gran roedorólogo Kunikulinov... no podemos librarnos de la lechuga). La vida de Daniel Veen había sido una mezcla de lo *prêt-à-porter* y lo grotesco, pero su muerte se engalanó con una veta de arte, porque fue un reflejo (como su primo, y no su médico, supo ver instantáneamente) de su tardía pasión por los cuadros verdaderos o falsos asociados al nombre de Hieronymus Bosch.

Al día siguiente, 5 de febrero, hacia las nueve de la mañana, hora (de invierno) de Manhattan, cuando se dirigía al despacho del notario de Dan y justo en el momento en que se disponía a atravesar la avenida Alexis, Demon vio a una antigua conocida, la señora Erquatre, que avanzaba hacia él por la misma acera, en compañía de su perro faldero. Sin vacilar, Demon descendió de la acera y, como no tenía sombrero que quitarse (no se llevaba sombrero con el impermeable, y, además, acababa de tomar una píldora muy exótica y potente para poder afrontar la prueba del día después de un viaje sin dormir), se limitó —muy adecuadamente— a agitar su esbelto paraguas, luego se acordó, con una inconfundible pincelada de voluptuosidad, de una de las chicas enjuagabocas de su difunto esposo, y pasó suavemente ante el caballo cansino de un carro de verduras, lejos de la línea de avance de la señora R4. Pero, precisamente para una tal eventualidad, el destino tenía preparada su alternativa. Cuando Demon pasaba apresuradamente (o, en términos de la píldora, tranquila y reposadamente) ante el Mónaco, donde tantas veces habían comido, se dijo que su hijo (con quien no había podido establecer contacto) seguía quizás compartiendo el *penthouse* de aquel bello inmueble con la insignificante Córdula de Prey. No había subido nunca... ¿O sí? ¿Para una conversación de negocios con Van? ¿En una terraza inundada de sol? ¿Con un *drink* opalino? (Había subido, es verdad; pero Córdula no era insignificante... y, además, no estaba.)

Con la idea sencilla y nítida (desde el punto de vista de una bonita combinación) de que, después de todo, no había más que un solo cielo (blanco, con diminutas y multicolores chispas ópticas), Demon se lanzó al vestíbulo para coger el ascensor, en el que acababa de entrar un camarero pelirrojo con un desayuno para dos en una mesa de ruedas, y el *Times* de Manhattan sujeto entre las cúpulas de plata, rutilantes y ligeramente arañadas. ¿Seguía viviendo allí su hijo?, preguntó automáticamente, poniendo entre las cúpulas una pieza del más noble metal. Y el imbécil, radiante, dijo que sí, que había vivido allí con su dama todo el invierno.

—Entonces, somos compañeros de viaje —dijo Demon, olfateando, no sin anticipado sibaritismo, el aroma del café del Mónaco, exacerbado por la sombra de las hierbas y las flores tropicales que se agitaban en la brisa de su mente.

Aquella memorable mañana, Van después de pedir el desayuno, había saltado fuera del baño y se había puesto una bata de color fresa, cuando creyó oír la voz de Valerio en el salón contiguo. Dirigió sus pagos hacia la puerta del mismo, tarareando notas más o menos sueltas, feliz al pensar en aquella nueva jornada de felicidad creciente (otra molesta pequeña arista limada, otro doloroso nudo del pasado readaptado a Ja nueva trama luminosa).

Demon, completamente vestido de negro, botines negros, chalina negra y el monóculo sujeto por una cinta negra más ancha de lo acostumbrado, estaba sentado a la mesa del desayuno, con una taza de café en la mano, y en la otra una página financiera del *Times*, plegada según las leyes de la comodidad.

Se sobresaltó ligeramente y dejó su taza con un gesto más bien brusco, al observar la coincidencia cromática entre el albornoz y un detalle (súbitamente luminoso en su recuerdo) del ángulo inferior de cierto cuadro reproducido en el catálogo copiosamente ilustrado de su mente.

Todo lo que Van pudo decir fue «no estoy solo», pero Demon estaba demasiado lleno del rico material de malas noticias de que era portador para prestar atención a la estúpida advertencia de Van, que, simplemente, debería haber entrado en el dormitorio contiguo para volver a salir un momento después (luego de cerrar con llave la puerta, dejando así fuera años y años de vida perdida). En cambio, todo lo que hizo fue quedarse de pie junto a la silla en que su padre estaba sentado.

Según Bess (que en ruso quiere decir «diablo»), la hermosa —pero, por lo demás, desagradable — enfermera de Dan, que él había preferido a todas las demás, y a la que se había llevado a Ardis porque todavía sabía extraer bucalmente unas últimas gotas de placer de su cuerpo cansado, Dan llevaba ya algún tiempo quejándose (incluso antes de la súbita partida de Ada) de que un diablo que reunía las características de la rana y de los roedores trataba de montar a horcajadas sobre él y hacerle galopar hasta ese lugar de suplicio que es la eternidad. Dan describía a su jinete ante el doctor Nikulin como un ser negro, de vientre pálido, con un escudo dorsal negro y brillante como el caparazón de un escarabajo pelotero y que blandía un cuchillo en una de sus patas delanteras. Una Mañana helada de finales de enero Dan había conseguido escaparse por un dédalo de bodegas y un cuarto de herramientas de jardinería hacia los arbustos sin hojas del parque de Ardis. No llevaba encima otra cosa que una roja toalla de baño pendiente de su grupa como una especie de concha, y,

a pesar de las dificultades del camino, se había arrastrado a cuatro patas, como una cabalgadura lisiada montada por un jinete invisible, hasta muy dentro del bosque. Por otra parte, si Van hubiese intentado prevenirla, ella podría haber dejado oír su gran bostezo «ádico» y pronunciado alguna palabra irrevocablemente íntima en el momento de abrir él la espesa puerta protectora.

—Por favor —dijo Van —baja, y me reuniré contigo en el bar en cuanto esté vestido. Me encuentro en una situación muy delicada.

—¡Vamos, vamos! —replicó Demon, ajustándose el monóculo—. Córdoba no se enfadará.

—Es otra chica, mucho más impresionable (¡otra horrible torpeza!), ¡Al diablo Córdoba! Córdoba es ahora la señora Tobak.

—¡Ah, claro! —exclamó Demon—. ¡Qué estúpido soy! Ahora recuerdo que el prometido de Ada me lo dijo. Ha trabajado algún tiempo en Phoenix, en el mismo banco que el joven Tobak. ¡Por supuesto! Un rubio de ojos azules, cuadrado de espaldas. Un tipo espléndido. Backbay Tobakovich.

—Me importa poco... aunque tenga el aspecto de un sapo albino, mu. tilado y crucificado. Por favor, papá, es realmente necesario que...

—Es curioso lo que acabas de decir. Sólo he venido a informarte de que el pobre primo Dan ha muerto, de una muerte singularmente «boschiana». Imaginaba que un fantástico roedor cabalgaba sobre él y le obligaba a salir de la casa. Le encontraron demasiado tarde, y ha muerto en la clínica de Nikulin, delirando sobre ese detalle del cuadro. Ahora tengo el problema de reunir a la familia. El cuadro se conserva en el museo de bellas artes de Viena.

—Padre, lo siento, pero estoy tratando de explicarte...

—Si yo fuera escritor —continuó Demon en tono soñador —describiría, con muchas palabras sin duda, con qué pasión, con qué incandescencia, de qué modo tan incestuoso... esa es la palabra... se enlazan la ciencia y el arte en un insecto, en un tordo, en un cardo de ese bosquecillo ducal. Ada se casa con un terrateniente deportista, pero su mente es un museo cerrado. Ella y Lucette atrajeron un día mi atención, por una de esas coincidencias que ponen la carne de gallina, hacia ciertos detalles de ese otro tríptico, ese formidable jardín de delicias jocosas pintado allá por 1500, y, concretamente, hacia sus mariposas: una mirtilo hembra en el centro del panel de la derecha, y una carey en el panel central, colocada allí como si estuviese posada en una flor... y repara en el «como si», porque es todo un ejemplo de riguroso saber de esas dos admirables jovencitas, puesto que dicen que en realidad se ve el lado equivocado del insecto, pues, al presentársenos de perfil, debería ser la parte inferior la que se viera. Pero indudablemente el Bosco encontró una o dos alas de la mariposa en una tela de araña en un rincón del marco de su ventana, y nos muestra el lado superior, más bonito, de modo que pinta un insecto anormalmente contorsionado. Dicho eso, me importa poco la significación esotérica, el mito que hay detrás de la mariposa y de la engañosa obra maestra con que Bosch expresa algún *bosh* de la época; soy alérgico a la alegoría, y estoy completamente seguro de que si él inventaba aleatorias hibridaciones de fantoches hijos de su imaginación lo hacía simplemente para divertirse, por el placer del dibujo y del colorido, y lo que hemos de estudiar, como yo les decía a tus primas, es el placer de la vista, el gusto y el tacto, de esa fresa grande como



una mujer que el espectador abraza *a la vez* que el artista, o la exquisita sorpresa de un orificio insólito... ¡Pero no me estás escuchando, quieres que me marche, para poder interrumpir el sueño matutino de la bella durmiente, bestia feliz! A propósito, no he podido avisar a Lucette, que está en algún lugar de Italia, pero por fin ne descubierta a Marina en Tsitsikar, donde está flirteando con el obispo de Belokonsk; llegará esta tarde, seguramente con unos lutos que la favorecerán mucho, y saldremos los tres hacia Ladore, porque no creo que...

¿Podía ser que estuviese bajo los efectos de alguna fulgurante droga chilena? Aquel torrente era sencillamente incontenible: un espectro solar loco, una paleta parlante...

—...no, no creo que debamos molestar a Ada en su Agavia. Él es... me refiero a Vinelander... descendiente de uno de esos grandes varangianos que derrotaron a los tártaros cobrizos, o a los mongoles rojos, o Dios sabe a quién —que habían vencido, tiempo atrás, a los antiguos Caballeros de Bronce— antes de que nosotros introdujéramos (en el momento adecuado) en la historia de los casinos occidentales nuestra ruleta rusa y el *loo* irlandés.

—Lo siento terriblemente, infinitamente —dijo Van—: la muerte del tío Dan y el estado de agitación en que te encuentras... Pero el café de mi amiga se enfría y no veo la forma de entrar en nuestro dormitorio a trompicones con todos estos chismes.

—Me marchó, me marchó. Después de todo, no nos habíamos visto... ¿desde cuándo? ¿Desde el mes de agosto? En todo caso, espero que será más guapa que la Córdula que tenías antes, voluble hijo mío.

¿Volatina, tal vez? ¿Dragonera? Indudablemente, olía a éter. Por favor, por favor, por favor, ¡márchate!

—¡Mis guantes! ¡Mi capa! Gracias. ¿Puedo utilizar el W.C.? ¿No? Bien, bien, ya encontraré uno en otra parte. Ven en cuanto puedas. Nos reuniremos con Marina en el aeropuerto, hacia las cuatro. Volaremos al velatorio, y...

En ese momento entró Ada. No desnuda... ¡oh, no! Llevaba puesto un salto de cama rosa, para no escandalizar a Valerio, y se cepillaba el cabello tranquilamente, dulce y soñolienta. Cometió el error de exclamar «*Bozhe moy!*» y retirarse a la penumbra del dormitorio. Todo se perdió en aquella fracción de segundo.

—...o, mejor, venid en seguida los dos... voy a anular mi cita y volver a casa inmediatamente.

Hablaba, o creía hablar, con ese dominio de sí mismo y esa clara elocución que tanto aterrorizaba e hipnotizaba a los pelmazos y los fanfarrones, al corredor voluble o al alumno culpable. Particularmente ahora... cuando todo se había ido al infierno, *k chertyam sobach'im*, de Jeroen Anthniszoon van Äken, y a los *molti aspetti affascinati* de su *enigmatica arte*, como Dan explicaba, con un último suspiro, al doctor Nikulin y a la enfermera Bellabestia («Bess»), a la que legó una maleta llena de catangos de museo, y su catéter número dos.

## XI

La dragonera había dejado de actuar. Sus efectos secundarios no son agradables, porque a la fatiga física añaden una cierta indigencia de pensamiento, como si todo color se hubiese retirado de la mente. Envuelto en una bata gris, Demon estaba tumbado en un canapé gris en su despacho del tercer piso. Su hijo estaba de pie ante la ventana, de espaldas al silencio. Ada, que había llegado dos minutos antes con Van, esperaba en una habitación del segundo piso con tapizado de damasco. En la fachada de un rascacielos que se elevaba al otro lado de la calle, una ventana estaba abierta exactamente enfrente de la ventana del despacho de Demon Veen: un hombre cubierto con un delantal colocaba un caballete y movía la cabeza a derecha e izquierda en busca del ángulo adecuado.

La primera cosa que dijo Demon fue:

—Insisto en que me mires cuando te hablo.

Van comprendió que la fatídica conversación debía haber comenzado ya en la mente de su padre: éste acababa de pronunciar su advertencia en el tono del que se interrumpe a mitad de una frase para abrir un paréntesis. Van se inclinó ligeramente y tomó asiento.

—Bien, antes de advertirte de esos dos hechos, querría saber desde cuándo este... desde cuando esta... (sin duda quería decir «cuánto tiempo dura esto», o cualquier trivialidad por el estilo, pero todos los fines son siempre triviales: la horca, el aguijón de hierro de la Vieja Doncella de Nuremberg, la bala que uno se dispara en la sien, las últimas palabras que se pronuncian en el flamante Hospital de Ladore, la caída en el vacío desde treinta mil pies de altura por lo que se había creído la puerta de los lavabos del avión, el veneno que le administra a uno la propia esposa, la pizca de hospitalidad que uno espera de un indígena de Crimea, las felicitaciones dirigidas al señor y la señora Vinelander...)

—Pronto hará nueve años —dijo Van—. La seduje en el verano de 1884. Salvo una vez, no volvimos a hacer el amor hasta 1888. Después, tras una larga separación, hemos vivido juntos todo el invierno. En conjunto, he debido poseerla un millar de veces. Ella es toda mi vida.

Un silencio bastante largo, que recordaba el «bache» del interlocutor de escena en una representación teatral, siguió a aquella bien estudiada tirada.

Finalmente hablo Demon:

—Es posible que el segundo hecho te horrorice aún más que el primero. A mí me ha causado muchas más preocupaciones —morales, desde luego, no monetarias —que mis vínculos de parentesco con Ada, de los cuales, por cierto, su madre acabó por informar a Dan, de modo que, en cierto sentido...

Un nuevo silencio, bajo el que corría un hilo de agua subterránea.

—En otra ocasión te hablaré del chantajista Miller... Ahora no, porque es algo demasiado mezquino.

La esposa del doctor Lapiner, condesa de Alp, no se había contentado con abandonar el hogar conyugal en 1871 para vivir con Norbert von Miller, poeta *amateur*, traductor del ruso en el consulado italiano de Ginebra y traficante profesional de neonegrina, un producto que sólo se encuentra en el Valais; reveló, además, a su amante los detalles melodramáticos del subterfugio que el buen médico había imaginado para hacer un favor a las dos damas. El cosmopolita Norbert hablaba el inglés con un extraño acento, admiraba ilimitadamente a las personas ricas y, cuando mencionaba a alguien, nunca dejaba de precisar que era *mooy opulento*, palabras que pronunciaba con una especie de delectación idolátrica, mientras se arrellanaba en su butaca y extendía ante él los brazos en actitud de abarcar una invisible fortuna. Tenía la cabeza redonda y totalmente calva, la nariz como el ombligo de un cadáver, las manos muy blancas, muy blandas, muy húmedas y muy cargadas de brillantes gemas. Su amante no tardó en abandonarle. El doctor Lapiner murió en 1872. Más o menos por entonces, el barón se casó con la inocente hija de un posadero y empezó a chantajear a Demon Veen. Aquello duró unos veinte años, hasta el día en que Miller, ya viejo, fue abatido por un policía italiano en una senda fronteriza poco conocida que parecía cada año más abrupta y más fangosa. Por generosidad, o por hábito, Demon continuó abonando a la viuda de Miller —que creía inocentemente que se trataba de un seguro del difunto —la renta trimestral, redondeada a cada nuevo embarazo de la robusta helvética. Demon solía decir que algún día publicaría las aleluyas con las que el chantajista poeta salpimentaba sus cartas:

*Mi esposa engorda y yo adelgazo,*

*trae nueva boca el embarazo.*

*Sé bueno tú y yo lo seré:*

*ayuda al gasto del bebé.*

Añadamos, para completar este útil paréntesis, que en los primeros días de febrero de 1893, poco después de la muerte del poeta, otros dos chantajistas, menos afortunados que el primero, aguardaban entre bastidores: uno de ellos era Kim, que no habría dudado en incomodar de Hue a Ada de no haber sido encontrado en su choza con un ojo colgando y el otro anegado en su sangre; el otro era el hijo de uno de los más antiguos empleados de la famosa agencia de mensajes clandestinos y quiso empezar la operación en 1928, cuando la agencia fue clausurada por el gobierno americano, pero por entonces el pasado había perdido importancia y el optimismo de los bribones de segunda generación no podía esperar más recompensa que un catre en la cárcel.

El más prolongado de los sucesivos silencios fue roto por la voz de Demon, con un vigor que hasta entonces le había faltado:

—Van, recibes las noticias que te comunico con una calma incomprensible. No recuerdo ejemplo alguno, real ni ficticio, de un padre obligado a revelar a su hijo cosas como éstas en circunstancias

como éstas. Y tú juegas con un lápiz, y pareces tan sereno como si hablásemos de tus deudas de juego o de las reivindicaciones de una joven a la que hubieras preñado bajo un puente.

¿Le hablaría del álbum de la buhardilla? ¿De indiscreciones de criados (anónimos)? ¿De una fecha de matrimonio falsificada? ¿De todo lo que dos niños particularmente despiertos habían desvelado? Sí, lo haría. Y lo hizo.

—Ella tenía doce años —añadió—. Yo era un primate macho de catorce y medio. No nos preocupamos, sencillamente. Y ahora es demasiado tarde para que nos preocupemos.

—¡Demasiado tarde! —exclamó Demon, enderezándose en su asiento.

—Por favor, papá, no pierdas la calma. Ya te dije una vez que la naturaleza había sido amable conmigo. He podido permitirme el lujo de ser despreocupado en todos los sentidos del término.

—No me interesan la semántica ni el semen. Yo sólo sé, y quiero saber, una cosa: *no* es demasiado tarde para acabar con esa cosa innoble.

—Evitemos los gritos y los adjetivos horteras —interrumpió Van.

—De acuerdo —dijo Demon—, retiro el adjetivo y te pregunto, con toda calma: ¿es demasiado tarde para impedir que tu relación con tu hermana destruya su vida?

Van esperaba aquello, y dijo que lo esperaba. Su acusador había renunciado al «innoble». ¿Podía pedirle que precisase lo que entendía por «destruir»?

La conversación tomó un tono neutro mucho más terrible que la confesión preliminar de faltas por las que los jóvenes amantes habían ya perdonado, desde mucho antes, a sus padres. ¿Qué pensaba Van de la carrera teatral de Ada? ¿Reconocía que sería inevitablemente destruida si sus relaciones continuaban? ¿Consideraba la posibilidad de vivir a escondidas, en un exilio lujurioso? ¿Estaba decidido a privar a Ada de su legítimo derecho a un matrimonio normal y a la satisfacción normal de sus ilusiones de maternidad?

—No olvides el «adulterio normal» —interrumpió Van.

—¡Cuánto mejor sería! —dijo sombríamente Demon, sentándose en el borde del canapé, con los codos en las rodillas y la frente entre las manos—. El horror de esta situación es un abismo que se hace más profundo cuanto más pienso en él. Me obligas a emplear términos tan trillados como «familia», «honor», «posición», «legalidad»... ¡Sí, yo he sobornado, en mi vida desordenada, a muchos representantes del orden establecido! ¡Pero ni tú ni yo podemos comprar toda una civilización, un país entero! Y el choque emocional de descubrir que, durante casi diez años, tú y esa deliciosa niña habéis engañado a vuestros desventurados padres...

Van esperaba que Demon utilizase el recurso de «quieres-matar-a-tu-pobre-madre», pero Demon tuvo la suficiente sabiduría para abstenerse de hacerlo. Nada podía «matar» a Marina. En caso de que alguna vez llegasen a sus oídos ecos escandalosos de incesto, el afán de proteger su «paz interior» los haría inaudibles para ella... o, al menos, los envolvería en un halo romántico, fuera del

alcance de la realidad. Tanto Van como su padre lo sabían muy bien. La imagen de Marina, apenas entrevista, desapareció en un cómodo fundido.

—No puedo desheredarte —prosiguió Demon—. Aqua te dejó suficiente *ridge* y propiedades para dejar sin efecto un castigo convencional. Tampoco puedo denunciarte a las autoridades sin comprometer a mi hija, a la que he de proteger cueste lo que cueste. Pero todavía me queda algo por hacer. Puedo maldecirte, puedo hacer que ésta sea nuestra última, nuestra última...

Van, cuyo dedo índice acariciaba en un incesante movimiento de vaivén el borde mudo pero aliviadoramente liso del escritorio de caoba, oyó con horror el sollozo que conmovió el cuerpo de Demon y vio caer un diluvio de lágrimas por sus mejillas hundidas y atezadas. Quince años antes, el día del cumpleaños de Van, Demon, haciendo de Boris Godunov había derramado lágrimas extrañas, aterradoras, de un negro de jade, antes de rodar por los escalones de un trono de parodia, en el total abandono de la muerte a la fuerza de gravedad. Los surcos negros que aparecían en su cara en la nueva representación, ¿se debían a que se teñía las pestañas, los párpados, las cejas? El jugador funesto... la pálida mujer fatal de otro famoso melodrama... o del nuestro. Van ofreció a su padre un pañuelo limpio para remplazar lo que ya sólo era un guiñapo. La calma marmórea que experimentaba en sí mismo no le sorprendía: el ridículo de un dúo lacrimoso con su padre obstruía oportunamente los conductos naturales de las emociones.

Demon recuperó pronto su sangre fría (ya que no su apariencia juvenil), y dijo:

—Confío en ti y en tu buen sentido. No debes permitir a un viejo labertino que reniegue de su único hijo. Si la amas, querrás que sea feliz. Y a tu lado nunca lo será tanto como podrá serlo si la dejas. Puedes marcharte. Dile que venga a verme.

Van bajó. Mi primera es un vehículo en cuyas ruedas se enredan las margaritas (*cart*). Mi segunda es un viejo término de Manhattan para designar el dinero (*ridge*). Y mi todo hace un agujero (*cartridge*).

Al pasar por el rellano del segundo piso, Van, a través de las puertas abiertas, alineadas, de dos habitaciones, vio a Ada, vestida de negro, en pie, de espaldas, ante la ventana oval del gabinete. Envío a un criado para que le transmitiese el encargo de su padre, y atravesó casi corriendo los ecos familiares de las baldosas del vestíbulo.

Mi segunda es también la arista en que dos pendientes alpinas se tocan (*cartouche*). Cajón inferior derecho de mi nuevo escritorio, que casi nunca he empleado y que es casi tan grande como el de papá (con saludos de Sig).

Van juzgó que a aquella hora del día le costaría casi tanto tiempo encontrar un taxi como franquear, al paso rápido que era habitual en él, las diez manzanas que le separaban de la avenida Alexis. No llevaba ni americana, ni sombrero, ni corbata. Un viento fuerte y cortante nublabla su vista con una escarcha salada y convertía sus bucles negros en serpientes de Medusa. Entró por última vez en su apartamento, y, riendo estúpidamente, corrió a su escritorio —que era un mueble realmente magnífico— y escribió la siguiente nota:

*Haz lo que él te diga. Su lógica, aparentemente absurda, parece presuponer la vaga existencia de una especie de era «victoriana» como la que conocieron los habitantes de Terra, si hay que dar crédito a «mis locos» (?); pero en un paroxismo de (ilegible) he comprendido de pronto que tenía razón. Sí. Razón aquí y allí, no ni aquí ni allí, como ocurre casi siempre. Ya ves, chica, lo que son las cosas, y lo que tienen que ser. En la última ventana que hemos compartido vimos a un hombre pintando (¿pintándonos""); pero el ángulo de que tú disponías, desde el segundo piso, probablemente te ha impedido observar que llevaba algo que parecía un delantal de carnicero horriblemente manchado. Adiós, chica.*

Van cerró la carta y la selló, encontró su pistola Thunderbolt donde esperaba encontrarla, la cargó con un cartucho y se la llevó a su habitación. Entonces, situándose frente a la luna de un armario, apoyó el arma contra su cabeza y apretó el gatillo, cuya suave concavidad permitía alojarse cómodamente el dedo. No ocurrió nada... o todo, quizás. Quizás en aquel instante su destino se bifurcó, como lo hace a veces durante la noche, especialmente en un lecho extraño, en las horas de gran felicidad o gran desolación, cuando sucede que nos morimos durmiendo, pero continuamos normalmente nuestra existencia, sin ruptura aparente en la serie trucada, a la mañana siguiente (muy limpiamente preparada), llevando a cuestas un pasado espurio, discreta pero firmemente atado. Fuese como fuese, el objeto que tenía en la mano ya no era una pistola, sino un peine de bolsillo que se pasaba por los cabellos, a la altura de la sien derecha. Cabellos que serán ya grises el día venidero en que Ada, ya en la treintena, le diga, hablando de su voluntaria separación:

—Yo también me habría matado si hubiera encontrado a Rosa gimiendo sobre tu cadáver. *Secondes pensées sont les bonnes*, como decía tu otra *bonne*, la blanca, en su bonita jerga. En cuanto al delantal, tenías toda la razón. Pero lo que tú no viste es que el artista estaba acabando un gran cuadro que representaba tu humilde *palazzo* flanqueado por sus dos gigantescos guardias de corps. Quizás iba destinado a la portada de una revista, que no lo publicó. Pero, ¿sabes?, hay una cosa que lamento: el uso que hiciste de tu bastón de alpinista para desahogar una cólera de bruto, no tuya, no de mi Van. Nunca te debí hablar del policía de Ladore. Nunca le debiste conceder tu confianza, ni hacerte su cómplice para incendiar esos archivos... y la mayor parte del bosque de pinos de Kalugano. *Eto unizitel'no* (es humillante).

—Eso ya está compensando —contestó el grueso Van, con una risita de hombre grueso—. Yo me ocupo de Kim, que está sano y bien cuidado en un Hogar para Víctimas de Accidentes de Trabajo. Y le mando montañas de libros, bellamente escritos en alfabeto Braille, sobre las nuevas técnicas de fotografía en color.

Hay otras posibles bifurcaciones y continuaciones para la mente que sueña. Pero para muestra basta un botón.

## **TERCERA PARTE**

### **I**

Viajó, estudió, enseñó.

Contempló las pirámides de Ladorah (que visitó, principalmente, por razón de su nombre) bajo los rayos de la luna llena que bañaba de plata las arenas incrustadas de sombras negras y puntiagudas. Estuvo de cacería en el Lago Van, en compañía del gobernador británico de Armenia y de la sobrina de éste. Desde la terraza de su hotel de Sidra admiró, por consejo del director del establecimiento, la estela anaranjada de un sol poniente que convertía las ondas de un mar color de alhucema en escamas doradas, y aquel espectáculo le compensó con creces del papel rayado pseudoexótico que tapizaba las exiguas habitaciones que compartía con la joven lady Scramble, su secretaria. En otra terraza, ante otra bahía legendaria, Eberthella Brown, la bailarina favorita del Shah local (una pequeña criatura ingenua que creía que las palabras «bautismo de deseo» tenían una significación sexual), derramó su café matutino al descubrir una oruga de veinte centímetros de longitud, con anillos erizados de pelos rojos, que trepaba por la balaustrada y que se enrolló en forma de bola y «se desmayó» en la mano de Van, el cual, luego de haberla depositado en un arbusto, pasó varias horas extrayendo de sus dedos, por medio de las pinzas de depilación de la chica, los pelos brillantes y urticantes del bello animal.

Aprendió a degustar el pequeño escalofrío insólito del que vagabundea por las callejuelas sombrías de una ciudad extraña, sabiendo bien que no va a descubrir nada, salvo cochambre y tedio, y latas de conserva vacías, y el estrépito de un jazz-band importado saliendo de cafetuchos sifilíticos. A menudo le pareció que las ciudades famosas, los museos; las antiguas cámaras de tortura, los jardines colgantes, no eran más que puntos en el mapa de su propia locura.

Se divertía escribiendo sus libros (*Firmas ilegibles*, 1895; *Clairvoyeurisme*, 1903; *El espacio amueblado*, 1913; *La Textura del Tiempo*, comenzado en 1922) en refugios alpinos, en los salones de los grandes expresos, en las cubiertas de los blancos paquebotes, en las mesas de piedra de los parques latinos. A veces le parecía salir de un estado de hipnosis indefinidamente prolongado. Descubría, asombrado, que el navio que le llevaba había invertido su ruta, o que el orden de los dedos de su mano izquierda había sufrido un giro de ciento ochenta grados y ahora empezaba la izquierda por el pulgar, como la mano derecha, o que el Mercurio de mármol que miraba por encima de su hombro se había transformado en un atento árbol de la vida. Adquiría súbitamente conciencia de que tres, siete, trece años, en un ciclo de separación, y luego cuatro, ocho, dieciséis, en otro, habían transcurrido desde la última vez que abrazó a Ada y la inundó con sus lágrimas.

Los números, las filas, las series —la pesadilla y la maldición laceraban el pensamiento puro y el tiempo puro— parecían empeñarse en mecanizar su mente. Tres elementos, el fuego, el agua y el aire, destruyeron, por turno, a Marina, a Lucette y a Demon. Terra esperaba.

Durante siete años, desde que había dicho adiós a su marido (un cadáver muy logrado) y a una existencia que ya no le parecía adecuada a su situación, y se había retirado a la Costa Azul, a la *villa* que Demon le había regalado en otro tiempo (todavía brillante, todavía mágicamente atendida por el personal de servicio), la madre de Van sufrió de diversas enfermedades «oscuras» que todo el mundo creía inventadas o simuladas con talento por ella misma y que ella pretendía curar, y en parte lo conseguía, por un puro esfuerzo de voluntad. Van le hacía visitas menos frecuentes que la fiel Lucette, a la que encontró allí en dos o tres ocasiones. Una de ellas, en 1899, al entrar en el

jardín de madroños y laureles de Villa Armina, Van vio a un viejo sacerdote ortodoxo, barbudo y vestido con un traje negro de perfecta neutralidad, que salía en motocicleta para dirigirse a su presbiterio de Niza, en las proximidades del tenis público. Marina habló a Van de religión, de Terra, de teatro, pero parecía haber olvidado a Ada. Nunca pronunciaba su nombre y, del mismo modo que él no pudo adivinar que lo sabía *todo* —los horrores y los ardores de Ardis—, nadie sospechó nunca los sufrimientos que desgarraban sus entrañas sangrantes y que trataba de aliviar con encantamientos y ejercicios de «autoconcentración» o (su contrario) «autodisolución». Confesaba con una sonrisa enigmática y algo suficiente que, por mucho que le gustasen las columnas azules que salían rítmicamente del incensario, y las ricas vibraciones de la melopea del *dyakon* en el ambón, y el oscuro icono aceitoso ofrecido bajo su filigrana protectora al beso de los fieles, su alma seguía irrevocablemente consagrada, *naperekor* (a pesar de) Dacha Vinelander, a la sabiduría suprema del hinduismo.

A principios del año 1900, algunos días antes de ver a Marina por última vez en su clínica de Niza (donde por *primera* vez supo el nombre de su enfermedad), Van tuvo una pesadilla «verbal» cuya causa creyó poder atribuir a los efluvios almizclados de la Villa Venus de Miramas (Bouches Rouges-du-Rhône). Dos criaturas informes, gruesas y transparentes, sostenían una discusión contradictoria. «No puedo», repetía una (que quería decir: «no puedo morir», empresa difícil de llevar a buen término voluntariamente sin ayuda del puñal, la bala o el veneno), y la otra afirmaba: «Se puede, señor.» Murió quince días después, y su cuerpo fue quemado, según sus últimas instrucciones.

Van, espíritu lúcido, se sabía menos valiente en lo moral que en lo físico. Siempre (quiero decir hasta una fecha posterior a la década de 1960) recordaría con repugnancia, como si hubiera querido borrar de su memoria una acción mezquina, cobarde y estúpida (porque, después de todo, ¿quién sabe?, los futuros cuernos podían haber sido plantados desde entonces, en el hotel al que habían ido los Vinelander, ante los faroles verdes que hacían más verde aún el verde de las palmeras), el modo en que reaccionó en Kingston al recibir el telegrama enviado desde Niza por Lucette («Mamá muerta esta mañana la raya cremación raya tendrá lugar mañana a raya la puesta del sol»). Pidió que le dijese («ruego me hagas saber») quién más asistiría a la ceremonia Lucette respondió en seguida que Demon había llegado ya, con Andrei y Ada; y él contestó, a su vez: *Desolé de ne pouvoir être avec vous?*

Había vagabundado por el Parque de Cascadilla, en Kingston, a la luz del crepúsculo primaveral poblado de aromas flotantes, tan seráfico o más que aquellos asaltos de telegramas. La última vez que había visto a Marina (reseca, apergaminada como una momia) le había dicho que tenía que volver a América (aunque, en realidad, nada le urgía; pero ¡aquel olor de habitación de hospital que ninguna brisa era capaz de disipar!), y ella le había preguntado, con su expresión nueva y tierna y su mirada de miope (porque era una mirada interior): «¿No puedes esperar a que yo me haya ido?» Él contestó: «Estaré de regreso el 25. Tengo que hacer una comunicación sobre la psicología del suicidio.» Y ella le dijo, explicitando el vínculo de parentesco que por fin podía confesar, ahora que todo estaba *tripitaka* (cuidadosamente empaquetado): «Habla de tu pobre tía Aqua.» Y él, en lugar de contestar «sí madre», había inclinado la cabeza con una sonrisa forzada. Encorvado bajo el último rayo de sol, en el banco en que poco antes había acariciado y poseído a una estudiante negra,



torpe y larguirucha, que le gustaba especialmente, se torturó meditando en su falta de amor filial, vasto engranaje de despreocupación, divertido desdén, repulsión física y olvido habitual. Con un frenético deseo de reparación, miró a su alrededor, ansiando que el espíritu de Marina le hiciese una señal clara y convincente de que continuaba existiendo más allá del velo del tiempo y de la carne de! espacio. Pero no obtuvo respuesta: ningún pétalo cayó sobre su banco, ningún Mosquito rozó su mano. Se preguntó qué podía mantenerlo vivo en aquella terrible Antiterra, cuando Terra sólo era un mito y el arte no era más que un juego, y nada tenía ninguna importancia desde el día en que había abofeteado la cara caliente y peluda de Valerio; y de dónde, de qué pro. fundo manantial de esperanza sacaba aún una estrella estremecida cuando todo estaba orlado de sufrimiento y desesperación y otro hombre compartía todos los dormitorios de Ada.

## II

Una sombría mañana de finales de la primavera de 1901, en París, Van, tocado con un sombrero negro, con una mano hundida en el bolsillo del abrigo, jugueteando con algunas tibias monedas, y la otra en un guante de cabritilla, balanceando un paraguas inglés plegado, pasaba ante la terraza de uno de los cafés menos atractivos de cuantos bordean la avenida de Guillaume Pitt, cuando un hombre calvo y rechoncho, vestido con un arrugado terno marrón y con una cadena de reloj en el chaleco, se levantó de su mesa y le saludó.

Van observó perplejo durante unos instantes aquellas mejillas redondeadas y rubicundas, aquella perilla negra...

—*¿Ne uznayosh* (no me reconoces)?

—¡Greg! ¡Grigori Akimovich! —exclamó Van, quitándose el guante.

—Me he dejado crecer una regular Vollbart este verano. Nunca me habrías reconocido. ¿Quieres una cerveza? Me pregunto cómo te las arreglas para conservar ese aire tan juvenil.

—Cuestión de régimen —dijo el profesor Van, poniéndose las gafas y haciendo una seña al camarero con el puño de su paraguas—. Champaña, mejor que cerveza. No es que permita guardar mejor la línea, pero mantiene el escroto fresco y firme.

—Tampoco yo estoy delgado, ¿verdad?

—Habíame de Grace... No puedo imaginármela engordando.

—Los gemelos siguen siendo iguales. Y también mi mujer es bastante corpulenta.

—*¿Tak ti zhenat* (entonces, ¿estás casado?)? No lo sabía. ¿Desde cuándo?

—Hace dos años.

—¿Con quién?

—Maude Sween.

—¿La hija del poeta?

—No, no. Su madre es una Brougham.

¿Quién sabe? Habría podido contestar «Ada Veen» si el señor Vinelander no hubiese andado más listo como pretendiente. Creo haber encontrado una Broom en otro sitio. Pero cambiemos de tema. Lamentable unión, sin duda: una mujer fornida y despótica, y él más aburrido que nunca.

—Nos vimos por última vez hace trece años. Tú montabas un poney negro... No, una *Silentium* negra. ¡*Bozhe moy!*

—Sí, *bozhe moy*, puedes decirlo. ¡Oh, qué adorables suplicios en el adorable Ardis! ¿Sabes que yo estaba *absolyutno bezumno* (locamente) enamorado de tu prima.

—¿Mi prima? ¿Miss Veen? Lo ignoraba. ¿Cuánto tiempo...?

—Ella tampoco lo sabía. Yo era terriblemente...

—¿Cuánto tiempo vas a estar...?

—...terriblemente tímido; y es que me daba cuenta de que no podía competir con sus numerosos amigos.

—¿Numerosos? ¿Dos? ¿Tres? ¿Quizá nunca había oído hablar del principal? ¿Y seguía ignorando lo que sabían todas las doncellas y todos los arbustos de las tres casas? ¡Noble discreción de las que nos hacen las camas!

—¿Cuánto tiempo vas a estar en Lute? No, Greg, he sido yo quien lo ha pedido. Ya pagarás la segunda botella. Dime...

—¡Qué extraño resulta recordarlo! Era la fantasía, el frenesí, la realidad elevada a la potencia x. Francamente, habría consentido de buena gana en que un tártaro me cortara la cabeza si ella me hubiera permitido a cambio que le besase el tobillo. Tú, que eres su primo, casi su hermano, no puedes comprender la fuerza de aquella obsesión. ¡Ah, aquellos pic-nics! Y el pobre Percy de Prey, que se jactaba de sus éxitos y me volvía loco de envidia y de pena; y el doctor Krolik, que también la amaba, según se decía; y Phil Rack, aquel compositor genial... Muertos, todos muertos.

—Yo sé muy poco de música, pero me encantó hacer aullar de dolor a tu compinche. Lo siento, pero tengo un compromiso para dentro de unos minutos. *Za tvoyo zdorivie*, Grigori Akimovich.

—Arkadievich —dijo Greg, que había dejado pasar el error la primera vez, pero que lo corrigió ahora de un modo mecánico.

—¡*Ach*, sí! ¡Estúpido lapsus de una lengua descuidada! Y ¿cómo está Arkadi Grigorievich?

—Murió. Unos días antes que tu tía. Me parece que los periódicos rindieron un bello tributo a su talento. ¿Y dónde está ahora Adelaida Danilovna? ¿Se casó con Christopher Vinelander o con su hermano?

—Está en California, o en Arizona. Él se llama Andrey, según creo. Quizá me equivoque. A decir verdad, nunca he conocido muy bien a mi prima. Después de todo, sólo visité Ardis un par de veces, y sólo unas semanas, hace ya años.

—Alguien me ha dicho que es artista de cine.

—No tengo ni idea. Nunca la he visto en la pantalla.

—¡Oh, sería terrible, francamente, enchufar la dorotele y verla aparecer de pronto! Sería como el hombre que se está ahogando y recuerda todo su pasado... y los árboles, y las flores, y Dack, con su diadema... Debió afectarla mucho la terrible muerte de su madre.

Le gusta la palabra «terrible», «francamente». Es terrible su traje, terrible el tumor. ¿Por qué tengo que soportarle? Repugnante... y, al mismo tiempo, fascinante, de un modo casi sobrenatural: mi sombra parlanchina, mi doble cómico.

Van estaba a punto de levantarse e irse cuando un chófer de uniforme, muy compuesto, se presentó para anunciar a *my lord* que su señora estaba aparcada en la esquina de la *rue* Saigón, esperándole.

—¡Ah! —dijo Van—. Veo que utilizas tu título inglés. Tu padre prefería pasar por coronel checo.

—Maude es angloescocesa y, bueno, le gusta así. Encuentra que un título favorece en el extranjero. A propósito, alguien me ha dicho... sí, Tobak... que Lucette está en el Alfonso Cuarto. No te he preguntado por tu padre. ¿Se encuentra bien? (Van hizo una reverencia). Y ¿qué ha sido de la *gubernantka belletristka*?

—Su última novela se titula *L'ami Luc*. Acaba de obtener el Premio de la Academia Lebon por su fecundidad literaria.

Se separaron riendo.

Un momento más tarde, como ocurre tan a menudo en los vodeviles y en las ciudades extranjeras, Van tropezó con otro antiguo conocimiento. Con un escalofrío de placer vio a Córdula, enfundada en una estrecha falda escarlata, prodigando, en lenguaje infantil, palabras de consuelo a dos desgraciados cachorrillos caniches atados a una argolla ante una charcutería. Van le hizo una caricia con la punta de los dedos y, cuando ella se irguió y se volvió indignada (indignación que cedió inmediatamente el campo a la alegría del reencuentro), citó el dístico, ya gastado, pero apto para las circunstancias, que conocía desde los lejanos tiempos en que sus compañeros de colegio le daban la tabarra con él:

*Los Veen sólo hablan a los Tobak,*

*pero los Tobak sólo hablan a los perros.*

El paso del tiempo no había hecho más que perfeccionar la belleza de Córdula, y, aunque la moda hubiese cambiado más de una vez desde 1889, aquel año los peinados y la línea de las faldas habían hecho un regreso efímero (otra señora infinitamente más elegante que Córdula estaba ya mucho más adelantada) al estilo que floreciera unos doce años antes, aboliendo la interrupción de la aprobación y del placer memorados. Córdula se desbordó en un torrente de preguntas corteses, pero Van tenía un asunto más urgente del que ocuparse... mientras la llama todavía brillaba.

—No desaprovechemos la tumescencia del tiempo reencontrado con efusiones de parloteo. Estoy reventando de energía, si es eso lo que quieres saber. Y ahora, escucha. Puede que te parezca estúpido e insolente, pero tengo una pregunta urgente que hacerte: ¿estás dispuesta a colaborar conmigo en la cornificación de tu marido? ¡Es imperativo!

—Verdaderamente, Van —exclamó Córdula, enfadada—, te pasas de la raya. Soy una esposa feliz. Mi Tobachok me adora. Tendríamos ya diez hijos si no hubiese sido prudente con él y con los otros.

—Te alegrará saber que este otro ha sido encontrado perfectamente estéril por los médicos.

—Bueno, eso es justamente lo que yo no soy. Creo que haría parir a una mula sólo con mirarla. Por otra parte, hoy almuerzo con los Goal.

—Es extraño. Una jovencita excitante como tú que se deja enternecer tan fácilmente por los caniches y que, sin embargo, rechaza a un viejo Veen panzudo y tieso.

—En cuestión de galantería, los Veen son unos mastines demasiado peligrosos.

—Puesto que coleccionas adagios, deja que te cite uno de Arabia: el Paraíso es sólo un assbaa al sur de la cintura de una bella muchacha ¿Y bien?

—Eres imposible. ¿Dónde y cuándo?

—¿Dónde? En ese hotelito cochambroso de la acera de enfrente. ¿Cuándo? En seguida, por supuesto. Todavía no te he visto en un bidet... es todo lo que nos permite el *tout confort*.

—Tengo absoluta necesidad de volver a casa antes de las once y media. Son ya casi las once.

—Cinco minutos me bastarán. ¡Por favor!

A horcajadas, Córdula parecía una niña que se hace la valiente la primera vez que sube a un tiiovivo. Hacía una mueca rectangular mientras usaba el vulgar aparato. Las tristes peripatéticas lo hacen con una cara inexpresiva, con los labios apretados. Ella se sentó encima dos veces. Su alegre ejercicio y su repetición duraron en total no cinco, sino quince minutos. Van, muy satisfecho de sí mismo, la acompañó un rato por el verde y oscuro Bois de Belleau, en dirección a su *osobnyachyok* (hotelito particular).

—Ahora recuerdo —dijo Van —que ya no utilizo nuestro apartamento de Alexis Avenue. Hace siete

años que instalé allí a unas pobres gentes, la familia de un oficial de policía que había sido lacayo en la casa de campo del tío Dan. El policía está ahora muerto, y su viuda y sus tres hijos han vuelto a Ladore. Tengo la intención de deshacerme del apartamento. Acéptalo como regalo de bodas, un poco tardío, de un fiel admirador. ¿De acuerdo? De acuerdo. Algún día volveremos a empezar. Mañana tengo que estar en Londres, y el día 3, mi barco preferido, el *Almirante Tobakoff*, me llevará a Manhattan. Hasta la vista. Dile que tenga cuidado con las puertas bajas. Los cuernos son a veces muy sensibles en su primera edad. Greg Erminin me dijo que Lucette está en el Alfonso Cuarto.

—Exacto. Y la otra, ¿dónde está?

—Creo que es mejor que nos separemos aquí. Son las doce menos veinte. Tienes el tiempo justo de llegar.

—Hasta la vista. Eres un chico muy malo, y yo una chica muy mala, pero ha sido divertido, aunque me hayas hablado como no hablarías a una amiga, sino como hablarás probablemente a las putillas. Aquí tienes una dirección ultrasecreta donde siempre (hurgando en su bolso) podrás encontrarme (encuentra una tarjeta de visita con las armas de su marido y garrapatea un criptograma), en Malbrook, Mayne. Paso allí todo el mes de agosto cada año.

Miró a derecha e izquierda, se alzó sobre la punta de los pies como una bailarina y besó a Van en la boca. ¡Adorable Córdula!

### III

El portero sin edad, de mentón borbónico, cabellos negros y planchados, al que Van, en los tiempos de Chose, había apodado Alfonso Quinto, creía haber visto a la señorita Veen un instante antes en el Salón Récamier, donde Vivían Vale exhibía sus velos de oro. Ondeando el faldón de su librea, al gruñido de la portezuela que giraba sobre sus goznes, Alfonso salió corriendo de su garita para ir a ver. Por encima del mango de su paraguas, los ojos de Van recorrieron una estantería giratoria llena de libros de la Colección *Sapsucker*, con el curioso pajarito grabado en el lomo: *La gitánilla*, *Sahman*, *Salzman*, *Salzman*, *Invitación al éxtasis*, *El umbral del sufrimiento*, *Los carillones de Chose*, *La gitánilla...* y un viejo colega de Demon en Wall Street, el muy «patricio» Kithar K. L. Sween, que escribía versos, y un personaje más viejo aún, el magnate de las inmobiliarias, Milton Eliot, que no reconocieron, aunque varios espejos le traicionasen, a un Van agradecido.

El portero regresó sacudiendo la cabeza. Por pura bondad de corazón, Van le dio una guinea Goal y le dijo que volvería a pasar a la una y media. Atravesó el vestíbulo (donde el autor de *Líneas agónicas* y míster Eliot, apoltronados en sus butacas, con las americanas muy ensanchadas en los hombros, comparaban sus cigarros puros), salió del hotel por una puerta lateral y atravesó la *rue des Jeunes-Martyrs* para tomar una copa en Ovenman.

Se detuvo en el guardarropa el tiempo necesario para dejar su abrigo, pero conservó su fedora negra y su paraguas fusiforme como había visto hacer a su padre en aquella clase de lugares poco

decentes, aunque elegantes, que las mujeres honradas no frecuentan, al menos sin ir acompañadas. Se dirigió al bar y empezaba a limpiarse los cristales de las gafas de montura negra cuando, en una niebla óptica (¡reciente venganza del Espacio!) vio a la chica, cuya silueta recordaba haber visto (mucho más nítida en anteriores ocasiones) a intervalos regulares desde su pubertad. Entraba sola, bebía sola, estaba siempre sola, como la *Incógnita* de Blok. Experimentó una curiosa sensación... Era como una escena vuelta a representar por error, un fragmento de frase mal colocado en las galeradas un plano cinematográfico proyectado antes de tiempo, la repetición de una falta, un error en el itinerario del Tiempo. Se apresuró a volver a colocar sobre sus orejas las gruesas patillas de sus gafas y se acercó a ella en silencio.

Durante un segundo se mantuvo a su espalda, ofreciendo su perfil al recuerdo y al lector (como ella lo hacía con respecto a nosotros y al bar), con el paraguas de seda levantado casi hasta rozarse los labios con el puño. Sobre el fondo dorado de una mampara de sakarama próxima a la barra, la mujer se acercaba a ésta con paso deslizante. Todavía estaba de pie, tomaba un taburete, había puesto ya en el mostrador una mano enguantada en blanco. Llevaba un romántico vestido negro de escote cerrado y mangas largas, cuerpo ceñido y ancha falda. Su esbelto cuello se elevaba con gracia por encima de la corola negra de un volantito plisado. Con la mirada triste del libertino seguimos la línea orgullosa y pura) de la garganta y del alzado mentón. Los labios, de un rojo brillante, ávidos, de hada, están entreabiertos y descubren el destello blanco de los anchos incisivos superiores. Ya conocemos —y amamos —ese pómulo alto (cuya piel rosa y ardiente conserva una mota de la borla de empolvase), la franja oblicua de largas pestañas negras, los ojos felinos de párpados pintados... Todo esto visto de perfil, lo repetimos suavemente. Bajo el ancho borde ondulado de su sombrero de falla negro, con un gran lazo igualmente negro, una espiral de cobre ardiente, rizada por una mano experta y desordenada con arte, desciende sobre la encendida mejilla; las luces del bar juegan entre la onda que se ahueca sobre la frente, la cual, observada de perfil, proyecta su masa convexa entre el extravagante borde del sombrero Rubens y la línea fina y alargada de la ceja. Aquel perfil irlandés, suavizado por una sombra de languidez eslava que le da una expresión de misteriosa espera y de sorpresa nostálgica, será considerado, imagino, por los amigos y admiradores de mis memorias como una obra de arte natural infinitamente más bella y más fresca que el retrato de esa *gueule de guenon* parisina que figura en una postura idéntica en el horrible cartel pintado para Ovenman por un artista de vida rota.

—¡Hola, Ed! —dijo Van, dirigiéndose al barman. Y ella se volvió, al sonido de su querida voz ronca.

—No esperaba verte con gafas. Por poco recibes tú el «paquete» que preparaba al hombre que suponía que me estaba mirando el sombrero. ¡Querido Van! ¡*Duchka moi!*

—Tu sombrero es verdaderamente lautreamontiano... quiero decir, lautrecaquiano... No, decididamente no acierto a formar el adjetivo.

Ed Barton sirvió a Lucette lo que ella llamaba una Chambéryzette.

—Ginebra y bitter para mí.

—Me siento tan feliz y tan triste —murmuró Lucette en ruso—. ¡*Moio grustnoe schastie!* ¡Cuánto tiempo estarás en la vieja Lute?

Van contestó que al día siguiente salía para Inglaterra y que dos días más tarde, el 3 de junio (era el 31 de mayo), saldría para América a bordo del *Almirante Tobakoff*. Ella exclamó que se iría con él, que era una idea maravillosa y que, verdaderamente, le daba lo mismo ir a un sitio que a otro, al Oeste, al Este, a Toulouse, a Los Teques. Van hizo la observación de que era demasiado tarde para reservar un camarote (en un navío nada grandioso, mucho más pequeño que el *Queen Guinevere*) y cambió de tema.

—La última vez que te vi fue hace dos años, en una estación. Acababas de dejar Villa Armina, y yo llegaba. Llevabas un vestido de flores que se confundían con las que tenías en la mano, porque te movías muy deprisa. Te habías apeado de una calesa verde para volver a saltar al Ausonia Express que me había llevado a Niza.

—Muy expresionista. Yo no te vi, de lo contrario me habría detenido para informarte de lo que acababa de saber. Imagina que mamá estaba enterada de todo. El charlatán de tu padre le había contado lo de Ada y tú...

—Pero no lo de Ada y tú.

Lucette le rogó que no mencionasen más a aquella criatura nauseabunda, enloquecedora. Estaba furiosa contra Ada, y celosa por poderes. Su Andrey, o, mejor, la hermana de éste obrando en nombre de su hermano (que era demasiado estúpido hasta para eso), se interesaba en el arte *pompier* progresista y coleccionaba sus productos, raspaduras de limpiabarros, manchas excrementicias sobre tela, imitaciones de los graffiti de un cretino, ídolos primitivos, máscaras aborígenes, *objets trouvés*, o, mejor, *troués*, estaca pulida con su agujero pulido estilo Heinrich Heideiland. La recién casada encontró el patio del rancho adornado con una escultura (si es esa la palabra exacta) del propio Heinrich y de sus cuatro sólidos ayudantes, un pedazo de caoba burgués, espantoso, enorme, de diez pies de altura por lo menos, titulado *Maternidad*, y madre (al revés) de todos los gnomos de escayola y hongos de hierro colado que otros Vinelander más antiguos plantaron ante la fachada de sus dachas liaskanas.

El barman secaba al *ralenti* el mismo vaso, indefinidamente, mientras escuchaba la requisitoria de Lucette con la blanda sonrisa de la perfecta beatitud.

—Y, sin embargo (*odnako*) —dijo Van, en ruso —te divertiste mucho allí en 1896. Marina me lo dijo.

—¡Pues bien no (*nichego podobnago*)! Me marché de Agavia sin equipaje, en mitad de la noche, con Brigitte, que sollozaba. Nunca he visto una casa como aquella Ada se había vuelto estúpida. Las conversaciones de sobremesa se limitaban a las tres ees: cactus, caballos, cocina aparte de los comentarios de Dorothy sobre el misticismo cubista. El es uno de esos rusos que *chliopayut* (arrastran) los pies descalzos hasta los lavabos, se afeitan en ropa interior, llevan ligas, consideran indecente subirse los pantalones, pero cuando buscan moneda suelta sujetan con la mano izquierda el bolsillo derecho del pantalón, o viceversa, lo que no sólo es inconveniente, sino también vulgar. Demon está quizá decepcionado porque no tienen hijos, pero, en realidad, ha tomado antipatía al tipo desde que se le pasó el primer acceso de «suegrez». Dorothy es un monstruo piadoso y precioso cuyas visitas se prolongan durante meses, impone los menús y posee una colección

particular de llaves que le dan acceso a las habitaciones del servicio —lo que debería haber sabido nuestra estúpida ama de llaves—, sin contar con otras más pequeñas, con las que se insinúa en los corazones. ¿Sabes que ha tratado de convertir a la ortodoxia practicante no sólo a todos los negros americanos a los que ha podido echar mano, sino también a nuestra madre, ya suficientemente *pravoslavnaia*? Es verdad que, en este último caso, sólo consiguió hacer subir las acciones de Trimurti. Una noche bella y nostálgica...

—*Po-russki* —dijo Van, observando que una pareja inglesa acababa de pedir unas copas y se había instalado junto a ellos para escuchar tranquilamente.

—*Kak-to noch iu* (una noche), aprovechando la ausencia de Andrei, que se había marchado a que le operaran de las amígdalas o no sé de qué, la querida y vigilante Dorochka penetró en la habitación de mi doncella, alertada por un grito sospechoso, y encontró a la pequeña Brigitte dormida en una mecedora, y a mí y a Ada en la cama, entregándonos a nuestros antiguos juegos (*triahnuvchih starinoi*). Fue entonces cuando le dije a Dora que no podía tolerar sus maneras y me marché inmediatamente a Monarch Bay.

—Hay gentes verdaderamente extrañas —dijo Van—. Si has terminado esa bebida pegajosa, vamos a tu hotel y comemos juntos.

Ella pidió pescado, él prefirió carne fría y ensalada.

—¿Sabes a quién he encontrado esta mañana? Al bueno de Greg Erminin. Él fue quien me dijo que estabas por aquí. Su mujer es un poco *snob*, según parece.

—Todo el mundo es un poco *snob*. Tu Córdula, que tampoco está lejos de aquí, no perdona a Shura Tobak, la violinista, que aparezca junto a su marido en la guía de teléfonos. En cuanto acabemos de comer subiremos a mi habitación, que es el número veinticinco... mi edad. Tengo un fabuloso diván japonés, y montañas de orquídeas que me ha enviado esta mañana uno de mis galanes. *Ach, Bozhe moi*, ahora caigo, tengo que aclararlo, quizás sean para Brigitte, que se casa pasado mañana a las tres y media, con un *maître* del Alfonso Tercero, en Auteuil. Sean para quien sean, son verdosas, con manchas anaranjadas y violeta, una delicada variedad de *Oncidium*, «ranas de ciprés», según su estúpido nombre comercial. Y me tenderé como una mártir, ¿te acuerdas?

—¿Eres todavía medio-mártir... quiero decir, medio-virgen?

—Un cuarto de virgen. ¡Oh, Van, prueba conmigo! Mi diván es negro, con almohadones amarillos.

—Podrás sentarte un minuto en mis rodillas.

—No... a menos que estemos desnudos y que me empales.

—Como muchas veces te he reprochado, querida, aunque pertenezcas a una familia principesca te expresas como la más disoluta de las Lucindas. ¿Es una chifladura de tu pandilla?

—Yo no pertenezco a ninguna «pandilla», soy una solitaria. De vez en cuando salgo con dos diplomáticos, un griego y un inglés; les permito que me toqueteen y que se diviertan juntos en mi



presencia. Un vulgar pintor mundano está haciéndome un retrato y, cuando estoy bien dispuesta, su mujer y él me acarician. Tu amigo Dick Cheshire me hace regalos y me da informes secretos para ganar en las carreras. Es una vida triste, Van. Me gustan muchas cosas —continuó Lucette con voz soñadora y melancólica, clavando el tenedor en los flancos de una trucha azul que, a juzgar por su forma convulsa y sus ojos desorbitados, debía de haber sufrido viva el atroz suplicio del fuego lento—, me gustan la pintura flamenca y holandesa, las flores, la buena cocina, Flaubert, Shakespeare, comprar, nadar, esquiar, los besos de las bellas y las bestias... Pero, sin embargo, todo eso, todos esos placeres menudos, esta salsa y todos los tesoros de Holanda, no forman más que una fina cutícula (*tonen'kiy-tonerikiy*, pequeña y delgada) bajo la cual no hay nada, absolutamente nada, salvo, desde luego, tu imagen... Tu imagen, que no hace más que ahondar en ese vacío y añadirle los sufrimientos de la trucha atormentada. Yo sólo soy —como Dolores— «una imagen pintada en el aire».

—No he podido terminar esa novela... Demasiado pretenciosa.

—Pretenciosa, pero veraz. En ella encuentro, descrito con toda exactitud, mi sentimiento de la existencia... un fragmento, una estela de color. Van, viajemos juntos. Vayamos hacia un país lejano, donde encontraremos frescos y fuentes. ¿Por qué no podríamos ir a algún país lejano donde haya viejas fuentes? ¿En barco? ¿En coche cama?

—El avión es más seguro y más rápido. Y, por amor del Leño, habla en ruso.

El poeta Sween, que comía en compañía de un joven amigo, dotado de un par de patillas de torero y de otros varios encantos, se inclinó gravemente hacia su mesa. Al mismo tiempo, un oficial de marina que llevaba el uniforme azul de los de Gulf Stream Guards, pasó ante ellos, siguiendo la estela de una mujer de cabellos de ébano y piel de marfil, y dijo:

—¡Hola Lucette, hola Van!

—¡Hola, Alph! —dijo Van, mientras Lucette respondía al saludo con una sonrisa ausente: por encima de sus manos juntas y levantadas, su mirada burlona seguía a la dama. Van se aclaró la garganta y miró sombríamente a su hermanastra.

—Debe tener al menos treinta y cinco años —dijo Lucette—, todavía conserva la esperanza de ser su reina.

(El padre del oficial azul, Alfonso de Portugal, potentado fantoche manipulado por el tío Victor, había abdicado hacía algún tiempo, por consejo de Gamaliel, en favor de un régimen republicano; pero Lucette hablaba de la belleza frágil, y no de los caprichos de la política.)

—Era Leonore Colline. ¿Qué te pasa, Van?

—Los gatos no miran a las estrellas, eso no se hace. El parecido es mucho menor que antes... Claro que tampoco estoy seguro de los cambios que ha podido sufrir el original. A propósito, ¿cómo va su carrera?

—Si es a la carrera de mi hermana a la que te refieres, espero que no vaya mejor que su matrimonio. Así, todo lo que Demon habrá conseguido será que yo te tenga. Voy poco al cine, me negué a hablar con Dora y con ella cuando nos vimos en el funeral de mamá y no tengo la menor idea de cuáles han podido ser sus últimos éxitos, ni en la pantalla ni en el escenario.

—¿Habló esa mujer a su hermano de vuestros inocentes retozos?

—¡Desde luego que no! Tiene miedo (*drozhit*) de turbar su felicidad. Pero estoy segura de que fue ella quien hizo a Ada que me escribiera que «debo abstenerme de intentar otra vez echar a perder un matrimonio feliz». Es algo que perdono a Dariuchka, una chantajista nata, pero no a Adochka. Y no me gusta nada tu cabujón. Confieso que queda bien en tu querida mano velluda, pero papá llevaba uno igual en su innoble zarpa rosa. Papá era del tipo «explorador silencioso». Una vez me llevó a un partido femenino de *hockey* y tuve que decirle que pediría socorro si seguía con sus «exploraciones».

—*Das auch noch* —suspiró Van, metiéndose en el bolsillo el pesado y tenebroso zafiro. Lo habría abandonado de buena gana en algún cenicero, pero se trataba del último regalo de Marina.

—Escucha, Van —dijo Lucette, vaciando su cuarta copa—. ¿Por qué no lo intentamos? Es todo muy sencillo. Te casas conmigo. Mi Ardis es tuyo. Vivimos allí. Tú escribes. Yo me fundo con el paisaje y nunca te molesto. Invitamos a Ada —sola, por supuesto —a que pase algún tiempo en *sus* dominios, porque siempre creí que mamá le dejaría Ardis. Cuando llegue, yo me voy a Aspen, a Gstaad o a Schittau. Y mientras yo esquío en Aspenis tú vives junto a ella en un bloque de cristal en el que la nieve cae, cae por toda la eternidad. Después yo vuelvo como una tromba, pero ella puede quedarse, sea bien venida. Yo vagabundeo por los contornos por si me necesitarais. Finalmente, ella se vuelve con su marido por unos siniestros meses. ¿Me escuchas?

—Sí. El proyecto es soberbio. Sólo tiene un inconveniente: es que ella no vendría nunca. Son las tres. Estoy citado con un hombre que va a restaurar Villa Armina, una herencia en la que instalaré uno de mis harenes. Golpear a una persona en la mano para que deje de hablar no es algo que tú hayas heredado de tus mejores antepasados irlandeses en materia de buenas maneras. Voy a llevarte a tu casa. Está claro que necesitas descansar.

—Tengo que telefonar. Es muy importante. Pero no quiero que escuches.

Entraron juntos en el apartamento de Lucette. Decidido a no permanecer allí más de un minuto, Van se quitó las gafas y apretó los labios contra los labios de Lucette: tenían exactamente el mismo sabor que los de Ada en Ardis después de comer: epitelio salado, saliva azucarada, cerezas, café. Si Van no hubiese hecho el amor tan recientemente, y tan bien, no habría resistido la tentación, la imperdonable emoción. Cuando ya se retiraba, ella le sujetó por la manga.

—Un beso más, un beso más —repetía, con voz balbuceante, moviendo apenas los labios entreabiertos en un abandono agitado, haciendo cuanto podía por impedirle reflexionar y decir no.

Van dijo que ya bastaba.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¡Por favor!

Él rechazó suavemente sus fríos dedos temblorosos.

—¿Por qué, Van? ¿Por qué, por qué, por qué?

—Sabes muy bien por qué. La amo a ella, y no a ti, y me niego categóricamente a complicar las cosas con la perpetración de un nuevo incesto.

—¡Ésa sí que es buena! Creo recordar que en más de una ocasión has llegado demasiado lejos conmigo, incluso cuando yo era una niña. Tu excusa es una sutileza que no vale nada. Y, además, la has engañado con millones de mujeres, sucio tramposo.

—No te permitiré que hables en ese tono —dijo Van, escudándose en aquel pobre lenguaje para proteger su retirada

—Perdón, te amo —murmuró Lucette frenéticamente, poniendo en su *murmullo* la fuerza de un grito, porque el corredor era todo puertas y las puertas todo oídos. Pero él prosiguió su camino agitando ambos brazos en el aire, sin volverse, y, no obstante, sin rencor, y desapareció.

#### IV

Un problema fastidioso exigió la presencia del doctor Veen en Inglaterra.

El viejo Paar de Chose le había escrito que «la Clínica» deseaba que estudiase un caso sorprendente de cromestesia, pero que, en vista de ciertos aspectos del caso en cuestión (entre otros una vaga posibilidad de superchería) Van debía hacer el viaje y decidir por sí mismo si valía la pena enviar el enfermo a Kingston, donde sería sometido a una observación más minuciosa. Un tal Spencer Muldoon, nacido sin vista, de cuarenta años de edad, soltero, sin amigos y tercer personaje ciego de esta crónica, había tenido alucinaciones durante unas violentas crisis paranoicas —invocaba, mencionándolas por su nombre, substancias y formas que había aprendido a identificar por el tacto o que creía reconocer por el horror de las historias que había oído acerca de ellas (árboles que caen, saurios prehistóricos), y que ahora le atacaban por todos lados—, que se alternaban con períodos de estupor, seguidos invariablemente por un retorno al estado normal, tranquilo, que duraba una semana o dos, durante las cuales manejaba sus libros de Braille, o escuchaba, con los párpados enrojecidos por el éxtasis, discos de música, de cantos de aves y de poesía irlandesa.

Su facultad de distribuir el espacio en filas y columnas de objetos «fuertes» y «débiles», según un esquema que parecía el dibujo de un papel de pared, siguió siendo un misterio hasta la tarde en que un estudiante investigador (E. R., porque desea guardar el anonimato), que tenía la intención de trazar ciertos gráficos relacionados con la metátesis de otro enfermo, dejó por azar al alcance de Muldoon una de esas largas cajas de lápices de colores, nuevos y sin afilar, cuya mera evocación (¡Dixon Pink Anadel!) hace que nuestra memoria hable el lenguaje del arco iris; los tonos de los bastoncitos pintados y barnizados estaban ordenados en su bello estuche de metal de acuerdo con las exigencias del espectro. El pobre Muldoon no podía haber retenido de su infancia nada parecido a aquel eco irisado, pero cuando sus dedos tanteantes abrieron la caja y palparon los lápices, una

cierta expresión de delectación sensual apareció en su rostro de una palidez de pergamino. Habiendo observado que las cejas del cielo se alzaban ligeramente al tocar el rojo, un poco más en el anaranjado y todavía más en el grito estridente del amarillo, para volver a bajar al paso de los restantes colores del prisma, E. R. le indicó, como el que no quiere la cosa, que las maderas tenían distintos colores, «rojo», «anaranjado», «amarillo», etc., y Muldoon replicó, en tono casual, que también diferían al tacto.

En el curso de diversas pruebas efectuadas por E. R. y sus colegas, Muldoon explicó que al pasar la mano por todos los lápices sucesivamente percibía una gama de «agujoneos», sensaciones particulares algo parecidas al hormigueo de la piel al entrar en contacto con los «pinchitos» de las ortigas (él se había criado en el campo, en algún lugar entre Ormagh y Armagh, y, en su azarosa infancia de pobre niño mal calzado, había rodado frecuentemente a fosas y hondonadas), y habló muy extrañamente del «fuerte» agujoneo verde de un papel secante, y del «débil» agujoneo rosa y mojado de la nariz sudorosa de Miss Langford, la enfermera, comprobando por sí mismo aquellos colores que los investigadores habían asignado a los lápices. Como resultado de aquellos tests hubo que admitir que los dedos del ciego podían hacer llegar a su cerebro «una transcripción táctil del prisma óptico», según escribió Paar en el detallado informe que mandó a Van.

Cuando llegó éste, Muldoon no había salido aún del todo de un estado de estupor más largo que cualquiera de los anteriores. Pensando en examinarle al día siguiente, Van pasó una jornada deliciosa discutiendo con un grupo de psicólogos apasionados y se divirtió al descubrir entre las enfermeras el estrabismo familiar de Elsie Langford, una chica descarnada, de tinte febril y dientes saledizos, que había estado oscuramente mezclada en un asunto de espiritismo en otra institución médica. Cenó con el viejo Paar en su apartamento de Chose, y le dijo que deseaba que le llevaran a Kingston a aquel pobre diablo, así como a Miss Langford, en cuanto fuese posible. El pobre diablo murió aquella misma noche durante el sueño, y dejó toda aquella historia suspendida en el aire, aureolada por un nimbo de brillante inconsecuencia.

Van, en quien las flores rosas de los castaños de Chose despertaban siempre ardores amorosos, decidió despilfarrar aquella inesperada sobra de tiempo libre antes de su partida para América con una cura de veinticuatro horas en la más elegante y eficaz de todas las Villas Venus de Europa. Pero durante el viaje, algo largo, en la limusina antigua, aterciopelada, ligeramente perfumada (¿almizcle, tabaco turco?) que el Albania, su hotel de Londres, le procuraba habitualmente para sus desplazamientos en Inglaterra, otros sentimientos turbulentos vinieron a mezclarse, sin disiparlos, con sus deseos taciturnos. Muellemente mecido por la suspensión, con los pies, calzados de babuchas, apoyados en un escabel y un brazo pasado por una abrazadera, recordó su primer viaje en tren a Ardis y trató de hacer lo que él mismo recomendaba a veces a sus enfermos para ejercitar los «músculos de la conciencia»: volver a ponerse, no ya sólo en el estado de ánimo en que se encontraban antes de un cambio radical de su vida, sino en un estado de total ignorancia respecto a dicho cambio. Sabía que aquello no podía hacerse, pero que, a falta de su plena realización, era posible una tentativa tenaz, porque él no habría recordado el prefacio de Ada si la vida no hubiese dado vuelta a la página de modo que su radiante texto atravesara ahora como un relámpago todos los tiempos de su mente. Se preguntó si también podría rememorar en el futuro su actual e insignificante viaje. Una tardía primavera inglesa acompañada de reminiscencias literarias se

demoraba en el aire de la tarde. El «canóreo» incorporado (un antiguo sistema musical que una comisión anglo-norteamericana había vuelto a autorizar recientemente) difundía una desgarradora canción italiana. ¿Qué era él? ¿Quién era él? ¿Por qué era él? Pensó en su flojedad, en su torpeza, en su pereza de espíritu. Pensó en su soledad sus pasiones y sus peligros. Vio a través del cristal de separación los pliegues gruesos, sanos y tranquilizadores de la nuca del chófer. Vanas imágenes hicieron cola ante los ojos de su alma... Edmund, Edmond, la simplicísima Córdula, la fantásticamente compleja Lucette, y, por una mecánica asociación de ideas, una depravada muchachita de Cannes, llamada Lisette, de senos que parecían bellos abscesos y cuyas frágiles gracias eran vendidas en una vieja caseta de baño por un apestoso hermano mayor.

Cerró el canóreo y tomó la botella de coñac disimulada tras un brazo abatible del asiento. Bebió en la misma botella, porque los tres vasos estaban sucios. Se sentía rodeado por grandes árboles a punto de desplomarse y por las monstruosas bestias de las tareas no realizadas, quizás irrealizables. Una de aquellas tareas era Ada, a la cual, él lo sabía, nunca podría renunciar; sería a ella a quien entregase los restos de su ser al primer toque de trompeta del destino. Otra era su obra filosófica, tan curiosamente obstaculizada por su propia virtud, por esa originalidad de estilo que constituye la única verdadera honradez del escritor. Tenía que hacer las cosas a su manera, pero el coñac era detestable, y la historia del pensamiento estaba erizada de clichés y era esa historia lo que debía superar.

Sabía que no era un auténtico sabio, sino un artista. Paradójica e inútilmente, habían sido su carrera académica, sus conferencias arrogantes y despreocupadas, sus trabajos de dirección de seminarios, los informes que había publicado sobre enfermos mentales, iniciados por una especie de prodigio antes de los veinte años, lo que le hacía gozar, a los treinta y uno, de «honorarios» y de una «situación» que muchos individuos increíblemente laboriosos no han alcanzado a los cincuenta. En sus momentos de tristeza, como el de ahora, atribuía al menos una parte de sus éxitos a su rango, a su fortuna, a las numerosas donaciones que (en una especie de prolongación de las propinas excesivas que prodigaba a los pedigüños huraños que hacían las camas, manejaban los ascensores o sonreían en los pasillos de los hoteles) continuaba haciendo llover sobre las instituciones y sobre los estudiantes válidos. Tal vez Van Veen no se equivocase demasiado en su cínica suposición. Porque en nuestra Antiterra (lo mismo que en Terra, según sus propios escritos) una Administración insoportablemente rutinaria, cuando no está bajo la fuerte impresión de la súbita construcción de un inmueble o del relámpago de fondos torrenciales, prefiere los grises tranquilizadores de la mediocridad académica al brillo sospechoso de un V. V.

Los ruiseñores cantaban cuando él llegó a su innoble y fabuloso destino. Como de costumbre, sentía crecer en él una brusca exaltación en el momento en que el coche enfilaba un paseo de encinas entre dos hileras de estatuas falofóricas que presentaban armas. Como cliente que debía ser acogido con placer al cabo de quince años, Van no se había tomado el trabajo de «telefonar» (el nuevo término oficial). Un foco de luz fue a dar contra él. ¡Ay, había llegado en una noche de «gala»!

Los chóferes de los socios solían estacionar en un aparcamiento especial cerca del pabellón de la conserjería donde había una agradable cantina para los criados, con bebidas no alcohólicas y algunas putas vulgares y baratas. Pero aquella noche varios grandes coches de policía ocupaban las plazas de aparcamiento y desbordaban alrededor de un árbol vecino. Van dijo a Kingsley que

esperase un momento bajo las encinas, se puso su *bautta* y fue a investigar. Su sendero preferido pronto le condujo, entre dos muros, a uno de los amplios cuadros de césped que aterciopelaban las inmediaciones de la mansión. El parque estaba inundado por una luz lívida y tan frecuentado como Park Avenue, comparación que acudía con facilidad a la mente, porque los disfraces de los astutos sabuesos pertenecían a un tipo que recordó a Van su país natal. Incluso conocía de vista a alguno de aquellos hombres: eran los mismos que patrullaban ante el club de su padre, en Manhattan, cada vez que el bueno de Gamaliel (no reelegido después de su cuarto mandato) cenaba allí en su chochez informal. Asumían los papeles que estaban acostumbrados a asumir: vendedores de fruta, negros buhoneros ofreciendo bananas y banjos, obsoletos o —al menos— intempestivos chupatintas camino de inverosímiles oficinas, peripatéticos lectores de periódicos rusos que acortaban la marcha hasta pararse por completo y luego proseguir el paseo tras sus desplegadas *Estotskiya Vesti*.

Van se acordó de que Mr. Alexander Screepatch, el nuevo presidente de las Américas Unidas (un ruso pletórico), había venido a visitar al rey Victor, y dedujo, con razón, que ambos hombres debían estar ahora sumergidos en plena dulce vida. El aspecto cómico de la actitud de los detectives (quizás adecuada para el atrasado concepto que tenían de una acera americana, pero que no se adaptaba mucho a aquel laberinto misteriosamente iluminado de arboledas inglesas) moderó su decepción, mientras se estremecía ante la repugnante idea de compartir los retozos de personajes históricos o tener que conformarse con chiquillas de caritas audaces que ellos hubieran comenzado a utilizar para rechazar luego.

Fue entonces cuando una estatua envuelta en una sábana quiso interpelar a Van desde su pedestal de mármol, pero resbaló y aterrizó de espaldas sobre los helechos. Ignorando al dios allí expuesto, Van volvió hacia su Jolls-Joyce, cuyo motor seguía funcionando. El rubicundo Kingslev un viejo amigo bien probado, se ofreció a conducirlo a otra casa, unos ciento cuarenta kilómetros más al norte. Pero Van rehusó por principio, y se hizo llevar otra vez al Albania.

## V

El 3 de junio, a las cinco de la tarde, el paquebote partió de Le Havre-de-Grâce, y al anochecer de aquel mismo día Van embarcó en Old Hantsport. Desanimado y soñoliento (había pasado casi toda la tarde jugando al tenis con Delaurier, el famoso preparador negro), contemplaba el brasero del sol declinando en ocelos de un oro verdoso, a algunos largos de serpiente de mar a estribor, sobre la cara exterior del estrave. Decidió en seguida acostarse, bajó a la cubierta A, devoró algunas frutas de la naturaleza muerta que habían preparado para él en su saloncito, trató de leer en la cama las pruebas de un ensayo que había escrito para un *Festschrift* dedicado al 80° aniversario del profesor Counterstone, abandonó y se durmió. Hacia medianoche estalló una furiosa tempestad. Pero a pesar de los bamboleos y crujidos (el *Tobakoff* era un viejo barco cascarrabias), Van se las arregló para dormir profundamente y su única reacción subliminal a la tempestad fue la proyección en sueños de la imagen de un pavo real acuático hundiéndose lentamente, antes de dar una voltereta como un ánade que se sumerge junto a la orilla del lago que lleva su nombre en el antiguo reino de

Arrowroot. Al recordar aquel sueño tan nítido atribuyó su origen a su reciente estancia en Armenia, donde había ido a cazar patos en compañía de Armborough y de la sobrina de aquel caballero, una joven tan cumplida como complaciente. Le dieron ganas de escribir unas notas sobre el asunto... y descubrió divertido que sus tres lápices no solamente habían abandonado la mesilla, sino que se habían alineado cuidadosamente en fila india a lo largo de la rendija inferior de la puerta exterior del salón contiguo tras haber franqueado en su escapada ininterrumpida un buen espacio de moqueta azul.

El camarero le trajo un desayuno «continental», la gaceta de a bordo y la lista de los pasajeros de primera clase. Bajo el título «Turismo en Italia», Van leyó que un granjero de Domodossola había exhumado los huesos y jaeces de uno de los elefantes de Aníbal, y que dos psiquiatras americanos (cuyos nombres no se citaban) habían muerto en circunstancias extrañas en la cadena de Bocaletto: el de más edad había sufrido un fallo cardíaco, y su joven amigo se había suicidado. Después de especular durante unos instantes sobre el mórbido interés del Almirante por las montañas italianas, Van recortó la noticia y consultó la lista de pasajeros (simpáticamente ornamentada como el papel de cartas de Córdula) para ver si había alguna persona con quien no quisiera encontrarse en los próximos días. Descubrió los nombres de la pareja Robinson (Bob y Rachel), dos viejos pelmas de la familia (Bob se había retirado de los negocios después de haber dirigido durante largos años una de las oficinas del tío Dan). Saltó sobre el doctor Ivan Veen y se detuvo en el nombre siguiente. ¿Qué mano invisible le apretó el corazón? ¿Por qué se pasó la lengua por los gruesos labios? Fórmulas huecas, propias de los solemnes novelistas de otros tiempos que creían poder explicarlo todo.

La superficie oblicua del agua se inclinaba en su bañera al mismo ritmo del balanceo del mar, rutilando de azul, aborregándose de plata, en el ojo de buey de su camarote. Llamó a Miss Lucinda Veen, cuyo apartamento estaba en el primer puente, en el centro del barco, exactamente encima del suyo, pero no se encontraba allí. Se puso un polo de lana blanca, tomó sus gafas ahumadas y salió en su busca. Tampoco estaba en la cubierta de juegos, desde la que vio a otra pelirroja echada en una tumbona de lona, en el solarío: escribía una carta, con mano rápida y apasionada, y Van se dijo que bastaba con dejarse ir de la grave facticidad a la ficción novelera para poner en el lugar que él ocupaba en aquel momento a un marido celoso, armado de anteojos, esforzándose en descifrar desde su altura aquella efusión de ternura ilícita.

Tampoco la encontró en la cubierta de paseo, donde gentes ancianas envueltas en mantas esperaban el caldo de las once con anticipados borborigmos, leyendo *Salzman*, el best-seller número uno. Van bajó al comedor y reservó una mesa para dos, después de lo cual se dirigió al bar, donde saludó cordialmente al grueso y calvo Toby, que había servido en el *Queen Guinevere* en 1889, en 1890 y en 1891, cuando *ella* no estaba aún casada y *él* era todavía un imbécil rencoroso. ¡Qué bien podrían haber huido entonces a Lopadusa, bajo el nombre de señor y señora Dairs o Sardi!

Encontró a su hermanastra en el castillo de proa, peligrosamente bonita con su vestido de gran escote, cuyas brillantes flores eran mecidas por el viento. Estaba hablando con los Robinson, bronceados, pero muy viejos. Se volvió hacia él, echándose atrás los cabellos que el viento la había arremolinado sobre la cara, con una mirada en la que se mezclaban el triunfo y el desconcierto, y no tardaron en desembarazarse de Rachel y Bob, que les vieron alejarse entre sonrisas y agitaciones de

manos, simétricamente levantadas para saludar, a ella, a él, a la vida, a la muerte, a los felices días de antaño, cuando Demon pagaba todas las deudas de juego de su hijo antes de que éste encontrase la muerte en una colisión frontal de coches.

Lucette devoró con gratitud las *pozharskiya kotleti*: Van no la regañó por haberle salido de pronto al paso como una especie de polizón de naturaleza más trascendental, que trasatlántica. En su impaciencia por encontrarle se había olvidado de desayunar, después de haberse acostado sin cenar la noche anterior. Ella, que tanto gustaba de los senos y crestas de las olas cuando practicaba un deporte náutico, o los *ups* y los *oops* cuando viajaba por el aire, se había mareado ignominiosamente en el *Tobakoff*, su primer paquebote. Pero los Robinson le habían proporcionado un remedio milagroso, había dormido diez horas de un tirón, diez horas en brazos de Van, y ahora esperaba que los dos estuviesen más o menos despiertos, a pesar de un resto de vértigo que le había dejado el medicamento.

Muy gentilmente, Van le preguntó a dónde pensaba ir.

A Ardis, con él —la respuesta fue pronta—, para siempre jamás. El abuelo de Robinson había muerto en Arabia a la edad de ciento treinta y un años, de modo que Van tenía todavía un siglo ante él; ella haría construir varios pabellones en el parque, para que pudiese instalar sus sucesivos harenos e ir convirtiéndolos, uno tras otro, en hogares de jubilado para señoras ancianas, y, más tarde aún, en mausoleos. Le dijo también que había un cuadro de carreras de caballos, «*Pale Fire with Tom Cox Up*» sobre la cama de Tobak y la querida Córdula, en la *suite* libre que había conseguido para ella en un minuto, y que se preguntaba en qué medida podía afectar aquella imagen a la vida amorosa de los Tobak durante sus viajes por mar. Van interrumpió la charla febril de Lucette y le preguntó si los grifos de su bañera llevaban las mismas inscripciones que los suyos, *Hot Domestic, Cold Salt*.

—¡Sí! —exclamó Lucette—. ¡Viejo Salado, Viejo Salzman, Ardiente Camarera, Comatoso Capitán!

Y se encontraron otra vez a la hora de la siesta.

La mayoría de los pasajeros de primera clase que se hallaban a bordo del *Tobakoff* en la tarde del 4 de junio de 1901, en medio del Atlántico (meridiano de Islandia, paralelo de Ardis) parecían poco dispuestos a los retozos al aire libre. El ardiente azul era cortado por soplos glaciales, y el desbordamiento rítmico de la antigua piscina lavaba incesantemente las baldosas verdes. Pero Lucette era una chica intrépida, no menos endurecida por el viento vivificante que por el detestable sol. La primavera en Fialta y un tórrido mes de mayo en Minataor (la más célebre de las islas artificiales) habían dado a sus miembros un tinte nectarino de melocotón; mojado, su cuerpo parecía de laca, pero en cuanto la brisa secaba su piel, recuperaba su aterciopelado natural. Sus pómulos encendidos y los rayos de bronce que escapaban a su gorro de goma, por la nuca y la frente, le daban un parecido al Ángel con casco de icono de Yukonsk, al que se atribuía el sobrenatural poder de convertir a las rubias vírgenes anémicas en *konskie deti*, adolescentes pelirrojos y pecosos, hijos del Caballo del Sol.

Después de nadar unos minutos volvió a la terraza en que Van estaba tumbado, y le dijo:



—No puedes imaginarte («yo puedo imaginarlo todo», corrigió él), O.K., *puedes* imaginarte qué océanos de lociones, qué ríos de cremas he tenido que emplear, en el secreto de mis balcones o en la soledad de las grutas marinas, antes de exponerme a los elementos. Estoy siempre balanceándome sobre la delicada frontera que separa la quemadura del bronceado, o el *lobster* del *Obst*, como escribe Herb, mi querido pintor (estoy leyendo su diario, publicado por su última duquesa, y escrito en tres lenguas mezcladas; es encantador, ya te lo prestaré). Mira, amor mío, me consideraría una urraca tramposa si la pequeña parte de mi cuerpo que oculto al público no fuese del mismo color que la que todo el mundo puede ver.

—Cuando te examiné en 1892 —dijo Van— me pareciste de un color arena de la cabeza a los pies.

—Es una chica enteramente nueva lo que tienes hoy ante ti —murmuró Lucette—. *A happy new girl*. Sola contigo, en un navio abandonado y cuando aún faltan al menos diez días para mi próxima regla. Te he enviado una cartita estúpida a Kingston, para el caso de que no nos hubiéramos visto.

Estaban ahora acostados en una estera de playa, cara a cara, en actitudes simétricas, Van con la cabeza apoyada en la mano derecha, Lucette sobre el codo izquierdo. El tirante de su sujetador verde le había resbalado por el delgado brazo, y descubría gotas e hilillos de agua en la base de un pezón. Un abismo de escasas pulgadas separaba el jersey de Van del vientre desnudo de Lucette, la lana negra del bañador de él de la máscara pubiana verde y mojada de ella. El sol le satinaba las caderas; un surco sombreado atraía los ojos hacia la cicatriz de una apendicectomía practicada cinco años antes. La mirada semivelada de la chica le espiaba con una opaca avidez. Y era verdad: estaban verdaderamente solos. Él había poseído a Marion Armborough ante las narices de su tío en circunstancias mucho más complicadas: el fuera-borda saltaba como un pez volador, y su anfitrión llevaba siempre un fusil al lado del volante. Sin alegría, sintió cómo se desperezaba pesadamente la sólida serpiente del deseo; con amargura, lamentó no haber agotado al demonio en Villa Venus.

No rechazó la mano ciega que subía lentamente a lo largo de su muslo, y maldijo a la naturaleza por haber plantado un árbol nudoso reventando de savia vil en la entrepierna de los varones. De pronto, Lucette se apartó, exclamando un distinguido «¡merde!». El Edén estaba lleno de gente.

Dos niñas semidesnudas, con chillona alegría, llegaron corriendo al borde de la piscina. Una ama negra las perseguía, encolerizada, blandiendo sus minúsculos sostenes. Una cabeza calva salió del agua por un fenómeno de generación espontánea y resopló ruidosamente. El maestro de natación apareció en la puerta del vestuario. Al mismo tiempo, una alta y rozagante criatura, de elegantes tobillos y muslos repulsivamente carnosos pasó majestuosamente ante los Veen y estuvo a punto de poner el pie en la pitillera recamada de esmeraldas de Lucette. Salvo una cinta dorada y una melena oxigenada, su larga y morena espalda, llena de ondas de carne, estaba desnuda desde los hombros hasta el borde de las nalgas, que revelaban, en el movimiento de ritmo lento de su balanceo lúbrico, las protuberancias inferiores donde se tensaba el tejido de lame. Un instante antes de desaparecer tras una esquina, la ticianesca titanesa volvió a medias su cara morena y saludó a Van con un sonoro «¡hullo!».

Lucette quiso saber *kto siya pava* (quién era aquella dama imponente).

—Creí que era a ti a quien saludaba —dijo Van—. No he podido distinguir su cara y no recuerdo ese trasero.

—Te ha dedicado una sonrisa selvática —replicó Lucette, reajustándose el gorro verde con movimientos de alas de una conmovedora gracia que aireaban, de un modo no menos conmovedor, el plumaje pelirrojo de sus axilas.

—¿Vienes conmigo? —propuso, mientras se levantaba.

Van sacudió la cabeza, y dijo, sin dejar de mirarla:

—Te elevas como la Aurora.

—Su primer cumplido —dijo Lucette, con una pequeña inclinación de cabeza, como si se dirigiera a un confidente invisible.

Van se puso las gafas de sol y contempló a Lucette, que ya estaba de pie en el trampolín, con las costillas encuadrando el hueco formado por una brusca inspiración, mientras se aprestaba a arder en el ámbar. Van se preguntó, en una nota de pie de página mental (que bien podría ser algún día accesible al público), si las gafas de sol, y otros aparatos ópticos que indudablemente deforman nuestro concepto del espacio, no ejercen también una influencia en el estilo de nuestro discurso. Las dos bien formadas niñas, el ama, la lasciva tritona, el maestro de natación, todos miraban, igual que Van.

—Tengo preparado el segundo cumplido —le dijo, cuando volvió a sentarse a su lado—. Saltas divinamente. Yo me zambullo de un modo lamentable.

—¡Pero nada más rápido! —protestó Lucette, haciendo resbalar sus tirantes y tendiéndose sobre el vientre—. *Mezdu prochim* (a propósito), ¿es verdad que a los marineros de los tiempos de Tobakoff no les enseñaban a nadar para evitar que muriesen con los nervios rotos si su barco se hundía?

—A los vulgares marineros, es posible, pero cuando *mitchman* Tobakoff en persona naufragó ante Gavaille, nadó cómodamente durante horas, cantando «migajas de viejas canciones», como Ofelia, y otras cosas para asustar a los tiburones, hasta que un barco de pesca le salvó... uno de esos milagros que requieren un mínimo de cooperación de parte de todos los interesados, supongo.

Lucette le dijo que Demon había anunciado el año anterior, en los funerales, que estaba negociando la compra de una isla en Gavaille («incorregible soñador», comentó Van, en tono algo afectado). En Niza había «llorado como una fuente», pero aún le habían visto sollozar con más abandono en Valentina, en una ceremonia anterior, a la que la pobre Marina tampoco asistió. La ceremonia de la boda —según el rito griego, por favor— había parecido una de esas escenas involuntariamente paródicas de las viejas películas: el sacerdote estaba chocho y el dyakon borracho, y —tal vez felizmente —el espeso velo blanco de Ada era tan poco transparente como los lutos de la viuda. Van declaró que no quería oír hablar de aquello.

—Pues es preciso —dijo Lucette—, aunque no sea más que porque uno de los shafer's (pajes que sostienen por turno la corona nupcial sobre la cabeza de la novia), por la impasibilidad de su perfil y la impertinencia de su actitud (se obstinaba en mantener el pesado venen metálico demasiado alto, demasiado atléticamente alto, como si hubiera querido alejarlo lo más posible de la cabeza de Ada) se te parecía rasgo a rasgo, como un hermano gemelo pálido y mal afeitado en que hubieses delegado para representarte, desde dondequiera que estuvieses.

En un lugar bellamente llamado Agonía, en la Tierra del Fuego. Sintió un extraño estremecimiento al recordar que desde el momento en que recibió la invitación de boda (enviada por avión por la siniestra hermana del novio), pasó varias noches hostigado por el sueño, cada vez más desdibujado (como la película de Ada que perseguiría de cine en cine en una época posterior de su existencia), de que era él quien sostenía aquella corona encima de la novia.

—Tu padre —siguió Lucette —había pagado a un hombre del Belladonna para que tomase fotografías. Pero, por supuesto, la verdadera gloria sólo comienza el día que uno encuentra su nombre en las palabras cruzadas de esa revista de cine. Y todos nosotros sabemos que eso no llegará jamás. ¡Jamás! Bueno, ¿ahora me odias?

—No —dijo Van, pasando la mano por la espalda de Lucette, caldeada por el sol. y acariciándole el cóccix para hacer ronronear al gatito—. No, ¡ay! Te amo con un amor de hermano y quizás aún más tiernamente. ¿Quieres que pida algo para beber?

—Lo que me gustaría es que siguieras así, así... —suspiró ella, con la nariz hundida en la almohadilla de goma.

—Ahí viene el camarero. ¿Qué vamos a tomar? ¿Honolulers?

—Ya tomarás eso con Miss Cóndor cuando yo vaya a vestirme. Por el momento, sólo quiero té. No mezclemos las drogas y el alcohol He de tomar la famosa píldora de los Robinson en algún momento de la noche En algún momento de la noche.

—Dos té, por favor.

—Y muchos sandwiches, George. Foie gras, jamón... lo que sea.

—Es de mala educación —dijo Van —inventar un apodo para una persona que no puede contestar. «¡Sí, Mademoiselle Con d'or!» Es el mejor juego de palabras anglofrancés que he oído, dicho sea de paso.

—¡Pero se llama George! Fue muy gentil conmigo, ayer, cuando vomité en mitad del salón.

—Para las exquisitas, todo es exquisito —murmuró Van.

—Y también lo fueron los viejos Robinson. No es probable que aparezcan por aquí, ¿verdad? Han estado como trotándome detrás, con una conmovedora obstinación, desde que el azar nos hizo comer en la misma mesa en el tren y comprendí quiénes eran, aunque segura de que no reconocerían a la pequeña gordita que habían visto en mil ochocientos ochenta y cinco u ochenta y

seis. Pero son hipnóticamente charlatanes... «Al principio creíamos que era usted francesa... este salmón está verdaderamente delicioso... ¿de qué ciudad es usted?...» Y yo no soy más que una pobre tonta, y por el hilo se sacó el ovillo; el paso del tiempo engaña a los viejos más que a los jóvenes: los que están endurecidos y ya no cambian no se habitúan a los cambios de la gente más joven a la que llevan mucho tiempo sin ver.

—Es una observación inteligente, querida. Salvo que el tiempo en sí es inmóvil e inmutable.

—Sí, lo que siempre hay es yo en tus rodillas y la carretera que retrocede. ¿Las carreteras se mueven?

—Las carreteras se mueven.

Después del té, Lucette recordó que tenía cita con el peluquero y se marchó a toda prisa. Van se quitó el jersey y se quedó allí, soñador, jugando con la pitillera de las piedras verdes que contenía aún cinco cigarrillos «Pétalo-de-rosa» y tratando de disfrutar del calor del sol de platino en su aura de «technicolour», pero sin conseguir otra cosa que atizar, a cada movimiento del barco, la llama de las malas tentaciones.

Un instante después, como una espía saliendo de su escondite, reapareció la *pava*... esta vez para excusarse.

Cortésmente, Van se puso en pie y, subiéndose las gafas a la frente, empezó a excusarse a su vez por haberla inducido a error, inocentemente... Pero su discursito se paró en seco cuando alzó la mirada hacia la cara de su interlocutora y descubrió con estupor la grosera y grotesca caricatura de unos rasgos inolvidables. Aquella piel de mulata, aquellos cabellos de rubio platino, aquellos gruesos labios violeta, le devolvían en un ridículo negativo su blancura marfileña, su negro de cuervo, su pálida mueca.

—Me han dicho —explicó la mujer —que un gran amigo mío, Vivian Vale, el cootoorlay... vooz'avay entendue? se ha afeitado la barba, en cuyo caso se parecería a usted, ¿O.K.?

—Lógicamente no, señora —contestó Van.

Ella vaciló un segundo, se pasó la lengua por los labios, no sabiendo muy bien cómo debía interpretar la actitud de Van. Y entonces apareció Lucette, que volvía en busca de sus «Pétalos-de-rosa».

—Le veré aprey —dijo Miss Condor.

La mirada de Lucette escoltó, aliviada, el movimiento indolente de los globos y los pliegues glúteos.

—Van, me has engañado. Esa es... es una de tus horribles chicas.

—Te juro que me es completamente desconocida. Sabes que yo no te engañaría.

—¡Oh, me has engañado muchas veces cuando era niña! Si ahora empiezas otra vez tu sais que j'en vais mourir, como dice la canción.

—Tú me has prometido un harén —la reprendió Van, amablemente.

—Hoy no, hoy no. Hoy es un día sagrado.

La mejilla que él se disponía a besar fue remplazada por una boca presta y enloquecida.

—Ven a ver mi camarote —suplicó, cuando él la rechazaba (con el mismo resorte de su reacción animal al fuego de sus labios y de su lengua)—. Sólo quiero enseñarte sus saltos de cama y su piano. El perfume de Córdula está en todos los cajones. Te lo suplico.

—Vamos, vete —dijo Van—. No tienes derecho a excitarme así. Alquilaré los servicios de Miss Condor para que me haga de chaperona si no aprendes a comportarte mejor. Cenamos a las siete y cuarto.

Van encontró en su camarote una invitación algo tardía para cenar en la mesa del capitán. La tarjeta iba dirigida al doctor Ivañ Veen, y señora. Van había viajado ya una vez en aquel barco, entre dos «Queens», y se acordaba del capitán Cowley como de un pesado y un acémila.

Llamó al camarero y le rogó que devolviese la invitación, con dos palabras garrapateadas en lápiz: «matrimonio desconocido». Permaneció veinte minutos en el baño, esforzándose en concentrar su atención en algo que no fuese el cuerpo de una virgen histérica. Descubrió en sus pruebas una omisión insidiosa, la ausencia de una línea completa que, curiosamente, no impedía que el párrafo deteriorado pudiese parecer plausible al lector poco atento. El final de la frase amputada y el comienzo de la línea siguiente, que el error del tipógrafo había colocado inmediatamente debajo de la primera y cuya primera letra iniciaba la línea de caja, se encadenaban de tal modo que la sintaxis era correcta, y, en su aturdimiento, Van no habría reparado en la insipidez del resultado si no hubiera recordado (recuerdo confirmado por el manuscrito) que en aquel lugar debía figurar una cita realmente bastante feliz: *Insiste, anime meus, et adtente fortiter* (Mantente firme, ánimo mío, y aplícate con fortaleza).

—¿Seguro que no preferirías el restaurante? —preguntó Van a Lucette cuando se encontraron a la entrada del grill. En traje de noche, parecía todavía más desnuda que un rato antes, en bikini—. Está muy alegre y lleno de gente, y hay un jazz-band masturbatorio. ¿No será más divertido?

Lucette sacudió suavemente su enjoyada cabeza.

Cenaron unas enormes y succulentas quisquillas gru-gru (la larva amarilla de un gorgojo palmero), y un oseño asado a la Tobakoff. Sólo cinco o seis mesas estaban ocupadas, y, a excepción de una molesta vibración de máquinas que no habían notado a mediodía, todo era suave, almohadillado, íntimo. Van aprovechó el silencio extrañamente reservado de Lucette para hablarle del difunto palpador de lápices, Mr. Muldoon, y de un caso de glosolalia observado en Kingston, el de una mujer del Yukonsk que, en estado de hipnosis, hablaba diversos dialectos eslavos que existían quizás en Terra, pero, ciertamente, no en Estocilandia. Pero algo distinto, ¡ay!, acaparaba subverbalmente su atención.

Lucette le hizo preguntas con miradas devotas de linda estudiante de Queenston o de Kings. No era precisa una experiencia científica muy profunda por parte del profesor para darse cuenta de que

aquel encantador desconcierto y aquellas notas graves que aterciopelaban su voz eran tan intencionados como la efervescencia de la sobremesa de mediodía. En realidad, Lucette era presa de las congojas emocionales que sólo el heroico dominio de sí misma de una aristócrata americana le permitía superar con éxito. Hacía mucho tiempo que estaba persuadida de que si obligaba a acostarse con ella, siquiera una sola vez, al hombre al que amaba, con un amor absurdo pero—irrevocable, lograría, ayudada por alguna prodigiosa operación de la naturaleza, transformar un acontecimiento epidérmico y fugaz en un vínculo espiritual eterno. Pero también sabía que si aquel acontecimiento no se producía en la primera noche de su viaje, sus relaciones con Van volverían a caer en el juego extenuante, desesperado, desesperadamente familiar de burla y contraburla, con su punto de erotismo, por supuesto, pero más en carne viva que nunca. Van comprendía su estado de ánimo. Ó, al menos, en su desesperación, creyó, retrospectivamente, que la había comprendido, cuando ya no podía encontrar otro remedio que el extracto de prosa atlántica del doctor Henry en la rebotica de la farmacia del pasado, con la puerta dando golpes y el cepillo de dientes que se cae del vaso.

Mientras contemplaba con mirada sombría sus delgados hombros desnudos, tan dúctiles e inquietos que no hubiera resultado sorprendente verlos plegarse ante ella como estilizadas alas de ángel, Van, en su abatimiento, consideraba que, si se atenía a la regla de honor grabada en lo más profundo de su alma, tendría que sufrir durante cinco días las torturas del cielo, no sólo porque Lucette era adorable y no se parecía a ninguna otra, sino también porque él no había podido nunca pasar más de cuarenta y ocho horas sin gozar de mujer. Y el encadenamiento de circunstancias por el que Lucette formulaba sus más fervientes votos era precisamente lo que Van más temía: una vez que él hubiese gustado su llaga y su apretón, Lucette le retendría cautivo, insaciablemente, durante semanas, tal vez durante meses, tal vez más; pero finalmente llegaría el día inevitable de la dura separación, sin que una nueva esperanza y la vieja desesperación llegasen nunca a crear un verdadero equilibrio. Y algo todavía peor: aunque consciente, y avergonzado, de su deseo por una niña enferma, sentía, en un oscuro recoveco de emociones antiguas, que su deseo era agudizado por la misma vergüenza.

Tomaron el café —un café turco, espeso y azucarado —y Van miró furtivamente su reloj para ver... ¿qué? ¿Cuánto tiempo sería capaz de soportar el suplicio de la renuncia? ¿Cuándo tendrían lugar ciertos acontecimientos, por ejemplo un concurso de baile en la sala? ¿O la edad que ella tenía? (Lucinda Veen sólo tenía cinco horas de edad, si se invierte el «curso del tiempo» humano.)

Estaba tan conmovedora que en el momento en que salían del grill Van no pudo por menos (hasta ese punto la sensualidad es el mejor caldo de cultivo de fatales errores) de acariciar su joven hombro satinado y adaptar por un instante (el más feliz en la vida de Lucette) a su convexidad ideal el hueco de su mano, exactamente adherida. Lucette echó a andar delante de él, tan consciente de la mirada que se posaba en ella como si estuviese ganando un premio de compostura. Para describir su vestido Van no encontraba un adjetivo mejor que «avestrúceo» (admitiendo que existiesen avestruces con bucles de bronce), porque acentuaba el balanceo de su paso y la longitud de sus piernas, enfundadas en medias de nilón. Objetivamente hablando, su chic era más agudo que el de su hermana «vaginal». Mientras se paseaban de cubierta en cubierta y atravesaban rellanos en donde unos marineros rusos se afanaban en tender cordones de terciopelo (y dirigían miradas de

simpatía a la bella pareja que hablaba su lengua incomparable), Lucette le hacía pensar en alguna criatura acrobática, insensible a la escabrosidad del mar. Con caballeroso disgusto, se dio cuenta de que su cara levantada, sus alas negras, su paso desenvuelto, atraían no solamente las miradas azules de la inocencia, sino también los ojos atrevidos de los lúbricos compañeros de viaje. Dijo en voz alta que abofetearía al primer impertinente que se presentase y fue retrocediendo involuntariamente, con ridículos gestos de amenaza, hasta tropezar con una silla de cubierta plegada (recorriendo él también el huso del tiempo en contradirección), lo que provocó una carcajada de Lucette. Ésta se sentía ahora mucho más feliz, al apreciar aquel humor de champaña, aquel talante caballeresco de Van y le apartó del espejismo de sus admiradores para conducirlo de nuevo al ascensor.

Contemplaron sin gran interés los objetos expuestos en una vitrina. Lucette desdeñó un bañador tejido en oro. La presencia de una fusta y un piolet intrigaron a Van. Media docena de ejemplares de Salzman con sus cubiertas satinadas formaban un montón impresionante entre un retrato del autor —bello, pensativo, hoy enteramente olvidado— y un ramillete de siemprevivas en un jarrón Mingo-Bingo.

Van agarró un cordón rojo, y entraron en el salón de tertulia.

—Bueno, ¿a quién se parecía... en laid et en lard —dijo Lucette.

—No sé —mintió Van—. ¿A quién?

—Dejémoslo. Esta noche eres mío. ¡Mío, mío, mío!

Citaba a Kipling. La misma frase que su hermana tenía costumbre de dirigir a Dack. Van buscaba a su alrededor cualquier fruslería en que demorarse a lo Procusto.

—Ten piedad de mí —dijo Lucette—. Estoy cansada de andar de un lado para otro, estoy débil, febril, odio la tempestad. ¡Vamos a acostarnos!

—¡Eh, mira! —exclamó Van, indicando un cartel—. Aquí ponen algo que se titula La última locura de don Juan. Aún sin estrenar y sólo para adultos. ¡Topical Tobakoff!

—Debe ser uno de esos «barbas-itúricos» —dijo Lucy (Colegio Houssaie, 1890). Pero ya Van había apartado la cortina de la entrada.

El documental acababa de empezar: un crucero por Groenlandia, mar picada en technicolor chillón. Era un viaje bastante fuera de lugar, porque el Tobakoff, no tenía prevista escala en Godhavn; por lo demás, la sala de proyección oscilaba a contra-ritmo de las láminas de cobalto y esmeralda que pasaban por la pantalla. No era raro que el lugar se encontrase empuvato, como observó Lucette, la cual añadió que los Robinson le habían salvado la vida cuando le dieron, la víspera, un tubo lleno de Píldoras Quietus.

—¿Quieres una? Una sola píldora no aleja al shah: Juego de palabras. Mastícala, están deliciosas.

—El nombre es simpático; pero no, gracias, mi deliciosa. Además, sólo te quedan cinco.

—No te preocupes, está todo previsto. Quizá tengamos para menos de cinco días.

—Al contrario, serán más días, pero no importa. Nuestras medidas del tiempo no quieren decir nada, y el reloj más exacto es una farsa. Ya leerás todo eso alguna vez. Paciencia.

—Quizá no. Quiero decir, que a lo mejor no tengo bastante paciencia. Quiero decir... la asistenta de Leonardo nunca pudo acabar de leer en sus manos. Puede que me duerma antes de llegar al final de tu próximo libro.

—Eso es una leyenda de clase de Historia del Arte.

—Ese es el último iceberg, lo reconozco por la música, Van, salgamos de aquí. ¿O es que quieres ver a Hool en el papel de Hooan?

En la oscuridad, los labios de Lucette se deslizaron por la mejilla de Van; ella le cogió la mano, le besó los dedos, y él, de pronto, se preguntó: después de todo, ¿por qué no? ¿Esta noche? Esta noche.

Le agradaba ver la impaciencia de Lucette, se dejaba emocionar por aquella impaciencia, el tonto, se permitía, el muy cretino, murmurar a su oído, como para prolongar la llama libre, nueva, amelocotonada, en la anticipación:

—Si eres buena, a medianoche tomaremos una copa en mi camarote.

La película larga ya había empezado. Los tres papeles principales —un Don Juan cadavérico, un Leporello panzudo montado en un burro, y una Doña Ana no demasiado irresistible y manifiestamente cuarentona —estaban representados por actores prestigiosos, cuyas siluetas desfilaban en imágenes casi inmóviles, o, como dicen algunos, «en transparencia», durante la presentación. Contrariamente a las previsiones, la película resultó muy buena.

De camino hacia el castillo perdido donde la austera dama, que él ha dejado viuda con su espada, le ha prometido, al fin, una larga noche de amor en su dormitorio casto y helado, el envejecido libertino vela por su virilidad desdeñando las proposiciones que le hacen sucesivas bellezas robustas. Una gitana predice al tenebroso caballero que no llegará al castillo sin antes haber sucumbido a la seducción de su hermana Dolores, la «bailaora» (plagio de la novela de Osberg, como se probaría a continuación). La gitana predijo también algo a Van, pues incluso antes de que Dolores saliera de la tienda del circo para dar de beber al caballo de Don Juan, Van sabía quién iba a ser.

A las luces mágicas del proyector, en el controlado delirio de su gracia de bailarina, diez años de su vida se habían evaporado y volvía a ser aquella braguillas qui n'en porte pas (según la broma que él gastó un día, para contrariar a Mlle. Larivière, fingiendo una mala traducción del francés): recuerdo de una trivialidad que patinaba sobre su actual emoción con la estupidez disonante de un extranjero ingenuo que pregunta el camino a un mirón al acecho en un dédalo de callejuelas innobles.

Lucette reconoció a Ada tres o cuatro segundos después, y su mano apretó el puño de Van.



—¡Qué desastre! Tenía que ocurrir. ¡Es ella! Vámonos, te lo suplico, vámonos de aquí. No puedes verla degradarse. Está terriblemente maquillada. Todos sus gestos son pueriles y falsos...

—Sólo un minuto...

¿Terrible? ¿Falsa? Estaba absolutamente perfecta, extraña y desesperantemente familiar. Por algún efecto del arte, por algún encantamiento del azar, las escenas breves que le habían confiado constituían una perfecta recapitulación de las Ada de 1884, de 1888, de 1892.

La gitanilla se inclina sobre la mesa viviente que le ofrece la espalda servil de Leporello, y traza en un pedazo de pergamino un mapa sumario del camino al castillo. El cuello revela su blancura bajo la larga cabellera negra entreabierta por el movimiento de los hombros. Ya no es la Dolores de otro hombre, sino la niña que moja su pincel de acuarelista en la sangre de Van... y el castillo de Doña Ana se convierte en una flor de los pantanos.

Don Juan pasa ante tres molinos de viento cuyas alas giran, negras, contra un ominoso crepúsculo, y salva a Dolores de la cólera del molinero el cual la acusa de haberle robado un puñado de harina y desgarrar su ligera ropa. Todavía entero, aunque el aliento empieza a faltarle, Don Juan transporta a Dolores (que, con un acrobático pie descalzo le hace cosquillas en la cara) a la orilla opuesta de un riachuelo y la deja en el césped de un bosquecillo de olivos. Ambos quedan en pie, cara a cara. Ella toquetea voluptuosamente el enojado pomo de la espada, frota su vientre duro contra los pantalones bordados del señor, y, de pronto, un gesto de precoz espasmo crispa el rostro expresivo de éste, que se suelta con aspecto encolerizado y se aleja titubeando, en busca de su corcel.

Sin embargo, Van no comprendió hasta mucho más tarde (cuando vio, cuando tuvo que ver una vez, y otra, y otra, la película entera, hasta su epílogo melancólico y grotesco en el castillo de Doña Ana) que lo que al principio tomó por un abrazo accidental constituía en realidad la venganza del Cornudo de Piedra. Indescriptiblemente impresionado por aquellos escasos minutos de espectáculo, decidió marcharse, incluso antes de terminar la escena del bosquecillo de olivos. Justo en aquel momento, tres señoras de edad avanzada y cara de hielo expresaron su desaprobación por la película levantándose de sus asientos, contiguos al de Lucette (que era lo bastante menuda para permanecer sentada) y pasando a empujones ante Van (que se levantó). Éste observó, al mismo tiempo, a dos personas (los Robinson, largo tiempo perdidos), que hasta entonces habían estado separados de Lucette por las tres señoras y ahora se acercaban a ella. Radiantes, disolviéndose en sonrisas de simpatía y discreción, se embutieron en las butacas vecinas de Lucette, la cual se volvió hacia ellos con lo que fue su última, última, última generosa ofrenda de leal cortesía... más fuerte que el fracaso y que la muerte. Ya estiraban el cuello más allá de Lucette, con las arrugas radiantes y los dedos inquietos en dirección a Van, cuando éste aprovechó su intrusión para murmurar una excusa humorística— —«soy demasiado mal marinero» —y abandonar la sala a su oscuro balanceo.

En la sucesión de actos fatales que después de pasados sesenta años no consigo aún reducir a polvo de inexistencia, a no ser trabajando en una serie de palabras hasta encontrar el ritmo justo, yo, Van, llegué a mi cuarto de baño, cerré la puerta que volvió a abrirse de par en par y se cerró sola de nuevo, y, utilizando un expediente temporal mucho menos excesivo que el del padre Sergio (que en la célebre anécdota del conde Tolstoi corta el miembro que no debía), me liberé vigorosamente de

la presión de la lubricidad, como había hecho por última vez diecisiete años antes. ¡Y qué triste y qué revelador!: la imagen que se proyectaba sobre aquel paroxismo (mientras la puerta recalcitrante se abría otra vez con el movimiento del sordo que se hace pabellón en la oreja con la mano) no era la imagen reciente y legítima de Lucette, sino la imborrable visión de un cuello desnudo que se inclina, de una entreabierta catarata de cabellos negros y de un pincel teñido de violeta.

Por razones de seguridad, repitió el acto vil y necesario.

Entonces consideró la situación con sangre fría. Se dijo que no podía hacer nada mejor que meterse en la cama y apagar la luz «éctrica» (aquel sucedáneo estaba recuperando discretamente el favor internacional). A medida que sus ojos se habituaban a la oscuridad, el fantasma azul de la habitación iba tomando forma poco a poco. Van se felicitaba de su fuerza de voluntad. Dio la bienvenida al dolor sordo en su raíz desecada. Acogió con aprobación la idea —que le pareció de pronto tan absolutamente verdadera, tan nueva, tan lívidamente real como la rendija de la puerta del saloncito, que se ensanchaba lentamente— de que a la mañana siguiente (esa mañana siguiente de la que le separaban al menos, y en el mejor caso, setenta años) explicaría a Lucette, en su condición de filósofo y de ) hermano de otra hermana, que él sabía lo torturante y lo absurdo que era colocar toda su fortuna espiritual a la carta de un capricho de la carne, que ambos se encontraban en situaciones análogas, pero que él, a pesar de todo, se las arreglaba para vivir, para trabajar, para no languidecer, porque se negaba a destrozar la vida de Lucette arrastrándola a una aventura efímera, y porque Ada era todavía una niña. En aquel punto de su discurso interior, Van tuvo la confusa impresión de que una onda de sueño comenzaba a rizar la superficie de su lógica, pero el sonido del teléfono le devolvió a la plena conciencia. Entre dos llamadas, la máquina parlante parecía acurrucarse para tomar nuevas fuerzas. Al principio Van decidió dejarla sonar sola; pero su insistencia acabó por poder con sus nervios y descolgó el receptor.

No hay duda de que al invocar el primer pretexto que se le ocurrió para alejar a Lucette de su lecho, Van tenía moralmente razón. Pero, en tanto que artista y caballero, sabía que el agregado de palabras que salió de su boca era vulgar y cruel, y si Lucette le creyó fue exclusivamente porque no podía admitir que él fuese una cosa ni otra.

—¿Mozhno pridti teper (puedo ir ahora)? —preguntó Lucette.

—Ya ne odin (no estoy solo).

Siguió una pequeña pausa y, luego, ella colgó.

Cuando Van salió de la sala de cine, Lucette había quedado presa en la trampa de los sociables Robinson (Rachel, balanceando su grueso bolso, había pasado a ocupar la plaza dejada libre por Van, y Bob se había aproximado un asiento). Por una especie de pudor, Lucette no les reveló que la joven actriz (muy oscura y fugazmente designada con el nombre de Teresa Zegrís en la lista «ascendente» de actores) que había representado el papel, breve pero no accesorio, de la gitana fatal no era otra que la pálida colegiala que ellos habían conocido en Ladore. Prosélitos de la abstinencia, invitaron a Lucette a ir a tomar una coca a su camarote, que era pequeño, ahogado y mal aislado; se oían las palabras y los lloros de dos niños acostados por una niñera silenciosa y

nauseosa, tan tarde, tan tarde... ¿Dos niños? No, más bien dos recién casados, muy jóvenes, muy decepcionados, en su viaje de novios.

—Nos damos cuenta —dijo Robert Robinson aproximándose a su nevera portátil, para volver a servirse—, nos damos perfecta cuenta de que el doctor Veen está enteramente absorbido por sus interesantes trabajos —yo a veces lamento haberme retirado—. Pero, ¿cree usted, Lucy (¡a su salud!), que aceptaría cenar mañana con nosotros, y con usted, y quizá con Otra Pareja, que seguramente le encantará conocer? ¿Deberá mandarle una invitación en regla la señora Robinson? ¿Y la firmaría usted también?

—No sé, estoy muy cansada —dijo Lucette—. Y este rock and roll empeora. Creo que voy a subir a mi conejera para tomar una de sus Quietus. De todos modos, cenemos todos juntos mañana. Realmente, necesitaba una bebida fresca. Estaba deliciosa...

Cuando dejó el receptor nacarado Lucette se cambió de ropa. Se puso un pantalón negro y una camisa limón (que tenía previsto ponerse a la mañana siguiente), buscó en vano una hoja de papel de cartas sin membrete ni ornamento, arrancó una hoja en blanco del Diario de Herb, y trató de encontrar algo divertido, chispeante y anodino para redactar un parte de suicidio. Pero había pensado en todo salvo en aquella nota, de modo que partió en dos pedazos su vida en blanco y los tiró al W.C. Se sirvió otro vaso de agua de una botella sujeta por una cadenita, se tragó una tras otra cuatro píldoras verdes, y, chupando la quinta, se dirigió al ascensor, que, en un abrir y cerrar de ojos, la transportó de su suite triple a la alfombra roja del bar de la cubierta de paseo. Dos jóvenes del género babosa estaban deslizándose de los rojos hongos de sus taburetes, y cuando se dirigían a la salida el mayor dijo al más joven:

—Tú puedes burlarte de tu lord, pequeño, pero yo... ¡oh, no! Lucette bebió un «poney cosaco» de vodka Klass, bebida detestable, pero eficaz, tomó otro, y fue apenas capaz de tragarse un tercero, porque un vértigo loco la invadió. ¡Nada como loco y escapa de los tiburones, Tobakovich!

No llevaba el bolso consigo, y estuvo a punto de caerse del asiento ridículamente convexo al meter la mano en el bolsillo en busca de un billete perdido.

—*Beddy dee* —dijo Toby, el barman, con una sonrisa paternal que ella tomó por una insinuación picaresca—. Es hora de dormir, señorita —añadió, dándole unos golpecitos en la mano. Lucette retrocedió, indignada, y se esforzó en contestar con altivez, y con voz clara:

—Mi primo Mr. Veen le pagará a usted mañana y le partirá los dientes de paso.

Seis, siete, no, aún más, una decena de escalones para llegar arriba. Diez escalones. Hay que ayudarse con los brazos. *Dimanche. Déjeuner sur l'herbe. Tout le monde pue. Ma belle-mère avale son râtelier. Sa petite chienne?* después de mucho correr, da un par de arcadas y vomita tranquilamente un *pudding* rosa en la nappe del pic-nic. Después *quoi* se aleja, balanceándose como un ánade al andar. Estos escalones son algo serio. Para izarse hasta el puente Lucette hubo de colgarse de la barandilla. Subía en zigzag, como una lisiada. Al alcanzar su meta sintió el impacto sólido de la noche negra y la movilidad de la morada fortuita que estaba a punto de abandonar.

Aunque nunca hasta entonces se hubiera Lucette sumergido en la muerte —no, en el «mar», Violeta— desde una altura parecida y en medio de un tal desorden de sombras y reflejos serpentiformes, entró casi sin ninguna salpicadura en la ola que se encorvó para darle la bienvenida. Aquel final perfecto fue echado a perder por el gesto instintivo que le llevó inmediatamente de nuevo a la superficie, cuando ella, durante su última noche en tierra, había decidido abandonarse a la ola en la lasitud del narcótico, en caso de tener que llegar a tal extremo. La muy simple no se había ejercitado en la técnica del suicidio como lo hace a diario, por ejemplo, el paracaidista en caída libre en el elemento de un futuro capítulo. El tumulto de las aguas y la indecisión de Lucette que no sabía a dónde volver sus miradas en medio de las tinieblas, la espuma pulverizada y la opacidad de los tentáculos de sus propios cabellos, hicieron que no pudiese distinguir las luces del paquebote, que hemos de imaginar como una masa de tinieblas con mil ojos, alejándose poderosamente en un triunfo despiadado. Y, miren por dónde, he perdido la nota siguiente. Ya la he encontrado.

El cielo no era menos despiadado y negro, y el cuerpo de Lucette, su cabeza, y, sobre todo, aquel maldito pantalón, seguían atascados en el Océano Nox, ene, o, equis. Cada sorbo de sal amarga y helada le hacían repetir un sabor de anís nauseabundo, y su cuello y sus brazos estaban cada vez más humedecidos (no: entumecidos). Cuando empezaba a perder la estela de sí misma, pensó que convenía revelar a una serie de huidizas Lucettes (encargándoles que se pasasen la información de boca en boca, como en el espejismo de un palacio de cristal) que la muerte no era otra cosa que una reunión más completa de los infinitos fragmentos de la soledad.

No vio pasar ante ella, como en un relámpago, toda su existencia, según todos habíamos temido. El caucho rojo de una querida muñeca se quedó tranquilamente descompuesto entre los nomeolvides de un arroyo inanalizable. No obstante, mientras nadaba en redondo, como un Tobacoff amateur, en un círculo de pánico fugitivo y de insensibilidad misericordiosa, distinguió algunas imágenes singulares. Vio un par de zapatillas de piel de marta que Brigitte se había olvidado de poner en la maleta; vio a Van enjugarse los labios antes de contestar, dejar la servilleta sin decir nada, y levantarse de la mesa al mismo tiempo que ella; vio a una chica de largo pelo negro inclinándose ágilmente, al pasar, para acariciar a un dackel coronado de flores medio desechas.

El capitán hizo botar una motora potentemente iluminada. Van, el profesor de natación, y Toby, encapuchado con un chubasquero amarillo, estuvieron en la patrulla de rescate. Pero un gran trozo de mar había huido, y Lucette estaba demasiado fatigada para esperar. Luego la noche se llenó del traqueteo de un viejo y robusto helicóptero, pero su diligente haz de luz no encontró más que la negra cabeza de Van, el cual, precipitado al mar por un viraje de la canoa, gritaba interminablemente el nombre de la ahogada sobre las aguas negras surcadas de espuma laberíntica.

## VI

Padre:

En este sobre encontrarás una carta cuyo objeto se explica por sí solo, y que tendrás la bondad de leer y transmitir a la señora Vinelander, cuya dirección ignoro, si no tienes inconveniente. Para tu propia edificación, te diré —aunque la cosa no tenga mayor importancia en el punto al que hemos llegado— que Lucette no ha sido nunca mi amante, contrariamente a lo que un repugnante imbécil cuyas huellas he perdido ha dado a entender en su informe sobre la tragedia.

Me han dicho que el mes próximo vuelves al Este. Di a tu actual secretaria que me llame a Kingston, si deseas verme.

Ada:

Deseo corregir y completar el relato de su muerte publicado aquí antes de mi regreso. No viajábamos «juntos». Embarcamos en dos puertos diferentes y yo ignoraba que ella estuviese a bordo. Nuestras relaciones siguieron siendo las mismas que habían sido siempre. Pasé con ella todo el día siguiente (4 de junio), salvo las dos horas de antes de la cena. Estuvimos tumbados al sol. Ella disfrutó de la brisa vivificante y del agua salada y clara de la piscina. Hacía todo lo posible por parecer despreocupada, pero pronto me di cuenta de que las cosas iban muy mal. La relación romántica a la que se abandonaba, el apasionamiento que cultivaba, no podían ser cortados por la lógica. Y, para colmo, una persona con la que le era imposible competir, entró inopinadamente en escena. Los Robinson, Robert y Rachel, los cuales sé que tenían la intención de enviarte una carta por intermedio de mi padre, fueron los penúltimos en hablar con Lucette aquella noche. El último fue un barman, a quien le extrañó lo anormal de su conducta: la siguió hasta el puente y la vio saltar, sin poder impedirlo.

Después de una pérdida semejante me parece inevitable que se quiera recoger el más mínimo detalle, cada uno de los cabos sueltos, cada jirón deshilachado del pasado inmediato. Yo había asistido con ella a la mayor parte de la proyección de una película titulada *Castillos de España* (o algo así), y el galán libertino estaba siendo conducido al último de ellos cuando me decidí a dejarla en manos de los Robinson, con los que nos habíamos encontrado en la sala. Me metí en la cama. Vinieron a llamarme hacia la una de la madrugada, hora marítima, pocos segundos después de que se precipitara por la borda. Los esfuerzos por encontrarla se prosiguieron de un modo razonablemente extenso, pero por fin, tras una hora de confusión y esperanza, el capitán hubo de tomar la horrible decisión de continuar la travesía. Si se hubiese dejado sobornar, seguiríamos dando vueltas al sitio fatal.

Como psicólogo, sé el poco sentido que tiene especular sobre si Ofelia no habría acabado por ahogarse, de todas maneras, sin la ayuda de una rama traidora, aunque se hubiese casado con su Voltemand. Considerando la cuestión impersonalmente, creo que, si V. la hubiese amado, ella habría muerto en su cama, con el pelo blanco y el alma serena. Pero, puesto que no amaba verdaderamente a la desdichada virgen, y puesto que ningún acopio de ternura carnal puede llegar a pasar por amor verdadero, y, sobre todo, puesto que aquella fatal muchacha andaluza que acababa de volver a entrar en escena era inolvidable, no tengo más remedio, querida Ada, querido Andrei, que llegar a esta conclusión: no había cosa alguna imaginable que hubiera podido impedir que ella *pokonchila*

*soboy* (pusiese fin a su vida). Puede que en otros mundos más edificantes y moralmente más profundos que esta burbuja de fango existan restricciones, principios, consolaciones —incluso un cierto orgullo— que lleven a hacer feliz a una mujer a la que no se ama verdaderamente; pero, en este planeta, las Lucette están perdidas de antemano.

He tenido que destruir algunas pobres cositas que le pertenecían: una pitillera, un vestido de noche de tul, un libro francés abierto por la descripción de un pic-nic; porque no podía soportar su vista. Quedo vuestro seguro servidor.

Hijo mío:

He seguido al pie de la letra las instrucciones de tu carta. Tu estilo epistolar es tan retorcido que hubiera sospechado la presencia de un código cifrado de no saber que perteneces a la escuela de los decadentes, en compañía de ese viejo pícaro, Leo, y del tísico Antón. Me importa un bledo que te hayas acostado o no con Lucette, pero sé por Dorothy Vinelander que la pobre niña había estado enamorada de ti. La película de la que hablas no puede ser otra que La última locura de Don Juan, en la que Ada, efectivamente, hace (a la perfección) el papel de una muchacha española. La mala suerte persigue la carrera artística de la pobre niña. Howard Hool se quejó, después del estreno, de que le habían hecho representar un híbrido imposible de dos «Don»; que Yuzlik, el director, había concebido inicialmente su «fantasía» como una adaptación de la novela de Cervantes; que ciertos restos del guión original se quedaron pegados al nuevo tema como copos de lana sucia, y que, si se seguía atentamente la banda sonora, se podía oír en la escena de la taberna a un compañero de jarana llamar a Hool en dos ocasiones «Quicks». Hool pudo comprar y destruir cierto número de copias, y otras han sido confiscadas por los abogados de Osberg, el cual pretende que la escena de la gitanilla está plagiada de una de sus propias tramas. En consecuencia, es imposible comprar una bobina de esa película, que se desvanecerá como el humo del proverbio en cuanto haya acabado el circuito de cines de provincias. Ven a cenar conmigo el 10 de julio. Traje de etiqueta.

Querido amigo:

A mi marido y a mí nos ha impresionado profundamente la espantosa noticia, fue a mí —y no lo olvidaré nunca! —a quien la pobre chica se dirigió, casi en vísperas de su muerte, para arreglar las cosas en el Tobakoff, que siempre está lleno, y que ya no volveré a tomar, un poco por superstición y un mucho por simpatía hacia la dulce y tierna Lucette. Yo estaba tan contenta por haber puesto de mi parte todo lo posible, porque alguien me había dicho que tú también estarías a bordo. Por otra parte, también ella me lo dijo: parecía muy feliz de pasar unos días sobre cubierta con su querido primo. La psicología del suicidio es un misterio que ningún sabio puede explicar.

Nunca he derramado tantas lágrimas, la pluma se me cae de los dedos. Volveremos a Malbrook a mediados de agosto. Siempre tuya,

Córdula de Prey-Tobak.

Van:

Andrei y yo hemos quedado profundamente conmovidos por los detalles complementarios que nos proporciona tu cara (¡es decir, insuficientemente franqueada!) carta. Ya habíamos recibido, por mediación de mister Grombchevski, una nota de los Robinson, que no se perdonan, pobre gente, haberle dado ese medicamento contra el mareo, una dosis excesiva del cual, junto con los efectos del alcohol, debió disminuir su capacidad de supervivencia... si cambió de idea una vez en el agua, negra y fría. No puedes saber, querido Van, hasta qué punto me siento desgraciada, tanto más, ¡ay!, cuanto que bajo los árboles de Ardis no habíamos aprendido que pudiera existir tanta desdicha.

Mi único amor:

Esta carta no será nunca confiada al correo. "Dentro de una caja de acero será enterrada bajo un ciprés en el jardín de nuestra Villa Armina, y si, por azar, dentro de quinientos años sale a la luz, nadie sabrá quién la ha escrito, ni para quién. Por otra parte, no habría sido escrita en absoluto si tu última línea, tu grito de desdicha, no fuese mi grito de triunfo. La carga de esta fiebre tiene que ser... [el final de la frase había sido borrado por una mancha de humedad cuando la caja fue exhumada en 1928. La carta continúa así]:...de vuelta a los Estados Unidos, me lancé a una búsqueda singular. En Manhattan, en Kingston, en Ladore, en docenas de ciudades, perseguía incansablemente, de cine en cine, el film que no había [aquí la tinta está completamente borrosa] en el barco, y cada vez descubría en tu representación una nueva muestra de glorioso martirio, una nueva convulsión de belleza. Ése [ilegible] es una perentoria refutación de las infames instantáneas del infame Kim. Artística y ardisíacamente hablando, el mejor momento es una de las últimas imágenes: aquélla en que sigues descalza a Don Juan, que atraviesa una larga galería de mármol y marcha hacia su destino, el cadalso del lecho de cortinas negras de Doña Ana, en torno al cual revoloteas, mi mariposa zegrí, enderezas una vela que se tuerce cómicamente y cuchicheas al oído de la dama, que frunce el ceño ante consejos tan encantadores como inútiles; y en la escena siguiente aventuras una mirada por encima de la mampara morisca y, de pronto, estallas en una risa tan natural, tan desarmante, tan deliciosa, que uno se pregunta si existe alguna forma de arte que pueda prescindir de esa explosión erótica de alegría juvenil. ¡Y pensar, mi Aurora de España, que tu cabriola mágica no dura en total más que once minutos reloj en mano! ¡Cuatro o cinco escenas de dos a tres minutos cada una!

¡Ay!, llegó una noche en que, en un barrio lúgubre repleto de talleres y de tabernuchas llenas de humo, por la que iba a ser definitivamente la última vez, y nada más que a medias (ya que, al llegar a la escena de la seducción, la película empezó a parpadear antes de interrumpirse), pude ver... [todo el final de la carta está deteriorado].

Saludó el comienzo de este siglo próspero y sereno (más de la mitad del cual ya hemos vivido Ada y yo) poniéndose a trabajar en su segundo cuento filosófico, una «denuncia del espacio» (que nunca acabaría, pero que, en visión retrospectiva, constituye un prefacio a su *Textura del Tiempo*). Un fragmento de este tratado, de un estilo más bien amanerado, pero desafiante y sólido, apareció en el primer número (enero de 1904) de una revista mensual americana, hoy famosa, El artesano Puede leerse un comentario del mismo en una de las cartas trágicamente correctas (todas han sido destruidas, excepto ésta) que su hermana le enviaba por correo alguna que otra vez. Aquel tipo de correspondencia no clandestina se había iniciado con el acuerdo tácito de Demon, después del intercambio epistolar que siguió a la muerte de Lucette.

*Y, triste, por encima del Cáucaso,*

*el Demonio vuela lentamente.*

*Bajo él, el glaciar Bek brilla*

*como la faceta de un diamante.*

Parecería, en efecto, que de continuar ignorándose mutuamente Van y Ada, habrían podido suscitar más sospechas que la carta siguiente:

Rancho de Agavia

5 de febrero de 1905

Acabo de leer Reflexiones en Sidra, de Ivan Veen, y lo considero un gran libro, querido profesor. Las «flechas perdidas del destino» y otros muchos rasgos poéticos me han recordado las dos o tres veces en que viniste a nuestra casa de campo para tomar el té y probar nuestros muffins hace una veintena de años. Yo era entonces, como recordarás (frase presuntuosa), una niña modelo que practicaba el tiro de arco cerca de un jarrón y de una balaustrada; tú eras un escolar tímido (del que podría ser que yo estuviese un poquitín enamorada, o eso decía mi madre) y recogías sumisamente las flechas que yo había perdido en los bosquecillos perdidos del castillo perdido en que transcurrió la infancia de la pobre Lucette y de la muy feliz Adette, y que hoy es un Hogar de Negros Ciegos. Mi madre y Lucette habrían aprobado seguramente la opinión de Dasha, que deseaba que Ardis fuese piadosamente ofrecido a su secta. Dasha, mi cuñada (tienes que verla pronto, sí, sí, es mucho más soñadora, y encantadora, e inteligente que yo), que es la que me ha dado a conocer tu libro, me pide que te diga que espera «renovar» el trato contigo —quizás en Bellevue, en Mont-Roux (Suiza)—, en octubre. Creo que en cierta ocasión conociste a Miss «Kim» Chantas; pues bien, exactamente ése es el tipo de nuestra querida Dasha. Es una artista en la percepción y persecución de la originalidad; se



consagra a toda clase de estudios, de los que yo ignoro hasta el nombre. Ya acabó con Chose, donde enseñaba Historia (sale histoire, como solía decir Lucette, ¡qué gracioso y qué triste!). Para ella, tú eres el beau ténébreux, porque un día, llegado en alas de libélula, poco antes de mi matrimonio, asistió (quiero decir, simplemente, un hermoso día, me pierdo en mi estilo, mi peristilo) a una de tus conferencias sobre los sueños, y, al terminar ésta, se acercó a hablarte de su última pequeña pesadilla cuidadosamente mecanografiada en cuartillas ordenadas y cosidas, y tú la miraste sombríamente y te negaste a recoger el informe. En resumen, se ha dirigido al tío Dementiy para que éste exhorte al beau ténébreux a ir al Mont-Roux, Hotel Bellevue, en octubre, hacia el día 17, según creo, pero él se ha limitado a reír, y a decir que es a Dashenka y a mí a quien corresponde arreglar las cosas.

Así pues, otra vez «felicitas», querido Ivan. Las dos pensamos que eres un artista maravilloso, 'inevitable, que también debería «limitarse a reír» cuando críticos cretinos (y particularmente los críticos ingleses de clase baja-alta-media) motejan tu estilo de «preciosista», como el granjero americano que encuentra «peculiar» a su párroco porque entiende el griego.

P.S.:

Dushevno klanyayus («me inclino anímicamente»: construcción vulgar e incorrecta que supone la penosa imagen de un alma haciendo reverencias) nashemu zaochno dorogomu professoru (ante nuestro querido aunque invisible profesor) o kotorom mnogo slishal (del que tanto he oído hablar) ot dobrogo Dementiya Dedalovicha sestritsi (al excelente Demnon y a mi hermana).

*S uvazheniem* (con respeto).

Andrei Vinelander

El espacio amueblado (*Furnished Space*), que sólo conocemos en la medida en que está amueblado y lleno, aun cuando su contenido sea la «ausencia de substancia» —noción que ofrece igualmente un asidero a la mente—, es de naturaleza principalmente acuática, al menos en nuestro planeta. Es en esa forma como acabó con Lucette. En otra forma, más o menos atmosférica, pero no menos gravitacional y repugnante, acabó con Demon.

Una mañana de marzo de 1905, en la terraza de Villa Armina, sentado como un sultán en una alfombra, entre cuatro o cinco desnudas perezosas, Van abrió indolentemente la edición de Niza de un diario americano. En lo que era la cuarta o quinta catástrofe aérea del nuevo siglo, una gigantesca máquina voladora se había desintegrado inexplicablemente a quince mil pies sobre el océano Pacífico, entre las Islas Lisianski y Laisanov, en la región de Gavaille. La lista de «personalidades» desaparecidas comprendía al jefe de publicidad de unos grandes almacenes, el capataz interino de la división de láminas de acero de una empresa de reproducciones facsímiles, el administrador de una firma de discos, el socio principal de un bufete de abogados, un arquitecto de gran experiencia anterior en materias aeronáuticas (en este caso hubo una primera chapuza

imposible de arreglar), el vicepresidente de una compañía de seguros, otro vicepresidente, esta vez de un consejo regulador, aunque quizás...

—Yo hambrienta —dijo una *maciza* belleza libanesa, de quince cálidos veranos de edad.

—Llama —contestó Van, continuando en un estado de curiosa fascinación la lectura de aquel catálogo de vidas etiquetadas: el presidente de una sociedad de venta al por mayor de vinos y licores, el director de una compañía especializada en la instalación de turbinas, un fabricante de lápices, dos profesores de filosofía, dos «informadores» (que ya no tenían nada de que informar), el interventor adjunto de un banco de comercio al por mayor de vinos y licores (error de linotipia, palabras desplazadas), el interventor adjunto de una compañía de gestión, un presidente, el secretario de una agencia de Prensa...

Los nombres de aquellos importantes personajes y los de otras ocho decenas mal contadas de hombres, mujeres y niños silenciosos, muertos en el aire azul, no debían ser revelados al público antes de que todos sus parientes hubieran podido ser avisados; pero la relación pormenorizada de aquellas simples abstracciones resultaba demasiado impresionante para que un anticipo suficiente de la misma no se ofreciese sin demora al lector, a modo de aperitivo, y ya a la mañana siguiente Van supo que el presidente de un banco, perdido en la mutilación final del texto, era su padre.

«Las flechas perdidas del destino de cada persona quedan dispersas a su alrededor», etc. (*Reflexiones en Sidra.*)

Van había visto por última vez a su padre un día de primavera de 1904, en su casa. Otras personas estaban presentes: el viejo Eliot, el agente de la propiedad inmobiliaria, dos abogados (Grombchevski y Gromwell), el doctor Aix, experto en objetos de arte, Rosalind Knight, la nueva secretaria de Demon, y el solemne Kithar Sween, banquero que se había convertido en autor «de vanguardia» a los sesenta y cinco años; a lo largo de un único y milagroso año, había producido *The Waistline*, sátira en verso libre sobre las costumbres culinarias anglo-norteamericanas, y *Cardinal Grishkin*, interminable relato de una sutilidad deliberada, escrito en loor de la Iglesia de Roma. El poema no era mucho más que el parpadeo de un buho; en cuanto a la novela, había sido ya calificada de «seminal» por críticos jóvenes y famosos (Norman Girsh, Louis Deer, y muchos más), todos los cuales la alababan en tono reverente... pero tan agudo que el oído de una persona corriente no era capaz de captar gran cosa de toda aquella volubilidad de tiple; todo parecía, sin embargo, muy apasionante, y tras una enorme batahola de ensayos *in memoriam* aparecidos en 1910 («Kithar Sween: el hombre y el escritor», «Sween, aristócrata y poeta», «Kithar Kirman Lavehr Sween: ensayo de biografía»), sátira y novela cayeron en un olvido tan completo como la supervisión efectuada por nuestro capataz interino sobre la regulación de la experiencia anterior, o el edicto de Demon.

La conversación de sobremesa trató principalmente de negocios. Demon había adquirido recientemente una islita en el Pacífico, idealmente redonda, con una casa rosa sobre el promontorio verde, y una playa arenosa que, a vista de pájaro, parecía un volante festoneado, y quería vender el pequeño y precioso *palazzo* de East Manhattan, que Van no quería. El señor Sween, codicioso

profesional cuyos gruesos dedos se adornaban con refulgentes sortijas, dijo que él podría comprarlo si Demon incluía en el trato algunos cuadros. La propuesta no tuvo éxito.

Van prosiguió sus investigaciones personales hasta el día en que fue nombrado para la cátedra de filosofía «Rattner», en la Universidad de Kingston (¡sólo tenía treinta y cinco años!). El Consejo no se decidió a aquella elección sino ante la fuerza de las circunstancias, dramáticas circunstancias, pues los otros dos candidatos, sabios de sólida reputación, de mucha más edad y cualificaciones, y apreciados hasta en Tartaria (comarca que habían visitado a menudo, amistosos y complacientes) habían desaparecido misteriosamente (muertos, tal vez, bajo nombres falsos, en el accidente nunca explicado que ocurrió sobre el sonriente océano) «a la undécima hora»: en efecto, estaba previsto que la cátedra perdería su dotación si permanecía vacante más tiempo del autorizado por los reglamentos de Kingston, para dar así su oportunidad a otra, hasta entonces menos codiciada, aunque no menos estimable. Van no tenía ninguna necesidad de aquel honor, y no lo estimó gran cosa, pero lo aceptó con un espíritu de buen chico perverso, o de perversa gratitud, o simplemente en recuerdo de su padre, que había andado algo metido en el asunto. No se tomó el cargo demasiado en serio, y redujo al más estricto mínimo (una docena por año) el número de sus conferencias, que pronunciaba en un tono de zumbido nasal, debido principalmente a un nuevo modelo de «registrador de voz», difícil de encontrar en el mercado, que llevaba disimulado en el bolsillo del chaleco, al lado de una caja de píldoras antisépticas Venus, mientras movía los labios en silencio y pensaba en la página inacabada que le aguardaba bajo la lámpara aún encendida de su mesa de despacho, entre las hojas esparcidas de su manuscrito.

Pasó en Kingston una veintena de tristes años —entreverados con viajes al extranjero—, como un personaje oscuro, en torno al cual no se creó leyenda alguna, ni en la universidad ni en la población. Poco amado por sus austeros colegas, desconocido en los cafés del lugar, nada añorado por sus estudiantes varones, se retiró en 1922, y vivió desde entonces en Europa.

## VIII

*Llegamos mont roux bellevue domingo*

*hora cena adoración pena arco iris.*

Este audaz telegrama fue entregado a Van, junto con el desayuno, en el Manhattan Palace de Ginebra, el sábado 10 de octubre de 1905. El mismo día partió para Mont-Roux, al otro extremo del lago, y se instaló, según su costumbre, en el Hotel des Trois Cygnes. El conserje, un hombrecillo frágil, pero de una antigüedad casi mitológica, había muerto cuatro años antes, durante la última estancia de Van. En lugar de la cara acartonada de Julien y su sonrisa discreta de complicidad misteriosa, que el viajero veía encenderse como una lámpara tras una pantalla de pergamino, el

viejo y grueso Van encontró, dándole la bienvenida, el rostro rosado y redondo de un botones recién ascendido, que ahora llevaba librea.

—Lucien —dijo el doctor Veen, mirando por encima de sus gafas—, como su predecesor sabía muy bien, yo puedo recibir toda clase de visitantes extraños, magos, damas enmascaradas, locos, *que sais-je?*, y espero milagros de discreción de nuestros tres cisnes mudos. Aquí tiene una propina preliminar.

—*Merci infiniment* —dijo el conserje, y, como de costumbre, Van se sintió infinitamente conmovido por la cortés hipérbole, que, a decir verdad, no favorecía nada la extinción del pensamiento filosófico.

Reservó dos habitaciones espaciosas, la 509 y la 510, un salón Viejo Mundo de muebles en verde dorado y un encantador dormitorio con el anexo de un cuarto de baño cuadrado, que era evidentemente una habitación transformada (hacia 1875, fecha en la cual el hotel había sido renovado y ambiciosamente mejorado). Van leyó con anticipada emoción estas palabras escritas en un letrero octogonal delicadamente colgado de su cordoncillo rojo: Do not disturb —*Prière de ne pas déranger*. Cuelgue este aviso del picaporte exterior de la puerta. Informe a la telefonista. (También en francés e inglés. Más escueto en inglés, en una versión impersonal que no sugiere la dulce voz de la chica del teléfono: «Telephone».)

Van encargó a la florista de la planta baja un mar de orquídeas, y al camarero del piso un bocadillo de jamón. Sobrevivió a una larga noche (en la que los grajos de los Alpes importunaban a un alba sin nubes) en una cama que apenas medía los dos tercios del fabuloso lecho del apartamento inolvidable que habían ocupado doce años antes. Tomó el desayuno en su terraza, sin hacer el menor caso de una gaviota llegada en vuelo de reconocimiento. Comió tarde, y se concedió una siesta opulenta. Se dio un segundo baño para ahogar el tiempo, y tardó un par de horas en llegar a paso de paseo, y deteniéndose un banco sí y otro no, al nuevo Bellevue Palace, situado exactamente a ochocientos metros al sureste.

Una barca roja echaba a perder el espejo azul (¡en tiempos de Casanova habría habido centenares de ellas!); los cisnes estaban allí, para el invierno, pero las fúlicas no habían regresado todavía.

Ardis, Manhattan, Mont-Roux, nuestra pequeña pelirroja ha muerto. El maravilloso retrato de Padre por Vrubel, esos diamantes dementes que me miran con fijeza, que están pintados dentro de mí.

Con el ornato que le prestaba la cálida incandescencia de los castaños ensortijados, el Monte Rousset, cuyas pendientes boscosas se alzan por detrás de la ciudad, se mostraba digno de su nombre y de su reputación otoñal, y, en la orilla opuesta del Lemán (Lemán quiere decir El Amante) se dibujaba a lo lejos la cima del Sexo Negro, el Peñón Negro.

Van tenía demasiado calor, y se sentía incómodo en su camisa de seda y su traje de franela gris, uno de los más viejos de su guardarropa, que había elegido porque le hacía más esbelto... pero habría sido mejor no ponerse aquel chaleco que le estaba demasiado justo. Se sentía nervioso como un chiquillo ante su primera cita. Se preguntó qué debía parecerle más deseable: que la presencia de

Ada quedase desde el primer instante diluida entre la de los demás, o que se las arreglara para estar a solas con él, al menos durante los primeros minutos. ¿Era verdad, como se lo aseguraban las putas bien educadas, que las gafas y el bigotito negro le hacían parecer más joven?

Cuando por fin llegó ante la fachada blanca con toldos azules del Bellevue (que, aun siendo el lugar favorito de los ricos estotilandeses, rheinlandeses y vinelandeses, no alcanzaba la superclase del viejo, inmenso y simpático «Trois Cygnes», con su pátina leonada y sus dorados), Van descubrió con consternación que su reloj estaba todavía lejos de marcar las siete, la más temprana hora de la cena en los establecimientos del país. Volvió a cruzar la avenida y tomó un doble kirsch con un terrón de azúcar en un café. En la repisa de la ventana de los lavabos yacía el cadáver disecado de una mariposa-colibrí. Felizmente, los símbolos no existen ni en los sueños ni en los intervalos de la vida de vigilia.

Van empujó la puerta giratoria del Bellevue, tropezó con una maleta de colores chillones, e hizo su entré a un ridículo paso de carrera. El portero reprendió con dureza al desgraciado mozo del delantal verde que había dejado el objeto en aquel lugar. Sí, esperaban al señor en el salón principal. Un turista alemán corrió detrás de Van para rogarle, con exuberancia y no sin humor, que dispensase a la maleta culpable, cuyo propietario resultó ser.

—Si es así —observó Van —no debería usted permitir que los balnearios peguen sus adhesivos de propaganda en sus propios apéndices íntimos.

La réplica era absurda, y todo el episodio exhalaba una leve aura paramnésica... Un instante después Van recibía en la espalda un mortal balazo de pistola (son cosas que pasan, algunos turistas están completamente desequilibrados), y entraba en una nueva fase de su existencia.

Se detuvo en el umbral del gran salón, pero apenas había comenzado a escrutar el diseminado contenido humano de éste, cuando se produjo una súbita agitación en cierto grupo alejado. Ada, sin consideraciones a la etiqueta, se precipitaba hacia él. Su impulso solitario y apresurado agotó en sentido contrario todos sus años de separación, mientras dejaba de ser la extranjera de brillo de jade y alto peinado a la moda para volver a ser la jovencita de brazos pálidos y vestida de negro que nunca había dejado de pertenecerle. En aquel particular recodo del tiempo, ellos eran los únicos personajes notoriamente activos y puestos en pie en la inmensa sala, y muchas miradas les siguieron cuando se reunieron a medio camino, como en el centro de un escenario. Pero lo que habría debido ser, en el punto culminante de aquella aproximación majestuosa, del éxtasis que aparecía en los ojos de Ada y en el fulgor de sus joyas, una gran explosión de amor, estuvo envuelto en realidad, por un incongruente silencio. Sin inclinarse, Van se llevó a los labios y besó la mano de cisne de Ada, y luego quedaron el uno ante el otro, mirándose a los ojos, él jugando con unas monedas en el bolsillo del pantalón, bajo la chaqueta «corcovada», ella manoseando su collar, como si cada uno reflejase, por así decirlo, la luz incierta a la que catastróficamente había quedado reducido todo el esplendor de su mutua acogida. Ella era más Ada que nunca, pero un resplandor de elegancia nueva se había añadido a su encanto salvaje. Sus cabellos, aún más negros, estaban peinados hacia atrás, y realzados, por encima de la nuca, en un moño brillante. Y la línea Lucette de su cuello desnudo, fino y recto, impresionó a Van como una sorpresa desgarradora. Trató de construir una frase sucinta (para advertirla de la estratagema que les permitiría concertar una cita),

pero aun no había acabado de aclararse la garganta cuando ella le interrumpió con una orden masculina: Sbrit'usi! (¡Fuera ese bigote!) y, dando la vuelta sobre sus talones, le condujo al fondo del salón, a aquel rincón remoto desde el que tantos años había tardado en salir a su encuentro.

La primera persona a quien le presentó, una vez llegados a la isla de butacas y autómatas de figura humana reunidos en torno a una mesa baja, en cuyo centro había un cenicero de bronce, fue la cuñada prometida, una dama bajita y regordeta, vestida en un tono gris institutriz. Era de cara ovalada, cabellos castaños cortos, tez amarillenta, ojos de color azul de humo y nada risueños, y tenía una pequeña verruga bastante parecida a un grano de maíz maduro sobre la aleta de la nariz, como un ornamento añadido en una última ocurrencia por la naturaleza a la curva hipercrítica de la fosa nasal (algo no infrecuente en las caras rusas fabricadas en serie).

La mano que se tendió a continuación pertenecía a un señor alto y hermoso, particularmente sólido y cordial, que no podía ser otro que el Príncipe Gremin del increíble libreto. Su enérgico y franco apretón de manos hizo sentir a Van un deseo irresistible de lavar con líquido desinfectante todo contacto con cualquiera de las partes públicas del marido. Pero cuando Ada, otra vez radiante, hizo las presentaciones agitando una invisible varita mágica, el personaje al que Van acababa tontamente de tomar por Andrei Vinelander quedó metamorfoseado en Yuzlik, el talentado director de aquel Don Juan en el que se había encarnizado el destino hostil. «Vasco de Gama, supongo», marmuró Yuzlik. A su lado, ignorados por él, desconocidos por Ada, y hoy muertos, hace mucho tiempo, de enfermedades anónimas, se encontraban, en actitudes serviles, los dos agentes de Lemorio, el brillante actor (un patán barbudo de genio excepcional —también olvidado hoy —a quien Yuzlik deseaba apasionadamente para su próxima película). Ya dos veces, en Roma y en San Remo, Lemorio había faltado a su compromiso, enviándole sucesivamente, para establecer «contactos preliminares», a aquellos dos personajes de aspecto miserable e incompetente, virtualmente locos, a los que Yuzlik no tenía ya nada que decir una vez agotados todos los temas de conversación (las habladurías del momento, la vida amorosa de Lemorio, el hooliganismo de Hoole, así como los hobbies de los tres hijos de Yuzlik y del hijo adoptivo de los agentes, un lindo muchachito eurasiático que había resultado muerto recientemente en una pelea de night-club... lo cual acababa pronto con ese tema de conversación). Ada había recibido con alegría la presencia real e inesperada de Yuzlik en el vestíbulo del Bellevue, no sólo porque dicha presencia contrapesaba la falsedad y la incomodidad de su primera noche, sino además porque ella esperaba conseguir un papel en *What Daisy Knew*; por lo demás, y aparte de que la turbación de su espíritu no le dejaba permitirse el lujo de cuidar de sus encantos profesionales, pronto comprendió que, si Lemorio aceptaba su propio papel, exigiría el codiciado por Ada para alguna de sus amantes.

Finalmente Van llegó ante el marido de Ada.

Había asesinado al bueno de Andrei Andreievich Vinelander con tanta frecuencia, de un modo tan radical, al fondo de tantas tenebrosas callejuelas, que aquella noche el pobre hombre de horrible y fúnebre traje cruzado, cara blanda y pastosa, rasgos disconformes, ojos de perro triste llenos de bolsas y frente punteada de gotas de sudor, presentaba todos los signos deprimentes de una resurrección innecesaria. Por un descuido más bien subliminal, Ada olvidó presentar a los dos hombres. El propio esposo pronunció su nombre, patronímico y apellido, con la entonación didáctica de la voz en off de una película educativa rusa. «Qbnimemsya, dorogoy» (abracémonos,

viejo amigo), añadió, con voz más vibrante, sin duda, pero con la misma expresión lúgubre (que recordaba curiosamente la de Kosygin, el alcalde de Yukonsk, recibiendo un ramo de flores de una *girl-scout* o inspeccionando los daños producidos por un terremoto). Su aliento exhalaba un olor que Van identificó asombrado como el de un enérgico tranquilizante a base de neocodeína, prescrito en casos de pseudobronquitis psicopática. Cuando el sombrío rostro de Andrei se aproximaba al suyo, Van distinguió cierto número de verrugas y excrecencias diversas, ninguna de las cuales ocupaba, sin embargo, el provocador lugar en que se instalaba el codicilo nasal de su hermana. Llevaba el pelo, de un color pardo sombrío, tan corto como el de un soldado; se lo cortaba él mismo, a tijera. Tenía el aspecto correcto y cuidado del patricio estociano que se baña una vez a la semana.

Pasamos todos al comedor. Cuando alargaba el brazo para anticiparse al gesto de un camarero que trataba de abrir la puerta, Van rozó a su pasado, y su pasado (que continuaba jugando con el collar) le recompensó con una mirada oblicua «a lo Dolores».

La colocación de los comensales fue confiada al azar.

La vieja pareja formada por los dos agentes de Lemorio —los cuales, para no estar casados, vivían desde hacía bastante tiempo como marido y marido en sus bodas de plata cinematográficas — siguió junto en la mesa, entre Yuzlik, que no les dirigía la palabra, y Van, que estaba siendo torturado por Dorothy. En cuanto a Andrei (el cual hizo una ligera señal de la cruz sobre su indesabonable abdomen antes de atarse la servilleta alrededor del cuello) se encontró situado entre hermana y esposa. Pidió la «cart de Van» (lo que causó al verdadero Van un dulce regocijo), pero, como era amante de las bebidas fuertes, sólo echó un vistazo a la lista de «blancos suizos» antes de conceder la palabra a Ada, quien pidió en seguida champagne. A la mañana siguiente la dijo que su primo *proizvodit udwitel'no simpaticnoe vpechatlenie* (causaba una impresión notablemente simpática). La panoplia verbal del buen hombre casi se reducía a lugares comunes rusos notablemente simpáticos, pero, como no le gustaba hablar de sí mismo, hablaba tanto menos cuanto que el monólogo sonoro de su hermana (que rompía contra las orillas rocosas del islote de Van) le magnetizaba, le hipnotizaba y absorbía por entero su atención pueril. Dorothy, con un modesto lamento, se lanzó al prelude del relato tanto tiempo diferido de su pesadilla favorita («Naturalmente, no ignoro que los malos sueños son una *zhidovskaia* prerogativa de sus enfermos»), pero cada vez que el analista recalcitrante levantaba los ojos del plato para mirar a su vecina, su atención se fijaba con tanta insistencia en la cruz griega, de tamaño casi eclesiástico, que brillaba en un pecho desprovisto de cualquier otra posible causa de interés, que Dorothy creyó oportuno interrumpir su relato (que parecía la erupción de un volcán onírico) para decir:

—Deduzco de sus escritos que es usted terriblemente cínico. ¡Oh, yo comparto plenamente la opinión de Simone Traser de que un punto de cinismo es el ornamento natural del verdadero varón! Pero, no obstante, prefiero advertirle, por si tratase de hacer alguna, que no admito las bromas antiortodoxas.

Pero ya Van tenía más que suficiente de su loca vecina (loca con una locura sin interés). Llegó por poco a restablecer el equilibrio de su vaso, casi volcado por un gesto que había hecho para atraer la

atención de Ada, y dijo, sin venir mucho a cuento, y en un tono que Ada calificó poco después de mordiente, amenazador y enteramente inadmisibles:

—Mañana por la mañana quiero acapararte, querida. Como quizás te han hecho saber mi abogado, o el tuyo, o ambos, los depósitos de Lucette en diversos bancos suizos... —Ya continuación colocó un informe preparado e inventado in toto de la situación de los bienes de Lucette—. Te propongo, si no tienes otras obligaciones (su mirada interrogativa evitó a los Vinelander y se dirigió sucesivamente a los tres cineastas, que sucesivamente inclinaron la cabeza en señal de imbécil aprobación), que vayamos los dos a ver a Maître Jorat, o Ratón, he olvidado el nombre, mi asesor, enfin, que vive en Luzon, a media hora de coche. Me ha dado ciertos documentos que están en mi hotel, y que es necesario que suspires, quiero decir, que firmes con un suspiro, porque se trata de un asunto enojoso. ¿Entendido? Entendido.

—Pero, Ada —trompeteó Dora—, ¡olvidas que mañana por la mañana queríamos visitar el Instituto de Harmonía Floral en Château Piron!

—Ya lo visitarán pasado mañana, o el martes, o el otro martes —dijo Van—. Habría tenido mucho gusto en conducirles a los tres a ese fascinante lugar de meditación, pero mi pequeño Unseretti deportivo no tiene más que una plaza de pasajero, y temo que ese asunto de los depósitos perdidos sea urgentísimo.

Yuzlik se moría de ganas de colocar una palabra. Van cedió ante el bienintencionado autómatas.

—Estoy encantado y me siento honradísimo de cenar con Vasco de Gama —dijo Yuzlik, alzando su vaso hasta la altura de su notable aparato facial.

La misma lectura errónea del nombre (que ilustró a Van sobre las fuentes de información de Yuzlik) se encuentra en Los carillones de Chose (colección de recuerdos escrita por un antiguo camarada de Van, ahora lord Chose, que había trepado a la cucaña del best-seller y se mantenía allí, principalmente a causa de ciertas alusiones indecentes, pero muy divertidas, a la Villa Venus de Ranton Brooks). Mientras rumiaba la enjundia de una réplica adecuada y saboreaba un bocado de sharlott (no me refiero a la charlatanesca Charlotte russe servida en la mayoría de los restaurantes, sino al castillo de corteza caliente y dorada guarnecido con mermelada de manzanas, el verdadero castillo debido al talento de Takomin, el chef del hotel, venido de Rose Bay, California), Van sentía tirar de él a dos deseos contrarios: el de insultar a Yuzlik, que había osado colocar su mano sobre la mano de Ada cuando, un momento antes, le pidió que le pasase la mantequilla (Van estaba infinitamente más celoso que aquel varón de mirada límpida que de Andrei; con un escalofrío de orgullo y de odio recordó que en la Nochevieja de 1893 había embestido a uno de sus primos, el gordo Van Zemski, por permitirse la misma caricia cuando se acercó a saludarles en el restaurante, y, más tarde, con un pretexto cualquiera, le había roto la mandíbula en el club del joven príncipe); y, segundo, el de revelar a Yuzlik la admiración que sentía por La última locura de Don Juan. Como, por razones obvias, no podía permitirse satisfacer el primer deseo, renunció espontáneamente al segundo, que le pareció secretamente maculado de cobarde cortesía, y se contentó con replicar, una vez tragada, finalmente, la masa bañada en ámbar:



—El libro de Jack Chose es muy divertido, especialmente el pasaje que trata de manzanas y diarrea, y los extractos del Álbum Concha de Venus (la mirada de Yuzlik quedó fija en una posición oblicua, como si estuviera esforzándose en recordar; luego inclinó enérgicamente la cabeza, como muestra de homenaje a un recuerdo común)... pero el bribón no debía ni haber divulgado mi nombre ni haber contrahecho mi thespiónimo.

Durante la triste cena (alegrada únicamente por la sharlott y cinco botellas de Moet, de las cuales Van consumió más de tres), evitó mirar a Ada en aquella parte del cuerpo que se llama «el semblante», parte viva y divina, y misteriosamente escandalosa, que, bajo esa forma esencial (dejemos aparte las manchas pastosas, o verrugosas), sólo rara vez se encuentra en los seres humanos. Ada, por su parte, no podía evitar que sus ojos sombríos se dirigiesen en todo momento hacia él, como si a cada mirada volviese a encontrar su equilibrio; pero, cuando el grupo pasó al salón para tomar el café, Van empezó a sentirse atormentado por problemas de focalización, y la retirada de los tres cineastas, al disminuir sus puntos de referencia, agravó trágicamente la situación.

ANDREI: *Adochka, duchka* (Adita, querida), *razskazhi zhe pro rancho pro skot* (háblale del rancho, del ganado), *emu zhe lyubopitno* (eso ha de interesarle).

ADA (como saliendo de un sueño letárgico): *O chyom ti* (¿decías algo?)

ANDREI: *Ya govoryu, razskazhi emu pro tvoyo zhit'yo hit'yo* (te decía que le hables de tu vida cotidiana, de tu existencia ordinaria). *Ávos' za-glyanet k nam* (Tal vez venga a vernos).

ADA: *Ostav', chto tam intersnago* (¿Qué hay de interesante en eso?).

DACHA (dirigiéndose a Ivan): No la hagas caso. *Massa interesnago* (Hay montones de cosas interesantes) *Délo brata ogromnoe, volnuyush-chee délo, trehuyushchee ne men'she truda, chem uchyonaya dissertatsiya* (Su trabajo es importante, tan exigente como el de un sabio). *Nashi sel'skohozyaystvenniya mashini ib teni* (Nuestras máquinas agrícolas y sus sombras)... *eto tselaya kollektsiya predmetov modernoy skul'pturi zhitiopisi* (son una verdadera colección de arte moderno, que supongo que usted ama tanto como yo).

IVAN (a Andrei): Yo no sé nada de agricultura ni de ganadería, pero mil gracias de todas maneras.

(Una pausa)

IVAN (no sabiendo muy bien qué añadir): Sí, estoy seguro de que me encantará ver algún día sus aparatos. Siempre me hacen pensar en monstruos prehistóricos con cuellos de jirafa, paciendo de un lado para otro, o meditando melancólicamente en la extinción de las especies... pero quizás en lo que estoy pensando es en las excavadoras...

DOROTHY: Las máquinas de Andrei son todo menos prehistóricas. (Risas sin alegría.)

ANDREI: Slovom, milosti prosim (En cualquier caso, será usted bien venido). *Budete zharit'verhom s kuzinoy* (Pasará usted ratos estupendos montando a caballo con su prima).

(Pausa)

IVAN (a Ada): Mañana por la mañana, a las nueve y media. ¿No será demasiado temprano para ti? Estoy en los Tres Cisnes. Vendré a buscarte en mi cochecito... no a caballo. (Dirige a Andrei una sonrisa cadavérica.)

DACHA: *Dovol'no skuchno* (Lástima, sin embargo) que la estancia de Ada en las encantadoras orillas del Lemán sea echada a perder con visitas a abogados y banqueros. Estoy segura de que podría usted satisfacer casi todas sus necesidades haciéndola ir un par de veces a su casa, en lugar de llevarla a Luzon o a Ginebra.

Aquella charla manicomial les llevó de nuevo al tema de las cuentas bancarias de Lucette. Ivan Dementievich explicó que su prima había perdido uno tras otro todos sus talonarios de cheques y nadie sabía exactamente en cuántos bancos había depositado las considerables sumas de que disponía. Andrei, que ahora se parecía especialmente al lívido alcalde de Yukonsk después de la inauguración de la Feria de Primavera o de las pruebas de un nuevo modelo de extintor en un incendio forestal, no tardó en levantarse, con algún trabajo, de su asiento y presentar sus excusas por retirarse tan temprano; estrechó la mano de Van como si estuviera despidiéndose para siempre (cosa que, de hecho, estaba haciendo). Van se quedó solo con las dos damas en el salón desierto y frío, en el que el maître había procedido disimuladamente a una mezquina reducción de la luz faradayana.

—¿Qué le ha parecido mi hermano? —preguntó Dorothy— On red chayshiy chelovek. (Es un hombre como hay pocos.) No sabría decirle hasta qué punto le ha afectado la terrible muerte de su padre de usted, y, naturalmente, también el extraño final de Lucette. Ni siquiera él, el de los hombres, podía por menos de lamentar la despreocupación parisina de esa chica, pero, así y todo, la admiraba mucho... Y usted también, ¿no es verdad? No, no, es inútil negarlo, yo he dicho siempre que su gracia parecía el complemento natural de la de Ada: eran dos mitades que, al reunirse, realizaban algo así como la belleza perfecta en el sentido platónico del término (otra vez aquella sonrisa sin alegría). Ada es, ciertamente, una «belleza perfecta», una verdadera muirninochka, incluso cuando hace ese gesto, pero sólo es bella según nuestras pequeñas reglas humanas, según la estética de nuestra sociedad —¿estoy en lo cierto, profesor?—, del mismo modo que un plato de cocina, o un matrimonio, pueden ser llamados perfectos.

—Hazle una reverencia —dijo sombríamente Van a Ada. —Mi Adochka ya conoce mi devoción por ella (abriendo la mano sobre la palma de Ada, que se retira). He compartido todas sus preocupaciones. ¡De cuántos cow-boys podzharik (de entrepierna ajustada) hemos tenido que librarnos porque delali ey glazki (la miraban amorosamente) ¡Y cuántas sensibles pérdidas hemos llorado las dos desde el comienzo de este nuevo siglo! Su madre y la mía; el Arzobispo de Ivankover y el doctor Swissair de Lumbago (donde fuimos a verle mi madre y yo, con gran veneración, en 1888); tres tíos eminentes (a los que, por fortuna, apenas conocía); y su padre de usted, que

siempre he dicho que parecía un aristócrata ruso más que un barón irlandés. A propósito, en el delirio de sus últimas horas... Ada, no te contraría que divulgue ante tu primo los chismes de familia...nuestra maravillosa Marina estaba obsesionada por dos alucinaciones mentales mutuamente excluyentes: que usted y Ada eran marido y mujer, y, al mismo tiempo, hermanos. El choque de esos dos errores la sumergía en tormentos indecibles. ¿Cómo explica ese tipo de conflictos su escuela de psiquiatría?

—Bueno, yo ya no voy a la escuela —dijo Van, ahogando un bostezo —y en mis escritos me esfuerzo en no «explicar» las cosas, y no hacer sino describirlas.

—No puede usted negar, sin embargo, que ciertas intuiciones... Continuaron en aquel tono durante más de una hora, y las contraídas mandíbulas de Van empezaban a hacerle daño. Finalmente, Ada se levantó. Dorothy hizo otro tanto, pero, una vez levantada, continuó hablando.

—Mañana cenará con nosotros nuestra querida tía Beloskunski-Belokonski, una encantadora señorita mayor que vive en un chalet sobre Valvey. Muy «gran dama», y todo eso. Le gusta gastar bromas a Andrei diciéndole que un simple granjero como él no habría debido casarse con la hija de una actriz y de un *marchand* de cuadros. ¿Nos hará usted el honor de compartir nuestra mesa, Jean?

—¡Ay, no, querida Daria Andrevna! —respondió Jean—. Debo vigilar mi peso. Por otra parte, mañana tengo una cena de negocios.

—Al menos (sonriendo) podía usted llamarme Dasha.

—Yo estaré por Andrei —explicó Ada —porque, en verdad, la gran dama en cuestión es sólo una vulgar cabra loca.

—¡Ada! —exclamó Dasha, con una mirada de suave reproche.

Antes de que ambas damas se dirigiesen al ascensor, Ada miró a Van, y éste, que no era ningún novato en materia de estrategia amorosa, se guardó de hacerla observar que «olvidaba» en su asiento su pequeño bolso de seda negro. No las acompañó más allá de la galería que conducía al ascensor, y esperó el previsto regreso detrás de una columna de orden mestizo, como suelen encontrarse en los halls de los hoteles, sabiendo que tan pronto como en el indicador del ascensor se encendiera el rojo, bajo la presión de un dedo ágil, Ada diría a su maldita compañía (que estaba, sin duda, revisando sus opiniones sobre el beau ténébreux): Akh, sumochku zabila (¡olvidé mi bolso!), y volvería corriendo como la Ninon del viejo Veré para echarse en sus brazos.

Sus labios abiertos se mezclaron con furor, con ternura. Después, Van se lanzó sobre su nuevo, joven, divino cuello japonés, que toda la noche había codiciado como un verdadero Júpiter Olorinus.

—En cuanto abras los ojos, iremos, brum-brum, derechitos a mi casa. Olvídate del baño, salta sobre tus lencloses... —Y, en un desbordamiento de savia ardiente se puso de nuevo a devorarla, hasta el momento (¡Dorothy debía haber llegado al cielo!) en que ella puso tres dedos danzarines sobre sus labios mojados, y desapareció.

—¡Sécate el cuello! —le gritó en un susurro (¿quién y cuándo, en este libro, en esta vida, ha tratado ya de «susurrar un grito»?)

Aquella noche, en un sueño post-Moët, sentado en el talco de una playa tropical llena de cuerpos tumbados al sol, frotando primero la lanza roja e irritada de un adolescente angustiado de deseo, se encontró, un instante después, mirando, a través de sus gafas oscuras, las sombras simétricas que flanqueaban una columna vertebral brillante, señalada en las costillas por un sombreado menos intenso, y perteneciente a Lucette o a Ada, sentada un poco más allá, en una toalla de playa. Al cabo de un momento la joven se dio vuelta y se acostó sobre el vientre; también ella llevaba gafas de sol, y ninguno de los dos podía adivinar, a través del ámbar negro, la dirección exacta de la mirada del otro, aunque Van advirtiese en el hoyito animado por una imperceptible sonrisa, que ella estaba mirando la carne viva escarlata que, desde el principio, era la de él mismo. Alguien que pasaba con una mesita de ruedas, dijo: es una de las Vane Sisters. Van se despertó murmurando, con la aprobación del especialista, aquel juego de palabras onírico en el que aparecía su nombre, se quitó de los oídos las bolitas de cera, y, en un maravilloso acto de rehabilitación y encadenamiento, la mesa del desayuno tintineó en el pasillo al franquear el umbral de la habitación contigua, y Ada entró, ya con la boca llena y salpicada de miel. ¡Sólo eran las ocho menos cuarto!

—¡Chica lista! —dijo Van—. Pero antes de nada tengo que ir al petit endroit (W.C.)

"Aquella cita, y las nueve que la siguieron, iban a representar la más elevada cota de un amor de veintiún años: mayoría de edad peligrosa, complicada, indeciblemente radiante. El estilo italiano del apartamento de Van, sus lámparas murales de complicada ornamentación, en cristal de color caramelo pálido, sus pulsadores de porcelana que producían indiscriminadamente luces o camareros, sus ventanas de celosía y gruesas cortinas que hacían tan difícil que el alba se despojase de sus velos como si fuese una virgen gazmoña, las puertas convexas de un enorme armario blanco de tipo «Virgen de Nuremberg» en el vestíbulo de la suite, hasta la imagen en color, firmada Randon, que representaba un navio de tres palos entre el verde zigzag de las olas en el puerto de Marsella... en una palabra, la atmósfera alberghiana de aquellas nuevas citas les añadía un toque de novela clásica (¡aquí Aleksey y Anna pueden haber colocado sus líneas de puntos...!) que Ada acogía gustosa como una estructura, como una forma, o algo que sostenía y protegía la vida, desprovista, por otra parte, de Providencia en nuestra Desdemonía, donde los únicos dioses que existen son los artistas. Cuando, después de tres o cuatro horas de amor desenfrenado, Van y la señora Vinelander abandonaban su suntuoso retiro para reintegrarse a las brumas azuladas de un extraordinario mes de octubre que conservó su tibieza y su poesía durante todo el tiempo del adulterio, tenían la sensación de encontrarse aún bajo la protección de aquellos Príapos pintados que los antiguos romanos colocaban en los bosquecillos del Rufomonticulus.

—Te acompañaré a pie al Bellevue. Volvemos de una conferencia con los banqueros de Luzon, y te acompaño de mi casa a la tuya.

Era la frase consagrada que Van pronunciaba invariablemente para poner a los hados al corriente de la situación. Desde el primer día tomaron la precaución de evitar radicalmente toda exposición equívoca en la terraza abierta sobre el lago y visible por todas las flores malvas o amarillas que ornaban los parterres del paseo. Salían del hotel por una puerta trasera.

Una alameda bordeada por setos de boj y dominada por una secuoya *semper virens* (que los turistas americanos tomaban equivocadamente por un cedro del Líbano... cuando reparaban en él) les condujo a la calle de la Morera (nombre absurdo), donde una paulonia *principesca* (¡morera!, se burló Ada) que se alzaba majestuosa en la terraza incongrua de un W.C. público se desprendía generosamente de sus hojas en forma de corazón verde intenso, sin dejar de ser suficientemente frondosa para proyectar sus arabescos de sombra sobre la parte de tronco expuesta al sol. Un ginkgo (de un verde dorado mucho más luminoso que su vecino, un abedul local que tiraba a amarillo), señalaba el recodo de una alameda de guijarros que llevaba al muelle. Siguieron en dirección sur el célebre Paseo Fillietaz, que, en la orilla suiza del lago, va desde Valvey hasta el castillo de Byron, o Château She Yawns. La estación turística había terminado y las aves invernantes, así como cierto número de centroeuropeos con pantalones de golf, habían remplazado a las familias inglesas y a los aristócratas rusos de Nipissing y Nipigon.

—Noto el espacio sobre el labio indecentemente desnudo —(se había afeitado el bigote en presencia de Ada, con aullidos de dolor)—. Y no puedo estar todo el tiempo recogiendo el vientre.

—No te preocupes. Te prefiero con ese encantador excedente de peso... y yo tengo más que tú. Es herencia materna, supongo, porque Demon adelgazaba de día en día. Tenía todo el aspecto de Don Quijote cuando le vi en el entierro de mamá. Un entierro curiosísimo. Llevaba luto azul. El hijo de Onski, que es manco, le estrechó con su único brazo, y los dos se pusieron a llorar como fuentes. Luego, un personaje ensotonado, con aire de extra en una encarnación de Visnú en tecnicolor, pronunció un sermón incomprensible. A continuación, ella, literalmente, se esfumó; y él me dijo, entonces, sollozando: «Yo no defraudaré a los pobres gusanos del cementerio.» Unas dos horas después de dejar incumplida su pro mesa tuvimos unas visitas inesperadas en el rancho... una chiquilla de ocho años extraordinariamente graciosa bajo su velo negro, acompañada de una especie de dueña, también de negro, y con dos guardias de corps. La bruja reclamaba ciertas sumas fantásticas, que, según decía, Demon no había tenido tiempo de pagar, y les debía en concepto de «reventón de himen»... a consecuencia de lo cual hice que uno de nuestros criados más fornidos echase de allí *vsu kompaniyu* (a toda la compañía).

—Extraordinario —dijo Van—. Eran cada vez más jóvenes. Me refiero a las chicas, no a los *cow-boys* fuertes y silenciosos. Su vieja Rosalind tenía una sobrina de diez años, unas pollita precoz. No habría tardado en ir a buscarlas a la incubadora.

—Nunca has querido a tu padre —dijo tristemente Ada.

—Sí, le he amado, y sigo amándole, con ternura, con respeto, con comprensión, porque, después de todo, esa poesía menor de la carne no me es extraña. Pero en lo que nos concierne, a ti y a mí, fue enterrado el mismo día que nuestro tío Dan.

—Lo sé, lo sé. Es una lástima. Y ¿de qué ha servido eso? Quizás no debía decírtelo, pero sus visitas a Agavia se hicieron más raras y más breves cada año. Sí, era penoso oírle hablar con Andrei. Quiero decir, que Andrei no tiene facilidad de palabra, aunque apreciaba mucho (sin entenderlo del todo) el flujo incontenible de fantasías y hechos fantásticos de Demon, y acostumbrase exclamar, con su *tsk-tsk* ruso y halagadores movimientos de cabeza: «¡qué balagur (bromista) es usted!» Y

finalmente un día Demon me advirtió que no volvería si Andrei seguía repitiéndole su estúpida gracia (*Un badagurzhe vi, Dementiy Labirintovich*), o si Dorothy, la impayable (impagable por impudencia y absurdidad), se empeñaba en hacerle saber lo que pensaba de mis correteos por las montañas, sin otra persona que Mayo, un vaquero, para protegerme de los leones.

—¿Se puede saber algo más acerca de eso? —preguntó Van.

—Nadie ha sabido nada más. Todo ocurrió en una época en que yo no hablaba con mi marido ni con mi cuñada, y no podía dirigir la situación. De todas maneras, Demon no volvió a aparecer, ni cuando se encontraba a menos de trescientos kilómetros. Todo lo que hizo fue enviarnos por correo, desde algún casino de juego, tu hermosa carta sobre Lucette y mi película.

—Me gustaría conocer también algunos detalles concretos a propósito de los lazos conyugales... Frecuencia de las relaciones, nombres cariñosos para las excrecencias secretas, olores preferidos...

—*Platok momental'no!* (¡Un pañuelo, rápido!) El agujero derecho de tu nariz está lleno de jade húmedo —dijo Ada, antes de indicar con el dedo, en un cuadro de césped, un aviso circular enmarcado en rojo, en el que bajo la palabra PROHIBIDO se representaba la imagen de un inverosímil perro negro con una cinta blanca—. No comprendo por qué las autoridades suizas prohíben el cruce de caniche y *terrier* escocés.

Las últimas mariposas de 1905, indolentes pavones y vulcanos, sacaban el mejor partido posible de las modestas flores del otoño. Un tranvía pasó a su izquierda, muy cerca del paseo en el que descansaban, y donde se besaron prudentemente cuando dejó de oírse el gemido de las ruedas. Los raíles, heridos por el sol, tomaban un bello tinte cobalto: el medio día reflejado en el metal brillante.

—Comamos queso y bebamos vino blanco bajo esa pérgola —sugirió Van—. Los Vinelander comerán hoy solos.

Algún aparato de música tocaba cantos de la selva; los sacos de una pareja de tiroleseos mostraban sus desagradables interioridades cerca de ellos, y Van sobornó al camarero para que les instalase la mesa algo más allá, sobre las tablas de un embarcadero abandonado.

Ada admiró la población de aves acuáticas: patos negros moñudos, con contrastes blancos en los flancos, que les hacían parecer personas saliendo de unos almacenes (comparación que, como las siguientes, pertenece a Ada) con un paquete plano y alargado (¿una corbata nueva? ¿unos guantes?) bajo cada brazo, mientras el pequeño moño negro recordaba la cabeza de Van cuando tenía catorce años y acababa de bañarse en el arroyo; fúlicas (que, después de todo, habían regresado) nadando con un curioso movimiento del cuello, como para sacar agua con una bomba, al estilo de los caballos que van al paso; palmípedas del género podiceps, de diversos tamaños, moñudas o no, con la cabeza alzada y algo de heráldico en su actitud. Tenían ritos nupciales maravillosos, enhiestos macho y hembra, frente a frente, muy juntos, así (Ada, al explicarlo, formaba un paréntesis con los dedos)... un poco como dos cantoneras para sujetar libros, sin libros entre ellas, y sacudiendo la cabeza...

—Te he pedido que me hables de los ritos de Andrei. —¡Ah, a Andrei le emociona tanto ver estos pájaros europeos! Es un gran cazador, y conoce muy bien toda la fauna del oeste. Allí hay un

podiceps minor monísimo, que tiene como una cinta negra alrededor de su grueso pico blanco. Andrei le llama pestroklyuvaya chomga. Y la chomga, grande, moñuda, es, dice él, la hohlushka. Si vuelves a poner esa cara ceñuda cuando digo una cosa inocente, y, en conjunto, divertida, te voy a besar en la punta de la nariz a la vista de todo el mundo.

Una insignificancia artificial... no de la mejor vena Veen. Pero se recuperó inmediatamente:

—¡Oh, mira esas gaviotas que juegan a gallinas!

Varias gaviotas reidoras, algunas de las cuales llevaban aún el gorro negro y ajustado del verano, se habían posado en la balaustrada bermeja de la orilla del lago, con la cola del lado del paseo, y miraban cuáles de ellas resistirían firmes en su puesto al acercarse el próximo paseante. La mayoría se precipitó al agua, con grandes movimientos de alas, al aproximarse Ada y Van. Una disidente contrajo las plumas de la cola e hizo un movimiento análogo al de doblar las rodillas, pero aguantó, y siguió sobre la balaustrada.

—Creo que sólo una vez hemos visto esta especie en Arizona, en un lugar llamado Saltsink, algo como un lago artificial. Nuestras gaviotas vulgares tienen la punta de las alas completamente distintas.

Un podiceps minor, moñudo, que flotaba a cierta distancia, lentamente, muy lentamente, empezó a hundirse, y luego, de pronto, dio un salto de pez volador, mostrando su vientre blanco y brillante, y desapareció.

—¿Por qué demonios no le hiciste saber de un modo u otro —preguntó Van —que no estabas enfadada con ella? Tu carta falaz la hizo muy desgraciada.

—¡Bah! Me puso en una situación incomodísima. Comprendo muy bien que estuviese enfurecida con Dorothy (la cual tenía buena intención, pobre tonta, tan tonta como para tratar de ponerme en guardia contra eventuales «infecciones» como la *lesbianitis labial*), pero eso no es razón para que fuera a ver a Andrei a la ciudad y le dijera que ella y el hombre a quien yo había amado antes de mi matrimonio eran grandes amigos. Él no se atrevió a molestarme con su curiosidad, pero se quejó a Dorothy de la neopravdannaya zhestokost (injustificada crueldad) de Lucette.

—Ada, Ada —gimió Van —quiero que te libres de ese marido tuyo, y *también* de su hermana, ¡y ahora mismo!

—Dame quince días. Tengo que regresar al rancho. La idea de que pudiera husmear en mis asuntos me es insoportable.

Al principio todo pareció desarrollarse de acuerdo con las instrucciones de algún genio bueno.

Para gran alegría de Van (una alegría cuya poco discreta manifestación no fue aprobada ni desaprobada por su amante), Andrei tuvo que guardar cama a causa de un resfriado, durante casi toda la semana. Dorothy, la enfermera perfecta, se mostró mucho más solícita que Ada (la cual, como nunca había estado enferma, no podía soportar la vista de un doliente) a la cabecera de su hermano, leyéndole, mientras sudaba su enfermedad, números atrasados del *Golos Feniksa*; pero el

viernes el médico del hotel le envió al hospital americano de la comarca, en el que ni su misma hermana fue autorizada a visitarle «por la necesidad de constantes exámenes rutinarios», o más bien porque el desgraciado deseaba enfrentarse con la catástrofe en una soledad viril.

Durante los días siguientes, Dorothy empleó su tiempo libre en espiar a Ada. Estaba segura de tres cosas: que Ada tenía un amante en Suiza, que Van era su hermano y que organizaba citas secretas entre su irresistible hermana y la persona a la que ella había amado antes de su matrimonio. El hecho, notable y chistoso, de que las tres cosas fueran verdad, pero carecieran de sentido así enunciadas, por separado, procuró a Van un nuevo motivo de diversión.

Los Tres Cisnes daban sombra a una fortaleza. Quienquiera que compareciese, in corpore o por la voz, era informado por el conserje o sus acólitos de que Van había salido, que no conocían a ninguna señora Vineland y que todo lo que podían hacer era recoger la nota que quisieran dejar. El coche, estacionado en un lugar apartado, en un bosquecillo, no podía traicionarles. Por la mañana Van solía utilizar el ascensor de servicio, que comunicaba directamente con el patio trasero. Lucien, hombre de cierto ingenio, aprendió a conocer pronto la voz atiplada de Dorothy: «la voz metálica ha telefoneado»; «la Trompeta no estaba contenta esta mañana», etc., etc. Luego, las Parcas benignas se tomaron un día de asueto.

Andrei había sufrido una primera y copiosa hemorragia en agosto, durante un viaje de negocios a Phoenix. Optimista contumaz, independiente y sin demasiadas luces, la había considerado como una simple hemorragia de nariz salida por la boca y no había hablado a nadie de ello, para evitar «comidillas estúpidas». Hacía años que padecía la tos ronca del fumador de dos cajetillas diarias, pero cuando, algunos días después de aquella «hemorragia nasal» escupió en el lavabo una flema escarlata, decidió suprimir los cigarrillos y conformarse con sus tsigarki (puritos). El segundo incidente se produjo en presencia de Ada, en vísperas de su viaje a Europa. Consiguió escamotear su pañuelo manchado de sangre antes de que ella lo viera, pero Ada recordaba haberle oído decir: *Vot te na* (es curioso), con voz preocupada. Pensando, como casi todos los estocianos, que en la Europa Central es donde se encuentran los mejores médicos, se dijo que, si volvía a escupir sangre, consultaría a un especialista de Zurich que le había recomendado un miembro de su «logia» (lugar de reunión de hermanos acumuladores de dinero). El Hospital Americano de Valvey, contiguo a la iglesia rusa construida por Vladimir Chevalier, su tío abuelo, resultó lo suficientemente competente para diagnosticar una tuberculosis avanzada del pulmón izquierdo.

El miércoles 22 de octubre, poco después de mediodía, Dorothy, que trataba «frenéticamente» de localizar a Ada (la cual, tras su visita habitual a los Tres Cisnes, estaba aprovechando unas horas en el «Salón de Peluquería y Belleza» de Paphia), dejó una nota para Van. Éste no la leyó hasta mucho después, ya de noche, al regresar de un viaje a Sorcière, ciudad situada unos ciento cincuenta kilómetros más al este, en el Valais, donde había comprado una villa para él «y mi prima», y cenado con la ex-propietaria, Madame Scarlet, viuda de un banquero, y con su hña Eveline, rubia granujenta pero bonita, que parecieron ambas muy conmovidas eróticamente por la rapidez con que el trato quedó cerrado.

Van se sentía todavía tranquilo y lleno de esperanza. Después de haber estudiado atentamente el histórico informe de Dorothy, seguía creyendo que nada amenazaba su destino, que, en el mejor de



los casos, Andrei moriría en seguida, ahorrando a Ada el escándalo de un divorcio, y en el peor de los casos sería enviado a la montaña, a algún sanatorio de novela, donde permanecería algún tiempo, durante los últimos párrafos del epílogo, lejos de la realidad de su vida juntos. El viernes por la mañana, a las nueve, como habían convenido la víspera, se dirigió al Bellevue con la agradable perspectiva de llevarla en coche a Sorcière para enseñarle su nueva casa.

De manera bastante oportuna, la noche anterior una tormenta había pulverizado la espina dorsal al milagroso verano. Con una oportunidad aún mayor, el comienzo prematuro de la regla de Ada había abreviado las caricias de ayer. Cuando Van llegó, estaba lloviendo. Cerró la puerta del coche, se remangó los pantalones y pasó los charcos a grandes zancadas, entre una ambulancia y un gran Yak negro estacionados ante el hotel. Todas las alas del Yak estaban desplegadas, dos botones habían comenzado a apilar las maletas bajo la vigilancia del chófer y diversas partes del viejo coche de alquiler contestaban con discretos chirridos a los gruñidos de los botones.

Súbitamente experimentó una sensación de frío reptiliano en su calvicie incipiente. Se disponía a entrar en la puerta giratoria cuando ésta puso ante él a Ada, un poco al modo de esos barómetros de madera tallada cuyas puertas muestran alternativamente una marioneta macho o una marioneta hembra. Su atavío —el impermeable sobre un jersey de cuello de cisne, el pañuelo a la cabeza, el bolso de cocodrilo en bandolera— formaba un conjunto algo pasado de moda e incluso provinciano. «No tenía cara», como dicen los rusos para describir una expresión de completo abatimiento.

Dando la vuelta al hotel, Ada le condujo hasta una fea rotonda, al abrigo de la triste llovizna, y allí quiso besarle. Pero él evitó sus labios. Ada se marchó en seguida. Andrei, heroico y desvalido, había sido llevado al hotel en ambulancia. Dorothy había conseguido tres plazas en el avión Ginebra-Phoenix. Los dos coches les conducirían, a él, a ella y a su heroica hermana, al desamparado aeropuerto.

Ada pidió un pañuelo. Van se sacó uno azul del bolsillo del chubasquero. Pero ya habían empezado a caerle las lágrimas, y se tapó los ojos cuando él se lo ofrecía, con la mano tendida.

—¿Entra eso en tu papel? —preguntó Van, fríamente.

Ella sacudió la cabeza, tomó el pañuelo con un merci de niña, se sonó, respiró penosamente, tragó saliva y se puso a hablar... y, un momento después, todo, absolutamente todo, estaba perdido.

No podía decirle nada a su marido mientras estuviese enfermo. Van tendría que esperar hasta que Andrei se hubiera repuesto lo suficiente para soportar la noticia, y eso podría exigir algún tiempo. Ella, naturalmente, debería hacer todo cuanto estuviese en su mano para asegurar su completa curación. Había en Arizona uno que hacía milagros...

—Algo así como remendar a un tipo antes de colgarle —comentó Van.

—Y cuando pienso —siguió Ada, moviendo las manos en un gesto torpe, como cuando se deja caer una fuente o una tapadera—, cuando pienso que considera un deber ocultarlo todo... ¡Oh, indudablemente no puedo dejarle ahora!

—Sí, ya conozco la historia. El flautista al que hay que curar de su impotencia, el valiente alferez que puede no regresar de una guerra lejana...

—¡No te burles! —exclamó Ada—. ¡Pobre, pobrecillo! ¿Cómo se te ocurre burlarte?

Un rasgo peculiar de su manera de ser, ya desde el tiempo de su juventud, impulsaba a Van a aliviar sus accesos de cólera o de decepción mediante fórmulas grandilocuentes y enigmáticas que molestaban tanto como una uña rota que roza en la seda —el forro del Infierno.

—¡Castillo de la Verdad, Castillo Claro! ¡Helena de Troya, Ada de Adis! ¡Has traicionado al Árbol y a la Falena!

—¡Perestagne (¡Basta! ¡Stop!) —dijo Ada como un imbécil que se dirige a un epiléptico.

—Ardis Primero, Ardis Segundo, Man-Hat-Tan, y ahora Mont-Roux...

—¡Perestagne! —repitió Ada.

—¡Oh! ¿Quién me devolverá mi Helena...

—¡Perestagne!

—...y la Falena...

—Por favor, te lo ruego, basta ya, Van. Tú sabes que eso me hará morir...

—Pero, pero, pero (golpeándose cada vez en la frente)... estar a dos dedos de... de... de... y que entonces ese idiota se ponga a recitar a Keats...

—¡Bozje moi! Tengo que marcharme. Dime algo, amor mío, mi único amor, algo que me sirva de ayuda...

Hubo un estrecho precipicio de silencio, roto sólo por la lluvia que tamborileaba sobre el techo del cobertizo.

—Quédate conmigo, gírl —dijo Van, olvidándolo todo: orgullo, furor, los vulgares convencionalismos de la piedad...

Por un instante ella pareció dudar... o, al menos, tratar de dudar. Pero una voz resonante les llegó desde la alameda y vieron a Dorothy, con una capa gris y un sombrero masculino, que llamaba a Ada agitando enérgicamente su paraguas abierto.

—No puedo, no puedo. Te escribiré —murmuró mi pobre amor, deshecha en lágrimas.

Van besó una mano fría como las hojas, y luego, dejando al Bellevue que se ocupase de su coche, dejando a los cisnes que se ocupasen de sus asuntos y a la señora Scarlet que se ocupase de los trastornos de piel de Eveline, recorrió a pie, a lo largo de las carreteras empapadas, los diez kilómetros que le separaban de Rennaz, y desde allí voló a Niza, Biskra, El Cabo, Nairobi, las montañas caucásicas...

*y triste, por encima del Cáucaso...*

¿Y escribió Ada? ¡Sí, lo hizo! ¡Todo salió muy bien! La imaginación y la realidad compitieron en una rivalidad sin fin y entre risas de niños. Andrei murió al cabo de algunos meses, *po pal'tzam* (contando con los dedos), uno, dos, tres, cuatro, digamos cinco. Andrei estaba estupendamente en la primavera de mil novecientos seis o siete, se arreglaba bastante bien con un pulmón deshinchado y una barba de color de paja (nada como la vegetación facial para mantener ocupado a un enfermo). La vida se bifurcó y se rebifurcó, Sí, ella se lo dijo todo. Él insultó a Van en el pórtico pintado de malva de un hotel de Douglas donde Van esperaba a su Ada en una versión definitiva de los *Enfants maudits*. El señor Tobak (un antiguo cornudo) y lord Erminin (que actuaba por segunda vez) fueron los testigos del duelo, en compañía de algunas grandes yucas altas y algunos pequeños cactus. Vinelander llevaba chaqué (era su estilo) y Van un traje blanco. Ninguno de los dos deseaba arriesgarse: tiraron al mismo tiempo. Cayeron ambos. La bala del señor Chaqué se alojó en la suela del zapato izquierdo (blanco, con talón negro) de Van, haciéndole dar un traspiés y produciendo un ligero hormigueo en el pie: eso fue todo. Van acertó a su adversario de lleno en el bajo vientre, una seria herida de la que se recuperó en tiempo oportuno o no se recuperó nunca (aquí la bifurcación nada entre tinieblas). En realidad, todo fue mucho menos brillante.

¿Así que escribió, como había prometido? ¡Oh, sí, sí! En diecisiete años Van recibió de Ada un centenar de breves notas, cada una de las cuales contenía un centenar de palabras y que constituían unas treinta páginas impresas de un contenido insignificante, especialmente relativo a la salud de su marido y a la fauna de la región. Después de haberla ayudado a cuidar a Andrei en el rancho de Agavia durante algunos años llenos de acrimonia (le reprochaba a Ada hasta el último rato dedicado a la caza de mariposas o a la cría de gusanos) y de haberse ofendido con ella porque eligió la excelente y célebre Clínica Grotonovich (para los interminables períodos de tratamiento de su marido) y no el elegante sanatorio de la Princesa Alashin, Dorothy Vinelander se retiró a una ciudad conventual próxima al Ártico (Uemna, la actual Novostabia), y allí, llegado el momento, se casó con un tal señor Brod o señor Bred, tierno y apasionado, moreno y guapo, representante de cálices y otros objetos de culto para todos los Severniya Territorii, y que más tarde dirigiría (y dirige quizás aún, medio siglo más tarde) las reconstrucciones arqueológicas de Goreloe (la «Herculano de Liaska»). En cuanto a los tesoros enterrados que descubriese en el matrimonio, eso es otra cuestión.

El estado de Andrei continuó agravándose, de modo constante, pero muy lento. En el curso de los dos o tres últimos años de la ociosa existencia que pasó en los lechos de reposo articulados, la posición de cualquiera de cuyas partes podía ser modificada hasta el infinito, perdió el uso de la palabra, aunque conservó la capacidad de inclinar o sacudir la cabeza, fruncir el ceño para reflexionar o sonreír ligeramente mientras aspiraba los efluvios de la comida (origen, ciertamente, de nuestros primeros gozos). Murió un anochecer de primavera, solo en una habitación del hospital, y, en el verano de aquel mismo año (1922), su viuda hizo donación de sus colecciones al museo del Parque Nacional y voló a Suiza, con el propósito de tener allí una «entrevista exploratoria» con un Van que ya tenía cincuenta y dos años.

## CUARTA PARTE

### I

En este punto, un estudiante de medicina aficionado a interrumpir pregunta al «profe» (con el aire arrogante del guardia de tráfico que quiere ver el permiso de conducción) cómo se las arregla para conciliar su negativa a conceder al futuro el status de «tiempo» con el hecho de que tampoco puede considerársele inexistente, ya que «posee al menos un futuro, quiero decir, un factor, que incluye una noción tan importante como la de necesidad absoluta».

Échenle a la calle. ¿Quién ha dicho que yo moriré?

Para refutar con más elegancia el argumento del determinista: lejos de esperarnos, con su cronómetro y su horca, en algún lugar por delante de nosotros, la Inconsciencia rodea el Pasado y el Presente por todas partes, ya que es una manifestación, no del Tiempo en sí, sino de la consunción natural de todas las cosas, tanto si tienen como si no tienen consciencia del Tiempo. El hecho de que yo sepa que otros mueren no tiene nada que ver con la cuestión. También sé que usted, y probablemente yo, hemos nacido, pero eso no prueba que hayamos pasado por la fase cronal que se llama «Pasado»; es mi Presente, mi breve instante de consciencia, quien me dice que lo he hecho, y no el trueno silencioso de la infinita inconsciencia propio de mi nacimiento, hace cincuenta y dos años y ciento noventa y cinco días. Mi primer recuerdo se remonta a mediados de julio de 1870, es decir, a mi séptimo mes de vida (para la mayoría de las personas, el recuerdo consciente aparece mucho más tarde, a partir de los tres o cuatro años): una mañana, en nuestra villa de la Riviera, cayó sobre mi cuna un pedazo de escayola verde desprendido de la decoración del techo por un temblor de tierra. Los ciento noventa y cinco días que precedieron a aquel acontecimiento no se distinguen de la inconsciencia infinita, y, en consecuencia, no pueden ser incorporados al tiempo perceptivo, de donde se deduce que, por lo que hace a mi mente y al orgullo que siento por ella, hoy, quince de julio de 1922, tengo exactamente cincuenta y dos años *«et trêve de mon style plafond peint»*

En ese mismo sentido del tiempo perceptivo individual, puedo dar marcha atrás en mi Pasado, gustar el momento actual del recuerdo, tanto como he gustado aquel cuerno de la abundancia del que se desprendió la pila de estuco que por poco me rompe la cabeza, e imaginar que un cataclismo cósmico o corporal podría en un momento... no matarme, pero sí sumergirme en un estado de estupor permanente de nuevo tipo, sensacional para la ciencia, privando así de todo sentido cronal o lógico a la disolución natural Y, lo que es más, ese razonamiento vale para una forma de tiempo mucho menos interesante (aunque importante, importante), el Tiempo Universal («¡cuánto tiempo hemos pasado segando cuellos!»), llamado también Tiempo Objetivo (en realidad, un tejido grosero de tiempos particulares), es decir, la Historia, de la humanidad y del humor, y cosas por el estilo. Nada impide que la humanidad como tal no tenga futuro en absoluto —si, por ejemplo, nuestro

género humano, evolucionando imperceptiblemente (ahí está la astucia de mi razonamiento) se transforma en una especie *novo sapiens*, o cualquier otro subgénero, que posea otras maneras de ser o de soñar, más allá de la noción humana de Tiempo. En ese sentido, el hombre no morirá nunca, porque puede que, en su proceso evolutivo, no exista un punto taxonómico que corresponda al último estadio del hombre, a lo largo de la cadena de pequeños cambios que le transforme en un Neohomo o en algún horrible y palpitante humor viscoso. Creo que nuestro amigo no volverá a molestarnos.

Mi finalidad, al escribir *La Textura del Tiempo*, obra difícil y deleitable que me dispongo a poner sobre la mesa ya iluminada del lector aún ausente, consiste en purificar mi propia noción de «tiempo». Voy a examinar la esencia del Tiempo, no su transcurrir, porque no creo que su esencia pueda reducirse a su transcurrir. Deseo acariciar al Tiempo.

Uno puede estar enamorado del Espacio y de sus posibilidades: la velocidad, por ejemplo, la velocidad lisa, el silbido de su sable, la gloria aquilina de la velocidad domada, el grito de alegría de la curva. Y uno puede estar enamorado del Tiempo, ser un sibarita de la duración. Yo amo sensualmente al Tiempo, su tejido y su extensión, la caída de sus pliegues, el mismo carácter impalpable de su cendal grisáceo, el frescor de su continuum. Querría hacer algo con él, abandonarme a un simulacro de posesión. Sé que todos cuantos han tratado de llegar al Castillo Encantado se han perdido en la noche o han quedado atascados en el Espacio. Sé también que el Tiempo es un perfecto caldo de cultivo para las metáforas.

—¿Por qué es tan difícil —tan vergonzosamente difícil— fijar en la mente el concepto de Tiempo y conservarlo allí para su examen? ¡Qué esfuerzos, qué tanteos, qué irritante fatiga! Es tan difícil como hurgar con una mano en la guantera del coche en busca del mapa de carreteras —se encuentra la de Montenegro o la de los Dolomitas, dinero, un telegrama, todo menos esa extensión de tierra caótica que separa Ardez de Soprano-no-se-qué —por la noche, bajo la lluvia, mientras se trata de aprovechar una luz roja en el negro opaco, mientras funciona el metrónomo, el cronómetro de los limpiaparabrisas, y el dedo ciego del espacio aprieta y desgarrar la *Textura del Tiempo*. Y el propio san Agustín, en su lucha con el mismo tema, hace mil quinientos años, ha conocido ese tormento curiosamente físico de la inteligencia que desfallece, los *shcbe-kotiki* (cosquilleos) de la aproximación, las fugas del agotamiento cerebral —pero él, al menos, podía volver a cargar su cerebro con la energía que Dios le facilitaba (colocar aquí una nota sobre el placer que se siente al verle activar su trabajo, entremezclando sus cogitaciones, bajo las estrellas y en el desierto, con pequeños y vigorosos golpes de oración).

Otra vez perdido. ¿Dónde estaba? ¿Dónde estoy? Carretera fangosa. Coche parado. El tiempo es ritmo: ritmo de insecto en una noche cálida y húmeda, onda cerebral, respiración o martilleo en mi sien: esos son nuestros fieles relojes. Y la razón corrige el latido febril. Uno de mis enfermos era capaz de discernir el ritmo de relámpagos que se sucedían cada tres milésimas de segundo (¡0,003!). Sigamos.

¿Qué es eso que me ha dado un golpecito con el codo y me ha reanimado hace un momento, cuando se detuvo una idea? ¡Ah, sí! Tal vez la única cosa que permite entrever el sentido del Tiempo es el ritmo. No los latidos recurrentes del ritmo, sino el vacío que separa dos de esos latidos, el hueco gris entre las notas negras: el Tierno Intervalo. La pulsación misma no hace sino recordar la triste idea

de la medida, pero entre dos pulsaciones hay algo que se parece al verdadero Tiempo. ¿Cómo puedo extraerlo de ese tierno hueco? El ritmo no debe ser ni demasiado lento ni demasiado rápido. A un latido por minuto, mi sentido de la sucesión queda completamente superado, y cinco oscilaciones por segundo producen una oscuridad de la que no es posible salir. El ritmo lento disuelve el Tiempo, el ritmo rápido no le deja lugar. Que me den, pongamos, tres segundos, y podré hacer estas dos cosas: percibir el ritmo y sondear el intervalo. ¿He hablado de un hueco, de un agujero sombrío? Pero eso no es sino el Espacio, el traidor, que vuelve por la puerta trasera, con su péndulo, mientras yo busco a tientas la significación del Tiempo. Lo que me esfuerzo en captar es precisamente el Tiempo, que el Espacio me ayuda a medir, y no es sorprendente que no consiga captar el Tiempo, porque la misma absorción de conocimientos tiene que tomarse tiempo.

Si los ojos me informan sobre el Espacio, los oídos me informan sobre el Tiempo. Pero mientras es posible contemplar el Espacio, ingenuamente tal vez, pero de una manera directa, yo no puedo escuchar el Tiempo más que entre los acentos, preocupado y precavido durante un breve instante cóncavo, con la certeza creciente de que no escucho al Tiempo mismo, sino la sangre que circula en mi cerebro, y, desde mi cerebro, a través de las venas del cuello, se dirige hacia el corazón, asiento de males particulares que nada tienen que ver con el Tiempo.

La dirección del Tiempo, la flecha del Tiempo, el Tiempo de sentido único, es algo que me parece útil durante un momento, pero pronto se reduce a una ilusión vinculada por lazos oscuros a los misterios del crecimiento y de la gravitación. La irreversibilidad del Tiempo (que no lleva a ninguna parte, digámoslo en seguida) es fruto de una perspectiva de campanario: si nuestros órganos y nuestros orgatrones no hubiesen sido asimétricos, habríamos podido tener una visión anfiteatral y perfectamente grandiosa del Tiempo, como esas montañas de contornos recortados en la noche en torno a un villorrio centelleante y satisfecho. Se dice que si una criatura pierde sus dientes y se convierte en pájaro, todo lo que podrá hacer cuando de nuevo tenga necesidad de dientes será desarrollar un pico dentado, que nunca equivaldrá a la verdadera dentición de que antes estaba provista. Estamos en pleno eoceno, y los actores que aparecen en ese escenario son fósiles. Es éste un divertido ejemplo de la manera de hacer trampa que caracteriza a la naturaleza, pero su relación, directa o indirecta, con el Tiempo esencial, rectilíneo o redondo, no es mayor que la que tiene el hecho de que yo escriba de izquierda a derecha con el curso de mi pensamiento.

Y, ya que hablamos de evolución, ¿podemos imaginar el origen del Tiempo, y los escalones o vados por los que transitó, y las mutaciones que desechó? ¿Ha habido alguna vez una forma de Tiempo «primitiva», durante la cual, por ejemplo, el Pasado, aún no claramente diferenciado del Presente, dejase aparecer sus formas y fantasmas a través de un «ahora» todavía blando, largo y larval? ¿O es que la evolución no ha afectado más que a la medida del tiempo, del reloj de arena al reloj atómico, y de éste al pulsar portátil? ¿Y cuánto tiempo necesitó el Tiempo Antiguo para convertirse en el Tiempo de Newton? «Pondera el Huevo», como decía el gallo francés a sus gallinas.

Tiempo Puro, Tiempo Perceptivo, Tiempo Tangible, tiempo libre de todo contenido, contexto y comentario corriente —ése es mi tiempo y mi tema. Todo lo demás es sólo símbolo numérico, o algún aspecto del Espacio. La textura del Espacio no es la del Tiempo, y el anormal y abigarrado juguete de cuatro dimensiones que han producido los relativistas es un cuadrúpedo, una de cuyas

patas habría sido remplazada por la sombra de una pata. Mi Tiempo es también el Tiempo Inmóvil (en seguida nos desembarazaremos del tiempo «fluyente», el tiempo de la clepsidra y de los W.C.).

El único Tiempo por el que me intereso es el Tiempo detenido por mí y del cual mi mente se ocupa en una intensa atención voluntaria. Así, pues, sería ocioso y erróneo mezclar con él el tiempo «que pasa». Sin duda, tardo «más tiempo» en afeitarme cuando mi pensamiento «ensaya» palabras; sin duda, no soy consciente de que me retraso hasta que consulto el reloj; sin duda, a los cincuenta años, me parece que el tiempo del calendario corre más de prisa, porque se da en fracciones que constituyen fragmentos cada vez más pequeños de mi creciente fondo existencial, y también porque me aburro menos de lo que me aburría de niño, entre un juego tedioso y un libro más tedioso todavía. Pero esa «aceleración» depende precisamente del hecho de que no atendemos al Tiempo.

Es una tarea extraña este intento de determinar algo que consiste en fases fantasmales. Sin embargo, estoy persuadido de que el lector, que frunce el ceño al leer estas líneas (pero que, al menos, olvida su desayuno), admitirá que no hay nada más espléndido que el pensamiento solitario. Ahora bien, el pensamiento solitario debe proseguir su camino, o —para ser más moderno— su pista, a bordo, por ejemplo, de un coche griego maravillosamente equilibrado y sensible, que manifiesta la suavidad de sus características y la excelencia de su mantenimiento en cada una de las curvas del puerto alpino.

Antes de continuar, debemos precavernos contra dos errores. El primero es la confusión entre los elementos temporales y los espaciales. Ya hemos denunciado en estas notas (actualmente en proceso de redacción, gracias a una media jornada libre, en un viaje decisivo) a ese impostor llamado Espacio; más tarde le citaremos a juicio, en el curso de nuestra investigación. El segundo error que hemos de rechazar es un hábito de lenguaje que conservamos desde tiempo inmemorial. Consideramos al Tiempo como una especie de arroyo, sin gran relación con un verdadero torrente alpino cuya blancura destaca sobre un fondo de roca negra, o un gran río de color sucio en un valle ventoso, pero en permanente fluir a través de nuestros paisajes cronográficos. Estamos tan habituados a ese espectáculo mítico, tenemos tal necesidad de licuar hasta el menor coágulo de vida, que acabamos por no poder hablar de Tiempo sin hablar de movimiento. Es verdad que ese sentido del movimiento procede de fuentes muy naturales, o, al menos, familiares: el conocimiento innato que tiene el cuerpo de su circulación sanguínea, el vértigo ancestral provocado por la salida y la puesta de los astros, y, por supuesto, nuestros métodos de medida, como la sombra móvil del reloj de sol, la caída de la arena en el de arena, los saltitos de la segunda... con lo que hemos vuelto otra vez al Espacio. Consideremos los marcos, los receptáculos. La idea de que el Tiempo «corre» en un sentido tan natural como el de la caída de una manzana en un jardín, implica que «corre» por y a través de algo, y si pensamos que ese «algo» es el Espacio, no nos queda sino una metáfora que «corre» a lo largo de una cinta métrica.

Pero, *anime meus*, desconfía de la llamada *marcel-wave* del arte elegante; evita el lecho proustiano y el «juego de palabras» asesino (que es en sí mismo un suicidio, como lo entenderán los conocedores de Verlaine).

Ahora estamos preparados para enfrentarnos con el Espacio. Rechazamos sin remordimientos el concepto artificial de un tiempo viciado por el espacio, parasitado por el espacio, el espacio-tiempo

de la literatura relativista. Quien encuentre gusto en ello, puede sostener que el Espacio es la cara externa del Tiempo, o el cuerpo del Tiempo, o que el Tiempo está empapado de Espacio, o viceversa, o que, de determinada y curiosa manera, el Espacio es meramente un subproducto del Tiempo, o, mejor, su cadáver, o que, a fin de cuentas, a final fin de cuentas, el Tiempo es el Espacio; esa clase de parloteo puede resultar agradable, sobre todo cuando uno es joven; pero nadie conseguirá hacerme creer que el movimiento de un objeto (digamos, una aguja) a través de un determinado trozo de Espacio (digamos, la esfera de un reloj) sea algo de la misma naturaleza que el «paso» del Tiempo. Un objeto que se mueve no hace otra cosa que atravesar una extensión de cualquier otra materia para cuya medida sirve, pero nada nos dice sobre la verdadera e impalpable estructura del Tiempo. Del mismo modo, una cinta graduada, aun cuando fuese de una magnitud infinita, no es el Espacio, y el cuentakilómetros más preciso no puede representar la carretera que yo veo como un sombrío espejo de lluvia bajo las ruedas que giran, y oigo como un susurro, y respiro como una noche húmeda de julio en los Alpes, y siento como una base lisa. Nosotros, pobres espacianos, estamos mejor adaptados, en nuestro Lacrima val,<sup>1</sup> a la Extensión que a la Duración: nuestro cuerpo es capaz de llegar mucho más lejos que nuestra memoria voluntaria. Yo no puedo (aunque ayer mismo traté de reducirlo a elementos mnemotécnicos) recordar el número de matrícula de mi nuevo coche, pero puedo sentir el asfalto bajo sus neumáticos delanteros, como si éstos formasen parte de mi propio cuerpo. Pero también el Espacio en sí (lo mismo que el Tiempo) es algo que no puedo comprender: un lugar en el que se da el movimiento. Un protoplasma en el cual la materia —concentración de protoplasma espacial— está comprimida y organizada. Es posible medir los glóbulos de materia, y las distancias que separan a unos de otros, pero el protoplasma espacial, en sí mismo, no es reducible a número.

Medimos el Tiempo (el segundero trota, el minuterero avanza a sacudidas, de una rayita a la siguiente) en función del Espacio (sin conocer la naturaleza del uno ni del otro), pero la evaluación del Espacio no exige siempre Tiempo —o, al menos, no requiere más tiempo que el «ahora» de un presente espacioso. La posesión perceptiva de una unidad de Espacio es prácticamente instantánea, cuando, por ejemplo, la mirada de un buen conductor registra el símbolo de una señalización de tráfico (una mezcla de colores y formas que quienes la han visto bien reconocen en un «nada» de tiempo como la indicación de un túnel), o algo de una importancia menos inmediata, como el delicioso signo de Venus, que podría creerse erróneamente que significa permiso para que las putillas hagan auto-stop, y que, en realidad, indica a los fieles que una iglesia se refleja en el río. Sugiero el empleo suplementario de un signo de párrafo (§) para las personas que leen conduciendo.

El Espacio se relaciona con nuestros sentidos de la vista, del tacto y del esfuerzo muscular; el Tiempo tiene cierta vaga relación con el oído (y, sin embargo, un sordo percibiría el «fluir» del tiempo incomparablemente mejor que un hombre cojo, manco y ciego la simple idea de «fluir»), «El Espacio es un hormigueo en nuestro ojo, y el Tiempo un canto en nuestro oído», dice un poeta moderno, John Shade, citado por un filósofo imaginario («Martin Gardiner») en *El Universo Ambidextro*, página 165 de la edición inglesa. El Espacio revolotea hasta el suelo, pero el Tiempo se queda entre el pulgar y el pensador cuando *monsieur* Bergson utiliza las tijeras. El Espacio pone sus huevos en los nidos del Tiempo: un «antes» aquí, un «después» allá, y una nidada moteada de «puntos mundiales» de Minkowski. Una extensión de Espacio es orgánicamente más fácil de medir



por la mente que una «extensión» de Tiempo. La noción de Espacio ha debido formarse antes que la noción de Tiempo (Guyau, en Whitrow). El vacío indiscernible (Locke) del espacio infinito se distingue mentalmente (y, por otra parte, no podría ser imaginado de otra manera) del vacío ovoide del Tiempo. El Espacio medra a base de cantidades irracionales, el Tiempo no se reduce a raíces en el encerrado. Es posible que la misma porción de Espacio parezca más extensa a una mosca que al filósofo S. Alexander, pero lo que para éste es un momento no son «horas para la mosca», porque, en ese caso, las moscas no esperarían a que las aplastasen con la palmeta. Yo no puedo imaginar el Espacio sin el Tiempo, pero puedo muy bien imaginar el Tiempo sin Espacio. El «Espacio-Tiempo», ese horrible híbrido, parece falso incluso en su guión intermedio. Es posible odiar el Espacio y amar el Tiempo.

Hay personas que saben plegar un mapa de carreteras. El autor de este libro no es una de ellas.

Creo llegado el momento de hablar un poco de mi actitud a propósito de la «Relatividad». No es la de un simpatizante. Lo que un gran número de cosmólogos tiene tendencia a considerar como una verdad objetiva es en realidad el vicio propio de las matemáticas orgullosamente disfrazado de verdad. El cuerpo de la persona atónita que se desplaza por el espacio se achata en la dirección del movimiento, y se empequeñece catastróficamente a medida que su velocidad se aproxima a la velocidad más allá de la cual, en virtud de una fórmula inverosímil, no puede haber velocidad. Lo lamento por esa persona (no por mí), pero rechazo la historia de que su reloj se atrasa. El Tiempo, que, para ser aprehendido, requiere la mayor pureza de conciencia psicológica, es el elemento más racional de la vida, y mi razón se siente insultada por esos vuelos de la Ficción Tecnológica. Una conclusión especialmente grotesca, sacada (por Engelwein, según creo) de la Teoría de la Relatividad (y que le destruye, si está correctamente sacada) es que el galactonauta y sus animales domésticos, al regreso de una caminata por los veloces spas del Espacio, serían más jóvenes que si se hubiesen quedado todo el tiempo entre nosotros. Imaginadles, saliendo de su arca aérea como esos rotarios rejuvenecidos por sus galas de pollitos, descendiendo de sus enormes autocares de alquiler, que se detienen, con un odioso abuso de guiños de faros, ante el coche de un automovilista impaciente, justo en el punto en que la carretera se vuelve enteca para meterse en el cuello de botella de una aldea de montaña.

Podemos considerar que dos acontecimientos son percibidos simultáneamente cuando corresponden al mismo momento de la atención; del mismo modo (¡insidiosa comparación, obstáculo imposible de apartar!) que podemos poseer visualmente una unidad de espacio: por ejemplo, un disco rojo con el interior blanco, y, en éste, el dibujo de un cochecito visto de frente, que prohíbe el acceso a la callejuela en la que, sin embargo, acabo de meterme con un furioso coup de volant. Sé que los relativistas, estorbados por sus «señales luminosas» y sus «relojes de viaje», tratan de demoler la idea de simultaneidad a escala cósmica, pero imaginemos una mano gigantesca cuyo pulgar reposara en una estrella y el meñique en otra... ¿No tocaría al mismo tiempo las dos estrellas? ¿O las coincidencias táctiles son aún más falaces que las coincidencias ópticas? Creo que será mejor que retroceda y escape de este callejón sin salida.

En los meses más productivos del episcopado de san Agustín, Hipona se vio afectada por una sequía tan impresionante que hubo que sustituir (las clepsidras por relojes de arena. San Agustín definía el Pasado como lo que ya no es, y el Futuro como lo que aún no es (de hecho, el futuro es un

fantasma que pertenece a otra categoría, esencialmente distinta a la del Pasado, que, al menos, estaba ahí hace un instante; ¿dónde lo he metido?; ¿en mi bolsillo? Pero la misma búsqueda es ya «pasado»).

El Pasado es inmutable, intangible y no susceptible de «volver a ser visitado», calificativos que no pueden aplicarse a esta parte del Espacio que veo, por ejemplo, como una villa blanca con un garaje más blanco aún (más nuevo) y siete cipreses de alturas diferentes, desde el alto domingo hasta el pequeño sábado, vigilando el camino particular que serpentea entre los arbustos encanijados hasta la carretera (pública) que enlaza Sorcière con la autopista de Mont-Roux (a más de ciento cincuenta kilómetros).

Procederé ahora a considerar el Pasado como una acumulación de sensa, objetos de percepción, y no como esa disolución del Tiempo implicada en ciertas metáforas inmemoriales que expresan la transición. El «paso del tiempo» es sólo una ficción de la mente, sin contrapartida objetiva, pero que se presta al juego de las analogías espaciales. Sólo se ve en el espejo retrovisor, en las formas y las sombras, los alerces y los pinos, que se alejan en montones confusos. El perpetuo desastre del tiempo que se va, de la caída de piedras, de los deslizamientos de tierras, de esas carreteras de montaña en las que siempre hay piedras que caen y hombres que trabajan.

Construimos modelos del Pasado que utilizamos más tarde espaciológicamente para materializar y reconstruir el Tiempo. Tomemos un ejemplo bien conocido. Zembre, un antiguo pueblo a orillas del Minder, cerca de Sorcière, en el Valais, estaba desapareciendo gradualmente entre inmuebles de nueva construcción. A comienzos de siglo había adquirido un aspecto decididamente moderno, y los organismos para la conservación de monumentos tuvieron que intervenir. Hoy, tras años de reconstrucción minuciosa, una réplica del viejo Zembre, con su castillo, su iglesia y su molino, extrapolados a la otra orilla del Minder, se alza frente a la ciudad modernizada, de la que sólo la separa la extensión de un puente. Ahora bien, si se sustituye la visión espacial (la del helicóptero) por una visión cronal (la del retrovisor), y el modelo material del viejo Zembre por un modelo mental de la ciudad en el Pasado (digamos, hacia 1822), se descubre que la ciudad moderna y el modelo de la ciudad antigua no son como dos puntos situados en el mismo lugar en dos momentos diferentes (en la perspectiva espacial, están, en el mismo momento, en lugares diferentes). El espacio en el cual se coagula la ciudad moderna es instantáneamente real, mientras que el que sirve de marco a su imagen retrospectiva (distinta de la reconstitución material) brilla con luz trémula en un espacio imaginario, y no existe puente alguno que nos permita pasar de uno a otro. En otros términos, como se dice cuando el autor y el lector forcejean sin encontrar la salida, en una desesperada confusión mental, al construir en nuestro espíritu un modelo de la vieja ciudad del Minder no hacemos sino «espacializarla» (o extirparla realmente de su elemento propio para echarla sobre las orillas del Espacio). Por eso la palabra siglo no corresponde *en modo alguno* a los cien pies de acero del puente que enlaza la ciudad moderna y la «antigua» reconstruida. Eso era lo que queríamos probar, y lo hemos probado.

El Pasado es, pues, una constante acumulación de imágenes. Uno puede, a voluntad, escucharlo y contemplarlo, gustarlo y tantearlo intermitentemente, de modo que pierde la significación que reviste en el más amplio sentido teórico, a saber, el de una sucesión ordenada de acontecimientos interrelacionados. Se transforma entonces en un caos generoso, del cual el genio del recuerdo total,

conjurado en esta mañana estival de 1922, puede sacar lo que le venga en gana: los diamantes desperdigados por el parquet en 1888; una bella pelirroja con sombrero negro en un bar de París en 1883; la semisonrisa pensativa de una joven institutriz inglesa volviendo a cubrir delicadamente el infantil prepucio tras el ligero retozo extra de la noche en 1880; en 1884, una niña que lame la miel del desayuno chupándose las uñas terriblemente roídas de sus dedos abiertos; la misma, a los treinta y tres años de edad, confesando, algo tardíamente, que no le gustan las flores en jarrones; el atroz dolor que le hirió en el costado bajo la mirada de dos niños que llevaban un cesto de setas, en el gozoso ardor del bosque de pinos; y la asustada protesta del claxon del coche belga al que adelantó ayer en esa curva sin visibilidad de la carretera de montaña. Tales imágenes no nos dicen nada de la *Textura del Tiempo* de que forman parte, salvo, quizás, en un caso, que resulta difícil de establecer. La coloración de un objeto surgido en el recuerdo (u otra cualquiera de sus características visuales), ¿difiere de una fecha a otra? El tono de color de un objeto, ¿me permitiría determinar si el objeto en cuestión se sitúa antes o después en la estratigrafía de mi Pasado? ¿Existe algún uranio mental cuya descomposición pudiera utilizarse para medir la edad de un recuerdo? La principal dificultad, me apresuro a explicarlo, consiste en la incapacidad en que el experimentador se encuentra de servirse del mismo objeto en momentos diferentes (por ejemplo, la estufa holandesa de los pequeños veleros azules en el cuarto de los niños de Ardis, en 1884 y en 1888), porque las diversas impresiones (dos, en nuestro caso) se mezclan y forman en la mente una imagen compuesta; pero si se escogen objetos diferentes (por ejemplo, las caras de dos cocheros memorables, Ben Wright en 1884 y Trofim Fartukov en 1888), resulta imposible, hasta donde he podido comprobarlo en el curso de mis investigaciones, evitar la intrusión no ya sólo de características diferentes, sino además de circunstancias emocionales, que no permiten considerar que fuesen esencialmente iguales antes, si puede decirse así, de ser expuestos a la acción del Tiempo. No estoy seguro de que objetos así no puedan ser descubiertos. En mi trabajo profesional, en mis laboratorios de psicología, he ideado cierto número de tests muy ingeniosos (uno de los cuales —el método para descubrir si una mujer es virgen, sin necesidad de recurrir al examen médico —lleva hoy mi nombre). Podemos admitir, por consiguiente, que es posible efectuar la experiencia —y constituye un verdadero suplicio de Tántalo el descubrir ciertos niveles exactos de saturación decreciente o de creciente luminosidad, tan exactos que el «algo» que percibo de una manera vaga en la imagen de la persona que recuerdo pero no puedo identificar, y que «de algún modo» sitúa esa persona en mí infancia más bien que en mi adolescencia, puede recibir, si no un nombre, al menos una fecha precisa, *exempli gratia*, el primero de enero de 1908 (¡eureka!, el ejemplo ha sido eficaz: esa persona es el antiguo preceptor de mi padre, que me traía *Alice in the Camera Obscura* para mi octavo aniversario).

Nuestra percepción del Pasado no está marcada por el encadenamiento de los acontecimientos sucesivos con tanta fuerza como nuestra percepción del Presente y los instantes que preceden inmediatamente a su punto de realidad. Yo suelo afeitarme todas las mañanas, y tengo por costumbre cambiar las hojas de afeitar después de usarlas dos veces; de vez en cuando ocurre que me salto un día, y a la mañana siguiente tengo que rasurar un espesor extraordinario de pelos rebeldes, cuya obstinada presencia comprueban mis dedos tras cada pase de la maquinilla —y, en ese caso, utilizo la hoja una sola vez—. O, cuando evoco una serie de afeitados recientes, ignoro el elemento de la sucesión: todo lo que quiero saber es si la hoja metida en la máquina ha servido una o dos veces; si sólo ha servido una, el orden de los dos días, con o sin afeitado, carece de

importancia; de hecho, tiendo a oír y sentir la segunda —y más dolorosa —mañana primero, y colocar después el día sin afeitado, a consecuencia de lo cual mi barba crece, por así decirlo, al revés.

Si, armados con nuestras pobres migajas de saber referente a la coloreada materia del Pasado, modificamos ahora nuestra visión, y no consideramos ese Pasado sino como una reconstrucción coherente de acontecimientos pretéritos, algunos de los cuales son retenidos por la mente ordinaria con menos claridad que otros (o no son retenidos en absoluto), podemos permitirnos un juego mucho más fácil con la luz y las sombras de sus avenidas. Las representaciones de la memoria comprenden la post-representación de sonidos regurgitados, por así decirlo, por el oído, que los ha registrado un momento antes, cuando la mente se ocupaba en evitar a los estudiantes, de modo que podemos verdaderamente volver a oír el mensaje de la campana después de haber dejado atrás Turtsen y su campanario ahora silencioso, pero todavía resonante. El análisis de esos últimos acontecimientos del Pasado inmediato exige menos tiempo físico que el que ha necesitado el mecanismo de la campana para dar sus golpes, y ese misterioso «menos» es una particularidad del Pasado todavía fresco, en el cual, en el curso de esta inspección inmediata de sus fantasmas, se ha introducido el Presente. El «menos» significa que el Pasado no tiene ninguna necesidad de relojes, y que la sucesión de sus acontecimientos no participa del tiempo de los relojes, sino de algo que está más en armonía con el auténtico ritmo del Tiempo. Ya sugerimos antes que los intervalos mortecinos entre los acentos sombríos proporcionan la sensación de la *Textura del Tiempo*. Eso tiene también su aplicación, aunque de un modo más vago, a las impresiones producidas por la percepción de los intervalos de tiempo olvidado o «neutro» entre los acontecimientos coloreados. Es en forma de colores (gris azulado, violeta, gris rojizo) como yo recuerdo mis tres conferencias de despedida (públicas las tres) sobre el Tiempo en Bergson, conferencias que di hace algunos meses en una gran universidad. Recuerdo con menos claridad, y puedo, desde luego, excluirlos por completo de mi mente, los intervalos de seis días entre el azul y el violeta, y entre el violeta y el gris. Pero tenga una visión perfectamente precisa de las circunstancias en que se desarrollaron las conferencias mismas. Me retrasé ligeramente en la primera (que trataba del Pasado), y eso me permitió ver, con un no desagradable estrechamiento, como si asistiese a mi propio entierro, las ventanas brillantemente iluminadas de Counterstone Hall, y la menuda silueta de un estudiante japonés que también llegaba tarde y se me adelantó al galope para desaparecer por la puerta de entrada mucho antes de que yo alcanzase los peldaños de la escalera semicircular. Cuando mi segunda conferencia (la consagrada al Presente), durante los cinco segundos de silencio y «atención interior» que exigía de mi auditorio para ilustrar la argumentación que yo (o, mejor, la amada joya parlante del bolsillo de mi chaleco) iba a dar a conocer a propósito de la verdadera percepción del tiempo, los ronquidos monumentales de un durmiente de barba blanca llenaron la sala... que, naturalmente, se vino abajo. En el curso de la tercera y última conferencia, sobre el Futuro («Falso Tiempo»), el aparato disimulado que reproducía mi voz y que funcionaba perfectamente, acababa de sufrir alguna oscura avería mecánica, y yo preferí simular una crisis cardíaca y ver cómo me llevaban a la oscuridad para siempre jamás (al menos, en tanto que conferenciante), antes que tratar de descifrar y seleccionar el paquete de notas borrosas y arrugadas que obsesionan a los malos oradores en bien conocidos sueños (que el doctor Freud de Signy-Mondieu-Mondieu atribuye al hecho de haber leído en la primera infancia cartas de amor de padres adúlteros). Doy detalles ridículos, pero sobresalientes, para mostrar que los acontecimientos escogidos para el experimento

deben no solamente ser llamativos y concentrados (tres conferencias en tres semanas), sino estar vinculados entre sí por su característica principal (las desventuras de un conferenciante). Percibo los dos intervalos de cinco días como dos hoyuelos gemelos, rellenos de una especie de niebla grisácea, tersa, con dos ligeros toques de confeti (que quizá se colorearían bruscamente si yo dejase que se formara algún recuerdo fortuito entre los límites diagnósticos). A causa de su situación entre cosas muertas, ese *continuum* mortecino no puede ser palpado, gustado o escuchado con tanta sensualidad como el «hueco entre los latidos rítmicos», el Hueco de Veen; pero comparte con éste una notable característica: la inmovilidad del Tiempo perceptivo. La sinestesia, a la cual estoy excesivamente predispuesto, resulta ser de gran utilidad en este tipo de tarea —una tarea que ahora se acerca a su punto crucial, la floración del Presente.

Ahora sopla el viento del Presente en la cumbre del Pasado, en lo alto de los puertos que estoy orgulloso de haber alcanzado a lo largo de mi existencia, el Umbrail, la Fluela, la Furka de mi más clara conscienda. El momento cambia en el punto de percepción sólo porque yo mismo me encuentro constantemente en un estado de trivial metamorfosis. Para darme tiempo a tomar el tiempo del Tiempo he de proyectar mi mente en dirección opuesta a aquélla en la que yo estoy, como se hace cuando se conduce a lo largo de una fila de álamos y se desea aislar y detener uno de ellos: la indistinta y confusa masa de verdor descubre entonces y ofrece —sí, ofrece— cada una de sus hojas. Hay un cretino que me viene siguiendo.

Ese acto de atención es el que bauticé el año pasado con el nombre de «Presente Deliberado», para distinguirlo de una forma más general, llamada (por Clay, en 1882) el «Presente Especioso». La construcción consciente del uno y la corriente habitual del otro nos dan tres o cuatro segundos de inmediatez. Esa inmediatez es la única realidad que conocemos; sigue a la nada coloreada de lo que ya no es, y precede a la nada absoluta del futuro. Podemos, pues, decir, en un sentido enteramente literal, que la vida humana consciente no dura nunca más que un momento, ya que en ningún instante de atención deliberada a nuestra propia corriente de consciencia sabemos si ese momento será el último. Como explicaré más adelante, yo no creo que la «anticipación» («acción de esperar con placer anticipado un progreso o temer un contratiempo social», según expresión del desgraciado pensador S. A.) desempeñe un papel muy importante en la formación del presente especioso, ni que el futuro se transforme en un tercer panel del Tiempo, incluso cuando anticipamos una cosa u otra —una curva de la bien conocida carretera, o la visión pintoresca de dos colinas escarpadas, la una con un castillo, la otra con una iglesia— pues cuanto más lúcida es la previsión tanto menos puede ser profética. Si el imbécil que me sigue hubiera decidido adelantarme precisamente ahora, habría chocado de narices con el camión que ha aparecido en la curva, y no habría sido extraño que la vista, y yo mismo, hubiéramos desaparecido en la colisión múltiple.

Nuestro modesto Presente es pues esta parcela del Tiempo de la que tenemos un conocimiento directo y veraz, cuando el recuerdo perfectamente fresco del Pasado reciente es aún percibido como una parte del momento presente. Por lo que se refiere a la vida cotidiana y a la habitual satisfacción del cuerpo (cuya salud es pasablemente buena, que aún tiene fuerzas, que respira la verde brisa, que saborea el regusto del más exquisito alimento del mundo: un huevo duro), carece de importancia el que nunca podamos gozar del *verdadero* Presente, que es un instante de duración cero, representado por una bella mancha de tizne, como el punto sin dimensiones de la geometría

se representa con un punto de buenas dimensiones en tinta de imprenta, en un papel palpable. El automovilista normal puede percibir visualmente, si hay que creer a los psicólogos y a los policías de tráfico, una unidad de tiempo que no sobrepase una décima de segundo (yo he tenido un enfermo —un antiguo jugador —que podía reconocer una carta en menos de la quinta parte de ese tiempo). Sería interesante medir el tiempo que necesitamos para detectar una esperanza frustrada o cumplida. Los olores pueden ser muy brutales, y en la mayoría de las personas los sentidos del oído y del tacto reaccionan más rápidamente que el de la vista. Esos dos autoestopistas olían muy realmente... y muy repelentemente, por lo que respecta al macho.

Nos queda ahora definir este conocimiento del pasado inmediato, sin el cual el Presente no es más que un punto imaginario. El Espacio vuelve a importunarnos, una vez más, si digo que lo que consideramos como «Presente» es la constante edificación del Pasado, cuyo nivel va subiendo suave e implacablemente. ¡Qué escaso y qué mágico!

Ahí están las dos colinas rocosas coronadas de ruinas que han dejado en mi mente, desde hace diecisiete años, un recuerdo romántico y brillante como una calcomanía, no totalmente exacto, lo confieso: a la memoria le gusta la *otsebyatina* («lo que uno añade por sí mismo»); pero la ligera discrepancia ha sido ahora corregida, y ese retoque artístico realza el impacto del Presente. El sentimiento más agudo de inmediatez, traducido al lenguaje visual, es la posesión deliberada de un sector de espacio captado por la vista. Ese contacto es el único que el Tiempo tiene con el Espacio, pero su repercusión llega muy lejos. El Presente, para ser eterno, tiene que depender del abrazo consciente de una extensión infinita. Entonces, y sólo entonces, puede ser asimilable al Espacio Eterno. He sido herido en mi duelo con el Impostor.

Y ahora entro en el pueblo de Mont-Roux, bajo unas guirnaldas de una bienvenida que me parte el corazón. Estamos a lunes 14 de julio de 1922. Son las cinco horas y trece minutos de la tarde en mi reloj de pulsera, las once cincuenta y dos en la esfera incorporada en el tablero de instrumentos de mi coche, las cuatro y diez en todos los relojes murales del pueblo. El autor se encuentra en un estado mixto de alegría, agotamiento, esperanza y miedo. Viene de practicar el alpinismo en los incomparables Balkanes, con dos guías austríacos y una hija adoptada temporalmente. Ha pasado la mayor parte del mes de mayo en Dalmacia, y el de junio en los Dolomitas, y en ambos lugares ha recibido cartas de Ada con el anuncio de la muerte de su marido (el 23 de abril, en Arizona). Se ha puesto en camino hacia el oeste, al volante de un «Argus» azul oscuro, que prefiere a cualquier otro porque Ada ha encargado que uno exactamente igual esté preparado para ella a su llegada a Ginebra. Ha adquirido tres nuevas villas, dos en el Adriático y una en Ardez, al norte de los Grisones. A una hora avanzada del domingo 13 de julio, el conserje del Alraun Palace de Alvena le ha entregado un telegrama que esperaba desde el viernes:

LLEGO MONT-ROUX TRES CISNES LUNES HORA CENA QUIERO ME DIGAS FRANCAMENTE SI TE CONVIENE FECHA Y TODO EL TRALALÁ.

El mensaje que transmitió por el nuevo «instantograma» en el aeropuerto de Ginebra terminaba con la última palabra de su telegrama de 1905. Aunque la noche amenazaba con ser torrencial, se puso en camino en dirección a Vaud. A fuerza de velocidad y de insensatez, se despistó en la carretera de Oberhalbstein en la bifurcación de Silvaplana (150 kilómetros al sur de Alvena), siguió a lo largo de múltiples contorsiones para salir al norte por Chiavenna y el Splügen, y llegó finalmente, en condiciones apocalípticas, a la nacional número 19 (un trayecto inútil de un centenar de kilómetros), viró por error al este, hacia Coire, hizo, jurando horribilmente, un cambio de dirección en plena carretera, se dirigió al oeste y cubrió en unas dos horas los ciento setenta y cinco kilómetros que todavía le separaban de Brigue. En su retrovisor, el rojo pálido del alba había dejado paso hacía tiempo al brillo apasionado del día cuando se encaminó hacia el sur, en las curvas de la nueva carretera de Pfynwald a Sorcière —donde, diecisiete años antes, había comprado una casa (la actual Villa Jolana)—. Los tres o cuatro criados que quedaron allí para velar por su propiedad se habían aprovechado de su prolongada ausencia para desaparecer. En consecuencia, para entrar en su casa, tuvo que jugar a los ladrones, con la entusiasta ayuda de dos autoestopistas perdidos por los alrededores: un chico perfectamente repugnante, procedente de Hilden, y su Hilda, de pelos largos, desaliñada y lánguida. Los dos acólitos estaban equivocados si esperaban encontrar allí botín y bebida. Después de echarles fuera, trató en vano de conciliar el sueño en un lecho sin sábanas y se trasladó finalmente al jardín enloquecido de pájaros, del cual tuvo que echar de nuevo a sus dos amigos, que copulaban en la piscina desecada. Era ya casi mediodía. Trabajó un par de horas en su *Textura del Tiempo*, comenzada en los Dolomitas, en el Lammermoor (que no era el mejor de los hoteles en que se había hospedado recientemente). La razón utilitaria que le había impulsado a ponerse a trabajar debía impedirle pensar interminablemente en la prueba de felicidad que le aguardaba a unos ciento cincuenta kilómetros al oeste. Pero no le impidió satisfacer el sano deseo de tomar un desayuno caliente, e interrumpió su garrapateo sobre las cuartillas para dedicarse al descubrimiento de un restaurante al borde de la carretera que le conducía a Mont-Roux.

Los Tres Cisnes, donde tenía reservadas las habitaciones 508, 509 y 510, habían experimentado diversos cambios desde 1905. El Lucien de nariz de ciruela y vientre prominente que le recibió no le reconoció a primera vista... y luego comentó que el señor no había «desmejorado» precisamente, aunque, en realidad, Van había casi vuelto al peso que tenía diecisiete años antes, tras dejarse varios kilos en los Balkanes, gracias a las escaladas practicadas en compañía de la entusiasta pequeña Acrazia (depositada después en un internado elegante de los alrededores de Florencia). No, la señora Vinn Landère no había llamado. Sí, el hall había sido renovado. El suizo alemán Louis Wicht dirigía el hotel desde la muerte de su suegro, Luigi Fantini. En el gran salón, del cual la puerta abierta permitía una vista parcial, la inmensa y memorable pintura —tres Ledas de anchas caderas cambiando impresiones lacustres— había sido remplazada por una obra de arte neo-primitiva de tres huevos amarillos y un par de guantes de lampista destacando sobre lo que parecían ser los azulejos de un cuarto de baño. Cuando Van, seguido de un recepcionista vestido de negro, entró en el ascensor, éste emitió bajo la presión de sus pies un sonido hueco y metálico, y, una vez en marcha, empezó a difundir un reportaje fragmentario de alguna competición... quizás una carrera de triciclos. Van no pudo por menos de lamentar que aquella caja ciega y funcional (aún más exigua que el montacargas de servicio que en otros tiempos había utilizado) remplazase ahora al lujoso

vehículo de antaño —verdadera sala de espejos ascendentes— cuyo antiguo manipulador (ocho lenguas, patillas blancas) se había transformado en un pulsador más.

A la entrada de la habitación 509, Van reconoció el *Bruslot à la sonde* junto a la alacena blanca que siempre parecía estar embarazada (y bajo cuyas puertas correderas se enganchaba invariablemente la alfombra, hoy desaparecida). En el salón no reconoció más que un escritorio y la vista que se disfrutaba desde la terraza. Todo lo demás —los ornamentos semitransparentes en forma de espigas de trigo, las inflorescencias de cristal, los sillones tapizados de seda— había sido licenciado en beneficio de accesorios *hochmodernen*.

Se dio una ducha, se cambió y acabó el frasco de coñac de su maletín de viaje. Telefonó al aeropuerto de Ginebra y se informó de que el último avión procedente de los Estados Unidos de América acababa de llegar. Salió a dar una vuelta y vio que la célebre «morera», que desplegaba sus desarrollados miembros por encima de un modesto W.C. público, estaba realzada por una suntuosa eflorescencia azul-violeta. Tomó una cerveza en el café de frente a la estación, y luego, automáticamente, entró en la floristería de al lado. Debía haberse vuelto chocho para olvidar lo que ella había dicho la última vez sobre su extraña antofobia (de algún modo debida a aquella orgía *à trois* de treinta años antes). Por lo demás, las rosas no le habían gustado nunca. Contempló, y fue contemplado a su vez, con mucha mayor insolencia, por unos pequeños Carolos de Bélgica, Pinks Sensations de largo tallo, y Superstars bermellón. Había también cinacinas y crisantemos, y afelandras en maceta, y dos graciosos pececillos del género *Cyprinus*, con la cola en forma de vela, en un acuario empotrado en la pared. Para no defraudar a la amable anciana florista, compro diecisiete bácaras sin perfume, pidió la guía telefónica, la abrió por la página Ad-Au, Mont-Roux, se fijó en «Addor, Yolanda, Srta., secret. rue Des Délices, 6», y, con una presencia de ánimo muy americana, encargó que enviaran el ramo a aquella dirección.

Era la hora en que la gente volvía apresuradamente a sus casas, desde sus lugares de trabajo. Con el vestido sudado, mademoiselle Addor subía la escalera. Las calles habían estado considerablemente más en calma en la sordina del Pasado. La vieja columna Morris, sobre la cual había figurado tiempo atrás, en su condición de actriz, la actual reina de Portugal, no se elevaba ya en la esquina del Camino de Mustrux (antigua deformación del nombre de la población). Los camiones llenaban con su gruñido las calles de Mont-Roux.

La camarera había echado las cortinas. Él las abrió con un brusco gesto, decidido, al parecer, a prolongar hasta el límite extremo la tortura de aquel día. El balcón de balaustrada de hierro sobresalía lo bastante para recoger los rayos oblicuos del sol. Van recordó su última y fugitiva visión del lago, en aquel sombrío día de octubre de 1905, cuando se separó de Ada. Entonces, las fúlicas se inclinaban y se enderezaban en la marejada de lluvia helada, disfrutando concienzudamente de las aguas duplicadas; a lo largo de los muelles, espirales de espuma se enredaban en la cresta gris de las olas que avanzaban sobre la orilla, y, de cuando en cuando, una conmoción más intensa levantaba el agua lo suficiente para rociar el paseo por encima del parapeto. Pero hoy, en aquel radiante atardecer de verano, no había olas espumosas ni aves nadadoras; sólo se veían algunas gaviotas blancas que volaban por encima de su sombra negra. El bello lago soñador, rizado de olitas verdes, plisado de azul, se extendía, amplio y sereno; sus superficies lisas y brillantes alternaban con otros espacios finamente arrugados. Y, en un rincón del cuadro, al fondo, a



la derecha, como si el pintor hubiese buscado un efecto de luz muy especial, la estela refulgente de la puesta de sol palpitaba a través del follaje de un álamo lacustre que parecía a la vez incendiado y licuado.

A lo lejos, un idiota, inclinado hacia atrás sobre un par de esquís náuticos y a remolque de un fuera-borda, empezó a desgarrar el cuadro. Afortunadamente, se cayó antes de haber podido hacer demasiado daño. Y en aquel mismo instante comenzó a sonar el teléfono del salón.

Van pensó de pronto que Ada —al menos durante su vida adulta —no había conversado nunca con él por teléfono. Y el teléfono conservaba la esencia misma de su voz, la brillante vibración de sus cuerdas vocales, el ligero «salto» de su laringe, la risa que se colgaba del contorno de la frase, como por miedo de caerse, en su alegría juvenil, de las veloces palabras en las que cabalgaba. Era el timbre del pasado de ambos, como si fuese el mismo pasado quien estuviese comunicando («Ardis, uno-ocho-ocho-seis»... «¿Cómo? No, no, no es dieciocho ochenta y ocho, sino dieciocho ochenta y seis»). Dorada, juvenil, la voz burbujeaba con todas las características melodiosas que él conocía, o, más bien, que reconoció, de pronto, en el mismo orden de su aparición: aquel talante alegre, aquel desbordamiento de placer casi erótico, aquella seguridad y aquella animación, sin contar —lo que era particularmente delicioso —el hecho de que, muy inocentemente, ella no tenía conciencia de las modulaciones que a él le encantaban.

Ada habían tenido problemas con su equipaje, y aún no estaban resueltos. Las dos doncellas que debían haber embarcado la víspera a bordo de un Laputa (avión de mercancías) con sus maletas, habían quedado varadas en alguna parte. No tenía en su poder más que un maletín. El conserje estaba tratando de informarse por teléfono en aquellos momentos. ¿Podía bajar Van? Estaba neveroyatno golodnaya (muerta de hambre).

Al resucitar el pasado vinculándolo al presente, a las montañas azul-pizarra que iban oscureciéndose al otro lado del lago, a la estela del sol poniente, cuyas lentejuelas danzaban entre las hojas del álamo, la voz del teléfono constituía el centro focal de la percepción más profunda que él había tenido del tiempo tangible, del radiante «ahora», la única realidad de la *Textura del Tiempo*. A la gloria de la cumbre sucedieron las dificultades del descenso.

En una de sus últimas cartas, Ada le había advertido de que «estaba muy cambiada, tanto de línea como de color». Llevaba un corsé que acentuaba la nueva majestad de su cuerpo, envuelto en un vestido de terciopelo negro de corte flotante, a la vez excéntrico y monacal, como los que tanto gustaban a su madre. Sus cabellos, cortados al estilo «paje», estaban teñidos, de un bronce brillante. El cuello y las manos seguían tan pálidos y delicados como siempre, pero surcados por un relieve de tendones y venas desconocidas. No escatimaba el empleo de cosméticos para disimular las líneas que salían de las comisuras de sus labios pintados de carmín y de los rabillos de los ojos sombreados, cuyo iris opaco parecía ahora menos misterioso que miope a causa de la agitación nerviosa de las teñidas pestañas. Van observó que, al sonreír, dejaba ver un premolar superior con funda de oro; al otro lado había otro haciendo juego. El reflejo metálico le afligió menos que aquel vestido de terciopelo, cuadrado de hombros, con una falda ancha que descendía muy por debajo de las rodillas y muy relleno en las caderas, con el doble propósito de disminuir el talle y disimular por exageración las formas ahora más abundantes de la pelvis. No quedaba nada de su gracia

desgarbada, y el nuevo aspecto de la madurez, junto con el terciopelo, adquirían, con su irritante dignidad, la condición de obstáculos y armas defensivas. Él la amaba demasiado tiernamente, demasiado irrevocablemente, para dejarse deprimir más de lo debido por inquietudes de orden sexual. Pero, por el momento, sus sentidos permanecían inertes —hasta tal punto, en realidad, que no sentía el menor deseo (mientras levantaban sus rutilantes copas de champaña en una parodia del ritual del cisne) de comprometer su orgullo masculino en un abrazo poco caluroso en cuanto acabasen de cenar. Si esperaba que lo hiciera, malo; en caso contrario, peor aún. En otros tiempos, cuando volvían a verse, la tensión, que subsistía como una sensación sorda tras los vividos dolores causados por el escalpelo del Destino, quedaba pronto ahogada en el deseo, dejando que la vida reencontrase su camino. Pero ahora se veían reducidos a sus propios recursos.

Las trivialidades utilitarias de su conversación de sobremesa —o, más bien, del sombrío monólogo de Van —le parecieron positivamente degradantes. Acabó por explicar, luchando contra el atento silencio de ella, chapoteando en los charcos de las pausas, odiándose a sí mismo, que había hecho un viaje largo y fatigoso, que había dormido mal, que estaba trabajando en un estudio sobre la naturaleza del Tiempo, tema que exigía una dura lucha con el pulpo de su propio cerebro. Ella echó una mirada a su reloj de pulsera.

—Lo que te estoy diciendo —dijo Van, con dureza —no tiene nada que ver con los relojes.

El camarero les trajo el café. Ada sonrió, y Van notó que la sonrisa había sido provocada por una conversación de la mesa de al lado, donde un inglés triste y de grueso abdomen, que acababa de llegar, estaba discutiendo la minuta con el maitre.

—Para comenzar —dijo el inglés—, tomaría bananas.

—No dice «bananas», señor, sino «ananás»: zumo de ananás.

—Ah, sí. Bien, pues sírvame una sopa clara.

El joven Van devolvió la sonrisa a la joven Ada. Curiosamente, aquel breve intercambio de palabras en la mesa vecina produjo una especie de deliciosa distensión.

—De pequeño —dijo Van —cuando mi primera, o, mejor, mi segunda estancia en Suiza, creía que el «verglas» de «las señales de tráfico era el nombre de alguna ciudad mágica, situada algo más allá, al pie de todas las pendientes nevadas; una ciudad que nunca se dejaba ver, pero que esperaba su hora. Recibí tu telegrama en Engadine, donde hay lugares realmente mágicos, como Alraun o Alruna... que quiere decir «pequeño demonio árabe en el espejo de un hechicero alemán». A propósito, tenemos arriba el apartamento de otras veces, con una habitación más, la número 508.

—¡Oh, amor mío, temo que tendrás que anular la reserva de esa malaventurada 508! Si me quedase esta noche nos bastaría con la 510, pero tengo malas noticias para ti. No me puedo quedar. He de volver en seguida a Ginebra, en cuanto acabemos de cenar, para recuperar mis cosas y mis doncellas, que, al parecer, han sido mandadas por las autoridades a un Hogar para Mujeres Extraviadas porque no han podido pagar los nuevos derechos de aduana, absolutamente medievales. Después de todo, ¿no está Suiza, de algún modo, en el estado de Washington? Escucha,

no te pongas tan ceñudo (acariciándole la mano cubierta de manchas oscuras, donde su común marca de nacimiento había desaparecido entre las pecas de la edad, como un niño en el bosque otoñal de un cuento de hadas;) se le podía seguir reconociendo, todo lo más, el pulgar deformado de Mascodagama y las hermosas uñas en forma de almendra), te prometo que te avisaré dentro de un día o dos, y entonces haremos un crucero por Grecia con los Baynard...: tienen un yate y tres niñas adorables que todavía se bañan sin bañador, ¿de acuerdo?

—No sé a qué detesto más, si a los yates o a los Baynard. Pero, ¿puedo servirte de algo en Ginebra?

De nada. Baynard se había casado con su Córdula, después de un divorcio sensacional. Para serrar los cuernos de su marido habían sido necesarios los veterinarios de Escocia.

Ada no tenía aún su Argus. El negro lustroso y lúgubre del Yak de alquiler y las botas pasadas de moda de su chófer le recordaron la partida de Ada en 1905.

Cuando se quedó solo, volvió a subir, como un «hombre de cristal» cartesiano, como el fantasma del Tiempo en actitud de centinela, hasta su desolado quinto piso. Si hubiesen vivido juntos durante aquellos lamentables diecisiete años no habrían conocido aquel choque y aquella humillación. Su envejecimiento no habría sido sino un progresivo proceso de ajuste, tan imperceptible como el Tiempo mismo.

Su Trabajo-Pendiente, una gavilla de notas mezclada con sus pijamas, vino en su ayuda, como en Sorcière. Se tragó una tableta de Favodorme, y, mientras ésta hacía su efecto, se entregó, sentado ante el escritorio del salón, a sus «elucubracioncitas».

Los ultrajes y estragos de la edad, tan deplorados por los poetas, ¿ilustran al naturalista del Tiempo acerca de la esencia del Tiempo? Muy poca cosa. Solamente la imaginación de un novelista podía ser atraída por esta cajita ovalada, que un vez contuvo *Duvet de Ninon* (una marca de polvos, con un ave del paraíso en la tapa), olvidada en un cajón mal cerrado del arco de triunfo —no un triunfo sobre el tiempo, en todo caso— del escritorio. Parecía que el objeto azul-verde-anaranjado estuviese destinado a estimular en Van el pensamiento engañoso de que había permanecido esperando, durante diecisiete años, la mano lenta, como en un sueño, de su sonriente descubridor: un gastado truco de restitución simulada, una coincidencia prefabricada... y un verdadero desatino, porque era Lucette, hoy una sirena en los bosquecillos de la Atlántida, y no Ada, hoy una extranjera en una limusina negra cerca de Morges, quien tenía afición a aquellos polvos. Tirémosla, no vaya a desorientar a un filósofo más débil; lo que a mí me interesa es la delicada *Textura del Tiempo*, libre de todo recamado de acontecimientos.

Recapitulemos.

Fisiológicamente, el sentido del Tiempo es un sentido de continuo devenir, y, si el «devenir» tuviera voz, ésta podría ser, de modo bastante natural, una vibración sostenida; pero, por el amor del Leño, no confundamos el Tiempo con el Zumbido de oídos, ni el rumor de caracola marina de la duración con las pulsaciones de nuestra sangre. Por otra parte, el Tiempo, filosóficamente, no es sino el origen del recuerdo. La vida de cada individuo supone, desde la cuna a la tumba, la elaboración y consolidación progresivas de esa *espina dorsal de la consciencia* que es el Tiempo de los fuertes.

«Ser», quiere decir saber que se «ha sido». «No. ser» implica la única «nueva» especie de (falso) tiempo: el futuro. Lo descarto. La vida, el amor, las bibliotecas, no tienen futuro.

El Tiempo es cualquier cosa menos este tríptico popular: un pasado que ya no existe, el punto sin duración del «presente», y un «todavía no» que puede no llegar jamás. No. No hay más que dos paneles. El Pasado (existente para siempre en mi espíritu) y el Presente (al que mi espíritu confiere duración, y, en consecuencia, realidad). Si consideramos un tercer panel de la esperanza satisfecha: lo previsto, lo predestinado, la capacidad de previsión, de pronóstico perfecto, seguimos aplicando el espíritu al Presente.

Si se percibe el Pasado como un almacenamiento del Tiempo, y si el Presente es el proceso de esa percepción, el futuro, por el contrario, no es un elemento del Tiempo, no tiene nada que ver con el Tiempo y la gasa vaporosa de su textura física. El futuro no es más que un charlatán en la corte del Tiempo. Hay pensadores, pensadores sociales, que imaginan un Presente distendido más allá de sí mismo hacia un «futuro» aún no realizado, pero eso es una utopía enteramente utópica, política progresista. Los sofistas de la tecnología demuestran que, aprovechando las Leyes de la Luz, utilizando nuevos telescopios capaces de descifrar tipos de imprenta ordinarios a distancias cósmicas a través de los ojos nostálgicos de nuestros agentes en algún otro planeta, tenemos realmente la posibilidad de ver nuestro propio pasado (el descubrimiento del Goodson por Goodson y cosas por el estilo), incluidos documentos que prueban que no sabíamos lo que el porvenir nos reservaba (y que sabemos ahora), y que, por consiguiente, el futuro existía ayer, de donde podemos inducir que existe hoy, Quizás eso sea buena física, pero es una malísima lógica, y la Tortuga del Pasado no alcanzará nunca al Aquiles del Porvenir, cualquiera que sea el modo que tengamos de analizar las distancias en nuestras brumosas pizarras.

En el mejor de los casos, lo que hacemos cuando postulamos el futuro (en el peor de los casos no hacemos sino trucos triviales) es extender desmesuradamente el presente especioso, hasta hacerle impregnarse de cualquier cantidad de tiempo con todas las especies posibles de información, de anticipación, de precognición. En el mejor caso, el «futuro» es la idea de un hipotético presente basado en nuestra experiencia de la sucesión, en nuestra fe en la lógica y en la costumbre. Por supuesto que, en realidad, nuestras esperanzas no consiguen provocar su existencia más de lo que nuestras añoranzas consiguen cambiar el Pasado. Este último tiene al menos el sabor, la sal, el estilo de nuestro ser individual. Pero el futuro está fuera del alcance de nuestros sueños y de nuestras sensaciones. En cada instante, es una infinidad de posibles bifurcaciones. Un esquema determinista aboliría la noción misma de tiempo (aquí el comprimido hizo flotar su primera nubecilla). Lo desconocido, lo no experimentado, lo inesperado, y todas sus deslumbrantes intersecciones, son partes integrantes de la vida humana. El esquema preciso, arrebatando a la aurora su elemento de sorpresa, rasuraría por ese mismo hecho todos los rayos del sol.

El Favodormo comenzaba a obrar en serio. Van acabó de ponerse el pijama (operación que había necesitado una buena hora de tanteos y de gestos torpes, generalmente inacabados) y se metió no menos torpemente en la cama. Soñó que hablaba en la sala de conferencias de un trasatlántico, y que un hippie que se parecía al autoestopista de Hilden le preguntaba burlonamente cómo podía explicar el hecho de que en los sueños sabemos que vamos a despertar; ¿no era ésa una certeza análoga a la de la muerte, y, en ese caso, a la del futuro...?

Al amanecer, después de un brusco gemido, se encontró sentado en la cama, temblando: ¡si no hacía algo *inmediatamente*, la perdería para siempre! Decidió dirigirse en el acto al Manhattan de Ginebra.

Van dio la bienvenida a las heces escultóricas, que volvían a hacer acto de presencia al cabo de ocho días de un fango negruzco que ensuciaba cada vez las paredes de la taza del W.C. hasta una altura tal que todos los esfuerzos de la cisterna no conseguían eliminarlo. Cosas del aceite de oliva y de los W.C. italianos. Se afeitó, se bañó, se vistió rápidamente. ¿Era demasiado pronto para pedir el desayuno? ¿Debía llamar a su hotel antes de ponerse en camino? ¿Alquilar un avión? ¿O quizás sería más sencillo...?

Las ventanas del salón estaban abiertas de par en par. Aún quedaban estratos de bancos de niebla escalonados en las montañas azules del otro lado del lago, pero acá o allá sobresalía el ocre de las crestas de un pico, bajo la extensión azul turquesa de un cielo sin nubes. Cuatro enormes camiones pasaron con estruendo uno detrás de otro. ¿Sería quizás más sencillo satisfacer el capricho familiar de poner fin a todo, de lanzarse —¡plaf!— contra el pavimento? ¿Lo había hecho alguna vez? En el fondo, no se podía estar seguro. En el piso inmediato inferior, en la terraza de al lado, estaba Ada, absorta en la contemplación del paisaje.

Van vio su cabello rojizo, su cuello y sus brazos blancos, las pálidas flores del ligero salto de cama que llevaba puesto, las piernas desnudas, las plateadas zapatillas de tacón alto. Pensativamente, juvenilmente, voluptuosamente, se rascaba el muslo a la altura del nacimiento de la nalga derecha: firma rosa en pergamino de Ladore, un crepúsculo vespertino abundante en mosquitos. ¿Miraría hacia arriba? Todas sus flores se alzaron, radiantes, hacia él, y, en un gesto de regia ofrenda, Ada alzó las montañas, la bruma, el lago con tres cisnes, y se los ofreció.

Van salió al pasillo y se precipitó, por una pequeña escalera de caracol, al cuarto piso. Sintió en la boca del estómago el temor de que no fuese la habitación 410, como él se había figurado, sino la 412, o tal vez la 414. ¿Qué ocurriría si ella no había comprendido, si no le estaba esperando? Había comprendido y le esperaba.

Cuando, «un poco más tarde», Van, de rodillas y aclarándose la garganta, besaba sus amadas manos frías con una gratitud infinita, en un orgulloso desafío lanzado a la muerte, una vez vencida la mala suerte, Ada, inclinada sobre él, en el brillo prolongado del reciente acto amoroso, le preguntó:

—¿Creías, de verdad, que me había marchado?

—*Obmansbchitsa* (engañadora), *obmanshchitsa* —fue cuanto Van pudo contestar, aunque repetidamente, con el fervor y la exaltación de la felicidad satisfecha.

—Le dije que diera vuelta cerca de Morzhey («morsas» o «focas», juego de palabras ruso con «Morges»; ¿quizás el mensaje de una sirena familiar?). Y tú dormías, ¡tú podías dormir!

—Yo estaba trabajando. Ya tengo terminado el borrador.

Ella le confesó que al regresar a media noche había tomado en la biblioteca del hotel (el vigilante nocturno, lector impenitente, tenía la llave) y se había llevado a su habitación el volumen de la Enciclopedia Británica que contiene el artículo «Espacio-Tiempo».

—«El Espacio» (dice ese artículo, de modo algo equívoco) es la propiedad —tú eres mi propiedad —en virtud de la cual —tú eres mi virtud —los cuerpos rígidos pueden ocupar posiciones diferentes». ¿Bonito? Bonito.

—Ada, no te rías de nuestra prosa filosófica —le reconvino su amante—. Lo único que ahora importa es que yo he dado una nueva vida al Tiempo amputándole de su hermano siamés el Espacio y del falso futuro. Mi propósito era escribir una especie de novela en forma de tratado sobre la *Textura del Tiempo*, un estudio sobre el velo de su substancia, ilustrado con metáforas crecientemente numerosas, que construirían progresivamente una historia de amor lógica, progresando desde el pasado hacia el presente y desplegándose en un relato concreto, y anularían progresivamente las analogías para volver a desintegrarse en una dulce abstracción.

—Me pregunto —dijo Ada —si esa tentativa de descubrimiento se merece la policromía de una vidriera. Podemos saber el tiempo que hemos tomado. Podemos saber el tiempo que hemos dado. Pero no podemos saber lo que es el Tiempo. Sencillamente, nuestros sentidos no han sido hechos para percibirlo. Es como...

## QUINTA PARTE

### I

Yo, Van Veen, os saludo. Saludo a la vida, a Ada Veen, al doctor Lagosse, a Stephan Nootkin, a Violet Knox, a Ronald Oranger. Hoy es mi nonagésimo-séptimo cumpleaños. Desde mi maravillosa butaca Buen-reposo oigo rechinar un arado y ruido de pasos en el jardín deslumbrante de nieve. Oigo, también, a mi viejo ayuda de cámara ruso, que es más sordo de lo que él se cree, cómo abre y cierra cajones con tiradores de anilla en mi vestidor. Esta quinta parte no debe ser considerada como un epílogo: es la verdadera introducción de mi *Ada o el ardor*, Crónica Familiar. Noventa y siete por ciento de verdad, tres por ciento de verosimilitud.

De sus muchas moradas, tanto en Europa como en los trópicos, fue el Castillo de Ex, en los Alpes suizos —construcción reciente, con una columnata y torres almenadas—, la que se convirtió en su residencia favorita, sobre todo a mitad del invierno, cuando el aire famoso por su brillantez (le cristal d'Ex) «rivaliza con las más elevadas expresiones del pensamiento humano: la matemática pura y el descifrado de claves» (fórmula publicitaria todavía no publicada).

Dos veces al año, por lo menos, nuestra feliz pareja se regalaba con un viaje bastante largo. Ada ya no criaba ni coleccionaba mariposas, pero, en su activa vejez, se dedicó a filmarlas en su medio

natural, en el fondo de su jardín o en el fin del mundo, volando y aleteando, posándose en las flores o en las basuras, deslizándose sobre la hierba o el granito, apareándose o luchando. Van la acompañaba en sus viajes de safari fotográfico al Brasil, al Congo, a Nueva Guinea, pero prefería, en secreto, el lento saborear de una bebida en el interior de su tienda a una larga espera en la sombra de un árbol, al acecho de una especie rara que viniese, atraída por el señuelo, a dejarse fotografiar en color. Haría falta un segundo libro para describir las aventuras de Ada en Adalandia. Las películas —y sus actores crucificados (ejemplares etiquetados bajo vidrio)— pueden verse, a horas convenidas, en el Museo Lucinda, Park Lane n.º 2, Manhattan.

## II

Van había sido fiel a la divisa ancestral: «La buena salud es una buena herencia». A los cincuenta años, no recordaba haber visto la lenta huida del corredor del hospital (y dos pies impecablemente calzados de blanco que se alejaban con ligereza) ante la silla de ruedas que le transportaba, más que una sola vez. Sin embargo, ahora notaba que ciertas fisuras furtivas y bifurcadas aparecían frecuentemente en el muro de su bienestar físico, como si la inevitable descomposición estuviese enviándole, a través del tiempo lúgubre y estático, sus primeros emisarios. Cuando tenía la nariz obstruida, soñaba que se ahogaba; y, en los inicios del más ligero resfriado, acechaban las neuralgias intercostales con su arpón despuntado. Cuanto más grande era su mesa de noche, tanto más se llenaba de artículos absolutamente imprescindibles: gotas nasales, caramelos de eucaliptus, tapones de cera para los oídos, comprimidos estomacales, somníferos, agua mineral, pomada de cinc en tubo con tapón de recambio (para el caso de que el primero se perdiese bajo la cama) y un gran pañuelo para enjugarse el sudor que se le acumulaba entre la mandíbula y la clavícula derecha, no habituadas aún a la nueva consistencia de su carne ni a su insistencia en dormir solamente sobre el costado derecho para no oírse el corazón: una noche de 1920 había cometido el error de calcular (contando con otro medio siglo de existencia) cuántos latidos le quedaban aún, y ahora la absurda rapidez de la cuenta atrás le irritaba y aceleraba el ritmo en el que se oía morir. Durante sus peregrinaciones solitarias y perfectamente superfluas había desarrollado una morbosa sensibilidad hacia los ruidos nocturnos de los hoteles de lujo (la gogofonía de un camión: tres «dolorcibelios»; las vociferaciones estúpidas que intercambian los jóvenes aprendices en la calle desierta en la noche del sábado: treinta; los rumores del piso de abajo transmitidos por el radiador de la calefacción: trescientos); pero, aunque indispensables en los momentos de total desesperación, los tapones de cera rosa tenían el inconveniente (sobre todo cuando había bebido demasiado) de amplificar la pulsación de sus sienes, los extraños pitidos que escapaban de su cavidad nasal, aún no explorada, y el atroz crujido de sus vértebras cervicales. Van achacaba a un eco de aquel crujido, transmitido al cerebro por el sistema vascular antes del afianzamiento del sueño, la misteriosa detonación que se producía en alguna parte de su cabeza en el instante en que sus sentidos traicionaban a su consciencia. Las pastillas de menta y los demás caramelos alcalinos resultaban a veces impotentes para aliviar los demasiado conocidos ardores de estómago que sufría invariablemente cuando había tomado salsas excesivamente sabrosas. Por el contrario, se regocijaba con juvenil entusiasmo de los maravillosos efectos de una cucharada de bicarbonato

disuelto en agua, que nunca dejaba de provocar tres o cuatro eructos tan voluminosos como las burbujas coloreadas de su infancia.

Antes de haber trabado conocimiento (a los ochenta años) con el tierno y delicado, sabio y libertino doctor Lagosse, el cual, desde entonces, vivió con él y con Ada, y les acompañó en sus viajes, Van detestaba a los médicos. A pesar de sus estudios de medicina, no podía librarse del inconfesado sentimiento, digno de la credulidad de un patán, de que el médico que aprieta la pera de un esfigmomanómetro o escucha su respiración sibilante sabe ya (aunque lo mantiene en secreto) la naturaleza de la enfermedad incurable diagnosticada con tanta certeza como la misma muerte. Se acordaba, con expresión torva, de su difunto cuñado, cuando se sorprendía ocultando a Ada que la vejiga le importunaba demasiado frecuentemente, o que había sufrido un nuevo vértigo después de cortarse las uñas de los pies (un pequeño trabajo que hacía personalmente, porque no podía soportar que cualquier otra mano humana tocara sus pies desnudos).

Haciendo cuanto estaba en su poder para aprovecharse de su cuerpo (que pronto iba a serle retirado, como un plato del que uno recoge las últimas y sabrosas migajas), apreciaba ahora placeres tan modestos como la satisfacción de hacer salir de su piel la larvita de una espinilla, o de alcanzar con la uña puntiaguda de su dedo meñique la gema de un granito en el fondo de su oreja izquierda (la derecha era menos interesante), o de permitirse lo que Bouteillan solía denominar *le plaisir anglais*, que consistía en sumergirse en el baño hasta el mentón, retener el aliento y dejar escapar de su cuerpo un agua secreta y silenciosa.

Por el contrario, los males de la vida le afectaban aún más vivamente que en el pasado. Gemía, con los tímpanos martirizados, cuando un saxofón sonaba, o cuando uno de esos embrutecidos jóvenes, verdaderos infrahombres, desencadenaba el trueno infernal de su motocicleta. El comportamiento obstruccionista de objetos estúpidos y hostiles —el bolsillo que no sirve, el cordón del zapato que se rompe, la percha vacía que se desprende y cae tintineando en la oscuridad de un ropero— le hacía pronunciar el juramento edípico de sus antepasados rusos.

Había dejado de envejecer hacia la edad de sesenta y cinco años; pero a esa edad había cambiado más en su musculatura y en su esqueleto que las personas que no han practicado, como lo había hecho él en su juventud, una gran diversidad de disciplinas atléticas. El tenis y el squash cedieron el puesto al *ping-pong*. Luego, un día, olvidó en su club su paleta preferida, que aún conservaba el calor de su mano, y no volvió más. En su sexto decenio el *Punching-ball* reemplazó al boxeo y a la lucha de años más juveniles. Sorpresas de orden gravitatorio hacían ahora grotesca hasta la marcha sobre esquís. Aún podía cruzar las espadas a los sesenta años, pero el sudor le cegaba a los pocos minutos y la esgrima no tardó en seguir la suerte del tenis de mesa. Nunca había conseguido desprenderse de un prejuicio algo snob contra el golf; en cualquier caso, ya era demasiado tarde para comenzar. A los setenta intentó callejear un poco, antes del desayuno, por un paseo apartado, pero el subir y bajar de la carne en el pecho le recordó con demasiado horror que pesaba treinta kilos más que en su juventud. A los noventa, seguía andando sobre las manos... en un sueño iterativo.

Normalmente, uno o dos somníferos le ayudaban a tener en jaque al monstruo del insomnio, reducido a una pequeña bruma divina, durante (tres o cuatro horas. Pero a veces, sobre todo



cuando acababa de terminar un trabajo intelectual, el suplicio de una noche insomne iba dando paso gradualmente a una jaqueca matinal. Ningún remedio podía hacer frente va aquel tormento. Van se estiraba, se hacía una bola, apagaba y volvía a encender la lámpara de su mesilla (un nuevo sucedáneo que hacía glu-glu, pues la verdadera «ambaricidad» había sido nuevamente prohibida en 1930), y una desesperación física invadía su ser irreductible. Su pulso era firme y sostenido, había digerido la cena de un modo excelente, no había sobrepasado su dosis cotidiana de borgoña (una botella), y, sin embargo, el odioso insomnio continuaba haciendo de él un desterrado en el propio hogar. Ada dormía profundamente, o leía, cómodamente instalada unas puertas más allá; más lejos aún, en sus apartamentos, los diversos criados se habían sumado desde hacía mucho tiempo a la multitud hostil de los durmientes del lugar, que parecían cubrir las colinas vecinas con el espeso negror de su reposo. Solamente a él le era negada la inconsciencia que despreciaba con tanto orgullo y buscaba con tanta asiduidad.

### III

Durante los años de su última separación, el libertinaje de Van había seguido siendo, en esencia, tan implacable como siempre; pero sólo hacía el amor cada cuatro días, y a veces descubría con sorpresa que había pasado una semana entera en una serena castidad. También ocurría que en la sucesión de exquisitas prostitutas se intercalaba una serie de encantadoras no profesionales en estancias turísticas al azar; o todo un mes de inventiva erótica en compañía de alguna frívola mondaine (recordaba con un especial escalofrío de placer a una virgen inglesa de cabellera roja, Lucy Manfristan, seducida el 4 de junio de 1911 detrás de los muros del jardín de su mansión normanda, y llevada a Fialta, en el Adriático); pero esos falsos romances amorosos le fatigaban pronto; la palazzina, de cañerías mediocres, no tardó en ser abandonada, como no tardó en ser despedida la joven tostada por el sol, y Van necesitó un intermedio verdaderamente sucio y vicioso para resucitar su virilidad.

Cuando en 1922 comenzó una nueva vida con Ada, tomó la firme decisión de serle fiel. A excepción de algunas ocasiones, discretas y dolorosamente agotadoras, en que se abandonó a lo que el Dr. Lena Wien ha designado muy exactamente con el término de «mironismo onanista», supo perseverar en dicha decisión. La rigurosa prueba resultó moralmente remuneradora; físicamente, era absurda. Así como los pediatras se encuentran a menudo con la cruz de una familia imposible, nuestro psicólogo experimentaba un caso bastante ordinario de desdoblamiento de personalidad. Su amor por Ada era un estado existencial, un constante zumbido de felicidad, diferente de todo cuanto él había podido observar en la vida de los enfermos mentales y otros individuos singulares. Para salvarla se habría arrojado sin vacilación a un baño de pez hirviendo, como habría recogido cualquier guante de desafío a su propio honor. Su vida en común era el canto antifonal de su primer verano de 1884. Ella no se negó nunca a ayudarle a conseguir la satisfacción —tanto más precisa cuanto que se hacía menos frecuente— de una puesta de sol enteramente compartida. Van veía reflejado en Ada todo aquello que su propio espíritu, orgulloso y difícil, buscaba en la vida. Una ternura desbordante le impulsaba a arrodillarse a sus pies, en actitudes dramáticas pero

perfectamente sinceras, sorprendentes para alguien que entrase en la habitación con un aspirador. Y el mismo día, otros compartimientos y subcompartimientos de su ser eran hervideros de anhelos y pesares, de proyectos de violación y de desorden. Los momentos más peligrosos tenían lugar cuando se trasladaban a otra ciudad y se encontraban en un sitio nuevo, con nuevos criados y nuevos vecinos, y sus sentidos quedaban expuestos con una precisión fantástica y helada a la gitanilla que hurtaba melocotones o a la despabilada hija de la lavandera.

En vano se decía que aquellas bajas comezones no diferían, en su intrínseca insignificancia, del prurito anal que uno trata de aliviar con rascados intempestivos. De todos modos, él sabía que si se arriesgaba a satisfacer el deseo sentido por tal o cual muchacha podía arruinar toda su vida con Ada. Lo horrible y gratuitamente que podía herirla fue algo que descubrió un día de 1926 ó 1927, cuando sorprendió la mirada de orgullosa desesperación que ella fijó en el vacío antes de dirigirse al coche en que iba a partir de viaje (un viaje al que Van, en el último instante, había renunciado a acompañarla). Lo había hecho así remedando los gestos y la cojera de los enfermos de gota, porque acababa de darse cuenta —y ella también se la había dado —de que la joven y soberbia indígena que fumaba en el porche de atrás de la casa ofrecería sus mangos al señor tan pronto como el ama de casa del señor hubiese salido para el festival cinematográfico de Sindbad. El chófer tenía ya abierta la puerta del coche cuando Van, lanzando un verdadero mugido, se reunió con Ada y partieron juntos, volubles, con los ojos llenos de lágrimas y bromeando a propósito de su locura.

—Es divertido —dijo Ada—. ¡Qué dientes más negros y rotos tienen por aquí esas *blyadushki*!

(El «Ursus». Lucette vestida de verde brillante. «Cálmate, pasión enloquecida». Los senos y los brazaletes de Flora. El caracol del Tiempo.)

Descubrió lo que podía ser un entretenimiento refinado: resistir constantemente a la tentación, sin dejar de soñar en sucumbir a la misma en alguna parte, algún día, de algún modo. Descubrió también que, a pesar del ardor de las llamas que danzaban en aquellos seductores señuelos, no podía pasar ni un solo día sin Ada; que la soledad que él necesitaba para pecar auténticamente no era la de unos segundos de aislamiento detrás de algún arbusto, sino toda una noche transcurrida en el seguro recinto de una fortaleza; y que, en definitiva, las tentaciones, reales o evocadas antes del sueño, eran cada vez menos frecuentes. A los setenta y cinco años, unas relaciones bimensuales con la muy cooperativa Ada (Blitz-partien, en su mayor parte) bastaban para una perfecta satisfacción. Las secretarías que contrató sucesivamente eran cada vez menos atractivas (hasta culminar en una hembra con pelo de coco y boca de caballo que escribía a Ada cartitas de amor). Y, cuando Violet Knox vino a romper aquella monótona sucesión, Van Veen tenía ochenta y siete años y era impotente por completo.

#### IV

Violet Knox [hoy, señora de Ronald Oranger. Nota del editor], nacida en 1940, vino a vivir con nosotros en 1957. Era (y sigue siendo hoy, diez años más tarde) una deliciosa inglesa rubia, de ojos

de muñeca, piel de terciopelo y linda grupa ajustada en una falda de *tweed* [... Pero tales encantos, ¡ay!, no podían ya dar carne a mi fantasía. Es ella quien ha mecanografiado estas memorias y la alegría de estos años que son, sin duda, los diez últimos de mi existencia. Hija, hermana, hermanastra perfecta, había soportado durante diez años los hijos habidos por su madre en dos matrimonios, y más dejando aparte [algo]. Yo la pagaba [generosamente por meses, dándome perfecta cuenta de la necesidad de proporcionarme un silencio que no fuese incómodo para una joven diligente y perpleja. Ada la llamaba «Fialochka», y se permitía el lujo de admirar el cuello de camafeo, las ventanas nasales de color rosa y la rubia cola de caballo de «la pequeña Violeta». A veces, después de cenar, cuando saboreábamos los licores, mi Ada contemplaba con ojos soñadores a mi mecanógrafa (gran aficionada al Koo-Aahn-Trow), y luego, rápidamente, picoteaba su ruborizada mejilla. La situación podría haber sido considerablemente más complicada si se hubiese presentado veinte años antes.

No sé realmente por qué concedo tanta atención a los cabellos blancos y el aparato flácido del venerable Veen. Los libertinos nunca se reforman. Arden, escupen unas últimas chispas verdes y se apagan. Mucho más considerable debe ser la importancia concedida por el autoinvestigador y su fiel compañera a la increíble marea intelectual, a la explosión creadora producida en el cerebro de aquel nonagenario extraño, solitario y bastante repulsivo (gritos de «no, no», entre paréntesis del editor, de la hermana y de los lectores).

Van execraba más ferozmente que nunca todo arte falso, desde las trivialidades informes de la chatarra esculpida hasta los pasajes en cursiva del novelista pretencioso que pretende expresar así los chaparrones de pensamiento de su héroe fraterno. Tenía aún menos paciencia que antes a propósito de la escuela de psiquiatría de «Sig» (Signy-M.D.-M.D.). Utilizó la confesión, saludada como un gran acontecimiento, de su fundador («Siendo estudiante, empecé a "desflorar" chicas porque fui suspendido en un examen de botánica») como epígrafe de uno de uno de sus últimos artículos, titulado La farsa de la terapia de grupo en los trastornos de la sexualidad, el más detonante y satisfactorio en su especie (la Unión de Consejeros Conyugales y Catárticos pensó en principio proceder judicialmente contra él, pero luego prefirió desinflarse).

Violet llama a la puerca de la biblioteca y deja paso al señor Oranger, hombrecillo regordete con corbata de lazo, que se detiene en el umbral, da un taconazo, y (mientras el pesado eremita se mueve imprimiendo un torpe vuelo a su ropa de lana) se lanza casi al trote, no tanto para detener de un magistral manotazo el alud de folios sueltos que el codo del gran hombre ha hecho resbalar por el plano inclinado del atril, como para expresar la impaciencia de su admiración.

Ada, que se divertía traduciendo (para las ediciones bilingües, a doble plancha, de Aranger), Griboiedov al francés y al inglés, Baudelaire al inglés y al ruso, y John Shade al ruso y al francés, leía a menuo a Van, con cavernosa voz de médium, las versiones hechas (y publicadas) por otros individuos extraviados en ese campo de la semiconsciencia. Las traducciones de poesía en inglés especialmente, tenían el don de abrir las facciones de Van en una sonrisa grotesca que, cuando no llevaba puesta la dentadura postiza, le hacían parecerse, rasgo por rasgo, a una máscara de la comedia griega. No habría sabido decir qué le repugnaba más, si la mediocridad bien intencionada, cuyas tentativas de fidelidad al texto quedaban frustradas por la falta de intuición artística y por hilarantes errores de interpretación, o la labor del poeta profesional, que embellecía con sus

propias invenciones al autor difunto e indefenso (aquí un bigote, allí las partes íntimas), método que, bajo la paráfrasis, disfrazaba escrupulosamente la ignorancia de la lengua original, con una mezcolanza de gazapos de impertinente erudición y caprichos de plagiario.

Una tarde de 1957, mientras Ada, el señor Oranger (catalizador nato) y Van discutían de sus cosas (la obra de Van y Ada, Información y Forma, había aparecido por entonces), nuestro viejo polemista se puso a pensar de pronto que todos los libros que tenía publicados eran alegres y belicosos ejercicios de estilo, y no trabajos epistemológicos impuestos a un sabio por sus propios problemas. Le preguntaron entonces por qué no se dejaba llevar por su propio gusto, por que no elegía un más amplio terreno de juego en el que se enfrentasen la Inspiración y la Intención. Y, a lo largo de aquel hilo conductor, acabaron decidiendo que escribirían sus memorias... para publicarlas después de su muerte.

Van era un escritor lento. Necesitó seis años para redactar un primer borrador y dictárselo a Miss Knox, después de lo cual releyó el texto mecanografiado, redactó la nueva versión enteramente manuscrita (1963-1965) y volvió a dictar el resultado a la infatigable Violet, cuyos lindos dedos produjeron un ejemplar definitivo en 1967. E, p, i... ¿por qué esa «y», querida?

## V

Ada, que sufría porque su hermano no era todo lo famoso que debía ser, recibió con alivio y entusiasmo el éxito de *La Textura del Tiempo* (1924). Esa obra, decía, le recordaba siempre, de extraña y delicada manera, los juegos de luz y sombra a los que jugaba de niña en las apartadas avenidas de Ardis. Decía que ella había sido de algún modo responsable de *La Metamorfosis* de las encantadoras larvas que habían hilado la seda del «Tiempo de Veen» (nombre dado desde entonces a esa concepción, y que se pronuncia tan respetuosamente como «la *Durée* de Bergson» o «la franja luminosa de Whitehead»). Pero una obra considerablemente más antigua y más floja, las pobres *Cartas desde Terra*, de las que sólo existían media docena de ejemplares (dos en Villa Armina, y el resto en estantes de bibliotecas universitarias) estaba todavía más cerca de su corazón, por ciertos recuerdos no literarios que la relacionaban con su estancia en Manhattan (1892-1893). A los sesenta años, Van rechazó con mal humor y desprecio la proposición, humildemente aventurada por Ada, de reeditarla al mismo tiempo que las reflexiones de Sidra y un opúsculo antisigniano sobre «el Tiempo en los Sueños». A los setenta, hubo de lamentar su antiguo desdén, cuando el brillante cineasta francés Victor Vitry filmó sin la autorización de nadie una película basada en las *Cartas desde Terra*, escritas por «Voltemand» medio siglo antes.

Vitry trasladaba la visita de Theresa a Antiterra al año 1940, pero 1940 según la cronología de Terra, que correspondería más o menos a 1890 según la nuestra. Ese artificio le permitía algunas zambullidas realmente amenas en los modos y maneras de nuestro pasado (¿te acordabas de que los caballos llevaban sombreros —sí, *sombreros*— durante una ola de calor en Manhattan?), y daba la impresión, tan explotada ya por la literatura de física-ficción, de que el cosmonauta viajaba en contradirección por el túnel del tiempo. Los filósofos hicieron algunas preguntas impertinentes,

pero fueron ignorados por la fácil credulidad de los aficionados al cine. En contraste con el sereno transcurrir de la historia de Demonia en el siglo XX, con la coalición angloamericana capitaneando un hemisferio y la Tartaria gobernando el otro, misteriosamente oculta tras su velo de Oro, se mostraban una serie de guerras y revoluciones que desmantelaban el rompecabezas de estados independientes de Terra. En una impresionante historia de Terra realizada por Vitry (indudablemente el mayor genio del cine que ha dirigido nunca una producción de tal envergadura, con la utilización de tan enorme número de extras —unos dicen que más de un millón, otros hablan de medio millón y otros tantos espejos —) se desmoronaban reinos y se erigían dictaduras, mientras había repúblicas que se sostenían semi-sentadas, semi-acostadas, en toda clase de posturas incómodas. La concepción podía discutirse, pero la ejecución era impecable. ¡Fíjense ustedes en todos esos soldaditos desplegados por el campo surcado de trincheras, entre explosiones de tierra fangosa y de toda clase de cosas que hacen bum-bum por todas partes, en francés mudo!

En 1905, con un poderoso esfuerzo y una larga ondulación de la columna vertebral, Noruega se separó de Suecia, su incómoda gemela gigante, mientras que, en un acto de similar separación, el Parlamento francés votaba, no sin algunas manifestaciones entre paréntesis («vive émotion»), el divorcio entre el Estado y la Iglesia. Poco después, en 1911, las tropas noruegas, bajo la dirección de Amundsen, alcanzaron el Polo Sur, y en el mismo momento los italianos se lanzaron contra Turquía. En 1914, los alemanes invadieron Bélgica y los americanos desgarraron Panamá. En 1918, esos mismos americanos y los franceses derrotaron a Alemania, mientras ésta se ocupaba en derrotar a Rusia (que había derrotado a sus propios tártaros poco tiempo antes). Noruega tenía entonces a su Siegrid Mitchel, América a su Margaret Undset y Francia a su Sidonie Colette. En 1926 se rindió Abd-el-Krim, después de una guerra fotogénica, y la Horda de Oro subyugó una vez más a Rusia. En 1933, Ataúlfo Hindler (también conocido por el hombre de «Mittler» —de «to mittle», mutilar —) conquistó el poder en Alemania. Y un nuevo conflicto, en una escala aún más espectacular que la guerra de 1914-1918, estaba en sus comienzos cuando Vitry agotó los documentales de que disponía. Theresa, personaje representado por la mujer del realizador, abandonó Terra en una cápsula cósmica, después de haber «cubierto» los Juegos Olímpicos de Berlín (la mayoría de cuyas medallas fueron conseguidas por los noruegos, si bien los americanos ganaron la competición de esgrima y derrotaron a los alemanes por tres a uno en la final de fútbol.)

Van y Ada vieron la película nueve veces, en siete idiomas distintos, y luego se procuraron una copia para su uso privado. La reconstrucción histórica les pareció fantástica hasta el absurdo, y consideraron la posibilidad de proceder judicialmente contra Vitry —no por haberse apropiado de la idea de las C.D.T., sino por haber deformado la política terrestre, establecida por Van con tanta pericia y diligencia a partir de fuentes extrasensoriales y de sueños lindantes con la locura. Pero habían pasado cincuenta años y la novela no tenía copyright; en realidad, Van no podía ni siquiera probar que «Voltemand» era él mismo. No obstante, algún periodista descubrió su paternidad, y, en un gesto magnánimo, Van aceptó que fuese dada a conocer.

Tres circunstancias contribuyeron al éxito excepcional de la película. La primera fue, desde luego, que la religión establecida, que desaprobaba la influencia ejercida por Terra en sectas ávidas de sensaciones nuevas, trató de lograr la prohibición del film. La segunda era que el astuto Vitry no

había suprimido esta pequeña escena: en una secuencia de cámara retrospectiva sobre una revolución de la antigua Francia, un desgraciado extra que hacía de ayudante de verdugo fue accidentalmente decapitado cuando empujaba al actor Steller, en su interpretación del rey poco cooperativo, bajo la guillotina. Finalmente, la tercera razón del éxito, aún más humana que las otras dos, era que la encantadora estrella, la noruega (de origen) Gedda Vitry, después de haber estado haciendo cosquillas a los espectadores (en las escenas existencialistas) con sus faldas subdesarrolladas y sus harapos sexy, salía de su cápsula, al llegar a Antiterra, completamente desnuda, aunque, por supuesto, en miniatura —un milímetro de enloquecedora feminidad bailando en el «círculo mágico del microscopio», como un elfo lascivo, y descubriendo, Dios nos valga, una ínfima chispa de escalofríos pubianos con lentejuelas de oro.

En las tiendas de recuerdos, desde Agonía, en Patagonia, hasta Bolarrugada, Bras d'Or, aparecieron muñequitas C.D.T. y pendientes de coral y marfil C.D.T. En los sitios más diversos se formaron clubs C.D.T. Jovencitas C.D.T. exhibían los mini-menús de los mini-snacks de carretera, contruidos y decorados como navios espaciales. De la formidable correspondencia acumulada sobre la mesa de trabajo de Van durante aquellos años de celebridad mundial, resultaba que millares de individuos más o menos desequilibrados creían (tan contundente era el impacto visual de la película Veen-Vitry) en la secreta identidad, disimulada por el Gobierno, de Terra y Antiterra. La realidad demoniana se difuminó hasta no ser más que una ilusión aleatoria. En verdad, ya habíamos conocido todo eso. Unos políticos, llamados el Viejo Fieltro y el Tío Joe en antiguas historietas, habían existido realmente. Los países tropicales no significaban únicamente Reservas Naturales de la Vida Salvaje, sino también hambre, y muerte, e ignorancia, y hechiceros, y agentes de la lejana Atomsk. Nuestro mundo era, de hecho, los años centrales del siglo veinte. Terra estaba convaleciente, tras haber sufrido los tormentos de la Inquisición y de haber soportado a los brutos y las bestias que Alemania engendra inevitablemente cuando realiza sus sueños de gloria. Los campesinos y los poetas rusos no habían sido deportados a Estocia o a las Tierras Áridas en eras pretéritas, sino que morían, en aquel mismo momento, en los campos de esclavos de Tartaria. Ni siquiera era Gobernador de Francia Charlie Chose, el afable sobrino de Lord Goal, sino un general francés de muy mal carácter.

## VI

Nirvana, Nevada, Vaniada. A propósito, ¿no debería añadir, Ada querida, que sólo en nuestra última entrevista, poco después de mi pesadilla prematura —quiero decir, premonitoria —sobre el tema de «puede, señor», el pobre maniquí de mi mamá me llamó por mi nombre en diminutivo, Vania, Vaniucha? Nunca lo había hecho antes, y sonaba tan extraño, tan tier... (se pierde la voz, los radiadores suenan).

—Mamá —maniquí... (riendo). También los ángeles tienen escobas... para barrer de nuestra alma las imágenes horrendas. Mi nodriza negra tenía un encaje suizo con adornos blancos.

Hielo imprevisto que cae por los canalones: estalactita con el corazón desgarrado.

En su memoria conjunta estaban registrados y repasados los primeros pensamientos que dedicaron a la extraña idea de la muerte. Hay una escena que sería agradable volver a representar sobre el telón de fondo verde y en movimiento de uno de nuestros decorados de Ardis. El diálogo sobre la «doble garantía» en la eternidad. Comenzar justo antes de esto.

—Sé que hay un Van en el Nirvana. Estaré con él en las profundidades moego oda de mi Infierno — dijo Ada.

—Sí, sí —(aquí, efectos especiales de pájaros, y ramas que dicen que sí, y lo que tú solías llamar «gotas de oro»).

—Como amantes y hermanos —exclamó—, tenemos una doble posibilidad de estar juntos en la eternidad, en la territorialidad. ¡Cuatro pares de ojos en el paraíso!

—Bonito, bonito —dijo Van.

Algo así. Hay una gran dificultad. La extraña luz trémula de espejismo que representa la muerte no debe aparecer demasiado pronto en nuestra crónica, y sin embargo es preciso que empape las primeras escenas de amor. Difícil, pero no insuperable (yo puedo hacer cualquier cosa, puedo bailar el tango y el zapateado sobre mis fantásticas manos). A propósito, ¿quién muere el primero?

Ada. Van. Ada. Vaniada. Nadie. Cada uno de ellos esperaba marcharse el primero, lo que implicaba que el otro había de tener una vida más larga, y deseaba marcharse el último, para evitar al otro el dolor y las vicisitudes de la viudez. Una solución para ti sería casarte con Violet.

—Gracias. He conocido dos lesbianas en mi vida, y eso me basta. El buen Emilio dice «término que se procura evitar». ¡Qué razón tiene!

—Y, si no, Violet, alguna chica del país, estilo Gauguin. O Yolande Kickshaw.

¿Por qué? Buena pregunta. En cualquier caso, no hay que dar ese pasaje a mecanografiar a Violet. Temo que haríamos daño a mucha gente (tonada americana en calado). ¡Vamos, el arte no puede hacer daño! ¡Sí que puede, y mucho!

En realidad, esa cuestión de quién morirá antes tiene ahora poca importancia. Quiero decir que el héroe y la heroína debían estar tan cerca el uno del otro en el momento en que empieza el horror, tan orgánicamente próximos, que se solapan, se entrecruzan y entresufren, y que, aunque el final de Vaniada sea descrito en el epílogo, nosotros, autores y lectores, seremos incapaces de discernir (miopes, miopes) quién sobrevive al otro, Dava o Vada, Anda o Vanda.

Yo tenía una compañera de colegio que se llamaba Vanda. Y yo conocí a una chica que se llamaba Adora, una pequeña de mi último Floramor. ¿Qué es lo que me hace ver este fragmento de capítulo como el más puro sollozo de todo el libro? ¿Qué es lo peor en el hecho de morir?

Porque es de notar que la muerte tiene tres facetas (correspondientes, grosso modo, a la tricotomía popular del Tiempo). Está, ante todo, el desgarramiento, el hecho de abandonar para siempre todos los propios recuerdos. Se trata de un lugar común, pero ¡qué valor ha necesitado el hombre para

pasar una y otra vez por ese lugar común, por esa comedia, y conformarse con acumular, una y otra vez, tesoros de conciencia que han de serle arrancados! La segunda faceta es el atroz sufrimiento físico; por razones evidentes, no nos detendremos en ella. Y, por fin, está el pseudo-futuro informe, desnudo y negro, eterna duración de la no-durabilidad, paradoja de las paradojas escatológicas de nuestro cerebro cercado.

—Sí —dijo Ada (que tenía entonces once años, y largos cabellos siempre agitados)—, sí... Pero supongamos un paralítico que olvida progresivamente todo su pasado, de ataque en ataque, y muere como un buen muchacho, durante el sueño, y que toda su vida ha creído que el alma era inmortal, ¿no es ésa una solución cómoda y deseable?

—¡Vano consuelo! —dijo Van (que tenía entonces catorce años y estaba muriéndose de otros deseos)—. Uno pierde su inmortalidad cuando pierde su memoria. Y si desembarca en Terra Coelestis, con la almohada y el orinal, no encuentra la compañía de Shakespeare, ni siquiera de Longfellow, sino la de cretinos y guitarristas.

Ella protestó que, aunque el futuro no existiese, uno tenía el derecho de inventarse un porvenir, y que entonces existiría el propio futuro, en la medida en que uno mismo existiese. Ochenta años transcurrieron rápidamente... el tiempo de deslizar una nueva imagen en la linterna mágica. Habían pasado la mayor parte de la mañana reelaborando su traducción de un pasaje (versos 569 a 572) del célebre poema *Pale Fire*, de John Shade:

*...Soveti mi daiom*

*Kak bit'vdovtsu: on poterial dvuh zhion;*

*On ih vstrechaet —liubidshchih, liubimih,*

*Revnyushcbih ego drug k druzhke...*

*(A veces aconsejamos*

*a un viudo. Ha perdido dos mujeres. Y las ve*

*—ambas amadas y ambas amantes—*

*celosas ambas, la una de la otra...)*

Van observó que ahí estaba el secreto: uno es, desde luego, libre de imaginar cualquier género de «más allá», el paraíso generalizado prometido por los profetas y los poetas orientales, o una combinación de paraísos individuales. Pero el trabajo de la imaginación es obstaculizado —de manera irremediable —por una barrera lógica: no se puede invitar a la fiesta a los amigos —ni



tampoco, por lo demás, a los enemigos—. La transposición a una vida élísea de todas las relaciones humanas que hemos tenido y cuyo recuerdo conservamos, se convierte inevitablemente en una continuación mediocre de nuestra maravillosa mortalidad. Sólo un chino, o un niño retrasado, puede imaginarse que será acogido en ese Próximo Fascículo del Mundb; entre toda clase de vientres planos y colas que se agitan a guisa de bienvenida, por el mosquito ejecutado ochenta años antes sobre su pierna desnuda, la cual más tarde le fue amputada y ahora viene detrás del gesticulante mosquito, tac, tac, tac, aquí estoy, recógeme.

Ada no rió. Se repetía los versos que le habían hecho tanto daño. Los encoge-cerebros de Signy propondrían con regocijo la tesis de que la razón de que los tres «ambas» hubiesen sido saltados en la versión rusa no era, no, ni mucho menos, que, para dar cabida a aquellas incómodas palabras de tres sílabas cada una (obeikh), habría hecho falta añadir al menos un verso portaequipajes.

—¡Van, Van! No la hemos amado bastante. Es con ella con quien debías haberte casado, con la que estaba sentada, cogiéndose las rodillas, vestida de bailarina, en la balaustrada de piedra. Y todo habría estado bien entonces... Yo me habría quedado con vosotros dos en Ardis... y, en vez de apoderarnos de esa felicidad, que se nos ofrecía gratis, en vez de tener todo eso, la hemos fastidiado hasta la muerte...

¿Había llegado la hora de la morfina? No, aún no. En la Textura no había mencionado «el Tiempo y el Tormento». Lástima, porque un ele mentó de tiempo puro entra en el tormento, en la estable, sólida, espesa duración del dolor insoportable. ¡No hay nada parecido a una «gasa grisácea» en ese dolor, sólido como un sombrío tronco de árbol. ¡Oh, no puedo más, llama a Lagosse!

Van le encontró leyendo en la calma del jardín. El médico siguió a Ada a la casa. Durante todo un verano que había sido un suplicio, los Veen habían creído (o se habían hecho creer mutuamente) que se trataba de un amago de neuralgia.

¿Un amago? Un gigante, con el rostro contorsionado por el esfuerzo; un gigante que abrazaba y retorció la máquina de un sufrimiento atroz. Es humillante que el dolor físico le haga a uno indiferente a problemas morales, como el destino de Lucette, y es divertido (¿será esa la palabra justa?) comprobar que uno se preocupa por cuestiones de estilo hasta en esos momentos atroces. El médico suizo, al que se lo habían contado todo (y que incluso había conocido a un sobrino del doctor Lapiner en la facultad de Medicina), manifestó un intenso interés por el libro casi terminado, pero corregido sólo en parte, y declaró cómicamente que era todo el libro, y no solamente una o dos personas, lo que él quería ver «curado de todos sus alifafes» antes de que fuese demasiado tarde. Era demasiado tarde. El manuscrito que todos consideraban como el más alto logro de Violet, un ideal de pulcritud, escrito en papel especial con caracteres cursivos especiales (reproducción idealizada de la escritura de Van), y cuya copia principal había sido encuadernada en vaqueta púrpura para el nonagésimo séptimo aniversario de Van, quedó inmediatamente emborronado con un verdadero infierno de correcciones en tinta roja y en lápiz azul. Hasta puede presumirse que si nuestra pareja, yacentes, mártires de la duración, decidiesen alguna vez morir, morirían, finalmente, en el libro acabado, en el Edén o en el Averno, en la prosa de la obra o en la poesía de sus solapas.

Su castillo de Ex, recientemente edificado, estaba incrustado en un invierno de cristal. Por algún extraño error, el último Quién es quién mencionaba, en la lista de sus principales escritos, el título de una obra nunca realizada, aunque proyectada en muchos dolores, La Inconsciencia y lo Inconsciente. No era dolor de hacerlo ahora... y era un gran dolor para terminar Ada. ¡Quel livre, mon Dieu, mon Dieu!, exclamó el doctor [Profesor. Nota del Editor. Lagosse, sopesando la copia original que los padres pálidos y vulgares de los dos niños del viejo cuento (Niños en el Bosque) —pequeño volumen de las habitaciones infantiles de Ardis—, perdidos entre las hojas muertas, ya no podían sostener en la primera y misteriosa imagen: dos personas en una cama.

El castillo de Ardis —los Ardores y los Árboles de Ardis—, tal es el *leitmotiv* que fluye ondulante a través de las páginas de ADA, vasta y deliciosa crónica que, en su mayor parte, tiene por escenario una América de brillantez onírica, porque, ¿no son estos recuerdos de infancia comparables a las carabelas que bogan hacia Vinelandia, indolentemente rodeadas por las aves blancas de los sueños? El protagonista, heredero de una de las más ilustres y opulentas familias de los Estados Unidos, es el doctor Van Veen, hijo del barón «Demon» Veen, famoso personaje de Reno y de Manhattan. El final de una época extraordinaria coincide con la no menos extraordinaria infancia de Van. No hay nada en la literatura universal —salvo, tal vez, las reminiscencias del conde Tplstoi— que pueda rivalizar en alegría pura, en inocencia arcádica, con los capítulos de este libro que tratan de Ardis. En esta fabulosa propiedad rural del tío de Van, Daniel Veen, gran coleccionista de arte, nace un ardiente amor infantil, que se desarrolla en una serie de escenas fascinantes, entre Van y la linda Ada, una muchachita verdaderamente excepcional, hija de Marina, la esposa de Dan, apasionada por el teatro. El hecho de que las relaciones de Van y Ada no consisten simplemente en un peligroso juego entre primos hermanos, sino que presentan además un aspecto especialmente prohibido, se sugiere desde las primeras páginas.

A pesar de las numerosas complicaciones de la intriga y de la psicología de los personajes, la narración avanza al galope. Incluso antes de que hayamos tenido tiempo de recuperar el aliento y de contemplar tranquilamente el nuevo escenario en que nos ha «vertido» la alfombra mágica del autor, otra chiquilla encantadora, Lucette Veen, la hermana menor de Ada, es arrebatada por la atracción de Van, el irresistible libertino. El trágico destino de Lucette representa uno de los momentos más notables de este delicioso libro.

El resto de la historia de Van tiene por tema —presentado de una manera franca y colorista— su larga aventura amorosa con Ada, aventura que es interrumpida por el matrimonio de ésta, en Arizona, con un ganadero descendiente de uno de los fabulosos descubridores de América del Norte. Después de la muerte del marido, los amantes se reúnen de nuevo. Pasan la vejez viajando juntos, con estancias en numerosas villas, cada una más bella que la anterior, construidas por Van por todo el hemisferio occidental.

Un importante ornato de la crónica es la delicadeza del detalle pintoresco: una galería enrejada; un techo pintado; un bello juguete perdido entre los nomeolvides de un arroyo; mariposas y orquídeas en los márgenes de la novela; un velo lejano visto desde una escalinata de mármol; una corza heráldica que gira la cabeza hacia nosotros en el parque ancestral; y muchas cosas más.

\*\*\*